
El
CORTEJO
de
BRISTOL
KEATS
MARY E. PEARSON

Después de perder a sus padres, Bristol Keats comienza a recibir cartas de una tía suya de la que nunca había oído hablar; su tía le promete que puede ayudar tanto a Bristol como a sus hermanas a sobrellevar las penurias económicas con las que viven en la pequeña ciudad de Bowskeep. Con ciertas dudas, la joven acepta ver a su tía, y descubre que todo lo que creía que sabía de su familia era mentira. El padre de Bristol podría estar vivo, y haber sido secuestrado por aterradoras criaturas que lo habrían llevado hasta otro reino.

Desesperada por salvar a su padre y descubrir la verdad, Bristol viaja a una tierra de dioses, feéricos y monstruos. Al llegar a este peligroso mundo de magia e intriga, Bristol forja un pacto mortal con el líder de los feéricos, Tyghan. Pero lo que no sabe es que él es el responsable de que sus padres se pasaran la vida huyendo. Y Tyghan también está decidido a encontrar al padre de Bristol, vivo o muerto.

Mary E. Pearson

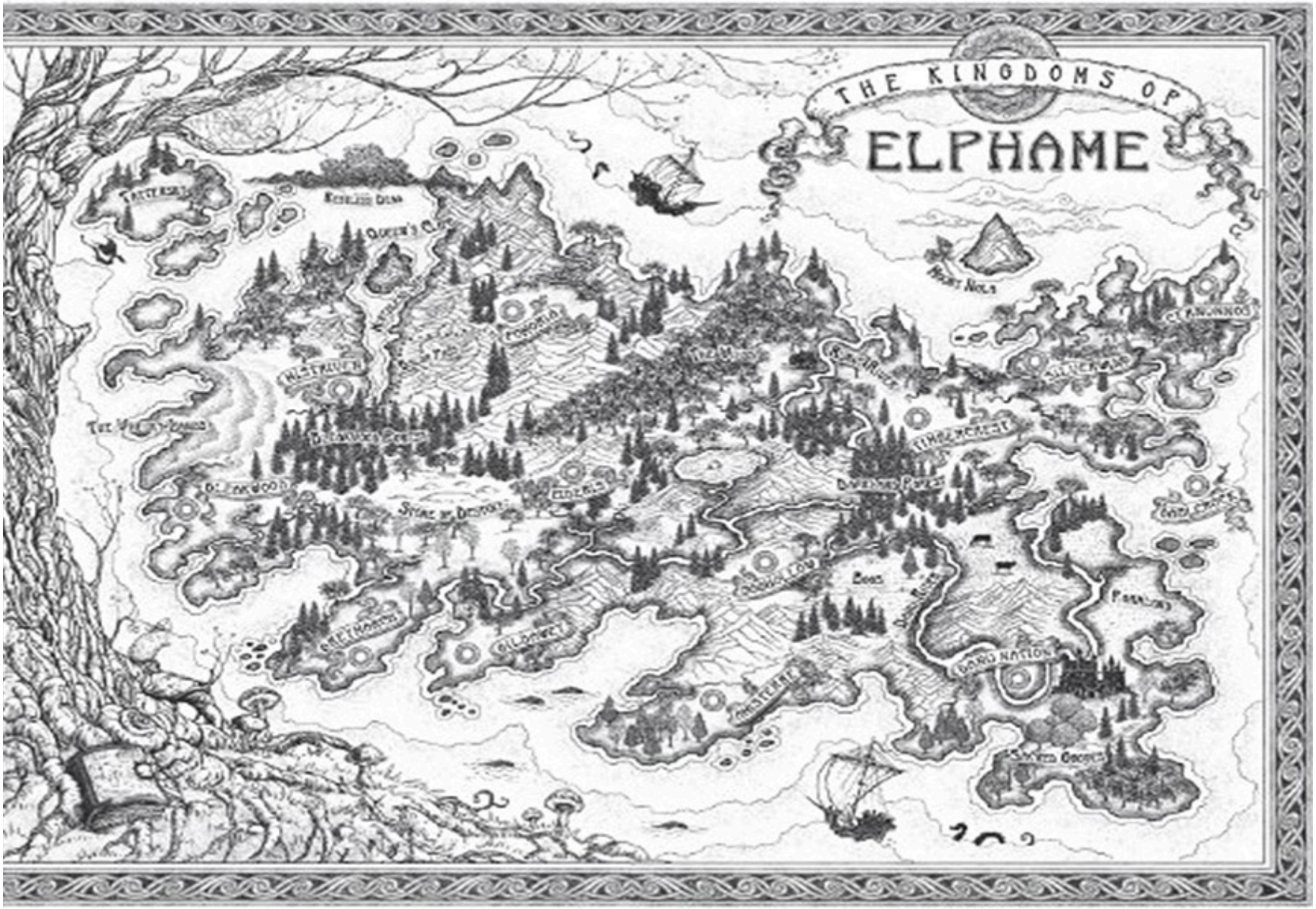
El Cortejo De Bristol Keats

Título original: *The Courting os Bristol Keats*
Mary E. Pearson, 2024
Traducción: Guiomar Manso de Zuñiga Spottorno, 2025

Revisión: 1.0

 17/10/2025

Para el hombre que me invitó a dar una vuelta
y la convirtió en un viaje mágico.


THE KINGDOMS OF
ELPHAME



El universo abrió una puerta para mí,
¿y quién era yo para mirar hacia otro lado?

—Anastasia Wiggins



CAPÍTULO 1



Al final de la calle Oak Leaf, el amanecer llegó quince minutos antes. La mayoría de la gente no se dio cuenta, como rara vez lo hacen con ese tipo de cosas, pero una especie de impaciencia se apoderó del aire como un buitre hambriento al acecho. Las hierbas silvestres tiritaban; las gotas de rocío danzaban hasta el suelo. La tierra temblaba mientras unos susurros graves rodaban por las colinas y sobresaltaban a los gansos, que emprendieron el vuelo de inmediato. *Algo estaba a punto de suceder*.

Pero Bristol Keats seguía sumida en un sueño profundo, ajena a los largos haces de luz que se colaban entre sus cortinas a una hora tan temprana. Nada podía sacarla de la cama excepto una buena noche de descanso. Su almohada estaba húmeda de saliva y su brazo colgaba flácido por un lado de la cama. Había trabajado hasta tarde. Sus propinas descansaban en un montoncito satisfecho sobre su mesilla, un monumento ondulado a su determinación.

Al final, a media mañana, se despertó con un gemido soñoliento, y después se levantó de su cama revuelta y se enfundó los vaqueros. Por ajetreados que fuesen los viernes por la noche, los días de festival lo eran aún más, lo cual le venía de perlas. Las facturas sin pagar se estaban acumulando. La primera del montón era la factura de la luz, vencida hacía cuarenta días. El corte del suministro era inminente. Sin embargo, las propinas de Bristol ese

día, combinadas con las de la última semana, se ocuparían de pagarla y aún sobraría un poco para comida.

Con los ojos aún adormilados, se olisqueó el pelo para ver si detectaba el olor aceitoso de la pizzería, luego se lo recogió deprisa en una coleta medio desgreñada, ajena a que el día sería de todo menos ordinario. No era algo que se viera, pero mientras se echaba agua en la cara y luego se lavaba los dientes con la cabeza un poquito ladeada, un extraño calorcillo aterciopelado llenó el aire, aunque fue solo una sensación vaga que no hubiese podido nombrar. Ni siquiera se dio cuenta de que se inclinaba hacia el calor, como cuando un gato se rasca el lomo contra una puerta.

Una puerta. Sí. Hacia eso se inclinó.

Aunque todavía no lo sabía.



Bristol retiró las cortinas y se protegió los ojos de un sol que ya brillaba con intensidad por encima de los árboles, demasiado ansioso por recordarle el día. Hacía un año desde que había vuelto a casa, aunque a ella le parecía que había pasado mucho más tiempo. Una vida entera estaba comprendida entre las últimas semanas y los últimos meses. El año se abultaba como una maleta demasiado llena que no podía cerrarse.

«Casa». Incluso ahora, era una palabra que vacilaba en sus labios, extraña y nueva, una palabra con la que jugueteaba a ratos. Una palabra que le daba miedo querer. «Corre. Sigue adelante». Esas eran las palabras que tenía marcadas a fuego en la mente.

Se apartó de la ventana y rebuscó en una cesta de ropa limpia en el suelo. Sacó una camiseta de tirantes negra y se la puso. Su cuerpo alisó las arrugas.

—¡Bri!

La voz de Harper tronó por la estrecha escalera como si fuese un portero de discoteca de metro ochenta y no una chica delgaducha

de catorce años que todavía no había dado el estirón. Lo que a la hermana pequeña de Bristol le faltaba en estatura, lo compensaba en volumen.

—Ya me he levantado —le dijo Bristol, al tiempo que se tumbaba en el suelo para buscar el zapato que le faltaba debajo de la cama. Estaba segura de que se había quitado los dos ahí mismo la noche anterior, pero había estado agotada por lo tarde que era.

—¡Bri!

Bristol interrumpió su búsqueda del zapato. Esa no era la habitual llamada de su hermana para despertarla. ¿Habría una araña en el fregadero de la cocina? Aparte de pagar las facturas y cortar los hierbajos del jardín cuando tenía tiempo, Bristol era la buscadora de arañas oficial. O, a lo mejor, peor que una araña solitaria, tal vez se hubiese reventado otra tubería… «Maldita casa vieja», pensó. Bristol apoyó la frente en su puño un momento y cruzó los dedos por que no fuese eso. Su estabilidad mental osciló, a la espera de que el desastre cayese sobre ella. No podían permitirse pagar otra factura de fontanería.

Unos pasos sonoros subieron a toda prisa por las escaleras y Bristol se puso de pie, preparada para lo peor. La puerta de su dormitorio se abrió de par en par y apareció Harper; tenía las mejillas arreboladas de un intenso tono rosado y las gafas torcidas sobre la nariz. A Bristol se le encogió el estómago al ver lo joven que parecía, lo urgente que era todo para ella. Se llevaban siete años, pero bien podrían haberse llevado un siglo entero.

Harper tenía una carta en la mano.

—¡Hemos recibido otra!

Bristol tiró de Harper para meterla en la habitación, luego cerró la puerta a su espalda.

—¿Cat se ha ido?

Harper asintió y Bristol dejó escapar un suspiro. Al menos algo había salido bien. No quería que Cat se pusiese histérica otra vez a causa de una simple carta. Técnicamente, Cat era diez meses mayor que ella, pero los desconocidos solían suponer que Bristol era la

mayor de las dos. Debía tener algo que ver con su actitud reservada. Bristol era más calculadora, sopesaba opciones antes de revelar sus movimientos, mientras que Cat era reactiva. Lo sentía todo de manera apasionada y no se reprimía. A Bristol le encantaba eso de su hermana, su pasión, excepto que también hacía que sus charlas fuesen largas y apasionadas, y hoy Bristol no tenía tiempo para sermones interminables. La última bronca de Cat había llegado con lágrimas cuando Bristol había anunciado que planeaba dejar sus clases y buscar un trabajo a tiempo completo. Cat no se había callado durante más de una hora: «¿Estás loca? Papá pagó mucho dinero por esas clases. Él querría que terminaras de estudiar». Cat siempre sabía qué teclas presionar, y su padre era una de esas teclas.

Bristol cogió el sobre de manos de Harper, se encogió de hombros para demostrar su falta de interés y se dedicó a pasárselo de mano en mano con indiferencia, como si fuese publicidad. Ahora hacía muchas cosas por el bien de Harper. Cuando era demasiado obvio, Harper proyectaba la barbilla hacia delante y decía: «No eres mi madre». Entonces Bristol soltaba una carcajada y las dos se reían por la absurdidad de la situación. La risa era una especie de liberación extraña de la realidad que les había tocado vivir.

Al menos Harper le había llevado la carta a ella y no a Cat, que creía que las cartas eran peores que panfletos de publicidad y había chillado como un ratón herido al recibir las dos anteriores. Luego había declarado que eran una estafa y había ordenado que las quemaran. Bristol, por su parte, había sugerido que tirarlas a la basura sería suficiente.

—¿No la vas a abrir? —preguntó Harper.

Bristol deslizó el pulgar por el suave sobre de vitela. Era el mismo material caro de las otras veces y, una vez más, sin remitente, aunque la caligrafía era diferente a la de las dos cartas anteriores. Esta vez era gruesa y oscura, como si dijera: «¡Prestad atención!». Tenía el mismo sello de cera roja que las anteriores (otro truco para que prestaran atención). En sus años de viajar por el circuito de

ferias, de ver moverse las ruedas de los negocios y ser testigo de acuerdos de última hora, Bristol los había visto todos. Aun así, rompió el sello de cera, que cayó al suelo, y abrió la carta. Puso los ojos en blanco mientras sacaba la carta, prueba adicional para Harper de que aquello no era más que una estratagema transparente que no la estaba engañando en absoluto, pero por dentro, su corazón se aceleró.

«Una tercera carta. No se dan por vencidos».

El instinto de huir que les habían inculcado sus padres y había regido sobre su vida entera se avivó contra sus costillas como una última advertencia para ellas. Harper se pegó a su hombro para leer también la carta.

Queridísimo Bristol Keats:

Tu tía abuela Jasmine lamenta que no pudieras aceptar su anterior oferta de encontraros para tomar el té. Te ofrece otra invitación, pero esta vez en un lugar más cercano para ti, la posada Willoughby de Skycrest Lane, justo a las afueras de Bowskup. Por favor, reúnete con ella esta tarde a las cuatro en punto en el salón de té. Tu tía abuela tiene muchos recuerdos preciados de tu padre que le gustaría compartir contigo, así como un regalo. Se trata de una obra de arte singular que podría ayudaros a tus hermanas y a ti, parecida a la obra que adquirió vuestro padre no hace demasiado tiempo. Por favor, ven solo. La salud de tu tía es frágil y no le gustan las multitudes.

Atentamente,

Eris Dukinnon, consejero N D

Quienquiera que escribiese esa carta estaba haciendo más esfuerzo, eso desde luego. «¿Queridísima?». Aunque no sabían nada acerca de su padre. Él no tenía ninguna tía. No tenía ni un solo pariente en ningún sitio del planeta. Le habían abandonado de bebé y había crecido dentro del sistema de acogida temporal, rebotando de una casa a otra. Había sido una trabajadora social la que le había puesto nombre: Logan. No había ningún recuerdo «preciado» para que pudiera compartir ninguna tía ficticia.

No obstante, la oferta de una obra de arte singular era un ángulo nuevo, uno que tocaba un punto más sensible. Un escalofrío recorrió la columna de Bristol. Estaban hurgando, averiguando cosas acerca de la familia Keats.

Harper se pegó más a ella.

—¿Crees que es posible?

—No —repuso Bristol, con demasiada brusquedad. Cruzó los dedos por que Harper no se hubiese percatado. Una sola palabra brusca por su parte podía infundir todo tipo de preocupaciones en Harper—. No —repitió, esta vez con un aburrimiento ensayado, reacia a mirar a su hermana a los ojos. Un suspiro de desilusión siseó entre los dientes de Harper. Era la más inteligente de las hermanas, con la nariz siempre metida en un libro, pero también era la más bondadosa y optimista de las tres. Todavía creía en los finales felices y, algunos días, eso aterraba a Bristol. No era algo que Bristol pudiera proporcionarle. Harper había salido a su padre en casi todo, desde su cálida piel marrón hasta su pelo negro y liso. También tenía sus grandes ojos oscuros, ribeteados por espesas pestañas que podían desarmar a cualquiera. A la madre de las chicas le había gustado decir que los ojos de su marido la habían hechizado desde el día en que se conocieron. Los ojos de Harper tenían un tipo de

poder distinto sobre Bristol: le hacían desear arreglarlo todo para ella, poder deshacer todas las heridas del último año.

En secreto, compartía la curiosidad de Harper. ¿No se preguntaba todo el mundo quiénes eran y de dónde venían? Era una pregunta que no desaparecía nunca. Los orígenes de su padre eran un misterio. Desde que Bristol tenía uso de razón, sus hermanas y ella habían aventurado todas las posibilidades del mundo. Pero la respuesta de él siempre había sido la misma: «No lo sé». El pasado de su madre era igual de enigmático; pero a diferencia del padre de Bristol, ella simplemente se negaba a hablar de su familia aparte de para decir que eran despreciables. Y si la presionaban acerca de lo que significaba «despreciables», se marchaba de la habitación. Había algo en esa historia que hacía que le resultara demasiado difícil hablar de ello, y el padre de las hermanas negaba con la cabeza para indicarles en silencio que dejasen el tema.

Pero dejar el tema no hacía que la pregunta desapareciera. Incluso ahora, cuando Bristol se cruzaba con alguien de cálida piel marrón y preciosos ojos oscuros como los de su padre, se preguntaba si podría ser un primo o un tío. Del mismo modo, cuando se cruzaba con alguien de piel pálida y brillante pelo cobrizo como el de su madre, se preguntaba si sería uno de esos parientes despreciables.

Cat había salido a su madre, con los mismos ojos verdes y el pelo del color de una amapola en verano. Y después estaba Bristol. Con anodino pelo castaño y una altura media, no se parecía a ninguno de sus padres.

A lo mejor era por eso por lo que el tema de sus antepasados todavía la picaba. Incluso sus ojos eran de un color a medio camino entre el de ambos: avellana, un nombre genérico para un color que no era capaz de decidir qué era. ¿Verdoso?

¿Marronáceo? ¿Dorado? Era tan irritantemente evasivo como sus padres acerca de sus pasados.

En lugar de irse diluyendo como deberían hacer los recuerdos, los orígenes de sus padres invadían sus pensamientos más a

menudo ahora. Tal vez fuese el Curso de Psicología que estaba realizando en el centro cultural de Bowskeep. Su profesor le había dicho que era algo que se había colado en su mente y ya no era capaz de quitárselo de encima: «Nuestro pasado es una sombra que nos persigue. Para bien o para mal, nos moldea y, a veces, nos controla».

Eso era lo que sentía Bristol: una sombra que seguía sus pasos. Y justo cuando conseguía quitarse el pasado de la cabeza, recibía una carta de mierda como la que tenía en las manos y volvía a despertar todas esas viejas preguntas. ¿Quiénes eran los monstruos sin cara que habían hecho huir a sus padres? ¿Se parecía ella a alguno de ellos?

—¿Bri? —Harper esperaba su decisión.

Bristol arrugó la carta, hizo una pelota con ella y la tiró a su papelera ya rebosante. Rodó al suelo y Angus, su hurón, corrió hasta ella para olisquearla e investigar. Le encantaba hacer trizas cualquier papel, así que se escabulló por la puerta con ese.

—Es solo un timo, como los otros —sentenció, pero los ojos de Harper seguían clavados en ella, nubes oscuras cargadas de preguntas. Bristol agarró su sudadera con capucha del pie de su cama—. Tengo que irme, Harp. Hoy va a ser una locura. Sal me matará si llego tarde. —Salió a la carrera por la puerta del dormitorio.

—Pero no están pidiéndonos nada —objetó Harper desde el rellano, mientras Bristol se apresuraba escaleras abajo—. Solo quieren *darnos* algo.

—Algo que tiene trampa seguro —contestó Bristol desde abajo.

Una trampa que no podían permitirse.

Las personas que mentían acerca de quiénes eran en realidad siempre tenían un objetivo, algo en lo que estaban trabajando y que, al final, acababa por costarte más de lo que te podías permitir. Y las hermanas Keats ya habían perdido demasiado.



CAPÍTULO 2



Una ráfaga de viento sopló por el suelo y un millar de ortigas caldearon la piel de Eris. El largo pelo plateado del consejero ondeó detrás de él, atrapado por la tempestad. Unos segundos después, unas botas resonaron sobre un suelo negro tan liso como un espejo.

Había vuelto Tyghan. Dobló la esquina y sus ojos se cruzaron con los del consejero.

El rostro del hombre joven estaba salpicado de pequeñas gotitas de sangre y su pelo negro, enredado por el viento, tenía costras de barro.

—La cosa no fue bien —se aventuró a decir Eris.

—Me alegro de que tu capacidad de observación siga intacta. —Tyghan continuó pasillo abajo—. Mi *suite*.

—Después de que te laves, podemos…

—*Ahora*.

Eris le siguió sin hacer más comentarios. Comprendía el estrés al que estaba sometido el joven. No le había visto descansar en meses.

Una vez en sus habitaciones, Tyghan se desnudó, dejó la ropa tirada en el suelo y fue a meterse en la ducha. Juntó las manos para llenarlas del agua que salía por la espita dorada y se la echó por la cara, aunque hizo una mueca cuando tocó su espalda.

Eris vio los arañazos hinchados que cruzaban el hombro de

Tyghan. La sangre bajaba en riachuelos finos por su musculosa espalda y sus muslos.

—¿Llamo a una de las curanderas?

Tyghan no respondió, concentrado Solo en lavar la sangre que había salpicado su cara.

—Dos de los nuestros han muerto —dijo al final—, O algo peor. No pudimos recuperar los cuerpos. —Fue metódico al describir el encuentro que se había convertido en una emboscada—. Tres meses. Ese es todo el tiempo que nos queda.

—Tres meses siguen siendo…

—Insuficientes. —La contestación de Tyghan cortó el aire como un cuchillo de carnicero—. He entrenado durante catorce años. Igual que mis oficiales. El resto de nuestras tropas, al menos cinco. Tres meses es irrisorio.

—Es todo lo que tenemos —repuso Eris en voz baja—. Nos encargaremos de que sea suficiente.

Tyghan retomó sus labores de frotado.

—¿Alguna respuesta más a tus indagaciones?

—Unas pocas. He expandido mi búsqueda. Tengo a alguien que viene de París y a otro de Lon…

—¿París? ¡Maldita sea, Eris! ¡Tiene que haber alguien más cerca!

—Las destrezas particulares que buscamos son ahora lejanas, raras y difíciles de encontrar, y todo por nuestra propia culpa. —Eris sabía que no era lo que Tyghan quería oír, pero era la verdad.

Tyghan volvió a meter la cara en el flujo de agua humeante. El plato de mármol de la ducha estaba lleno de tierra y sangre.

—No lo bastante raras, por desgracia.

Por desgracia. Esa era una subestimación de proporciones épicas. Eris comprendía su frustración, pero lo que le tenía furioso no eran solo las pérdidas de hoy. La traición era una herida amarga que seguía teniendo atrapado a Tyghan, una herida de la que Eris temía que el joven no fuese a recuperarse jamás. Sopesó sus siguientes palabras, sin tener muy claro si serían noticias bienvenidas o no.

—Me voy a reunir con una candidata potencial hoy…, si es que

aparece. Hizo caso omiso de mis dos cartas anteriores, aunque le ofrecía incentivos de sobra.

—Si es demasiado estúpida como para no aprovechar un regalo valioso, es inútil para nosotros. Busca en otro sitio.

—O podría ser que es demasiado lista.

Tyghan dio media vuelta, envolvió una toalla alrededor de su cintura y se secó la cara con otra, el pelo aún goteando sobre sus hombros.

—¿Por qué dices eso? Ni siquiera la conoces.

Eris tragó saliva y se tomó su tiempo para contestar. Intentó formular su respuesta con los términos más elaborados que se le ocurrieron.

—Nuestros investigadores la han estado observando y luego me han informado directamente a mí. No podemos estar seguros, pero creemos que podría tener lo que buscamos. —El resto no iba a ir bien, pero debía decírselo antes o después—. Es hija de Kierus. Y de Maire.

Tyghan se quedó paralizado, una expresión pétrea en la cara.

—¿Has encontrado a Kierus?

—Muerto. Un accidente.

Todo el color desapareció del rostro de Tyghan. Eris había sabido que la noticia le dejaría impactado.

—¿Estás seguro? —preguntó.

—Vivía bajo otro nombre, pero estoy muy seguro. Le atropelló un coche. Me dieron los detalles más escabrosos.

Los músculos del cuello de Tyghan se marcaron, perfilados por la tensión.

Eris no estaba seguro de si estaba enfadado porque le hubiesen robado la posibilidad de matar a Kierus él mismo, o porque no volvería a haber palabras entre ellos. *Respuestas*. Su pasado juntos permanecería sin resolver para siempre. Era imposible avanzar cuando una parte de ti estaba atrapada en el pasado.

—¿Tuvieron una niña tan pronto? —susurró.

—Han pasado más de veinte años. No es una niña. Es una mujer

hecha y derecha.

Tyghan sacudió la cabeza. Eris comprendía su incredulidad. Él también se había quedado impactado por todo el tiempo que había pasado, aunque el tiempo era siempre una cosa caprichosa que se aceleraba o ralentizaba a voluntad. Era la única cosa que ni siquiera Tyghan podía controlar.

—¿Hace cuánto que sabes de su existencia?

—Unas semanas.

Tyghan levantó la vista a toda velocidad.

—¿Y no se te ocurrió decirme nada hasta ahora?

—Sabía que reaccionarías así. Estos temas son delicados.

No puedes…

—La quiero aquí esta misma noche. ¿Lo entiendes? *Esta noche*.

—Tiene que elegirlo ella o no servirá de nada. Ofrecer un regalo es un tema delicado. Y ni siquiera sabemos a ciencia cierta si la chica será de utilidad. Ya sabes cómo son estos emparejamientos.

—¡No, no sé cómo son! Este emparejamiento no tenía que haber ocurrido nunca. ¿Dónde está? Voy a…

—¡No! Estos temas requieren finura, una especie de cortejo, si quieres llamarlo así. Deja que yo me encargue.

—¿Estás diciendo que no tengo tacto?

Eris respondió con silencio.

Tyghan fue hasta su cama para ponerse la bata que estaba sobre ella. Miró la alfombra de pelo blanca que tenía debajo de los pies descalzos. Pasaron unos segundos silenciosos. Eris sabía que Tyghan era tan taimado como explosivo y que sopesaría sus opciones con cuidado. Entonces levantó la vista hacia Eris.

—Puedes encargarte tú de ello. La joven ni siquiera sabrá que estoy ahí. Permaneceré oculto.

—Pero yo sí lo sabré.

Los ojos brillantes de Tyghan se oscurecieron.

—Muy bien —cedió al fin—. Me quedaré al margen, pero presiónala. Oblígala a decidir, o lo haré yo.



CAPÍTULO 3



El tramo de carretera desierto era tan sereno como cualquier paisaje de Monet, salpicado de amapolas y milenrama dorada que brotaban entre las praderas de hierbas silvestres. Debería haber despertado pensamientos bucólicos de días tranquilos de primavera y meriendas campestres, pero Bristol no estaba pensando en amapolas ni en meriendas. En lugar de eso, se preguntaba cómo sería morir al borde de la carretera.

Se preguntaba por el dolor. ¿Sería insoportable? ¿Qué se sentiría al estar ahí tirado, roto y sangrando, sin saber si te encontraría alguien antes de que lo hiciera la muerte? ¿De qué estaban llenos esos minutos? ¿De incredulidad? ¿De negociaciones con un dios desconocido? ¿De susurrar mensajes apresurados de amor a tu familia y esperar que, por algún milagro, los oyeran? ¿O estarían llenos de preguntas acerca de la persona que te había atropellado? ¿Habría sido a propósito, para zanjar una antigua deuda?

Bristol sabía que eran unos pensamientos mórbidos, pero se colaban en su mente cada vez que pasaba por el hito improvisado junto a la carretera. Marcaba el lugar donde había muerto Logan Keats hacía cinco meses. Quién había erigido ese hito conmemorativo, Bristol no lo sabía. Aldeanos con los que su padre había entablado amistad, quizás. Todo el mundo le había cogido afecto enseguida en Bowskeep. Era un hombre que caía bien a

todos. En cualquier caso, Bristol había derribado el hito ya dos veces, en las que había desperdigado las piedras con el pie y había tirado las andrajosas flores de seda por encima del alambre de espino al campo aledaño. Solo que en cuestión de días, el hito había reaparecido.

El informe del *sheriff* decía que no había marcas de frenado, que la persona que había atropellado a Logan podría no haberse dado cuenta siquiera, a esas horas tempranas de la mañana. Había una ligera neblina ese día. El conductor podría haber confundido el golpe con un conejo, pues estos abundaban en ese tramo de carretera. El *sheriff* Orley había atropellado a varios él mismo; uno incluso había hecho una buena abolladura en su guardabarros derecho.

Logan Keats medía casi 1,95 metros; un hombre grande, de hombros anchos, más indicado para empuñar una jabalina que un pincel de artista.

Aquel día había llevado a la espalda su pesada bolsa de lona llena de pinceles, pinturas y demás.

El golpe que debió producir habría sido sonoro y duro, y habría causado daños.

A Logan Keats no lo habían confundido con un conejo.

En la cabeza de Bristol, no cabía ninguna duda de que el conductor se había dado a la fuga. Solo había una pregunta sin responder: ¿había sido un accidente o algo calculado?

Se detuvo ante el hito reconstruido, con un pie a cada lado de su bicicleta mientras miraba de un lado a otro de la carretera y repasaba la pregunta que nunca encontraba respuestas. El arcén era ancho, la carretera recta y llana… Claro que… también podía haber sido un conductor distraído mirando su teléfono.

Bristol sintió que se le calentaban las sienes. El conductor ni siquiera se había parado a comprobar si su padre tenía pulso. Nadie sabía cuánto tiempo había sufrido junto a la carretera antes de que el *sheriff* le encontrara, desfigurado e inmóvil, con sus bártulos de artista desparramados por el suelo. El *sheriff* Orley les había ahorrado a Bristol y a sus hermanas la tarea de identificarle. «No

queréis verlo. No queréis recordarle de esa manera».

Bristol arremetió con un pie para dar una patada a las piedras de la parte superior del hito; las flores descoloridas por el sol cayeron con ellas. «Tampoco quiero recordarle así».

Bristol solo quería recordar al hombre que había sido amable y tierno, al hombre que había pintado con pinceladas bien pensadas, porque había más en ser un artista que solo forzar pintura sobre un lienzo. Era una forma de ver y escuchar, y él había hecho ambas cosas en la misma medida. Había sido un hombre que adoraba a sus hijas tanto como había adorado a su mujer. Cada vez que una de ellas se había perdido, él siempre había ido en su busca y había cerrado su gran mano alrededor de las de ellas. Ese era el hombre al que Bristol quería recordar, no el que había quedado destrozado mucho antes de morir.

Retomó su camino hacia el pueblo, pero a un ritmo más lento. Le había mentido a Harper. No iba a llegar tarde. Lo más probable era que llegase pronto, de hecho. Y Sal no la mataría ni aunque llegase tarde. Sal solía ser un tipo relajado. El trabajo de Bristol era uno de los aspectos alegres de su vida, y estaba agradecida de tenerlo. Sal se la había jugado con ella cuando nadie más estaba dispuesto a hacerlo. Sin embargo, los ojos de Harper, cuando intentaban no estar tristes, retorcían algo con tanta fuerza en su interior que Bristol apenas podía respirar. Lo único que veía era a su padre. Sus casi dos metros, tratando de seguir adelante, tratando de sonreír. Eso había sido peor que verle llorar.

Su padre había muerto triste, sin haberse recuperado de la muerte de su mujer.

Su sonrisa fácil, su risa, el brillo que siempre había tenido en los ojos estaban apagados, desaparecidos para siempre.

Por ello, Bristol jamás perdonaría a su madre que le hubiese abandonado, que se hubiese marchado a hurtadillas de sus vidas y luego hubiese muerto de un modo tan absurdo.

En su funeral, Cat había llorado.

Harper había llorado.

Bristol se había quedado sentada en el banco de la primera fila, mirando con los ojos secos la urna de cenizas que una vez había sido su madre, y se había preguntado en silencio: «¿Por qué?».

Había sido Cat la que la había llamado. Hoy, hacía un año de aquello.

«Ven a casa».

Y luego había insistido, con más ahínco: «Ven a casa. Te necesitamos. Mamá ha desaparecido».

Bristol había ido, por supuesto. No había tenido otra opción. La voz de Cat la había destrozado. Aun así, había dudado, temerosa de que si volvía, no sería capaz de volver a marcharse jamás…, aunque tampoco estaba dejando demasiadas cosas atrás.

Durante más de un año, había vivido a la deriva, sin un objetivo concreto, a lo mejor porque era la única vida que conocía. Había aceptado trabajos temporales que le pagaban en negro, había trabajado en puestecillos de ferias, se había alojado en moteles baratos, y había corrido por ahí sin echar raíces, temerosa de cogerle cariño a algo o a alguien y luego perderlo todo otra vez. Había abrazado las sombras de las que creía estar huyendo. Cuando por fin había tenido la suerte de encontrar un trabajo cómodo cuidando una casa, se había obligado a instalarse. Durante dos meses, había trabajado por volver a unir los hilos sueltos de su vida y había hecho cosas que hacían las personas normales, como conseguir un certificado de nacimiento (aunque fuese falso, que era el único tipo que podía conseguir).

Sus padres nunca se habían preocupado del papeleo. Entonces había empezado a tener sueños. Sueños grandes que incluían universidades y arte y viajes de otro tipo.

Una semana después de volver a casa, habían encontrado el cuerpo de Leanna Keats.

Y entonces Bristol ya no se había podido marchar. Su padre se había quedado perdido sin su madre. Ella había sido para él el sol que salía por las mañanas y la luna que le susurraba hasta quedarse dormido por las noches. No había podido seguir adelante. Incapaz

también de terminar sus cuadros.

Ahora Bristol pensaba mucho en el movimiento hacia delante. Y en quedarse quieta. A veces, incluso si pedaleaba con todas sus fuerzas por la calle, era difícil saber si estaba llegando a alguna parte. En cualquier caso, todos los días se decía que iba a hacer que aquello funcionara. Ella *haría* que funcionara. Para Harper, para Cat, e incluso para sí misma. Se limitó a tener sueños pequeños, para que fuesen alcanzables. Ese día pagaría la factura de la luz.



Había avanzado poco por la carretera, con el zumbido de las ruedas y el viento silbando en sus oídos, cuando piedra a piedra, el hito conmemorativo recuperó su altura original y las flores de seda volvieron a su sitio en la cima del montón. Ondeaban por efecto de la brisa a la espalda de Bristol, como si una mano la llamase para que regresara.



CAPÍTULO 4



La posada Willoughby llevaba años abandonada. Su estructura no estaba en buen estado y las malas hierbas se abrían paso entre los listones de madera como si fuesen dedos que trataran de derribarla. Había carteles de «Prohibido el paso» en cada entrada, pero esas fueron las primeras cosas en desaparecer. Los destartalados muebles se renovaron enseguida; el papel de las paredes, manchado y despegado, recuperó pronto su gloria pasada, y se añadió un brillo centelleante a los suelos de madera.

—Flores —decidió Esmee con su voz alegre, mientras observaba el salón—. Debería haber flores. Yo me encargaré de ello. —Recopiló unos cuantos hierbajos de los que crecían por el porche delantero y usó su magia para transformarlos en ramos impresionantes.

Olivia sopló pellizcos de polvo de diente de león y lavanda hacia los cuatro rincones de la sala para eliminar el olor a cerrado y crear un ambiente atractivo y de confianza.

Freda llevó libros de la biblioteca y los colocó en una estantería, después de decir que esos también ayudarían a aportar tranquilidad.

La verdad era que la posada había quedado transformada.

Aun así, Eris estaba inquieto. ¿Y si…?

—No te preocupes —le dijo Ivy mientras ajustaba unas cortinas por delante de una ventana—. Si esta no sale bien, Cully dice que la recluta de Longforest parece prometedora, y las otras también están

mejorando.

Eris oyó un resoplido grave procedente de Melizan al otro lado de la sala. «Mejorando» no era suficiente. Eris miró a la hermana de Tyghan. Era una mujer poderosa, con un montón de responsabilidades propias. ¿Por qué estaba ahí, ayudando a restaurar y limpiar una posada medio derruida?

—¿Te envió Tyghan? —preguntó Eris. «A espiar lo que hago» fue algo que quedó flotando en el aire, pero la mujer comprendió la pregunta implícita.

—Tygh nos espía a todos —repuso con un asentimiento rígido.

—Pero él no va a venir, ¿verdad?

—Por eso estoy yo aquí —gruñó ella.

El método de Melizan de lidiar con los problemas tendía a ser rápido y letal. Su frustración por tener las manos atadas no era muy distinta a la de su hermano. A ninguno de los dos les gustaba tener que pasar por los pasos correctos. A Eris tampoco, pero él no decidía las leyes del mundo. Como consejero, su trabajo era encontrar la mejor manera de utilizarlas, o encontrar maneras para eludirlas, lo cual requería tiempo y paciencia. Y esta mujer joven era diferente. No era una recluta potencial cualquiera, no con su historia familiar. La necesitaban. Al menos, eso esperaba Eris. Se estaba quedando sin opciones.

Eris desplegó las obras de arte por la gran mesa del comedor. Sus investigadores habían descubierto que la joven estaba bien versada en historia del arte; de hecho, era la única historia que le habían enseñado nunca, lo cual no le sorprendía. El resto de su educación era igual de variopinta y desequilibrada; estaba cualificada para ir a la universidad en varias materias (francés, español, literatura inglesa e historia del mundo) y era una alumna excepcional en muchos aspectos, pero tenía que recibir clases de refuerzo en otras asignaturas. Al parecer, Kierus y Maire no habían seguido a pies juntillas todas las leyes de sus nuevas vidas. Cuando había examinado el historial académico de la chica, a su asesor en la materia le había parecido una paradoja y no tenía muy claro qué

hacer con ella.

Pero Eris sí sabía qué hacer. Estaba contando con los conocimientos artísticos de la joven para cerrar el trato ese día. Había llevado media docena de bocetos para que ella eligiera, parecidos al robado del Conservatorio de Epona. Un arte de valor incalculable. Y ella lo sabría. Apestaba a antigüedad y a prodigio y a magnificencia singular.

En las circunstancias en las que se encontraba, tendría que ser muy tonta para no aceptarlo.

Un regalo, un trato, un acuerdo. Su aceptación voluntaria. Eso era lo único que necesitaban para que aquello funcionara. Aunque seguía siendo un esfuerzo en balde si ella no se presentaba.

«Presiónala».

Ese era su último intento. Eris salió de la posada en dirección al pueblo.

No podía dejarse nada a los antojos caprichosos del mundo, ni a los impulsos veleidosos de aquella joven.



CAPÍTULO 5



Bowskeep era un pueblo en busca de una identidad. A lo mejor eso era lo que más le gustaba a Bristol de él. Comprendía su búsqueda, cómo trataba de encontrar la mejor versión de sí mismo, una identidad difícil de fijar. Con una población de poco más de cuatro mil personas, no era exactamente un pueblo pequeño, ni tampoco uno grande. Algo entremedias, como ella. Pero un puñado de artistas, granjeros, empleados, estudiantes y comerciantes estaban desarrollando el pueblo poco a poco para convertirlo en algo. ¿En qué? Bristol no estaba segura de que lo supieran ni ellos, cosa que le parecía extrañamente reconfortante.

De todas maneras, vivir en cualquier sitio durante más de dos meses era un milagro para la familia Keats, y a Bristol le intrigaba ver cómo meras ideas crecían y acababan por cobrar vida. Ver árboles, paisajes, incluso a la gente transformarse con las estaciones, florecer… Observar cómo se convertían en una cosa, luego en otra, para volver al inicio de nuevo. Era un extraño ritmo cíclico que la mayoría de las personas daban por hecho, una continuidad que le hacía reflexionar un poco. La vida no siempre era cambio, a veces era monotonía, invariabilidad. Y a veces esa invariabilidad te hacía mirar bajo la superficie, mirar la estructura que lo mantenía todo unido… y los defectos que podían acabar con ella. El cambio era distracción. La invariabilidad exigía reflexión.

Bristol se preguntó si sería esa invariabilidad lo que había incitado a su madre a marcharse. Si le habría hecho ver cosas que no quería.

El pueblo se asentaba en la lejana sombra de Kestrel Cove, un pueblo turístico mucho más grande y ostentoso que bullía de vida a casi trece kilómetros al oeste por la costa. Ahí era donde trabajaba Cat de camarera, porque los empleos eran más abundantes. Hasta hacía una década, Bowskeep era sobre todo una parada para que los turistas que se dirigían a la costa echaran gasolina y fuesen al baño. Pero ahora estaba «madurando y encontrando su lugar», como le gustaba decir a la alcaldesa Georgie Topz, una mujer con enanismo e ideas innovadoras, y Bowskeep estaba encantado de seguir sus indicaciones. Bristol admiraba eso de la alcaldesa, que fuese una mujer de negocios avispada que hacía que los nuevos comienzos pareciesen posibles. Una de sus primeras decisiones como alcaldesa fue proponer tres nuevas señales de *stop* en la carretera principal para que Bowskeep no pasase inadvertido para los turistas que estaban de visita. También orquestó un lavado de cara para la calle Mayor, con pintura colorida y grandes maceteros llenos de flores. El punto fuerte de su campaña de *marketing* fueron sus gallinas (Rhode Island *reds*, sedosas, *faverolles, orpingtóns*), el orgullo y la alegría de la alcaldesa, que paseaban libres por las aceras. No solo los turistas las adoraban, sino que también los comerciantes de la calle Mayor les ponían nombre. Fern era la favorita de Bristol, una *leghorn* con más actitud que un camión Mack.

Otra creación de la alcaldesa era el Menagerium, una feria callejera mensual que llenaba la amplia autovía central. Así fue como había llegado ahí la familia Keats. Al Menagerium acudían comerciantes de todo tipo para vender sus productos, desde pintores y alfareros hasta granjeros locales. La enorme variedad del Menagerium le daba una energía que no tenía ningún otro festival, y Bristol había trabajado en más de los que podía recordar.

Con la calle Mayor bloqueada por ambos extremos en días de festival, Bristol tenía que hacer muchas más entregas a domicilio. Sal le pagaba un sueldo, por supuesto, pero las propinas eran las que

hacían la diferencia real, y los días de festival eran generosos en ellas.

Le había costado un poco convencer a Sal de que la contratara, y al principio no estaba demasiado emocionado con la idea. Necesitaba un ayudante a tiempo parcial que también pudiese conducir y hacer repartos a domicilio, pero Bristol no tenía carnet de conducir. La destartalada casa en la que vivían estaba libre de cargas, gracias a una obra de arte singular que su padre había tenido la suerte de conseguir en una feria, pero pagar el resto de las facturas era una hazaña considerable. Los distintos servicios, la comida, las reparaciones incesantes, los impuestos, las nuevas gafas de Harper… Todo eso se comía la mayor parte de sus sueldos y no había dinero extra para comprar otro coche, mucho menos para sacarse el carnet ni pagar el seguro. Cat ya estaba conduciendo sin ninguna de esas cosas y, como la pararan alguna vez, sería una faena.

Bristol siempre se había apañado bien con un autobús y una bicicleta, y le había explicado a Sal que había estado en muchísimos pueblos en los que la gente entregaba casi todos los productos en bicicleta. En su desesperación, había afirmado con descaro que podría llevar las *pizzas* a sus clientes más deprisa en su bicicleta que él en su coche de reparto. Y resultó que la mayor parte de las veces era verdad, sobre todo en fines de semana ajetreados con muchos turistas por el pueblo.

Cuando no estaba entregando *pizzas*, Bristol atendía en el mostrador y cerraba el local tres noches a la semana. Su primera noche encargada de los cocineros y el mostrador todavía la hacía sonreír. Sal había rondado a su alrededor. Y había seguido rondando, reacio a marcharse.

—Lo tengo controlado, Sal, puedes irte.

—Pero el menú…

—Memorizado.

—¿Las tres páginas?

Su preocupación era casi un insulto.

—Cuatro —le corrigió ella—. Puedo recitarlo también en francés y en español, si quieres.

Las cejas de su jefe se habían fruncido, como si no creyese que nadie pudiera sustituirle durante unas cuantas horas, cosa que ella entendía. El establecimiento era el bebé de Sal, pero su cardiólogo insistía en que redujese sus horas de trabajo. Sal había hecho una señal con la barbilla en dirección a un grupo ruidoso en una mesa que hacía esquina.

—Pero es viernes por la noche y…

—Puedo lidiar con un cliente alterado, Sal. Créeme.

Y entonces, como si la hubiesen oído, uno de los más bocazas se había tambaleado hasta el mostrador, había plantado su tarjeta sobre la encimera y había pedido otra jarra de cerveza. Ya se había terminado la anterior casi él solo.

Bristol había deslizado la tarjeta de vuelta hacia él.

—¿Qué tal un refresco cortesía de la casa?

El hombre había vuelto a deslizar la tarjeta hacia ella.

—Ya me has oído, cariño. No me des problemas hablándome de refrescos.

Bristol se había guardado su sonrisa.

—En primer lugar, no soy tu cariño. Y en segundo, si no vuelves ahí y sientas el culo ahora mismo con el refresco que estoy a punto de darte, vas a averiguar lo que es un problema de verdad. —Y después había echado mano de su mirada tranquila pero fulminante.

Su batalla de miradas había durado tan solo unos segundos antes de que el hombre cediera.

—Me tomaré una Coca-Cola.

Sal había sonreído y había dado su noche por terminada.

Después de aquello, había empezado a llamarla «su solucionadora sensata de problemas», porque esa no había sido la última vez que hiciera malabarismos con una sala llena de personas exigentes, ni que apaciguase temperamentos con unas cuantas palabras medidas.

A lo largo de los últimos meses, su habilidad para trabajar en la

pequeña pizzería había hecho que Bristol se preguntase cómo sería tener su propio establecimiento. Eso significaría comprometerse a quedarse ahí, lo cual la intrigaba y la asustaba a partes iguales, pero pensar en ello era solo una distracción entretenida para ocupar su mente cuando tenía que hacer trayectos más largos para entregar un pedido; era como llenar una casa de muñecas con muebles que en realidad no se utilizarían nunca. Su establecimiento sería un mini-Menagerium y tendría lo mejor de todo lo que había probado o visto nunca en todas las ciudades que había visitado, algunas de las cuales ya no tenían nombres en su memoria y se fusionaban con todas las demás. Otras imágenes y sabores, por su parte, seguían grabados a fuego en su mente, sus únicos recuerdos de una vida fracturada que requería viajar ligero.

En su establecimiento imaginario, vendería preciosos dónuts *gourmet* y un surtido de cafés especiales servidos en tazas únicas fabricadas a mano, y de las paredes colgaría arte local como el de su padre. Cat iría los viernes por la noche a cantar, y los clientes se quedarían embelesados, con los ojos llorosos por la magia de su voz. Bristol también tendría clientes habituales, personas que se interesarían por su salud y otros detalles de su vida futura que ella aún no conocía; pero ese futuro tendría continuidad, algo con lo que podría contar, como con las estaciones. Y ella sería una mujer de negocios avispada, una especie de conservadora, como en un museo. Y cada mesa tendría un jarrón con flores silvestres que ella misma recogería de su propio jardín y… Era una tienda de muñecas que no conseguía terminar de amueblar por completo nunca. Siempre faltaba algo. A lo mejor era eso lo que hacía que siguiese siendo interesante.

Mientras pedaleaba, la mente de Bristol divagó de vuelta a la carta. Sacó su teléfono móvil para recordarle a Harper que no le abriese la puerta a nadie sospechoso, pero no consiguió que emitiese señal alguna. Lo sujetó en el aire y lo movió a un lado y a otro, como si tratase de detectar agua en el cielo. Nada. «Menuda mierda de teléfono».

Volvió a guardárselo en el bolsillo y devolvió sus pensamientos a la carta. Pensó en la posibilidad de tener una tía. Una de verdad. Y una rica, además. Era un pensamiento atractivo. ¿Era posible que su padre hubiese mentido? Había conseguido esa obra de arte singular en alguna parte. ¿Y si no había sido una pieza encontrada por casualidad en una feria? Pero ¿por qué iba a negar que tuviese una tía? A menos que fuese horrible. O que «tía» fuese un nombre en clave para «sicario». Bristol no descartó del todo esa posibilidad. Los secretos de sus padres proporcionaban terreno fértil para las especulaciones.

Tenía solo cinco años la primera vez que se había fijado en que no dejaban de mirar a sus espaldas. «¿Qué estáis buscando?», les había preguntado. La respuesta ese día y siempre a partir de entonces había sido la misma: «Nada». Pero eso no había evitado que Bristol y sus hermanas se diesen cuenta de sus rápidas miradas hacia atrás, o de cómo escudriñaban las multitudes, despacio y con disimulo, dándose codazos discretos para llamar la atención del otro. O su forma apresurada de recoger sus pertenencias en una feria cuando el día estaba todavía a medias, pese a que seguía habiendo clientes ávidos alrededor de las preciosas bufandas tejidas a mano por su madre, y su padre aún tenía muchos cuadros por vender. Si sus padres hubiesen sido gatos, habrían arqueado el lomo y enseñado los dientes. En ocasiones, Bristol sí que oía el bufido que emitían en voz baja. Sus patrones de supervivencia se habían convertido también en los de ella. «Recoge. Sal con discreción. No provoques un revuelo». El miedo de sus padres hacía que algo se comprimiese en sus entrañas, y Bristol solo podía volver a respirar con formalidad una vez en la carretera.

Sus constantes traslados de pueblo en pueblo confirmaban que estaban huyendo de algo. Algo que era implacable. Antes de llegar a Bowskeep, nunca habían vivido en *ningún* sitio durante más de un mes o dos. Iban de feria a mercadillo a bazar, viviendo en su furgoneta en zonas de descanso de las autopistas, o en diminutas habitaciones de motel, o al raso cuando el tiempo lo permitía. Bristol

y sus hermanas habían estudiado de la misma manera: en la carretera y bajo cielos estrellados. Habían recitado las obras de Shakespeare de memoria, habían aprendido sobre movimientos artísticos y las historias que los alimentaban, habían resuelto puzles matemáticos o habían aprendido a luchar con palos cuando necesitaban dar salida a su energía infantil. Sus padres tenían los dos una educación sospechosamente buena, aunque nunca habían querido explicar cómo la habían adquirido. Las chicas sabían que su vida no era como la de los demás. Sus padres afirmaban que era la vida de un artista.

Luego había aparecido Bowskeep. Su familia había pasado dos meses apelotonada dentro de la buhardilla de un garaje. Una pequeña galería medio escondida en una bocacalle de la calle Mayor había comprado dos de los cuadros de Logan, y los había vendido por un precio asombroso. Cinco veces más de lo que obtenía él en las ferias. La dueña de la galería le había pedido más obras, pero poco después, Leanna Keats había anunciado que había llegado la hora de seguir su camino.

Bristol y Cat habían sabido que iba a pasar. Habían visto las señales habituales en su madre: cómo caminaba inquieta de un lado para otro, los círculos oscuros bajo sus ojos, su manía de morderse las uñas hasta que le sangraban los dedos, la incesante infusión de hierbas hasta que el ático olía como una tienda de fragancias. Pero Harper ya había forjado algunos vínculos en el pueblo. La biblioteca se había convertido en su segunda casa y ya se tuteaba con Freda, la bibliotecaria. Al oír el anuncio de su madre, Harper se había echado a llorar.

—¿Acaso pertenecíais al crimen organizado? —había soltado, la voz teñida de un tono acusador—, ¿Es por *eso* por lo que tenemos que marcharnos?

Bristol le había lanzado una mirada de culpabilidad a Cat por encima de la cabeza de Harper. La noche anterior, habían pasado un rato juntas en el porche del ático, compartiendo una cerveza y cavilando sobre la posibilidad de que sus padres hubiesen

abandonado el programa de protección de testigos. No habían pensado que Harper pudiese estar escuchándolas, ni que sacaría el tema. Bristol y Cat siempre habían sabido que sus padres les mentían acerca de algo, porque a lo mejor la verdad era demasiado peligrosa para que ellas la supieran. La extrañeza de sus vidas era el secreto a voces que todos estaban obligados a evitar y, después de tantos años, se les daba muy bien hacerlo. Al menos eso creía Bristol, pero las mentiras podían rozar de maneras sutiles, como un cuchillo romo contra una tela, cuyos hilos acabarían por romperse antes o después.

Esa noche, Bristol y Cat habían esperado con ansiedad, junto a Harper, la respuesta de sus padres.

Los ojos de su madre se habían abierto como platos.

Los ojos de su padre se habían entornado.

—¿De dónde has sacado *una* idea tan extravagante? —había respondido él al cabo de unos segundos.

Pero su respuesta había llegado demasiado tarde. Las chicas ya habían visto cómo sus ojos se cruzaban con los de su madre y cómo intercambiaban algún tipo de pregunta silenciosa. Más tarde esa noche, sus padres habían tenido una discusión seria en el cuarto de baño, el único sitio donde tenían algo de privacidad. El tono de su voz se había mantenido bajo pero tenso. La única cosa distinguible que había oído Bristol habían sido unas palabras de su padre.

—Siempre hay una forma de conseguir las cosas.

Unos días más tarde, Logan Keats anunció que había vendido una pieza, valiosa con la que se había topado en una feria (un hallazgo afortunado, lo había llamado), y habían utilizado ese dinero para comprar una casa a las afueras de Bowskeep. Se iban a quedar ahí. Harper había llorado y había abrazado a su padre. Su madre había sonreído. Había parecido una sonrisa genuina y había tarareado mientras trabajaba en su telar esa noche. La melodía había sido alegre, como si marcase un nuevo comienzo para la familia Keats.

Pero Bristol había seguido siendo cauta. Había aprendido desde

muy temprana edad a no coger afecto a personas y lugares que simplemente tendría que dejar atrás. Había parecido demasiado tarde para las segundas oportunidades, demasiado tarde para convertirse en algo que no habían sido nunca: una familia con raíces. Había tenido miedo de amar Bowskeep como lo hacía Harper. Bristol también había cometido esa dolorosa equivocación demasiadas veces en el pasado. Había estado segura de que los murmullos y las inquietudes aparecerían de nuevo. Siempre lo hacían. Dos días después de mudarse a su nueva casa, Bristol había llenado su bolsa de viaje y se había marchado.

A lo mejor había sido entonces cuando había empezado el desmoronamiento de la familia Keats.



CAPÍTULO 6



Clinc.

Clinc.

Tyghan estaba tumbado bocabajo, con la vista clavada en el suelo. Los dedos volvieron a hurgar. Él hizo una mueca.

—¿Estás acabando ya?

Madame Chastain dejó caer otra uña pétrea en el cuenco de cobre.

—Son venenosas, ¿sabes? Se meterán en tu sangre. ¿Dejo las últimas? ¿O me tomo mi tiempo y las extraigo todas?

Tyghan sabía muy bien lo que harían esas garras si se quedaban bajo su piel. Madame Chastain sabía que él lo sabía. Solo quería hacer hincapié en el hecho de que él había sido alumno suyo y que, en algunos asuntos, ella sabía más. Tyghan respondió con un gruñido evasivo. Madame Chastain le contestó con uno igual.

Clinc.

Apretó la herida, en busca de más garras. El sudor rodaba por la cara de Tyghan, goteaba de su nariz. Un retumbar grave reverberó por su pecho. Oyó el roce de botas sobre piedra. El repiqueteo sonoro de unos cascos. Una mano marrón, oscura que agarraba unos guantes de cuero destelló por delante de sus ojos. Quin. Los otros oficiales iban detrás de él.

Dos de los miembros de la patrulla que encabezaban, Nisa y

Liam, no habían conseguido volver. Se habían presentado voluntarios para la misión y su comandante los había recomendado, pero Tyghan apenas los conocía. Rezó por que no tuviesen garras clavadas por el cuerpo como él.

—Ya está. Esas son todas. Siete en total —declaró madame Chastain, al tiempo que hacía girar las garras en el cuenco de cobre —. Debió de ser uno grande el que te atacó.

Lo había sido, sí.

Tyghan se incorporó con torpeza ayudado por su brazo izquierdo, mientras trataba de reprimir un gemido. Sus oficiales descansaban en sillas enfrente de él. Los labios de Cully se curvaron en señal de diversión. Tyghan le lanzó una mirada fría al miembro más joven de la compañía, cuyos labios volvieron a una posición de reposo inexpresivo.

Madame Chastain bajó la vista hacia Tyghan.

—La próxima vez, evita esas garras, ¿quieres? Me ahorrarías mucho trabajo, la verdad.

Tyghan se plantó una sonrisa tensa en la cara.

—Vaya, ¿cómo puedo no haber pensado en eso?

La mujer untó la herida con una pomada curativa y la envolvió con una venda limpia.

—Déjatela puesta durante una hora. Debería estar curada para entonces. Eres joven y estás sano. Por ahora.

La mujer recogió todo su material y se marchó, sin dejar de hacer girar las uñas en su cuenco, mientras trataba de no parecer demasiado contenta. Tyghan sabía que les daría a las garras buen uso de otras maneras, y su mente debía bullir ya con las posibilidades.

Tyghan se puso la camisa con cuidado; su hombro derecho estaba muy sensible aún. Madame Chastain nunca se molestaba en darle nada para aliviar el dolor. «Mejor que recuerdes el dolor», decía. «Para que seas más listo al respecto la próxima vez». Tyghan no quería más próximas veces, pero sabía que llegarían.

Quin le ofreció una copa de un líquido desconocido.

—Quizás esto te ayude.

Tyghan bebió un buen trago, después empezó a toser con violencia.

Quin sonrió.

—No he dicho que no fuese a quemar. Aunque te hace olvidar tus otros problemas, ¿verdad?

Kasta se frotó la cabeza vendada. Ella también había resultado herida.

—Menuda situación más lamentable la nuestra, ¿no creéis? Cuando es imposible encontrar una pequeña y patética destreza en una nación entera.

Glennis frunció el ceño y echó el peso atrás.

—No es tan patética ahora que la necesitamos.

—Las reclutas están mejorando —apuntó Cully, mientras tallaba la punta de una delgada rama de fresno, sin preocuparse de los restos que caían al suelo.

—No lo suficiente —refunfuñó Dalagorn. Se apoyó en el alféizar de la ventana para contemplar la ciudad al otro lado. Liam procedía de su pueblo natal. Dalagorn le había reclutado.

Tyghan bebió un trago más cuidadoso de su copa; su estómago estaba más caliente ya por efecto del amargo brebaje.

—Eris va a reunirse hoy con una que dice que tiene potencial.

Kasta puso los ojos en blanco.

—Eso es lo que dijo de las otras.

—¿Reunirse? —masculló Quin con desdén—. Todos estos cortejos interminables… ¿Por qué no se limita a arrastrarla de vuelta por las uñas de los pies?

—El consejero está demasiado preocupado por sus libros y sus leyes —repuso Cully.

—Y nos estamos quedando sin tiempo —dijo Dalagorn, al tiempo que sacudía la cabeza—. Vayamos a cenar. —La comida solía *ser* su solución para situaciones desagradables o conversaciones que quería evitar—. Podría comerme una cabra entera.

—Pero no esta —repuso Glennis, dándole un *manotazo* en la

parte de atrás de la cabeza mientras se dirigían hacia la veranda donde cenarían.

Tyghan se quedó atrás. Dijo que se reuniría con ellos en un rato, pero aun así oyó el comentario de Quin flotar en el aire cuando estaban casi al fondo del pasillo.

—Dos pieles a que Eris vuelve con las manos vacías…

«Esta vez no», pensó Tyghan. Esta era la hija de Kierus y Maire. Si no era útil de una manera, él se aseguraría de que lo fuese de otra.



CAPÍTULO 7



Miriam, del Emporio de las Uñas, le hizo gestos a Bristol como si estuviese parando un taxi y le pidió que esperase *mientras* corría al interior para que las manicuras le dijesen lo que querían pedir de comer. Era una cosa casi habitual, sobre todo en días de festival, y a Bristol no le importaba esperar al borde de la acera. Las manicuras daban buenas propinas y Sal apreciaba que hicieran sus pedidos por adelantado. Bristol siempre metía unos buñuelos de ajo de regalo para ellas.

Mientras esperaba a Miriam, vio a Willow arrastrar los pies por la acera, con su sombrero andrajoso bien calado sobre la cabeza y la cara oculta entre sombras, como de costumbre. No era exactamente una sintecho, aunque nadie lo diría por la forma en que deambulaba por las calles y las carreteras, incluso de noche.

—Hola, Willow —la saludó Bristol cuando pasó por su lado. Willow asintió con timidez en respuesta, pero siguió su camino sin interrumpir su suave tarareo cantarín.

Bristol a menudo dejaba pedidos de *pizzas* cancelados en la escalera de entrada a su casa, solo para asegurarse de que tenía algo que comer. Willow era tan delgada como los postes de la luz que bordeaban la calle Mayor. Nadie en el pueblo sabía gran cosa sobre ella aparte de que, con regularidad, dejaba regalos colgados de los picaportes (unas flores silvestres atadas con hilo de

bramante), y que iba a todos los funerales del tanatorio y lloraba en el banco de atrás.

Un traqueteo estrepitoso hizo que Bristol se girara. Era Pippa Hawkins, de Los Mejores Hilos, que sacaba rodando un perchero a la acera para animar a los compradores a entrar en la tienda. Un cartel rojo chillón en ambos extremos decía a gritos: «Rebajas del 60 %» para anunciar unos largos vestidos centelleantes. El Baile del Fundador se había celebrado hacía tres meses ya, y estos eran los vestidos que no había querido nadie. Casi nadie.

Encajado entre todos ellos, Bristol vio el vestido verde musgo que ella misma se había probado y con el que se había imaginado en esa fiesta de la que tanto se hablaba. Bristol no había asistido nunca a ningún tipo de baile organizado, mucho menos a uno elegante. Recordaba bien cómo le había hecho sentir el vestido. Lo suave y ceñido que había quedado contra su piel. Como si rellenase todos sus espacios vacíos. A lo mejor solo le gustaba porque, durante esos escasos minutos, la había hecho sentir como otra persona, alguien que no estaba siempre pendiente de la carretera y de las salidas, alguien que no estaba dolorida por dentro. Alguien que se quedaba. Esos eran mucho amor y esperanza que asignarle a un vestido de precio desorbitado.

Pero dado que todo el mundo no hacía más que hablar del baile, incluidas Miriam y la alcaldesa Topz, y tras la repentina aparición de Mick en su vida, guapísimo, encantador y atento, Bristol le había dado vueltas a la idea. Había pensado que quizás ellos dos fuesen *algo*. Fuera lo que fuese. Nunca se había quedado en un mismo sitio el tiempo suficiente para averiguarlo. Pero Mick la había intrigado. Tenía un magnetismo convincente que la había pillado desprevenida.

Su frase inicial había sido «Bonita bici». Bristol puso los ojos en blanco al recordarlo ahora, pero en aquel momento había sido vulnerable a sus flirteos. Mick era un ciclista que ofrecía rutas caras en bicicleta por la costa para turistas ricos. Era obvio que la bicicleta de segunda mano de Bristol estaba en las últimas, pero él había irrumpido en su vida en un momento de debilidad, solo unas

semanas después de la muerte de su padre, y estaba asustadísima, sin saber cómo iba a mantener todo en orden para Cat y Harper. Mick había hecho preguntas como si le importase, y ella se había deleitado en su atención y su contacto como si pudiera curar todo lo que tanto le dolía por dentro. El almacén de Sal después de la hora de cierre se había convertido en su lugar de encuentro. Por desgracia, el intenso interés de Mick había durado solo dos semanas. Después de varias discusiones acaloradas, había desaparecido sin un «ya nos veremos» siquiera. Tal vez había tenido que marcharse para hacer una ruta inesperada, pero todo el mundo en la vida de Bristol parecía marcharse sin decir adiós.

—Aquí tienes nuestro pedido —le dijo Miriam, mientras llegaba a la carrera agitando un trozo de papel en la mano.

—¿Pedido? —intervino Pippa, dejando el perchero donde había estado recolocando la ropa olvidado por un momento—. ¿Sal no te ha llamado?

—Mi teléfono no funciona —repuso Bristol—. ¿Por qué iba a llamarme?

—No va a abrir hoy. Se ha ido la luz.



El reducido local de La Pizzería de Sal estaba oscuro, el cartel de «Cerrado» todavía colgado en el escaparate. No había ningún olor a masas horneadas ni a salsas en proceso de cocción. En el exterior, Sal estaba sumido en una discusión acalorada con tres trabajadores de la compañía eléctrica. La alcaldesa Topz cambiaba el peso de un pie al otro cerca de ellos y, cuando vio a Bristol, le explicó lo sucedido.

—Al parecer un extraño subidón de potencia ha frito la instalación de su local.

—¿Un extraño subidón de potencia? ¿Qué significa eso? ¿Por qué no lo están arreglando? ¿Cuánto tiempo…?

—Frena, Bri —dijo Georgie—. Solo puedo contestar a una pregunta cada vez.

Bristol, sin embargo, las quería todas contestadas de inmediato. Lo único que veía era una hora punta que se evaporaba, unas propinas que desaparecían, y que el siguiente apagón iba a producirse en su casa. Entre una fuga de agua en una cañería y una rueda reventada en su vieja furgoneta hacía dos semanas, su escueto presupuesto había quedado diezmado.

—Pero ¿cómo puede…?

—Están trabajando en ello, querida. Han dicho que quizás en unas horas…

Bristol levantó la vista hacia el cielo. «Mierda».

Sal se acercó maldiciendo, aunque reprimió sus palabrotas cuando la alcaldesa se aclaró la garganta. Bristol sabía que la alcaldesa era muy capaz de jurar en arameo, pero no cuando las calles estaban atestadas de turistas, y sobre todo no en día de festival.

—Lo siento, Bri —dijo Sal, con las redondas mejillas relucientes de sudor—. Estamos cerrados por el momento. Creen que podrían tenerlo arreglado para la noche, si tenemos suerte. —Se frotó la parte de atrás del cuello—. No necesito suerte. Necesito la jodida electricidad.

La alcaldesa se aclaró la garganta otra vez.

—¿Qué ha causado el problema? —preguntó Bristol.

—Todavía no lo saben. Creen que el transformador está bien, puesto que sigue dando electricidad a otros diez locales. El único frito ha sido el mío. Incluso ellos dicen que no tiene sentido. —Soltó un bufido grave de resignación—. Puedes irte a casa. Te llamaré si lo arreglan antes de que lleguen los clientes para la cena, pero es poco probable.

¿A casa? No podía irse a casa.

Bristol se marchó. Empezó a pedalear sin rumbo por la calle Mayor, serpenteando entre la muchedumbre. Tenía que haber trabajo en alguna parte, algo que pudiera hacer. A lo mejor Miriam…

«La carta».

Fue como un susurro fresco, le hizo cosquillas en la oreja. «Recuerda la oferta».

Frenó, derrapó al hacer un giro brusco y se encaminó hacia la calle Segunda.

No pensaba volver a casa sin dinero para las facturas. Para todas las facturas.



La campanilla de la puerta de la galería tintineó con tal suavidad que apenas cortó a través del silencio. Bristol cerró la puerta despacio a su espalda. La galería vacía suponía un marcado contraste con el ajetreo de las calles del festival. La primera cosa que vio Bristol fue el cuadro de su padre colgado en la pared del fondo como si fuese el protagonista de una obra de teatro. *Tempestad. Tempestad # 44*, para ser más exactos. Este era de lejos el más grande y el más oscuro, pintado en tonos negros y azul ultramarino, con diminutos toques carmesís sobre las crestas de las gruesas pinceladas, en las que los pegotes de pintura creaban sus propias sombras oscuras. *Tempestad a medianoche*, lo llamaba Bristol, pero su padre solo había numerado las muchas versiones del cuadro que más a menudo vendía. Había algo cautivador en todos y cada uno de ellos. «Todos los artistas tienen sus obsesiones», solía decir su madre. «Esta es la suya». Bristol creía que también había sido la obsesión de su madre, vista la forma en que había estudiado los impresionantes lienzos como si ella formase parte del extraño mundo oscuro de su marido. Cada cuadro revelaba algo un poco diferente. Este incluía el leve indicio de una figura misteriosa que emergía de la espiral de una sombra. Una aparición que estaba y no estaba ahí.

—Todavía no se ha vendido. —Bristol se giró para ver a Sonja emerger de *su* oficina, su largo pelo canoso recogido como una corona encima de su cabeza. Se metió detrás del mostrador y dejó

sobre él un montón de catálogos—, «Todavía» es la palabra clave —añadió, al tiempo que levantaba las cejas—. Tengo fe en que se venderá, igual que los otros. Y por más dinero. No te preocupes. —La voz de Sonja era siempre un sorbo de agua fría. Ella comprendía a los artistas, sus obsesiones, su pobreza, y tal vez también la de sus hijas.

—No he venido por el cuadro de mi padre. Quería preguntarte cuánto me darías hoy si te trajese una obra de arte singular.

Sonja sonrió.

—Supongo que eso dependerá de la obra de arte y de lo singular que sea. Yo no soy más que una pequeña…

—Un boceto de Leonardo da Vinci. —Sonja se rio, pero Bristol ni se inmutó—. Hablo en serio, Sonja. —Un pequeño boceto de Da Vinci, no más grande que la palma de la mano de Bristol, era lo que su padre le había vendido a un tratante a varias ciudades grandes de ahí. El dinero que le habían dado había sido un porcentaje pequeño de su valor, pero había bastado para comprar su casa y el tratante le había ofrecido la posibilidad de conservar su anonimato. El padre de Bristol no había querido una oleada de preguntas ni de atención. En ocasiones, cuando sus padres hablaban tras puertas cerradas, no hablaban lo bastante bajo.

Una arruga de curiosidad se formó entre las cejas de Sonja.

—Eso es imposible.

—Tal vez —repuso Bristol—. Pero ¿si de verdad te trajese algo…?

Los ojos grises de Sonja brillaban contra sus párpados color café con leche.

—¿En qué lío te has metido, Bristol Keats? Es bastante ilegal vender falsificaciones, y aún peor arte robado. Además…

—No sé si es robado. Pero alguien quiere dármelo.

—¿Dártelo? —Se rio de nuevo—. Entonces no hay duda de que es falso. Se quieren aprovechar de tu…

—Si te lo traigo, ¿cuánto puedes darme por él hoy? Existen recompensas por entregar arte robado. Las dividiré a partes iguales contigo.

Sonja negó con la cabeza.

—Pero…

—¿Cuánto?

—No puedes presentarte aquí y querer…

—¿Cuánto?

Sonja suspiró. Levantó la vista hacia el techo, pugnando con su sentido común y las desesperadas súplicas de una joven decidida que le gustaba mucho.

—Tráemelo. Solo si no corres ningún riesgo al hacerlo. Y si parece razonablemente auténtico, te adelantaré mil dólares mientras lo enviamos a analizar por expertos…, cosa que puede tardar un tiempo. Si esta «obra de arte singular» se queda en agua de borrajas, restaré el adelanto del importe obtenido por el cuadro de tu padre cuando se venda.

—Estaré de vuelta en una hora —dijo Bristol, mientras se encaminaba hacia la puerta—. Ve al banco. Saca el dinero.



CAPÍTULO 8



Tyghan estudió las obras de arte desperdigadas sobre la mesa y apreció cierta desesperación casual en su despliegue, dado su valor. Se trataba de bocetos preliminares para varios cuadros. Cuadros famosos.

Todas las piezas provenían de la colección personal de Jasmine archivada en el conservatorio. Tyghan sabía cuánto amaba Jasmine sus obras de arre. ¿Por qué podría estar dispuesta a regalar cualquiera de las piezas? ¿Por qué habían metido a Jasmine en esto para empezar a hablar? Dada su conexión con Kierus, Tyghan no podía confiar en ella; también había habido palabras desagradables entre ellos, acusaciones que aún picaban. Además, había otros incentivos valiosos para ofrecer. Que ya habían ofrecido. ¿Merecería la pena siquiera esta chica?

«Hizo caso omiso de mis incentivos anteriores».

Arte.

Hacía que Tyghan se preguntase cosas, le hacía recordar otras que prefería olvidar.

—El consejero ha vuelto —le informó Ivy a modo de advertencia.

Tyghan le había dicho a Eris que se quedaría al margen. Y lo haría, hasta cierto punto.

Le hizo un gesto afirmativo a Ivy y se ocultó a la vista. En cualquier caso, la sugerencia de arrastrar a la joven de vuelta por las

uñas de los pies estaba empezando a atraerle más. Desde luego era algo que podían organizar.



CAPÍTULO 9



Era solo mediodía, demasiado pronto aún. El pulso de Bristol se aceleró mientras salía del pueblo. Por lo general, le gustaba rodar por la amplia carretera, pero esta vez su destino le robaba todo el placer. Este era un asunto desesperado, y era posible que fuese peligroso. Tenía solo un vago recuerdo de dónde estaba Skycrest Lane, pero había muchas carreteras que cortaban la autovía fuera de Bowskeep.

Su frustración fue en aumento según pedaleaba. Primero su teléfono escacharrado, después la instalación eléctrica de Sal fundida. Estaba cansada. Cansada de tener que pelear por cada maldita cosa en su vida. A lo mejor esta obra de arte cambiaría eso. Llegar pronto era una ventaja. En pleno mediodía. La hora de comer. Testigos. Al llegar pronto, los pillaría desprevenidos. *Los*.

¿Quiénes eran? Por alguna razón, sabían lo de la obra que había adquirido su padre, y le estaban prometiendo más de lo mismo. Bristol exigiría que cumpliesen esa promesa o los delataría como los impostores que eran. El *sheriff* estaba a tan solo una llamada de distancia. Si es que funcionaba su teléfono.

El viento silbaba en sus oídos y, unos segundos después, un humilde cartel descolorido la dirigió hacia Skycrest Lañe. Bristol hizo una pausa en la calle cubierta de hojas. Un ratón cruzó corriendo la calzada medio abandonada, asustado por su repentina presencia. La

joven apretó el pie sobre el pedal antes de poder cambiar de opinión y tomó la estrecha y sinuosa carretera.

Al doblar una curva, apareció ante ella una posada de dos pisos, grande y muy azul, como si acabase de recibir una mano de pintura. El cerco de las ventanas era blanco y los maceteros de los alféizares rebosaban de geranios rojos cereza. Había solo unos pocos coches aparcados fuera, menos de los que a Bristol le hubiese gustado. Las lámparas de araña en el interior de la posada brillaban a través de las cortinas de encaje que cubrían las ventanas.

Apoyó la bicicleta contra un roble próximo a la entrada, después remetió unos cuantos mechones de pelo sueltos otra vez en su coleta. «Allá vamos», pensó, al tiempo que cuadraba los hombros. Sin embargo, cuando se encaminó hacia las escaleras, lo único en lo que podía pensar era en lo furiosa que se pondría Cat cuando se enterase de lo que estaba haciendo. Sus mejillas pálidas se encenderían de un rojo intenso y sus ojos centellearían de lágrimas mientras le chillaba a Bristol por ser tan temeraria…, igual de temeraria que había sido su madre la noche en que había cruzado en coche un arroyo crecido por la lluvia y la había arrastrado la corriente.

Bristol vaciló a mitad de las escaleras. Habían encontrado el cuerpo maltrecho de su madre una semana después. Su padre había tenido que identificarlo y nunca había vuelto a ser el mismo. ¿Qué había sido tan importante para su madre al otro lado de aquel arroyo? ¿Qué había sido más importante para ella que su familia? ¿Estaba siendo Bristol temeraria ahora, igual que ella?

Echó un vistazo a la puerta delantera y al felpudo de bienvenida al pie de la entrada. Esto no era lo mismo que cruzar un arroyo crecido en medio de una noche tormentosa lejos de casa. Bristol estaba haciendo esto por sus hermanas. Era una oportunidad que se presentaba una vez en la vida y podría mejorar mucho las cosas para ellas. Le llegó el aroma de algo dulce y glorioso que se estaba horneando, y luego el olorcillo terroso de la lavanda. Sus nervios se calmaron y entró por la puerta delantera.



Bristol se topó en el vestíbulo con una mesa brillante y lustrosa con un enorme jarrón que rebosaba de flores recién cortadas. También se topó con un profundo silencio, como si hubiese entrado en un museo cerrado ese día. Como si hubiese entrado en una posada vacía. Sin voces, sin aspiradoras, sin el tintineo de platos y cubiertos.

Dio unos cuantos pasos dubitativos.

—¿Hola?

Se oyó un golpe estrepitoso, luego un balbuceo ahogado. Entonces se abrió una puerta al fondo del salón y una mujer joven salió por ella medio trastabillada, cargada con una bandeja de pequeños pastelitos coloridos. Iba vestida con una blusa y una falda almidonadas, de un azul que pegaba a la perfección con la reciente pintura de la fachada exterior. Sobre el bolsillo tenía bordado el nombre: «Posada Willoughby». Se detuvo a poca distancia de Bristol, con los ojos como platos, como si no hubiese entrado nadie por esa puerta en décadas.

—Tenía cita aquí con una clienta de la posada…

—¡Oh, sí! La Lu… Quiero decir, ¡la señorita Jasmine! ¡Por supuesto! ¡Me dijeron que vendrías! Me llamo… —Dudó un instante, como si hubiese olvidado su nombre—. ¡Ivy! Aunque eso no es importante. —Sus rasgos eran angelicales, pero se crisparon de preocupación. Buscó algún sitio donde dejar la bandeja, pero ni siquiera vio la mesa que estaba justo a su lado.

Bristol tomó la bandeja de sus manos y la depositó sobre la superficie.

—¿Primer día en este trabajo?

La joven asintió y su pelo rubio centelleó en ondas suaves por encima de sus hombros.

—Sí, eso es. Mi primer día. Por favor, siéntate. Le diré que has llegado.

Los pies de Ivy no hicieron ni un ruido cuando corrió escaleras

arriba. La posada se sumió en un extraño silencio otra vez; no se oía ni un crujido, ni un chirrido. Al parecer, todos los tablones del suelo habían jurado guardar silencio.

Bristol se sentó en el sofá burdeos de la sala y deslizó los dedos por el lujoso terciopelo, al tiempo que estudiaba el papel pasado de moda de las paredes y las elaboradas lámparas de araña que desprendían un extraño resplandor amarillo. Intentó escuchar algún ruido, algún indicio de que se acercara alguien. El piso de arriba permanecía en silencio, pero entonces…

Un cosquilleo.

Calor. Bajó por toda su columna.

Le ardían las yemas de los dedos.

«No, no te des la vuelta. No lo hagas». Pero la sensación de que la estaban observando la abrumaba.

Se levantó de un salto y giró en el aire. Sus ojos volaron de una esquina a otra.

Nada.

Sin embargo, esa sensación agobiante seguía ahí, como si hubiese alguien de pie a apenas unos centímetros, irradiando calor hacia ella. Bristol tragó saliva y dio un paso atrás.

«Sal de aquí, Bristol. Sal de aquí ahora mismo».

Pero entonces vio por el rabillo del ojo una habitación bien iluminada al final de un pasillo largo. Las altas puertas de doble hoja estaban abiertas y en el centro de la sala había una mesa con varios papeles sobre ella. «Las obras de arte», pensó.

Echó un vistazo hacia el vestíbulo y las escaleras. Constató que no venía nadie. Dio unos pasos dubitativos, después unos cuantos más, hasta que estuvo dentro de la sala.

Bristol caminó en círculo alrededor de la mesa, los ojos clavados en el papel amarillento. Tiza sanguina, la opción preferida por Da Vinci para hacer bocetos. No era una elección sorprendente para una falsificación, pero aun así, se le aceleró el pulso. Si estas piezas eran falsificaciones, eran buenas. Excelentes. Esto era lo que había ido a buscar ahí, pero ahora la realidad estaba minando su determinación.

¿Quiénes eran estas personas? Estas obras iban a traer problemas. Muchos problemas. No deberían estar ahí. Da Vincis, todas ellas. O falsificaciones muy buenas, pero el ardor que sentía en lo más profundo de sus entrañas le decía que eran auténticas. Sus padres la habían arrastrado a todas las galerías y museos del país entero.

Cogió un boceto de un dragón y un león, consciente de que debería llevar guantes puestos por si acaso no era falso. Palpó el pequeño trozo de papel entre los dedos, con sumo cuidado de no tocar la tiza. El papel era un retal de lino distinto de cualquiera que hubiese tocado nunca, aunque no tan quebradizo como hubiese anticipado, y no había nada de moho visible, cosa que habría sido de esperar en un papel tan vetusto.

Aun así. Había algo convincente en él. ¿Se trataba de un boceto preliminar para la reproducción que ella misma había visto en incontables galerías? ¿O el final? Este boceto por sí solo podía valer millones si era auténtico.

El pasillo seguía desierto. Podría llevárselo y desaparecer antes de que regresara nadie. Tendría mil dólares en el bolsillo en cuestión de una hora, con mucho más por venir. En realidad, no era robar, puesto que ya se lo habían ofrecido. Bajó la cremallera de su sudadera. Tenía un bolsillo interior grande…

—¿Señorita Keats? ¿Eres Bristol Keats?

Bristol giró en redondo con una exclamación sobresaltada. Dejó el boceto otra vez en la mesa como si la hubiesen pillado en medio de un hurto.

Un hombre alto de mediana edad ocupaba el hueco de la puerta. Tenía las cejas arqueadas, expectante.

—Sí —contestó, mientras evaluaba al recién llegado. ¿Era él la mente pensante detrás de esta reunión? ¿Qué quería a cambio?

El hombre sonrió. Tenía un rostro que no era desagradable, cordial incluso. Su largo pelo blanco estaba peinado hacia atrás y recogido en una coleta, e iba vestido con un traje negro hecho a medida y una corbata de seda blanca. Apestaba a dinero y sofisticación. Bristol se preguntó qué podía querer un hombre así de

alguien como ella.

—Perdóname —se disculpó—. No pretendía asustarte.

—¿Asustarme? En absoluto. Ya le había oído —repuso Bristol, al tiempo que intentaba recuperar la compostura, aunque no le había oído y se preguntaba si todo el mundo en esa posada andaba como un maldito gato.

El hombre le tendió la mano.

—Eris Dukinnon. Yo te envié la carta.

—Múltiples cartas —le corrigió Bristol mientras le estrechaba la mano—. Cartas que escribió en nombre de mi «tía». ¿Dónde está?

—Me temo que no te esperábamos tan pronto. Está echándose la siesta, pero su enfermera ha ido a despertarla para que pueda bajar a nuestro encuentro. Puede que tarde unos minutos en vestirse. Creo que expliqué que su salud es delicada y este ha sido un viaje difícil para ella. Espero que no te importe esperar un poco.

¿Una enfermera? La preocupación en el rostro del hombre parecía genuina. Bristol se preguntó si estaba obligando a una frágil viejecita a pasar por su aro.

—Lo siento. No he debido venir temprano. Me han dado el día libre en el trabajo…

—No es problema. Mientras esperamos, ¿por qué no examinas las obras? Puedes elegir antes de que baje tu tía.

—Ya las he mirado. ¿Son reproducciones?

—Oh, no. Todo originales.

—¿Originales de *Leonardo da Vinci*? —preguntó, sin hacer ningún esfuerzo por ocultar su escepticismo.

—Eso es —repuso el hombre, su tono y su actitud igual de cordiales que antes.

—¿Robadas? —insistió.

Eris se echó a reír.

—Santo cielo, no. Hace muchísimo tiempo que tu tía las tiene en su colección privada. Adelante. Elige una.

Bristol estudió los dibujos. La gente no regalaba Da Vincis así sin más.

—¿Dónde está la trampa?

—No hay trampa. Es solo un regalo de tu tía. Tómate tu tiempo.

«Solo un regalo». Ahí había trampa seguro, aunque todavía no supiese cuál era.

La atención del señor Dukinnon se desvió hacia las notas que sujetaba en la mano.

—Tengo información sobre cada obra. Espera, deja que busque…

Mientras hojeaba sus notas, Bristol caminó en círculo alrededor de la mesa y fingió estudiar los bocetos. Ese calor abrumador presionó sobre ella otra vez, tocó su piel, su cuello, se deslizó por su brazo hasta sus dedos, como si cada movimiento que hacía lo estuviera evaluando alguien. La yema de su dedo rozó el borde irregular del boceto del dragón. Ya sabía que ese era el que quería.

Ivy entró corriendo en el comedor y Bristol retiró la mano de inmediato.

—Tu tía bajará enseguida —anunció Ivy—. Quiere que estudies las obras y elijas la que quieras mientras esperas.

Una vez más esa impaciencia. Como si estuviesen intentando cerrar un trato. Había algo equivocado en todo aquello. Bristol se inclinó hacia delante, fingió examinar uno de los bocetos con los labios fruncidos en ademán estudioso, pero apenas podía enfocar la vista. Todo esto tenía que ser ilegal de algún modo grandioso. «¿En qué lío te has metido, Bristol Keats?».

—Hmmm, veo el parecido.

Bristol dio media vuelta para encontrar a una mujer de pie a la entrada. Tenía los ojos fijos en ella, como si fuese el premio al final de una larga búsqueda. La mujer era alta, delgada, con una larga trenza gris que pasaba por encima de su hombro y bajaba hasta sus rodillas. Su rostro era un mapa intrincado de arrugas elegantes, cada una de ellas fruncida con delicadeza; un rostro rico en historias. Su cutis era tan blanco como el pétalo de una flor, la nariz recta y afilada, los ojos un poco hundidos y brillantes, del color de un cielo pálido de verano.

Bristol no podía apartar la mirada. Era un rostro digno de estar

en un cuadro, en un museo, un rostro que tenía historia, profundidad, algo intangible que Bristol no sabía nombrar. Era muy posible que fuese la mujer más guapa que Bristol había visto en su vida…, pero lo que desde luego no veía en esta mujer era ningún parecido familiar. No se parecía en nada a su padre. Y si esta mujer había visto a su padre alguna vez, sabría que Bristol tampoco se parecía a él. Esta no era la tía de su padre.

—La verdad es que no me parezco demasiado a mi padre —comentó Bristol, en un atrevido reto sutil.

La cabeza de la mujer se ladeó para mirarla con más atención.

—Eres como él en más aspectos de los que puedes creer.

Bristol tenía que reconocérselo: era una buena respuesta evasiva.

—¿Es usted la tía Jasmine de mi padre? —preguntó de todos modos con una sinceridad asombrosa.

La mujer asintió, luego se sentó con cuidado en una silla pegada a la pared.

—Permíteme recuperar la respiración un minuto y después hablaremos. Pero, por favor, mientras esperas, elige la pieza que prefieras.

Todos miraron a Bristol expectantes.

La joven se secó la humedad que perlaba la línea de su pelo. Se mostraban demasiado ansiosos.

—Necesito pensarlo unos minutos. ¿Podría hacerlo en el vestíbulo? Hace muchísimo calor aquí dentro.

—Por supuesto —repuso el señor Dukinnon. Empezó a seguir a Bristol, pero ella le hizo una señal con la mano, al tiempo que le decía que necesitaba estar sola para pensar. Bristol no sabía si necesitaba pensar o salir corriendo; quizás las dos cosas. Pero ¿de verdad podía dejar atrás un Da Vinci, aunque fuese robado, cuando eso podría cambiarlo todo para ella y sus hermanas? Notó los ojos del señor Dukinnon pegados a su espalda mientras caminaba por el pasillo, y hasta que se sentó en el sofá no oyó el clic de las puertas del comedor al cerrarse.

Unos murmullos bajos emanaron de la sala, y los músculos de

sus hombros se relajaron un poco. Al menos la posada ya no estaba sumida en un silencio letal. Ninguna de esas personas parecía peligrosa, pero claro, las apariencias podían ser engañosas.

Cogió un pastelito rosa de la bandeja que había dejado ahí Ivy y se lo metió entero en la boca. Después, otro. Se derretían en su lengua como bocados celestiales. Estaba convencida de que eran los mejores pasteles que había probado en su vida. Se metió un tercero en la boca. Ayudaron a asentar su estómago. «Limítate a aceptar esa obra de arte, Bristol. Cógela y sal de aquí. No es algo tan gordo. Estás haciendo un mundo de ello».

Se levantó, sorprendida por el cambio repentino en su confianza. Ahora le resultaba obvio. Cogería la obra y se marcharía.

Se dirigió de vuelta al comedor una vez tomada la decisión, pero, a medida que se acercaba, los murmullos bajos del interior subieron de volumen. Había más que unas pocas voces ahora. No recordaba haber visto otra puerta que condujera al comedor. ¿De dónde habían salido los otros? Hizo una pausa para escuchar, justo por fuera de la puerta. Estaba segura de que estaban discutiendo, pero no entendía lo que estaban diciendo. Hablaban en otro idioma. Se inclinó hacia delante y pegó el ojo a la estrecha ranura. Tardó un momento en que su vista se enfocara, y entonces…

Parpadeó, retiró la cabeza, luego miró otra vez. Se frotó los ojos para estar segura. El corazón le dio un vuelco.

¿Qué estaba viendo? ¿Cómo podía ser?

Ya no era solo una habitación con personas.

Ahora había criaturas en su interior. No, peor aún, eran *monstruos*. Un surtido grotesco de ellos. Algunos tenían alas, otros tenían pelo como si fuesen parte animal, otros tenían plumas moldeadas en una pesadilla. Uno tenía colmillos que sobresalían por encima de su labio superior, como un jabalí salvaje, y aun así se mantenía erguido y llevaba ropa. En el rincón, una enorme criatura se alzaba por encima de todos ellos, vestida con uniforme de policía y, cuando se movió, Bristol vio una imagen clara de la placa adherida a su pecho: «*Sheriff* Tom Orley». Se le revolvió el estómago.

¿Era por los pasteles que había comido? ¿Eran disfraces? Tenía que haber una explicación razonable.

Se frotó los ojos, pero su mirada pasmada se volvió obsesiva. Tenía unas ganas desesperadas de salir corriendo, pero al mismo tiempo estaba demasiado horrorizada para marcharse. Estaba paralizada ante la ranura de la puerta como si estuviese viendo un accidente de tren.

De pie al lado del *sheriff* había una mujer con la cara de Freda, la bibliotecaria, pero de su frente salían unos pequeños cuernos. Eris y los pocos humanos que estaban entre las bestias no parecían inquietos por su presencia. Ivy también estaba ahí, pero ahora unas alas de vetas negras colgaban de su espalda hasta el suelo y unas escamas iridiscentes cubrían parte de su cara. No era maquillaje.

En medio de todo ello había un hombre alto con pelo tan negro como la medianoche que acaparaba la atención de todos. Era humano, por lo que veía Bristol, un humano enfadado. Se inclinó por encima de la mesa para seguir hablándole en voz baja a Eris. Una capa negra a juego con su pelo ondeaba desde sus anchos hombros, como si un viento soplase por la habitación. Sus brillantes ojos azules eran de un tono glacial de invierno, y una tormenta de nieve arreciaba en ellos. Sus palabras perforaban el aire.

Pero entonces, a media frase, se quedó quieto y dejó de hablar. Giró la cabeza un poco. Su atención voló al instante hacia la ranura de la puerta, sus ojos fijos en Bristol ahora, como si no hubiese puerta entre ellos en absoluto. La joven no podía respirar. No podía moverse. El terror aporreaba su pecho. «¡Corre! ¡Sal de aquí!». Era un grito escalofriante en su cabeza, pero no era capaz de hacer que su cuerpo la obedeciera. Las puertas se abrieron de par en par y ella se tambaleó hacia delante.

La sala se quedó en silencio al instante. Estaba rodeada de bestias y sus espantosos ojos estaban todos clavados en ella.

«¿Cómo vas a salir de esta, Bristol?». El miedo la atravesó de arriba abajo, luego una especie de atolondramiento. Como si estuviese a punto de echarse a reír histérica. ¿Por qué no? Iba a

morir. Estaba segura de ello. ¿Qué tenía que perder? Sin embargo, empezó a retroceder, centímetro a centímetro. Su instinto de supervivencia se había activado, preparado para huir.

—Elige —le ordenó el hombre de pelo negro, ahora en un idioma que ella entendía. Su mirada sujetaba cada centímetro de ella como un hierro frío.

«¿Elegir?». ¿Seguían obsesionados con las obras de arte? ¿Qué les pasaba? ¿Estaban todos locos? ¿O lo estaba ella?

—No la fuerces, Tyghan —le susurró Eris al hombre—. La elección debe ser suya.

Bristol volvió a mirar los bocetos, a tan solo un brazo de distancia. Le temblaba la mano cuando agarró el dibujo del dragón de la mesa.

El llamado Tyghan asintió.

—Bien. Ahora estás al servicio del rey.

Bristol levantó la barbilla, pugnando entre el terror y la contención. Tenía que recuperar el control de esa situación. Y deprisa. Debía actuar como si las criaturas no la descolocaran. Como si viese salas llenas de bestias extrañas todos los días. Miró al bocazas como si fuese un cliente molesto en la pizzería de Sal. Clavó los ojos en él con la esperanza de inmovilizarle donde estaba.

—Un regalo es un regalo, por si no te has enterado —le dijo—. No estoy al servicio de nadie…, mucho menos de no sé qué *rey* al que no he visto nunca.

Las bestias que la rodeaban aspiraron bocanadas de aire furiosas. Emitieron ruidos retumbantes. De los ollares de una de las criaturas empezó a salir humo. Bristol sintió un brutal escalofrío. Sí, iba a morir. Se guardó el boceto en la sudadera y dio otro paso atrás.

Tyghan giró en torno a la mesa para dirigirse hacia ella, como un animal que se cierne sobre su presa.

—Un regalo no es solo un regalo en mi mundo. Es una obligación.

«¿Su mundo?».

Bristol le sostuvo la mirada, por abrasadora que esta fuese.

—Entonces es una pena que estés en Bowskeep. —Su voz no sonó ni la mitad de dura de lo que había querido, así que redobló la apuesta—. Mi mundo, mis reglas.

La sala se calentó al instante, Bristol notaba la piel en llamas, como si hubiesen abierto la puerta de una forja, pero entonces Eris se interpuso entre ellos, con una mano sobre el pecho de Tyghan mientras se dirigía a ella.

—Por favor, deja que te lo explique. A cambio del regalo, solo queremos tus servicios durante un periodo corto, unos meses como mucho. Algo que tú…

Bristol negó con la cabeza, el labio enroscado en una mueca de asco.

—Yo no proporciono *servicios*.

—No, no, no lo estás entendiendo bien. No es nada inapropiado ni ilegal. Tienes algunas habilidades. Eso es todo. Nos hemos percatado de tu habilidad para maniobrar por el pueblo con tu bicicleta. Pareces tener instintos especiales. Nos gustaría utilizarlos, si fuese posible.

Bristol miró al hombre boquiabierta, pasmada durante un momento. «Reparto *pizzas*, idiota. No es ingeniería aeroespacial». ¿Qué tipo de estafa se traían entre manos?

—Repartir *pizzas* no requiere ninguna destreza especial —dijo, sin embargo, con voz amable, mientras continuaba retrocediendo.

—Son tus instintos de orientación los que nos interesan. Solo queremos reclutarte para una tarea pequeña. —Eris hizo un gesto hacia los bocetos—. Este regalo hoy y otro cuando hayas completado la tarea.

—¿Cuál es la tarea?

—Encontrar una puerta para nosotros. Eso es todo. Te aseguramos que haremos que merezca la pena para ti.

«¿Eso es todo?». No era muy probable.

—Lo siento —dijo—, no me interesa.

Dio media vuelta y echó a correr.

A su espalda estalló una conmoción. La posada silenciosa se volvió ensordecedora al instante. «La puerta. Solo tienes que llegar hasta la puerta».

Todo empezó a cerrarse de golpe a su alrededor: puertas, ventanas… Todo se movía por sí solo, como si la posada fuese un ente vivo que intentaba detenerla. Varios cuadros salieron volando de las paredes para estrellarse contra el suelo, las mesas se deslizaban delante de ella y la obligaban a cambiar de rumbo, saltar y buscar una ruta despejada para salir de ahí. ¿En qué tipo de manicomio se encontraba? Siguió adelante, esquivando obstáculos que volaban por voluntad propia. Cuando la puerta delantera se negó a abrirse, giró por otro pasillo, sin dejar de esquivar objetos voladores. Al final llegó a una puerta lateral. La abrió de par en par, bajó las escaleras dando tumbos y echó a correr hacia su bicicleta. Las ramas y las hojas la azotaban como si fuesen bandadas de pájaros furiosos que habían caído en picado desde el cielo. Era imposible esquivarlas.

«Esta era la trampa», pero fue solo un pensamiento fugaz, porque en lo único que podía concentrarse era en salir de ahí. Agarró su bicicleta y bajó pitando por el camino de entrada, que apenas lograba ver entre el remolino de polvo. Avanzó de memoria y fiándose de su instinto. Le escocían los ojos y el bombardeo continuó golpeándola. Tablillas del tejado pasaban volando por su lado, algo impactó contra su cara. Sintió una explosión de dolor en el labio, pero siguió adelante. Consiguió llegar a la carretera principal y dejar atrás el rugiente pandemonio, pero no ralentizó sus pedaladas. Rodó a la velocidad del rayo, como si todavía hubiese monstruos lanzando mordiscos a su espalda.



Tyghan tenía los codos apoyados en la barandilla del porche delantero. El viejo porche de madera crujía bajo el peso de todos los

que se habían congregado en el exterior para observar cómo escapaba su candidata. La analizaban, se preguntaban si tenía potencial. Detrás de él, Eris suspiró con una actitud dramática intencionada.

—¿Tienes algo que decir? —le preguntó Tyghan.

—Me prometiste que no vendrías.

—No recuerdo haber prometido nada —repuso Tyghan—. Dije que te dejaría encargarte de ello. Y eso hice, en su mayor parte. Si soy un experto en tergiversar las palabras de las leyes, lo aprendí de ti.

Eris chasqueó los labios como si estuviese succionando un limón.

—¿Y? —preguntó—. ¿Impresionado?

Tyghan observó a la joven que bajaba por el camino como una exhalación, maniobrando su bicicleta como si fuese un arma. ¿Los mortales repartían productos en unos artilugios tan enclenques? En cualquier caso, Eris había estado en lo cierto: no era una niña para nada. Tyghan no había estado preparado para verla de verdad, para mirar directo a sus ojos. La mirada de la chica le inquietaba. Tenía un parecido asombroso con Kierus… y con Maire. No en sus rasgos, sino de otras maneras. Sus gestos. La forma en que apretaba los labios en una línea fina cuando pensaba, como hacía Kierus, y el brillo peligroso de sus ojos cuando estaba enfadada. Kierus nunca había sido de enfado rápido, pues prefería una sonrisa o un giro en sus palabras para controlar una situación, pero cuando esa chispa se encendía en sus ojos, todo el mundo sabía que convenía darle espacio.

Y la voz de la joven. Tyghan había oído hablar a Maire en una sola ocasión, pero su entonación suave, la cadencia… estaban ahí.

—Vale, ha conseguido esquivar unos cuantos objetos —repuso Tyghan al final—. Tampoco diría que esa sea una razón para celebrar.

—Pero encontró la única puerta abierta. ¿Qué más tenemos? —Nada, pero Tyghan no estaba dispuesto a admitirlo—. Y seguro que te has fijado que sus ojos son color avellana —añadió Eris.

Tyghan se había fijado. Se encogió de hombros.

—Cosa que no suele significar nada.

—Pero *a veces* significa muchísimo. Tienen mayor potencial para el cambio.

—¿Vamos tras ella? —preguntó Quin.

—No —dijo Eris, al tiempo que le hacía un gesto para que se quedara donde estaba—. Esta noche habrá vuelto por voluntad propia.

—Tiene el boceto —refunfuñó Melizan—. ¿Por qué iba a volver?

—Tu hermano me dijo que la presionara —respondió Eris—. Estoy lejos de haber terminado.



CAPÍTULO 10



Árboles, el pueblo, coches pitando…, todo ello pasaba a toda velocidad junto a Bristol, convertido en un horrible manchurrón gris. Apenas podía ver la carretera. Su labio palpitante era la única prueba de que la sala llena de criaturas no había sido producto de su imaginación, porque todo aquello era demasiado imposible. ¿Quiénes…? ¿*Qué*… eran? ¿Y qué estaban haciendo ahí, en Bowskeep? Algunos la habían mirado con el ceño fruncido, con sangre en los ojos. El boceto estaba guardado sano y salvo en el bolsillo de su sudadera, pero no se detuvo en la galería de Sonja. Iría a por el dinero más tarde.

Estaba en el último tramo antes de llegar a casa y el mundo por fin empezaba a aquietarse. La hierba de medio metro que bordeaba la carretera se mecía por efecto de la brisa, pero entonces, más adelante, vio el hito conmemorativo al borde de la carretera. Reconstruido. Y había alguien a su lado.

Su corazón volvió a desbocarse. Al acercarse, reconoció el andrajoso sombrero. Willow. La mujer observó a Bristol acercarse, como si la estuviese esperando. ¿Era Willow la que no hacía más que reconstruir el pequeño monumento?

Aunque conocía a Willow, Bristol sintió una desconfianza repentina. Se detuvo a varios metros de ella.

—Willow, ¿qué estás haciendo aquí tan lejos?

Willow se quitó el sombrero y su largo pelo, enredado con hierba y hojas, cayó rodando hasta el suelo, más allá de sus tobillos. Más pelo del que Bristol hubiese imaginado que podía caber debajo de un solo sombrero.

—Vi a tu padre con trows justo antes de que desapareciera —respondió.

Bristol tragó saliva.

—¿Trows?

Willow se acercó unos pasos más.

—Trows de montaña, unas criaturitas malévolas y agresivas, eso es lo que son. La mayoría de ellas no más altas que esto. —Cortó por el medio de su muslo con los dedos—. Pero ¿el tamaño? Eso no significa nada. Son unos diablillos peligrosos. Con dientes como cuchillos.

Bristol se preguntó por los círculos oscuros debajo de los ojos de Willow, por lo demacrada que se había quedado, y el extraño tono rasposo de su voz.

—Mi padre no desapareció, Willow. Está muerto.

—Hmm…, ¿seguro? —Sus ojos inyectados en sangre se abrieron más—. ¿Alguna vez viste un cuerpo?

A Bristol se le revolvió el estómago y sintió náuseas. La pregunta despertó recuerdos que estaba intentando olvidar. No, no había visto el cuerpo, pero el *sheriff…*

«El *sheriff* lo vio. El *sheriff* que también era un monstruo».

Miró a Willow con un miedo renovado.

Willow se rio.

—Ah, el *sheriff*. —Su cabeza se movió, arriba y abajo, como si supiese lo que era de verdad—. Pero esos *trows* son un grupo taimado. Pueden engañar prácticamente a cualquiera. Incluso a un *sheriff*. No puedes fiarte de nada que tenga que ver con ellos. —Empezó a alejarse.

—¡Willow! ¡Espera! —la llamó Bristol—. ¿Qué estás intentando decirme?

Pero había desaparecido. Desaparecido, como si nunca hubiese

estado ahí. Se convirtió en un puntito de luz tenue que centelleó antes de apagarse.

A Bristol le costaba respirar, la vista aún fija en el punto donde se había esfumado Willow. Le escocían los ojos, calientes y secos.

Y entonces oyó el eco de un susurro: «Le atraparon los trows».



CAPÍTULO 11



Angus trepó al sofá a toda prisa y apartó la cortina con la nariz para mirar por la ventana. Harper se reunió con él, pero vio que era solo Cat que aparcaba en la entrada. ¿Qué hacía en casa tan pronto? Cat cerró la puerta de la furgoneta de un portazo y echó a andar entre los altos hierbajos que una vez fueron césped.

Cuando irrumpió por la puerta, tenía los ojos rojos e hinchados.

—¿Qué pasa? —preguntó Harper.

Cat arrugó la nariz. Negó con la cabeza y trató de pasar por delante de Harper.

—Nada. Todo irá bien.

—Cat —insistió Harper, al tiempo que agarraba el brazo de su hermana.

A Cat le temblaban los labios, y entonces lo soltó.

—Me han despedido. Sin previo aviso, sin indemnización. Puede que presenten cargos contra mí. Faltaba dinero en la caja fuerte y yo era la única que conocía la combinación de los que trabajamos ayer por la noche. ¡Yo no lo cogí, Harper! Jamás les robaría.

Empezó a arrancarse el uniforme ahí mismo, en él salón, lanzándolo en todas direcciones hasta quedar solo en bragas y sujetador.

—Quémalo mientras estoy fuera, ¿quieres? —Subió las escaleras a paso airado, mientras decía que se iba a cambiar e iría en busca

de un empleo nuevo. No obstante, a medio camino giró en redondo —. No tiene sentido. Ni siquiera las cámaras de seguridad pudieron ayudarme. Un subidón de potencia las frío.



CAPÍTULO 12



Trows. ¿Qué eran? ¿A qué se refería Willow? «Le atraparon». ¿Qué quería decir, que le mataron o que se lo llevaron? ¿Era posible que su padre aún estuviese vivo?

En cuestión de minutos, Bowskeep se había vuelto del revés y se había convertido en un sitio que Bristol no reconocía, un abrigo con costuras y bolsillos oscuros y ocultos que no había sabido que existían. Primero Freda y el *sheriff*, y ahora Willow. ¿Alguien en este pueblo era quien afirmaba ser? «¿Alguna vez viste un cuerpo?».

Se le revolvió el estómago de nuevo y los pasteles que había comido se le subieron a la garganta. No, no había visto un cuerpo. ¿Significaba eso que el *sheriff* estaba metido en el ajo? ¿O le habían engañado de la manera que había sugerido Willow? ¿Podía Bristol creer siquiera a Willow? ¿*Qué* era Willow?

La bicicleta de Bristol aún estaba en movimiento cuando saltó de ella y la dejó caer con estrépito al suelo. Subió a la carrera las escaleras delanteras y cerró la puerta a su espalda de un portazo, el pecho en llamas por su trayecto alocado hasta casa. Su cabeza era un batiburrillo de imágenes: Willow, la habitación llena de monstruos, el hombre que le había ordenado que eligiera. Eris le había llamado «Tyghan». ¿Qué tipo de nombre era ese? No era un nombre de esa zona. ¿Sería de *su mundo*? ¿Cómo era ese mundo?

Harper salió corriendo de la cocina.

—¿Qué le ha pasado a tu labio?

—Yo… Hubo… —El cerebro de Bristol corría aún a toda velocidad, los pensamientos chocaban entre sí—. Fui a la posada Willoughby.

—¿Que hiciste qué?

Bristol se tocó el labio hinchado. El sabor metálico de la sangre daba vueltas en su boca.

—Me golpeó una tablilla del tejado. Creo. No había ninguna tía real ahí, pero había…

—¿Qué? ¿Quién estaba ahí?

No podía decirlo en voz alta. Era imposible. Pero seguía demasiado aturdida para ofrecer algo más plausible. Sus filtros para tener cuidado con su hermana se habían hecho añicos.

—Monstruos —respondió y, una vez dicho eso, las palabras salieron por su boca en un torrente continuo—. Una colección entera de monstruos. Unos con cuernos y alas y caras horribles, y otros con pezuñas de ciervo, y Freda estaba ahí. Era uno de ellos. Al igual que el *sheriff*, pero ya no se parecían a sí mismos. Eran criaturas. Willow también es una. Desapareció por arte de magia delante de mis narices. Incluso los que parecían humanos… Había algo diferente en ellos. Eran grandes y poderosos, y llevaban ropa extraña y armas, y uno tenía unos ojos que parecían refulgir cuando estaba enfadado y entonces…

Harper frunció el ceño.

—¿Bri? ¿Estás bien? ¿Has bebido?

—Y otros tienen a papá. Me lo dijo Willow. Se lo llevaron.

—Estás diciendo locuras, Bri. —Harper se acercó con cautela para olisquear el aire cerca de su hermana—. ¿Quién se llevó a papá?

—Unas criaturas malévolas. Eso es lo que dijo Willow. Le vio con ellas justo antes de desaparecer. Willow dijo que los trows lo atraparon.

Harper parpadeó.

—¿Trows? —repitió.

Oír a Harper pronunciar la palabra como si la conociera hizo que el caos de la cabeza de Bristol se desvaneciese.

—¿Has oído hablar de ellos?

—¿Estás segura de que dijo trows?

Bristol asintió.

—¿Qué pasa? Dímelo.

Harper se sentó en el extremo de la mesita de delante del sofá. Se quitó las gafas y se frotó los ojos, con la vista en el suelo, como si intentase ver algo a través de su visión borrosa.

—Oí a papá burlarse de mamá justo después de mudarnos aquí. Estaban en el estudio, y yo iba a entrar a preguntarles algo, pero los oí discutir… Al menos mamá discutía. Decía que los trows eran animales de los que no te podías fiar, pero papá se rio y le dijo que se relajara, que estábamos a salvo… Después empezaron a besarse y dio la impresión de que todo había sido una broma. Nunca les pregunté qué eran los trows. Incluso cuando lo averigüé, seguí pensando que solo era una broma.

—¿Sabes lo que son?

—Lo leí en un libro que saqué de la biblioteca el mes pasado. Son fae, feéricos. ¿Willow y todas esas criaturas que has descrito? —Volvió a ponerse las gafas—. Creo que también podrían ser feéricos.

—¿Feéricos?

—Es otro nombre para las hadas. ¿Crees que…?

Bristol negó con la cabeza.

—No, Harper. Lo que vi eran seres extraños. Monstruos grotescos. No cositas monísimas con alas y…

—Pero hay feéricos de muchos tipos, Bri. Algunos son buenos, algunos son malos. Los trows son malvados.

—Las hadas no son reales, Harper. Son imaginarias.

—Entonces, ¿lo que viste no era real?

Bristol se tocó el labio, que aún palpitaba. Real. Las criaturas que había visto, reales. Cómo había desaparecido Willow delante de sus propios ojos, real. Pero ¿las *hadas*?

Cruzó la habitación y se sentó en el sofá, luego encajó las manos entre sus piernas para evitar que temblaran. Harper se dejó caer a su lado.

—Dime exactamente qué viste.

Bristol vaciló un instante, pero era demasiado tarde para restarle importancia ahora. Describió a las criaturas en detalle, desde sus garras hasta sus cuernos y alas, tan bien como las recordaba. Todo había sucedido muy deprisa. Después explicó cómo habían insistido en que tomara un boceto de la mesa, pero que querían algo a cambio.

Los ojos de Harper se abrieron como platos.

—No cogiste el regalo, ¿verdad?

—La obra de arte que habían prometido era valiosa…

—¡No! ¡No, no, no! —Harper se levantó de un salto y salió corriendo de la habitación. En cuestión de segundos volvió con un libro viejo y desgastado, una etiqueta de biblioteca tachada en el lomo. Bristol lo reconoció como uno de los muchos libros que Harper había traído a casa del cubo de libros a veinticinco céntimos en la biblioteca. Ella los llamaba los libros descartados, y tenía una estantería entera llena de ellos porque Harper no podía resistirse a ningún libro, en especial a ninguno que fuese una ganga. El título de este era *Enciclopedia de Anastasia Wiggins sobre el País de las Hadas*. Harper se sentó en la encimera de la cocina y lo abrió de par en par; sus páginas estaban moteadas y olían a humedad.

—¿Cuántos años tiene esa cosa?

—Primera edición, 1940 —repuso—. Los feéricos tienen reglas, Bri. Muchísimas. Extraños códigos secretos que rigen sus vidas.

Bristol arqueó las cejas. ¿Extraños códigos secretos? Eso era algo que comprendía. Ellos habían sido siempre una familia de asentimientos, sonrisas breves, ropa anodina, una *familia* que se confundía con la multitud, que estaba de paso, desconectada, con intención de pasar desapercibida. Incluso en las ferias, había cierta invisibilidad en ellos: ningún número de teléfono, ninguna dirección, ningún sitio web. Sus padres habían tomado una supuesta debilidad y la habían hecho funcionar para ellos: compre ahora porque no habría un después.

Harper deslizó los dedos por las páginas del libro, que pasaba

con mano experta en busca de información.

—Estos son los doce principales «noes» en Feera para la autora —comentó, al tiempo que señalaba un pasaje del libro—. Anastasia dice que aceptar un regalo de cualquier ser del País de las Hadas te pone en deuda con él. Y no puedes librarte de esa deuda.

Bristol contempló las palabras en la página amarillenta.

8. No aceptes nunca un regato de un feérico, porque entonces le deberás uno a cambio. Y las hadas no olvidan nunca las deudas.

Era solo un mito de un libro viejo con las páginas rotas que incluso la biblioteca había tirado casi a la basura.

«Imposible. Esto no puede estar pasando».

¿Esa era la razón de que hubiesen estado tan desesperados por que eligiera un boceto? «En mi mundo, un regalo es una obligación». Lo había dicho como si estuviese escrito con sangre. La habitación flotaba alrededor de Bristol como si no estuviera del todo anclada al suelo de la cocina. ¿De verdad estaban hablando de hadas? ¿De un peligroso mundo oculto?

Harper miró a Bristol a los ojos. Una comprensión sombría se asentó sobre ambas. La demencia de las hadas de repente hacía que la locura de sus propias vidas cobrara sentido. Todos esos años de huir y de secretos. «Las hadas no olvidan nunca las deudas». ¿Habrían aceptado sus padres un regalo de un trow y huido después de su deuda? ¿Era eso lo que los había estado siguiendo todos esos años? ¿No el crimen organizado, sino unas criaturas llamadas trows? ¿Los feéricos de la posada conocerían a aquellos trows?

Palpó el boceto en su bolsillo interior. Una deuda.

—Solo porque un libro diga que…

—Anastasia Wiggins era la mayor autoridad en temas feéricos —la interrumpió Harper.

Bristol se acercó al fregadero para echarse agua en la cara con la esperanza de que la despertase de aquella tremenda pesadilla.

En lugar de eso, los puntitos siguieron conectándose.

«Los trows lo atraparon». Y Willow quería que ella lo supiera. No significaba que estuviese vivo, pero ¿por qué decirle eso si estaba muerto? Existía una posibilidad de que su padre estuviera vivo.

Su mente corría a toda velocidad. Tocó otra vez la obra de arte en su bolsillo. «Una obligación».

—No me has respondido. ¿Aceptaste el regalo?

Bristol asintió y sacó el boceto de su bolsillo.

Harper gimió. Tenía los ojos brillantes del pánico.

—¡Devuélvelo! Tienes que…

—Espera. Déjame pensar. ¡Déjame pensar! —Bristol apretó las palmas de las manos contra sus sienes; su cabeza parecía a punto de explotar con esa nueva realidad.

Dio dos vueltas completas a la cocina, luego sus ojos se posaron otra vez en el semblante crispado de Harper. El tiempo se detuvo, se enturbió y se enfocó al mismo tiempo, y después ya no era Harper a la que estaba mirando, sino a sí misma, hacía diez, doce, quince años… Ese mismo miedo familiar agarrado al estómago. Bristol, lista para salir corriendo. Siempre lista para huir.

—No —susurró para sus adentros—. No. —Algo se quebró en su interior, las sombras y la piel rotas en dos. No pudo impedirlo, en la misma medida que no pudo impedir su siguiente respiración—. Voy a volver —declaró—. Voy a volver a la posada. —Unas palabras que no había llegado a formar ni siquiera en su cabeza, pero que no la sorprendieron cuando salieron por su boca.

La balanza acababa de desequilibrarse hacia un lado. Por fin. Necesitaba respuestas. Todas ellas las necesitaban. Tenían que saber a ciencia cierta si su padre estaba vivo o muerto. «Los trows lo atraparon». Vivieran donde viviesen esas criaturas, Bristol tenía que encontrar el sitio. Encontrarlas a ellas. Encontrar a su padre. Hacer que todo aquello parase.

Aquello.

La demencia de sus vidas.

No era solo Cat la que tenía reacciones exageradas. Eran todas. Era todo lo que habían conocido jamás. Reaccionar. Esconderse. Huir de un monstruo al que ni siquiera podían ver. Pues eso se iba a acabar.

Las obligaciones funcionaban en los dos sentidos. Ella también podía establecer unas reglas básicas. Podía negociar para obtener más. Eris había dicho que tenía que ser su decisión. El trato todavía no estaba cerrado.

La cara de Harper se crispó aún más, pero antes de que pudiese protestar, Bristol intentó sonar lógica.

—Estos feéricos quieren algo de mí. Y ahora yo quiero algo de ellos: ayuda para encontrar a papá. Es una transacción de negocios beneficiosa. Eso es todo.

Dicho en voz alta, el pensamiento creció en su interior: «Quiero algo de ellos». Se convirtió en una brasa ardiente que refulgía en sus entrañas. Algo atrevido y fuerte. Un poco de poder. Y quería más.

Fue hasta el congelador, sacó un cubito de hielo y lo sujetó contra su labio.

—¿Qu… qué? —farfulló Harper—. No puedes volver ahí. Mira lo que te hicieron. Te harán algo peor. Deberíamos recoger nuestras cosas y huir mientras aún podamos. Eso es lo que mamá y papá querrían que hiciésemos.

La mano de Bristol temblaba mientras el hielo se derretía entre sus dedos. Los trows habían hecho que su familia tuviese miedo incluso de crear una vida para sí misma, de defender cualquiera de sus derechos. Los años de empacar, de salir corriendo en medio de la noche… No pensaba volver a eso, a vivir como presas. Las preguntas sin respuesta que les habían enseñado a ignorar ardían ahora en su interior.

—Por favor, Bri —suplicó Harper.

Bristol dio media vuelta y tiró el hielo dentro del fregadero.

—¿Huir para qué, Harper? ¿Para pasar el resto de nuestras vidas

huyendo? ¿Una y otra vez? ¿Igual que hicieron mamá y papá? ¿Qué tipo de vida es esa? ¿Cuándo acaba?

Agarró su mochila del gancho de la pared y la tiró sobre la encimera.

—Estoy harta de huir, Harper. Esto va a terminar, y va a terminar ahora. Por todas nosotras. No puedo… —Se le comprimió la garganta—. No podemos vivir ya más de este modo. Siempre pensamos que la verdad era demasiado peligrosa para saberla. Las dudas son aún peores. Nos están destrozando. No podemos seguir mirando hacia atrás durante el resto de nuestras vidas. Esta tía Jasmine dijo que conocía a papá. Tengo que averiguar lo que sabe sobre él. Sobre nosotros. *Necesito* saber si está vivo. Esta es nuestra oportunidad. A lo mejor es nuestra única oportunidad.

Después de veinte años de huir, un breve paréntesis en su mundo no era nada. Un precio pequeño que pagar por respuestas que necesitaban de manera desesperada. Antes de que Harper pudiese intentar convencerla de no hacerlo, Bristol abrió el cajón de los cachivaches en un rincón de la cocina y hurgó en su interior en busca de la pequeña navaja automática de diez centímetros que su padre solía llevar en la guantera de la furgoneta.

—Necesito ir ahora —le dijo a Harper—. Con un poco de suerte siguen en la posada y no han desaparecido como hizo Willow. —Sus dedos encontraron el mango de ébano tallado de la navaja al fondo del cajón, y la metió en su mochila. No creía que fuese a impresionar a las criaturas que había visto, pero sabía cómo usarla y al menos era algo si las cosas se torcían.

—Iré contigo.

—¡No! ¡Te quedarás aquí! —ordenó Bristol—. ¿Lo entiendes? Quieren mis servicios, no los tuyos.

La barbilla de Harper se frunció en expresión desafiante, pero le duró solo un momento antes de empezar a repasar las páginas de la enciclopedia de Anastasia otra vez. Los libros eran su recurso por defecto cuando buscaba consuelo y respuestas, y Bristol se alegró de que estuviese ocupada mientras ella cogía todo lo que creía

necesitar.

—Vale —murmuró Harper, sin levantar la vista de las páginas—, si no vas a cambiar de opinión, hay más cosas sobre los feéricos que deberías saber antes de ir. Tienen muchas reglas.

—Entonces más vale que sea un curso intensivo —respondió Bristol mientras sacaba una linterna del cajón y comprobaba si aún tenía pilas. Milagro milagroso, las tenía.

—¡Hierro! —exclamó Harper, un dedo plantado sobre una frase del libro—. Aquí dice que el hierro te protegerá.

—Igual que lo hará mi cuchillo.

—Es de acero.

—Lo bastante parecido.

Harper extrajo un clavo de la pared de todas formas, después tiró el calendario que sujetaba sobre la mesa de la cocina. Deslizó el clavo dentro del bolsillo trasero de Bristol.

—También dice que no debes comer nada de comida en Feera o quedarás embrujada y no podrás marcharte nunca.

—¿Nada de comida? ¿Cómo se supone que hago eso?

Harper fue al armario y empezó a sacar todo lo que encontró: seis barritas de cereales, cuatro paquetes de avena instantánea, una sopa de sobre, dos latas de sardinas, una caja de pasas y una bolsa de patatas fritas.

—El libro no dice nada sobre el agua, así que es probable que puedas beber toda la que quieras. —Hizo una mueca al pensarlo mejor—. A lo mejor te convendría hervirla primero. —De todos modos, llenó la botella de agua más grande que tenían, luego corrió al cuarto de baño y volvió con las píldoras de Bristol, una caja de tampones, aspirinas y un cepillo de dientes.

Bristol suspiró.

—¿Lo siguiente que vas a meter es mi pijama? No puedo llevármelo todo.

Las cejas de Harper se arquearon mientras sopesaba lo del pijama.

—Vale, pero cuando se te acabe todo esto, tienes que volver a

casa. ¿De acuerdo? —Testaruda como ella sola, Harper lo metió todo a presión, aunque apenas logró cerrar la cremallera. A lo mejor era su forma de dejar ir a Bristol; quizás creía que todo iría bien, siempre que fuese preparada. ¿De verdad estaba llenando esa mochila para irse a un mundo escondido? Esa misma mañana no creía en ese tipo de cosas, y ahora… Recordó las escamas iridiscentes que enmarcaban la cara de Ivy, y sus pesadas alas de vetas negras… Ahora todo eso era real.

—De acuerdo —repuso Bristol.

Harper asintió. Su barbilla se arrugó de nuevo y regresó a su libro.

—Deseos —farfulló, mientras leía una frase—. Aquí dice: «Ten cuidado con lo que deseas, porque, en Feera, un deseo puede ser un truco y no salir como querías».

—Lo único que deseo son respuestas. —En cualquier caso, eso hizo pensar a Bristol. Los mitos y las leyendas siempre provenían de alguna parte, de alguna semilla de verdad.

—También dice que los feéricos no pueden mentir. Esto es algo útil de recordar. Y antes de ir con ellos averigua si sonde la corte Seelie o Unseelie. Los Unseelie son muy malos. Los Seelie son amables y cordiales. Y le dan mucha importancia a la buena educación. Hagas lo que hagas, no los cabrees. Les gusta el respeto. Y…

Harper solo estaba poniendo más nerviosa a Bristol al recordarle todo lo que no sabía acerca de ese mundo.

—No tengo tiempo para que leas el libro entero —dijo. Acto seguido, arrancó un puñado de páginas y se las metió de cualquier manera en el bolsillo de atrás del pantalón.

Los ojos de Harper se abrieron como lunas llenas escandalizadas.

—Ese era un libro de la biblioteca.

—Tengo que irme, Harper —insistió Bristol—. Si no he vuelto esta noche, significa que he hecho un trato con ellos. Puede que me ausente durante un tiempo. Llévale el boceto a Sonja. Lo está esperando. Tiene mil dólares para vosotras. Y pronto recibiréis

mucho más dinero. Pagad las facturas… y conseguid teléfonos nuevos que funcionen. —Estrechó a Harper entre sus brazos y la sujetó con fuerza para no tener que mirarla a los ojos—. Deja de preocuparte, ¿vale? Ya me conoces. Siempre consigo salir adelante.

—¿Qué le digo a Cat? —susurró Harper contra el pecho de Bristol.

—La verdad. No más secretos. Dile que me he ido en busca de papá, y que le voy a traer de vuelta conmigo. —Eso esperaba. Willow había dicho que los trows eran malévolos y agresivos. No había ninguna garantía de que aún estuviese con vida.

—Pero tu cumpleaños es la semana que viene. Cat y yo…

—Puede esperar. Lo celebraremos más adelante —susurró Bristol.

—Pero la última vez que te marchaste…

—No, Harper. Esta vez me marcho para que podamos *quedarnos*. Volveré. Te lo prometo.

Besó la parte de arriba de la cabeza de su hermana y tragó saliva. Una promesa no era cruzar los dedos o tener una esperanza fugaz. Una promesa era una certeza, y nada de eso parecía seguro…, excepto el hecho de que tenía que irse.



CAPÍTULO 13



Las lámparas de araña ya no brillaban al otro lado de las ventanas de la posada Willoughby, y la mayoría de los cristales estaba rotos, como dientes afilados. No quedaba ningún coche en el aparcamiento descuidado. Las malas hierbas habían engullido las escaleras delanteras. Volvía a ser la posada abandonada que había sido durante años.

Su estado lamentable no impidió que Bristol subiese las escaleras. La puerta delantera estaba entreabierta y sus bisagras oxidadas chirriaron cuando la abrió más. El interior estaba oscuro y hecho un desastre. El sedoso sofá en el que se había sentado hacía apenas unas horas tenía ahora grandes agujeros, y el relleno y los muelles sobresalían como las entrañas de un animal destripado.

Bristol estudió la transformación, olió el abandono rancio que flotaba en el ambiente. De alguna manera, no le sorprendió que todo aquello no hubiese sido más que una farsa elaborada.

Y ahora se habían ido todos. Había llegado demasiado tarde. Algo en su interior resbaló, un puño debajo de sus costillas que perdía su agarre sobre una cuerda. La esperanza a laque se había aferrado, la de encontrar a su padre con vida, se vino abajo. El poder que se había avivado en su interior se enfrió. *Había perdido su oportunidad*. Y de repente, esa oportunidad parecía la única cosa que la había mantenido en pie. Entró en el vestíbulo de todas

maneras, como si la obsesión tirase de ella. La vieja posada crujió a su alrededor, mientras su oscuridad la envolvía.

Pero entonces, un tenue resplandor captó su atención. Era pequeño y dorado, parecía apenas flotar por el largo pasillo. Había una vela encendida en el comedor. ¿Habrían olvidado apagarla?

El pulso de Bristol palpitaba en sus oídos mientras caminaba hacia la llama. Los tablones sueltos crujían bajo sus pies como fantasmas que anunciaban su presencia. Cuando llegó al comedor, entró con cautela. La pequeña vela que titilaba en el centro de la mesa hacía poco por iluminar el interior. Guiñó los ojos para tratar de ver mejor los oscuros rincones. También estaban vacíos. Estaba completamente sola. En ese momento, un pequeño clic sonó detrás de ella. Bristol giró en redondo y vio que las puertas del comedor se habían cerrado.

—Has vuelto.

Volvió a girar en redondo y silenció un grito detrás de su mano.

Era él. El que Eris había llamado Tyghan. Estaba instalado en una silla al otro lado de la mesa, arrogante, seguro de sí mismo. La vela proyectaba un resplandor cálido por su cara, pero sus ojos seguían siendo tan fríos como el invierno.

—¡Serás imbécil! ¿Estás intentando matarme de un susto? —chilló la joven. Su corazón martilleaba contra su pecho. Dio media vuelta y volvió a mirar los rincones de la sala—, ¿Los demás también están escondidos por aquí?

—Solo yo. No estaba seguro de que fueses a volver.

Bristol se aclaró la garganta, mientras intentaba recuperar la compostura.

—¿Dónde está el señor Dukinnon? Quiero hablar con él.

—Eris no está aquí. Tendrás que hablar conmigo.

Bristol dudó un momento. Había estado contando con tratar con Eris… o con su supuesta tía. Con cualquiera menos con el llamado Tyghan. Él la inquietaba más que los otros. Y ahora estaba ahí sentado, tan inamovible como una montaña, como si el universo fuese suyo.

—¿Cuándo volverá?

—Nunca.

Bristol lo pensó un momento, al tiempo que lanzaba una mirada desesperada a los rincones de la habitación otra vez en busca de algún indicio de alguien ahí escondido. Cualquiera. Sin embargo, no había nadie más ahí. No tenía ninguna otra opción. Se volvió hacia Tyghan para escudriñar todo lo que se veía de él. No tenía ninguna parte inusual; nada de cuernos ni de garras, al menos no que fuesen visibles. ¿Qué habría debajo de su ropa? Solo podía suponer que lo que rellenaba las mangas de su camisa eran unos músculos formidables.

—Me la puedo quitar, si quieres.

«Oh, Dios mío», pensó Bristol. «Cree que le estoy mirando *con intenciones*».

Cosa que estaba haciendo, pero no con las intenciones que él creía.

—No me interesa —declaró—. Solo he vuelto para negociar un trato.

—No hay negociación que valga. Te llevaste el boceto. El trato está hecho.

—No hasta que yo lo acepte. ¿Crees que no oí lo que dijo Eris? Tiene que ser decisión mía.

El ojo derecho del feérico sufrió un espasmo sutil, como si estuviese reprimiendo una retahíla de palabrotas.

«Zasca». Le gustó verle a él descolocado para variar, aunque no duró.

—Te llevaste el boceto —dijo—. ¿Creías que te dejaríamos robarlo y ya está? Sabemos dónde vives.

El miedo se cerró alrededor del cuello de Bristol, pero la furia explotó justo detrás de él. Se inclinó hacia delante y plantó las palmas de la mano sobre la mesa.

—¿Eso es una amenaza? ¿Estás amenazando a mi familia? Porque si lo estás…

—No. Solo estoy constatando lo obvio. Sabemos dónde recuperar

el boceto. Pero puede ser una amenaza, si prefieres.

—¡Era un regalo!

—Un regalo con una obligación.

Esa era una discusión que ya habían tenido antes, y Bristol suponía que no podía ganarla. Aquellos eran unos seres extraños a los que no comprendía, seres que podían aparecer y desaparecer a voluntad, seres que podían raptar a hombres de casi dos metros de altura del borde de una carretera y hacerlo parecer un accidente.

Tyghan seguía impertérrito, firme y seguro en lo que iba a hacer. Antes de que lo hiciera, Bristol debía fijar ciertas reglas básicas. «Respeto, dan mucha importancia a la buena educación, no los cabrees». El hombre estaba cabreado con ella desde el momento en que la había visto por primera vez. ¿Por qué estaba tan enfadado? No la conocía. Y además, ¿no quería algo de ella? Esta no era la forma de conseguirlo. Al menos no en el mundo de Bristol. Aunque ahora se estaba adentrando en el de él. Debía aprender algunas reglas nuevas, o amoldarle a él a las suyas.

«Hay solo dos personas en esta habitación, Bristol. Haz lo que haces siempre: búscate la vida».

Se sentó en la silla de enfrente del hombre y convirtió su voz en seda suave.

—Solo quiero hacerte unas cuantas preguntas sencillas. ¿Es demasiado pedir?

Tyghan la miró con frialdad, sin tragarse en absoluto su cambio de actitud, pero al final asintió, dándole su permiso para continuar, como si fuese un dios.

Bristol se tragó una respuesta cortante e hizo un esfuerzo por mantener una actitud cordial.

—En primer lugar, ¿cuáles son esos servicios que mencionasteis? ¿Una puerta?

—Queremos que la encuentres para nosotros.

—¿Hay algo ilegal dentro?

—No.

—¿Encontrarla será peligroso?

El hombre se encogió de hombros con ademán aburrido.

—No creo que sea más peligroso que cruzar una calle transitada en esa bicicleta tuya.

—¿Por qué no podéis encontrarla vosotros solos?

—No me corresponde a mí explicar eso.

¿Qué era Tyghan? ¿Un segundón? ¿Por eso le habían dejado atrás? ¿O porque había discutido con el señor Dukinnon?

—Vale. ¿Y si yo tampoco puedo encontrarla?

—Volverás a casa mucho más rica, con ambas obras de arte tuyas en propiedad.

—¿Son Da Vincis de verdad?

—Sí.

—¿Cómo es que los tenéis vosotros?

—El artista pasó tiempo en nuestro mundo. Un año sabático, lo llamó. Dejó los bocetos y numerosos cuadros atrás.

¿Leonardo da Vinci en su mundo? Era imposiblemente disparatado, y aun así… ahí estaba ella, en una posada en ruinas que hacía tan solo unas horas centelleaba recién pintada y barnizada, y estaba hablando con un…

¿Un qué, exactamente?

Miró al hombre sentado enfrente de ella. No le importaba cómo interpretara su escrutinio. No pensaba dejarse presionar para tomar una decisión precipitada. Era alto y ancho de hombros, el tipo de figura que podía hacer daño, y él lo sabía. Había un aura autoritaria a su alrededor, como si estuviese acostumbrado a salirse con la suya. Y aun así le habían dejado atrás como si fuese el de menor rango de la manada. Parecía humano; claro que el *sheriff* también lo había parecido. Bristol no podía fiarse de las apariencias. El hombre podía ser también una bestia. Desde luego, tenía el temperamento de una.

Se sentía tonta al preguntarlo, puesto que todavía no se había acostumbrado a toda esa nueva realidad, pero tenía que hacerlo.

—Mi hermana cree que sois feéricos. ¿Lo sois?

El hombre ni se inmutó, tampoco se rio.

—¿Yo, personalmente? Soy un tuathade de la Nación Danu, que es uno de los doce reinos gobernantes en Elphame, así que sí, eso también me convierte en un feérico.

«¿Tuatha qué?». Harper no había hecho ninguna mención de una Nación Danu ni de la existencia de doce reinos; solo había hablado del País de las Hadas, Feera. Aquello se estaba volviendo más complicado por momentos.

—Y esa tía Jasmine mía, ¿también es feérica? —El hombre bajó la barbilla en un único asentimiento—. Y me han dicho que no podéis mentir. ¿Es cierto?

—¿Dónde has oído eso?

—Mi hermana lo leyó en un libro.

La comisura de sus labios se curvó, casi en una sonrisa. ¿O era una mueca de desdén? Bristol no estaba segura. Se enorgullecía de ser capaz de evaluar a la gente, de determinar sus arquetipos como si fuesen personajes en una obra de teatro. El excéntrico. El delincuente de carrera. El pusilánime. Una estimación rápida era muy útil en ferias concurridas. Bristol había crecido siendo el segundo par de ojos y orejas de sus padres, y luego había perfeccionado su sexto sentido durante el tiempo que había pasado sola. *Conocía* a la gente; sin embargo, todo en Tyghan estaba velado.

—Es cierto —confirmó—. No podemos mentir.

—Bueno, pues eso es un problema, porque verás, esta supuesta tía Jasmine no se parece en absoluto a mi padre, y mi padre tampoco es un miembro de vuestra especie. Da la impresión de que ya os he pillado en una mentira. ¿Cómo puedo fiarme de nada de lo que…?

Un pulso enfadado palpitó en su sien.

—¿Me estás llamando mentiroso?

Tyghan empezó a irradiar calor y Bristol se echó atrás en su silla, al tiempo que aspiraba una bocanada de aire rala. Harper la había advertido de que no los cabreara.

—Solo estoy intentando comprender en dónde me estoy

metiendo —explicó con calma, aunque su corazón latía desbocado en su pecho—. Todo esto es extraño y nuevo para mí.

Los ojos de Tyghan la diseccionaron durante unos segundos largos e incómodos, como si estuviese planeando su muerte.

—Es verdad, tu padre nació mortal —repuso al final—, pero creció en nuestro mundo. Jasmine fue una de sus cuatro tutoras. Lo acogió y ayudó a criarlo. De donde venimos nosotros, eso se considera una tía. Y si eres lista, no la llamarás nunca «supuesta tía» a la cara. Lo crio, cuidó y educó como si fuese suyo.

«Acogió».

La palabra le dio un puñetazo de realidad. «Me crie en casas de acogida». Era lo único que les había contado acerca de su infancia. ¿Sería por eso por lo que no quería hablar de ello? ¿Porque se trataba de un sistema de acogida raro que ellas no se creerían de todos modos?

—¿Conocías a mi padre?

Tyghan se pasó la mano por el pelo con un movimiento lento y controlado.

—Solo sé lo que me contó Jasmine. ¿Algo más?

—¿En tu nación hay trows?

—Es probable que haya unos pocos escondidos en los rincones más oscuros de la ciudad, pero en la corte no hay ninguno. No son las criaturas más sociables del mundo. Suelen quedarse en las Tierras Salvajes. —Luego explicó que las Tierras Salvajes eran las zonas inhóspitas de su mundo (en su mayor parte bosques, marismas y montañas)—. Como su propio nombre indica, no es lugar para un pícnic.

—¿O sea que tu nación no tiene ninguna conexión con los trows?

—No. Los evitamos. No son de fiar.

—¿En qué sentido? —preguntó Bristol.

—Te cortarán el cuello si les das la espalda. Solo por deporte.

Bristol parpadeó, tratando de no parecer alarmada.

—¿Siempre?

—No si quieren algo de ti.

Tyghan hizo ademán de levantarse, como si su discusión hubiese acabado.

—No he terminado con mis preguntas, y todavía no he tomado mi decisión final. —El hombre volvió a acomodarse en su silla, mientras un gruñido grave salía por su garganta—. Necesito saber si sois feéricos de la corte Seelie o Unseelie.

Tyghan se quedó callado durante un rato largo.

—¿Y qué crees que significa Seelie, exactamente? —preguntó al final.

—Me han dicho que significa amables y cordiales.

Una chispa de diversión iluminó ahora sus ojos glaciales.

—Entonces, dímelo tú, ¿te parezco amable y cordial? —Bristol tragó saliva. Ahora era bastante fácil distinguir cómo era—. Muy perspicaz —respondió él, como si ella le hubiese contestado en voz alta—. Pero es todo una cuestión de grado. Igual que con tu especie, hay feéricos de todo tipo, y tendemos a mezclarnos y congregarnos del mismo modo. No somos rocas que puedas clasificar. Intenta recordarlo.

Debajo de la mesa, los dedos de Bristol se cerraron para apretar los puños.

—Muy bien. Haré todo lo que pueda por recordar que, en gran medida, no eres una roca común. Y ahora necesito saberlo todo sobre tu *sheriff…* ¿Estaba metido en el ajo?

—¿Mi *sheriff*? —repitió confuso—. ¿Qué…? Oh, ¿te refieres a Orley? No es mi *sheriff*. Apenas conozco al hombre. Es un expatriado. Lleva años viviendo en vuestro mundo. Eris solo le hizo venir para interrogarle. —Tyghan se inclinó hacia delante—, ¿Que si está metido en *qué ajo*?

La mente de Bristol, sin embargo, ya estaba en otra parte. De hecho, había corrido de vuelta a aquella mañana en que el *sheriff* Orley había llamado a su puerta delantera para notificarles el fallecimiento de su padre. La tristeza sincera que había estado grabada en su cara. Su voz incluso había temblado, y había tenido que aclararse la garganta dos veces para darles la noticia. Supuso

que era como había dicho Willow: los trows le habían engañado también a él. El *sheriff* era un expatriado, en realidad no era uno de ellos para nada.

Deslizó los ojos de vuelta a Tyghan mientras formulaba una proposición temeraria en su cabeza, una con un coste desconocido. Pero no le importaba. Si analizaba uno a uno el precio de cada detalle, se autoconvencería de no hacerlo y jamás iría.

—Mi última pregunta y la más importante: si acepto ir a vuestro mundo y ayudaros, ¿me ayudaréis vosotros a encontrar a mi padre a cambio?

Tyghan frunció el ceño. Por primera vez, no parecía capaz de encontrar las palabras.

—¿Tu padre? Me dijeron que estaba… muerto.

—Acabo de enterarme de que podría estar vivo, que se lo llevaron los trows a tu mundo. Tengo la intención de encontrarle y traerle de vuelta a casa.



CAPÍTULO 14



Tyghan no reveló expresión alguna, pero por dentro estaba asintiendo. O sea que así era como lo había hecho Eris. Le había hecho creer a la chica que su padre podía seguir con vida, y en Elphame, nada menos. Era un golpe bajo, pero Eris había prometido presionarla, y con solo tres meses por delante hasta que el caldero cambiara de manos, no había tiempo que perder. El consejero había jugado bien sus cartas; Tyghan no podía negárselo. La chica estaba aquí ahora por elección propia. Algunas artes mágicas, y en especial esa, podían instigarse mediante medidas retorcidas, pero no podían forzarse. Eso era suponiendo que la joven poseyese alguna habilidad mágica para empezar a hablar. Y él no había detectado ninguna antes, cuando había estado a apenas unos centímetros de ella, tan cerca que había sentido el flujo acelerado de la sangre en sus venas y había podido saborear el miedo salado en su piel.

Incluso ahora, no percibía ninguna magia en ella. Era raro que ese tipo de uniones produjesen hijos solo mortales, pero aun así, la sangre feérica podía ser recesiva y de poca utilidad. Millones de mortales tenían vestigios de sangre feérica en ellos, pero eso solo les proporcionaba instintos mínimos y ninguna habilidad mágica real. Era posible que eso fuese todo lo que tenía aquella chica, pero ellos necesitaban mucho más que unos insignificantes instintos.

—¿Entonces? —preguntó Bristol, que aún esperaba una respuesta acerca de su padre.

La anticipación en su rostro hizo que Tyghan se moviese incómodo en su silla. Posó los ojos en sus dedos, que entrelazó delante de él. ¿Prometer encontrar a un hombre muerto? ¿Podía hacerse una promesa imposible? ¿Podía hacérsele responsable de ella? Aquel era uno de esos momentos en los que le vendría bien la asistencia del consejero. Eris debería haberle contado aquello con antelación.

Levantó la vista de sus dedos a la cara de Bristol. La piel de la joven lucía cálida a la luz de la vela, como las arenas suaves de Amisterre, y sus largas pestañas oscuras proyectaban una sombra sobre sus ojos. Un mechón suelto de pelo castaño caía en una onda contra su pómulo. Estaba desgreñada, pero le iba bien. Ocupaba su propio espacio sin pedir perdón por ello. En determinados aspectos, parecía que podía ser una mujer mortal cualquiera, una más o menos de la edad de Tyghan, excepto por que quería a un hombre al que él despreciaba. Era solo la esperanza de encontrar a ese hombre lo que la había incitado a volver, no el arte. Ese era el trato, lo que ella de verdad quería. «Es hija de Kierus». Todavía estaba asimilando esa idea. Durante más de veinte años, Kierus había estado en el mundo mortal. Había vivido una vida entera, *con Maire*, mientras la vida del propio Tyghan se había parado en seco.

La joven no dejaba de mirarle, sin pestañear, a la espera de su respuesta. Sus ojos de tono avellana cambiaron de color, las motas marrones se oscurecieron, se alteraron. Por compuesta que intentara mostrarse, sus emociones se reflejaban en sus ojos. Ira, miedo, determinación…, todas ellas cabeceaban en su mirada como un barco a la deriva en un mar revuelto, pugnando por mantenerse a flote. Esto le importaba tanto, que no era capaz de ocultarlo.

Ese rasgo no era propio de ninguno de sus padres. A Kierus y a Maire se les daba muy bien ocultar cosas, ocultarlo casi todo. A ella no. Estaba realmente convencida de que su padre estaba vivo, no que «podría» estarlo, como había dicho. Quería rescatarle.

Tyghan no estaba seguro de si esa idea le enfurecía o le daba náuseas. Él también había creído que podía rescatar a Kierus una vez. Lo había arriesgado todo para salvarle. Había sido un tonto.

La joven se deslizó hacia delante en su silla, los labios entreabiertos, impaciente por oír su respuesta. Deslizó la lengua por sus dientes de arriba y los ojos de Tyghan se quedaron atascados en el movimiento. Tenía que decir algo.

—Háblame de tu padre. ¿Cómo era?

—¿Por qué? ¿Eso qué cambia?

—Si voy a pasar tiempo buscando a un hombre por mi propia cuenta y riesgo, quiero asegurarme de que ese hombre lo merece.

Tal vez Tyghan estuviese demorando su respuesta, tal vez solo quería saber lo que había pasado durante todos esos años. ¿Qué había sido su padre para ella, y cuánto sabía la chica en realidad? Si le estaba pidiendo ayuda a Tyghan, la última persona que querría ayudar a Kierus, era que no sabía nada acerca de la vida anterior de su padre. Estaba claro: Kierus había mentido, incluso a su propia hija.

—Se llama Logan Keats y…

Keats. El nombre no le sorprendió. A Kierus siempre le gustó el poeta. Habían sido todos amigos.

—¿Era un hombre honrado?

Bristol se quedó ahí sentada durante un momento largo, mientras pensaba su respuesta.

—En ocasiones tenía que hacer cosas creativas para alimentar a nuestra familia, pero…

—¿Cosas como qué?

—Varias cosas —respondió con más firmeza—, Pero en su mayor parte, era un hombre muy bueno.

«¿Bueno?». La palabra ardía bajo la piel de Tyghan. Al Carnicero de Celwyth le llamaban muchas cosas, pero nunca «bueno».

—¿Qué hacía en vuestro mundo? Para ganarse la vida, quiero decir.

—Era artista, y uno de bastante éxito. Pero nos movíamos mucho

de un sitio a otro. Era difícil crearse una reputación sin tener un domicilio más estable. Mi madre también era artista.

Tyghan apretó la mandíbula. Hablar de Maire era como intentar tragar cristales rotos.

—¿Era?

—Mi madre está muerta. Falleció hace un año.

—¿La querías?

Los ojos de la joven dieron la impresión de fundirse.

—Eso no es asunto tuyo. ¿Los feéricos siempre hacéis preguntas tan personales?

«Quería a su madre». Bajo la mirada furiosa de la chica, Tyghan vio la angustia en sus ojos, la añoranza.

El malestar se revolvió por dentro de Tyghan. Era como si un cuchillo le apuñalara en el estómago otra vez. Se puso en pie. Ya había oído suficiente.

—Es hora de irse.



CAPÍTULO 15



Bristol se levantó de un salto, las palmas de las manos en alto, decidida a impedir que se marchara.

—¡Espera! Necesito tu respuesta. ¿Me ayudaréis a encontrar a mi padre?

Tyghan se quedó quieto, callado. No era una pregunta difícil. ¿Por qué le costaba tanto responderla? Al final se aclaró la garganta, como si tuviera algo ahí atascado.

—Te ayudaré a *buscarlo*.

—¿Lo juras?

—Tienes mi palabra. Te ayudaré a buscar. No puedo prometerte más que eso.

—Es justo —convino ella. El trato estaba hecho.

Tyghan agarró un cinturón de cuero ancho que colgaba del respaldo de su silla y lo pasó por encima de su cabeza. Después ajustó entre sus escápulas la enorme espada envainada sujeta al cinturón. Por último, abrochó otra correa por delante de su pecho. Bristol se quedó boquiabierta del asombro. Se le veía de lo más cómodo con una espada colgada a la espalda, como si solo se hubiese puesto una chaqueta. ¿Qué tipo de feéricos vivían en esa Nación Danu? ¿Por qué necesitaba ese hombre una espada? Bristol pensó en el clavo de hierro que había metido Harper en su bolsillo trasero y casi se rio por su inutilidad. Un clavo no iba a hacer que

ese personaje se arrodillase.

«Vamos allá», pensó Bristol. Iba a ir a aquel extraño País de las Hadas, o como fuese esa palabra que había utilizado él. *«¿Elfían? ¿Iba a doler?». No se le había ocurrido* pensar eso antes. No sabía casi nada acerca de ese lugar, aparte de que tenía trows, y los trows se habían llevado a su padre. Un temblor nervioso bajó rodando por sus brazos.

—Bueno, ¿cómo lo hacemos? —preguntó con una sonrisa forzada —, ¿Damos tres taconazos seguidos o algo así? —El semblante de Tyghan se ensombreció. ¿Sonreía alguna vez?—. Es una broma — explicó.

Él agarró su capa de la silla y se la echó sobre los hombros.

—Te aconsejo que reprimas tus *comentarios ingeniosos en* la corte. Los feéricos de allí no encontrarán tan graciosas tus ocurrencias. Podría haber consecuencias desagradables.

Los nervios de Bristol ya estaban a flor de piel, pero ver cómo Tyghan ponía los ojos en blanco con disimulo fue la chispa que prendió la mecha. Incluso el cliente más maleducado en el local de Sal solo podía esperar cierto grado de diplomacia y él había agotado toda la que le quedaba. Sus nervios estallaron en una ristra de palabras cortantes.

—¡Pedazo de imbécil condescendiente! Creo que ya te he dicho que todo esto es nuevo para mí, así que dejemos esto claro desde este mismo momento, Señor Petulante que Nunca Sonríe. Cuando estoy nerviosa, puedo tratar de aligerar el ambiente con una broma o dos, o quizás incluso actuar como una listilla, y ahora mismo estoy un poco nerviosa, así que si dejas de actuar como el Señor de los Monstruos, a lo mejor no tengo que reprimir mi ingeniosa lengua.

Tyghan por fin sonrió, aunque no fue una sonrisa bonita. El peligro que conllevaba se reflejó incluso en sus ojos, que ahora la taladraban.

—Vaya —comentó, al tiempo que soltaba una media risita generosa—, supongo que es bueno saber que solo estás actuando como algo que no eres. Yo, por otra parte, soy justo quien crees que

soy: el Señor de los Monstruos.

Bristol bajó la vista mientras hacía un esfuerzo por recuperar la compostura. Incluso con el trato cerrado, Tyghan seguía siendo su medio para lograr un fin hasta que pudiera hablar con Jasmine o Eris, o cualquier otro que estuviese al mando.

—Escucha —dijo. Volvió a levantar la vista—. Hemos empezado con mal pie, pero vamos a estar trabajando juntos, ¿no? ¿Podríamos empezar de cero? —Alargó la mano hacia él—. Soy Bristol Keats, pero mis amigos me llaman Bri.

El hombre miró su mano sin estrechársela.

—Yo te llamaré Keats.

Bristol rabió en silencio, mientras dejaba caer su mano intacta de vuelta a su costado.

—¿Y tú eres…? —le instó.

—Tyghan Trénallis, de la Nación Danu. Mis amigos me llaman Tygh. Pero tú… puedes llamarme Señor Petulante.

Sacó algo del bolsillo y se lo tiró a Bristol. Una moneda. La joven la atrapó en la palma de su mano.

—No la pierdas —le dijo—. Es tu billete de vuelta a este mundo.

Y con eso, en un abrir y cerrar de ojos, Tyghan desapareció, y la sala se llenó de una banda de criaturas y personas armadas que se llevaron a Bristol.



CAPÍTULO 16



Era un mundo de ogros y trols, demonios y dragones, reyes y reinas, duendes y bufones. Y los dioses que caminaban entre ellos.

Y era un mundo interminable.

Eso fue todo lo que pensó Bristol cuando escudriñó el horizonte de esa tierra conocida como Elphame. «Interminable».

Todavía no conocía todos los secretos que contenía el mundo, ni las criaturas, sus argucias, sus ansias… Esa parte vendría después. No, era solo la enormidad lo que la abrumaba ahora. Observó la tierra desde un alto risco rocoso. «Viven bajo pequeñas colinas» habían sido las últimas palabras que le había dicho Harper, que aún leía la información de su libro mientras Bristol se alejaba sobre su bicicleta.

—No, Harper —susurró Bristol para sus adentros. Vivían en majestuosos picos montañosos y en enormes valles, en páramos y bosques de un color verde joya, junto a ríos sinuosos que desaparecían detrás de picos rocosos, en ciudades con altas torres que se estiraban hasta unas nubes pintadas de morado, y en los bosques cercanos, por los que rondaban sombras desconocidas.

Y en alguna parte de toda esa inmensidad, estaba su padre. El País de las Hadas no era solo un destino, sino muchos. ¿Cómo iba a poder encontrarlo jamás?

Estaba rodeada de caballeros de Danu montados sobre enormes corceles blancos. Estaban preparando sus armas. Ella iba montada con la *llamada* Kasta, que le había dicho que habían dejado atrás la parte fácil del viaje, la que ya les había llevado varias horas. La parte que había hecho que el mundo pasara como una exhalación por su lado en un borrón vertiginoso, con colores que giraban en espiral como llamas, con sus caballos despegando del suelo en ocasiones, emprendiendo el vuelo pese a no tener alas. Habían pasado a través de Bowskeep, después por encima de cañones profundos y de océanos aún más profundos. A Bristol le habían llorado los ojos a causa del viento, y le habían dolido las caderas a causa del tamborileo del caballo sobre la tierra y el aire debajo de ella. En ocasiones le había costado respirar incluso. No había podido hacerles a los caballeros ninguna pregunta, pues el zumbido y el martilleo hacía que fuese imposible pensar, mucho menos hablar. Se había aferrado a la crin del caballo hasta que sus nudillos estuvieron agarrotados y blancos.

¿Y ahora estaba a punto de empezar la parte difícil? Todavía tenían que cruzar las Tierras Salvajes. Los ojos oscuros de Kasta escudriñaron el paisaje, contemplaron las sombras inquietas. Sus dedos pálidos se deslizaron por su pelo corto y negro.

—Por ahí, creo —dijo, luego asintió.

Quin, otro de los caballeros, estudió las vistas a sus pies y estuvo de acuerdo. Era bajito y corpulento, con la constitución de una pared musculosa. Llevaba una túnica sin mangas y sus bíceps fornidos brillaban al sol como bronce bruñido. Bristol se preguntó si habría carne debajo de la piel, o solo hierro puro.

Kasta echó una capa por encima de los hombros de Bristol.

—Esto te mantendrá oculta, si tenemos suerte. Nuestros hechizos no funcionarán con ellos en absoluto. Mantente agachada sobre nuestro caballo. Haremos todo lo posible por protegerte.

«¿Todo lo posible?».

Kasta desenvainó su enorme espada, la empuñadura cubierta de gemas preciosas. Cully sacó una larga flecha letal de su aljaba, y

Quin y Glennis levantaron centelleantes lanzas doradas que podrían detener un tren. ¿Qué tipos de bestias vivían en aquellas Tierras Salvajes? La criatura, Dalagorn, que Kasta había dicho que era un ogro, siguió adelante, un pequeño arco y una aljaba de diminutas flechas plateadas amarrados a su extensa espalda. Era un arma humilde y benigna comparada con las de todos los demás. Glennis iba sentada bien erguida en su montura, mientras frotaba con las manos sus caderas peludas, las pezuñas apretadas contra los estribos, impaciente por partir. Kasta no había dicho qué tipo de criatura era Glennis, y Bristol no estaba segura de si era educado preguntar. En cualquier caso, basada en los grandes cuernos blancos que se enroscaban alrededor de su cabeza, Bristol creía que podía ser parte cabra. Su rostro, sin embargo, era del todo humano. Y precioso. Una espesa melena blanca caía en cascada alrededor de sus hombros. Y era amable, al menos Bristol creía que podía serlo, pues a menudo la miraba con una sonrisa tranquilizadora o un asentimiento.

—¿La chica está lista? —le gritó Cully a Kasta. Los extremos de sus orejas puntiagudas asomaban entre su lustroso pelo cobrizo.

—¿Tú qué crees? —le preguntó Kasta a Bristol—. ¿Te encuentras mejor?

Era sorprendente, pero aparte de sentirse abrumada por las vistas que la habían recibido, Bristol se sentía muy bien en su mayor parte. Aún le dolía la espalda, pero hacía tan solo unos minutos, se había desmayado cuando habían cruzado el portal que conducía a Elphame. Nunca antes se había desmayado, en toda su vida. Lo último que había visto en el mundo mortal había sido la Torre Eiffel a lo lejos. Cuando habían saltado a través de un portal que parecía un árbol descomunal, había sentido al instante un dolor insoportable, como si una mano gigantesca estuviese intentando romperla por la mitad.

Cuando había recuperado la consciencia, estaba desplomada en brazos de Kasta, y un fino hilillo de sangre rodaba desde su nariz. Bristol había preguntado si siempre era tan doloroso pasar a través

de un portal.

«Nunca», había sido la respuesta de Kasta, mientras miraba a Bristol con confusión. Debido a su episodio de desmayo, habían decidido, como precaución, continuar a un ritmo más lento.

—¿Entonces? —insistió Kasta, que aún esperaba su respuesta.

«¿Estoy mejor?». Bristol no estaba segura. Su mente aún se tambaleaba ante un mundo que no hacía más que crecer. «Las Tierras Salvajes. Como su propio nombre indica, no es lugar para un pícnic». Se ciñó mejor la capa que Kasta había echado sobre sus hombros, al tiempo que deseaba que fuese una armadura en lugar de tela.

—Estoy lista —respondió.



CAPÍTULO 17



Al otro lado de Elphame, en lo alto de un acantilado rocoso, se abrió una puerta.

Desde la distancia, el turbulento aleteo en el cielo podría haberse confundido con una bandada de estorninos; el movimiento ondulante de la masa era hipnotizante.

Al mirar con más atención, uno podría creer que las alas puntiagudas pertenecían a murciélagos.

La bestia los observó volar, embriagada por el poder de ponerlos en acción. Los jinetes enardecidos por el grito de la voz de su liberadora.

El poder bulló dentro de la bestia, y la invencibilidad zumbó por sus venas, caliente y mareante.

Sin embargo, un recuerdo aún perduraba, persistente, tironeaba, trataba de cortar a través del *crescendo* del aleteo, trataba de recordarle algo.

«Una promesa».

La bestia hizo una pausa.

El aleteo giratorio hizo una pausa.

La promesa, delicada y callada, intentó alzarse.

La bestia giró la cabeza hacia el lado, curiosa. La añoranza tiró de su esternón…, pero entonces el oscuro aleteo del cielo chilló, los jinetes levantaron sus puños, sus aullidos aumentaron de volumen, y

la bestia respiró hondo y sonrió. El tirón de la promesa enterrado debajo del exquisito torrente de poder.



CAPÍTULO 18



Un tono rosáceo se extendió por el recinto del palacio a medida que el sol bajaba y el paisaje relucía con una suave luz rosa, una luminiscencia que siglos de artistas habían intentado captar en lienzo. La balaustrada con animales esculpidos que bordeaba ambos lados de la gran escalinata dio la impresión de cobrar vida bajo esa luz cambiante: el león parecía dispuesto a saltar sobre el Patio del Sol, el dragón listo para volar por encima de él.

El crepúsculo y las primeras horas nocturnas eran el momento preferido del día para la mayoría de los feéricos, pero Tyghan estaba concentrado solo en la tarea de encontrar a su hermana. La vio en el Pabellón del Cielo, apoyada en la barandilla, enmarcada por una vista panorámica de la ciudad, pero notó que la atención de ella estaba fija en otro sitio: en un círculo de caballeros que se estaba congregando en la plaza a sus pies. Aunque Tyghan estaba seguro de que era solo una la que captaba la atención de su hermana. Los caballeros no se habían percatado de su mirada. La atención de estos estaba fija en la siguiente plaza justo por debajo de ellos, donde una docena de feéricos empezaba a tocar arpas mientras otros bailaban al son de la música.

—He oído que por fin han vuelto —dijo Melizan, sin girar la cabeza—, Pero no la trajiste de vuelta tú mismo, según veo. Qué mala educación, Tygh.

—Casi han vuelto. Aún están en la ciudad, pero llegarán aquí pronto —repuso Tyghan, haciendo caso omiso de la pulla—. Cruzaron las Tierras Salvajes sin incidentes, pero me han dicho que la chica se desmayó cuando pasaron por el portal.

Melizan se rio, sus largos bucles plateados centelleaban a la luz del ocaso.

—Vaya, menuda florecilla delicada. Aunque no es demasiado llamativa. Y esa ropa. —Melizan arrugó la nariz—. Prácticamente harapos. Sus vaqueros estaban rotos por varias partes. Sin embargo, es bastante agradable a la vista…, como su madre.

—La chica no se parece en nada a Maire.

—No he dicho que lo hiciera. —Se giró para mirar a su hermano de frente—. Y sabes que no es una chica. Cada centímetro de ella es una mujer hecha y derecha. Seguro que te fijaste. Todos los demás que estaban en el porche mientras escapaba desde luego que se fijaron.

Sí, Tyghan se había fijado, pero no estaba dispuesto a admitirlo.

—Semántica —repuso.

Melizan soltó una carcajada.

—Semántica con curvas. Sea como sea, tendrás que empezar a llamarla por su nombre antes o después.

Tyghan sacudió la cabeza.

—¿Qué tipo de nombre es Bristol? No lo había oído nunca. Y sus hermanas tienen nombres igual de raros.

—Así que Kierus y Maire abrazaron por completo las absurdidades del otro lado. Por alguna razón, no me sorprende. ¿Las otras hermanas no eran útiles?

—Según Eris, no. Los expatriados estaban de acuerdo. Algunos rasgos tuathanos, una música y una académica, pero no podrían encontrar un tesoro en su propia cama sin un mapa.

Su hermana frunció los labios al oírlo.

—El administrador de Elphame se muestra cada vez más nervioso e irritante —comentó, como si fuese trabajo de Tyghan apaciguar al administrador.

Tyghan también estaba harto de las misivas frecuentes. No necesitaba más recordatorios de que la Ceremonia de la Elección se celebraría dentro de tan solo tres meses. Y ahora recibían un aluvión de misivas desesperadas por su parte para recordarles también lo de la noche de Beltane. Como si Tyghan no fuese ya consciente de ello. La reunión anual de reinos era su última oportunidad de ganarse el apoyo de los reinos antes de la Ceremonia de la Elección. El marco temporal presionaba a Tyghan por los cuatro costados todos los días. Significaba que cada decisión que tomara debía ser la correcta. Las largas divagaciones nerviosas del administrador habían llegado con regularidad desde el momento en que la reina de Elphame había muerto un año antes de cumplir su reinado de cien años. Su administrador se había visto forzado a asumir sus obligaciones hasta la siguiente Ceremonia de la Elección, y no lo estaba llevando bien. A medida que la ceremonia se acercaba, era un deber en particular el que le estaba causando angustia: pasar el Caldero de la Abundancia al sucesor. Todo el mundo temía que fuese a ser el rey Kormick. Con su ejército recién adquirido, era invencible, y los fomorianos no eran conocidos por gobernar con benevolencia.

—No debería haber aceptado el puesto de administrador —respondió Tyghan.

—Pero lo hizo. Esperemos que nuestra más reciente recluta pueda terminar con sus gimoteos. Las novatas que tenemos hasta ahora son de una debilidad trágica, y los días pasan a toda velocidad.

—Eso es de lo que quería hablarte. Quiero que te encargues de entrenar a Keats junto con tus reclutas. El salón del trono está lleno de peticionarios, y yo estoy ocupado con…

Melizan soltó otra carcajada, tan sonora que llamó la atención de los caballeros más abajo. Cosette deslizó los ojos hacia arriba para posarlos en ambos. Deslizó los dedos por su pelo esmeralda en un gesto seductor y empezó a subir las escaleras de caracol.

—Ni de casualidad, querido hermano —repuso Melizan—. Ya tengo el doble de reclutas que tú, por si no te habías dado cuenta, y

esa chica es un problema. Dimite de tu posición de comandante de los caballeros si estás demasiado ocupado. O a lo mejor es solo que le tienes miedo. Es comprensible, visto quién es.

—No tergiverses esto. No le tengo miedo. Estoy justo como te he dicho: *ocupado*. Necesito que te encargues de ella, Melizan.

—¿Esto es una orden directa? —Los pálidos ojos turquesas de Melizan conectaron con los de su hermano. Esperó. Tyghan podía convertirlo en una orden, pero sabía que si lo hacía, su hermana podía complicarle la vida de otras maneras. Ella se rio entre dientes —. No, ¿verdad? Eso pensaba yo. En serio, Tygh, no vayas por ahí como un perro herido. Es tedioso. Ya nunca bailas. Te limitas a acunar tu *whisky* entre las manos en rincones oscuros con tus espantosos amigos. Necesitas salir más. ¿Cuándo fue la última vez que echaste un buen p…?

—Lo que haga en mi vida privada no es asunto tuyo, Melizan.

Su hermana sacudió la cabeza con una compasión burlona.

—Hace tanto, ¿eh?

—Eso no es la solución a todo.

—¡Guau! ¿Tú quién eres? Solías trabajar duro y jugar duro. Oh, a menos que… —Sus cejas se arquearon y echó un vistazo significativo a la entrepierna de su hermano—. Quizás ya no seas capaz debido a tu herida. —Él se limitó a fulminarla con una mirada glacial. Melizan se encogió de hombros—. Supongo que tendré que jugar yo el doble de duro por los dos.

Cosette llegó a la cima de las escaleras justo entonces y fue hacia ellos con un contoneo confiado en sus pasos que Tyghan interpretó de una docena de maneras diferentes. Su hermana sonrió. Cosette se acercó bien a ella para depositar un largo e intenso beso en la boca de Melizan, mientras sus dedos palmeados con finas membranas acariciaban su mejilla con familiaridad.

—¡Oh! Excelencia, lo siento mucho —dijo Cosette cuando por fin dio un paso atrás y le lanzó a Tyghan una mirada simbólica—. No me había fijado en que estabais ahí. —Le dedicó, diligente, una mínima inclinación de la cabeza antes de volverse otra vez hacia Melizan—,

Te veré de vuelta en nuestros… tus aposentos.

Y con eso se alejó. Los ojos de Melizan siguieron todos sus movimientos.

Cuando estuvo fuera del alcance del oído, Tyghan soltó un bufido con los dientes apretados.

—Vamos, hermano, es una caballera excepcional.

—Podrías tener a cualquier mujer de la corte —masculló Tyghan —. ¿Por qué tiene que ser *ella*?

—Corrección: podría tener a cualquier mujer u hombre del reino entero. Pero me gusta ella.

—Es sirénida. No me fío de ella. Es peligrosa.

—Igual que yo. Además, ser peligrosa es lo que la hace valiosa.

—Tenemos traidores en esta ciudad, Melizan, y ella se escabulle al río todas las noches. No sabemos quién hay en esas aguas.

—Su familia. —Melizan hizo un ruido de queja gutural—. Va a ver a su familia. Eso es todo.

Tyghan negó con la cabeza. Su hermana era imposible de acorralar.

—Más vale que eso sea todo. Es tu caballera y es tu trabajo vigilarla. Asegúrate de que lo haces.

—¿Del mismo modo que tú mantuviste un ojo puesto en Kierus?

Tyghan se quedó callado mientras encajaba el duro puñetazo de sus palabras. Melizan nunca contenía un puño al que podía dar buen uso.

—No siempre podemos saber lo que hay en el corazón de alguien —respondió al final.

—Eso es justo lo que opino yo, querido hermano —convino ella, luego le dio un beso en la mejilla—. Supongo que eso significa que al final tendremos que arriesgarnos con alguien. Yo me estoy arriesgando con Cosette. Y ahora me voy a mis aposentos a vigilarla, justo como me has ordenado. Y disfrutaré de cada minuto.



CAPÍTULO 19



Siete puentes de piedra cruzaban el perezoso río que serpenteaba a través de la ciudad. Cada puente llevaba el nombre de un dios y eran todos ciudades por derecho propio, cornucopias de ajetreo y abundancia, y lo contrario a todo lo que Bristol creía saber. Su lógica batallaba con lo inverosímil. Se clavó las uñas en las palmas de las manos por enésima vez para asegurarse de que estaba despierta, no drogada por los pasteles que había comido, ni dormida tras un episodio grave de intoxicación alimentaria. «Esto es real», se recordó. Aunque desde aquel momento en la cocina con Harper, su instinto ya había sabido que era verdad. Una vida entera de interrogaciones se habían conectado en cadena y la habían arrastrado a esta realidad.

—¿Qué están diciendo? ¿Debería preocuparme? —preguntó Bristol cuando grupos de feéricos se acercaron a ellos y estallaron en un coro de cháchara animada que ella no podía entender.

—No mientras estemos nosotros contigo —respondió Kasta, antes de solucionar el problema de comunicación de Bristol con una facilidad pasmosa. Susurró unas palabras contra su dedo índice, después apretó ese dedo contra un lado de la frente de Bristol y lo arrastró hasta el otro lado—. *Tugadle rai* —dijo—. Eso debería hacer el apaño. Ahora el feérico y otras lenguas te resultarán naturales.

Y así, sin más, la ciudad cobró vida con palabras que Bristol

comprendía.

Los caballeros y ella continuaron su recorrido por el puente más grande, el de Lugh. Era un caleidoscopio de colores y formas. Tiendas, casas, jardines y torres grandiosas estaban apelotonados a ambos lados del puente en una anarquía engreída, en equilibrio precario y desafiando a la fuerza de la gravedad. Multitud de feéricos llenaban el pasillo central: unos serpenteaban entre la multitud de camino a destinos desconocidos, *otros* compraban con calma, y aun otros descansaban relajados en balcones con filigranas doradas que asomaban por encima de la calle. Desde sus puntos elevados, bebían misteriosas bebidas humeantes, tocaban tonadillas en violines, se atusaban los brazos emplumados, o simplemente observaban con un interés somero a los que pasaban por debajo de ellos.

Algunos feéricos tenían pezuñas, como Glennis; otros tenían un aspecto más humano, pero con pequeños detalles que los delataban, como orejas puntiagudas, manos con garras o, aún más inquietante, ojos amarillos con largas ranuras estrechas como pupilas. En cualquier caso, muchos parecían del todo humanos, como Kasta, Quin y Tyghan, aunque Bristol se preguntaba qué podía haber oculto bajo su ropa. Ahí no podía dar nada por sentado, pero una cosa sí que le había quedado clara: su padre no llamaría la atención de nadie en un lugar como ese.

Y aun así, *ella sí*. Desde el momento en que habían empezado a cruzar el puente, multitud de cabezas se habían girado.

—Te huelen —dijo Quin, tras fijarse en un grupo de feéricos con gorras rojo sangre que se acercaban para verla mejor—. El otro mundo sigue aferrado a tu piel. Un baño y ropa nueva solucionarán el problema.

¿La olían? ¿Olía mal? Ese día no se había duchado, pero Bristol se resistió al impulso de oler se las axilas.

Cuando llegaron al final del puente, los recibió una ciudad aún más asombrosa. Las calles enrevesadas bullían de actividad y, en las laderas aterrazadas de las colinas circundantes, las luces de grandes

mansiones empezaban a brillar a medida que se hacía de noche.

Varios carruajes fastuosos pasaron por su lado, tirados por caballos moteados de colores sorprendentes. Los carruajes se detuvieron delante de un edificio grande con preciosas columnas de volutas labradas, y los pasajeros emergieron vestidos con suntuosos trajes largos y elegantes chaquetas de vestir ribeteadas con terciopelo, satén y zafiros. Algunos de los invitados a la fiesta tenían finísimas alas que centelleaban a la luz de las farolas que empezaban a encenderse. En la siguiente avenida, la opulencia dio paso a calles ordenadas, con humildes zapaterías, bares y otros establecimientos que ofrecían sombreros, cinturones y botas. Un escaparate recargado estaba repleto de pociones dentro de botellas de colores.

Mientras Bristol lo registraba todo, diminutos orbes de luz pasaron veloces por delante de su cara y zumbaron en sus oídos. Sobresaltada, agitó una mano para espantarlos.

—No te harán daño —le dijo Glennis—. Son solo duendecillos de río curiosos.

Se quedaron levitando en el aire por ahí cerca y Bristol se preguntó si le habría dado un manotazo a alguno. No quería hacer enemigos ahí, ni siquiera con un duende de río no más grande que una luciérnaga.

Mientras los caballeros y ella esperaban a que pasaran varios carruajes, una mujer rechoncha con el cutis de una manzana arrugada y peludas orejas puntiagudas se acercó a ellos.

—¿Y esta quién es? —le regañó a Kasta, al tiempo que señalaba a Bristol con un dedo torcido—. ¿Conoce las reglas?

Desde su posición elevada sobre el caballo de Kasta, Bristol miró con suspicacia los afilados dientes de la mujer que acechaban cerca de su pie. No le cabía ninguna duda de que los colmillos de esa mujer podían atravesar sin problema su enclenque zapatilla y arrancarle los cinco dedos de cuajo. Deseó llevar puestas esas robustas botas de cuero de la tienda por la que acababan de pasar.

—Acaba de llegar, Madre de la Calle —respondió Kasta—. Se lo

explicaremos todo.

—Aseguraos de hacerlo —dijo la mujer, al tiempo que plantaba las manos sobre sus caderas redondas—. Me gusta mantener la calle limpia.

La determinación de Bristol aumentó cuando la mujer empezó a alejarse a paso airado. Se irguió un poco más en la montura y la llamó.

—Perdone, Madre de la Calle.

La mujer giró en redondo.

—Shh —le advirtió Glennis a Bristol. Pero esta ya estaba decidida.

—¿Esta es su calle?

—Cada centímetro de ella —confirmó la mujer.

—Entonces, ¿sabría si hay algún trow en ella?

La mujer dio un paso hacia ellos y sus ojos saltones se entrecerraron hasta no ser más que meras ranuras. Su carnoso labio superior se retorció, lo cual dejó a la vista toda la longitud de un colmillo amenazador.

—¿Qué tipo de pregunta es esa?

Bristol tragó saliva. Solo entonces se le ocurrió preguntarse si mencionar a los trows se consideraba un insulto allí. Miró a los ojos furiosos de la mujer y se dijo que la Madre de la Calle no era más intimidante de lo que lo había sido Sal cuando había ido a suplicarle un empleo. Excepto que Sal no tenía unos dientes afilados capaces de abrir una lata de tomates de un solo mordisco.

—Una pregunta honesta —contestó con firmeza—. Como ha dicho Kasta, soy nueva aquí, y es una pregunta que necesito que responda alguien que comprenda este mundo hasta su último centímetro. Y está claro que usted es esa persona.

Las afiladas ranuras de los ojos de la mujer se ablandaron y sus labios se relajaron, dejando sus colmillos a buen resguardo una vez más. Asintió con expresión aprobadora.

—Aprendes rápido. Eso es bueno. Lo necesitarás por estos lares. Tu mejor opción para encontrar trows es en las Tierras Salvajes. En

mi calle no hay ninguno, pero en el barrio oriental, puede que encuentres un nido de trows de montaña al final de la calle Mugwort. Pero no les digas que te lo he dicho yo.

Bristol asintió.

—No lo haré. Gracias. Una pregunta más, si no le importa. ¿Ha oído hablar de un hombre llamado Logan Keats?

El rostro de la mujer se arrugó aún más mientras pensaba. Las esperanzas de Bristol crecieron, pero al final la Madre de la Calle negó con la cabeza.

—Pero haré algunas indagaciones por aquí. Vuelve a verme dentro de unos días.

Bristol le dio las gracias otra vez y Kasta urgió a su caballo a avanzar otra vez.

—¿De qué iba todo eso? —preguntó Cully cuando estuvieron fuera del alcance del oído de la mujer.

Quin se acercó un poco.

—¿Quién es Logan Keats?

—Mi padre. Me han dicho que los trows se lo llevaron y le trajeron aquí. Vuestro amigo Tyghan prometió que me ayudaría a encontrarle. Ese fue nuestro trato. ¿Podemos ir a la calle Mugwort ahora?

Glennis alzó sus peludas cejas blancas.

—¿Tyghan te lo prometió?

—¿Prometió ayudarte a encontrar a tu *padre*? —precisó Quin—, ¿Estás segura de eso?

—Sé que el Señor Petulante es desagradable, pero sí, aceptó ayudarme.

Una sonrisa curvó la boca de Cully.

—Vaya, ¿eso hizo? —Los caballeros intercambiaron miradas peculiares que inquietaron a Bristol. ¿Dudaban de ella? No tenía ninguna prueba de esa promesa, nada escrito, como un contrato. Dudaba que él hubiese estado dispuesto a darle uno de todos modos, visto su temperamento. Pero sí que lo había jurado, y esa parte había parecido genuina.

Kasta negó con la cabeza.

—No. Se está haciendo tarde y la calle Mugwort está en dirección contraria a donde vamos nosotros. Además, la promesa te la hizo Tyghan, así que es su deber llevarte ahí.

—Señor Petulante —musitó Glennis con una risita entre dientes.

—¿Y dónde puedo encontrar a Tyghan? —preguntó Bristol.

—Ahí —repuso Quin, al tiempo que señalaba un punto detrás de Bristol. La joven se giró en la montura y soltó una exclamación de sorpresa. Ahora que los inmensos árboles del bulevar ya no le bloqueaban la vista, apareció ante ella una mansión gigantesca en la cima de una colina. Sus enormes muros refulgían, no solo a causa del sol poniente, sino desde dentro, como si ardieran con una luz interior. El edificio dejaba pequeñas a todas las demás estructuras de la ciudad y se extendía por la colina aterrazada a varias alturas. Los pináculos del piso superior desaparecían entre las nubes.

Eran los que había visto desde la distancia según salieron del portal.

—¿Qué es ese lugar? —preguntó.

—El palacio real —repuso Kasta.

—¿Tyghan vive ahí?

—Por supuesto. Es el rey de la Nación Danu.



CAPÍTULO 20



Una atmósfera de lujo rodaba por el recinto del palacio, mientras feéricos de todo tipo emergían le bosque, estanque y edificio. Varios hechiceros paseaban por entre la alegre multitud con ojos vigilantes, preparados para sofocar cualquier pelea mágica que pudiera estallar entre los feéricos beodos que tenían mal beber.

Ocurría lo mismo todas las noches, y la juerga se prolongaba hasta el amanecer. Excepto para los caballeros. Sus días empezaban con la salida del sol, así que necesitaban dormir un rato, aunque la mayoría, igual que Tyghan, no requerían más que unas pocas horas de sueño. Las nuevas reclutas del mundo mortal, acostumbradas a pasar mucho tiempo en la cama, no lo llevaban tan bien.

—Mirad ahí —dijo Glennis cuando vio a Tyghan, que se abría paso entre un grupo de bailarines mientras escudriñaba las terrazas —. ¿A quién creéis que busca el Señor Petulante? Cully se rio del título recién adquirido de Tyghan. —Había muchas chispas volando entre esos dos en la posada.

—De las malas —apuntó Dalagorn.

—Yo no estoy *tan segura*. —Glennis ladeó la cabeza con una expresión *perspicaz—. Desde* luego, había *algo* volando entre ellos.

Kasta suspiró.

—Es como si no quisiese perder de vista a una serpiente venenosa, pero al mismo tiempo quisiese mantenerse a una

distancia segura.

—Con razón. —Dalagorn apuró el resto de su cerveza y la espuma se quedó pegada a su labio superior—, A lo mejor sí que es una serpiente…, o algo peor.

—¿Esa cosita debilucha? —Glennis negó con la cabeza—. No hay ni rastro de magia en esa chica. Me da pena. No durará mucho aquí.

—Y aun así —caviló Kasta—, además de llevarse unas obras de arte valiosas, también consiguió sacarle una promesa a Tyghan. Eso es casi una hazaña. Me habría encantado ver esa negociación.

—Da la impresión de que la joven podría tener los mismos poderes de persuasión que su padre —convino Cully.

—Esperemos que eso no sea lo único que tenga —musitó Kasta, que aún sopesaba las ventajas, desventajas y riesgos inherentes de llevarla a Danu para empezar. Esperaba que Eris no hubiese cometido una equivocación colosal. A Tyghan ya le había mordido una serpiente. No podía permitirse el mordisco de otra. Después de todo, la chica era hija de Kierus. Y, peor aún, de Maire.



Tyghan vio a sus oficiales y se dirigió hacia ellos.

Kasta respondió a su primera pregunta antes de que pudiera hacerla.

—Está instalada en su habitación. Rechazó venir con nosotros.

Tyghan reprimió una maldición, al tiempo que recordaba el comentario de Melizan: «Esa chica es un problema». Odiaba que su hermana tuviera razón.

—¿No va a comer?

—Ha traído comida —repuso Kasta—. Es bastante apañada.

—¿Su propia comida? —Tyghan recordó entonces la pequeña bolsa que Bristol había llevado colgada del hombro. ¿Acaso pensaba que no le iban a dar de comer?

—Sí, y ya está urdiendo un plan para encontrar a su padre

«muerto» —comentó Glennis. Sus ojos centelleaban, cargados de reproche.

—¿A qué te refieres? —preguntó Tyghan.

Kasta hizo girar el *whisky* en su vaso.

—Da la impresión de que se parece mucho a Kierus. Con unas pocas palabras sentidas, encandiló a Mae hasta convertirla en una gatita ronroneante. Mae va a hacer indagaciones para comprobar si alguien ha visto a un Logan Keats. Le dijo a Keats que volviera a verla dentro de unos días.

Tyghan tuvo que hacer un esfuerzo para que no se le notara la sorpresa. Mae nunca hacía nada a menos que un poco de oro calentara la palma de su mano primero. Era difícil creer que Keats poseyera ningún encanto en absoluto cuando lo único que había hecho era rociarle a él de exigencias malhumoradas.

Glennis le miró con cara de pocos amigos.

—¿Por qué le dijiste que su padre aún vive?

—Yo no fui. Fue Eris. Fue su forma de conseguir que viniera aquí por voluntad propia. Eris hizo lo que tenía que hacer.

—Sigue siendo vomitivo —insistió ella.

Los ojos azules de Tyghan se volvieron un tono más fríos.

—Muchas cosas de nuestras vidas son vomitivas ahora mismo, por si no te habías dado cuenta. Acostúmbrate al hedor.

—¿Y si averigua que en realidad está muerto? —preguntó Cully.

—No lo hará, ¿verdad? —le preguntó Tyghan a Kasta—. Tú te asegurarás de eso, ¿no es cierto?

Kasta asintió.

—Hablaré con los demás.

—Y su origen debe mantenerse en…

—Eris ya nos lo dijo —le interrumpió Cully.

Glennis frunció el ceño.

—No será fácil mantener eso oculto. Si alguien va a husmear a Bowskeep…

—Sois oficiales de Danu —la cortó Tyghan—. No os habéis enrolado para algo fácil. Nunca es fácil. —Con eso, dio media vuelta

y se alejó de ahí.



«Nunca es fácil».

Esa era una verdad con la que Kasta vivía a diario. La condición de caballero no dejaba lugar a errores; no si querías vivir. Kierus había aprendido esa lección. Y Tyghan también, casi. Pero ni siquiera la perfección era garantía de supervivencia. Kasta tomó nota mental de enviar a una patrulla de vuelta a Bowskeep esa noche para acallar a cualquiera que quisiese irse de la lengua.

—No parece que vaya a perder el tiempo, ¿verdad? —caviló Cully cuando vio a Tyghan dirigirse a la gran escalinata. Todos sabían a dónde iba. Las reclutas siempre participaban en los festejos, por lo general con bastante entusiasmo. Era una parte de su orientación. Si las personas con las que trabajaban y para las que trabajaban no les importaban nada, apenas les importaría el resultado. Necesitaban que Bristol se implicara.

Aunque Kasta sabía que también era más que eso. Para Tyghan, esa recluta en particular era distinta de cualquier otra. Ella contenía parte de su pasado en sus ojos, en la voz, en su mismísima existencia que nunca estuvo destinada a ser. Era un recordatorio de cómo se había torcido todo. Incluso a Kasta le costaba asimilar que Bristol estuviese ahí. Si ella hubiese hecho su trabajo incluso a medías, la hija de Kierus no existiría. Kasta cargaba con esa vergüenza todos los días.



CAPÍTULO 21



Bristol deslizó la mano por la colcha de seda verde que había sobre su cama. Era brillante y suave como una hoja de primavera. Todo lo que había en su habitación era lujoso y enorme, pero ella se sentía perdida ahí dentro, como una presa fácil en medio de una amplia llanura.

Unas cortinas azul cobalto cubrían las altas ventanas y caían como cataratas desde barras doradas acanaladas para arremolinarse en charcos elegantes. Sus pliegues descansaban sobre una alfombra tejida que parecía el suelo de un bosque. Contempló una mariposa en el dibujo, una cuyas alitas atigradas se abrían y cerraban. Alargó una mano para tocarla y el animalillo se alejó volando, como hacen las mariposas, aunque solo era fibras tejidas dentro de los confines de la alfombra, como si formase parte de un cuadro viviente.

Estudió los detalles de la alfombra con una fascinación sombría mientras racionaba los sorbitos de la botella de agua que había llevado consigo de casa. Entre sorbo y sorbo, mordisqueaba migas de una barrita de cereales molida y leía otra página arrancada del libro de Anastasia Wiggins.

9. No comas comida feérica o quedarás atrapado en su mundo para siempre.

10. Un hada honrará una promesa o un juramento hasta la muerte.

11. No participes nunca en un baile de hadas. Serás incapaz de parar y morirás del agotamiento.

¿Cómo podía nadie saber estas cosas?

A menos que Anastasia hubiese estado ahí ella misma, como el padre de la propia Bristol. Deseó tener el resto del libro. Las pocas páginas que había arrancado eran solo un pequeño salvavidas para sobrevivir en ese mundo.

Su habitación estaba silenciosa como una tumba. Ningún repiqueteo de platos, ningún golpe de la lavadora desequilibrada, ningún chillido de Angus rebuscando en la basura, ningunos pasos apresurados subiendo y bajando las escaleras. Lo que sí había eran voces que cantaban. Esporádicas. Tenues. Sonaban como cuando Cat entonaba sus escalas. En casa, a Bristol le irritaban los ejercicios de canto repetitivos de su hermana, pero ahora encontraba que el sonido era tranquilizador. La distancia les daba una nueva perspectiva a esas molestias insignificantes, una nueva perspectiva a muchas cosas. Incluidas las mentiras.

Cuando Tyghan le había preguntado cómo era su padre, Bristol no había mencionado las veces en que sus padres se escabullían en medio de la noche para evitar pagar en un motel tras sacar a las niñas por las ventanas, ni las veces en que colaban alimentos debajo de sus abrigos. «Pagaremos doble la próxima vez», decían, pero la próxima vez no llegaba nunca.

Sin embargo, había otras veces en que su padre invitaba a desconocidos a unirse a ellos en sus campamentos y compartían la comida y la bebida que tuvieran, porque sabía que los viajeros solían estar necesitados de ambas. Llamarle «buen hombre» parecía lo correcto. Su madre hubiese agradecido las palabras cuidadosas de Bristol. Pese a la forma en que habían terminado las cosas, sabía

que su madre había querido a su padre. Bristol jamás entendería por qué se había marchado. En ocasiones, Leanna Keats había sido torpe como madre, como si no hubiese visto o vivido lo que era ser madre en su propia vida; sin embargo, nunca había sido torpe como mujer. No había sido ningún secreto que Logan Keats, era el amor de su vida.

Cuando hablaba de cómo se habían conocido, él trabajando en un puesto de feria, ella como competencia en otro; cómo se habían fijado el uno en el otro desde la distancia, y la electricidad que habían sentido… El recuerdo siempre hacía sonreír a su madre, como si hubiese sido un momento mágico. A Bristol le había encantado ver esa chispa en sus ojos. La mera mención del nombre de su padre hacía que su madre cobrase vida. «Vi una oportunidad de las que pasan solo una vez en la vida, y no la dejé escapar», decía su madre mientras acariciaba la mejilla de su marido.

Pero entonces, durante el tiempo que Bristol había estado viviendo sola, algo se había torcido de un modo terrible. Cat le había hablado de la violenta discusión que habían tenido la mañana anterior a que su madre se marchara. Esa tarde, Leanna Keats había dicho que iba al pueblo de al lado a por suministros, que sus reservas de lana escaseaban, y después había habido un momento extraño en el que había besado a Cat y a Harper en la frente. Solo se dieron cuenta más tarde de que no había sido una despedida normal. Su madre había planeado abandonarlos, y había estado tan decidida a hacerlo que había cruzado un arroyo crecido a dos estados de distancia. La culpa corroía a Bristol. Siempre se había preguntado si las cosas podrían haber sido diferentes si ella se hubiese quedado, una pequeña diferencia, como el aleteo de una mariposa que gira en dirección a una tormenta.

Un helecho en la alfombra se removió por efecto de una brisa que en realidad no estaba ahí, lo cual pilló a Bristol por sorpresa otra vez. No iba a ser fácil moverse por ese mundo, pero se aferró al destello de poder que todavía sentía en su interior. Eso era real. La cazadora sería ella para variar. A la mierda la cautela. Esperar a que

los problemas saltasen sobre ti era un miedo con el que era imposible luchar. Nunca sabías cuándo podía agarrarte del cuello, como le había pasado a su padre.

Un pensamiento de soslayo se coló en su cabeza, un pensamiento que no podía mirar del todo a los ojos. Su padre podía estar muerto de verdad. Se puso de pie en un intento por quitarse de encima los pensamientos más sombríos y fue al otro lado de la habitación, donde un mullido sofá color cereza descansaba ante una chimenea impresionante. Se dejó caer en él, permitió que la engullera en su lujo y plantó los pies sobre la mesita baja como si fuese la dueña del lugar. En la mesa había una botella de vino tinto ya descorchada, como una invitación a beber. Tentador, después del día que había tenido, pero la advertencia de Anastasia estaba bien grabada en su mente. Bebió de su agua en lugar del vino.

Una llamada repentina a la puerta la hizo sobresaltarse y sus pies cayeron de la mesa. Las migas de cereales en su mano rodaron al suelo y un zorro tejido en toda su belleza cruzó la alfombra a la carrera para darse un festín con ellas. Después desapareció otra vez en una madriguera de la alfombra que Bristol no había visto antes. Sus ojos dorados la miraron desde el interior.

Otra llamada.

—¿Keats?

Bristol reconocería esa voz en cualquier sitio. Al menos el hombre sabía cómo llamar a una puerta. Eso era tranquilizador.

—Adelante —dijo Bristol mientras se ponía en pie.

Tyghan entró y se produjo un silencio prolongado entre ellos mientras él la miraba a ella y ella lo miraba a él. Los labios de Tyghan se fruncieron en una expresión obvia de desilusión.

Bristol arqueó las cejas. ¿El rey? ¿Había oído bien a Kasta?

Aunque el feérico creaba una presencia en la habitación que no podía ignorarse, parecía mucho menos intimidante esa vez. Su pelo negro ya no estaba alborotado por el viento como si fuese el producto de una tormenta violenta, y su amenazadora capa negra había desaparecido. Una sencilla camisa blanca envolvía sus anchos

hombros. Sus pantalones oscuros eran anodinos pero de extraordinaria manufactura. O a lo mejor era solo que le quedaban muy bien.

No vestía como un rey, aunque los únicos reyes que había visto Bristol en su vida eran los que aparecían en los cuadros renacentistas: hombres rechonchos con los mofletes gordos, túnica extravagantes y mallas relucientes.

Le gustaba más el atuendo de Tyghan.

Su expresión ceñuda también había desaparecido, así como la espada amarrada a su espalda. Casi podría pasar por un ciudadano ordinario de Bowskeep. Bristol ladeó un poco la cabeza.

«Bueno, no. En realidad, no», pensó mientras le evaluaba de nuevo. Sintió un hormigueo cálido en la tripa.

«Para nada».

Debía reconocer que no había nada ordinario en él.

Él también la escrutó a ella, aún vestida con sus deportivas y sus vaqueros rotos, y con el pelo enredado tras la larga y alocada cabalgata. Bristol supuso que él estaba mucho menos impresionado que ella con lo que veía.

—¿Todavía no te has cambiado? Se supone que las reclutas deben asistir a los festejos.

Bristol suspiró.

—Uno, ni siquiera sé lo que significa «recluta». Suena como algo mucho más amplio que encontrar una puerta. Y dos, no me he cambiado porque la idea de desvestirme me ponía nerviosa. —Le lanzó una mirada significativa—. No sabía *quién* podía estar de pie justo a mi lado sin que yo le viera. Como en la posada antes.

Los ojos acerados de Tyghan no se apartaron de los suyos, sin asomo de arrepentimiento. No lo estaba negando.

—Ibas a llevarte el boceto, ¿verdad? Ibas a robarlo antes de que entrase Eris.

—Supongo que nunca lo sabrás —respondió Bristol—. Por no mencionar que estás cambiando de tema. Eras tú el que me estaba espiando. Sé que eras tú.

—Lo de la posada fue diferente. En primer lugar, créeme, no tengo ningunas ganas de verte desnuda. Y segundo, yo jamás entraría en tus habitaciones privadas sin ser invitado, como acabas de ver. Tercero, tendrás lección de orientación por la mañana. Te lo explicarán todo en detalle entonces, como sé que Kasta ya te ha informado. Ahora, vístete.

«¿No tiene ningunas ganas de verme desnuda?». Se alegraba de ello, pero también parecía un insulto. Además de ser oloroso, ¿su cuerpo mortal también era repulsivo de ver?

—Gracias —respondió—, pero no voy a ir. Como puedes ver, ya he comido.

Tyghan le echó un vistazo somero al envoltorio de la barrita de cereales tirado en el sofá, luego sonrió.

—Mi mundo, mis reglas. ¿Te suena a algo?

—No tengo hambre.

Tyghan le dedicó una mirada fría y firme, como si eso fuese a hacerla cambiar de opinión, hasta que estuvo claro que no lo conseguiría.

—Tú misma —musitó. Se dirigió a la puerta, donde se detuvo un instante para ofrecerle un último consejo—: Hay más cosas que comida en las celebraciones nocturnas. Quedarte en tu habitación tú sola no te va a conseguir amigos. Y puede que descubras que los amigos son la cosa más útil que puedes adquirir aquí.

Bristol no se movió, pero entonces, en el peor momento posible, su estómago rugió como un león hambriento. Tyghan echó un vistazo a la tripa de la joven, su cara toda petulancia, pero Bristol no estaba dispuesta a admitir que no confiaba en la comida feérica. No sabía cuántas de las cosas que había dicho Anastasia Wiggins eran ciertas o no, pero Harper afirmaba que era una autoridad sobre el País de las Hadas.

Tyghan se marchó, pero en cuanto lo hizo, Bristol supo que él tenía razón. Necesitaba el mayor número de ojos y orejas que pudiera conseguir; cómplices, aunque no fuesen amigos. Aquel era un mundo más grande de lo que había esperado y, hasta ese

momento, ninguna de las personas o seres con los que se había encontrado había oído hablar nunca de un Logan Keats. Ella era una sola persona que no sabía cómo moverse por ahí todavía, y el tiempo corría. Podía limitarse a evitar la comida en los festejos por el momento.

Abrió la puerta para llamar a Tyghan y se le cortó la respiración. Ya estaba ahí plantado, como si supiera que iba a cambiar de opinión.

—Date prisa en cambiarte. Esperaré aquí —le indicó—. Y solo tienes que evitar la comida de los pixies. El resto no tiene problema.

Bristol entornó los ojos.

Él sonrió de oreja a oreja.

—¿Crees que eres la primera mortal que ha aparecido por aquí con miedo a comer nuestra comida?

Bristol cerró la puerta de un portazo en su cara y fue a cambiarse.



CAPÍTULO 22



Tyghan intentó concentrarse en las risas lejanas y en el tañido de un arpa en la distancia, pero lo único que oía eran los chasquidos secos del vestido de Keats contra sus piernas y la ira en sus pasos mientras se esforzaba por mantener el ritmo de sus largas zancadas.

La chica se había bañado y cambiado a una velocidad asombrosa, y Tyghan se había sorprendido al verla emerger tan pronto de su habitación. Intentaba no mirarla mucho, pero era extraño verla con ropa Danu. Estaba bastante seguro de que se había puesto el vestido al revés, con las cintas en la parte delantera cuando se suponía que debían ir atrás, pero no era una imagen desagradable. «Semántica con curvas». Odiaba la forma en que las palabras de Melizan se habían quedado atascadas en su cabeza. Esperaba que Keats no se hubiese dado cuenta de cómo sus ojos se habían demorado en sus pechos contenidos por las cintas bajas y apretadas. O en lo ceñido que le quedaba el vestido a la altura de la cintura, solo para revelar aún más curvas. Él estaba lejos de estar muerto, como a Melizan le gustaba sugerir.

El pelo de la joven caía húmedo y despeinado sobre sus hombros, pero de alguna manera, tenía cierto atractivo. Tyghanse fijó también en otros detalles que no había visto antes. Sus dedos eran largos y delgados, pero llevaba las uñas cortas y sin pintar, sus

medias lunas blancas bien claras. En el hueco de su cuello tenía un pequeño lunar, y una tenue cicatriz irregular desaparecía por la línea de su pelo, justo por encima de su sien.

El moratón que había visto antes en su labio inferior parecía más intenso ahora, casi del mismo color azul oscuro de su vestido. La joven deslizó los ojos hacia él otra vez y Tyghan constató que la hinchazón alteraba la simetría perfecta de sus labios. Un simple toque con el dedo lo curaría, pero el tiempo también se encargaría de ello, sin generar más preguntas por su parte. Ya tenía demasiadas por sí sola.

Se quedó callada a lo largo de un pasillo entero, pero cuando doblaron la esquina, por fin habló, no con una pregunta, sino con una exigencia.

—Quiero el otro boceto ahora. Entregado en casa de mis hermanas.

—Ese no fue nuestro acuerdo. Cuando termines tu misión…

—Este mundo es mucho más grande de lo que pensaba y todo se ha vuelto mucho más complicado. No pude tomar una decisión con conocimiento de causa. Si me sucede algo, quiero estar segura de que mis hermanas quedan en buena situación.

—¿Eso es lo que has venido a buscar aquí? ¿Seguridad? Porque entonces has venido al lugar equivocado. —Tyghan la miró de soslayo y vio que casi le salía humo de la cabeza. Su boca se movía de manera espasmódica, como si las palabras estuviesen atascadas en su lengua. El feérico suspiró—. No vas a morir.

—¿Eso es una promesa?

«Joder, es como el consejero. Analiza cada palabra».

Pero eso no era algo que él pudiera prometer. Había un millar de formas de morir en Elphame que no tenían nada que ver con la misión de la joven. Podía insultar a un hechicero cascarrabias, podía atropellarla un caballo desbocado, o atragantarse con una espina de pescado.

—Pensaré lo del *boceto* —concedió.

—Piensa rápido. Lo quiero entregado mañana.

Tyghan apretó la mandíbula. O podía estrangularla un rey al que había forzado más allá de sus límites. ¿Kasta la había descrito como «encantadora»? Si se hubiese mostrado así de encantadora con Mae, la mujer le habría arrancado la garganta.

—¿Te ha sentado mal lo de la comida de los pixies?

—Podías habérmelo dicho antes, si ya sabías lo que estaba pensando.

—Pero no hubiese sido ni la mitad de divertido.

La joven paró y se giró hacia él, con el pecho hinchado contra las cintas.

—¡Me alegra que te diviertas un poco a mi costa, Señor Petulante, mientras yo lucho por la vida de mi padre!

La sangre de Tyghan surcó sus venas igual de caliente. «Bienvenida a mi mundo», masculló para sus adentros. «Yo también estoy luchando por salvar vidas».

Mantuvieron sus miradas férreas clavadas el uno en el otro, ella tan poco dispuesta a ceder como él. No obstante, a medida que sopesaban sus opciones, el calor airado entre ellos se fue disipando.

—Bueno —dijo Tyghan al final—. ¿Vamos en busca de algo de comida, o me voy a ver forzado a escuchar a tu estómago gruñir toda la noche?

Esperó a que su estómago retumbara otra vez, pero ella asintió antes de que pudiera delatarla de nuevo. Continuaron por el pasillo a un ritmo más lento.

—Mae me dijo que hay un nido de trows en la calle Mugwort, y que iba a indagar un poco por ahí en busca de alguna noticia sobre mi padre. ¿Podríamos volver a la ciudad por la mañana? Kasta me dijo que, como era tu promesa, también es tu deber llevarme ahí.

—Vaya, pues resulta que yo estoy ocupado con otros asuntos mañana, y tú tienes *orientación*.

—Pero…

—Mae dijo que tardaría un poco con sus indagaciones. Créeme, no quieres agotar su escasísima buena voluntad. Te llevaré dentro de unas cuantas noches.

—Entonces, ¿podemos ir a ver a Jasmine?

—¿Por qué?

—Porque según tú, crio a mi padre, y tal vez le gustaría saber que quizás esté vivo. Y tengo muchas preguntas. Mi padre era muy callado acerca de su infancia y…

—Jasmine no está bien. Le diré a Eris que lo consulte.

Tyghan se preparó para otra discusión, pero la chica se quedó callada. «Gracias a los dioses». No había quien discutiera que Jasmine estaba delicada. Ella lo había visto con sus propios ojos.

—Gracias. Te lo agradecería mucho —dijo al final en un tono más suave. Ese silencio bienvenido continuó solo durante unos pasos más —. Mientras tanto —añadió—, podrías contarme cómo llego aquí mi padre.

Los pasos de Tyghan se ralentizaron. La conversación era más fácil cuando Keats estaba enfadada. Se le ocurrían cien respuestas que podrían avivar su enfado otra vez y, con suerte, acallar sus preguntas, pero Eris le había advertido de que debía ser civilizado e incluso encantador, si era posible. «La necesitamos de nuestro lado».

—Esa sería una pregunta para Jasmine —respondió.

—Creía que a lo mejor tú lo sabías, puesto que sabías que le había criado ella.

Claro que podía contarle la historia de cómo había llegado Kierus a Elphame, pero eso podría conducir a otras preguntas. Por el momento, Tyghan necesitaba mantener una distancia segura con Kierus. Aun así, era probable que contarle a la joven unos cuantos detalles tempranos no fuese un problema.

Tyghan mismo apenas había aprendido a andar cuando había llegado Kierus.

—Me contaron que le encontraron cuando era muy pequeño vagando por un prado, pero la verdad es que lo más probable es que lo robaran. El hada que le trajo a la corte estaba confusa. No parecía capaz de recordar de dónde lo había sacado. Quería dárselo como regalo a la reina.

—¿Mi padre fue un bebé *robado*?

—Eso parece. O cayó sin querer dentro de Elphame por su cuenta. Es algo que todavía pasa de tanto en tanto.

—¿Y nadie intentó devolvérselo a sus padres?

—Lo intentaron, pero para cuando averiguaron quiénes eran sus padres, estaban muertos.

—¿No tenía más parientes?

—Todos estaban muertos.

—¿Cómo pudieron morir todos? ¿Hubo un accidente?

—No… no estoy seguro. Yo tenía…

—Por supuesto. Esto fue hace mucho tiempo. Es probable que tú ni siquiera hubieses nacido. —Le miró de reojo—. ¿Cuántos años tienes?

—Veintiséis.

—¿Esos son como los años humanos? ¿O eres viejo?

Tyghan reprimió una sonrisa.

—Es lo mismo, más o menos. Los tuathade envejecen de un modo parecido a los mortales hasta que alcanzan la madurez, que es en torno a los setenta años.

—¿Setenta? ¿Tanto tardáis en ser maduros?

—Te sorprendería saberlo. Y aunque algunos de nosotros sí conseguimos llegar a tener una edad venerable, no somos inmortales, exactamente. Morimos en accidentes o por enfermedades o por cansarnos de la vida. Los miembros de la realeza tienden a tener vidas más cortas, porque tienen más enemigos. El feérico más viejo que conozco tiene más de dos mil años, pero la mayoría de los feéricos no viven más allá de tres o cuatro siglos. Nuestra esperanza de vida queda en manos del destino, de las malas elecciones y de la voluntad de Danu.

—Si tienes solo veintiséis años, supongo que no recordarás a mi padre. Estuvo en mi mundo al menos veinticuatro años. Entonces fue cuando conoció a mi madre en una feria cerca de Los Angeles. Esa es una ciudad muy grande en…

—Ya sé dónde está Los Ángeles.

—¿En serio? ¿Has estado ahí?

—No, pero tenemos mapas de vuestro mundo.

Bristol arqueó las cejas, suspicaz.

—¿Habías estado alguna vez en Bowskeep antes de hoy?

—No. No voy a vuestro mundo a menudo. El olor me resulta desagradable.

La joven frunció el ceño.

—Vosotros los feéricos tenéis unas narices muy sensibles, y tú, Señor Petulante, has ido a los sitios equivocados. La mayor parte de mi mundo huele fenomenal: la orilla del mar, las lavanderías autoservicio, las pizzerias… En cualquier caso, según mi padre, cuando mi madre y él se conocieron, fue amor a primera vista. Se casaron pocos meses después.

Tyghan aceleró el paso. El Patio del Sol parecía estar a kilómetros de distancia.

—Mi hermana mayor, Catalina, nació poco tiempo después de eso. Le pusieron el nombre por un anuncio de ferris que vieron en el asiento de un autobús. Es una isla. Mis padres no eran demasiado inventivos cuando se trataba de nombres. A mí me pusieron el nombre de la feria de una ciudad por la que estaban pasando cuando nací. Y a mi hermana pequeña, Harper, le pusieron el nombre de una revista que encontraron en la caja del supermercado. Aunque mi padre también tenía apelativos cariñosos para nosotras. Nombres absurdos, en realidad, pero la forma en que los decía nos hacía sentir innegablemente amadas. A mi hermana mayor la llamaba…

Tyghan no quería saber más. Se paró en seco y la interrumpió antes de que pudiera continuar.

—¿Por qué me estás contando todo esto?

La chica bajó la vista, sus pestañas oscuras velaron sus ojos. Sus sienes se tiñeron de rojo. Pese a todas sus fanfarronadas y exigencias, ¿todavía estaba nerviosa? O a lo mejor todo eso era una estrategia y era tan taimada como Kierus. Sin embargo, cuando levantó la vista para mirarle a él a los ojos, sus pupilas eran una

lunas negras sinceras, sin rastro de engaño en ellas.

—Te preguntabas si merecía la pena arriesgarse para encontrar a mi padre —respondió—. Quiero que sepas que él merece la pena.

Los ojos de la joven se quedaron clavados en él, casi como si le suplicara que creyese lo mismo que ella. Tyghan asintió como si lo comprendiera, pero no lo hacía. Jamás podría comprenderlo.

Lo único que sabía era que necesitaba una copa.



La música hacía vibrar el aire, embriagadora, y dejaba una pátina dorada en piel, escamas y cuernos. Un olor sensual flotaba en el ambiente, denso, como flores embriagadas de primavera. Beltane se aproximaba y nadie era inmune a su atracción. Ni lores ni caballeros, ni damas, ogros o pixies. Ni siquiera los reyes.

El calor y la inquietud se removieron dentro del cuerpo de Tyghan.

Se inclinó hacia atrás en su silla y bebió un trago de su copa. El *whisky* de los goblins quemó su garganta mientras observaba a Bristol desde un rincón oscuro y alejado. Las palabras que le había dicho a Melizan volvieron a su cabeza ahora: «Es tu trabajo vigilarla». Lo haría. Igual que debería haber vigilado a Kierus.

Bristol estaba sentada en un banco de piedra y comía de una bandeja de plata. Tyghan la había seguido de cerca por las mesas del bufé, se había asomado por encima de su hombro y la había aconsejado en sus elecciones para evitar el embrujo que tanto temía. Ahora, la joven comía sin prisa. En ocasiones cerraba los ojos de placer. Pierna de jabalí estofada. Otras veces arqueaba las cejas sorprendida. *Kumquats* especiados. Y aun en otras, una leve sonrisa curvaba las comisuras de sus labios después de chuparse los dedos. Hojaldre de crema de granada.

Tyghan tomó nota mental de las cosas que le gustaban y las cosas que apartaba a un lado con educación. Estaba claro que tenía

hambre, y se preguntó cuándo había sido la última vez que había comido comida de verdad. Eris le había dicho que vivía en una casa ruinosa y pasaban apuros económicos. El boceto que se había llevado cambiaría eso. No necesitaba preocuparse por sus hermanas. Al menos no en el aspecto económico.

Tyghan observó sus movimientos y a dónde miraba. Trataba de entenderla. Era obvio que tenía el encanto natural de Kierus. Y como había mencionado Melizan, era bastante agradable a la vista, como Maire, aunque sus rasgos eran diferentes. Su pelo se había secado y, al calor de la luz de las antorchas, sus largos bucles castaños relucían. Sus ojos eran de un tono dorado cálido, ribeteados por pestañas oscuras que hacían que su mirada fuese penetrante.

No hizo falta mucho tiempo antes de que aristócratas de todos los rangos empezasen a pulular a su alrededor, aunque era algo que hacían siempre con los recién llegados. Eran una novedad, al menos por un tiempo. En cualquier caso, Tyghan destinó a Cully a quedarse a su lado para que nadie intentase embaucarla y llevársela a un rincón oscuro. Era solo su primer día ahí y, aunque parecía capaz, su lengua afilada no tenía nada que hacer contra la magia de los locales.

De vez en cuando, el pie de la joven daba golpecitos al son de la música, la melodía difícil de resistir, pero entonces cruzaba los pies y los remetía debajo del banco para evitar la tentación. Debía de saber cómo afectaba la música a los mortales, a lo mejor del mismo libro que mencionaba la comida de los pixies. La mayoría de los libros mortales sobre los feéricos eran absurdos y los metía a todos en el mismo saco, pero en algunas cosas atinaban.

Mientras caminaban hacia el Patio del Sol, Tyghan había intentado percibir otra vez si la chica era del todo mortal. Ocurría a veces con ese tipo de uniones, y él seguía sin percibir magia alguna en ella. ¿Eris se había dejado engañar o simplemente había estado demasiado esperanzado? ¿Era solo una chica que sabía orientarse bien en un pueblo pequeño? Elphame no era pequeño, y no era tranquilo. Sus expectativas de poder entrenarla eran cada vez

peores.

Varios lores se turnaron para mostrarle simples trucos de magia, en su mayor parte encantamientos y *glamours* que cambiaban su aspecto. Ella sonreía y asentía con la cabeza. Parecía estar siguiendo el consejo de Tyghan sobre lo de hacer amigos, pero mientras los lores se reían, intentando superarse unos a otros, Tyghan se dio cuenta de que ella apartaba la vista para enfocarla en un círculo de faunos que bailaban. Luego parecía prepararse mentalmente antes de tener que volver a contemplar algún otro encantamiento grotesco.

Tendría que acostumbrarse a ello. Aquello era Elphame. Ese era el mundo por el que tendría que moverse, de un modo u otro. Era lo que había aceptado hacer. Si no podía soportar ver la cabeza de un jabalí que se reía sobre los hombros de lord Csorba, jamás soportaría un cielo lleno de bestias estridentes empeñadas en destruirla.

Y si al final no lograba adaptarse u ofrecerles la valiosa destreza que buscaban, bueno, todavía existía la opción de utilizarla como rehén. Aquella mañana, con los gritos de sus caballeros aún resonando en los oídos, su sangre salpicada por la cara y esas uñas aún incrustadas en su espalda, había sido un pensamiento fácil, una maniobra estratégica que utilizaría cualquiera que estuviese en su posición. Pero ahora que había cerrado un trato para ayudarla a buscar a su padre, un hombre que él sabía que ya estaba muerto, un hombre al que estaba claro que ella quería…

Bebió otro trago de su brebaje de goblin y notó que le ardía el pecho. Le gustaba pensar en sí mismo como honorable, pero sabía que se había rebajado a cosas muy inferiores. El honor era como el *glamour*, útil solo cuando servía para algo; por lo demás, solo se interponía con quien eras en realidad. El honor era para un tiempo en el que los grandes dioses aún caminaban por la tierra y se sentaban hombro con hombro alrededor de las hogueras para celebrar sus victorias. Esos no eran aquellos tiempos.

La joven cambió de posición en el banco y apretó una mano

contra su columna. No le extrañaba que estuviera dolorida. Una galopada a todo trapo hasta Elphame no era lo mismo que una vuelta en bicicleta por un pueblo pequeño, aunque Tyghan no había montado en bicicleta nunca, así que no podía estar seguro del todo. Pero *¿desmayarse?* Ninguna recluta había sido tan frágil antes.

Los ojos de Tyghan subieron otra vez hacia el labio herido de Bristol, lo estudió, la curva carnosa de su boca. Después deslizó el pulgar por un lado de su dedo, sin apartar la vista de la magulladura. En realidad, no necesitaba tocar una herida tan pequeña para curarla.

Para cuando su mano llevaba el *whisky* a su boca otra vez, el labio de la joven estaba curado. No le debía nada, se dijo Tyghan, ni siquiera esto, y desde luego que no el boceto que ella le exigía, pero tenerla bien alimentada y no distraída por un labio dolorido también era útil para sus intereses.

Bristol giró la cabeza un poco hacia el lado, como si estuviese confusa, luego se llevó un nudillo al labio para palpar la piel con cuidado. Miró hacia Tyghan. Estaba seguro de que no podía verle ahí sentado en la oscuridad, pero de alguna manera, ella parecía saber que estaba ahí.

Su piel empezó a arder de nuevo. No tenía tiempo para eso.

Apuró el resto de la copa e hizo ademán de levantarse, pero alguien le interceptó.

—Ahí estás —dijo Eris, al tiempo que se sentaba enfrente de él. Incluso en ese rincón oscuro, Tyghan notó el rubor de las mejillas de Eris. No le cabía duda de que la noche del administrador había empezado con una visita a las habitaciones privadas de madame Chastain. Eris se reajustó la túnica, como si se la hubiese puesto con prisas—, ¿Qué es eso de que has prometido buscar al padre de la señorita Keats?

—No tuve elección. Después de que tú le dijeras que estaba vivo…

—Yo no le dije eso.

—Entonces, quienquiera al que le encargaras la tarea. Funcionó.

Aceptó venir aquí con la condición de que yo la ayudara a encontrar a Logan Keats.

—Yo no le encargué a nadie que le dijese algo tan descabellado. ¿Por qué habría de hacerlo?

—Pero dijiste que ibas a presionarla. Cuando volvió a la posada diciendo que su padre estaba vivo, asumí…

—Sí que la presioné. Su familia sufría graves problemas económicos, así que terminé con su última fuente de ingresos, el trabajo de su hermana mayor.

Los dos se quedaron en silencio, absortos en sus pensamientos mientras repasaban todo lo dicho y lo sucedido.

—A lo mejor fueron Olivia o Esmee las que le dijeron…

—No —le cortó Eris—. Ya se habían marchado de la posada cuando ella volvió.

—¿Quién se lo diría entonces? —preguntó Tyghan en voz más baja.

—Yo… —Eris negó con la cabeza—. No lo sé.

«¿Por qué?», pensó Tyghan. «¿Por qué le diría alguien eso?». A menos que…

Se inclinó hacia delante, sus siguientes palabras tan calladas como un cuchillo afilado.

—¿Cómo sabes que está muerto, Eris?

—¡Está muerto! Me lo dijo el *sheriff*. Vio el cuerpo con sus propios ojos. Me contó todos los detalles más truculentos, incluido cómo vio que despegaban el cuerpo de la carretera. En aquel momento el hombre ni siquiera sabía quién era Logan Keats, aparte de un artista local. Solo lo averiguó cuando aparecimos nosotros hace unas semanas. No tendría ninguna razón para mentir.

—¿Qué otros expatriados hay en Bowskeep?

Eris le dijo los nombres que conocía, incluidos Freda la bibliotecaria, un granjero local y el dueño de una tienda en la calle Mayor.

—Seguro que hay unos cuantos más de los que no sé nada. Ya sabes cómo son. Por eso se describen como expatriados y solitarios.

Son muy reservados. ¿Qué dijo la señorita Keats? ¿Quién le dijo que su padre estaba vivo?

—No lo dijo.

Pero Tyghan ya se estaba poniendo de pie para ir a averiguarlo.

«Los trows se llevaron a su padre». Aquello le daba mala espina.

¿Era solo un malentendido?

¿Había una explicación fácil?

«No», le decía su instinto. No había nada fácil cuando Kierus estaba implicado.



CAPÍTULO 23



El Carnicero de Celwyth estaba sentado encorvado sobre las brasas, calentándose las manos. Había olvidado lo fría que podía ser la parte alta del país, sobre todo encerrado en una cueva de trow húmeda. Estaba ahí atascado, al menos por el momento, pero eso le daba tiempo para repasar sus pasos en los últimos meses y años. Debería haber escuchado a Maire. Ella había tenido razón cuando había dicho que era hora de irse. La complacencia era una espada clavada en tu propio pecho, en lugar de en el de otra persona. ¿Cómo había podido olvidar esa regla?

Llevaba solo unos días deambulando por las Tierras Salvajes, pero ¿cuánto tiempo había pasado en casa, en el mundo mortal? La pregunta le inquietaba. Era probable que hubiese estado ausente durante mucho más tiempo. Demasiado tiempo. Se arrepentía de ello, pero sin referencia temporal, no había nada que él pudiera hacer. Sus hijas se apañarían.

No podía permitir que eso nublase su pensamiento. El remordimiento era una espada clavada en la espalda. Otra regla que debía recordar. Había tantas formas de morir en Elphame como de matar. Todas las reglas que había abandonado, las reglas por las que solía vivir, estaban volviendo de golpe a él ahora, afiladas y pulidas, listas para apuñalar, para golpear y aporrear, las reglas que le habían convertido en el asombro de Danu.

—No puedes volver a cansarte de huir nunca más —se susurró a sí mismo. Ahora lo veía con claridad. Huir era su destino. El diezmo para sus elecciones. Cuando te habían enviado los dioses a seducir y matar a tu enemigo pero habías fracasado en tu misión, cuando te habías convertido en el seducido en lugar del seductor, te quedaban pocas opciones, y solo una incluía seguir vivo: huir. Huir con el enemigo y cruzar los dedos por que los dos pudieseis correr más deprisa que los dioses.

Ojalá hubiesen seguido huyendo.

No se permitiría pensar que era demasiado tarde para salvarla. Nunca podía ser demasiado tarde.

Giró la cabeza del salmón que estaba asando y succionó sus jugos calientes. Se quemó la lengua, y rezó por que el salmón moteado le bendijera con la sabiduría de Danu.

Mientras se acomodaba para dormir, consciente de que los trows volverían pronto, lo único que oía era «Huye y sigue huyendo, hasta que los dioses mueran… o lo hagas tú».



CAPÍTULO 24



El sol salió detrás de la torre con una precisión perfecta e iluminó su pináculo dorado como una antorcha. Bristol sabía que no era por casualidad. Y eso la llenaba de asombro.

Su lección de orientación estaba a punto de empezar. Parecía que iba a volver a la universidad después de todo, y a una universidad impresionante, nada menos. Sus sueños largo tiempo enterrados se removieron en su interior. Estudiar arte en las mayores universidades y los mejores museos del mundo siempre había estado fuera del alcance de Bristol, una estrella en el cielo que centelleaba y la tentaba. Un objetivo elevado reservado para otros, no para ella. El amor de Bristol por el arte era diferente del de su padre. Su pasión no estaba en la creación de arte sino en estudiar su historia. Sus giros, vueltas, genios y resiliencia; su continuidad, y la forma en que seguía reinventándose una y otra vez sobre los cimientos de lo que había habido antes. Era como seguir un mapa del tesoro que revelaba las mentes, aspiraciones y maquinaciones de milenios.

Bristol sabía que no iba a estudiar arte ahí, por supuesto. Aquello era más como asistir como oyente a una única clase que ser una estudiante enrolada a tiempo completo, y lo que fuese que aprendiese era muy probable que no tuviese ningún uso real en su mundo.

Aun así, sintió un escalofrío de emoción mientras contemplaba la

antigua institución feérica. La Universidad de Ceridwen era una maravilla arquitectónica. Fusionaba por arte de magia los estilos de las distintas épocas. Utilizaba torres góticas, fachadas esculpidas, escaleras flotantes, columnas enormes, mampostería extravagante, e intrincadas ventanas emplomadas que centelleaban contra un cielo de un color cerúleo. La dejó sin aliento. ¿De dónde habían salido estas ideas de diseño? ¿De su mundo? ¿O del de ellos?

—Parece como un matrimonio mágico entre la Sagrada Familia y Notre Dame —comentó Bristol.

—¿Estudias arquitectura? —preguntó Ivy, mientras caminaba al lado de la joven por el centro del camino que conducía hasta la entrada.

—No exactamente —repuso Bristol. Aunque sí que estudiaba arte, y la arquitectura era arte en la misma medida que la pintura, la escultura, los libros o cualquier otra cosa. Era el producto de la historia, la moda, la política, los sueños y la imaginación. Revelaba a las personas, tanto vivas como muertas. El propósito y el placer eran su cemento—. Pero cualquiera puede ver que es un edificio extraordinario.

—Me alegro de que lo aprecies. Estamos bastante orgullosos de él por aquí. La universidad atrae a feéricos de todos los reinos de Elphame. —Ivy guio a Bristol por debajo del enorme arco de la entrada.

El interior era igual de impactante. Caminaron por un amplio claustro descubierto que daba a unos jardines preciosos. Unos suelos de mármol con mosaicos e intrincadas incrustaciones florales decoraban el camino como alfombras grandiosas. Por los pasillos silenciosos se cruzaron solo con unos pocos estudiantes; la mayoría debía de estar en clase.

Bristol sintió un revoloteo en el estómago. Todavía le costaba creerse que estuviera ahí. «¿Para prestar un servicio que no era ni inapropiado ni ilegal?». Sonrió al recordar la extraña frase del señor Dukinnon. Ella le habría dado un jodido riñón por ese boceto. Cualquiera lo habría hecho. Iba a cambiar la vida de sus hermanas.

Y pedirle que encontrase una puerta y asistiese a unas cuantas clases a cambio de que Tyghan la ayudase a encontrar a su padre era bastante poco que pedir. Había hecho un buen trato.

Mientras caminaban por un pasillo y después por otro, Ivy le contó la historia de la universidad y de la divinidad que le daba nombre: la diosa de la inspiración. Ivy le recordaba a una guía de museo, serena y confiada; nada que ver con la nerviosa joven que llevaba la bandeja de pasteles en la posada. Aquí, su papel era el de guía del palacio y embajadora, además de ser la encargada de recibir a los invitados. Había sustituido el almidonado uniforme azul de la posada por un vestido verde pálido tan delicado y fino que parecía pintado sobre ella. Sus alas negras fluían a su espalda como una elegante capa de encaje, una que en ocasiones revoloteaba mientras hablaba. Bristol estaba sorprendida por lo deprisa que se había acostumbrado a aquellas rarezas… Cosas como alas y las preciosas escamas iridiscentes que enmarcaban el rostro de Ivy. O a lo mejor su *shock* inicial había acabado con toda la sorpresa que podía sentir, y la fiesta de la noche anterior había rematado la faena.

—Es esa puerta del final —anunció Ivy cuando giraron por otro largo pasillo—. Las otras ya están ahí.

—¿Otras?

—Las otras reclutas. Cinco en total. Ellas también acaban de llegar a Elphame.

Ivy pasó a explicar que la orientación e instrucción inicial solo duraba dos semanas. O bien mostrabas potencial y pasabas al siguiente nivel de entrenamiento, o bien te mandaban a casa. A Bristol se le comprimió el pecho al recordar la promesaque le había hecho a Harper. ¿Qué pasaría si todavía no había encontrado a su padre para entonces? ¿Podían mandarla a casa de todos modos? Necesitaba hacerse valiosa, deprisa.

—Aquí estamos —dijo Ivy. La condujo al interior de una sala y le hizo un gesto para que tomase asiento. Había al menos trescientos ahí… Es decir, trescientos asientos disponibles. Ocupados había solo cinco en primera fila. Los pasos de Bristol reverberaron por el amplio

espacio. Tomó asiento al lado de las otras.

La sala no tenía nada que ver con los atestados contenedores portátiles de la escuela de formación de Bowskeep, que crujían cada vez que alguien se movía y tenían techos con manchas de humedad a los que llegabas con solo estirar el brazo. Aquí, las seis reclutas eran meras motas en una sala cavernosa. No había forma de tocar los techos, a menos que pudieses volar. Bristol miró con discreción a sus compañeras reclutas y se preguntó si esa era una posibilidad.

A ambos lados de ellas, se alzaban cuatro imponentes pisos llenos de estanterías con libros. Unas altas ventanas emplomadas inundaban el interior de suaves rayos de luz, y en las zonas más altas, multitud de motas de polvo danzaban en sus estelas. Bristol guiñó los ojos. O tal vez fuesen duendecillos como los que ella había espantado en el puente. Por todos los demonios, esperaba que no.

—Vuestra instructora llegará pronto —explicó Ivy—, pero primero dejad que os presente. —Hizo un gesto hacia la recluta del extremo de la fila—. Esta es Julia, una catedrática de renombre que se ha jubilado hace poco de la Universidad de París.

Bristol miró con atención a la elegante mujer con el pelo veteado de gris recogido en un moño francés. Tenía una actitud regia y segura de sí misma, como si nada de aquello fuese nuevo para ella. Ivy siguió por la fila para presentar a Rose la siguiente, una pianista de conciertos de dieciséis años procedente de Londres. «¿Con solo dieciséis años?», pensó Bristol. «¿Empezó a tocar el piano de bebé o qué?».

A continuación vino Avery, una estudiante de posgrado originaria de Iowa que estaba trabajando en su máster en Agricultura. A su lado estaba Sashka, una gimnasta olímpica alemana de veinte años, y, por último, Hollis, una profesora de inglés que trabajaba en un instituto de Seattle y tenía el pelo largo, rizado y rosa, del tono del algodón de azúcar.

Bristol trató de no encogerse cuando la presentaron, aunque Ivy fue positiva sobre sus atributos y elogió sus habilidades como encargada y repartidora en La Pizzería de Sal, lo cual solo la hizo

sentirse aún más incómoda. La formación de las otras era muchísimo mayor que la suya.

—Y eso es todo —terminó Ivy con voz alegre—. Bienvenidas. Vuestra instructora llegará enseguida. Sentíos libres de charlar entre vosotras hasta entonces. Cuando se excusó para ir a encargarse de otras labores de palacio, el grupo intercambió unos cuantos «holas» educados. Todo el mundo se mostraba reservado, excepto Sashka que estaba eufórica por la asombrosa bandeja de desayuno que había llegado a su habitación esa mañana.

—Las tartaletas de crema de frambuesa estaban para desmayarte. ¡Me comí tres! —Se llevó una mano al corazón y puso los ojos en blanco con dramatismo mientras hablaba de cada cosa del menú—. ¡Y después está mi sala de baño! Tenía…

La interrumpió la llegada de una mujer alta y elegante cuyos zapatos de tacón repiqueteaban sobre el suelo pulido. Bristol calculó que la mujer estaba en la cincuentena. Su sedoso pelo plateado fluía hacia múltiples moños poco apretados alrededor de la cabeza, con unos cuantos mechones sueltos de manera estratégica. Mientras caminaba hacia el atril en la cabecera de la sala, los ojos de la mujer se posaron en cada una de ellas durante unos segundos. Bristol le ofreció una leve sonrisa cuando sus ojos se cruzaron, pero la mujer solo respondió con un asentimiento breve. Su expresión era decididamente distante, como un supervisor en un examen estatal consciente de que algunos de ello§, suspenderían.

—Buenos días —saludó—. Soy madame Dahlia Chastain. —Su voz sonaba fría y objetiva—. Soy una de los miembros principales del Consejo de Danu, nombrada Bruja Suprema de esta nación, y la mayor autoridad en hechizos, encantamientos y curas. Dejaré a un lado otras formalidades y bienvenidas porque, francamente, no tenemos tiempo para ellas. Vayamos directas a la razón por la que estáis aquí: Elphame está siendo atacada.

Ya tenía la atención de todo el mundo, pero su última afirmación fue como un viento brusco en una vela, y todas se pusieron firmes. Explicó que un monstruo había abierto una puerta por medio de un

talento que antaño era tan común como el polvo.

—Ahora, por desgracia, es un talento muy escaso por estos lares —continuó—, razón por la cual os hemos reclutado a vosotras del mundo mortal. Puesto que ese talento no se ha necesitado durante muchísimo tiempo, dejó de estar de moda, por decirlo de alguna manera, pero ahora la necesidad es inmensa. Esperamos que una de vosotras, o todas, tengáis esta habilidad sin desarrollar en vuestro interior, lo cual nos permitiría volver a cerrar esa puerta. En realidad, es así de sencillo.

Por supuesto, no era tan sencillo. Y eso también lo explicó. Para cerrar la puerta, primero había que encontrarla. Esa era la parte difícil.

Bristol no entendía qué tenía que ver su labor como repartidora de *pizzas* con esto. Llevar una *pizza* a la puerta de alguien era fácil, pero sí, primero tenías que saber dónde llevarla. A ella le habían dado un montón de direcciones erróneas o incompletas, con números cambiados o mal anotados, pero se limitaba a llamar a la pizzería o al cliente otra vez para obtener la dirección correcta. Eso era todo.

—Hasta ahora no hemos sido capaces de localizar la puerta —continuó madame Chastain—, puesto que la puerta, por supuesto, es invisible. Como lo son la mayoría de los portales.

Bristol apretó la espalda más fuerte contra el respaldo de la silla.

«¿Invisible? ¿Cómo la que he cruzado para llegar hasta aquí?». Bristol no trabajaba con cosas invisibles.

Las otras reclutas estaban asintiendo.

Sus rasgos únicos adquirieron ahora un nuevo significado para ella. Los cuernos incipientes que brotaban de entre los rizos negros de Sashka; su sedosa piel azul mariposa; las pupilas verticales de Julia; la corona de ramitas y musgo de Avery, que crecía de su pelo trigueño. Incluso las dos reclutas que no tenían rasgos feéricos claros (Rose, la pianista, y Hollis, la profesora) asintieron con las otras. Todas comprendían quiénes eran y lo que era ese mundo.

Bristol enroscó los dedos de los pies dentro de sus zapatos. Por

supuesto que estaban asintiendo. Pertenecían a ese lugar. No se amilanaban a cada mención de cosas como talentos ocultos y puertas invisibles.

Deseó haberse sentado al fondo de la sala. Ella no era una gimnasta, ni una erudita, ni una campeona. Cuando no estaba anotando pedidos detrás de un mostrador, fregando cerveza derramada o zanjando alguna pelea ocasional, estaba repartiendo *pizzas* en bici por un pueblo pequeño; su vida en una pausa perpetua, a medio camino entre sus sueños y la realidad mientras trataba de mantener a sus hermanas a flote. Su conexión con el mundo feérico era floja en el mejor de los casos: un padre que había caído por un portal de bebé y tampoco había pertenecido a ese lugar.

Bristol ni siquiera había sido capaz de cruzar el primer portal a Elphame sin desmayarse. Una intensa vergüenza se apoderó de ella. ¿Qué idea descabellada podía haber hecho que Eris, Tyghan o incluso madame Chastain creyesen que podría encontrar y cerrar una puerta invisible que ni siquiera ellos podían encontrar? Y quizás lo más importante…

Hollis, la profesora de Seattle, dio voz a la pregunta que se estaba formando en la cabeza de Bristol. Además, la tranquilizó un poco, pues parecía que esas reclutas quizás también fuesen novatas en aquel mundo.

—¿Qué tiene de terrible esa puerta para que necesiten que la cerremos? ¿Y por qué creen que nosotras seremos capaces de hacerlo?

La Bruja Suprema salió de detrás del atril.

—Me alegro de que lo hayas preguntado. Primero, debemos volver al principio.

Y entonces empezó la clase de verdad.

La mano de madame Chastain se extendió hacia fuera en un movimiento circular y, en el mismo instante, una neblina fría y revuelta empezó a reptar por el suelo hasta engullir las patas de las mesas, a las reclutas e incluso a la mayor parte de la instructora.

Subió rodando por las paredes y se deslizó por el lejano techo mientras ella continuaba hablando. Bristol se quedó muy quieta, hipnotizada, a medida que emergían figuras de la neblina. «Dioses», los llamó madame Chastain y, mientras ella hablaba, continuaron llenando la sala. Caminaban por delante de Bristol y las otras, al tiempo que su antigua historia se desarrollaba a su alrededor.

—Cuando la creadora Danu envió a sus hijos al mundo para adquirir conocimientos, primero los envió a las cuatro islas místicas de Fálias, Gorias, Murias y Findias para que aprendiesen con los más brillantes poetas, filósofos, artesanos y hechiceros. Esos magos les enseñaron a los hijos de Danu ciencia, arte, magia y la poderosa sabiduría de la tierra y las estrellas.

Bristol observó cómo un dios joven transformaba a otro en un cisne, y cómo una diosa hacía que el anodino canto rodado que sujetaba en la palma de la mano explotara de luz y cada chispa se convirtiera en una estrella en los cielos.

—Cuando los hijos de Danu sabían lo mismo que sus profesores, partieron con tesoros que los ayudarían en sus nuevas vidas. Desde Fálias llegó la Piedra del Destino, para declarar a nuevos reyes y reinas que gobernarían el mundo. De Gorias llegó la Lanza de Lugh, que hacía que su portador venciese en las batallas. De Findias llegó la Espada de Luz, que asestaba solo golpes mortales. Y de Muñas llegó el Caldero de la Abundancia, para que los hijos de Danu no pasaran hambre nunca.

»Pero había un quinto tesoro, creado por la madre diosa en persona, el único talismán de creación, el Ojo de Danu, una aguja dorada que Danu le dio a su amada hija, Brigid, para que pudiese tejer un camino de un mundo a otro. Un portal.

Bristol vio cómo la diosa conducía a los otros a través de una neblina gris hasta una orilla rocosa, donde se pusieron manos a la obra: araron, recogieron hierbas medicinales y construyeron sus nuevas vidas.

—Pero el mundo también estaba habitado por dioses marinos, y estalló la guerra. Se ganaron batallas, se derramó sangre, una y otra

vez, hasta que los dioses se cansaron de luchar.

Bristol observó, cautivada, mientras los dioses se reunían alrededor de una hoguera para calentarse las manos. Sintió que el fuego caldeaba sus propias mejillas.

«Vienen más», dijo Brigid. «Mortales, esta vez. Oigo sus remos rasgar el agua. Llegarán pronto».

«Estamos preparados», repuso Dagda, que asintió en dirección a Brigid, pues ya habían trazado un plan.

«Estoy cansado del derramamiento de sangre», intervino Nuada.

«Debemos luchar esta última vez», le dijo Dagda. «O no la considerarán una victoria honorable y nos perseguirán hasta el siguiente mundo. Dejad que los ojos de los mortales se velen de victoria esta vez, para que no vean nuestro engaño».

Bristol seguía ahí sentada, fascinada por el devenir de la historia. «Un truco, un engaño».

—La batalla salió como estaba planeado —continuó madame Chastain—, los mortales reclamaron la victoria, junto con la tierra. Luego sentenciaron a los dioses a vivir debajo de ella. Los dioses, sin embargo, no estaban dispuestos a que los desterraran a meras madrigueras de conejo. Brigid utilizó el Ojo de Danu para dividir los mundos: el primero reservado a ellos y a otros seres mágicos, y un portal a un segundo mundo en el que vivirían los mortales. La paz llegaría por fin.

»El mundo de los dioses creció en fuerza, belleza y conocimientos, ahora que ya no estaba obstaculizado por la lacra de la guerra. Más adelante, cuando Danu los llamó para que volviesen a casa a la Tierra Prometida, Brigid se pinchó el dedo con la aguja de Danu y acercó una gota de sangre a los labios de tres bebés del pueblo. "Estas hijas y las hijas de estas hijas tendrán, como yo, el poder de viajar entre los mundos, para crear portales y cerrarlos. El poder que me otorgó mi madre, Danu, se lo paso a ellas y a nadie más".

»Cuando se marcharon, los dioses solo dejaron atrás el Caldero de la Abundancia y la Piedra del Destino. A lo largo de los siglos, las

marcadas con la sangre de Brigid se multiplicaron y extendieron por todo Elphame. Creaban portales para cualquiera que pidiese uno, hasta que llegó un momento en que los portales eran tan abundantes que los mortales caían sin querer dentro del mundo feérico con la misma frecuencia que si fuese el suyo propio. Los problemas empezaron de nuevo. Para solucionarlos, los doce reinos de Elphame se reunieron y convinieron que debían cerrarse todos los portales excepto cien, y que no debían abrirse portales nuevos, por el bienestar de todos. Y así fue durante generaciones. Ya no eran necesarias las marcadas por la sangre de Brigid, por lo que el don se fue perdiendo.

La neblina retrocedió. Las paredes y los suelos volvieron a su estado anterior.

—Entonces, ¿no queda nadie con la marca de sangre? —preguntó Sashka.

—Hay al menos una persona —repuso madame Chastain—. La bestia de las Tierras Oscuras es la última conocida y, aunque el rey Kormick lo niega, utiliza a la bestia para aterrorizar a Elphame y obligarlo a someterse, antes de la inminente Ceremonia de la Elección.

La instructora explicó entonces que una vez cada siglo, la Piedra del Destino elige a un nuevo rey o reina para supervisar los doce *reinos de Elphame*. La siguiente ceremonia sería dentro de menos de tres meses, y Kormick estaba utilizando a escondidas el poder de la bestia para abrir un portal letal que Brigid había cerrado hacía mucho tiempo.

—Conduce a un ejército inagotable que da la casualidad de que ataca cualquier reino que desafíe a Kormick, quema pueblos y mata a cualquier cosa o persona que se interponga en su camino. En consecuencia, ocho reinos ya han cedido a sus demandas, y el resto están a punto. Ninguno se atreve a desafiarle en la próxima Ceremonia de la Elección.

—¿Excepto la Nación Danu? —preguntó Bristol.

—Correcto. Aunque es una batalla que ni siquiera nosotros

podemos seguir librando mucho tiempo, en especial ahora que Kormick ha capturado al hermano mayor de Tyghan, *el* rey Cael. Por eso está actuando ahora Tyghan de rey. Kormick ha declarado que el secuestro se produjo como represalia por la interferencia de Danu en sus asuntos, y ha prometido devolver a Cael después de la Ceremonia de la Elección… siempre y cuando Danu no le desafíe. Si Danu opone resistencia, Cael perderá la cabeza.

Bristol se grabó toda esa información nueva y empezó a ver la ira de Tyghan bajo una nueva luz. Su impaciencia tenía más sentido ahora. Su hermano era el rehén de un tirano despiadado.

—¿Por qué querría Kormick negar que es el responsable de abrir el portal? —preguntó Hollis.

—Porque es espantoso. ¿Por qué niega cualquier gobernante déspota sus viles métodos de conquista? Quieren proyectar una imagen pública de virtud, pero en privado se deleitan en su genio cruel, porque el poder absoluto es su premio final.

Julia frunció el ceño.

—Pero ¿la Piedra del Destino elegiría a un gobernante como Kormick?

—En ausencia de un buen líder que dé un paso al frente, siempre debe destinar a alguien para liderar.

—¿Qué tipo de ejército es inagotable? —preguntó Rose.

—Uno de muertos vivientes —respondió madame Chastain—. Una plaga de demonios que deambulaba por este mundo antes de que Brigid los desterrara al Abismo. Son los peores feéricos, mortales y monstruos en muchos milenios, sus espíritus largo tiempo muertos aún ansiosos por provocar tumultos. Fabrican cuerpos en su mundo oscuro como herramientas para sembrar su caos, después surcan los cielos montados en sus bestias aladas. Como es obvio, podemos destruir esos cuerpos en batalla, y lo hacemos, pero los demonios no hacen más que regresar con cadáveres reanimados para dejar aún más terror a su paso.

Bristol se echó atrás en su silla. ¿Espíritus demoníacos del infierno a los que no podían matar?

Un denso silencio cayó sobre la sala al comprenderlo.

Esa era la puerta que debían cerrar.

«La letra pequeña», pensó Bristol. «Lee siempre la letra pequeña».



CAPÍTULO 25



La rotonda de Lir estaba en penumbra, iluminada solo por una única antorcha titilante. Dalagorn y Quin vigilaban la entrada, mientras Olivia y Esmee estaban pendientes de sombras indeseadas.

—¿Quién es Willow?

El *sheriff* todavía estaba resollando después de su cabalgata. Años de conducir un sedán le habían desacostumbrado a los rigores de ir montado en una bestia. Quin y Cully habían montado toda la noche para ir en su busca. Tyghan se inclinó hacia él y volvió a preguntarle lo mismo.

—¿Quién es Willow?

El *sheriff* frotó con nerviosismo sus gruesas manos tensas por su barriga. No había vuelto a Feera desde hacía años, y no había estado en la corte nunca, mucho menos para ser interrogado por un miembro de la realeza. Y aunque era un ogro el doble de grande que Tyghan, la situación le perturbaba. Tosió, con la esperanza de que alguien le ofreciese un trago de la bebida que veía en la mesa. Recordaba que el dulce vino de los pixies era divino.

Kasta le sirvió un vaso y lo plantó de malos modos en su mano nudosa.

El hombre bebió un sorbo rápido.

—¿Willow? Nunca se lo he preguntado, la verdad. Sospecho que es una banshee, un hada plañidera. De esas que lloran a los

muertos. Siempre está deambulando por el valle, pero no causa problemas. Deja flores silvestres en las puertas de la gente. A la mayoría de los habitantes del pueblo les gusta, así que…

—Willow le dijo a Bristol Keats que su padre seguía vivo. Que vio cómo unos trows se lo llevaban.

—No. No. Imposible. —El *sheriff* se dio unos golpecitos en la cabeza—. Willow no está del todo bien a veces. Los únicos que se llevaron al padre de Bristol fueron los de la limpieza. Directo a la morgue.

—¿Tocaste el cuerpo? —preguntó Eris.

—¿Tocarlo? ¿Quieres decir que si comprobé el pulso? No necesitaba hacerlo. Estaba en muy mal estado.

Tyghan se acercó aún más a él.

—¿Estás seguro de que era un cuerpo? ¿Su cuerpo?

El *sheriff sabía* lo que eran los encantamientos, el *glamour*. El mismo lo utilizaba para encajar. Y veía directamente a través cuando otros feéricos pasaban por el pueblo. Si es que hacía el esfuerzo, claro está. La mayoría de los días no hacía falta. No le importaba si la gente era feérica o mortal, siempre y cuando se comportasen en Bowskeep. Pero si utilizaron algún otro tipo de conjuro…

Se le pusieron los ojos vidriosos al recordar el accidente, lo brillante que había sido la sangre, cómo algo en ella no parecía del todo correcto… Pero había pensado que solo se debía al sol en sus ojos. Y después estaban esos conductores de la morgue del condado a los que no conocía. Unos tipos extraños. Pero él había estado consternado. Logan Keats le había gustado, y esas pobres chicas acababan de perder a su madre. Había estado pensando, sobre todo, en cómo les iba a dar la noticia, no en tocar un cuerpo muerto. Pero… recordaba haber observado cómo se alejaba el furgón de la morgue, lo silencioso que iba, lo deprisa que había desaparecido al otro lado de la curva. Y después estaba lo del informe de la autopsia que no llegó nunca. Había tenido la intención de investigarlo.

Apuró el final del vino, consciente de que se había tragado el engaño. *Trozos*. Nunca le habían gustado, pero ¿a quién sí?

Los ojos del rey le taladraban. Había oído de lo que eran capaces los semidioses, las cosas en las que podían convertirte con un mero pensamiento. No quería marcharse de ahí en forma de mosca.

—En cuanto a ese cuerpo…, podría haber estado equivocado.



«El truco trow más viejo del mundo», masculló Tyghan mientras se llevaban al *sheriff*. Simular cuerpos heridos a un lado de la carretera era su táctica de emboscada estándar.

Una vez se hubo marchado el *sheriff y la* puerta estuvo cerrada, se volvió hacia los otros que estaban sentados a la mesa.

—Está aquí, en algún sitio de Elphame. Kierus está aquí. Vivito y coleando.

Se produjo un silencio largo mientras todo el mundo sopesaba lo que eso significaba, mientras recordaban lo habilidoso que era Kierus recorriendo el terreno, los favores que podía pedir. Recordaron también lo que era capaz de hacer, y todas las formas en las que habían ayudado a entrenarle.

—Conoce las Tierras Salvajes tan bien como cualquiera de nosotros —se lamentó Cully—. Y si le están ayudando los trows, jamás le encontraremos.

—Esos asquerosos trows —maldijo Quin—. Los tiene comiendo de su mano como ratas entrenadas.

—Cosa que hubo un tiempo que encontrábamos útil —les recordó Eris—. Y veneraban su título, al igual que hacían sus compañeros caballeros cuando se lo dieron.

—Le prometiste a Keats que la ayudarías a encontrar a su padre —dijo Glennis—. ¿Y ahora qué?

Todo el mundo esperó a ver qué haría Tyghan. Aquello lo cambiaba todo.

—Mi promesa sigue en pie —declaró—. La ayudaré a encontrar a su padre, pero nunca dije nada de lo que le haría cuando le

encontrase.

Los caballeros asintieron con expresión aprobadora, contentos por la venganza que veían en sus ojos. El juramento roto por Kierus ardía dentro de todos ellos.

Kasta se dio unos golpecitos en los labios con un nudillo.

—Pero ¿por qué querría arriesgarse? ¿Por qué volver?

Otro silencio largo.

—Porque ella ha regresado —repuso Tyghan—, Nos han informado de cuatro avistamientos y la puerta del Abismo se ha abierto de nuevo. Kierus ha vuelto por Maire.



Se dieron órdenes. Debían encontrar todas las guaridas de trows fuera de la ciudad. Y debían buscar a todos los trows de la ciudad para interrogarlos.

—Id a la calle Mugwort primero. Mae le dijo a Keats que había un nido de trows ahí. Matadlos si no os gusta lo que os cuentan. Dejad que sea una lección para los demás. Queremos respuestas.

Una vez despachados los caballeros, Eris agarró a Tyghan del brazo y le habló con un tono tan cortante como extraño.

—Espera, ¿vas a dejar que esa orden siga en pie?

—¿Qué opciones tengo? Él está aquí, y los trows son unos asesinos maliciosos confabulados con él.

—Eso no lo sabes con certeza —dijo Eris—, No dejes que la oscuridad decida quién y qué quieres ser.

—La oscuridad siempre ha sido la que decide.

—Eres uno de los dioses.

—Un descendiente, Eris. Eso es todo. Soy solo su sombra lejana.

Eris bufó y levantó las manos.

—La sombra de un millar de dioses. Ya no sientes tus poderes, Tyghan, pero controlas el sol y la lluvia, la tierra y el viento. Eres más poderoso que tu hermano, y también más sabio. Deberías

haber sido rey desde el principio. Todo el mundo lo sabe.

—Sea lo que sea lo que *crees* que sabe todo el mundo, el rey fomoriano tiene los mismos poderes que yo. Y él tiene monstruos formidables en sus filas. Mientras que yo tengo un número finito de soldados, su ejército es ahora incontable, lo cual significa que su poder es mayor que el mío, de lejos.

—La grandeza implica mucho más que el simple poder. La grandeza está en cómo lo usas.

—¿De verdad, Eris? El tiempo corre y hay un hacha levitando sobre el cuello de todos nosotros. Mira mis opciones. No tengo tiempo para la grandeza.



CAPÍTULO 26



Avery fue la primera en hablar y preguntarle a madame Chastain lo obvio.

—¿Será peligroso para nosotras cerrar la puerta del Abismo?

—Para eso es el entrenamiento. Tendréis al mejor equipo del mundo para protegeros, pero aun así, necesitaréis algunas habilidades básicas propias. No queremos que muera ningún caballero debido a errores tontos.

«¿Y también las reclutas?», pensó Bristol. Esperaba que su «mejor equipo» fuese lo bastante bueno.

La Bruja Suprema pasó al siguiente punto, aún con prisas.

—Veamos qué habilidades tenéis ya. He oído que algunas de vosotras sois cambiaformas.

Julia hizo un gesto con la mano.

—Un gato. —Bristol enseguida constató que «gato» era quedarse muy corta. Al principio, Julia se transformó en un gato doméstico normal y corriente, pequeño, blanco y lustroso, su maullido mono e inofensivo. Pero entonces continuó creciendo, su pelo blanco se volvió más denso, sus patas se volvieron enormes y le salieron garras, hasta quedar convertida en una leona grande y letal. Los suelos de madera crujieron bajo su peso mientras giraba en torno al atril, columpiando la cola por el aire. Se detuvo a medio paso para emitir un rugido atronador y mostrar sus afilados colmillos letales,

después volvió a su asiento y a su forma anterior.

—Por aquí un halcón —dijo Rose, e hizo también una breve demostración. Estiró los brazos, que se transformaron en alas emplumadas, al tiempo que sus piernas se encogían y la chica se convertía en un halcón rojo con feroces ojos amarillos. Voló hasta una barandilla de uno de los pisos superiores, sobre la que se posó con comodidad antes de que madame Chastain le hiciese gestos para que volviera a bajar.

—Un ratón —dijo Hollis, pero miró con recelo a Rose y a Julia y optó por no hacer una demostración.

Sashka exhibió con entusiasmo su velocidad y su habilidad para saltar.

—Yo puedo ocultar con un encantamiento casi cualquier cosa —dijo Avery.

—El *glamour* puede ser una distracción útil, aunque es temporal. La mayoría de los feéricos verán a través de él sin apenas esfuerzo. ¿Y conjuros elementales?

Avery retiró una rama marchita de su frente.

—Unos pocos.

El resto asintió también, luego hablaron de lo que sabían, que a Bristol le pareció considerable. La Bruja Suprema, sin embargo, no parecía impresionada, los labios fruncidos en lo que parecía aburrimiento. Miró a Bristol un momento, a la espera de que ella compartiera sus dones, pero cuando permaneció en silencio, se limitó a negar con la cabeza y continuó con la clase.



A partir de ahí, las lecciones se volvieron secas y concisas.

Madame Chastain se lanzó a dar datos.

Bristol se enteró de que había cinco tipos de magia. La Bruja Suprema los anotó todos con una preciosa caligrafía florida sobre un velo ahumado que colgaba en medio del aire.

Magia innata: del tipo con la que naces.

Magia aprendida que debe practicarse.

Magia que se regala, la mayor parte en forma de amuletos.

Magia que no está anclada: salvaje, impredecible, pero, por suerte, escasa.

Magia oscura que se alimenta del usuario, el tipo más peligroso de practicar.

Descartó las últimas tres con una ráfaga de viento.

—Para nuestros propósitos, nos concentraremos en las dos primeras. Desarrollaremos vuestra magia innata y os enseñaremos magia sencilla que os ayudará a vosotras y a vuestro equipo. En el mundo mortal, vuestra experiencia con la magia fue limitada, así que repasemos las posibilidades.

Dijo que muchas de las magias innatas se concentraban alrededor de los elementos de tierra, aire, fuego y agua.

—Algunos feéricos tienen una afinidad natural por un elemento u otro; por eso, aquí en Danu, nos referimos a ellas como «magias afines». Kasta, por ejemplo, tiene afinidad por el agua. Puede conjurar neblinas, revolver los mares o incluso abrir las aguas de ríos con poco esfuerzo. —Explicó también otras afinidades, como las que algunos tenían con plantas y con animales, y cómo unos pocos feéricos habían sido agraciados con múltiples afinidades, lo cual los hacía especialmente poderosos. Los comparó con los viejos dioses.

Otros puntos fuertes de los feéricos estaban en áreas tales como las artes orales, lo cual les permitía recitar bibliotecas de historia enteras de memoria. Y después estaban los hobs, cuyo poder recaía en su entusiasmo sin límites por el orden y la limpieza y por evitar que los reinos se sumieran en el caos a diario. Mantenían el palacio impecable, en ocasiones para irritación de los otros feéricos, que preferían cierto grado de desorden. Algunos feéricos también tenían

los sentidos aumentados. Los élficos, en particular, tenían más agudeza que la mayoría, y podían ver y oír desde grandes distancias. Percibían los detalles más pequeños que a los demás se les pasaban por alto.

Bristol comprendía ahora por qué Tyghan se enojaba ante la idea de clasificar a los feéricos como rocas.

Madame Chastain pasó después a describir rasgos que salían a la superficie de manera aleatoria.

—La capacidad para cambiar de forma, por ejemplo —dijo—, es un rasgo relativamente inusual. Solo un pequeño porcentaje de la población feérica lo tiene. Yo, por ejemplo, no lo tengo. Somos muy afortunados de tener a tres aquí en nuestras filas. —Asintió en dirección a Julia, Rose y Hollis—. Eris escogió bien.

Cuando miró a las tres reclutas restantes, sus ojos se demoraron en Bristol más tiempo que en las otras y la mirada coincidió con un parpadeo largo y lento. Bristol estaba segura de que la coincidencia no había sido un accidente.

—Ahora, veamos qué habilidades podemos encontrar y desarrollar dentro del resto de vosotras.

Con unas pocas palabras, nombró unos libros de las estanterías superiores, los cuales bajaron volando hasta su atril como pájaros ansiosos atraídos hacia un plato de alpiste y las páginas revoloteando como alas.

—Los *Grimorios de Danu* —los llamó, con una entonación reverente—. Contienen los antiguos hechizos, las pociones y los secretos que trajeron los dioses desde las islas Místicas, y las artes mágicas creadas por generaciones de practicantes desde entonces. —Agitó la mano de manera casual por el aire y las páginas pasaron obedientes hasta que las ordenó parar. Luego, con un gesto rápido de los dedos, impulsó los libros uno a uno hasta que se posaron delante de las impresionadas reclutas.

«Por esto la llaman la Bruja Suprema de Danu», pensó Bristol. La magia le llegaba sin ningún esfuerzo. Por curioso que pudiera parecer, aparte de cuando desapareció en la posada, Bristol no había

visto a Tyghan hacer nada de magia en absoluto.

Avery levantó la mano.

—¿Estos talentos los tienen solo los feéricos?

—Sí, por supuesto —respondió madame Chastain—. Ninguna de vosotras estaríais aquí si no corriese sangre feérica por vuestras venas, y el consejero Dukinnon cree que todas tenéis muchas posibilidades de llevar también la marca de sangre. No obstante, hará falta bastante trabajo para sacar a la superficie un talento enterrado muy profundo y considerado inútil durante siglos.

Un escalofrío lento discurrió por debajo de las costillas de Bristol. Fue algo parecido al pánico.

«Cree que soy feérica».

Los labios de madame Chastain siguieron moviéndose, pero Bristol solo percibía un rugido sordo en los oídos. ¿Cómo podía haber cometido la bruja un error tan descomunal? Tyghan sabía que su padre era mortal, y su madre había nacido en un pueblecito, con una familia despreciable que apenas sabía cocinar huevos revueltos, no digamos ya realizar un conjuro. Tenía que haber sido el señor Dukinnon el que la había confundido. A lo mejor él creía, de manera errónea, que como su padre había crecido en Elphame, también era feérico…

¿Debería Bristol confesar y hacerles ver su error? Pero las consecuencias…

«Sabemos dónde vives».

¿Les quitarían el boceto de Da Vinci que estaba permitiendo a sus hermanas pagar las facturas? O peor aún, ¿la enviarían de vuelta de inmediato sin la oportunidad de buscar a su padre?

Sopesó los pros y los contras. Eran ellos los que se habían equivocado, no ella. Ella había hecho un trato de buena fe y no dejaría que los errores que habían cometido ellos la enviaran de vuelta sin haber empezado su misión siquiera. Se sacudió el pánico de encima, se serenó y empezó a escuchar como si cada palabra fuese aplicable a ella, como si toda la magia y la historia le resultasen familiares, al tiempo que asentía en los momentos

indicados. Un engaño sencillo.

Podía hacer esto. Al menos hasta encontrar a su padre.



CAPÍTULO 27



Tyghan se puso el uniforme para reunirse con sus caballeros.

«Kierus. El padre de Bristol. Está aquí».

Todavía lo estaba asimilando. Debería haberlo visto venir, después de que Kierus pusiera el plan de ambos y a Elphame patas arriba para salvar a Maire. Su *plan fallido*.

Tyghan no recordaba de quién había sido la idea, si se le había ocurrido a él o a Kierus. Los dos habían estado tan tensos como la cuerda de un arco, borrachos de vino pixie, intentando olvidar un día horroroso y a los muertos desmembrados que habían tenido que dejar atrás, por no mencionar la violenta diatriba que había provocado en Cael. «¡Por todos los demonios del infierno, encontrado cómo detener a este monstruo! ¿De qué sirve tener un ejército de caballeros si no hacen más que fracasar?». Eso había empujado a Tyghan y a Kierus a encontrar consuelo en un *pub* de la ciudad para hablar sobre los rumores. Se decía que la bestia era espantosa, pero también una belleza sin par, con lustroso pelo hasta las rodillas. Sin embargo, en lo que todo el mundo estaba de acuerdo era en que tenía una reputación y sentía debilidad por los amantes mortales.

«Mira, yo soy mortal y estoy dispuesto», había dicho Kierus.

Tanto Tyghan como Kierus se habían echado a reír, pero ninguno había pensado que fuese una oferta hueca. Además de ser mortal,

Kierus era uno de los preferidos en la corte de Danu, un guerrero encantador y de una destreza extrema que podía desarmar tanto a amigos como a enemigos. Todos los feéricos de Danu le llamaban a su lecho de muerte para otorgarle bendiciones, talentos y amuletos raros. Eso le había hecho más poderoso que cualquier mortal e incluso que muchos feéricos. Y él también tenía una reputación. No cabía duda de que la bestia de las Tierras Oscuras, como ya se la empezaba a conocer en las tierras bajas, le vería como un desafío tentador. El riesgo, claro estaba, era que la mayoría de sus amantes acababan muertos cuando se cansaba de ellos.

Juntos, con los párpados pesados y palabras farfulladas, trazaron un plan, mientras sus compañeros caballeros escuchaban desde la mesa de al lado. Al final, Kasta había pagado la cuenta y Dalagorn, Glennis, Cully y Quin los habían cargado sobre sus hombros para llevarlos a casa. Lo sorprendente fue que, a la brillante luz de la mañana, incluso con el palpitante dolor de cabeza que ambos sufrían, el plan había seguido pareciendo factible. Podía funcionar. Kierus atraería a la bestia de las Tierras Oscuras a un punto de encuentro secreto. Un mortal nuevo al que añadir a sus conquistas sería una tentación demasiado grande para ella. El resto, seducirla y matarla, sería la parte fácil.

Al menos eso era lo que Tyghan había creído.

Después de aquello, empezó a creer en otras cosas. Cosas que tenían que ver con la duplicidad. Y con que quizás no hubiese nadie en quien uno pudiese confiar de verdad.



CAPÍTULO 28



—«¿Durante cuánto tiempo podré fingir?», se preguntó Bristol. «Durante todo el tiempo que haga falta».

Miró a las otras reclutas e imitó sus expresiones para encajar bien. Se sintió aliviada cuando llegaron otros instructores para ocuparse de las clases de la tarde; así podía escapar del agotador escrutinio de madame Chastain.

Olivia era una hechicera alta y delgada con impecable piel marrón oscura, pómulos altos y el pelo largo trenzado con hilo de cobre. Su voz era hipnótica, grave y dorada como la miel, más tranquilizadora que la de madame Chastain, su mirada mucho menos penetrante.

Esmee, su compañera, también era más cercana. Una bruja bajita y con curvas, con pálidas mejillas pecosas, sonrisa rápida y bucles castaños claros dispuestos de cualquier manera sobre la cabeza. Pajarillos diminutos, no más grandes que una nuez, entraban y salían del pelo como si fuese un nido.

Tanto Olivia como Esmee eran miembros veteranos del Consejo, curanderas y expertas en la magia de Danu, sobre todo en encantamientos y pociones.

—Esperamos que ninguna de vosotras necesite nuestros servicios como curanderas —dijo Olivia—, pero estáis en las mejores manos si así fuera.

—Es un hecho —confirmó Esmee con su voz melodiosa—. No una fanfarronada.

Olivia estaba explicando una especie de temario cuando se abrió la puerta del auditorio.

—Aquí está —anunció—. Nuestro colega y vuestro otro instructor.

Bristol percibió sus malas vibraciones desde el instante en que entró en la sala, y no le hizo falta ninguna magia para ello, solo experiencia en las calles.

—Este es el maestro Reuben —las informó Esmee—. Él nos va a ayudar.

El maestro Reuben entró cargado con un gran morral cuadrado en cada mano. Los dejó en el suelo a su lado con una especie de ritual, de un modo lento y preciso. Bristol no estaba segura de si era un obseso del orden o si las bolsas contenían alguna sustancia explosiva. Cuando el hombre se enderezó para mirarlas, no habló de inmediato, sino que les dio tiempo para admirarle. La verdad era que resultaba una imagen bastante impactante, de un modo algo perturbador. Era alto y más bien delgado, un espantapájaros de ángulos afilados que su túnica holgada solo disimulaba en parte. Su lustroso pelo negro perfectamente peinado le llegaba hasta la cintura, y múltiples cadenas con cuentas engarzadas colgaban de su cuello. A Bristol le pareció que sus ojos hundidos eran lo más inquietante de todo. Duros y como los de un pájaro, con el blanco apenas visible.

Bristol hizo una mueca cuando el hombre forzó una sonrisa rígida en su rostro cetrino. Solo consiguió agriar aún más su aspecto.

—Estoy aquí para ayudar en vuestra instrucción —anunció—. Os dirigiréis a mí como maestro Reuben, puesto que soy el maestro alquimista de Danu. Soy un experto en vincular hechizos a objetos, y me especializo en amuletos de protección. —Hizo un gesto hacia los cientos de cuentas de plata, cobre y oro que adornaban su pecho—. Aunque ninguna de vosotras recibiréis ningún amuleto hasta que os lo hayáis ganado. Sin excepciones. —Se enrolló durante al menos diez minutos más, hablando del entrenamiento y de las reglas, pero en esencia, su mensaje decía «nadie os va a regalar nada hasta que aprendáis a protegeros». Bristol se fijó en que las otras reclutas se

movían nerviosas, y que a Julia solo le faltó poner los ojos en blanco.

Por suerte, Olivia se hizo cargo de la clase después y dijo que ese día trabajarían en sus habilidades de levitación.

—Empezaremos con el más simple de los hechizos, uno que incluso los meros mortales pueden aprender.

—Es solo una manera de calentar —apuntó Esmee con más alegría—. Sabemos que en el mundo mortal es difícil practicar magia. Pongamos esos músculos en marcha otra vez.

«¿Meros mortales?».

A Bristol le sentó mal la pulla, pero al mismo tiempo respiró hondo por primera vez desde que habían empezado su instrucción, agradecida de que incluso ella, una mera mortal, pudiese aprender un hechizo. A lo mejor esto ayudaba a encubrir sus defectos hasta que encontrase a su padre.

Olivia puso una manzana en la mesa delante de cada recluta, después explicó cómo pronunciar tres hechizos diferentes, porque al parecer incluso las manzanas tenían sus estándares y respondían mejor a unas palabras que a otras.

—E. Lo. Cu. Ción —le insistió Reuben a Avery cuando recitó su primer hechizo—. ¡No es una opción como un lazo en un vestido!

«Déjala en paz, imbécil», pensó Bristol, pero se plantó una sonrisa en la cara y se concentró en la manzana que tenía delante, mientras rezaba por no lanzarla a la cabeza de nadie…, excepto quizás a la de Reuben.

Bristol dijo todas las frases. Dos veces. Las e-lo-cu-cio-nó como si le fuese la vida en ello.

Lo intentó de nuevo en perfecto francés, y después en español.

Las dijo con voz melosa. Las cantó.

Le lanzó incluso a la manzana su mirada letal.

Pero la fruta ni siquiera se meneó.

Esmee frunció el ceño compasiva.

—¿Tienes un mal día?

—Sí, está claro —convino Bristol enseguida. Un día muy malo.

Cuando terminaron la clase, agarró la manzana y se la comió en venganza de camino a su habitación. Aunque seguía teniendo la sensación de que la manzana había ganado.

Al parecer, ella era la más mera de todos los «meros mortales».



CAPÍTULO 29



Bristol olisqueó el aire. La magia tenía un olor, según había aprendido, pero en Elphame era casi imposible detectar los aromas individuales porque la magia estaba por todas partes. Era como ser engullido por la canción de una orquesta entera. Las notas individuales se fusionaban, aunque en ocasiones unas pocas notas subían por encima del resto, dulces como ciruelas maduras en verano, misteriosas como el humo de la madera de aliso, o sensuales como el almizcle en otoño.

En el mundo mortal, la magia era una única nota discordante que no pertenecía, un cuchillo ácido que cortaba el aire y era fácil de detectar. Los feéricos podían encontrar a otros feéricos con facilidad de ese modo. La magia del *glamour* cotidiano era la excepción, pues incluso los mortales utilizaban *glamour* a su propio modo rudimentario para ser algo que no eran. El *glamour* era tan seco e inodoro como el pan rancio.

Tras tres largos y extenuantes días de orientación y clases intensivas, estaban a punto de empezar los ejercicios de campo. Bristol se inclinó hacia delante desde la plataforma de observación y rezó por tener al menos un poco más de éxito en aquello. Estudió el recorrido sinuoso, mientras pensaba que podía oler el miedo de las reclutas más abajo, o quizás fuese solo su propio miedo lo que percibía. No había nada mágico en ello.

Los campos de entrenamiento daban al lejano fortín Badbe en el valle, justo al sur del palacio. Lo habían visitado el día anterior, habían conocido a los oficiales de mayor rango y habían observado ejercicios de combate desde la distancia. La mayoría de las reclutas aspiraban a ascender hasta entrar a formar parte de la guarnición del fortín, para hacerse así con uno de los codiciados puestos en las filas de los caballeros de Danu. Al parecer, era un destino prestigioso. No obstante, daba la impresión de que a Bristol y a sus compañeras noveles las habían llevado ahí por un propósito muy diferente. Por tener la marca de sangre. La única marca que tenía Bristol era un gran sello en medio de la frente que decía: «Impostora». Por suerte, nadie lo había visto todavía. Eso esperaba.

Cuando las otras reclutas y ella habían tomado asiento en la plataforma, habían visto a una mujer más abajo que se secaba las lágrimas de los ojos mientras se la llevaban de ahí. Ivy había dicho que la enviaban a casa. Había pasado solo una semana en el programa de entrenamiento. Bristol no conocía a la mujer, ni sabía por qué eso era importante para ella, pero sintió su pérdida, esa sensación familiar de perder algo que nunca estuvo a su alcance para empezar… Todos los pueblos que había tenido que dejar Bristol antes de que fuesen suyos siquiera, los vínculos que no había llegado a forjar, la gente que no había notado su ausencia una vez que se había marchado, o que ni siquiera recordaba su nombre.

Un *hogar*. A lo mejor era eso lo que la mujer había esperado encontrar ahí. Observarla marchar hizo que una especie de urgencia empezase a palpitar en la caja torácica de Bristol. Se había enterado por Esmee de que la cantidad de reclutas estaba menguando deprisa. La cosa se había reducido ahora a las seis recién llegadas y solo unos pocos más. Danu iba en serio.

Encontrar esa puerta suya era tan importante para ellas como lo era para ella encontrar a su padre. Tenía que hacerlo mejor en el entrenamiento de campo que como lo había hecho con los hechizos. Esa mañana se había sonrojado avergonzada cuando Olivia había elogiado su dicción precisa. Un elogio patético por compasión, visto

que no había nada más que alabar. A lo largo de la mañana, cada encantamiento que había intentado había resultado tan blando e inerte como la pasta demasiado hecha, el tipo de pasta que Sal maldeciría y tiraría a la basura.

Aunque las otras reclutas habían crecido en el mundo mortal y sus conocimientos de la historia feérica tenían un montón de lagunas, o bien ya conocían, o bien aprendieron deprisa los conjuros básicos para la levitación o cómo cambiar con *glamour* objetos simples, para convertir escobas en espadas, o tazas de té en patatas. Esto era como un campamento militar, enseñaba las cosas básicas que una recluta debía aprender, pero Bristol no lograba siquiera que un mechón de pelo se levantase con un viento fuerte.

Cuando habían terminado las lecciones de la mañana para ir a los campos de entrenamiento un rato antes, Hollis había entrelazado el brazo con el de Bristol y la había apretado contra su costado.

—No te preocupes —le había dicho—. Han pasado muy pocos días.

Julia había echado a andar al otro lado de Bristol.

—Yo no dominé los cambios de forma hasta que cumplí los cuarenta. Supongo que florecí tarde. Tienes tiempo.

Pero Bristol no tenía tiempo. Ya llevaba en Elphame cuatro días, y no había avanzado nada en la búsqueda de su padre. Y la noche anterior, Tyghan le había vuelto a preguntar quién le había dicho que los trows se habían llevado a su padre, como si ella le hubiese dado información poco fiable. «¿Estás segura de que se llama Willow? Porque no podemos encontrarla». A Bristol no le sorprendía. Willow era una persona escurridiza.

Pensó ahora un poco en la agitación de Tyghan y se preguntó si, con su falta de progresos, no se estaría arrepintiendo de su trato. Si pensaba que estaba perdiendo el tiempo. Bristol tenía que convencerle de que no era así.

Se inclinó hacia delante para apoyarse en la barandilla de la plataforma mientras Sashka se abría paso por el laberinto en lo bajo; su piel azul centelleaba como una joya singular a la luz del sol. El

laberinto estaba hecho de altos setos y senderos enrevesados, como los que podrías ver en una antigua finca inglesa. Desde su posición en alto, Bristol podía ver el final, el objetivo al que se suponía que debía dirigirse Sashka: una abertura entre los setos de ambos lados que conducía al exterior del laberinto. Solo que el sendero serpenteante confundía. Había también obstáculos salpicados por todo el recinto, y el equipo de oficiales que la joven tenía asignado se lo estaba complicando aún más. Sus distracciones hacían que le resultase imposible concentrarse.

—Ese es Sloan —le explicó Avery—. El que está de pie al lado del estante de las armas. Solía ser el primer oficial, pero cuando nombraron rey a Tyghan, ese puesto fue a parar a Kasta. He oído que no está muy contento al respecto. La mayor parte de su tiempo la dedica a entrenar a caballeros de segundo año en el fortín, pero ahora está echando una mano con las reclutas porque es más importante. Aunque solo quedemos unas pocas ya. Al parecer, ya han dejado la nación seca en busca de reclutas.

Sloan parecía cortado por el mismo patrón que Tyghan, fabricado con la misma tela: una lana irritante que daba mucho calor y era rasposa. El hombre tenía siempre una única ceja arqueada en señal de desdén.

—¿Cómo has averiguado todo eso? —preguntó Bristol.

—Prestando atención en los festejos. Y esa que está ahí en el laberinto es la hermana del rey, la princesa Melizan. —Avery señaló hacia la belleza de pelo plateado que acababa de salir de detrás de una persiana para ponerle la zancadilla a Sashka como quien no quiere la cosa. La chica cayó de bruces al suelo, pero rebotó al instante, se puso en pie a toda prisa y luego rodó hacia un lado para evitar un palo que se columpiaba en su dirección. Su agilidad era asombrosa y, aun así, Bristol vio que estaba corriendo en la dirección equivocada, atrapada en un lodazal de zigzags. No lo iba a lograr. Sonó un cuerno, cuyo bramido grave vibró por toda la plataforma de observación. La segunda ronda de la joven había terminado.

Avery soltó un suspiro de lamento. Julia emitió un hmm

compasivo. Melizan regresó al principio del recorrido; su agitación era visible en cada uno de sus pasos.

—Me alegro de que no estemos en su equipo —susurró Avery.

«Así que Tyghan tiene una hermana», caviló Bristol. «Melizan». Iba vestida de manera impoluta. Una túnica de cuero color crema se ceñía a sus curvas mientras caminaba por el laberinto, con una fusta de montar plateada aferrada en la mano.

Detrás de ella iba Sashka, que, aunque era menuda, estaba hecha de puro músculo y tesón. Cuando adoptó su puesto en la posición de salida para su tercer y último intento de batir al laberinto, hizo el pino despacio, con un movimiento fluido, antes de volver a ponerse en pie de un salto. Bristol no sabía si lo había hecho por los nervios o para que le diese buena suerte, pero cuando resonó el cuerno, Sashka empezó a correr y saltar por el recorrido como una gacela decidida, brincando y volando por encima de los obstáculos según iban apareciendo. En un momento dado, parecía saber a la perfección a dónde iba. Bristol, Avery y Julia se echaron hacia delante y cruzaron los dedos… Pero entonces cometió un error drástico en un cruce y acabó en un callejón sin salida, atrapada, mientras el equipo de Melizan la rodeaba como una manada de leones hambrientos. Bristol supuso que era su forma de decir: «Estás muerta».

A Rose y a Hollis no les fue mucho mejor. Cada uno de sus tres intentos acabó en fracaso. Melizan sacudió la cabeza cuando el cuerno final resonó, y se alejó de ahí sin decirle ni una palabra a ninguna de ellas.

«Izquierda. Derecha. Segunda a la derecha. Izquierda. Tercera a la derecha. Izquierda. Seguir la curva. Tercera salida en círculo». Bristol cerró los ojos mientras repetía las direcciones en su cabeza para memorizar el laberinto. Lo único que necesitaba era estar tranquila. Estaba en su salsa cuando debía maniobrar por calles estrechas y abarrotadas. Se le activaba un sexto sentido. Podía hacer aquello.

—En marcha. Te toca.

Bristol abrió los ojos de golpe.

Tyghan estaba al final de la plataforma de observación vestido con su atuendo de cuero, la espada colocada entre los hombros y un cuchillo grande envainado a un lado. Llevaba una túnica ceñida; su pecho era una pared de músculos. Detrás de él esperaban unos guerreros igual de intimidantes: Dalagorn, Glennis y Quin, todos ellos vestidos y armados de manera parecida. Era evidente que se tomaban en serio sus prácticas.

Los ojos de Tyghan se cruzaron con los de Bristol y se demoraron una décima de segundo de más.

Ahí estaba otra vez. Algún tipo de mensaje que ella no podía descifrar, como si hubiera algún tipo de historia entre ellos, un idioma secreto que se suponía que ella sabía. Como si le hubiese contrariado alguna vez. Por las noches, Tyghan parecía evitarla en los festejos; se limitaba a observarla desde la distancia, pero cuando sus miradas se cruzaban por casualidad, siempre había palabras bullendo detrás de los ojos del feérico.

Bristol se puso de pie, impaciente por terminar cuanto antes. Echó un último vistazo al laberinto y… parpadeó. Estaba *cambiando*: se formaban nuevos caminos, las raíces se movían, las ramas se estiraban hacia lugares nuevos. Se estaba convirtiendo en un laberinto totalmente nuevo. Las direcciones que había memorizado cayeron como llaves inútiles al fondo de su estómago.

Cuando se giró hacia Tyghan, los ojos fríos del feérico la estudiaron de nuevo. Sabía lo que había estado haciendo. Memorizar un laberinto no era hacer trampas. Era prepararse bien. Bristol reforzó su postura y asintió en dirección a Tyghan para demostrarle que estaba impaciente por empezar sus jueguecitos de campo.



A pesar de tener tres intentos cada una, ni Avery ni Julia lograron llegar al final. Avery había salido con un corte en la cabeza que

Olivia estaba curando. Bristol era la última, y la larga espera había hecho que los nervios se le agarrasen al estómago. Sabía que alguien debía ser el último, pero parecía hecho a propósito, como si quisieran que fracasara. Le dolía el cuello y tenía los ojos secos y calientes. Se recordó que, aunque no fuese una gimnasta campeona o un gato sigiloso, era fuerte y rápida. Tenía una oportunidad. Obligó a sus pulmones a volver a la calma, respiró hondo mientras anticipaba los obstáculos a los que se enfrentaría y el equipo que estaba listo para infligirle todos los golpes posibles.

Tocó con la punta del pie la línea de salida y levantó la vista hacia el brillantísimo cielo. «Manten el sol a tu izquierda». Era la única referencia que tenía, suponiendo que la salida siguiese en el lado opuesto a la entrada. Esta vez, sin embargo, había dos entradas. ¿Cuál debía elegir?

Sonó el cuerno.

Vaciló un instante. Estudió las dos entradas, luego las miró por segunda vez. «Mierda». Ahora había tres entradas. ¿Cuándo había…?

Sus pies salieron volando de debajo de ella y se estrelló contra el suelo de gravilla. Su brazo derecho se llevó lo peor de la caída, y tardó varios segundos en comprender lo que había pasado. Kasta la había placado. El cuerno sonó de nuevo. Su primer intento había terminado ya, y no había dado ni un solo paso. Su humillación le dolía más que el raspón del brazo. Esto no se parecía en nada a cruzar una calle bulliciosa en bicicleta.

—¡Tienes que moverte, Keats! —le gritó Tyghan desde la entrada del laberinto—. Si te quedas ahí plantada, eres una diana. ¡Muévete! Ponte de pie. Inténtalo de nuevo.

Bristol le fulminó con la mirada. «Gracias por el consejo de lo más obvio», pensó, aunque se plantó una sonrisa en la cara y asintió.

El cuerno sonó antes de que hubiese terminado de ponerse de pie. Echó a correr hacia la entrada del medio, un riachuelo de sangre corría por su brazo. Poco después de entrar, el camino se bifurcaba.

Izquierda. No, derecha. Un palo apareció de la nada y la tiró al suelo. Bristol gateó a toda prisa por debajo de él, se levantó y siguió corriendo. Hacia delante, izquierda, derecha, el sol estaba otra vez a su izquierda, y entonces apareció Dalagorn para cortarle el camino. Bristol retrocedió, pero ahora el sol estaba a su derecha. «Dirección equivocada, Bristol». Giró en redondo para tratar de orientarse otra vez, pero entonces desapareció el sol. Unas nubes densas aparecieron de la nada para oscurecer el cielo. Su frustración fue en aumento. ¡Trucos! Odiaba sus trucos. Dobló una esquina para seguir otra ruta y chocó de lleno contra el pecho de Quin. El oficial la hizo girar en redondo, la sujetó con brusquedad contra él y plantó un cuchillo muy real delante de su cuello.

—Lo siento —dijo—, parece que has vuelto a morir. —Y con eso, la soltó.

Su tercer y último intento fue el más aterrador de todos. Cuando dobló una esquina, se encontró con un obstáculo nuevo que no había estado en ninguna de las rondas previas: un foso de arena. Bristol saltó, su pie tropezó con el borde y el foso se estiró hacia ella para agarrarla como una boca hambrienta. Tiró de ella hacia abajo. La joven cayó con fuerza sobre el estómago e intentó liberarse a patadas, pero el agarre era más como acero que como arena. Le ardían las piernas mientras un millar de diminutos dientes arenosos rasgaban a través de sus pantalones para morderle las pantorrillas. Sus uñas arrastraron por el suelo mientras la arena tiraba de ella hacia la profundidad del foso. Agitó los brazos a la desesperada, tratando de agarrarse a cualquier cosa. De pronto, sintió que su mano se cerraba sobre algo duro, la rama de un seto, pero ni siquiera eso fue suficiente y su agarre resbaló.

—¡Ayuda! —gritó al final, aterrada de que la arena fuese a cubrirla por completo—. ¡Ayudadme!

El foso la soltó y ella salió de ahí gateando, con los ojos clavados en el suelo y la garganta palpitando. Las botas de Quin aparecieron delante de sus ojos, y su espada dibujó una línea en la tierra como un recordatorio amenazador.

—¡Ya lo sé! ¡Ya lo sé! Estoy muerta —espetó. La furia fue lo único que la ayudó a ponerse de pie.

Tyghan dobló una esquina sacudiendo la cabeza. No dijo nada, aunque el desprecio en su semblante era demoledor.

«¿Cuál era su problema?».

—De vuelta a la línea de salida. Cuarta ronda —dijo Kasta.

—Pero… —Bristol miró de Tyghan a Kasta varias veces. Estaba cansada, dolorida y sangrando, y ya había hecho tres rondas—. Pero todas las demás solo tuvieron…

—No cuestiones las órdenes de un oficial —ladró Quin—. De vuelta a la línea de salida.

Bristol, sin embargo, pasó por delante de Kasta para gritarle a Tyghan, que ya se estaba alejando.

—O sea que vosotros disponéis todos los trucos y las trampas, y yo no recibo ningún arma. No es justo en absoluto que vosotros las tengáis todas.

Tyghan se giró hacia ella.

—Estoy de acuerdo. Busca las armas. Coge las que quieras. Nadie te va a hacer ningún favor ahí fuera en las Tierras Salvajes.

—Incluido tú, según parece. Creía que la labor de mi equipo era protegerme.

—Quizás estemos todos muertos. ¿Y entonces qué? Necesitas tener una serie de habilidades básicas para salvarte.

«¿Muertos?».

Si había alguna posibilidad de que ellos murieran, ¿qué opciones tenía ella? Menuda habilidad la suya: cruzar calles con mucho tráfico. Eso era más como tener los ojos vendados en hora punta en una autovía. Por eso había evitado Tyghan prometerle que no moriría. Ahora era obvio. Bristol se alegraba de haber exigido la entrega de la segunda obra de arte por adelantado. A lo mejor incluso exigía una tercera, aunque lo que de verdad quería en ese momento eran unas botas con puntas de acero para patear las espinillas del rey.

Quin la condujo fuera del laberinto. «Busca las armas». Menudo

consejo más estupendo. Bristol no veía ningún arma por ahí. ¿Qué podía hacer, quitarle por la fuerza una espada a Dalagorn? ¿O incluso a Quin? No era probable. Además, ni siquiera sabría cómo usarla. La única arma que había utilizado en su vida era…

—Ve a la posición de inicio —le ordenó Glennis, aunque con un poquito más de amabilidad que los otros.

Una vez ahí, Bristol no esperó a que el cuerno sonara. Echó a correr a toda velocidad, pese a los gritos que la llamaban para que volviera. Su cuello en juego, sus reglas. Optó por la entrada del centro. Derecha. Izquierda. Esta vez cuando saltó por encima de un foso de arena, llegó hasta el otro lado, pero al siguiente giro, un palo salió disparado de un seto para estrellarse contra su tripa. Bristol se dobló por la cintura, boqueando en busca de aire y sintiendo un fogonazo de dolor ardiente debajo de las costillas, pero entonces consiguió arrancar el palo de entre los arbustos. Lo sujetó fuerte con ambas manos. Ella también conocía unos cuantos trucos. Continuó su carrera, haciendo caso omiso del sol y del viento repentino que soplaba hojas y polvo hacia sus ojos. Derecha. Izquierda. Segunda salida en círculo. Esta vez estaba llegando más lejos, pero entonces surgió Tyghan de detrás de una pantalla. Bristol arremetió con el palo contra su costado, lo cual le pilló por sorpresa; luego lo columpió otra vez, golpeó su antebrazo y le hizo tambalearse hacia atrás contra los arbustos. Sin embargo, fue una victoria breve, porque Tyghan emergió al instante, ahora él también con un palo en la mano.

Empezaron a lanzarse golpes el uno al otro. El estrépito de los palos vibraba por el aire, los feroces encontronazos sacudían las manos desnudas de Bristol y reverberaban por sus brazos. Los golpes de Tyghan eran muchísimo más fuertes que los de Cat, con quien Bristol solía practicar, y el feérico la hizo retroceder paso a paso. Sus impactos eran incesantes y metódicos, como si estuviese jugando con ella y dejando que se cansara. Cosa que, en efecto, estaba sucediendo. Sus músculos ardían y su irritación fue en aumento. «Por supuesto que está jugando conmigo». Era muchísimo

más alto que ella y todos esos músculos de sus brazos no estaban ahí solo para admirarlos. El feérico la doblaba en tamaño, y era muy probable que pudiese enviarla volando fuera del laberinto de un solo golpe, si elegía hacerlo.

Pero había formas… Si consiguiera esquivarle…, incapacitarle solo el tiempo suficiente para escabullirse por su lado… Bristol estaba dispuesta a golpear en cualquier sitio que hiciera el apaño. Ganar era lo único que importaba, no cómo ganaba. Apuntó abajo y arremetió con su palo hacia la entrepierna, pero solo consiguió rozar el muslo del hombre. Tyghan frunció el ceño y su siguiente golpe llegó más fuerte. Bristol intentó ajustar su agarre para tener mayor alcance, pero ahora él estaba demasiado cerca y sus golpes llegaban más deprisa. Bristol rotó por la cintura, dio una zancada hacia atrás mientras soltaba una mano del palo, y luego lo columpió hacia la cabeza del feérico. Esperaba aturdirle, quizás incluso hacerle sangre. Era un movimiento arriesgado, puesto que ahora tenía una defensa más débil contra sus avances. Casi impactó con su cráneo, pero no estaba pendiente de los pies de su rival (un error estúpido) y él enganchó una de sus botas por detrás de su rodilla y la joven cayó hacia atrás. El palo salió volando de sus manos mientras se estampaba de espaldas contra el suelo con un sonoro umff.

Tyghan plantó el extremo de su palo contra el cuello de Bristol para inmovilizarla con firmeza. Sonó el cuerno. Muerta otra vez. Él la miraba desde lo alto, el pecho aún resollando a causa de la pelea, mientras cavilaba sobre su destino.

—Tu padre te enseñó a pelear con palos. —Era parte pregunta, parte afirmación, y quizás parte sorpresa.

Ella asintió con cuidado.

Tyghan separó el palo de su cuello y lo tiró a un lado.

—No lo bastante bien.

Alargó un brazo para ayudarla a levantarse. Una fina capa de humedad brillaba sobre su cara, lo cual le dio a Bristol cierta satisfacción. Su victoria se había producido al menos con un poco de sudor. Aceptó la mano que le ofrecía, su agarre firme mientras la

ponía en pie. Pero no la soltó. Tyghan miró sus heridas, primero el raspón ensangrentado de su brazo y luego la pernera desgarrada de sus pantalones, salpicada de sangre. Sus ojos se cruzaron, con esa misma pregunta incierta en ellos, como si supiese algo espantoso sobre ella.

Entonces le soltó la mano.

—Olivia se encargará de tu brazo y de tu pierna —dijo, antes de dar media vuelta para marcharse.

—O podrías hacerlo tú —repuso ella, que aún se preguntaba si el feérico era capaz de hacer más magia aparte de desaparecer malhumorado. Seguro que como gobernante de una nación entera al borde de la guerra podía hacer algo más que esfumarse en un abrir y cerrar de ojos. De hecho, Bristol estaba casi segura de que había curado su labio la primera noche que habían estado ahí.

Tyghan giró la cabeza hacia ella e hizo caso omiso de su sugerencia.

—Estate preparada al anochecer. Te llevaré a la ciudad en busca de tus trows.

«Tus trows». Como si le estuviese haciendo perder el tiempo en tonterías.

—Puedo ir sola si es mucha molestia para ti.

Él resopló con desdén y siguió andando.



CAPÍTULO 30



«No era una pixie».

La lengua de la serpiente cobró vida.

«Tampoco un duendecillo. Oh, cómo le gustaban los duendecillos de bosque. Taaaan fáciles…».

La serpiente dorada se meneó para liberarse del marco que sujetaba el espejo del vestíbulo, cuyos detalles de madera tallada se transformaron en piel y escamas. Se deslizó en silencio detrás de la intrusa, haciendo un movimiento rutilante fantasmagórico por el suelo de mármol negro. Miró a la gran figura, descorazonada por que le hubiesen prohibido comerse a criaturas hace mucho tiempo. Aun así, la idea era algo a lo que aferrarse. «Solo un mordisco». Echaba de menos los suculentos jugos en su boca, el bulto en su barriga.

Tomó nota del camino de la criatura, dónde miraba, qué tocaba, porque era labor de la serpiente informar de todo, incluso de lo más intrascendente. La criatura deambulaba sin rumbo, la cabeza ladeada, avanzando a tirones bruscos. «Un conejo confuso», pensó la serpiente, la boca dolorida del deseo. Y entonces la criatura habló.

—¿Cat?

La lengua de la serpiente asomó esperanzada.

—«"Cat" significaba "gato", ¿verdad? ¿Dónde había un gato?».

«Oh, cómo le gustaría acariciar a un bonito gato jugoso…».

Pero la criatura la había engañado. No había ningún olor a gato, a pesar de todas las veces que tanteó el aire. Lo único que ansiaba

más en ese momento, que ansiaba por encima de todo lo demás, era comerse a un hurón enmascarado. Uno muy específico que llevaba mucho tiempo burlándose de él y se escabullía siempre, justo fuera de su alcance. Aunque no pudiera comérselo, algún día atraparía a ese animal taimado y lo estrujaría tan fuerte que sus pequeños ojillos de alimaña se le saldrían de las órbitas. Eso sería casi tan satisfactorio como sentirlo contonearse en su tripa. «Sseguroquesssí».



El corazón de Bristol se trastabilló mientras las tenues palabras iban y venían.

«… las rosas están florecidas…».

En busca del origen del sonido, deambuló por pasillos que acabaron por llevarla hasta una puerta cerrada. Era Cat cantando, estaba casi segura, y eso le daba valor.

«… musgos y flores para…».

Llamó a la puerta y, cuando no recibió respuesta, entró, y su atención se vio atraída de inmediato hacia un espejo grande que dominaba el vestíbulo. Su elaborado e intrincado marco rebosaba de flora, fauna y una preciosa serpiente tallada que entraba y salía por el borde.

¿De quién serían esas habitaciones? Bristol entró con cautela en la sala principal, sin dejar de seguir la melodía. Mientras avanzaba por el conjunto de habitaciones, no se fijó en que la serpiente se contoneaba para soltarse de su anclaje.

Estaba concentrada solo en el susurro de una canción que iba y venía como una marea caprichosa mientras ella intentaba encontrarla.

La primera habitación que encontró fue una sala de estar con una colección ecléctica de muebles y enseres que abarcaban varios siglos, desde góticos hasta clásicos, aunque la mayoría eran piezas

únicas que no podían clasificarse dentro de ningún periodo artístico que ella hubiese estudiado nunca. Elphame tenía su propio estilo único. Lo que más llamó su atención fue un enorme armario con puertas de bronce labradas en gran detalle; era algo que podría haber esculpido Lorenzo Ghiberti, aunque contaban una historia muy diferente. Era una historia de bosques, ciervos, espadas y todo tipo de criaturas enzarzadas en actividades letales o amorosas. En el centro de la habitación había dos sofás color ciruela y una mesita baja, cuya base estaba tallada para asemejar múltiples tallos de cebada en un manojo. Esa había sido parte de su lección de hoy: las muchas cosas de las que los tuathade se enorgullecían. Sobre todo de sus caballos, su arte, su poderío y, por supuesto, sus arados y sus campos.

Continuó avanzando por un pasillo y llegó a un dormitorio con un mobiliario más austero que la habitación anterior. A pesar de su gran tamaño, contenía solo una cama grande con una manta blanca lisa y un armario. Unas altas ventanas paladianas en el otro extremo del cuarto revelaban una asombrosa vista de Danu. El cielo lucía pinceladas violetas, y la luz que entraba por los ventanales proyectaba un resplandor lavanda sobre la alfombra de pelo blanco al pie de la cama.

En el rincón, casi perdida entre las sombras, había una escalera de caracol redonda. Bristol se quedó muy quieta, ladeando la cabeza para escuchar mejor. ¿Provenía la melodía de ahí? Cruzó la habitación deprisa, pero la melodía cesó de golpe. Antes de que pudiese sentirse desilusionada, la melodía fue sustituida por un zumbido monótono que subía de volumen poco a poco.

Un zumbido extrañamente familiar, pero no humano. ¿Qué era? Subió con sigilo las escaleras y se encontró ante una única puerta en el rellano superior. Respiró hondo, cruzó los dedos por que no hubiese nadie dentro y la abrió con cautela.

La habitación estaba desierta. Bristol entró en un estudio grande y desordenado, lleno de bártulos y extraños objetos de colección. En un rincón había un extraño globo verde con tierras y mares y nubes

que centelleaban con relámpagos. Un búho de mármol con ardientes ojos amarillos la miraba desde una estantería, con aspecto de poder cobrar vida en cualquier momento. En el escritorio, al menos una docena de velas derretidas se apoyaban como borrachas contra los bordes superiores de altos candelabros de latón. Su cera había goteado por encima de los rebordes para caer sobre la mesa y endurecerse en charcos informes.

Multitud de mapas y grabados llenaban una pared entera con marcos desparejados. Dos marcos estaban rotos en el suelo. Unos libros abiertos a su lado parecían ser los misiles de su destrucción. Más libros hacían equilibrios precarios en montones por todas partes. Aparte de los amontonados sobre el escritorio, había libros apilados sobre el alféizar de una ventana cercana, y aún más sobre una otomana con demasiado relleno… Más libros de los que hubiesen cabido en los huecos vacíos de las estanterías que cubrían la pared. ¿Los libros tomados prestados por un lector ávido? ¿Una investigación frenética o simple locura? Bristol miró los marcos rotos en el suelo y apostó por lo segundo. Comparada con el resto de la *suite*, esta habitación parecía abandonada. El polvo cubría el tablero de la mesa como una fecha impresa. Cuando Bristol se giró, descubrió que la pared a su espalda era la que más miedo daba. Marcas de cómputos. Cientos de ellas. Algunos grupos solo tenía unas pocas marcas; otros tenían una docena o más. Algunas pequeñas, otras grandes; unas talladas en la pared con un cuchillo, y otras hechas con un líquido oscuro que había goteado hacia abajo por la pared. ¿Sangre? Justo debajo de las marcas había un diván de terciopelo verde. Un largo tajo recorría toda su longitud, como si alguien lo hubiese confundido con un pez que había que destripar. Su relleno rezumaba hacia fuera como una capa de grasa.

Las escalas musicales empezaron de nuevo, tan claras como una noche estrellada, y a Bristol se le subió el corazón a la garganta.

«Cat».

«Por favor, que esto no sea otro truco».

Pese a que Bristol sabía que no podía ser su hermana, eso no le

impidió buscar frenética el origen del sonido, aunque solo fuese para estar más cerca. Buscó detrás de las gruesas cortinas, de una silla e incluso se asomó dentro de un armarito, pero solo tenía cuadernos y tinta.

Y entonces, una brisa mínima.

Un cosquilleo frío alrededor de los tobillos.

Y el olor a ropa recién lavada.

Se dejó caer de rodillas para echar un vistazo debajo de una mesita auxiliar llena de copas y platos sucios.

Lo único que vio fue una pared de piedra gris. Aun así, se acercó más, alargó el brazo para tocar la piedra… y su mano desapareció. Dentro de la piedra. Soltó una exclamación y se echó atrás de golpe. Se golpeó la cabeza contra el tablero de la mesa y los platos tintinearon por encima de ella, pero por un breve instante, un círculo de luz brillante del tamaño de un plato llano iluminó la habitación y el sonido se amplificó. Avanzó otra vez de rodillas, apretó la mano contra el mismo punto y la luz cegadora regresó. Y ahora, cuando sus ojos se adaptaron al cambio de luz, vio a través, hasta el otro lado.

Dos ojillos pequeños y brillantes la observaban.

Era Angus.

Estaba sentado alerta sobre las patas de atrás, haciendo equilibrios encima de la lavadora, tan sorprendido de verla a ella como ella de verlo a él.

Bristol parpadeó. Se clavó las uñas en las palmas de las manos para asegurarse de que no estaba alucinando.

«Un portal», pensó. «Eso es lo que es esto. Algún tipo de portal».

El zumbido intermitente que había oído era de la secadora en el cuarto de servicio de su casa.

Sus hermanas estaban haciendo la colada.



CAPÍTULO 31



Harper chilló. Un brazo salió disparado de la pared por encima de la lavadora y se agitó como loco. La chica dejó caer la cesta de ropa y estrelló la espalda contra el armario. Angus voló por el aire como si tuviese alas, para evitar el brazo que hacía aspavientos…, pero este desapareció dentro de la pared otra vez. Harper temblaba, demasiado asustada para moverse, por miedo a que el brazo reapareciese, pero entonces oyó una voz que la llamaba.

—¡Harper, soy yo! ¡Bri!

Harper permaneció congelada contra el armario, segura de que era una trampa, pero la voz la llamó otra vez.

Sonaba como Bri.

Se acercó con cautela para asomarse por el agujero oscuro de la pared. Vio dos ojos ámbar que le devolvían la mirada.

—¡Dios mío, Bri! ¿Qué ha pasado? —exclamó Harper—. ¿Estás… dentro de la pared? ¿Cómo has…?

—No estoy dentro de una pared. Estoy aquí. En Elphame —susurró Bristol.

—¿Qué te han hecho?

—Shhh —le instó Bristol, siempre en voz baja—. Nada. Estoy bien. Lo prometo. Creo… creo que esto puede ser un portal.

Le explicó a Harper el trato que había hecho con el feérico, lo

que había aprendido, y que uno de ellos la iba a llevar más tarde a interrogar a los trows acerca de su padre.

—¿Las hadas acogieron a papá? —preguntó Harper—, ¿*Ellas* son las que le criaron?

—Sí.

—¿Así que de verdad existe una tía Jasmine?

—Una tía de acogida, sí, pero todavía no he tenido la oportunidad de hacerle preguntas. ¿Le llevasteis el boceto a Sonja como os dije?

—Sí. Nos dio mil dólares como tú habías dicho y envió la obra a unos expertos. Ayer nos trajeron otro boceto y, cuando se lo llevamos, nos dio otros mil dólares. ¿Qué está pasando, Bristol? ¿Esto es ilegal?

—No. Los bocetos son de la colección personal de la tía Jasmine. Al menos eso es lo que me dijeron.

Harper la miró con más atención.

—¿Dónde estás? ¿Estás debajo de una mesa?

—Sí. Me he colado en la habitación de alguien y he encontrado este portal. —Bristol negó con la cabeza, sin tener muy claro cómo explicar ese extraño pasadizo. No se parecía en nada al portal por el que habían pasado para llegar hasta Elphame. Ese había sido enorme—. Tengo que darme prisa, Harper. Ve a por tu libro sobre este mundo. Necesito saber más. Ni siquiera sé qué preguntas hacer. Corre, ve…

—*¿Colado?* Creía que habías dicho que estabas bien. Creía…

—¡El libro, Harper! ¡Ve a por el libro! ¡Ahora!

Harper echó a correr.

Bristol escuchó el zumbido algo estrepitoso de la secadora. ¿Por qué había un portal que llevaba de Elphame al lavadero de su casa? Aunque el portal fuera pequeño, tan pequeño que era imposible que nadie pudiera pasar por él. ¿Estaba alguien espiando a su familia? ¿O habían espiado sus padres a alguien de aquella habitación?

Empujó contra los bordes del portal, en un intento de agrandarlo, pero no se movió. Quizás fuese uno de esos viejos portales que

había mencionado madame Chastain, borrados de los registros hace mucho tiempo, pero nunca del todo cerrados. El pequeño tamaño de este lo hacía inútil. Quizás debiera preguntarlo… «No, mejor me guardo este portal para mí misma; así nadie descubrirá que he estado fisgando por aquí y no lo bloquearán». Era su única conexión con sus hermanas.

Angus volvió a entrar con sigilo en el cuarto de la lavadora y caminó de lado hasta estar cerca de la escoba. Sus brillantes ojillos negros la estudiaban con atención. Si un hurón pudiese tener una expresión de desaprobación, la suya era condenatoria. O quizás solo desconfiaba del hecho de que una humana estuviese atascada dentro de una pared.

Harper volvió a la carrera. Bueno, Bristol pensó que eran los pasos de Harper hasta que la cara de Cat apareció delante de ella. Tenía los ojos hinchados.

—¿Qué diablos crees que estás haciendo? ¡Te dije que no te reunieras con nadie! ¡Te dije que…!

—Cat, se llevaron a papá. Me lo dijo Willow. Es de los trows de quienes han estado huyendo toda la vida mamá y papá. Yo tuve que…

Pero Cat ya había cogido carrerilla y le soltó un sermón tremendo que terminó con ella llorando y ordenándole a Bristol que volviera.

—Vuelve a casa. ¡Ahora! —gritó.

Bristol estiró un brazo a través del portal y agarró la mano de Cat.

—No puedo. Estoy comprometida y decidida a hacer esto. —Su hermana intentó zafarse de un tirón, pero Bristol la agarró fuerte, como cuando eran niñas y se ayudaban la una a la otra a subir a las ramas más altas de los árboles. Jamás se soltaban. Preferían caer del árbol ellas mismas antes que dejar a la otra caer. Era todo o nada. No importaba lo mayores que fuesen ahora, ese vínculo seguía ahí. Estaría ahí para siempre—. Escúchame, Cat. Por favor. He hecho un trato con la persona encargada de este lugar y voy a cumplirlo. Él me va a ayudar a encontrar a papá. Una vez que comprueben la

autenticidad de los bocetos, habrá dinero más que suficiente para…

—No necesitamos dinero, Bri —suplicó Cat—. La galería nos llamó. Alguien compró el cuadro de papá por más dinero del que pedía Sonja. Lo único que necesitamos es *a ti*.

El corazón de Bristol se retorció como si se lo estuviesen rompiendo en dos. Su hermana y ella también tenían un trato. Era Cat la que siempre estaba a su lado. Cat, la que entendía sus inseguridades. Cat, la que siempre estaba ahí, no solo como hermana, sino también como mejor amiga. Después de la muerte de su madre, Cat había conseguido una beca completa para ir a estudiar música. Bristol se había lamentado durante días cuando se fue, pero al mismo tiempo estaba contenta por ella, porque Cat tenía un don excepcional que merecía cultivarse. Del mismo modo, Bristol lo había sentido por Cat cuando había vuelto a casa, pues había dejado atrás un futuro prometedor. Cat había regresado cuando Bristol y Harper la necesitaban. Eso era lo único que estaba pidiendo ahora. «Ven a casa». Pero ¿qué pasaba con su padre? Él también la necesitaba.

—No puedo dejar a papá atrás si está vivo. Él siempre estaba ahí para nosotras. Venía siempre que nos perdíamos, siempre que le necesitábamos —suplicó Bristol—, Y necesitamos respuestas. ¿Qué pasa si vienen a por nosotras? No podemos huir para siempre, Cat. ¿No quieres tú también dejar de huir?

Cat se inclinó hacia delante, apoyada en la lavadora, como si ya no le quedasen fuerzas. Enterró la cara en los brazos y lloró en silencio.

Bristol notaba las rodillas temblorosas. La preocupación de Cat la estaba destrozando.

—Todo va a ir bien. Te lo prometo.

Cat levantó la vista, al tiempo que se sacudía unas lágrimas que hacía mucho tiempo que debía haber derramado.

—Mi trabajo es cuidar de ti.

—Y siempre has cuidado de mí. Deja que yo me ocupe de esa carga durante un tiempo.

Los ojos de Cat eran centelleantes charcos verdes. Buscaba otro argumento, no quería ceder, pero entonces entró Harper a la carrera y las distrajo a ambas.

—¡Lo tengo! —exclamó. Intentó meter el libro a presión por el portal, pero era demasiado grande para pasar por la pequeña abertura, lo girase en la dirección que lo girase. Las cejas de Harper se fruncieron mientras sopesaba la solución. Sabía lo que tenía que hacer, aunque Bristol estaba segura de que eso iba en contra de todos sus principios como lectora. Esto sería mucho peor que arrugar la esquina de una página. Era casi el asesinato de un libro. Harper echó las tapas hacia atrás y empezó a retorcerlas y a tirar de ellas como si estuviese descascarillando una mazorca de maíz testaruda, hasta que por fin se arrancaron del lomo.

La duda apuñaló a Bristol. ¿Estaba pidiendo demasiado? Sus hermanas la necesitaban. Pero ella también necesitaba algo, y no era solo el regreso de su padre. Algo oscuro rondaba en su interior. Había un precio a pagar. Alguien debía pagar por todos los años en que estuvieron en movimiento, por todas las amistades que ella no tuvo la oportunidad de hacer, por todas las partidas en mitad de la noche, por todas las camas que nunca pudo llamar suyas, por toda la misericordia que sus padres no recibieron nunca, por todas las razones que les hicieron huir.

A pesar de que sus hermanas parecían reacias, su aquiescencia silenciosa hacía que Bristol creyera que ellas también querían esas cosas. Bristol se cobraría el peaje por todas ellas.

Harper tiró las tapas a un lado, enrolló las páginas restantes en un tubo apretado y se las pasó a Bristol a través del portal.

—Mis disculpas a Anastasia Wiggins —dijo Bristol.

Una risita entrecortada brotó de la garganta de Harper.

—Creo que lo entendería.

«Ten cuidado, hermana pequeña».

«Ten cuidado, hermana mayor».

No dijeron las palabras en voz alta, pero Bristol las leyó en sus ojos al despedirse.

—Encuéntrale —susurró Cat, con la garganta comprimida por las lágrimas.

Bristol asintió.

—Tengo que irme. Un mes más. Como máximo. Lo prometo.

Se maldijo por decirlo, a sabiendas de lo grande que era este mundo de las hadas. Cuando retiró el brazo de vuelta a su lado, sus hermanas desaparecieron de la vista, y la pared volvió a ser de piedra. Ella se quedó agachada en el suelo, debajo de la mesa, los talones de ambas manos apretados contra sus ojos hasta que el escozor amainó.

Y entonces oyó algo. Una puerta que se cerraba con fuerza.



CAPÍTULO 32



A medio bajar las escaleras de caracol, Bristol se detuvo y apretó la espalda contra la pared de piedra. Le llegó un ruido desde abajo. Agua de un grifo. Su estómago dio una voltereta.

Había vuelto alguien a la habitación.

¿Se estaba bañando? «Sí», decidió. «Debe de estar en la sala de baño». Esta era su única oportunidad para escabullirse sin que la vieran. Se quitó los zapatos, recelosa de sus suelas de cuero sobre el mármol, y bajó de puntillas las escaleras restantes.

Estaba en el último escalón cuando el flujo de agua cesó. Era ahora o nunca. Estaba a mitad del dormitorio, cruzando con sigilo la lujosa alfombra de pelo blanco al pie de la cama, cuando oyó una voz.

—¿Buscas algo?

Bristol giró en redondo.

Era Tyghan. Un Tyghan muy mojado. No parecía percatarse o que le importase que su toalla colgase peligrosamente baja alrededor de sus caderas. Varios mechones de pelo negro despeinado goteaban desde su frente hasta su pecho musculoso y reluciente. Unas agujas calientes alancearon el estómago de Bristol. Un rastro de pisadas mojadas había dejado pequeños charquitos en el suelo oscuro detrás de él. «Aparta la mirada, Bristol», se dijo; pero en lugar de eso se quedó ahí pasmada, congelada en el sitio,

con los pensamientos a mil por hora en su cabeza. Cada centímetro de él era…

Bristol tragó saliva. Los hombros de Tyghan, su pecho, sus pezones fruncidos por encima de su ombligo… Era como una estatua cincelada a partir de un solo trozo perfecto de mármol de Carrara. Casi perfecto. Bristol pensó en todos los sótanos de museos que había explorado, en todas las esculturas a medio terminar que los artistas habían dejado a un lado por algún defecto percibido en la piedra. Cada centímetro de él era exquisito, excepto por un defecto llamativo: una larga cicatriz irregular en su lado izquierdo. Parecía como si alguien hubiese intentado sacarle el hígado con un cuchillo romo.

Bristol obligó a su mirada a apartarse del abdomen de Tyghan y su toalla colgada baja y le miró a los ojos. Notaba las sienes ardientes y rezó por que él no pudiera verlo.

—Lo siento. Tomé un pasillo equivocado. No sabía que esta era tu habitación. —Tyghan no respondió, pero sus ojos fríos la taladraban. Se puso aún más roja—. En serio, siento mucho haber interrumpido tu… baño. Yo…

—No es problema. Supongo que será fácil perderse por estos pasillos y habitaciones. Aunque esta no se parece en nada a la tuya.

Su tono era burlón. Sí que era un problema. Uno enorme.

—Sí, lo sé —admitió Bristol—. Es solo que pensé que podría haber otro camino por aquí y después vi las escaleras y… —«Para, Bristol». Su explicación estaba pasando de mala a patética. Solía dársele bastante bien hilar medias verdades, pero no cuando hablaba con un hombre medio desnudo en su propia habitación en la que ella acababa de colarse sin permiso. Aquel era territorio desconocido para ella, y estaba claro que necesitaba pulir su juego.

Tyghan miró con suspicacia los zapatos que la joven llevaba en la mano.

—Me estaban haciendo daño en los pies —explicó Bristol.

—¿De verdad? Vaya, qué pena. Aunque es probable que yo pueda solucionarlo. Siéntate y enséñamelos. —Hizo un gesto detrás

de él.

Bristol miró por encima del hombro del feérico. «¿Su cama? Ni hablar».

—No quiero molestarte. Solo tienen que ablandarse un poco. Eso es todo.

Tyghan miró ahora su otra mano y arqueó las cejas. Bristol había olvidado que llevaba el libro que le había dado Harper.

—Lo traje de casa. Material de lectura.

—Y odias no tener un libro a mano, incluso cuando estás deambulando por los pasillos.

Tyghan estaba jugando con ella y Bristol lo sabía. Estaba dejando que cavara un agujero más profundo antes de empujarla dentro. Había llegado el momento de dejar de jugar a su juego y crear el suyo propio. Sabía de algo que podría desviar su atención en una dirección totalmente diferente.

—Siento lo de tu hermano.

El destello divertido en los ojos del feérico se desvaneció.

«Eso es, mucho mejor así», pensó Bristol, aunque era verdad que sentía lo de Cael. Cuando se trataba de la familia, no le gustaban los jueguecitos. Aun así, era agradable verle descolocado a él para variar. La miró como si le hubiese pegado, sin respuesta alguna, pero entonces apretó la mandíbula y su expresión se tornó muchísimo más peligrosa.

—Madame Chastain nos habló de él y de su situación apurada —continuó Bristol—, Yo también sería un capullo malhumorado si…

—No actúes como si me conocieras. No me conoces.

—Estoy totalmente de acuerdo, pero estoy *intentando* conocerte y lo único que tú me aportas es enfado.

—No estoy enfadado.

—Por supuesto que lo estás. Siempre estás enfadado. Solo que te has acostumbrado a ello y ya no lo notas. Pero no me entiendas mal, no te culpo. Mis hermanas son mi mundo y yo también estaría llena de ira si alguien les hiciese daño. Haría cualquier cosa por protegerlas, así que creo que comprendo tu ira, al menos en parte.

—Se acercó un poco a él, con los dedos de los pies enroscados sobre la gruesa alfombra de pelo—. Y hoy… sé que no he estado demasiado impresionante, pero lo haré mejor mañana. Prometo que haré todo lo que pueda para ayudarte a recuperar a tu hermano sano y salvo. —Bristol decía en serio cada palabra y esperó una reacción, rezó por que se produjera una grieta en la armadura de Tyghan.

El aire se caldeó entre ellos, y él la miró como si tratase de ver dentro de su mente. Su expresión se suavizó.

—¿Y cuánto arte, exactamente, me costará esa pequeña promesa tuya? —preguntó.

A Bristol se le agarrotó el estómago como si acabase de darle un puñetazo. Dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta.

—Ya es casi de noche —dijo él en dirección a su espalda—, Espera en el pasillo mientras me visto.



Tyghan la observó marchar; sus pies descalzos se deslizaban silenciosos por el suelo, e iba con los zapatos en la mano. «Lo haré mejor mañana. Lo prometo».

Con solo unas pocas palabras, la chica había cambiado el tema de conversación; en lugar de ser una intrusa pillada in fraganti, había pasado a ser una confidente compasiva que intentaba ganarse su confianza, y luego le había dejado a él como el infractor en su propio cuarto. A Tyghan le ardía la sangre por el aire condescendiente que había mostrado. Todavía no estaba seguro de qué había pasado. Las palabras de Bristol cortaban a través de su cabeza. «Siempre estás enfadado». ¿Y qué? Tenía razones para estarlo y no necesitaba explicarse ante ella. ¿Quién creía que era?

Se dirigió furioso al vestíbulo de entrada, donde el gran espejo dominaba la pared.

—Despierta —ordenó—. ¿Qué hacía ella aquí dentro?

La serpiente se estiró al cobrar vida, sus anillos ondularon, sus ojos se abrieron. Parpadeó. Daba la impresión de haber pasado ya un siglo desde que la intrusa alterase su paz.

—¿La criatura que estuvo aquí? Estaba perdida, como un conejo, igual. Deambulaba sin rumbo, sin tocar nada. Dijo que estaba buscando un gato.

—¿Hablaste con ella?

—No. Oí a la criatura llamar al gato. Pero no había ninguno. Mintió. La seguí escaleras arriba hasta tu estudio…

—*¿Mi estudio?* —El rostro de Tyghan se perló de sudor.

—Sssí. Y entonces la criatura cayó al suelo y empezó a hablarle al aire. Estaba confusa. O poseída.

—¿Qué dijo?

Las escamas doradas de la serpiente centellearon cuando cambió de posición en el marco. Intentaba ganar algo de tiempo. Se había distraído con el fuerte olor del hurón y había ido en su busca, así que no había oído todas las palabras que había dicho la criatura. Habían sido todo absurdidades en cualquier caso.

—Divagaba, mi señor. Decía cosas sin sentido. Suplicaba y chillaba, dijo algo sobre un trato, chilló al aire pidiendo libros. Embrujada, creo. Esa no es de fiar. Estrangular a la criatura, puedo. Estrangularla hasta la muerte. ¿La mato la próxima vez que venga?

El rey se quedó en silencio y las esperanzas de la serpiente aumentaron. Oh, no había matado a nada en muchísssimo tiempo. Ni siquiera a un ratón.

—No. No habrá una próxima vez. Duerme, Daiedes —ordenó Tyghan.

El estómago de la serpiente retumbó, luego volvió a arraigarse en el marco; sus sueños insatisfechos por el momento.

En ocasiones, Tyghan pensaba que la serpiente era inútil. Daiedes no había cumplido más que dos décadas de su sentencia hasta ahora, pero ya había olvidado que una vez había sido un hombre. Sin embargo, el mujeriego seguro que no había olvidado su lección: no engañes nunca a una bruja. Sobre todo, no a la Bruja

Suprema de Danu.

Tyghan subió las escaleras a su estudio. Por lo general evitaba esa habitación, y hacía meses que no entraba ahí. En cuanto llegó, sintió que el suelo oscilaba, como si hubiese retrocedido en el tiempo. Hasta el último rincón de la habitación estaba hecho un desastre, arrasados por un hombre que había caído en un agujero hacía seis meses y todavía estaba intentando salir de él. No recordaba la mayor parte del tiempo que había pasado ahí, pero recordaba lo suficiente, las sombras y las voces.

Salió otra vez y cerró la puerta a su espalda, luego tuvo que apoyarse en la pared para recuperar el equilibrio. ¿Qué había pensado Keats al verlo? ¿Qué opinaba de él ahora?

El contenido parecía intacto, la espesa capa de polvo en su sitio. ¿Tenía razón Daiedes? ¿La chica había sido solo un conejo perdido? ¿Deliraba? Lo dudaba mucho.

«Haré todo lo que pueda para ayudar».

Sí, claro que lo haría. Bristol no podía ni empezar a imaginar las maneras en las que podría ser útil al final. Pero mientras Tyghan se vestía para reunirse con ella, no podía quitarse de encima la última expresión de aversión de la chica. Su promesa de hacer todo lo que estaba en su poder no la había hecho con condiciones adicionales. Él era el que las había introducido.

«Siempre enfadado». Bristol tenía razón en eso. A lo mejor le daba miedo no estarlo.



CAPÍTULO 33



Los susurros se propagaban con la misma suavidad que el plumón sobre una corriente de aire. «Hay caballeros en las calles. Haciendo preguntas».

Como era de esperar, los caballeros intentaron ser discretos, pero rara vez entraban a caballo en la ciudad por la mañana, y nunca con tantas prisas. Sus corceles blancos respiraban volutas de vapor en el aire frío. «Se pararon a hablar con Mae primero», le dijo un gorra roja a un hob. «Y después se fueron corriendo hacia el lado oriental».



Mae hizo tintinear el oro en su bolsillo al tiempo que volvía a entrar en su tienda. Ese oro, sin embargo, le proporcionaba menos satisfacción que de costumbre. Pero el oro era oro, después de todo. Únicamente un tonto dejaría pasar un trato tan ventajoso. Aunque, como siempre, lo único que haría con él sería guardarlo en su cofre escondido, pues uno no sabía nunca cuándo podría ser necesaria una fortuna, y Mae llevaba acumulando sus riquezas desde hacía siglos.

Aun así, se preguntó por la simple petición que le habían hecho y

cómo era posible que valiese diez monedas de oro.

El dinero, más fácil que había ganado en la vida. Los caballeros eran unos estúpidos.



Al otro lado de la ciudad, en una habitación sin ventanas del puente de Finvarra, un trow suplicaba por su vida mientras juraba que él no había hablado con la hija, que él no sabía nada de ningún Logan Keats. No obstante, el caballero que había entrado a la fuerza en la habitación de la torre sabía que no era así, sabía que ese trow en particular había estado haciendo preguntas acerca de Bristol, sabía que tenía la lengua larga y que entregaría a su propia madre por una moneda de plata.

—No me importa si es así o no, esto garantizará que no digas nada y enviará un mensaje a otros trows de tu calaña para que no digan nada.

—Prometo que…

El trow saltó hacia delante, consciente de que sus súplicas eran inútiles, con los dientes listos para hundirse en carne. Había reconocido al caballero como el que se suponía que estaba muerto. El factor sorpresa era todo lo que tenía el trow a su favor, pero la espada enjoyada cortó con destreza y decisión, a la velocidad del rayo.

La cabeza del trow rodó de sus hombros para impactar contra el suelo con un golpe sólido.

Lo bueno de los trows era que apenas tenían sangre. El caballero limpió la espada que había asestado el golpe fatal contra el andrajoso abrigo del propio trow hasta que el acero relucía de nuevo. Después deslizó la hoja de vuelta en su vaina antes de bajar con sigilo por las escaleras de atrás sin que nadie le viera. Aunque para entonces, el caballero ya había cambiado de forma y se había convertido en una criatura de cuatro patas que correteaba por las

sombras.



A mediodía, habían encontrado a todos los trows conocidos de la ciudad, los habían interrogado y los habían despachado, o habían huido por su cuenta, pero los rumores susurrados aún corrían, se extendían más allá de la ciudad y empezaban a llegar incluso a las Tierras Salvajes. «Los caballeros están a la caza de trows. De trows que conocían al Carnicero de Celwyth».

Y otros rumores también corrían más abajo y más cerca de los pechos, rumores pasados de trow en trow: «El de Celwyth también está aquí de caza».



Tyghan pidió un carruaje para llevarlos a la ciudad. Keats no tenía ninguna experiencia con caballos, por no mencionar que un carruaje era más discreto. Las cabezas tendían a girarse cuando el rey pasaba por su lado, y no quería que la gente empezase a hablar. En especial, no de él y de Keats.

Bristol se sentó enfrente de él, con los zapatos de vuelta en sus pies y las manos masajeando sus muslos.

«Estaba perdida, como un conejo».

Tyghan tironeó de su manga. Toda la ropa le apretaba esa noche y el silencioso trayecto se le estaba haciendo eterno. Olió el aroma a lavanda del pelo de la joven. A lo mejor habría sido mejor ir a caballo. Debería haber pedido un par de tordos; seguro que la chica se hubiese apañado con eso. La miró de reojo, después devolvió los ojos a la ventana, pendiente de llegar a su destino. Avanzaron a paso cansino manzana tras manzana. Al final, golpeó el techo del carruaje con el puño y el cochero paró.

Tyghan ya sabía lo que iban a encontrar al final de la calle Mugwort, pero llevó a cabo la farsa de todos modos.

Deambularon por la serpenteante calle adoquinada, y dejó que Bristol hiciese las preguntas.

—¿Ha visto a trows por aquí?

El sombrerero, que ya había recibido una suma sustancial previamente ese día, salió de su tienda para señalar hacia una puerta al final de la calle. Bristol llamó a esa puerta, pero no hubo respuesta alguna. Tyghan la abrió y la luz de la farola entró para iluminar algo de basura, un montón de cabezas de pescado en proceso de putrefacción y un hedor abrumador. Nada más. Bristol se tapó la nariz y contempló el interior vacío.

—Da la impresión de que hace tiempo que se han ido —comentó Tyghan.

La mirada de Bristol se deslizó hacia otras tiendas calle abajo. Tyghan vio la desilusión en sus ojos, las arrugas de los bordes mientras miraba de un lado a otro de la calle, pero no se dio por vencida. Preguntó a otras personas del entorno dónde podían haber ido los trows o dónde podía encontrar a otros. Nadie sabía nada. Tyghan sabía que no quedaba ni un solo trow en la ciudad, pero permitió que ella hiciese sus preguntas, con lo que cumplía su promesa, incluida una visita a Mae en el camino de vuelta.

—No —repuso Mae con convicción—. Nadie en la ciudad ha oído hablar nunca de un Logan Keats.

—Pero ¿preguntó…?

—¡Nadie!

Tyghan vio cómo las pestañas de Bristol aleteaban un instante. La respuesta brusca de Mae la había pillado desprevenida. Estaba claro que la estaba despachando y que la Madre de la Calle no quería oír ni una pregunta más. La expresión de Bristol pasó de ansiosa a vacía, sus emociones replegadas con suavidad, igual que una ballesta de elaborada manufactura. No era ninguna novata en manejar situaciones; al menos no una vez que sabía con qué estaba tratando. Asintió despacio, no en señal de aquiescencia, sino al

darse cuenta de que la Madre de la Calle no era la aliada que había esperado encontrar. Le dio las gracias con profusión de todas formas, a lo mejor con la esperanza de que su favor pudiese volverse hacia ella una vez más, pero cuando entró en el carruaje, Mae le dedicó a Tyghan un asentimiento taimado, como reconocimiento de una transacción justa. Mae no cambiaría de bando, no mientras el tesoro de Tyghan siguiese lleno.

El trayecto de regreso al palacio fue silencioso excepto por el repiqueteo de los cascos de los caballos sobre los adoquines. Bristol miraba por la ventana sin reaccionar a ninguna de las cosas que veía, sus pensamientos envueltos con tanta fuerza como un capullo.

En cualquier caso, Tyghan se hacía una buena idea de las preguntas que la consumían: «¿Dónde estaban los trows? ¿Y si su padre estaba muerto de verdad? ¿Y si venir aquí había sido una equivocación terrible? ¿Por qué era el rey semejante imbécil?».

No era asunto suyo, pero el silencio de la chica le incomodaba.

—Supongo que tendrás que seguir buscando en otros sitios —comentó al final, con la esperanza de que eso la animase a hablar.

Bristol se limitó a asentir sin apartar los ojos de la ventana.

Cuando llegaron al palacio, la joven alargó la mano de inmediato hacia el picaporte de la puerta del carruaje. Era obvio que estaba impaciente por librarse de la compañía del rey, pero antes hizo una pausa y se giró para mirarle.

—Estoy segura de que creías que era una estúpida y una ingenua por pensar que sería muy fácil encontrar a mi padre, y hubieses tenido toda la razón. Había imaginado que vendría a tu mundo, diría en voz alta su nombre y eso sería todo. Durante mi vida entera, mi padre nunca estuvo más allá del alcance de una llamada… —Su voz se quebró un poco. Tyghan se echó atrás en su asiento, lo cual aumentó la oscuridad entre ellos—. Pero quiero que sepas —continuó con más firmeza—, que estás muy equivocado en otra cosa. Mi padre sí me enseñó bien. Si no soy una experta con los palos, es solo por mi culpa, y no por la de mi padre. Puede que tengas mal concepto de mí, pero por favor, no tengas mal concepto

de él. Mi padre es hábil y listo. Fuera lo que fuese que aprendiera sobre luchar con palos mientras estuvo aquí en tu mundo, lo aprendió bien.

¿La chica todavía estaba pensando en el comentario que le había hecho previamente ese día? Tyghan buscó una respuesta, una que no fuese ni enfadada ni cortante. Una respuesta que no admitiera nada que no fuese verdad.

—Estoy seguro de que tu padre me parecería un rival digno.



CAPÍTULO 34



El recinto del palacio era un laberinto de senderos, patios y callejones sin salida. Se había construido y reconstruido a lo largo de varios milenios, con magia y sueños siempre motivando a los artistas a crear más. Los estilos arquitectónicos se solapaban como un festín de platos favoritos llevados a una única mesa, y de alguna manera se entrelazaban los unos con los otros en armonía, un tributo al oficio y la visión de los artesanos.

Cully conocía cada recodo, cada revuelta y cada trampa divertida. Y algunas trampas que no eran tan divertidas. Durante décadas, su padre había sido uno de esos artesanos, pero cuando había regresado a su tierra natal de Eideris, Cully se había quedado ahí. Danu era el único hogar que había conocido nunca y, desde muy temprana edad, había fijado sus miras en convertirse en caballero.

Cuando le habían invitado a unirse a la compañía de Tyghan, no había podido creer su buena suerte, así que no estaba resentido por su actual labor de niñera. No demasiado. Había esperado a Bristol en el soportal donde paraban los carruajes para acompañarla de vuelta a su habitación, como había ordenado Tyghan, pero aquella recluta le ponía nervioso. Veía su parecido con sus padres, aunque nadie más lo viera; claro que los élficos siempre detectaban mejor los detalles. La primera cosa en la que se había fijado era en el tono rojizo subyacente en su pelo, como el que decían que tenía Maire. Y

después estaba el arco de su ceja izquierda, un poco más alto que el de la derecha, como el de Kierus. Ahora era el peso de sus pisadas lo que había llamado su atención, decididas y firmes, como si estuviese recorriendo un camino predestinado… Otro rasgo de su padre. Aunque mientras lo pensaba, se preguntó si quizás no eran las similitudes las que le ponían nervioso, sino las diferencias. Cully jamás había visto una sola preocupación cruzar el rostro de Kierus. Había admirado eso de él, que un mortal pudiese moverse por el mundo feérico con semejante confianza. La frente de esta chica contradecía sus pasos confiados.

—No tienes por qué acompañarme de vuelta —dijo—. Puedo encontrar el camino.

—Estoy seguro de que sí, pero me han encargado garantizar tu seguridad.

—¿De verdad es tan peligroso el recinto del palacio?

Cully se encogió de hombros.

—No, pero es grande y lioso, y tú eres nueva.

Esa ceja. Cully la vio otra vez. El gesto que indicaba que estaba frustrada. No era capaz de leerle la mente, pero no se parecía tanto a sus padres, lo cual podía acabar por ser una desilusión para Eris. ¿O quizás un alivio? La cosa podía ir de cualquiera de las dos maneras. Cully entendía lo que era no ser del todo igual que tus padres. El suyo no entendió nunca por qué había elegido la vida de caballero por encima del cincel y la piedra, pero ser un caballero no era una elección para Cully. Era una llamada. ¿Esperaban Tyghan y Eris algo de Keats que simplemente no estaba ahí? Era comprensible. No les quedaban más que once reclutas, y estaba seguro de que la mayoría no tenía lo que necesitaban.

Cully le hizo un gesto a Bristol para que girase.

—Por aquí. El Paseo del Juez. ¿Ves? Conozco unos cuantos atajos. A lo mejor puedes aprender algo de mí, después de todo.



Bristol apenas tomó nota del camino mientras andaba al lado de Cully, aún preocupada por su falta de éxito y por el repentino rechazo de Mae. ¿La había presionado demasiado? Hacer amigos no era fácil en ese mundo, o a lo mejor era solo que a ella se le daba fatal. Mientras crecía, había tenido docenas de amigos potenciales, niños de su edad que conocía en moteles, con los que chapoteaba en piscinas, y otros a los que había conocido mientras esperaban en los bancos de las lavanderías y con los que jugaba al cordel y a hacer adivinanzas hasta que uno de ellos tenía que marcharse. Sin embargo, a medida que se hacía más mayor, había dejado de intentarlo, tal vez porque no le gustaba el agujero lleno de preguntas que dejaban en ella esos breves encuentros. ¿Adónde iban? ¿Se acordarían de ella? Era más fácil no molestarse. Incluso cuando había vivido por su cuenta, había estado demasiado ocupada tratando de sobrevivir como para hacer el esfuerzo. Solo en los últimos tiempos había tanteado la posibilidad de estrechar lazos con Sal y con la alcaldesa Topz.

Allí, sin embargo, había cierta necesidad despiadada de entablar relaciones. De ser cordial a cambio de ayuda. Era más una transacción fría que hacer amigos, pero a lo mejor esa era una manera de crear una amistad, de las profundas en las que se compartían intimidades. *Intimidad*. Eso era algo que escaseaba mucho en su vida.

Cully, al menos, sonreía con frecuencia. Sonrisas amplias y generosas. Parecían genuinas y la ligera separación entre sus paletas era encantadora, además de hacerle parecer más joven que sus veinte años.

—Ayer por la noche te vi puliendo una flecha. ¿Es un pasatiempo o tenéis que fabricar vuestras propias armas?

Cully se rio.

—¿No sabes lo de las flechas élficas?

Bristol negó con la cabeza.

—No.

—Matan. Siempre. Bueno, cuando las dispara la mano de un

élfico. No es un pasatiempo. Más bien una estrategia de supervivencia. Aunque sí que me divierte fabricarlas. Es una actividad repetitiva que libera la mente. Hacer punto también me intriga. Puede que algún día empiece a hacerlo.

—¿Para poder tejer jerséis letales?

Cully sonrió.

—Mira, ese es un objetivo digno.

Bajaron un tramo corto de escaleras hasta una amplia columnata sin tejado. Unos altos pilares que no parecían servir para nada concreto bordeaban su camino. Habían recorrido solo la mitad del camino cuando un chillido agudo perforó el aire. Bristol retrocedió a toda velocidad al ver que el mármol de una de las columnas cobraba vida y una cabeza monstruosa se proyectaba hacia ella con dientes y escamas y los ollares muy abiertos. Bristol dio un grito cuando un dragón de mármol se estiró hacia ella hasta casi inmovilizarla contra la columna de enfrente.

Cully la agarró del brazo y tiró de ella para ponerla a una distancia segura.

—No pasa nada. A pesar de su aspecto, no muerde. Lo siento, no había pasado algo así desde hacía años. Debe de haber olido sangre nueva que pasaba por su lado.

Se acercó a la inquieta cabeza de la bestia y puso la palma de la mano sobre el hocico de mármol de la criatura.

—Preciosa, ¿verdad, Pengary? Es lo que pensamos todos. Pero a ti aún te quedan siglos por cumplir. Hala, de vuelta a tu sitio. —Cully le dio un pequeño empujoncito y la criatura se lamentó con un gemido patético antes de retroceder, momento en el cual la columna se convirtió en piedra lisa una vez más.

El pecho de Bristol latía con fuerza.

—¿Qué era eso? ¿Qué es este lugar? —preguntó, con los ojos aún fijos en la columna, ahora lisa.

Cully sonrió.

—Es el Paseo del Juez. A veces celebramos banquetes aquí abajo para sacarlos de su estupor. Parece que con tenerte a ti bastará.

—¿Sacar a *quién* de su estupor?

—A los peores de los peores. Malhechores que han cometido crímenes contra la gente de Elphame. —Le hizo un gesto para seguir caminando. Mientras lo hacían, Cully le contó que Pengary había sido un cambiaformas durante la octava época, así como un consejero de confianza de la reina Breona, pero había organizado un plan para matarla a fin de hacerse con el control del trono. Los criminales que perpetraban regicidios se sentenciaban a algo peor que la decapitación y la muerte: un milenio de cautiverio para que pensasen en su traición. Cully se detuvo y apoyó la mano contra el suave lateral de una columna y explicó que, desde sus prisiones de mármol, pueden ver pero no tocar, oler pero nunca saborear, desear pero nunca tener—. La vida pasa por delante de ellos a diario, pero no pueden formar parte de ella. Para cuando su sentencia termina, ya solo suplican la muerte.

—¿Es un dragón?

—Algo así. Una avydra. Y una de un tamaño bastante decente, además, pero no como las salvajes y gigantescas de los mares del norte. Los de su especie son mucho más astutos. Como ya te he dicho, es un cambiaformas. En ocasiones es del todo humano; en otras, la criatura que acabas de ver. Llevan proscritos de Danu y de la mayoría de los reinos de Elphame desde hace siglos. Su sed de poder es legendaria. Por suerte, su especie está casi extinguida.

—¿Pengary lo hizo? ¿Asesinarla?

Cully asintió.

—La quemó viva, en realidad. Luego se la comió. Y a sus tres jóvenes herederos, para asegurarse de que el trabajo estuviese hecho.

«¿Se la comió?».

Bristol contempló ojiplática las altas columnas que bordeaban su camino. Deslizó los ojos hasta arriba del todo.

—¿Todas estas columnas tienen prisioneros?

—Todavía no —contestó—. Como he dicho, estas son solo para los peores de los peores. Los que deben sufrir antes de morir.



El corazón de Bristol por fin se había apaciguado a un ritmo casi normal cuando se despidió de Cully. Cerró la puerta y se apoyó en ella, al tiempo que cerraba también los ojos.

Tyghan acechaba en la oscuridad de detrás de sus párpados, el pelo goteando sobre su pecho desnudo, la toalla baja alrededor de su cintura… y su cicatriz. Se había puesto furioso porque ella le viera de ese modo, como si hubiese descubierto un secreto sombrío. Esa cicatriz no era del bisturí de un médico. Alguien había intentado matarle. «¿Quién?», se preguntó Bristol. A lo mejor uno de los peores de los peores que había mencionado Cully. Era sorprendente que hubiese sobrevivido a algo así.

Miró su cama con anhelo, pero se obligó a ir hasta su armario y abrir las puertas de par en par. Era hora de ir a hacer amigos, de buscar cualquier información que pudiese encontrar. Su nuevo vestuario iba de lo práctico a lo ridículamente extravagante. Un lado del armario estaba lleno de pantalones, camisas anodinas, chaquetas y botas robustas, útiles para las clases y los entrenamientos; el otro lado contenía trajes y vestidos que, por lo general, serían demasiado elegantes para Bristol. Pero cada noche en Elphame era una celebración grandiosa.

Frotó la sedosa tela de un vestido color aguamarina entre los dedos. Ya fuese práctica o extravagante, cada una de las prendas era de exquisita confección y, al mirarlas de cerca, Bristol podía ver cada costura diminuta y trabajosa. Debía de haber necesitado un ejército de manos hábiles para fabricarlas todas tan deprisa.

Hasta ese momento, se había puesto los vestidos más anodinos, aún acostumbrada a no llamar la atención, aunque había visto que en las festividades nocturnas la mayoría de los feéricos se deleitaba en los estilos más ostentosos: largas capas que rielaban como la garganta de un ruiseñor, tocados enjoyados que cubrían cabello, cuernos y pelaje, vestidos largos y vaporosos hechos de miles de

diminutas plaquitas de cobre que tintineaban entre sí como un carillón, cada placa grabada con símbolos que Bristol creía que podían ser hechizos. Tenía cuidado de no rozarse con ninguno de esos.

Cuando en un momento dado había hecho un comentario sobre lo excesivo de su armario, Kasta le había explicado que los sastres se deleitaban en su trabajo. Danu era bien conocido por sus espléndidas telas y prendas, y si Bristol no se ponía nunca la ropa que le habían hecho, sería un insulto. Creerían que no estaba contenta con su trabajo.

Después de su desastroso encuentro con Mae, Bristol quería por encima de todo que creyeran que estaba contenta. Que era amable y cordial. Una mortal de tipo Seelie. Amistosa. Que era alguien a quien podían confiar sus secretos. Alguien a quien *querían* ayudar. Sacó un precioso vestido color óxido, con el corpiño y los bordes ribeteados de oro, y lo sujetó contra su cuerpo. Contempló su reflejo en el largo espejo ovalado.

El rutilante vestido quitaba el sentido, y el color resaltaba las huidizas mechas rojizas de su pelo castaño, como si los sastres hubiesen sabido que lo haría. Unas mechas en las que ni siquiera ella se había fijado antes. A lo mejor era solo por la iluminación del cuarto, pero el vestido llenó algunos agujeros en su interior. Le proporcionó una pequeña conexión con el tren genético que siempre pensó que había perdido.

Se puso el vestido, luego deslizó las manos por el sedoso y frío corpiño.

«Un rival digno». Las palabras que había dicho Tyghan sobre su padre se colaron en su cabeza.

Era verdad. Y lo que ella había dicho también lo era: su padre le había enseñado bien. Con solo nueve años, había pasado de entrenar con Cat a enfrentarse con su padre. Él la había llevado a un lado para que Cat no le oyera y le había susurrado: «Tú eres la que tiene espíritu de luchadora, Brije. Llegará un día en el que dependa de ti proteger a tus hermanas». Solo que Bristol nunca había

imaginado ese día, y había dejado que esas destrezas se oxidaran.

No lo haría más.

Rezó por que, estuviera donde estuviese su padre, no estuviera sufriendo y que, de alguna manera, supiese que ella iba a ir a por él.



CAPÍTULO 35



El rey de los trows mantuvo constante el flujo del vino, j generoso con su bodega bien abastecida. Su enorme palacio estaba tallado en las profundidades de la montaña; la humilde entrada de la cueva era engañosa.

—¡Nuestro invitado necesita más vino! —le bramó el rey Motheuse a un sirviente, aunque la copa de cristal de Kierus aún estaba medio llena. Los párpados pesados del rey se estrecharon con picardía—. Y a lo mejor algo para calentarte los pies también —sugirió.

«Alguien». Kierus sabía a qué se refería.

—Esta noche necesito dormir un poco, majestad. Soy un mero mortal sin el vigor de un rey de los trows.

El rey se rio, aunque su pálida piel gris tan gruesa como el cuero apenas reveló emoción alguna. Pero Kierus sabía que se había empapado de cada palabra, desde «majestad» hasta «vigor». Los trows estaban acostumbrados a ser la chusma de Elphame, y se tenían bien merecida su reputación. Eran ladrones y asesinos. El respeto y los cumplidos de gente de fuera eran inexistentes, pero Kierus había descubierto muy pronto que era una moneda que ansiaban tanto como el oro y la sangre. Si además les llevabas un regalo, eras su amigo de por vida.

Y Kierus les había llevado mucho más que cumplidos y regalos.

Había encubierto más de uno de sus rastros incriminatorios, unos que hubiesen traído a reinos enteros en su busca, incluido un rastro de asesinatos perpetrados por el único hijo del rey. Así que el rey Motheuse le debía no solo muchos favores, sino favores importantes. Las deudas de sangre eran de los pocos códigos respetados por los trows.

Kierus había reconocido la improbable utilidad de los trows desde que era niño y empezaba a moverse por las Tierras Salvajes por su cuenta. Sus túneles a través de las montañas eran famosos, pero imposibles de recorrer, a menos que conocieses sus secretos.

—Si cambias de opinión, hay una corte entera aquí ansiosa por complacerte. —El rey asintió en dirección a una guapa doncella enfrente de él… Al menos lo que los trows consideraban guapa.

Kierus debía tener cuidado de no ofender a su anfitrión, pues la ayuda de los trows le ofrecía su única posibilidad de salvar a Maire, así que hizo como si se estuviese planteando aceptar a la doncella. Solo que aparearse con un trow podía ser un acto peligroso. Tendían a utilizar sus afilados dientes de manera indiscriminada. Sobre su propia piel correosa no era problema, pero sobre la piel humana sí que lo era, cosa que él había aprendido con dolor y de primera mano hacía mucho tiempo. Habían hecho falta dos hechiceros para arreglar el desaguisado sangriento que le había dejado su amante trow en el hombro. Ahora apartó de su cabeza las sugerencias del rey, porque nadie aparte de Maire volvería a estar en su punto de mira nunca más. Ella era lo único que le importaba. Todo eso era por ella. Se recostó hacia atrás contra una almohada colorida y elogió el delicioso banquete del rey, luego admiró las armas que le había regalado: la más destacada de ellas era la espada de un caballero con incrustaciones de piedras preciosas.

Tres pequeños rubíes decoraban la empuñadura, lo cual significaba que había pertenecido a un caballero de primer año. Un caballero de Danu. «¿Quién?», se preguntó. «¿Y cómo murió?». Solo, si la espada había caído en manos de los trows. Además de proporcionarle armas, los trows también iban a ayudarle a cruzar por

sus túneles para que pudiera permanecer fuera de la vista durante la mayor parte de su viaje.

—Hay más víveres y suministros de camino —le informó el rey—. La capa que pediste puede que tarde un poco más. Ha habido problemas en la ciudad, así que mis mensajeros han ido a Amisterre en vez de a Danu.

Mientras hablaba, Winkip, el ujier del rey, entró cojeando con un saco de artículos que dejó caer a los pies de Kierus. El contenido tintineó prometedor.

—Ahí está todo, excepto la capa. Esa esperamos recibirla mañana.

—El rey ha dicho que ha habido problemas en la ciudad… —dijo Kierus a modo de pregunta.

Las perpetuas arrugas que fruncían el ceño de Winkip se profundizaron y trocitos de su gruesa piel se cuartearon y cayeron como copos de nieve.

—Están interrogando a los trows. O algo peor.

—¿Interrogando? ¿Por qué?

—Es tu hija. Está causando un revuelo.

Kierus se rio.

—¿Mi hija? Eso es imposible. Ninguna de mis hijas está aquí. Están todas en…

—¿Una tal Bristol Keats? —le interrumpió Winkip—. Dice ser tu hija. La joven está aquí en busca de un tal Logan Keats, y los trows que te ayudaron a volver aquí nos han dicho que ese es el nombre que utilizabas en el otro mundo.

Kierus dejó su copa en la mesa, aturdido por la incredulidad. «¿Bristol, aquí?». Entonces recuperó los sentidos, calientes y explosivos, y se levantó de un salto. Estaba furioso.

—¡Kormick hizo un trato! ¡Debía dejar en paz a nuestras hijas! Prometió…

—No fue Kormick quien la trajo —repuso Winkip—. Fue el consejero Dukinnon. Aunque es evidente que la chica vino por voluntad propia en tu busca. Todos los trows han huido de la ciudad.

La sangre de Kierus bulló aún más caliente. No era el consejero quien estaba detrás de aquello. Ese hombro no tenía ninguna propensión a la violencia.

«Tyghan». Él era el que estaba detrás. Lo cual significaba que Tyghan sabía que él estaba allí. Esa era la razón de que patrullas enteras de caballeros estuviesen peinando cada centímetro de la carretera y del campo.

El dorso de su mano salió disparado y barrió un bol de fruta de la mesa.

—¡Bristol ni siquiera sabía de la existencia de Elphame! ¡Maire y yo nos aseguramos de que así fuese!

—¿Qué podemos hacer para ayudar? —preguntó el rey.

Kierus empezó a andar de un lado para otro mientras pensaba. «¿Por voluntad propia?». Le habían mentido. Habían llenado la cabeza de Bristol de mentiras. El miedo le atenazó el pecho. Su hija estaba en manos de Tyghan. Y ahora Tyghan era el rey.

—Necesito reunirme con ella —le dijo a Winkip—, Necesito hacerle llegar un mensaje lo antes posible.

—Eso no va a ser fácil —dijo Winkip—, Los trows han sido expulsados de la ciudad, por no mencionar que siempre lleva un escolta a su lado.

—¿Tyghan? —preguntó.

Winkip asintió.

Kierus hizo un esfuerzo por controlar su imaginación. «¿Qué lecharía su antaño mejor amigo a su hija?».

—Encontrad a alguien que pueda llevarle un mensaje —ordenó Kierus—. Tiene que haber una manera de hacerlo. Encontradla.



CAPÍTULO 36



Bristol había tenido la intención de ir directa a los festejos, pero como las fiestas duraban hasta altas horas de la noche, deambuló sin rumbo durante un rato. Necesitaba unos minutos a solas para procesar el aluvión de información nueva de ese día. «Te lo explicarán todo», le había prometido Tyghan el primer día que estuvo aquí. Y eso era parte del problema. Bristol se había topado con una miríada de realidades nuevas: hechizos, ejercicios, jodidos *dragones que se comían a las personas*. Se frotó la sien.

Incluso la minucia de elegir con cuidado la comida de las mesas del banquete era abrumadora. Las diferencias de ese mundo y su gente y sus criaturas creaban una curva de aprendizaje muy empinada. Aunque las similitudes entre ese mundo y el suyo también la asombraban. Como el arte y el amor de los feéricos por él.

Durante su paseo, pasó por delante del Museo y Conservatorio de Epona, que Olivia había dicho que visitarían al día siguiente. Era un complejo para las artes. «Aparte de Leonardo da Vinci, hay otros artistas famosos que es probable que también conozcas». Olivia había dejado caer nombres como Cassatt, Kahlo, Donatello y Hilma af Klint. Bristol empezaba a comprender la estrategia de la orientación y las clases. No eran solo para sacar a la luz habilidades latentes ni para desarrollar destrezas de supervivencia, sino para

implicarlos en todo lo que había en juego: la supervivencia de Elphame y una historia que precedía a su propio mundo. Todavía lo estaba asimilando. Bowskeep y todo lo que había conocido jamás era el mundo alternativo, una falsificación por encima de la media creada por un dios para mantener a los mortales fuera de su mundo original. Era el engaño supremo.

Cuando pasó por el conservatorio, vio a estudiantes de arte en los jardines del museo, pintando a la luz de las estrellas. La majestuosidad del conservatorio rivalizaba con los mejores museos que había visitado en su vida, y se preguntó por qué había abandonado su padre aquel mundo, cuáles habían sido las circunstancias que le habían incitado a irse.

Su itinerario aleatorio la llevó a las arboledas sagradas, los nueve árboles que los feéricos veneraban. Por desgracia, el padre de Bristol nunca le había contado ese dato, al menos no de manera directa. En lugar de eso, en una lección sobre varitas mágicas, lanzas y sabiduría, había sido Esmee la que le había hablado a Bristol de los árboles.

Sin embargo, su padre se había pasado la vida entera contándoselo de otras maneras. Bristol sabía más acerca de sus orígenes de lo que había pensado. Una parte de ese mundo que él amaba estaba grabado a fuego para siempre en su ser y le hacía ser quien era, tanto como podría hacerlo cualquier cantidad de ADN. Tal vez no hubiese hablado abiertamente sobre Elphame, pero salía a la superficie de otras maneras más calladas. Maneras que se habían convertido también en parte de Bristol. El pasado de su padre era su propio pasado.

«Esta madera de fresno nos la quedaremos. Fuerte y recta», había dicho una vez sobre varias ramas que había cortado de un árbol. «Serán bastones estupendos para andar y pelear».

Después había secado, alisado y lijado esas ramas hasta que brillaban como muebles elegantes, había adaptado sus longitudes y su peso a sus tres hijas, y le había entregado un palo a cada una como si fuesen cetros y sus hijas fuesen reinas.

Bristol contempló ahora las ramas del viejo fresno por encima de ella, las vio con los ojos de su padre, como un lienzo para ser pintado. Un lienzo que él había pintado muchas veces. Incluso su arte tenía más sentido en ese momento. ¿Habría trepado a esos árboles de niño?

Se adentró más en el bosque sagrado y, cuando llegó a la última arboleda, vio un banco de mármol blanco instalado cerca de un acantilado que daba a la parte trasera del palacio. Se sentó, al tiempo que cruzaba los dedos por que no albergase sorpresas vivientes para ella como las de las columnas del Paseo del Juez.

Un dosel de avellanos cargados de frutos aún verdes se extendía por encima de su cabeza. Esmee había dicho que los tuathade veneraban esos árboles por encima de todos los demás. El padre de Bristol tampoco le había contado nunca la historia feérica de los avellanos: una en la que un salmón adquiría conocimientos de todo el mundo a base de comerse las avellanas que caían dentro del río, y luego un chico, Fionn, adquiría sabiduría a su vez al comerse el salmón. Eso había formado también parte de la clase de historia aquel día. No obstante, su padre siempre había llevado una lata llena de avellanas en la furgoneta para comer durante los trayectos largos. Decía que eran alimento para el cerebro y que les proporcionarían sabiduría a sus hijas.

Bristol deseó haber comido más. De haberlo hecho, ¿se hubiese dado cuenta de que sus padres nunca les contaban cuentos de hadas o historias sobre los dioses? En sus lecciones, se saltaban incluso las obras de Shakespeare que incluían hadas. ¿Habían tenido miedo de que solo decir los nombres invocaría a las criaturas que los perseguían? ¿Cómo podía Bristol no haberse percatado de todas sus elaboradas capas de engaño? Claro que solo había sido una niña inmersa en lo que sabía.

Una brisa cálida revolvió su pelo y trajo consigo las lejanas canciones de la música de la plaza. La noche anterior le había costado resistirse a bailar, en especial al reconocer los pasos. Su padre había dicho que era un baile popular que había aprendido en

Appalachia, pero ahora Bristol sabía dónde lo había aprendido en realidad. Recordaba haberlo bailado con su madre y sus hermanas alrededor de una hoguera de campamento, riendo y girando, mientras su padre tocaba una melodía con su armónica. El canto de las cigarras entre la hierba del prado se había convertido en parte de la música, el aroma a nubes dulces tostadas al fuego había flotado en el ambiente, y los dedos pegajosos de Harper de bebé se habían entrelazado con los suyos.

Incluso con todos esos años de huida sin fin, sus padres habían conseguido crear una vida para su familia. Bailar y reír había sido parte de ella. El pie de Bristol empezó a tamborilear de nuevo y la añoranza atenazó su pecho, pero la advertencia de Anastasia de no bailar al son de la música feérica la retuvo. No podía correr el riesgo de morir por agotamiento.

Unas hojas crujieron a su espalda. Pasos. Al pasar por el conservatorio, había visto que la seguía Cully.

—Puedes dejar de esconderte y salir —dijo Bristol, con la cabeza un poco girada hacia atrás—. Ya sabes que no muerdo, al menos no a los feéricos que me caen bien.

—Entonces, supongo que debería preocuparme.

Bristol de puso tensa. No era Cully.

Se levantó al instante y se giró para mirar a Tyghan, que se acercó un poco más.

—Cully me dijo que no parecías dirigirte hacia los festejos, así que te he traído esto. —Sacó algo de su bolsillo y se lo tiró. Bristol atrapó el pequeño proyectil al vuelo. Tyghan se encogió de hombros —. Vi cómo tamborileabas con el pie ayer por la noche y he pensado que quizás fuesen los bailes los que te mantenían lejos. Ese amuleto evitará que seas incapaz de parar.

Bristol examinó el pequeño arete que sujetaba en la palma de su mano.

—¿O sea que es verdad lo que dicen acerca de bailar?

Tyghan asintió.

—En gran parte. Aunque nadie dejaría que murieras de verdad

en el proceso. Es un rito de iniciación para la mayoría de las reclutas nuevas, al menos las que llevan sangre mortal. Alguien suele rescatarlas antes de que se desplomen.

Bristol miró a Tyghan con suspicacia mientras se preguntaba acerca de ese cambio en él. ¿Le había perdonado la intromisión de esa tarde en su habitación, o estaba intentando demostrar que no siempre estaba enfadado? Fuera como fuese, prefería esa versión menos irritable de él. Casi estaban teniendo una conversación normal que había iniciado él. Le tendió el amuleto de vuelta.

—Reuben dice que no nos está permitido tener amuletos hasta que nos los hayamos ganado.

—Quédatelo —insistió—. Yo no se lo diré si tú no lo haces.

Bristol miró el arete en la palma de su mano, después otra vez a Tyghan. Se hizo un silencio incómodo entre ellos. ¿Era eso una tregua de algún tipo? Aunque la verdad era que Bristol nunca había estado del todo segura de qué guerra estaban disputando. De acuerdo, ella había llegado pisando fuerte cuando se conocieron, pero lo mismo había hecho él. Había estado asustada y conmocionada, y él había empeorado la situación. El mundo feérico había salido de la nada y la había golpeado de pleno sin previo aviso, como un camión a toda velocidad. Pero ahora comprendía mejor el enfado de Tyghan. A lo mejor la colisión entre ambos había sido inevitable.

—Gracias —dijo en voz baja.

—En una trenza —añadió él, al tiempo que señalaba hacia el pelo de la joven—. Así es como los llevan la mayoría de los feéricos.

—No veo ninguno en tu pelo.

—Yo no necesito amuletos.

¿Era su arrogancia la que hablaba o era verdad? Bristol pensó en la considerable cicatriz de su costado. Daba la impresión de que un amuleto protector le hubiese venido bien al menos una vez.

Tyghan movió un poco los pies, aunque no parecía dispuesto a marcharse.

—También quería tratar algo que dijiste en el carruaje. Quiero

que sepas que nunca he creído que fueses estúpida por venir aquí. Yo jamás admitiría a alguien estúpido en mis filas. De hecho, pensé que eras bastante valiente por venir a un mundo sobre el que no sabías nada.

Bristol sonrió.

—¿Bastante? Vaya ese es un cumplido tibio que atesoraré hasta el fin de mis días. En verdad, fui enormemente valiente.

Los ojos de Tyghan centellearon con algo que no era ira.

—Tu modestia es asombrosa.

—Oh, qué alegría verte impresionado por fin.

Los párpados de Tyghan aletearon medio cerrados por un momento.

—¿Eso es lo que has estado intentando hacer? ¿Impresionarme?

Bristol lo pensó un momento.

—Sí —admitió—. Supongo que sí. Te quiero de mi lado. Realmente de mi lado. Yo estoy del tuyo. Hablaba en serio con lo que dije acerca de tu hermano, y prometo que recibir más arte para mis hermanas no tuvo nada que ver con ello. Haré todo lo que esté en mi mano para ayudarte, sin importar cómo salen las cosas al final con respecto a mi padre.

Tyghan arrastró los dientes por su labio inferior.

—Siento lo que dije sobre el arte. Fue rastrero.

Bristol sonrió de nuevo.

—¿Rastrero? ¿Eso también es jerga feérica?

—Ya te dije que me gusta leer. Incluso algunas de vuestras obras modernas.

La joven le miró durante unos instantes, luego hizo un gesto hacia el banco a su lado.

—¿Quieres sentarte?

Una arruga se formó al instante entre las cejas de Tyghan.

—No. Tengo que volver ahí. Todo el mundo espera que el rey asista a las celebraciones nocturnas.

—Igual que las reclutas, ¿no?

—Sí —respondió—. Pero tú puedes venir cuando estés lista.

¿Sin trucos ni exigencias como la noche anterior? ¿Y acababa de conseguir una disculpa? Antes de que Tyghan pudiera dar media vuelta para marcharse, Bristol le retuvo con otra pregunta.

—¿Esto es nuevo para ti, lo de ir a las celebraciones nocturnas? ¿Hace cuánto tiempo que eres el rey en funciones?

—Yo… En verdad, no im… —Soltó el aire despacio—. Seis meses —dijo—. Al menos de manera oficial. Me coronaron cuando estaba prácticamente inconsciente. Hubo un… incidente, y resulté herido. Pero incluso cuando recuperé la consciencia lo suficiente para aceptar la corona —se aclaró la garganta—, durante un mes más fui incapaz de gobernar como es debido. Mi recuperación tuvo algunas dificultades.

—¿Tu larga recuperación tuvo algo que ver con la cicatriz de tu costado? —Se suponía que la cicatriz no se veía, por lo que Bristol se arrepintió de su pregunta de inmediato. Los músculos del cuello de Tyghan se pusieron en tensión—. Lo siento. No debí decir nada…

—Sí —contestó él—. Tuvo que ver con la cicatriz que viste. Me apuñalaron y casi se me salieron las tripas. Supongo que es evidente por el tamaño de la marca.

—Pero ¿esa cicatriz…? —insistió Bristol—, Hoy, Olivia ha curado la herida de mi brazo en cuestión de minutos con unas pocas palabras y un ungüento. Ya no queda ni un arañazo. ¿No pueden…?

—Esta cicatriz no puede borrarse con ungüentos ni con palabras. Es permanente. La herida se hizo con acero de demonio. No existe ninguna magia que pueda deshacerlo.

—¿Te apuñaló un demonio?

La pregunta quedó ardiendo en el silencio entre ellos. Pasaron los segundos.

—Me resultaría más fácil de aceptar que hubiese sido un demonio —respondió al fin—. Por desgracia, fue uno de los nuestros. Un traidor. Adquirió esa arma singular de un enemigo fomoriano.

Bristol preguntó qué la hacía tan singular, y Tyghan le explicó que la habían forjado mil demonios diferentes durante más de mil años.

—Cada golpe de su martillo sella en la hoja el tormento del

demonio. El corte de esa arma deja… una marca memorable.

«¿Memorable en qué sentido?», se preguntó Bristol. Estaba segura de que no se refería a la marca física que dejaba.

—El hecho de que te apuñalara uno de tus hombres debió de hacerlo aún más difícil —murmuró—. ¿Fue un caballero?

Tyghan apartó la mirada para estudiar las ramas del avellano. Bristol estaba bien versada en el arte de mirar hacia otro lado cuando había que decir cosas difíciles, el arte de evitar los ojos de otra persona porque podría ver algo en tu interior que estabas intentando ocultar de manera desesperada.

Tyghan cogió una avellana verde de la rama que colgaba por encima de ellos y la examinó como si estuviese hecha de oro.

—Sí, un caballero —reconoció—. Mi mejor amigo, de hecho. Por eso me pilló desprevenido. Bajé la guardia. Era la última persona que hubiese esperado que… —Se giró hacia ella de nuevo y la taladró con la mirada—. Me apuñaló y me dejó tirado en el suelo del bosque para que muriera. Así es como me hice la cicatriz que viste. Aparte de los hechiceros que me curaron y cuidaron, eres la única persona que la ha visto. Por eso te lo estoy contando. Preferiría que no se lo contases a nadie.

La expresión del feérico era neutra, cansada, como si pensar en lo que le había ocurrido le hubiese dejado seco. Un gran peso se asentó sobre el pecho de Bristol. *Esa* era la ira que bullía siempre dentro de él. Le había apuñalado alguien a quien quería. Alguien en quien confiaba.

—Lo siento —le dijo—. Por supuesto que no diré nada. Tienes razón. No te conozco. No puedo ni empezar a imaginar por lo que has pasado.

—Nadie espera que lo hagas. Lo hecho, hecho está. Es agua pasada.

«Pero no está hecho», pensó Bristol. Era un veneno que todavía corría por sus venas. ¿Sería ese otro propósito de su ira, mantener a todo el mundo a una distancia segura? Porque si no podías confiar en tu mejor amigo, ¿en quién podías confiar?

—Se está haciendo tarde. Debería irme. Se espera que el rey asista a las festividades —repitió.

Y aun así, ahí estaba, vacilando.

Quería quedarse. Bristol estaba segura de ello.

Durante unos segundos, parecía perdido. No un rey, ni un caballero poderoso. Solo un hombre atrapado en el punto de mira de otra persona, tratando de averiguar si correr hacia la izquierda o la derecha. O quizás mantenerse firme donde estaba.

La música distante ondulaba alrededor de ellos. Bristol jugueteaba con el arete de metal en su mano. Incluso después de aquella horrorosa confesión, ¿sentía Tyghan la atracción de la música del mismo modo en que la sentía ella? ¿Querría él…?

Pero Bristol demoró la pregunta demasiado. Su oportunidad se esfumó.

—Debo irme. Los invitados me esperan. —El tono de Tyghan se había vuelto frío y se marchó antes de que ella pudiese decir nada. Salió del punto de mira, de vuelta a la seguridad de la distancia. Se alejó a paso ligero, pero justo antes de que le engulleran las sombras de la arboleda, hizo una pausa y se giró hacia ella. Estaba demasiado lejos como para que. Bristol pudiera verle los ojos, pero los imaginó más suaves.

Y entonces desapareció.



Bristol contempló el arete de plata en su mano y se preguntó por la aprensión que había visto en los ojos de Tyghan cuando se lo había tirado. No encajaba con su personalidad. El feérico tenía otra faceta que se le daba muy bien esconder. Bristol rehízo su trenza para entrelazar el arete en ella mientras sopesaba lo que había dicho Tyghan: «Mi recuperación tuvo algunas dificultades». El hombre escogía sus palabras con cuidado, como si cada una fuese una avispa, palabras que él no quería tocar.

En cualquier caso, era sorprendente que se hubiese arriesgado a compartir nada de eso con ella, aunque era probable que le hubiera pillado desprevenido con su pregunta directa. O a lo mejor solo quería compartir esa información con alguien. Con una forastera. Bristol conocía esa sensación, la necesidad de salir de su propio círculo sofocante y meterse en otro, la necesidad de conectar y de tener una perspectiva fresca. Eso era lo que la había empujado a entrar en el círculo de Mick, aunque al final hubiera sido una equivocación enorme. Aventurarse a territorios nuevos conllevaba riesgos desconocidos. Hacía falta un tipo de valor diferente que ella solo empezaba a comprender ahora.

Sonrió otra vez al recordar el cumplido indiferente de Tyghan. Era bueno saber que la consideraba «bastante» valiente y no estúpida. Estaba claro que el hombre necesitaba práctica en ese ámbito. A lo mejor él también sonreía al recordarlo más tarde. Bueno, suponiendo que volviese a pensar en ella en algún momento.

Cuando terminó la trenza y el arete estaba bien asegurado en su pelo, se puso en pie. Cerró los ojos. Levantó los brazos, se meció con la música. Y salió de su mundo.

Dejó su día atrás del mismo modo en que lo hacía dentro de los oscuros confínes de su dormitorio cuando necesitaba desprenderse de quien era y convertirse en otra persona, aunque fuese solo por unos minutos. Bailar era un idioma diferente para el que no necesitaba todas las palabras, algo que la envolvía en su mundo indulgente de ondas y giros. No había tropiezos.

Esa noche imaginó que no estaba bailando sola en la oscuridad, sino alrededor de una hoguera, del modo en que lo hacía cuando la vida era más sencilla. Al menos cuando pensaba que lo era. Bailaba con sus hermanas, con sus padres o con… *alguien*. Giraba y se contoneaba y se mecía, pero el son de unos tambores lejanos resonaba bajo su piel de una manera diferente.

«Esta música…».

Hacía que algo primitivo palpitase en su interior, algo hambriento y adictivo. La canción se entretejió con sus huesos y sus sienes se

perlaron de sudor. Levantó las palmas de las manos por encima de la cabeza y una corriente de aire subió desde el acantilado para soplar sobre ellas. Su corazón latía desbocado. Se acercó más al borde del risco, en busca de aire fresco, pero entonces, de repente, el frescor se convirtió en un calor abrasador. Las palmas de sus manos ardían como si hubiese otro par apretado contra las suyas, piel con piel, solo un velo fino entre ellas.

Abrió los ojos, pero solo vio estrellas y bosque a su alrededor. Aun así, el calor seguía quemando las palmas de sus manos y, cuando se dio la vuelta, sintió la calidez de una espalda que replicaba sus movimientos…, y después el roce de las yemas de unos dedos calientes que se deslizaban por la palma de su mano, que prendían un fuego en ella cada vez que se tocaban. Una y otra vez.

¿Qué estaba pasando? «El amuleto no está funcionando», pensó con un estallido de pánico, pero al instante siguiente ya no le importaba. Cerró los ojos de nuevo. No quería que esa sensación terminase. A lo mejor ese había sido el plan de Tyghan, engañarla con un amuleto falso, seducirla con aquel mundo para que no pudiese marcharse nunca. Sin embargo, ese pensamiento se esfumó casi tan deprisa como había aparecido. Si estaba hechizada, quería quedarse hechizada para siempre.

Los avellanos se difuminaron y el cielo estrellado bajó con su magia centelleante para rozar su cara. Un millar de luces hormiguearon sobre su piel. La música se convirtió en más que sonido; era sus respiraciones, su sangre, todo lo que era y lo que quería ser. En ocasiones, sus pies parecían no tocar el suelo para nada, como si estuviese levitando, bailando sobre corrientes de aire. Las manos que no podía ver se acercaron más, se demoraron, necesitadas, igual que ella, y entonces los tambores hicieron una pausa, su son retenido en un puño, y una tremenda intensidad flotaba en el ambiente como una tormenta de verano a punto de descargar.

Bristol quería que descargase. Ríos de calor discurrían por su

tripa. Él estaba ahí. Imposiblemente cerca. Estaba segura de ello. Un aliento que rozó su mandíbula. Un pecho musculoso. El olor a cuero y a algodón almidonado. El calor era de él. Las manos eran de él. Bristol quería susurrar su nombre: «Tyghan».

Pero no se atrevía a hablar, porque no quería romper el hechizo. Comprendía la seguridad de la invisibilidad, la necesidad de mantener las distancias con los demonios que nos acechan. A veces, la invisibilidad era una cuestión de supervivencia. A lo mejor siempre lo era. Y Bristol no sabía a qué estaba intentando sobrevivir todavía Tyghan.

El baile continuó hasta que tenía la espalda mojada y los labios resecos, el anhelo en ella tan maduro que pensaba que podría abrirse en canal del deseo, hasta que al final, cuando ya era tarde, descubrió que había bailado de vuelta al Patio del Sol, donde hubo comida y más bailes. Solo que ahí no fueron con la sensación de una espalda invisible pegada a la suya.

Bailó con Julia, con Avery y con las demás reclutas. Tyghan apareció de repente y la observó desde la distancia. Tenía su rostro centelleante a la luz de la luna; la frente, húmeda como la de ella.

Bristol siguió bailando hasta muy muy tarde y despertó con los ojos empañados por la mañana, cuando le esperaban más lecciones de magia y más entrenamientos de campo, donde Tyghan la forzó hasta el límite sin mostrar misericordia alguna ni ningún reconocimiento del tiempo que habían pasado juntos. Y Bristol se preguntó si la noche anterior había sido solo parte de algún delirio anhelante en su interior.

Pero entonces, esa noche, y la siguiente, cuando fue a la arboleda de nuevo, cuando volvió a bailar bajo los avellanos, la magia volvió a producirse una vez más. Unas manos invisibles replicaron todos sus movimientos y no le importó qué era, si delirio o realidad. Lo único que sabía era que no quería que terminase.



CAPÍTULO 37



—Paga el peaje.

Bristol se quedó paralizada en medio del camino. Se preguntó si debía dar media vuelta, pero ese era el único camino que conocía hasta Ceridwen Hall, la gran aula de la universidad donde daban sus clases.

—Ayer no había peaje —dijo, y se sintió valiente por atreverse a desafiar a la criatura. La bestia de casi dos metros y medio de altura que se parecía vagamente a un hombre se limitó a repetir su exigencia. Luego se hizo aún más grande.

—Paga el peaje —exigió. Sus dientes torcidos aumentaron de tamaño, su boca se ensanchó, su nariz se volvió más nudosa, y sus enormes manos se cerraron para formar puños.

La chispa de valor de Bristol se atenuó. Había un tiempo para luchar y un tiempo para huir.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó una voz desde detrás de ella.

Bristol giró en redondo y vio a Tyghan.

—¿Le estás hablando a él o a mí?

—A ti —repuso, mientras se acercaba—, ¿No se supone que deberías estar en el aula?

—Ese era mi objetivo, pero esta criatura está bloqueando mi camino y me exige un dinero que no tengo.

—¿Él? —Tyghan parpadeó con una lentitud exagerada para hacer patente su cinismo.

Bristol se irritó.

—¿Perdona? Hace tiempo que no me topo con ningún trol de dos metros y medio en Bowskeep. No suelen pedir *pizzas*.

Tyghan suspiró.

—Déjala pasar, Deek.

La criatura frunció el ceño, estampó el pie contra el suelo en un gesto infantil, luego encogió hasta el tamaño de una libélula para transformarse en un ser travieso cuyas alitas revoloteaban como locas. Se quedó levitando delante de la cara de Bristol mientras se sujetaba la barriga y se desternillaba de risa.

—¡Tú! —exclamó la joven—. Malvado bicho…

La criatura se alejó zumbando antes de que pudiera terminar, con su pandilla de alborotadores detrás de él. Sus risas ahogaron las maldiciones de Bristol.

—¿Ya os conocíais? —preguntó Tyghan.

—¡Sí! —espetó Bristol—. Ayer, antes de clase, tus pequeños matones barriobajeros se zambulleron dentro de mi pelo y lo revolvieron en un millar de enredos. El maestro Reuben me regañó por mi aspecto desaliñado.

—¿Matones? —Tyghan sonrió como si la palabra fuese de lo más divertida—. Son solo duendecillos inofensivos.

—No cuando se convierten en trols de dos metros y medio de altura.

—Eso no es más que *glamour*, y solo se estaban divirtiendo un poco. Deberías prestar más atención en tus clases. Esmee describe a las criaturas de palacio el primer día. No hay trols entre ellas.

«¿Prestar más atención?».

—Bueno, pues muchas gracias por este consejo de valor incalculable, Señor Sabelotodo.

Sus cejas se arquearon.

—¿Cómo? ¿Ya no soy el Señor Petulante? Me da la impresión de que me has degradado.

—Créeme, tengo muchos nombres para ti. Estoy segura de que antes o después acabarás por oírlos todos.

—Podrías limitarte a «majestad».

Bristol soltó un gruñido y dio media vuelta sin contestar, luego continuó su camino. «Os veo esta noche, majestad», le hubiese gustado decir, un comentario que le haría caer de su pedestal de seguridad. Pero se mordió la lengua porque temía que eso pudiera mantenerle lejos; por irritante que fuese durante el día, por la noche quería que acudiese. Por la noche, había una extraña tregua entre ellos que Bristol no entendía del todo, como si durante ese breve periodo de tiempo tuviesen un lugar seguro donde los dos podían sentir lo que era ser otra persona.

—Un dulce —le dijo Tyghan desde atrás—. Ese es el peaje. Dales un caramelo y un retal de buena tela, y esos bribones serán amigos tuyos de por vida.



Esa noche, Bristol se guardó una galleta de las mesas del banquete y cortó un trozo pequeño de lazo rojo de uno de sus vestidos. Depositó ambas cosas sobre el alféizar de su ventana.

A la mañana siguiente, encontró un pétalo perfecto de rosa en su lugar.

«Amigos de por vida».

Deseó que todas las criaturas de Elphame fuesen tan fáciles de complacer.

En especial las que ladraban órdenes de día pero eran fantasmas de noche.



CAPÍTULO 38



«Lleva tu ropa más casual y anodina. Una camisa y unos pantalones».

Bristol giró a un lado y a otro para mirarse de perfil en el espejo, frustrada consigo misma. No se preocupaba tanto por su aspecto cuando vestía con sus trajes elegantes. O nunca. Tironeó de las mangas, retiró unos mechones sueltos de pelo y fue en busca de Tyghan.

Después de días de entrenamiento, de decepcionantes búsquedas al anochecer en la ciudad y de encuentros nocturnos secretos en el bosquecillo de avellanos, iban a salir a plena luz del día para variar. Sin carruaje oscuro esta vez. Iban a ir con el caballo de Tyghan. Bristol apenas había dormido la noche anterior porque no podía parar de pensar en ello.

«Iremos por estrechos caminos secundarios».

Iban a probar un nuevo enfoque para buscar pistas sobre su padre, y la cosa sonaba prometedora. Bristol empezaba a impacientarse y quería resultados, o al menos algo de esperanza. Bajó deprisa las escaleras del palacio, ansiosa, pero ralentizó el paso cuando vio a Tyghan de pie al lado de tres caballitos tordos.

—¿Uno de estos es tuyo? —preguntó la joven—. Pensaba que tendrías un caballo más grande, como los otros caballeros.

—Lo tengo, pero los corceles blancos llaman la atención. Queremos pasar inadvertidos. Además, los tordos son más fáciles de manejar. Hacen falta años para montar con destreza a un caballo de

batalla de sangre caliente. No estás preparada.



Tyghan vio el leve gesto de Bristol, que había puesto los ojos en blanco.

Tenían pensado ir hasta aldeas más remotas y senderos más sinuosos de Danu, donde no podían llegar los carruajes. Era una excursión diurna inusual. Los sectores de la ciudad donde Eris podía plantar pistas que no llevasen a ninguna parte eran limitados y, cada noche, Bristol se desanimaba más. Por ello, Tyghan y Eris habían trazado un plan para alejarla un poco de sus desilusiones diarias; a fin de cuentas, su búsqueda no iba a proporcionarle nunca los resultados que deseaba. La chica se había animado la noche anterior cuando Tyghan le había dicho que al día siguiente peinarían con discreción las aldeas del este.

—¿Para quién es el tercer caballo?

—Para Cully.

Bristol miró al caballo como si hubiese hecho pis en sus botas.

—¿Necesitamos una carabina?

—Un tercer par de ojos y oídos siempre es útil.

—¡Listo! —exclamó Cully cuando apareció detrás de ellos, con una sonrisa dentuda, contento de librarse del entrenamiento de ese día para acompañarlos.

Tyghan quería que fuese con ellos como colchón, para evitar cualquier rumor que pudiese producirse. A plena luz del día, era más probable que la gente se fijase en Tyghan; de hecho, ya había varios lores y damas merodeando cerca de los soportales de los carruajes sin quitarles los ojos de encima. Partir él solo con ella sería una llama para la yesca. La gente aún culpaba a las imprudentes excursiones de su hermano con su amante como motivo de sus actuales infortunios, y si alguna vez averiguaban el origen de Bristol, las consecuencias serían tremendas. Tyghan había tenido cuidado de

que no le viesen con ella más allá de los límites estrictamente necesarios. Por lo que sabía todo el mundo, no era más que otra recluta que había venido a este mundo en busca de aventura… y de un pariente.

—Tenemos muchos kilómetros por delante —anunció—. Así que pongámonos en marcha.

Bristol levantó un pie, pero tuvo problemas para meterlo bien en el estribo. Seguía sin tener ninguna experiencia con caballos. Tyghan contempló su espalda, la camisa bien remetida en sus pantalones ceñidos, la curva de sus caderas y su cintura al alcance de su mano. Apartó la mirada y le hizo un gesto a Cully para que se acercara.

—Ayúdala a subir.

Cully obedeció al instante.

Una vez a caballo, Bristol le lanzó una mirada significativa.

—Esperemos que no nos topemos con más identidades erróneas —comentó—. Parece haber muchos feéricos por aquí que no saben distinguir a un mortal de una cabra. O un insulto de un cumplido.

—Era un fauno —la corrigió Cully—, Medio cabra. —Esa había sido la última identidad errónea que habían visto.

Tyghan se montó en su caballo.

—Nunca dije que fuese a ser fácil.

Un bufido bajito escapó entre los dientes de Bristol.

Cuando estuvieron fuera de la ciudad, Tyghan los desvió hacia un sendero estrecho que conducía a una aldea costera, un lugar donde sabía que no habría ni rastro ni noticia de Kierus. Sus caballeros ya habían explorado la zona.

Por el camino, preguntaron en varias granjas y en alguna que otra posada.

—Si veis a alguien que coincida con esa descripción, hacédselo saber a mi socia en la ciudad: Mae, de la casa de textiles —decía Tyghan en una parada tras otra—. El hombre ha heredado algo de oro y quiero asegurarme de que lo reciba.

—Está viajando con trows —añadía Bristol—. Queremos asegurarnos de que ellos también reciben su recompensa.

Su comentario solía recibir reacciones encontradas. Nadie viajaba con trows.

Cully les dejaba la información de contacto de Mae. Eso le había costado a Tyghan otra pesada bolsa de oro del tesoro nacional, pero el amor de Mae por el oro la hacía predecible y de fiar.

—¿Es difícil matar a un trow? —preguntó Bristol cuando estuvieron fuera del alcance del oído después de su última parada.

La cautela se extendió por los pensamientos de Tyghan.

—¿Ese es tu objetivo? ¿Matarlos?

—Tienen que responder por muchas cosas. Persiguieron a mi padre.

Tyghan sintió la puñalada de su asunción y de lo que quería hacerles a los que persiguieron y atraparon a su padre.

—Sí —respondió, en un intento por poner fin a las aspiraciones de la joven—. Es difícil matar a un trow, porque a ellos se les da muy bien matar a sus rivales primero.

Los nudillos de Bristol se pusieron blancos sobre las riendas.

—Mi padre está *vivo* —replicó, como si él acabase de insinuar lo contrario.

—No he dicho que no lo estuviera. No tergiverses mis palabras.

—No estoy tergiversando nada, pero tampoco voy a tener cuidado con todo lo que digo hoy. Estos no son los campos de entrenamiento. Este es mi tiempo ahora, el otro lado del trato.

Tyghan la miró durante un momento largo, mientras deslizaba la lengua por encima de los dientes.

—¿Tu tiempo? —No sabía qué mosca la había picado, pero estaba a punto de ayudarla a eliminarla.

Cully cabalgaba al otro lado de Bristol y le lanzó a Tyghan un gesto negativo con la cabeza a modo de advertencia. «Déjalo estar».

Tyghan no hacía eso nunca y, sobre todo, no aceptaba órdenes de un oficial de bajo grado. Pero la advertencia de Cully colisionó con las últimas palabras que le había dicho Eris: «No olvides que la necesitamos, y si todo va bien hoy, puede que la chica deje la búsqueda en manos de nuestros caballeros. No queremos que

husmee demasiado. Eso conlleva un riesgo».

Tyghan apretó los dientes.

—Estoy seguro de que tu padre está vivo.

—¡Yo también! —se apresuró a añadir Cully.

Bristol asintió, como si todos hubiesen llegado a un acuerdo.

—Gracias —murmuró en voz baja. Bristol relajó los dedos sobre las riendas mientras cambiaba de tema—. Termina de hablarme de los otros reinos mientras llegamos a nuestra siguiente parada.

«Encantado», pensó Tyghan. No estaba seguro de qué había provocado el mal humor de Bristol, pero quería dejarlo atrás. Ese día se suponía que debía aliviar su tensión, no aumentarla.

Durante sus charlas nocturnas, Tyghan había estado dándole clases sobre Elphame. Era consciente de que el interés de Bristol no era simple curiosidad sino también estrategia, porque pensaba recorrer cada centímetro de aquella tierra hasta encontrar a su padre. Se preguntaba si la joven también estaba decidida a matar a todos los trows por su cuenta. La expresión de sus ojos apenas unos segundos antes le convenció de que era capaz. Era la misma expresión que mostraba a veces Kierus y que decía: «Mantente lejos de mí».

Mientras cabalgaban, le habló de los reinos y de las cuevas de Stodderall, en lo más profundo de las Tierras Salvajes, que eran en realidad las bocas de bestias de piedra.

—Pocos de los que se aventuran a entrar en ellas vuelven a salir. Se convierten en comida.

—Una vez, yo eché un vistazo rápido dentro de una —comentó Cully—. Había huesos empotrados en las paredes de las cuevas. —Hizo una mueca—. No me quedé mucho tiempo. Prefiero que mis huesos sigan dentro de mi cuerpo.

Tyghan explicó que las creó un hechicero hacía mucho tiempo.

—Muchos lo han intentado, pero nadie sabe cómo deshacer la magia. Da la casualidad de que algunos hechizos duran para siempre.

—Mala suerte —señaló Bristol—. Si estuviesen hechas en el

mundo mortal, solo habrían tenido una garantía de un año. —Tanto Tyghan como Cully la miraron dubitativos—. Era una broma —les dijo ella.

Los dos hombres forzaron una risita, como si la hubiesen entendido.

Al menos volvía a bromear.



—Pierna de jabalí estofada para la dama y yo tomaré costillas —le dijo Tyghan al camarero—. Y dos cervezas. —Habían llegado a la aldea costera y, como era mediodía, habían decidido parar a comer en una tasca antes de husmear por la zona. Cully no tenía hambre, así que se escabulló antes de que Tyghan pudiese insistir en que se quedara. El bar estaba concurrido, las mesas llenas, pero consiguieron encontrar una pequeña libre en medio de la bulliciosa sala.

—Es un pueblecito precioso —comentó Bristol—. Me recuerda a donde trabaja mi hermana en la costa. Excepto por los ogros, los faunos y los unicornios, claro está.

—Aquí no hay unicornios.

—Oh, bueno, entonces es igualito a Kestrel Cove. Gracias por la corrección.

—¿Se puede saber qué te pasa?

Bristol suspiró.

—Nada. Supongo que estoy de mal humor hoy, eso es todo. Estoy segura de que la pierna de jabalí lo mejorará.

Y quizás cuatro cervezas.

Llegó la comida y los dos se lanzaron al ataque. Era más fácil comer que hablar. Todo era muy diferente a cuando estaban juntos por las noches, a solas en las arboledas sagradas. Tyghan deseó estar allí en lugar de en la tasca, y empezó a arrepentirse de esa escapada. Bristol se terminó la cerveza y pidió otra.

—¿El jabalí está bueno? —le preguntó Tyghan.

Bristol permaneció en silencio mientras mojaba una rebanada de pan crujiente en los jugos de la carne, pero entonces su mano se quedó flotando justo encima del plato, mientras los jugos goteaban. Levantó la vista de golpe.

—¿Por qué es mi cuerpo desnudo lo último que querrías ver en la vida? ¿Soy solo yo, o encuentras repulsivos a todos los de mi especie? O quizás el problema solo sea la luz del día, que hace que sea fácil ver todos los detalles feos. Incluso tuviste cuidado de apartarte y hacer que Cully me ayudase a subirme en mi caballo.

La pregunta fue como un puñetazo en la tripa de Tyghan, que se quedó boquiabierto.

Un cliente de la mesa de al lado dejó caer la cuchara en su cuenco de estofado.

—¿No quieres verla desnuda? ¿Qué pasa contigo, chico? Yo me comería con los ojos a esa belleza.

Tyghan le lanzó una mirada asesina que hubiese podido perforarle el cráneo. El hombre devolvió su atención al estofado. Tyghan se inclinó hacia delante para hablar en voz baja.

—Eso lo dije para que estuvieras tranquila y supieses que yo jamás te espiaría en tus aposentos. No encuentro repulsivo tu cuerpo desnudo. Para nada. Es decir, si lo hubiese visto alguna vez. —Se aclaró la garganta incómodo—. Cosa que no he hecho.

El cliente de la mesa de al lado se metió otra cucharada de estofado en la boca. Luego decidió poner en riesgo su vida.

—Si yo fuese tú —dijo—, pondría remedio a esa situación. Antes de que Tyghan pudiese responder, llegó Cully.

—Qué oportuno —comentó al ver los platos vacíos—. ¿Listos para irnos?



Tyghan pagó la cuenta y cuando salió, Bristol tenía una mano en las

riendas de su caballo, la otra apoyada en el asiento de la montura. Cully se acercó para ofrecerse a ayudarla de nuevo, pero Tyghan le hizo un gesto para que se apartase.

—Yo me encargo.

Se colocó detrás de ella, bien cerca, y puso las manos sobre su cintura. Un escalofrío bajó rodando por la columna de Bristol y él se acercó aún más, su pecho en contacto con los hombros de ella.

—Siento no haberte ayudado antes —le susurró—. Había nobles pendientes de nosotros desde la zona de carruajes. Observan todos los movimientos que hace el rey, y lo que ven se convierte en carne de cotilleo para su diversión nocturna. No quería que te convirtieras en pasto de ese cotilleo.

—Ya veo —repuso Bristol—. ¿Es por eso por lo que te sientas entre las sombras en el Patio del Sol?

—Una vez que he hecho mis rondas obligatorias, sí.

Bristol asintió.

—A lo mejor he tenido una reacción exagerada. Me he sentido un poco cohibida desde mi primer día aquí, cuando Quin me dijo que mi olor llamaba la atención.

—Era solo el otro mundo lo que olían, no a ti.

—Pero en el Patio del Sol también me lanzan miradas. Algunos de los nobles parecen mirarme solo a mí.

Tyghan se quedó callado, sus dedos se apretaron sobre la cintura de Bristol. Le hubiese gustado preguntarle cuáles de ellos, pero era probable que no pudiese distinguirlos bien de todos modos. En cualquier caso, él también había visto a varios que la miraban con atención. No sabía qué maquinaciones espantosas tenían lugar en sus cabezas, pero tal vez debiera hacer más que unas cuantas rondas obligatorias para infundir algo de miedo en sus nobles corazones.

—Miran a todos los recién llegados —los disculpó—. No solo a ti. Es en parte curiosidad, y en parte lujuria. Limítate a mantenerte lejos de ellos.

Entonces se giró hacia Cully, que esperaba paciente a que su

excursión continuara.

—Has estado dejando de lado tus obligaciones, oficial. Los recién llegados necesitan recibir clases de equitación. Programa alguna para mañana. Díselo a Kasta. —Miró a Bristol otra vez—, A veces olvido que en vuestro mundo, vuestro principal modo de locomoción son patéticos trozos de metal.

—Nos apañamos —repuso Bristol.

Tyghan le dio una primera clase sobre cómo ajustar los estribos y la colocación adecuada de sus manos para montarse en el caballo. Luego la ayudó a subir con suavidad a la silla y se pusieron en marcha de nuevo. La conversación que habían tenido durante la comida había quedado atrás, pero no desapareció del todo de los pensamientos del feérico.

«Si yo fuese tú, pondría remedio a esa situación».

Bufó una respiración frustrada. Claro que quería ponerle remedio. Y ahora, con el aroma del pelo de Bristol aún en su nariz, quería ponerle remedio en ese mismo instante, ahí mismo en el bosque. Aunque su situación *actual* no había quien la remediara. No en su posición.

Las palabras de Melizan volvieron a él. «Al final, todos tenemos que arriesgarnos con alguien». Tyghan sabía que tenía problemas si se estaba planteando siquiera seguir un consejo de su hermana. Correr más riesgos era lo último que necesitaba. Los comandantes de caballeros no corrían riesgos. Los eliminaban.



CAPÍTULO 39



Bristol se animó cuando Tyghan dijo que enviaría patrullas a peinar las tierras más allá de las fronteras para preguntar en otros reinos por si había alguna señal de su padre. Estaba haciendo más de lo que había prometido, usando recursos y a los caballeros del reino para ayudarla. Las patrullas podrían cubrir mucho más terreno que ellos dos solos, y sus preguntas sembrarían semillas. *Oro. Recompensas*. Bristol podía ver cómo se avivaba la atención de los feéricos ante la mención de esas palabras, cómo el nombre Logan Keats se grababa a fuego en sus mentes. Al final, alguien se enteraría de algo. Alguien daría un paso al frente.

Mientras esperaba noticias, se dedicó en cuerpo y alma a su entrenamiento, con la esperanza de que, aunque no pudiese solucionar una cosa por el momento, pudiera solucionar otra. Ya no fingía su dedicación a la causa; ahora esa causa era también suya. Puso especial empeño en su entrenamiento con armas. Las palabras de Tyghan la habían provocado: «A los trows se les da bien matar». Bristol estaba decidida a ser mejor.

Aun así, por ocupados que fuesen sus días, sus noches… estaban inexplicablemente más llenas.

Era una línea extraña por la que caminaban Tyghan y ella. De día seguían siendo el exigente comandante de los caballeros y la novata. De noche eran algo diferente, aunque todavía no estaba segura de

qué. Cada noche, las primeras palabras del feérico hacia ella eran siempre rígidas, como si hubiese olvidado cómo mantener una conversación sencilla que no incluyese dar órdenes. Pero poco a poco estaba encontrando la manera de hacerlo. Bristol también. Las palabras salían con mayor facilidad, la rigidez se iba diluyendo. Contaba cada conversación como una victoria. Tyghan estaba aprendiendo no solo a ser civilizado, sino comprometido. Lo mismo que ella.

Bristol no creía que el rey tuviese ese tipo de conversaciones nocturnas con otras reclutas, pero tampoco estaba segura. Era verdad que él había mencionado la necesidad de hacer rondas obligatorias. ¿Sería eso todo lo que ella era? ¿Una obligación? ¿Parte de su trabajo? ¿Serían imaginaciones suyas lo que sentía que había entre ambos?

Esa noche, la luna ya estaba alta en el cielo y Bristol supuso que él no iba a acudir. Se distrajo con otros pensamientos, en especial con su hermana Cat; se preguntó cómo estaría gestionando la responsabilidad de mantener todo en orden en Bowskeep. Cat era organizada y capaz, pero no se trataba solo de tener dinero para pagar las facturas. Se trataba también de tener alguien en quien apoyarse. Bristol siempre había sido esa persona. Se puso en cuclillas con un puñado de guijarros en la mano, luego empezó a presionarlos contra la tierra cerca de la base de un árbol. Primero una «C», después una…

—¿Qué es eso?

Bristol soltó una exclamación ahogada y los guijarros cayeron de su mano cuando se levantó de un salto.

—¿No puedes ser un poco más ruidoso cuando te acercas? —espetó indignada—. ¿O es que te divierte verme saltar del susto?

Tyghan se encogió de hombros.

—A lo mejor un poco. Eres de lo más predecible. —No estaba mejorando mucho en eso de los cumplidos. Sus ojos se desviaron hacia los guijarros incrustados en la tierra—. ¿«C. I.»?

—Iba a ser «C. K.» antes de que me dieses ese susto. Las

iniciales de mi hermana. —Bristol se agachó para recoger los guijarros caídos. Tyghan se agachó a su lado para ayudarla y, al hacerlo, su hombro rozó contra el de ella. Solo ese pequeño contacto absorbió hasta el último ápice de la atención de la joven, e incluso el aroma silvestre de él le pareció embriagador.

—Y este ejercicio lo estás haciendo… ¿por qué? —preguntó Tyghan.

—Estaba pensando en mi hermana. Esta era una peculiaridad suya mientras crecíamos y siempre estábamos en movimiento. Incrustaba piedrecitas en la tierra para crear sus iniciales, luego se preguntaba si seguirían ahí la siguiente vez que pasáramos por el lugar. En campamentos, zonas de descanso, en cualquier parte. Un trocito de sí misma dejado atrás en algún rincón escondido. A veces le tomábamos el pelo al respecto.

Tyghan presionó el último guijarro contra la tierra para completar la «K».

—No hay nada malo en querer dejar atrás algo de ti.

—Supongo que no —caviló Bristol, al tiempo que una melancolía familiar se instalaba en su pecho. Se puso de pie y se sacudió la tierra de los dedos—. Sin embargo, sus iniciales no estaban ahí nunca cuando volvíamos. Siempre me sentí mal al respecto, pero eso no impedía que Cat lo hiciera en la siguiente parada, y en la de después de esa.

—¿Por qué no se limitaba a tallar o a pintar sus iniciales para que fuesen permanentes?

—No, siempre tenían que ser piedrecitas. Decía que eran frágiles, movibles, como una vida humana. Podían desperdigarse por cualquier sitio…

Bristol se dio cuenta entonces por primera vez. A lo mejor Cat no estaba dejando las piedras para que se quedasen en su sitio, sino para poder imaginar a dónde habían ido. A dónde había ido un pedazo de sí misma. Quizás estuviese imaginando una vida diferente para ella y cómo podría ser. Igual que hacía Bristol. Un lugar lejano donde una piedra pudiese caer al suelo y quedarse ahí para siempre.

Un dolor intenso comprimió su garganta.

Tyghan aún esperaba a que terminara su frase. Bristol se tragó el dolor.

—Mi hermana Harper también tiene sus peculiaridades —continuó, para disimular su distracción—. Huele los libros antes de leerlos. Cada vez. Es extraño, ya lo sé. Y compra muchos libros de segunda mano.

—¿Y tus peculiaridades? ¿Tienes alguna?

—Seguro que tengo muchas, pero eso es algo que deberían contar Cat y Harper.

Tyghan cruzó los brazos.

—Pero ellas no están aquí, tú sí.

Sabía bien cuál sería la primera peculiaridad que soltarían sus hermanas de inmediato, porque las hacía estremecerse.

—Me gustan las arañas —respondió, mientras se sentaba en un tronco caído—, y les pongo nombre para que mis hermanas no las maten de un zapatazo. Es mucho más difícil matar algo cuando sabes su nombre. Howard fue la última a la que salvé. —Le contó que la misión de encontrar arañas y llevarlas fuera si una se colaba en casa se había convertido en su trabajo extraoficial—. A mis dos hermanas les aterran, pero a mí siempre me han fascinado. Las arañas son solitarias y artistas, y trabajan con una diligencia admirable cuando tejen sus redes. ¿Sabías que su seda es cinco veces más fuerte que el acero? ¿Te imaginas una espada hecha de ella? —Miró a Tyghan de reojo con las cejas arqueadas—. Solo te lo comento. A lo mejor es algo que querrías investigar. Y las mortajas que crean para sus víctimas… Hay algo elegante y respetuoso en ello. Matar no es un acto irreflexivo para ellas; es un proceso bien planificado.

Tyghan se sentó a su lado.

—O calculador.

—Exacto —dijo Bristol con admiración.

—¿La polilla que queda atrapada en la telaraña también piensa que su muerte es elegante y respetuosa?

Bristol se encogió de hombros.

—Imposible saberlo. Pero es mejor que acabar estampada contra la parrilla delantera de un camión.

—Morir es morir —repuso él—. No hay nada elegante en ello.

Su expresión se tornó dura y distante, y Bristol se preguntó si todavía estaban hablando de arañas.

Pasaron solo unos segundos antes de que Tyghan anunciase que debía marcharse.

Bristol no volvió a verle hasta dos días después.



CAPÍTULO 40



Tyghan escudriñó las sombras. Odiaba aquel bosque oscuro y silencioso. Respiraba. Observaba. Mostraba una quietud letal. Incluso los pasos del caballo quedaban silenciados por la tierra blanda del sendero. Ahí no había parrillas delanteras de camiones, ni arañas a la espera de una víctima, solo otras cien maneras de morir de forma inesperada y dolorosa.

Solo Melizan parecía inafectada por el ambiente lúgubre del bosque.

—¿Alguna noticia de los expatriados? —preguntó cuando se acercó a él a caballo después de cansarse de la compañía de Quin.

Tyghan negó con la cabeza.

—Ninguna que fuese útil. Los otros sabían tan poco de Willow como el *sheriff*, y no la ha visto nadie desde el día que nos llevamos a Bristol.

—¿Y la princesa Georgina? Ella siempre fue muy cotilla y metía las narices en los asuntos de todo el mundo.

—Se negó a recibirme. Demasiado ocupada.

Una sonrisa burlona curvó los labios de Melizan.

—Supongo que no puedes obligar a una princesa a hacer nada que no quiera, ¿verdad?

—Sí, soy muy consciente de ese hecho, alteza.

Melizan se rio.

—Bueno, Georgina viene siempre a la celebración de la noche de Beltane. Puedes preguntarle entonces.

Tyghan no estaba tan seguro. La princesa ya no iba a Samhain después de la cosecha. Al final se acabaría perdiendo también Beltane, y aquel año la noche de Beltane era más crucial que nunca.

—Si es que viene. Ya no quiere tener nada que ver con Elphame.

—Es ese marido mortal que tiene. Yo de ti exigiría su presencia.

—No es súbdita mía, pero Eris le ha enviado una misiva solicitando su presencia.

—¿Solicitando? Menuda pérdida de tiempo más enorme —le criticó—. Yo debería haber sido la reina. No habría solicitudes de ningún tipo.

Melizan siempre hacía que las exigencias sonasen muy sencillas. Georgina era la heredera al trono de Gildawey. Obligarla a hacer algo, si era posible, no encariñaría a Danu con su madre, la reina Alise de Gildawey. Y, en esos momentos, Danu estaba intentando conseguir más espadas largas gildanas. Era el arma preferida en batalla y, puesto que las fuerzas de Danu habían aumentado en los últimos meses, necesitaban más. Forjadas mediante técnicas antiguas con metales desconocidos, tenían un filo tan afilado y resistente que podían cortar por la mitad a cualquier bestia como si fuese mantequilla. Era irónico, porque los gildaweyanos rara vez disputaban batallas, pero seguían pasando de generación en generación su admirado talento. Hacerle exigencias a la princesa en ese momento podría interferir con otras negociaciones, que ya de por sí no estaban yendo bien. La reina Alise ya estaba enfadada por las peticiones constantes de Eris.

—¿Sabes qué, Melizan? Adelante, quédate con mi corona. A lo mejor tus exigencias tendrían más efecto que las mías.

Melizan frunció el ceño.

—¿Qué es esto? Eres un aguafiestas, Tyghan. Acudo a ti con la esperanza de una buena pelea.

—Hoy no tengo ganas de pelea.

—Entonces, a lo mejor sí que debería ocupar yo el trono. ¿No

duermes bien? —Tyghan entornó los ojos—. Ah, ahí está. El letal sello distintivo de los ojos entornados de los Trénallis. Ya sabía yo que la pelea no había ido lejos. No es ningún secreto lo que le hace el acero de demonio a una mente. Al menos ya no, aunque nadie ha revelado tu secreto. No todo el mundo es un traidor, hermano.

—Duermo mejor —admitió—. De un millar de demonios, creo que ya solo me quedan unos pocos cientos. —Su indiferencia forzada salió inexpresiva, así que tragó saliva—. Hace varias semanas que no me atormenta ninguno —dijo en voz más baja—. Supongo que las puertas empiezan a ser más difíciles de encontrar.

—Bueno, no es sorprendente, al menos no con una cabeza como la tuya, dura como una piedra.

Tyghan la miró de soslayo.

—¿De verdad soy tan desagradable como me pintas?

Un resoplido cínico escapó por los labios de Melizan.

—Y más.

Siguieron su camino en silencio, mientras Tyghan sopesaba la verdad de ese comentario.

—Mi madre te quería. Es probable que tú hubieses debido ser la reina.

—Los dos sabemos que concederme el título de princesa de Danu fue una amabilidad por su parte, algo puramente simbólico. Sin la sangre real Trénallis corriendo por mis venas, jamás lograría el apoyo del Consejo, al menos no mientras Cael y tú sigáis con vida.

—¿Estás pensando en remediar eso?

—Siempre lo estoy pensando. Prometo que no será demasiado doloroso.

—Me alegra saberlo.

—Tu madre era una buena mujer. No muchas le concederían un título a la hija bastarda de su marido. Por eso peleo por Danu… Bueno, también porque me gusta pelear…, pero es por ella. No por Cael ni por ti. Y no puedo olvidar que fue la muerte de mi padre lo que la rompió.

—Muchas muertes la rompieron.

—Le importaba todo el mundo demasiado. Por eso yo no me romperé nunca.

—Tú también tienes sangre caliente en las venas, Melizan. Al menos en algunas. Te recuerdo que compartimos el mismo padre.

Melizan suspiró, como si ese hecho la desilusionara.

—Sí, supongo que eso está ahí. Aunque no veo ningún parecido entre nosotros. Sigo en mis trece: mejor hielo que sangre.

—¿Por qué no puedes reconocer sin más que me quieres?

Melizan enroscó el labio de arriba y se estremeció.

—Porque los hermanos y los reconocimientos son aburridos, y los secretos son infinitamente más entretenidos.

Esa era la línea por la que Melizan y él siempre caminaban: el vínculo de sangre de su padre, la veneración por la madre de Tyghan, y los secretos que a su hermana le encantaba guardar.

Por fin emergieron del silencio asfixiante del bosque de Bleakwood, pero incluso sin la espesa cubierta vegetal de los árboles negros, la oscuridad flotaba en el ambiente. El cielo gris se retorcía en lo alto como un dios musculoso a punto de golpear.

Más adelante, sobre los altos acantilados de Mistriven, vieron su destino: el palacio de Skybom. «Palacio» era un nombre generoso para la larga y lúgubre fortaleza de muros gruesos que se asomaba sobre el desfiladero de Balor, el largo entrante del mar Sin Vida, y el reino de Fomoria. Mistriven era el único reino en todo Elphame con una posición tan ventajosa, una desde la que podía incluso espiar a Fomoria, al menos hasta cierto punto.

Los recibió al pie de los acantilados un contingente de guardias nerviosos que los escoltaron por el largo y zigzagueante camino que subía hasta el palacio.

—Esto no me gusta —declaró el rey Merriwincí, al tiempo que se retorcía las manos—. Si os vieran…

—¡Eres el rey! —exclamó Melizan mientras admiraba las vistas, como si fuesen preciosas en lugar de intimidantes—. ¿No recibes visitas nunca?

—Ya no. Y, en especial, nadie de Danu.

Tyghan deslizó la mirada por el horizonte.

—Entonces, hoy es tu día de suerte. No querréis quedaros siempre acobardados a la sombra de Fomoria, ¿verdad?

—Nosotros no estamos acobardados…

La mirada gélida de Tyghan inmovilizó al rey contra el muro de contención al lado del que se refugiaba.

—Sí estás acobardado, Merriwind. Eres débil. Te estoy dando la oportunidad de reforzarte. De ser el tipo de líder que era tu madre, una que estaba pendiente de las amenazas procedentes de los mares del norte. Ahora, ve adentro, pon un chal cálido sobre tu regazo, merienda tu té y tus galletas, y deja que mis oficiales y yo salvemos tu culo inútil.

El rey se fue a toda prisa como le habían dicho, y desapareció dentro de la fortaleza sin un solo gimoteo.

—Eso ha sido un poco duro —comentó Melizan con un alegre tono de aprobación.

Se quedaron fuera en la muralla azotada por el viento, con violentas ráfagas que subían por los acantilados, alanceaban sus caras y zarandeaban su ropa en todas direcciones.

—Ahí abajo —dijo Quin, al tiempo que señalaba hacia un bosquecillo ralo al pie de la vertiginosa caída del desfiladero de Balor —. Con un poco de invisibilidad, eso nos daría una cobertura extra hasta que llegásemos a sus bosques.

—Bordear las cuevas con marea baja sería mejor —objetó Melizan.

Tyghan frunció el ceño.

—Consejo de Cosette, sin duda. Pero si a ella la atrapa la corriente, no se va a ahogar. Ni la van a arrastrar los sirénidos a las profundidades.

—No todos los Consejos de Cosette están destinados a matarte, Tyghan.

—Lo sopesaremos.

La mayor parte de Fomoria estaba asentada entre escarpados riscos yermos. No había ningún camino fácil hasta el centro, donde

estaba asentado el castillo, por no mencionar que no sabían dónde tenían prisionero a Cael. En cualquier caso, estuviera donde estuviese, Tyghan estaba seguro de que no era en el castillo, el cual, durante algún tiempo al menos, había sido de una grandiosidad excesiva. Los fomorianos y su paranoia no permitían que ningún forastero cruzase su umbral.

Sin una decisión definitiva acerca de por dónde y cómo deberían acceder a Fomoria la próxima vez, decidieron partir en un camino que discurriera por la frontera sur, donde los pastores del norte de las Tierras Salvajes habían visto nubes oscuras y ondulantes en el cielo. Era muy probable que ese camino no los condujese a encontrar a Cael, pero varios avistamientos de muertos vivientes en una misma zona podían significar que había un portal cerca. Le dieron instrucciones al rey Merriwind para que apostase a hombres de guardia en las murallas las veinticuatro horas para informar sobre cualquier actividad en el desfiladero de Balor.

—Cualquier cosa, incluso el más pequeño de los movimientos —ordenó Tyghan—. Quiero que todos los pájaros, animales y sombras queden documentados.

—Pero…

—No es una petición, excelencia —dijo Tyghan, al tiempo que daba un paso hacia el rey.

Merriwind meneó la cabeza arriba y abajo, ansioso por que se marchasen ya.

Desde el principio, su camino estuvo azotado por vientos gélidos, lo cual lo hacía aún más desagradable que el bosque de Bleakwood.

—Malditos mares del norte. Enviad una brisa caliente, ¿queréis? —refunfuñó Melizan.

—Eso daría al traste con el objetivo de una partida pequeña —repuso Tyghan—. Queremos pasar por aquí inadvertidos, ¿no?

Melizan ciñó mejor la capa a su alrededor, al tiempo que escupía un bufido de frustración.

—No nos estaríamos congelando el culo para buscar a ese memo egoísta si hubiese utilizado la mitad de su cerebro en lugar de su

polla para tomar decisiones.

Tyghan no iba a discutirle eso. Cael había salido a hurtadillas del palacio sin un contingente completo de guardias para una cita clandestina (no con su prometida), pero lo había hecho docenas de veces antes sin incidente.

—Sea como sea —repuso Tyghan—, le apresaron con una precisión milimétrica. Alguien sabía con exactitud dónde iba a estar y le dio esa información a Fomoria.

Sí, pero ¿quién? Podía haber sido el maestro de cuadras Woodhouse, que había preparado su caballo, o madame Chastain, que le había dado la poción que le había solicitado antes de salir, o Eris, que había reorganizado su agenda, o su primer oficial, que había tenido que posponer su reunión, o Cosette, que había sido la última en verle bajar a hurtadillas por un camino de servicio.

La lealtad de la mayoría de esas personas estaba fuera de toda sospecha, pero Cosette era sirénida, igual que la mayoría de los que frecuentaban las aguas de Fomoria.

—Vas a tener que hacer las paces con Coserte —espetó Melizan, como si le hubiese leído el pensamiento—. Estamos hablando de casarnos.

Tyghan apretó la mandíbula.

—Tener una aventura es una cosa, pero vincular tu corona a una sirénida es otra. Su especie lleva el arte de la traición a niveles desconocidos.

—Es una jodida caballera que ha jurado servirte. ¿Qué narices te pasa?

—Ella fue la última en ver a Cael.

—¿Y qué si lo fue? ¡Eso no demuestra nada!

Desde luego que había más sangre caliente que hielo en las venas de Melizan, al menos en lo que respectaba a Coserte, pero Tyghan no tuvo ocasión de comentarlo.

—Delante de nosotros —susurró Dalagorn.

Tyghan vio la carne desgarrada y los oscuros charcos centelleantes al mismo tiempo, luego el cadáver rosa y despellejado

de un cordero.

El silbido de cuatro espadas cortó el aire y se colocaron en formación. Tyghan levantó su mano libre, listo para invocar cualquier otra energía que pudiera necesitar. Al doblar el recodo, el sendero daba paso a un prado… y a una carnicería espeluznante.

Había pedazos de ovejas, caballos y pastores desperdigados por todas partes. Lo que quedaba de ellos. El ataque había terminado. Parecía el resultado de un frenesí voraz de unos animales borrachos, solo que no se estaban alimentando. Los muertos vivientes estaban recopilando. Estaban cosechando partes de cuerpos. Elegían huesos, cabezas y tendones para crear sus propios cuerpos. Algunas partes del campo estaban quemadas, y el olor nauseabundo a pelo y carne chamuscados asfixiaba el aire.

Quin echó pie a tierra y se arrodilló al lado del tronco sin cabeza de un carnero. Puso una mano sobre su tripa.

—Veinte minutos como mucho. Se nos han escapado por muy poco.



No estaba claro si su pequeño grupo de exploración de cuatro miembros habría sobrevivido a un ataque semejante, en especial si había sido por sorpresa. Hacían falta solo unos pocos muertos vivientes para provocar tanta devastación, sobre todo contra pastores desarmados y ovejas; pero también podría haber sido una enorme manada de criaturas.

Durante horas después de su descubrimiento, rebuscaron por la zona desde tierra y desde aire, con la esperanza de hacer otro avistamiento de las violentas criaturas o de encontrar evidencias de un portal, pero el campo solo les mostró una fachada falsa de serenidad. Tal vez eso fuese lo más inquietante.

No era el primer baño de sangre que había visto ninguno de ellos, pero la imagen del cordero rosa despellejado no hacía más que

rondar por los pensamientos de Tyghan; le revolvió el estómago. La destrucción sin sentido era algo a lo que jamás se acostumbraría. Para cuando regresaron al palacio esa noche, Tyghan estaba decidido a intensificar el entrenamiento. Las reclutas estaban lejos de estar listas para un encuentro con los muertos, sobre todo Keats. La verían como a un corderito.



CAPÍTULO 41



La respiración de Bristol rodaba en nubes oscuras dentro de su pecho; sus ojos conectados con los de Tyghan.

Habían tenido una tarde dura. Tyghan siempre era un instructor implacable, pero ese día había sido aún peor. Bristol se había preguntado si se le habría metido un gremlin dentro mientras estaba en Mistriven. Había forzado a las reclutas más allá de sus límites, sin dejar de ladrarles órdenes en ningún momento. La joven se sintió aliviada cuando el día terminó por fin. Estaban todas cansadas, maltrechas y magulladas mientras recogían sus chaquetas y sus mochilas. Bristol pasó el brazo por encima de los hombros de Avery en un gesto de conmiseración mientras se alejaban cojeando, pero entonces Tyghan ordenó una ronda más en el laberinto.

Bristol se giró como una exhalación hacia él.

—Creo que hoy ya no podemos más.

—No. De eso nada. —Se quedó ahí plantado, rígido. Una columna de piedra con cara de pocos amigos.

—¿Es que nunca te relajas? ¿Nunca estás de *chill*? —La expresión de Tyghan no cambió—. «Estar de *chill*» significa…

—Ya sé lo que significa —respondió.

—¡A juzgar por tu tono, puedo confirmar que no es así! Relájate.

Un coro de respiraciones se contuvieron a su alrededor, pero Bristol estaba demasiado cansada e irritable para amilanarse.

Tyghan dio unos pasos hacia ella para alzarse amenazador por encima de su cabeza.

—Ya juzgar por tu tono, yo puedo confirmar que estás a punto de hacer dos rondas más.

Bristol soltó una carcajada.

—Y yo puedo confirmar que eres un completo iluso.

Tyghan frunció el ceño. Su actitud era como una tormenta oscura a punto de estallar.

—¿Ah, sí?

Quedaban apenas unos segundos para que Bristol aprendiera que no era sensato desafiar a un rey feérico delante de sus oficiales, O de otros reclutas. O quizás de nadie. Nunca.

Tyghan echó un vistazo a las demás reclutas y propuso que Avery hiciera las rondas adicionales de Bristol. Avery palideció.

—Ella n… —Bristol observó a los oficiales con atención. Esa no era una batalla que ella fuese a ganar, no sin que Avery y las otras tuvieran que pagar por ello. Debería haber pensado en eso antes—. Déjalas ir a todas por hoy —dijo en cambio—, y yo haré tres.

Tyghan asintió en señal de aquiescencia.

—¿Ves? Sé muy bien cómo estar de *chill*.

Cuando se giró, ella le hizo una peineta a su espalda.

Más tarde esa noche, cuando Tyghan llegó a la arboleda, Bristol le recibió con una palabra:

—Imbécil.

Él sonrió, impertérrito.

—Pero ¿uno poderoso y petulante?

Dios, cómo odiaba Bristol su sonrisa. Era una maldición. Se frotó los muslos doloridos e hizo un esfuerzo por seguir enfadada.

—Estás tan pagado de ti mismo…

—Sí —convino él—. En el campo de entrenamiento, donde debo estarlo, pero no aquí. Si lo estuviera, te obligaría a dar varias vueltas corriendo ahora mismo.

—¿Con esto? —preguntó la joven, al tiempo que levantaba la gasa de su vestido. Entornó los ojos—. Me encantaría ver cómo lo

intentas.

Esa sonrisa otra vez, como si se lo estuviese planteando.

—Siento haber sido duro contigo hoy, pero en el campo de entrenamiento mis palabras no pueden desafiarse nunca.

—Pero…

—Nunca. No porque sea un imbécil, cosa que admito ser. La verdad es que a veces tengo tantas ganas de dar el día por terminado como todas vosotras. Quizás más. Pero el campo de batalla no es lugar para pensarse las cosas dos veces ni para pedir segundas opiniones. Deben tomarse decisiones duras en una décima de segundo, y mis oficiales o yo somos los únicos que las tomamos. Nadie más. Las órdenes deben seguirse deprisa, o todos estaremos en un lío. Estamos luchando por nuestras vidas y el tiempo no está de nuestro lado. Los ejercicios diarios, ¿para quién crees que es todo eso? ¿Para los oficiales? ¿Para mí?

Bristol se reprimió de poner los ojos en blanco. El sarcasmo de Tyghan no era necesario. Bristol no necesitaba que le recordara cuánta práctica necesitaban todos. Y, sobre todo, odiaba que su lógica fuese correcta. Un día duro no era razón para amotinarse. Aun así, no lograba convencerse para admitirlo.

—Hablemos de otra cosa, ¿vale?

—Muy bien. —Tyghan la miró con atención, con ese irritante aire confiado en la inclinación de su cabeza y la mirada penetrante que hacía que el traicionero estómago de Bristol se convirtiese en gelatina tibia—. Hay algo que hace tiempo que quiero preguntarte.

—¿Sí?

—¿Qué es una lavandería autoservicio?

Bristol arqueó una ceja escéptica.

—Estás de broma, ¿verdad?

—No. Siento curiosidad.

—¿Nunca has leído sobre las lavanderías en una de tus «obras modernas»?

—Supongo que no. ¿Es como un lavadero comunitario?

Bristol se rio con desdén de la idea de un mero lavadero, luego

señaló hacia el banco. Tyghan era de lo más irritante y difícil, y… Bristol tragó saliva. Y era innegable que… muchas otras cosas sobre las que ella cavilaba en medio de la noche. Se maldijo en silencio a sí misma. «No te metas en ese jardín, Bristol».

Tyghan se sentó a su lado y ella se echó hacia atrás mientras pensaba, las palmas de las manos apoyadas en el frío mármol. Él esperó en silencio y la observó con paciencia mientras cavilaba.

Cuando por fin habló, Bristol no se contuvo. Le encantaban las lavanderías autoservicio, y le vendió su magia a Tyghan con entusiasmo, como si fuese una vendedora veterana en una feria.

—Una lavandería es… un lugar maravilloso de nuevos comienzos. Un lugar donde kilómetros y kilómetros de carreteras, de giros equivocados y de contratiempos desaparecen como por arte de magia. Y no solo tus equivocaciones, sino las de todo el mundo. Las lavanderías están llenas de gente que espera salir como un lienzo en blanco. Y lo consiguen por un precio razonable. El ambiente en el interior es cálido y aterciopelado, y vibra con la promesa de que todo irá bien. Cuando era una niña, solía encantarme el tintineo de nuestra lata de monedas cuando mi madre hurgaba en ella en busca del cambio adecuado. Me encantaba el sonido de deportivas, cremalleras y botones golpeando las paredes de las secadoras. Me encantaba el chapoteo de las lavadoras cuando giraban llenas de burbujas jabonosas y mis vaqueros favoritos. Esos sonidos hacían que todo fuese nuevo otra vez.

Tyghan la miró de un modo extraño durante un momento, como si se le hubiese ido un poco la pinza. A lo mejor se había pasado un poquito con su descripción.

—¿Eso es lo que te gusta de ellas, que ofrecen comienzos nuevos?

—Sí —contestó—. Te dan mucho a cambio de tan solo unas monedas. Difícil de superar. Y en días lluviosos y fríos, no hay nada que huela mejor, excepto quizás una cafetería.

—¿Esas también huelen bien?

—Las mejores sí. Ya te lo dije, has estado visitando los lugares

equivocados. —Entonces le habló de sus sitios favoritos: un pequeño bistró en la costa de San Diego; un café de montaña justo a las afueras de Denver; y por supuesto, Déjà Brew, la cafetería donde trabajaba su hermana. Describió sus magdalenas y sus bollos de canela, los cubos llenos de oscuros granos de café tostado procedente de todos los rincones del mundo, la leche dulce y humeante. En ocasiones, mientras hablaba, él la miraba con tal intensidad que no estaba segura de si estaba escuchando siquiera nada de lo que decía. Y el calor abrasador que sentía entonces detrás de las costillas le hacía olvidar lo que iba a decir a continuación, aunque él siempre conseguía llenar el torpe silencio con una nueva pregunta.

—Con todos los pueblos y ciudades en los que has vivido, ¿tenías algún favorito?

—Supongo que cuando era pequeña sí, pero aprendí a no cogerle demasiado cariño a ninguno. No nos quedábamos nunca demasiado tiempo en un mismo sitio.

—Pero ¿alguna vez quisiste quedarte?

Bristol sintió una puñalada en el pecho. Quizás. Sí. Pero se sacudió ese dolor como había aprendido a hacer.

—Quedarnos nunca era una opción. Observaba las vistas bonitas, a la gente bonita, las cosas bonitas, como si fuesen cuadros en un museo. Podía mirar, pero no tocar. Te llevas el recuerdo, eso es todo.

—¿Era suficiente?

Bristol se encogió de hombros.

—Tenía que serlo. No tenía elección.

—¿Por los trows? —preguntó de modo tentativo.

Ella asintió.

—Eramos una familia. Que buscaran a uno significaba que nos buscaban a todos. Todos pagamos el precio.



CAPÍTULO 42



El día de Bristol había empezado razonablemente bien, pero a media mañana el miedo perlaba su frente de sudor. Esmee estaba terminando su última lección, una sobre el tiempo. Con cada palabra nueva que decía, las paredes se cerraban sobre Bristol y empezó a notar la espalda empapada.

—El mundo mortal y el feérico se mueven a velocidades diferentes —les dijo Esmee—. A mí me gusta emplear la analogía de dejar caer dos plumas ligerísimas desde un acantilado en el mismo momento. Caerán al suelo a distintas velocidades en función de las corrientes de aire y por la casualidad de cómo giren por el aire. Pero una siempre aterrizará más tarde y más lejos que la otra. Si las dejas caer de nuevo, caerán con un patrón completamente diferente. Es imposible predecir sus caminos. El tiempo cae de la misma manera, aunque hay dos momentos en el año en que la línea temporal de los mortales y los feéricos está en sincronía: en Samhain y en Beltane, fechas que es posible que conozcáis en el mundo mortal como Día de Todos los Santos y Fiesta de los Mayos. Ese único día es un único día en ambos mundos. —Bristol se echó hacia delante en su asiento—. Aparte de ese momento, el tiempo es errático —continuó Esmée—. Un siglo o un minuto pueden distanciar a un mundo del otro. Mientras que un feérico siempre puede volver al tiempo de su propio mundo, solo un marcador temporal permite a

los mortales volver con seguridad al suyo. Cuando el…

—¿Un qué? —preguntó Bristol en voz alta.

—Un marcador temporal —repitió Esmee—. Las antiguas reliquias fabricadas por los magos de Gorias. El tiempo se sigue moviendo a velocidades diferentes, pero la reliquia marca tu lugar en el tiempo cuando te marchas, con lo que una semana pasada aquí será también solo una semana allí, si alguna vez volvéis. Esa es la razón de que todos recibierais uno, solo por si acaso tenéis más sangre mortal en vuestro interior de lo que creéis.

—Yo no recibí uno —dijo Bristol aterrada—, ¡Yo no recibí un marcador temporal!

—Por supuesto que sí. Una pequeña pieza de oro con un agujero en el centro. Se parece un poco a una moneda.

El terror agarrotó la garganta de Bristol.

«¿Una moneda?».

Soltó una exclamación ahogada.

«No la pierdas. Es tu billete de vuelta a este mundo».

Bristol se levantó de un salto sin explicación alguna y corrió todo el camino desde Ceridwen Hall hasta su habitación. Abrió la puerta de par en par; le quemaba el pecho a causa de su carrera desquiciada. Corrió hasta su mochila y volcó su contenido sobre el suelo. Luego desperdigó, frenética, migas y envoltorios mientras buscaba un destello de oro.

—¡No está aquí! —Sus manos hurgaron a la desesperada entre tampones, pasta de dientes y paquetes de avena, y entonces, cuando lanzó por los aires el envoltorio de una barrita de cereales, vio el pequeño disco redondo de oro. Lo agarró y lo abrazó con fuerza contra su tripa. Un sollozo ronco escapó de su garganta.

«¡Maldito seas, Tyghan! ¿Por qué no me lo dijiste?».

Aunque sí que lo había hecho.

Había sido solo una breve mención, y ella había estado tan abrumada por todo lo demás en aquel momento, que no se había percatado de la importancia del objeto. El zorro emergió de su agujero y mordisqueó las migas que había desperdigado en su

búsqueda, luego corrió de vuelta a su guarida. Con el corazón aún desbocado, Bristol buscó un lugar seguro donde esconder el marcador temporal, uno en el que ninguna mano descuidada ni ningún zorro hambriento pudiera llevárselo.

Sin él, podría perder su antigua vida, y a sus hermanas, para siempre.

Conocía todos los mejores sitios para esconder cosas en la habitación de un motel: en el cojín con cremallera de una butaca, dentro de la barra de la cortina de una ducha, debajo de la cubierta de una tabla de planchar. Pero su habitación no tenía ninguna de esas cosas. Abrió de par en par las puertas de su armario y buscó un sitio ahí; entonces vio sus viejas deportivas al fondo. Extrajo la plantilla de una de ellas y deslizó la moneda debajo, después volvió a guardar ambas deportivas con cuidado en la balda superior, ocultas a la vista.

—¿Va todo bien?

Bristol giró en redondo.

Hollis estaba en la puerta, las otras reclutas justo detrás de ella. Entraron un poco más en su habitación.

—Nos has asustado un poco —dijo Julia.

—Sí, pero cómo corre la tía —exclamó Sashka con una sonrisa radiante.

Bristol tragó saliva.

—Lo siento. Es solo que no estaba segura de si aún tenía el marcador temporal…, y creo que podría tener algo de sangre mortal.

—Eso asustaría a cualquiera, ¿verdad? —comentó Avery.

Hollis se encogió de hombros.

—Ninguna de nosotras sabemos a ciencia cierta qué secretos esconde nuestro árbol genealógico. Es una de esas cosas que las familias tienden a enterrar. Todos tenemos trapos sucios, y alguno de ellos podría ser mortal.

—¿Lo has encontrado? —preguntó Rose.

Bristol asintió.

—Bien. Problema solucionado —sentenció Julia—. Vayamos al

pabellón del comedor antes de las clases de la tarde. Vas a necesitar comida después de esa carrera.

Se dirigieron hacia el comedor común, pero mientras caminaban, Bristol no estaba pensando en comida.

Las palabras de Hollis quemaban detrás de sus ojos: «Todos tenemos trapos sucios». Bristol tenía más que un armario lleno; tenía toda una casa llena de ellos. Y podía garantizar que todos y cada uno eran mortales.



CAPÍTULO 43



—¿Cat? ¿Harper?

Bristol estaba sentada en el suelo del estudio de Tyghan y llamaba a sus hermanas a través del portal, con los ojos clavados en el pequeño cuadrado que veía del lavadero de su casa.

Sin embargo, solo recibió silencio como contestación. Era la segunda vez que sus hermanas no estaban ahí y se le cayó el alma a los pies, aunque aún parecía el mismo cuartito, con el mismo cepillo y recogedor, las mismas cestas rebosantes de ropa sucia.

Eso al menos era reconfortante. Lo más probable era que ya estuviesen en el trabajo o en el colegio.

Les dejó una nota encima de la lavadora.

Todo va bien. Sigo buscando a papá. Hoy voy a investigar otra pista prometedora. Volveré a visitaros pronto.

Os quiero a las dos.

B



Con Tyghan ausente otra vez en labores oficiales del reino, Cully se quedó encargado de acompañar a Bristol hasta un puente en el extremo norte de la ciudad. Eris había dicho que un comerciante de la zona afirmaba haber visto a un mortal alto y demacrado en un camino desierto que discurría por las ciénagas de Bollybog hacía tres días. La palabra «demacrado» captó la atención de Bristol, porque la mayoría de los feéricos eran meticulosos, e incluso su atuendo más simple siempre estaba limpio, pulcro y planchado. Se agarró a ese detalle, porque si su padre estaba huyendo de los trows, no cabía duda de que estaría demacrado. Los caballeros ya habían registrado las ciénagas sin resultado, pero Bristol quería interrogar al comerciante para ver si el hombre que había visto de verdad era su padre. Incluso un posible avistamiento ofrecía esperanzas.

El puente de Mug Ruith era, de lejos, el más ancho de los muchos puentes que había visto Bristol. Tenía tres filas de tiendas y casas divididas por dos bulliciosas avenidas lo bastante anchas para acoger carruajes y carros. Aun así, se apearon de su carruaje en una calle cercana al puente, puesto que no había dónde aparcar. Bristol sonrió para sus adentros, divertida porque incluso los feéricos tuviesen problemas de aparcamiento. A lo mejor algunas molestias eran tan universales como las cucarachas.

Mientras ella iba cautivada por lo que veía en el puente, Cully caminaba despacio con las manos en los bolsillos, aburrido, sin parecer fijarse en nada.

Bristol hizo una pausa para contemplar boquiabierta el escaparate de una tienda donde unos duendecillos del tamaño de su dedo meñique tejían lazos mientras bailaban en círculos. En otra tienda, vio unas preciosas bufandas de punto que le recordaron al trabajo de su madre. Cully se había adelantado varios pasos antes de darse cuenta de que ella se estaba quedando rezagada, pero no se quejó y se limitó a ralentizar el paso.

Su destino final era una tienda de venenos en el otro extremo del puente, pero Bristol se había quedado pasmada observando una tetera que se servía sola. Acababa de conseguir alejarse de ella

cuando un transeúnte encapuchado se interpuso en su camino. Bristol farfulló una disculpa mientras los dos hacían un bailecito adelante y atrás para intentar esquivarse, pero cuando quiso darse cuenta, el bailecito la había forzado a recular por una callejuela oscura.

—Perdone —dijo con firmeza al percatarse de que esa maniobra no había sido accidental. Intentó abrirse paso de malos modos, pero solo se encontró empujada aún más adentro hacia la oscuridad, atrapada en un rincón—. Quítese de mi camino antes de que le…

—Bristol, Bristol, ¿es esa manera de hablarle a un viejo amigo?

Esa voz. Bristol se quedó paralizada y miró con atención a las sombras que rodeaban la cara del desconocido. El hombre retiró su capucha y sonrió, con esa característica sonrisa encantadora que hacía que todas las mujeres de Bowskeep girasen la cabeza al verlo pasar. Aún llevaba el pelo rubio corto por los lados y, en la parte superior, un mechón suelto caía por su frente. Sus cálidos ojos marrones danzaban divertidos.

¿Él también?

«Joder, todo Bowskeep estaba infestado de ellos». Bristol notó las rodillas débiles de pronto, pero después su viejo resentimiento se avivó y las reforzó hasta hacerlas de acero. La ira se había convertido en su nueva mejor amiga.

—¿Qué estás haciendo aquí, Mick?

—Negocios —respondió él.

—Sí, claro. ¿Ahora haces rutas en bicicleta por Elphame? Supongo que esa fue la razón de que te marcharas a toda prisa sin despedirte.

—Exacto. Pero la pregunta más intrigante es ¿por qué estás *tú* aquí?

—No es asunto tuyo. Aunque supongo que ya lo sabes.

Arrugó la nariz y asintió con una asquerosa actitud de superioridad. Hubo un tiempo en que ella creía que esa expresión era solo compasiva. En menudo estado patético debía haberse encontrado por aquel entonces para no darse cuenta antes. Claro

que cuando una persona estaba sufriendo, quizás el sentido común no era tan importante como acabar con el sufrimiento. Y supuso que él también lo sabía.

—Sí, sé por qué —respondió Mick—. Dicen los rumores que estás buscando a tu padre muerto.

—Otro rumor dice que no está muerto.

—¿Quién te dijo eso?

—Una vez más, no es asunto tuyo.

Mick se inclinó hacia ella, al tiempo que aspiraba una bocanada de aire lenta y profunda, como si tomara posesión de hasta el último centímetro de ella. O tal vez estuviese tratando de determinar qué era. «Sí», pensó Bristol. «Soy mortal, pedazo de imbécil. ¿Cómo pude no darme cuenta de que tú no lo eras?». Incluso sin poderes feéricos, ahora era capaz de percibir la magia muy patente por todo su ser. No era tanto un olor como un peso que presionaba hacia abajo, una presencia que consumía el aire y el espacio a su alrededor.

—Vete a casa, Bristol —le dijo Mick, y el brillo de sus ojos se volvió amenazador—. Aquí no hay nada para ti.

—¿Y a ti qué más te da por qué estoy aquí?

—Las mujeres como tú solo acaban heridas en Elphame.

—Las mujeres como yo también acaban heridas en Bowskeep.

Su sonrisa regresó a su cara.

—¿Estás diciendo que me echaste de menos? —Se inclinó hacia delante con rapidez y apoyó las manos en la pared a ambos lados de ella para inmovilizarla—. Podría solucionarlo. Pasamos momentos buenos juntos. Creo recordar que te gustó. ¿Qué tal uno rapidito, por los viejos tiempos?

Bristol sonrió y le sostuvo la mirada de ojos oscuros y ardientes, que acechaban demasiado cerca de los suyos.

—¿En serio, Mick? ¿Tienes tiempo para eso? ¿Para usarme y tirarme a un lado otra vez? Eres asombroso. Cuando te conocí me encontraba en un estado débil. Ya no estoy débil. Quítate de mi camino.

El hombre no se movió, como si estuviese buscando otra de las frases ingeniosas que utilizaba en el pasado para convencerla. O a lo mejor estaba planeando algo más retorcido. Bristol jamás había visto semejante vacío en sus ojos. Como si hubiesen retirado una cortina y solo hubiese una nada hambrienta detrás de ella. Era alguien distinto por completo…, o a lo mejor este era quien había sido desde el principio. Se le puso la carne de gallina. «Unseelie», pensó. Eso era lo que veía. Se apretó más contra la pared.

—Ten cuidado con cómo me hablas —susurró Mick, al tiempo que acariciaba la mejilla de Bristol con un dedo—. Puede que algún día te arrepientas de ello. —La amenaza en su susurro sonó tan afilada como un cuchillo. «Ten cuidado».

Bristol no estaba segura de qué iba a hacer a continuación si él no se movía, excepto quizás darle un rodillazo donde más dolía y cruzar los dedos por que no la convirtiera en una cabra o algo peor, pero entonces él oyó el leve clic y bajó la vista hacia la navaja que sujetaba ella en la mano.

—Quita ese dedo de mi mejilla —dijo—, o lo vas a perder.

Mick sonrió.

—¿Con esa cosita? ¿Crees que *eso* me va a detener? —Se rio entre dientes—. No tienes ni idea del lío en el que te has metido, Bristol. Esto te supera en todos los sentidos. Pero siempre me gustó tu estilo. Tu pasión. —Sus ojos devoraron su boca, después bajaron más allá.

Bristol apretó la mano sobre la navaja, pero justo entonces sonó un grito en el otro extremo del callejón. Alguien dijo su nombre. Bristol vio a Cully correr hacia ella y, en ese mismo instante, Mick se esfumó. Volatilizado. Del mismo modo que había desaparecido Willow. Bristol contuvo la respiración, sorprendida.

—¿Quién era ese? —preguntó Cully cuando llegó hasta ella—. Desapareció antes de que pudiera verle bien.

«Una ilusión», pensó Bristol. Una ilusión que ella se había tragado de manera vergonzosa.

Miró el espacio que Mick había ocupado hasta hacía un instante,

su calor ya desaparecido, el callejón de repente no tan oscuro, como si Mick se hubiese llevado las sombras con él.

—Nadie importante —repuso, reacia a revelar su bochornoso error de juicio—. Solo un desconocido que estaba de paso.

Que era justo lo que él era.



CAPÍTULO 44



—¡Ya basta! —exclamó Tyghan—. ¡Fuera! ¡Tengo otras cosas que hacer! ¡Otros sitios en los que estar!

El ejército de sastres recogió sus bártulos y salió a toda prisa por la puerta. Habían pasado casi una hora en su habitación, preocupados por telas, botones y cintas. Ya tenían sus medidas. Tyghan no entendía en absoluto por qué tenían que estar ahí. Era probable que Eris los hubiese puesto nerviosos. El consejero estaba obsesionado con todos los detalles de la noche de Beltane, decidido a que fuera perfecta, como si la chaqueta de Tyghan fuese a marcar la diferencia entre el éxito y el fracaso.

Se giró hacia su espejo, agradecido por el silencio, y se peinó el pelo con los dedos. No tenía que estar en ningún otro sitio. Había solo un sitio donde *quería* estar, aunque se dijo que no iba a ir. «Esta noche no».

No era un rumbo de acción sensato.

«No voy», repitió mientras se vestía, cambiando de opinión varias veces acerca de qué camisa ponerse. Pero entonces, mientras se ponía los pantalones, pensó: «¿Por qué no voy a ir? Después de todo, soy el rey. Puedo ir a donde me dé la real gana. Es mi deber velar por los intereses de Danu». Y Bristol desde luego que entraba en esa categoría. Solo iba a vigilarla. Un movimiento prudente.

—Es mi deber —susurró, mientras cerraba la puerta a su espalda.

Pero sabía que no era su deber. Bristol se había metido en su cabeza y en su corazón de maneras en las que intentaba ni pensar. A

lo mejor, razonó, solo quería asegurarse de que no había sido tan duro con ella ese día como para incitarla a hacer las maletas y marcharse, con o sin promesa. O solo estaba haciendo que algún aspecto de ese mundo fuese agradable para ella. En verdad, Eris le había aconsejado que fuese civilizado. Y las reclutas feéricas a menudo sentían nostalgia. La veía en sus ojos cuando hablaba de sus hermanas. Estaba preocupada por ellas. Bristol no era la más mayor, pero estaba claro que era la alfa, la protectora del trío. La primera vez que se vieron, casi saltó sobre él por encima de la mesa cuando pensó que estaba amenazando a sus hermanas. Y sí que saltó dentro de Elphame para rescatar a su padre. Lo llevaba en la sangre, la pasión de un caballero, como la que había tenido Kierus en su momento. Cada aspecto de la chica le fascinaba.

Esa mañana, Avery le había contado que el cumpleaños de Bristol había pasado inadvertido justo después de llegar allí. Había cumplido veintidós años y no le había dicho nada a nadie, solo un comentario de pasada a Avery sobre el hecho de que sus hermanas estarían tristes por perderse su cumpleaños. Habían tenido algo especial planeado para ella. Avery había dicho que en el mundo mortal era tradición hacer tartas bonitas para los cumpleaños, pero en las festividades nocturnas de Elphame siempre había mesas largas llenas de tartas extravagantes.

En lugar de eso, Tyghan sacó una piedra pulida del río. Se dirigió a las arboledas con la piedra en el bolsillo, mientras se preguntaba qué opinaría Bristol de la tradición Danu para los cumpleaños. La encontró paseando entre los sauces.

—Bueno, ¿de qué estáis hablando los árboles y tú esta noche?

Tyghan se fijó en la sonrisa que iluminó el rostro de Bristol al verle. Un intenso calor afloró en su pecho.

—De ti —respondió—. Me están contando todos tus secretos.

—Yo no me creería todo lo que dicen. Los árboles tienden a ser unos cotillas.

—Yo los encuentro bastante fiables.

—¿Te han dicho lo que llevo en el bolsillo?

Bristol arqueó las cejas.

—Estábamos a punto de llegar a eso.

Tyghan sacó la piedra de su bolsillo.

—Es por tu cumpleaños. —Explicó su significado y la depositó en la palma de la mano de Bristol—. Cualesquiera fuerzas que tenga la piedra, serán tuyas en tu cumpleaños y en todos los cumpleaños por venir. Pero primero tienes que cerrar los ojos y dejar que su poder fluya dentro de ti.

La ceja izquierda de Bristol se arqueó en ademán inquisitivo.

—Mi cumpleaños fue hace semanas.

Él cerró las manos alrededor de la suya.

—Aun así funcionará. Soy el rey. Puedo estirar la magia un poco.

Bristol soltó una carcajada y cerró los ojos.

—Todavía no siento nada. ¿Cuánto tardará el poder en fluir? —preguntó.

Él la miró. Tenía los ojos cerrados, los hombros relajados, su rostro relucía de la diversión a la luz de la luna mientras le seguía el juego. «Hasta mañana, el día siguiente, el día después de ese», quería contestar, para que ella se quedase ahí, con la mano envuelta entre las dos de él. Pero en lugar de eso, Tyghan retiró las manos despacio.

—Está hecho —declaró.

Bristol abrió el puño y sonrió en dirección a la piedrecita blanca que brillaba con una única mota azul en el centro.

—Es preciosa. —Deslizó el dedo por su superficie—. ¿Ahora podré levantar un coche por encima de mi cabeza?

—No creo. Es una piedra lunar. Pero sí reforzará tus intuiciones y te ayudará a seguir tus instintos. Te traeré la piedra de los coches la próxima vez.

—Gracias. —Bristol continuó admirando la piedra, mientras la giraba para que captara la tenue luz de la luna—. Tendré que pescar piedras del río para llevarles a mis hermanas cuando me marche.

—Echas de menos a tus hermanas.

Bristol levantó la vista de golpe, como si estuviese sorprendida

por que él se hubiese dado cuenta.

—Sí, las echo de menos. Nunca hemos estado separadas demasiado tiempo y me preocupo por ellas. Pero las dos son fuertes y listas. Estarán bien. Aunque Harper está un poco indefensa cuando de un buen libro se trata. Le han hecho creer a pies juntillas en los finales felices.

—Pero ¿a ti no?

Bristol se puso seria.

—La felicidad es escurridiza. Saboreo los momentos que puedo. —Sus ojos se posaron en los de Tyghan durante un momento largo antes de dejar caer la piedra en su bolsillo—. ¿Y tú qué? ¿Echas de menos a tu hermano?

Tyghan tosió. «¿Echar de menos a mi hermano?». Eran casi unas vacaciones no tenerle cerca, excepto por las obligaciones adicionales que ahora recaían en él.

—Claro —contestó.

Un leve resoplido escéptico escapó por los labios de Bristol.

—Vaya, eso ha sido muy convincente. —Bristol se apoyó relajada contra el tronco de un árbol, mientras acariciaba con una mano una de las ramas lloronas—. Yo te he hablado de mi familia. Háblame tú de la tuya. Nunca dices nada de ellos.

El cuello de Tyghan se puso tenso.

—No quieres saber de ellos.

—Claro que quiero. Piensa en ello como otro regalo de cumpleaños.

—No es tu cumpleaños.

Bristol arqueó la ceja izquierda.

A Tyghan le costaba hablar de su familia. Eran complicados. Echó un *vistazo* hacia el camino que conducía de vuelta a las festividades y se frotó el cuello. A lo mejor era buen momento para marcharse.

—¿Cómo es tu hermano? ¿Gracioso? ¿Serio?

Tyghan guiñó los ojos, como si le molestase el sol. Trataba de decidir si contestar o no. Pasó un pie por encima de una roca medio enterrada y se sentó.

—Cael es arrogante, mezquino, exigente y un real grano en el culo, literal.

Bristol se encogió de hombros, impertérrita.

—Así que se parece mucho a ti, ¿no?

Tyghan bajó la vista, intentó disimular su sonrisa y se plantó a cambio una expresión avinagrada cuando volvió a mirar arriba.

—Yo soy una niñera cariñosa comparado con mi hermano.

—Eso dices tú. Yo no *estoy convencida*. —Bristol se sentó a su lado—. Supongo que lo averiguaré cuando le rescatemos.

—Si es que lo hacemos.

Ella suspiró, y Tyghan no estaba seguro de si era por las pésimas probabilidades, o por su pésima actitud, pero lo dejó pasar.

—Bueno, continúa. Cuéntame más cosas sobre tu familia.

Así que lo hizo.

No fue tan doloroso como había pensado. Tal vez fuese la actitud frívola de Bristol la que hizo que todo ello pareciese un asunto menor y no un secreto bien guardado en la corte. Los nobles habían infundido esa sensación en él desde que era pequeño, por la forma en que susurraban por los rincones oscuros sobre su familia, como si hubiese algo sombrío y trágico en ellos. Algo maldito.

—Somos solo mi hermano, mi hermana y yo. Y todos tenemos progenitores diferentes. —Explicó que su madre, la reina de Danu, no había tenido demasiada suerte en sus matrimonios y se había casado cuatro veces—. Su primer marido era un príncipe de Amisterre. Murió pocos días después de casarse, al caer sobre su propia espada. —Tyghan le contó las especulaciones que estallaron de inmediato y cómo su madre había vuelto a casarse deprisa para acabar con los rumores—. En cuestión de un año, nació Cael, pero entonces su padre murió en un encuentro desafortunado con un foso de arena cuando Cael era solo un bebé.

Continuó con el relato de que el tercer marido de la reina había caído presa de una enfermedad desconocida apenas unos días después de casarse; luego se había ido consumiendo y había muerto en cuestión de semanas.

—Lo cual nos trae al marido número cuatro: mi padre. Él llegó al matrimonio con una hija debajo del brazo. Melizan tenía cinco años entonces, y yo nací varios meses después. Nuestro padre duró un poco más que los cónyuges anteriores, pero murió en otro accidente cuando yo tenía siete años. Un ciervo enloquecido le atacó en las Tierras Salvajes. En ese momento, algo murió también en mi madre. Al menos eso es lo que me dice Eris. Yo era demasiado pequeño para entenderlo del todo. Eris dice que se convenció de que le habían echado una maldición que también acabaría con sus hijos. Se adentró en el bosque un día para ahorrarnos ese destino y jamás volvió. Mi hermano tenía solo doce años entonces; le coronaron rey una semana después, con Eris como regente. Yo era el de repuesto, entrenado y destinado a encabezar la orden de los caballeros como su comandante. Hasta hace seis meses, cuando capturaron a Cael. Me apiado de sus captores.

—El hecho de que se lo llevasen a él y no a ti es revelador. A lo mejor pensaron que tú les darías muchos más problemas.

Tyghan sonrió en contra de su voluntad.

—No puedo discutir con eso. En realidad, Cael sí tiene sus puntos buenos. Le encantan las fiestas y las reuniones y nunca recibió una invitación que no le gustara. Cualquier cosa que le alejase del trono. Tiene un verdadero don de gentes. Aunque es algo que puede activar o desactivar, como un grifo. En su mayor parte, *utiliza su* don con los nobles más alejados de Danu. Eso le convierte en un favorito entre ellos, lo cual es muy útil cuando tiene que tratar con otros reinos.

Bristol se frotó la barbilla.

—Punto importante. Está claro que tú no eres el encantador de tu familia. ¿Cómo es Cael más cerca de casa?

—Tacaño con su encanto. Un grano en el culo. Oh, eso ya lo he dicho, ¿verdad? Aunque vale la pena repetirlo. —Bristol se quedó callada, y Tyghan supo que había dicho demasiado—. Pero no quiero que pienses que no se merece que le salvemos.

—Vale —repuso—. Supongo que ninguno de nosotros

mereceríamos ser salvados si solo se nos juzgase por nuestras peores cualidades.



CAPÍTULO 45



La arboleda murmuraba. Se mecía. Las hojas suspiraban. Se había acostumbrado a la chica y a sus visitas nocturnas. Visitas en las que bailaba. Se explayaba. Siempre esperanzada. Los árboles la engullían. Le daban la bienvenida. Ella les recordaba a un niño que antaño trepaba por sus ramas, un niño que también se enamoró bajo las ramas de un bosque. Recordaban al niño, porque los árboles no olvidan nunca; no olvidan el contacto de mortales, criaturas o dioses.

Las pisadas de la chica eran suaves. Los árboles las sentían en sus raíces, en el roce de las hojas caídas, en la esperanza que ella traía de puntillas. Los pasos del dios eran más pesados, pero no menos optimistas: un anhelo profundo que los árboles comprendían bien, el ansia de que una estación terminase… o empezase.

Pero entonces sintieron otro ser que acechaba ahí cerca. Que observaba. No con esperanza, sino con la falta de vida del invierno. Las hojas temblaron, se estremecieron en señal de advertencia. Pero la chica no se dio cuenta. El dios tampoco. Para ellos, era solo primavera.



La música era hipnótica; el aire, fragante, embriagador.

Bristol giraba entre las sombras de la luna. Sus pasos se sincronizaban con los de un fantasma.

Un fantasma que hacía que todas las partes de ella pareciesen vivas.

Contempló las ramas entrelazadas por encima de ella, el manto de estrellas más allá, y sintió una caricia suave como un susurro cerca de la oreja, apenas ahí, pero tan poderosa como una tormenta. Sus párpados aletearon antes de que sus ojos se cerrasen, mientras deseaba que esa caricia invisible la tocara en otros sitios. El cuello. Los labios. Los botones de su vestido…

Le hormigueaban las yemas de los dedos del deseo. Ansiaba deslizar las manos por un pecho desnudo y ardiente, arrastrar las uñas por los duros músculos debajo de este.

La música palpitaba debajo de su piel. Otra cosa palpitaba en su bajo vientre. El son de los tambores. El aire. La espalda que danzaba contra la suya, incluso el sudor de su frente. Todo ello era un elixir que la consumía, la seducía. Contenerse era una tortura, aunque exquisita, como el metal caliente cuando lo bruñían hasta formar una punta afilada. La música se ralentizó. Sus movimientos también. El titilar de las estrellas cesó, esperó, cada centímetro del universo listo para prenderse fuego.

Silencio.

Pasó un segundo, después otro y otro.

«Tyghan», susurró en su cabeza, con la esperanza de que él pudiera oírla.

Y entonces los arcos se deslizaron por cuerdas, los violines emitieron su melodía, el tambor retomó su son, y lo mismo hizo el movimiento de ambos. Era un baile peligroso y tentador, pero ella ansiaba más. Un baile que la ahogase por completo, hasta que ya no pudiera respirar en absoluto.

Con cada paso, se hacía más difícil no querer más de todo. Pero ella también lo entendía, quizás de un modo que nadie más podría.

La exposición.

El riesgo.

La seguridad de la invisibilidad.

Era una línea por la que ella había caminado toda su vida. «Pasos pequeños».

Osciló.

Tragó.

Anheló.

«Dale tiempo».

Y giró entre los brazos de él otra vez.



CAPÍTULO 46



Amanecía, el ambiente aún era húmedo por la neblina matutina. Madame Chastain cruzó las manos con cuidado delante de ella en un intento por contener su irritación creciente. Los caballeros seguían entrando a cuentagotas en la sala circular de la rotonda para luego dejarse caer de cualquier manera en las sillas. «Tarde, todos y cada uno de ellos», pensó, pero con el rey aún ausente, apenas podía regañarlos. No estaba segura de si culpar a la inminente llegada de Beltane y la falta de sueño (incluso los más disciplinados de los caballeros no eran inmunes a su atractivo) o al simple cansancio.

Lo había detectado en Eris la noche anterior cuando estaba tumbado en su cama, en un silencio impropio de él. Eris era un hombre culto y, aunque ella había tenido tres maridos y un número olvidado de amantes, ninguno había sido tan habilidoso y considerado en la cama como Eris. Sabía cómo satisfacer a una mujer y hacerlo le proporcionaba alegría, pero la noche anterior, después de hacer el amor, se había quedado tumbado en silencio, con los ojos clavados en el techo. Cuando ella le había preguntado qué le pasaba, él había suspirado.

—Solo me estaba preguntando cuántas se irán a casa mañana —había respondido.

Hacía tiempo que debía haberse celebrado la reunión de

evaluación, y la pregunta pesaba sobre todos ellos. Encontrar a una candidata que tuviese la marca de sangre era su única esperanza de detener a Kormick. Y con menos de dos meses hasta la Ceremonia de la Elección, los nervios estaban a flor de piel. Eris tenía muchísimas esperanzas puestas en la nueva recluta, pero la Bruja Suprema había estado en contra desde el principio. ¿La hija de un traidor y de una bestia despiadada? No era un origen demasiado favorable. Le había advertido a Eris de ello, pero él la había ignorado. Resultó que los temores de madame Chastain eran infundados. La señorita Keats tenía fuertes lazos mortales, sin ninguna habilidad interior, pero aún no se había animado a decírselo a Eris, al menos no hasta que encontrase a otra persona en la que depositar sus esperanzas.

Más pasos resonaron por el pasillo. El primer oficial de Cael, Sloan, entró y tomó asiento al lado de sus dos caballeros de mayor rango. Melizan y Coserte entraron detrás de él. Eris llegó con prisas pisándoles los talones y, por fin, al menos cuatro minutos después, llegó Tyghan. Sloan miró a Tyghan con desdén por su retraso. Melizan le susurró algo a Coserte y las dos se rieron. La puerta de la rotonda sonó atronadora cuando Dalagorn la cerró. Tyghan tenía un aspecto bastante desaliñado, el pelo revuelto por el viento, mientras ocupaba el último asiento vacío a la mesa redonda del Consejo, con Kasta a un lado, Glennis y Quin al otro. No era propio de él llegar tarde, y la Bruja Suprema se preguntó si sus tormentos nocturnos habían vuelto.



Tyghan miró a los sentados a la mesa, luego le sostuvo la mirada desdeñosa a Sloan. Sabía que el hombre estaba molesto con suposición como rey. Sloan creía que el Consejo se había precipitado al coronar a Tyghan tan poco tiempo después de que se llevasen a Cael. Con el equilibrio de poder a punto de descontrolarse, el

Consejo había estado desesperado por nombrar otro rey deprisa. «¿Qué tipo de nación tiene dos reyes?», había protestado Sloan con vehemencia. «¡Cael sigue vivo!». El Consejo había argumentado que no sabían a ciencia cierta si Cael seguía vivo y, de estarlo, no sabían si alguna vez le recuperarían. La palabra del rey fomoriano era tan fiable como un lobo hambriento con un cordero en el punto de mira. El Consejo insistió en que, en esos tiempos difíciles, Danu necesitaba un líder fuerte con el título completo y todo el poder sobre la nación. Tyghan cedería el título de rey cuando (*si*) Cael regresaba sano y salvo.

En cualquier caso, Tyghan estaba seguro de que era la pérdida de su puesto elevado lo que más molestaba a Sloan. Estaba acostumbrado a ser el primer oficial del rey, y ahora Kasta ocupaba ese puesto, junto con todo el poder que conllevaba. Sloan recibía órdenes de ella ahora, en lugar de ser al revés.

Tyghan apartó la mirada, pues se negaba a que Sloan le arrastrase a su mezquindad. Se alegró de que las reuniones de evaluación fuesen, por lo general, cortas; ya estaba perdiendo la paciencia con esa. Una vez que madame Chastain llamó a los presentes al orden, Esmee y Olivia tomaron el relevo para repasar el progreso de las reclutas en cuestión de maniobras mágicas básicas, desde levitaciones simples a conjurar nieblas cegadoras. Sus recomendaciones, como de costumbre, se repartían en tres categorías: mantener a una recluta para futuras evaluaciones, hacerla progresar y unirse a las filas de los caballeros de servicio, o enviar de vuelta a casa a las que no tenían ningún potencial. Las tres reclutas de Sloan, aunque se había estimado que no tenían la marca de sangre, estaban progresando de manera notable y fueron trasladadas a la guarnición, junto con una de las de Melizan. Nadie objetó cuando una de sus otras reclutas fue propuesta para ser devuelta a casa, pero Eris hizo una mueca cuando Olivia empezó a relatar los pésimos intentos de Keats incluso con los actos mágicos más simples.

—Su entrenamiento de campo también ha sido pobre —se quejó

Sloan—. Ahorremos tiempo y trabajo ahora y librémonos de ella.

La mano de Tyghan se movió de un modo casi imperceptible sobre la mesa. Kasta no perdió ni un segundo. Aunque el rey tenía la última palabra, el protocolo requería que se mantuviese al margen de las deliberaciones. La oficial se echó hacia delante en su silla.

—No —dijo con firmeza—. Es demasiado pronto para enviarla a casa. Todavía hay…

—No es demasiado pronto si no está mostrando progreso alguno, y no lo está haciendo —insistió Sloan—. El tiempo es valioso. ¿Por qué malgastar nuestra energía, sobre todo con la hija del traidor de Celwyth?

Escupió las últimas palabras como una acusación. El desafío vibró por encima de la mesa. Las pezuñas de Glennis arañaron el suelo de piedra como si estuviese a punto de saltar sobre el hombre. Los caballeros de Sloan se pusieron tensos y se inclinaron hacia delante en sus sillas, listos para enfrentarse a ella.

Las reuniones de evaluación a menudo eran tensas, pero rara vez estallaban en enfrentamientos físicos. Eris se puso de pie en un intento de llamar la atención de todos.

—Pero es justo la que podría tener los talentos que necesitamos para…

Pero Sloan no estaba dispuesto a ceder.

—¿Qué talento? ¿El talento para traicionarnos? ¿Quién será el siguiente en recibir la puñalada? ¿Acaso no hemos aprendido todos la lección ya? Enviadla de vuelta antes de…

Melizan suspiró.

—Oh, Sloan, cállate ya. Deja que Tygh se quede con su pequeña alborotadora unos días más. En cualquier caso, todos estamos vigilándola. Se marchará pronto.

El pecho de Sloan se hinchó de la indignación, sus ojos se cruzaron con los de Tyghan, pero al final cedió con un asentimiento rígido. Ni siquiera él quería discutir con Melizan, y las últimas palabras de esta, pronunciadas con certidumbre, debían de haberle tranquilizado.

El resto de la reunión pasó deprisa y, en cuanto madame Chastain la declaró terminada, Tyghan salió corriendo por la puerta.

Kasta le siguió de cerca.

—¿El último en llegar y el primero en marcharte? —dijo cuando le alcanzó—. Madame Chastain apenas pudo reprimirse de hacer un comentario por tu tardanza.

—De camino a la reunión, tres miembros del Consejo nos han arrinconado a Eris y a mí. Estaban furiosos porque se habían enterado del origen de Bristol. Exigieron que nos librásemos de ella.

—*¿Librásemos?*

—No especificaron cómo. Solo quieren que se vaya. Sospecho que se han enterado por boca de Sloan. Joder. Mañana lo sabrá todo el Consejo. Rómpele la nariz o una costilla durante el entrenamiento de los oficiales hoy, ¿quieres?

—Estaré encantada de hacerlo —repuso Kasta con una risita para sus adentros, como si ya estuviese imaginando cómo lo iba a hacer —. Aunque en serio, Tygh, ¿por qué no mandarla a casa? Debemos concentrarnos en las pocas que nos quedan con potencial para ser caballeras o que puedan tener la marca de sangre. La chica fue un buen descubrimiento por parte de Eris, y el equipo ha intentado trabajar con ella, pero Sloan tiene razón, no está mostrando nada prometedor.

—Sois más duros con ella que con las demás reclutas.

—Debemos serlo. Está fracasando.

—Es buena en algunos ejercicios de campo.

—¿Algunos? ¿Ese es tu estándar ahora? Eso no es suficiente ni de lejos, y lo sabes.

Tyghan se quedó en silencio; sus pensamientos se enredaban mientras luchaba contra la verdad. Buscó una manera de contradecir las ideas de Kasta. Cualquier cosa. Al final, echó un vistazo por encima del hombro para asegurarse de que no los seguía nadie demasiado cerca.

—La necesitamos. Aunque no tenga ninguna habilidad especial, sigue siendo valiosa. Es nuestro último recurso. Es la hija de Maire.

—Kasta seguía sin entender lo que le quería decir—. Una *rehén* —susurró Tyghan. La palabra le sobresaltó. Dicha en voz alta, sonaba mucho más siniestra de lo que lo había hecho cuando fue solo un pensamiento lejano en su cabeza la primera noche que Bristol estuvo ahí.

Los labios de Kasta se entreabrieron.

—Oh. —Frunció el ceño mientras sopesaba esa nueva posibilidad —. No es mala estrategia, pero no funcionará. Maire es un monstruo sin corazón, borracha de poder. Antes se comería a sus hijos. No le importará.

—También fue madre. Durante más de veinte años en su mundo. Eso tiene que significar algo, incluso para ella.

—O podría salirte el tiro por la culata y dar rienda suelta a toda su furia. Ahora mismo, puede que solo esté cumpliendo la voluntad de Kormick. Pero dale una razón para abrir de par en par las puertas del infierno, y ¿quién sabe lo…?

—He dicho que es un último recurso. Si… —La frustración de Tyghan fue en aumento—, Danu no va a arrodillarse nunca ante Kormick. Tampoco puedo permitir que el resto de Elphame quede a su merced. Y no dejaré morir a mi hermano para hacerlo.

—Vamos, Tygh, pero si Cael ni siquiera te gusta.

—Sigue siendo mi hermano. —Kasta se encogió un poco—. Puede que no te guste la idea, pero él es el que le resulta familiar a todo el mundo —prosiguió Tyghan—. Y cuando el mundo está cabeza abajo, incluso las reinas y los reyes poderosos buscarán lo que conocen. Eso es lo que quieren ahora mismo: no más cambios. Llevamos semanas negociando con Gildawey para obtener más espadas largas y todavía no han acordado enviarlas. La reina dijo que, si incluso Danu podía caer víctima de Fomoria, ¿de qué servían más espadas? Y necesitamos más espadas. Espadas *gildanas*. Aunque logremos cerrar el portal, aún tendremos que lidiar con el ejército fomoriano. Necesitamos el compromiso de tropas de todos los reinos, y eso no vamos a conseguirlo sin Cael. Además, hice un juramento.

—Estabas prácticamente inconsciente cuando te coronaron.

—Recuerdo lo suficiente, y es un juramento de todos modos.

Un hmm dubitativo rodó por la garganta de Kasta.

—¿Estás seguro de que esa es la única razón de que quieras a Keats aquí? —Vaciló un instante, luego se aclaró la garganta—. No te estaba espiando, Tygh. Solo hacía mi trabajo, me aseguraba de que estabas bien, pero… te he visto bailando con ella.

Tyghan ralentizó el paso. Creía que había sido cuidadoso, pero Kasta le conocía muy bien. Podía detectar las señales reveladoras de su invisibilidad: el leve revuelo de polvo cerca de sus pies, la tenue nubecilla de su aliento en el aire.

—Eso es imposible —dijo de todos modos—. No he bailado con ella nunca.

—¿En serio, Tygh? ¿Vas a usar eso conmigo? Recuerda con quién estás hablando, la niñita a la que convertiste en rana.

—Luego te volví a transformar.

Un leve resoplido escapó entre los labios de Kasta.

—Fueron Eris y cuatro hechiceros más los que por fin me cambiaron otra vez porque tú no recordabas cómo hacerlo. ¡Tuve que comer moscas durante una semana! Pero nunca te guardé rencor por ello porque *te conozco*. Solo sentías curiosidad. Dime, ¿solo es eso ahora? ¿Curiosidad?

Tyghan ladeó la cabeza como si quisiese hacer crujir un hueso en su cuello. Levantó la mano en lugar de responder.

Todo lo que había dicho Kasta era cierto. Kasta, Glennis, Quin y Kierus habían estado con él casi desde la cuna. Guarderías, colegio, clases con Eris como tutor, torneos de entrenamiento avanzado por parte de los mayores dioses guerreros de Danu, y todo lo demás, durante toda su vida. Terminaban las frases los unos de los otros y se completaban los hechizos mágicos entre sí. Los habían regañado y castigado como a una unidad; por lo que fuese que hubiese hecho uno de ellos, los otros siempre habían sido cómplices.

Todo eso había cambiado hacía seis meses. Tyghan había cambiado. Jamás podría volver a ser quien era antes.

—No es lo que crees —dijo, tratando de sonar indiferente. Le explicó que, pocas noches después de llegar, había dejado a Bristol en la arboleda de avellanos, pero que cuando había mirado atrás, la había visto bailar cerca del acantilado con los ojos cerrados—. Sentí curiosidad. Observé cómo se acercaba al borde, pero sin caer en ningún momento. Me pregunté si Eris tenía razón y era verdad que la chica tenía instintos especiales. Luego me preocupé de que pudiese caer por el borde y romperse ese cuello de tonta. Me hice invisible con *glamour* y me interpuse entre ella y el saliente, como protección. Cuando caminó hacia mí con las manos levantadas, yo levanté las mías y entonces…

—De repente estabais bailando. —Tyghan asintió—. ¿Cuántas noches lo habéis hecho ya?

—Vale. Muchas. ¿Qué quieres que te diga, Kasta? Solo es bailar. Me has visto hacerlo cientos de veces.

—No en los últimos seis meses. Y no de este modo. —Hizo una pausa—. Los otros oficiales se están dando cuenta, Tygh —añadió.

Ya lo sabía. Quin le había visto observar a Bristol de lejos y le había dicho: «Ten cuidado con esa». Y Dalagorn y madame Chastain habían lanzado pullas vagas acerca de sus llegadas tardías a los festejos.

—Es solo la estación. Ya sabes lo que le hace Beltane a todo el mundo. Podrías derribarme aquí mismo, en medio de este camino y hacerme lo que quisieras. Y yo te dejaría.

Kasta soltó una carcajada ante esa mentira descarada. Nunca había habido nada entre ellos y nunca lo habría. Eran solo amigos y compañeros en la tropa de caballeros, a pesar de que algunos caballeros eran más que amigos. Kasta y Kierus habían sido amantes ocasionales, pero Kasta había estado dedicada a su condición de caballera en exclusiva, mientras que Kierus había tenido intereses más amplios. Tyghan siempre había pensado que podría desarrollarse algo duradero entre ellos; había estado equivocado también sobre eso. En lo que a Kierus respectaba, había estado equivocado en todo.

Kasta se pasó la mano por la frente, como si Tyghan le estuviese dando dolor de cabeza.

—¿Has pensado en decirle la verdad sobre sus padres? ¿Decirle quiénes eran en realidad?

—Son. Todavía *son* el enemigo. Kierus sigue siendo un traidor que se enfrenta a una condena a muerte. ¿Le digo que si al final le encontramos, se enfrenta al peor castigo que Danu reserva para traidores como él? ¿Que tenemos a un millar de arqueros a la espera de una oportunidad para clavar una flecha en el corazón de Maire? ¿Que no se ha pasado la vida entera huyendo de los jodidos trows sino de nosotros? ¿Crees que entonces querría ayudarnos? No podemos permitirnos decirle la verdad.

Kasta hizo una mueca. Dichas en voz alta, cada verdad era aún más condenatoria que la anterior, y estaba de acuerdo en que eran cosas que Bristol no debería saber nunca.

—¿Durante cuánto tiempo crees que puede continuar esto? Ya estás haciendo malabarismos con lo imposible, al tener que decidir entre la Ceremonia de la Elección y la vida de tu hermano. ¿De verdad puedes hacer malabarismos con una cosa imposible más? Es peligroso tener una relación con alguien a quien podrías utilizar como rehén.

—No tenemos ninguna relación. Hablamos. Eso es todo. Nunca nos hemos… —Sacudió la cabeza y dejó que Kasta terminase la frase por sí sola.

—Hablar puede ser mucho más íntimo que acostarse juntos. Llámalo como quieras, tenéis *algo*, y no es justo para Elphame ni para Danu.

—Yo jamás rompería mi juramento. No soy como Kierus.

—Lo sé, pero también sabes lo que pensará el Consejo si descubren que estás liado con la hija de Maire. Ya están con los nervios a flor de piel y temerán que la historia esté a punto de repetirse. Quiero decir, Tygh, ¿ella, de todas las personas posibles? Hay un centenar de mujeres en la corte que estarían encantadas de salir contigo. Llévate a alguna a la cama. Tienes que mantener a

salvo tu puesto. Y después está Sloan. —Kasta puso los ojos en blanco—. ¡Madre mía! Sería como un caballo en un prado de tréboles a la hora de la cena. Se atiborraría de rumores y los extendería en forma de estiércol hasta que te…

—Ya sé lo que pensarían todos. Deja que yo me encargue de esto, Kasta. Y no le digas nada a nadie sobre nuestros bailes.



CAPÍTULO 47



«Márchate, Tyghan. Márchate como si no me hubieses encontrado».

Las palabras le atormentaban. Eran las últimas que le había dirigido Kierus en toda su vida.

«Márchate».

Pero ahora estaba pensando en Bristol. Una cosa era manipular a alguien a quien odiabas. Otra era manipular a alguien que se había comprometido a ayudarte. Alguien que te gustaba… Más que gustarte. Era una idea que le costaba considerar, mucho menos admitir, incluso para sí mismo.

Se suponía que iba a ser solo un baile. Uno.

Había apartado ese pensamiento de su cabeza una y otra vez, en un intento de encontrar formas de justificarlo, pero no podía seguir haciendo lo mismo. No era la estación. El sentimiento se había colado en su interior, quizás desde el momento en que la había visto por primera vez en la posada. La manera en la que se había mantenido firme, incluso cuando estaba aterrada, cómo le había sostenido la mirada como si estuviese planeando cómo derribarle; después las agallas que había mostrado al volver a la posada para negociar con él, aún temerosa, pero no acobardada. Durante toda la cabalgata de vuelta al palacio, no había podido dejan de ver todos los colores que habían atravesado los ojos de la chica, la tormenta por la que navegaba pero a la que se negaba a rendirse. En ese momento, le había enfurecido, pero también le había cautivado.

Después, una vez en Elphame, había sido una palabra aquí, una mirada allá, cómo se había demorado en lugar de marcharse, conversaciones que habían pasado de enfadadas a relajadas, conversaciones que él había esperado con ansia. Que aún esperaba con ansia. Quería saber las cosas que ella pensaba, las que cuestionaba, las que creía. Las cosas que decía Bristol le hacían pensar de un modo que no lo había hecho desde hacía mucho tiempo. Ella había conseguido revivir algo que había estado muerto en él.

En ese instante, sus pensamientos se desviaban hacia ella con la misma facilidad con la que abría los ojos. Mientras desayunaba, se preguntaba a qué sabía la *pizza*. Mientras estaba tumbado en la cama, resistiéndose a dormir, veía la pálida peca del hueco del cuello de Bristol. Revivía cada palabra que habían intercambiado. Incluso su nombre le atormentaba. *Bri*. Un nombre que ahora ansiaba decir en voz alta. Sentir su sonido sobre su lengua. Ver la reacción de ella. Ella le había invitado a llamarla así desde el primer día en que se vieron, pero ahora parecía demasiado tarde, demasiado íntimo. Por las noches, mientras se dormía, veía sus labios, sus pestañas, y recordaba el contacto de su mano entre las suyas cuando la había ayudado a levantarse del suelo, o cómo el brazo de la joven había rozado el suyo, por breve que fuese el contacto, y el ardor que había dejado a su paso, no solo sobre la piel, sino más profundo dentro de él.

«La estación», se dijo repetidas veces. Pero la estación jamás había tenido este efecto sobre él.

«Hay un centenar de mujeres en la corte que estarían encantadas de salir contigo».

Pero él no las quería.

Quería a Bristol. Solo a ella. De todas las maneras posibles, la quería a ella.

Era tan sencillo y tan complicado como eso.

Hacía que la pantomima de buscar a su padre fuese aún más insoportable. Tyghan ya sabía que Kierus no se acercaría ni de lejos

a ninguna ciudad. Lo más probable fuese que se dirigiera hacia las Tierras Salvajes y, al final, al desfiladero de Balor que llevaba a Fomoria. Ahí era donde una compañía de caballeros estaba apostada, pendientes de atrapar al hombre que ella esperaba con toda su alma rescatar.

«Ella, de todas las personas posibles».

Tal vez Kasta hubiese sido la más directa, pero no era la primera en advertirle. Tyghan estaba cortejando a un desastre, y ya tenía bastante de eso con lo que lidiar. No necesitaba más.

«Márchate».

Pero no se había marchado entonces.

No estaba seguro de poder hacerlo ahora.



CAPÍTULO 48



El antiguo establo crujía, no por la edad, sino de asombro. ¿Quién era aquella nueva visitante? Era probable que el establo fuese la estructura más vieja de todo Elphame, su mortero hecho de magia, sus vigas tejidas con encantamientos, cada piedra labrada a mano por los mismísimos dioses. Los dioses veneraban a sus caballos y dependían de ellos, por lo que prestaban sumo cuidado a los edificios que los albergaban.

Brístol escuchó los suspiros del establo, el curioso hmmm que rondaba alrededor de sus tobillos en una marea invisible, los susurros que podrían haberse confundido con viento soplando a ras de suelo. En cuanto Bristol cruzó la puerta, percibió que ese no era un establo cualquiera, si es que podía llamarse establo. Cada cuadra estaba construida con preciosas piedras talladas que representaban un entramado de hojas y bayas, arcos tensados, escarabajos, astas y manos sujetando fruta. Un bosque de piedra que era, al mismo tiempo, atractivo y agorero. Enormes lámparas de araña con forma de ramas de árbol colgaban de altas vigas por encima del pasillo central. Las puertas traseras de cada cuadra conducían a un prado, y el olor a heno verde y dulce impregnaba el ambiente.

Bristol había llegado temprano, y el maestro Woodhouse, el señor de los establos, emergió de detrás de un roble próximo a la entrada para recibirla. Era spriggano, supuso Bristol, igual que Avery,

aunque bastante más mayor, a juzgar por los líquenes moteados de sus mejillas y las gruesas enredaderas musgosas que bajaban por su espalda jorobada. Puesto que había llegado pronto, el hombre se ofreció a enseñarle el lugar. Estaba muy orgulloso de su puesto y de los animales que tenía a su cuidado, y le contó a Bristol la larga historia de los caballos tuathade, las famosas procesiones que habían encabezado, las batallas que habían ayudado a ganar, los héroes y los dioses que los habían montado, el importante papel que habían desempeñado en dar forma a Elphame.

—Y aquí —dijo el maestro Woodhouse, una vez que dieron la vuelta completa y volvieron a la primera cuadra—, está August, el caballo del rey Tyghan. Solo su majestad lo monta. El mejor corcel de toda la nación. Nadie puede discutir eso.

Bristol observó al gigantesco caballo blanco. El animal le devolvió la mirada con sus enormes ojos negros, evaluándola, mientras un fuego refulgía en algún lugar profundo de sus pupilas. Abrió los ollares con un resoplido desdeñoso, luego salió corriendo por la puerta de atrás para irse al prado.

El maestro Woodhouse se rio bajito, y las pesadas enredaderas que cubrían sus hombros se avivaron unos instantes de un verde más intenso.

—No te lo tomes como algo personal. August tiende a ser poco amigable. Es un caballo de una sola persona, y a lo mejor un poco pagado de sí mismo. Es más rápido que los otros y lo sabe. Y por supuesto, sabe que Beltane se acerca, y él será el principal foco de atención en el desfile…, lo cual me recuerda que tengo caballos que cepillar. ¿Estarás bien si te dejo esperando aquí sola?

Bristol asintió y el hombre se alejó arrastrando los pies. La joven no sabía por qué había querido Tyghan verla ahí. Nunca se reunía con ella en ningún sitio durante el día. La noche anterior, en el Patio del Sol, Rose y Sashka se habían lamentado de que los oficiales iban a seleccionar pronto a las reclutas, y estaban preocupadas por sus perspectivas. Bristol había tenido peores resultados que las dos. ¿Era por eso por lo que Tyghan quería reunirse con ella al amanecer?

¿Para darle la noticia en persona?

Oyó unos pasos fuertes a la entrada. Tyghan dobló la esquina, después se paró en seco cuando la vio. Venía con prisas. Bristol no estaba segura de si eso la agradaba o si debería preocuparse. En cualquier caso, la expresión de su cara, aunque fuese momentánea, hizo que un agradable calorcillo invadiera su bajo vientre. Era real. No planeada. Sin fingimientos. Estaba aliviado de que ella hubiese ido. «No, este rey no me va a mandar de vuelta a casa». Tyghan retiró un mechón de pelo de su frente y la mirada en sus ojos duró una décima de segundo más, pero entonces el fingimiento volvió, tan predecible como la luz del día, como si no tuviese permitido estar contento por algo.

—Has llegado puntual —dijo en tono formal. Era el riguroso comandante de los caballeros una vez más—. Bien.

—¿Qué pasa? —preguntó Bristol.

Tyghan ladeó la cabeza mientras pensaba un momento, trastabillado con la frase. Por bien versado que estuviese en muchísimas cosas, Bristol siempre sonreía ufana para sus adentros cuando algo que ella decía le hacía tambalearse. Nivelaba un poco las cosas. Ojalá pudiese arrastrarle a su mundo un par de días y confundirle por completo.

—Pasa… —respondió al cabo de unos instantes, como si por fin lo hubiese pillado—. Entrenamiento extra. Con palos, para ser preciso.

La condujo fuera, a una estructura adyacente, un recinto de entrenamiento interior. Explicó que los palos eran un arte de defensa antiguo que aprendían todos los feéricos, porque aunque los pillaran desprevenidos en medio del campo, un palo siempre era un arma de la que era fácil disponer. Pese a que la mayoría de los feéricos poseían magia, el enemigo también y, con gran frecuencia, el mundo físico era la última defensa con la que uno podía contar.

—No estoy diciendo que tu padre no te enseñara bien —aclaró—, pero siempre hay más que aprender y la práctica extra podría ayudar.

Con qué iba a ayudar era algo que no hacía falta que dijera. Bristol no estaba destacando en nada más, y los palos eran algo en lo que al menos había tenido una actuación decente durante las prácticas de campo.

El recinto era grande, destinado a caballos. Mucho más grande que lo que necesitaban, y Bristol se preguntó si había elegido ese lugar para practicar porque estaba apartado y ahí no los vería nadie. Como una arboleda lejana a cubierto de la oscuridad. Intentaba ser comprensiva con respecto al recelo de Tyghan, después de la horrible traición que había sufrido, pero ¿cuánto tiempo podía durar aquello? Sí, la confianza del feérico se había hecho añicos, pero aun así, ella empezaba a impacientarse. ¿Acaso no había demostrado ya que era digna de confianza?

Una vez dentro del edificio, Tyghan dio media vuelta y deslizó la mano derecha de manera casual por el aire. Las paredes de piedra a ambos lados de la ancha entrada se extendieron, bloque a bloque, para taponar la puerta. Era la primera vez que Bristol veía a Tyghan emplear la magia, aparte de para esfumarse en la posada. Al parecer, sí que sabía cómo hacer más cosas. Y con muy poquito esfuerzo.

Bristol sintió que la invadía una oleada de ansiedad. Justo cuando pensaba que se estaba acostumbrando a ese mundo, algo como aquello la dejaba descolocada y le recordaba que no era uno de ellos.

—No quiero que me interrumpas —le dijo Tyghan cuando se giró hacia ella—. Hay… —Su expresión cambió, a lo mejor debido a lo de ella—. ¿Pasa algo?

—Me estaba preguntando… —La pegunta que Bristol tenía en la punta de la lengua parecía de lo más absurda. Aun así, nada en ese mundo era convencional, así que ¿por qué no preguntarlo de todos modos y sonar ridícula?—. En nuestro primer día aquí, madame Chastain nos dijo que los primeros tuathade eran dioses. Nos enseñó algunos en una visión brumosa. Supongo que lo que intento preguntar es… ¿eso es lo que eres tú? ¿Uno de esos dioses? Quiero

decir, no un dios dios. Pero ¿uno de ellos? —Los ojos de Tyghan se iluminaron y una pequeña risita sacudió su pecho—. En serio —insistió Bristol—. Quiero saberlo.

Él se encogió de hombros.

—Depende a quién le preguntes. Si le preguntas a Eris, dirá que sí, al menos tal y como son los dioses ahora. Si le preguntas a mis compañeros caballeros, se echarán a reír, pero por respeto dirán que soy un semidiós. Si le preguntaras a los verdaderos dioses, dirían que soy un divertido descendiente lejano. No soy un creador, solo un manipulador de lo que ya existe. Mis talentos palidecen al lado de los suyos, pero en materia de tuathade, pertenezco a la estirpe de Lugh y tengo mi buena dosis de… habilidades.

—Pero ¿por qué molestarte con algo tan burdo como los palos, cuando puedes hacer algo como eso? —Bristol hizo un gesto en dirección a la pared de piedra.

Tyghan le echó un vistazo fugaz a la pared, como si no fuese nada.

—Cuando me enfrento a un enemigo, nuestras magias pueden ser opuestas la una a la otra, lo cual me proporcionaría muy pocos resultados. En ocasiones, echar mano de las herramientas que te proporciona la tierra es lo que inclina la batalla en un sentido u otro. Hay poder en las creaciones de la diosa madre Danu. Siempre lo ha habido.

Tyghan explicó cómo funcionaba su magia: aprovechaba la energía inherente en todo (la tierra, el aire, el agua, el sol, las plantas, incluso las estrellas lejanas), luego centraba, moldeaba y expandía esa energía para un único propósito. Cuando estaba rodeado por un ejército enorme, concentrar la energía sobre todos los rivales al mismo tiempo era casi imposible, en especial cuando algunos de ellos tenían los mismos poderes que él. Dijo que incluso las palabras habladas tenían energía y poder en ellas, y dirigir esa energía mediante encantamientos era lo que madame Chastain y los otros hechiceros estaban intentando enseñar a las reclutas.

—Estoy seguro de que, con el tiempo, madame Chastain os

enseñará todos los distintos tipos de magias, pero no podemos descartar el poder del músculo y el acero, y el del corazón. Todos esos tienen su propia magia, y cada magia tiene su lugar.

Le contó a Bristol que incluso a los grandes dioses, cuando caminaban por esas tierras, les gustaba tener un arado entre las manos, el sol caliente sobre la espalda, el peso de una lanza sujetada en alto por encima de la cabeza y la neblina del mar en la cara mientras cabalgaban las olas en cuadrigas doradas. Esas sencillas acciones también alimentaban sus fuerzas.

Mientras hablaba, Tyghan parecía otra persona, quizás la persona que solía ser antes de que todo se torciera para él, una persona relajada y divertida y considerada, una persona que se paraba a contemplar el mundo con una actitud pensativa y no en enfadados términos absolutos. Así era como discurrían siempre sus conversaciones por las noches. Tyghan se abría como una rara flor nocturna, pero verle hablar de ese modo a la luz del día por primera vez, sin acordarse de estar irritado, o con prisas, o circunspecto, con la voz suave, las manos relajadas a los lados… despertaba en Bristol un hambre por ver más de aquella persona que Tyghan tenía escondida en su interior.

—Los dones de Danu vienen de muchas maneras —continuó—, desde grandiosas hasta humildes. Incluidos los palos. —Hizo un gesto con la cabeza hacia los dos palos de madera apoyados contra la pared—. ¿Probamos?

—¿Qué pasa con la invisibilidad? —preguntó Bristol de golpe.

Tyghan se puso tenso, su postura se volvió más cauta.

—¿Qué pasa con ella? —preguntó a su vez.

—¿Utilizas energía también para eso?

—La invisibilidad es lo contrario que el *glamour*. En lugar de atraer energía hacia ti mismo, lo que haces, en esencia, es dejarla ir. Esa es la razón de que no sea demasiado útil en batalla. Hace que tus sentidos y otros poderes estén menos aguzados.

—¿Sientes menos?

—A veces.

—Entonces entiendo por qué querrías evitarla. Yo no querría sentir menos. Más bien querría sentir… más.

Posó los ojos directamente en los suyos, sin pestañear, con la esperanza de un reconocimiento de sus bailes encubiertos. Quizás, a algún nivel, quería una prueba de que no se lo estaba imaginando todo.

Tyghan se quedó callado y ella se preguntó si había percibido su significado oculto.

—Comprensible —se limitó a contestar él—. ¿Empezamos?

Bristol asintió, mientras dejaba a un lado las cosas que había estado pensando durante semanas, sobre todo de noche, cuando se metía en la cama y deseaba no estar sola.

Se quitó la chaqueta y la tiró sobre un banco.

—No he recibido una clase formal en más de cinco años —le advirtió.

—No pasa nada. Iré poco a poco.

Tyghan agarró ambos palos y le tiró uno a ella. Fueron despacio al principio, con ejercicios simples para calentar. Izquierda. Derecha. Bloqueo. Estocada. Y después más deprisa, a medida que Bristol recordaba los movimientos. Había algo elegante en ello, casi como una danza, pero también algo poderoso y peligroso. La madera cruda se clavaba en las palmas de sus manos. El sudor perlaba su frente. Pasaron a movimientos más complicados en los que rodaban por el suelo, columpiaban los palos y volvían a ponerse en pie de un salto.

Después, cuando combinaron ejercicios, Tyghan empleó el mismo movimiento que la había hecho caer de espaldas una vez, enganchando una pierna por detrás de las rodillas de Bristol. Esta se maldijo por caer (de manera literal) en la trampa de nuevo y se prometió que no sucedería una tercera vez. Pasó al ataque, y entonces él interrumpió el ejercicio para mostrarle dónde le estaba fallando el juego de pies; le explicó también que el movimiento de sus ojos le revelaba demasiado al rival.

—Nunca apartes la vista de la cara de tu oponente, pero debes

ver también todo lo demás al mismo tiempo. No es difícil de hacer.

«Para ti es fácil decirlo», pensó Bristol.

—Mira hacia otro sitio solo si quieres que tu rival piense que hay algo ahí.

Los ejercicios se aceleraron. Los palos entrechocaban, produciendo un sonido crujiente en el aire; los ojos de Bristol estaban fijos en los de Tyghan mientras se anticipaba a sus quites y ataques, mientras tomaba nota de sus idiosincrasias al luchar.

—¿Qué tal lo estoy haciendo? —preguntó Bristol sin aliento.

—Bien. Pero jamás debes…

Entonces ella le clavó el palo con fuerza en la tripa. Tyghan se dobló por la cintura y cayó sobre una rodilla, sujetándose el costado con una mueca de dolor.

Bristol se acercó para cernirse sobre él con la sonrisa de un cazador que observa a su presa derribada.

—¿Jamás debes entablar conversación con tu rival? Es algo que distrae muchísimo. Primera clase de palos, majestad. Creo que es posible que estéis muerto.

Tyghan se dio impulso hacia arriba y Bristol se tambaleó varios pasos hacia atrás, hasta que él la inmovilizó contra la pared, apretando el palo contra los hombros de ella, y su pecho resollando contra el de Bristol.

—Y nunca te tragues una finta. —La voz de Tyghan se volvió ahumada—. ¿Quién está muerta ahora?

Bristol no tenía respuesta. Ni palabras. Todo su interior se derritió hasta convertirse en algo caliente y lioso y hambriento.

Estaba segura de que él tampoco estaba pensando en palos ya.

El aliento de Tyghan era cálido, sus labios a apenas unos centímetros de los de ella. Sin ningún velo invisible entre ambos. Bristol notó la piel ardiente donde los nudillos de Tyghan la rozaban. El calor que se avivaba en ella cada noche cuando unas manos invisibles presionaban contra las suyas era ahora un infierno.

Y Bristol quería más.

—¿Qué te está deteniendo? —susurró al final.

El momento se prolongó, la tensión también. El cuerpo de Tyghan estaba más cerca del suyo, sus labios casi en contacto con los de ella. El fuego en el interior de Bristol se expandió, ansiaba explotar.

Tyghan tragó saliva. Bristol casi podía sentir su corazón martillear dentro de su pecho, pero entonces él cambio su agarre sobre el palo. Pestañeó y dio un paso atrás para soltarla.

—Probemos otra vez —dijo Tyghan, al tiempo que sacudía la cabeza.

Bristol le miró pasmada, sin respiración.

No estaba preparada para seguir como si tal cosa.

Esa vez no.

—¿Probar qué otra vez? —preguntó—. ¿Vamos a limitarnos a seguir con lo que estábamos después de lo que acaba de pasar? ¿Estás negando que haya algo entre nosotros?

Hala, ya lo había dicho. Había salido a la superficie. Ya no había vuelta atrás.

La voz de Tyghan se volvió cortante.

—Estamos practicando con los palos. Eso es todo.

«¿Eso es todo?». Bristol buscó las palabras adecuadas. Su cabeza era un batiburrillo giratorio. ¿Se estaba intentando convencer a sí mismo o quería convencerla a ella?

Tyghan se alejó para recoger el palo que había dejado caer Bristol, luego se lo ofreció.

—¿Y bien?

¿Eso era todo? ¿De vuelta a la práctica, como si no hubiese pasado nada? ¿Como si todas las noches de bailes y deseo no hubiesen existido? ¿Como si él no hubiese sentido nada un momento antes? ¿Durante cuánto tiempo se vería obligada a fingir?

Tyghan esperaba una respuesta, tan firme como una columna.

—He terminado por hoy —declaró Bristol.

—No puedes…

—Puedo hacer lo que me dé la gana. He *terminado*. Ve a buscarte otra compañera de entrenamiento.

Tyghan dio media vuelta, luego giró de nuevo hacia ella, como si pugnase con un pensamiento y, por un momento, Bristol estuvo segura de que iba a decir algo, a explicarse, pero entonces vio cómo cuadraba los hombros y guardaba silencio.

Bristol se dirigió al banco para recuperar su chaqueta.

—¿Sabes?, no eres el único en el mundo que ha sido herido.

Los ojos de Tyghan se volvieron gélidos; la armadura que mantenía siempre cerca volvía a estar en sus manos.

—¿De verdad? —preguntó—. Y aun así, no veo ninguna cicatriz en ti. ¿Dónde están?

Su mezquindad fácil le robó la respiración a Bristol. Si Tyghan no había visto todavía sus cicatrices, era que no estaba haciendo el esfuerzo debido.

—Puedes estar seguro de que mis cicatrices están en lugares que *tú* no verás nunca. —Dio media vuelta para marcharse, pero la pared sólida la obligó a detenerse en seco—. La puerta —exigió, aún de frente a las piedras.

Hubo un leve sonido de pasos arrastrados detrás de ella y la pared retrocedió para dar paso a la entrada de nuevo.

Bristol miró atrás antes de marcharse.

—Y solo para que lo sepas, no estaré en la arboleda de avellanos esta noche.

—Bien. Cuanto antes te reúnas con el resto de nosotros en los festejos, mejor.

Sin inmutarse. Como si él no se hubiese entretenido ahí todas las noches con ella. Como si jamás hubiesen bailado juntos. Como si él no hubiese sentido el deseo que bullía entre ellos. A lo mejor Bristol sí que era solo una obligación en las rondas del rey.

Cuando habló, le ardían las sienes.

—Por supuesto, majestad. No tengo ninguna razón buena para retrasarme. Podéis estar seguro de que no volveré a llegar tarde nunca.

Salió por la puerta a paso airado, de camino a su habitación. ¿Por qué se molestaba siquiera? Danu era igualito que todos los demás

sitios por los que había pasado de refilón durante toda su vida. Una escala temporal y nada más. Entablar relaciones más profundas no tenía sentido. La última vez que había bajado la guardia, Mick la había dejado sin previo aviso y sin explicación. «Engáñame una vez», pensó, tan enfadada consigo misma como lo estaba con Tyghan.

Sintió unos ojos clavados en la espalda mientras se alejaba, pero no miró atrás. Había terminado también con eso.



CAPÍTULO 49



A Leanna Keats no le había hecho falta demasiado para decidir que era buen momento para que su familia siguiera su camino.

«Hay poca gente aquí».

«Los tenderos son unos tacaños».

«El sol es demasiado caliente».

Seguir su camino hacía que las cosas fuesen más fáciles en ciertos aspectos. Ocultaba tus errores, y Bristol había cometido un montón. No sería la primera vez que había imaginado un vínculo donde no había ninguno, cuando imaginaba que había algo más cuando solo había algo menos. A lo mejor todo eso no eran más que delirios suyos, una necesidad de conectar con algo más significativo. Algo duradero. Algo por lo que merecía la pena quedarse.

«Estamos practicando con los palos. Eso es todo».

En realidad, no tendría por qué haberla molestado. Desde su primera relación a los quince años en la parte de atrás de una furgoneta, hasta la última hacía pocos meses con Mick, su vida había estado salpicada de efímeros interludios que tenían todas las características de una máquina expendedora de sándwiches: rápidos, fáciles y olvidables. Pero ¿y si no querías olvidar? ¿Y si todavía querías más?

«Vayamos a la costa. Algo de aire salado sería agradable».

«He oído que hay una buena cantidad de público en la feria de Surrey».

«Seguir adelante».

«Es buen momento para seguir adelante».

Las costumbres irritantes de su madre la atraían. A lo mejor siempre lo habían hecho. Seguir adelante. *Huir*. ¿Por qué se estaba resistiendo a ese impulso?

Seguir adelante, porque no había ninguna razón buena para quedarse.

Bristol levantó la mano para protegerse los ojos del sol, al tiempo que se tragaba el nudo en la garganta. Bajó por el camino a paso airado, luego cambió de dirección para encaminarse hacia el puesto de observación de Thistle, el punto más alto de todo el recinto del palacio. Llegaría tarde a sus clases de la mañana en Ceridwen Hall.

Tampoco era que importase. Había memorizado a la perfección cada encantamiento que le había enseñado madame Chastain, cada matiz sutil, cada inflexión y sílaba, incluso les había añadido una dosis de estilo. Trabajar en un puesto de una feria requería tener buenas dotes teatreras en la misma medida que tener un buen producto. A Bristol le había encantado observar a su padre encandilar al público mientras salpicaba pintura por un lienzo y ellos observaban embelesados, al tiempo que él añadía palabras cautivadoras para cerrar el trato. Bristol había heredado parte de su facilidad para el drama.

Así que, cuando madame Chastain decía que estaba impresionada por la dicción y la pasión de Bristol, sus palabras no eran ninguna obra de caridad. Las decía en serio. No obstante, pese a la pronunciación pulida y la enorme esperanza subsiguiente, el resultado final era siempre el mismo. Nada. Incluso madame Chastain parecía perpleja. El lustre y el estilo solo podían llevar a alguien hasta cierto punto (y todos los fraudes acababan por ser expulsados del pueblo), sobre todo cuando los resultados sólidos eran tan cruciales para un reino entero.

Desde el puesto de observación de Thistle, Bristol apenas

alcanzaba a ver los lejanos picos de Amisterre, el reino más cercano a Danu. Tampoco había ninguna garantía de que fuese a haber trows en Amisterre, pero donde seguro que no los había era donde estaba ella. ¿Por qué no jugársela? No tenía nada que perder. Danu solo le ofrecía callejones sin salida. Bristol debía irse. Pero ahí estaba el dilema. La estrategia de madame Chastain había funcionado: ahora a Bristol le importaba el futuro de Elphame. A lo mejor era por la impresionante colección de arte en el conservatorio, los cuadros de Degas y O'Keeffe que no había visto nunca antes y la habían dejado sin palabras; o a lo mejor era por las espectaculares vistas, el paisaje untado en nuevos colores radiantes para los que Bristol no tenía nombre.

O a lo mejor era por todas las esperanzas que sus compañeras reclutas depositaban en ese mundo, los secretos que le habían confiado porque era su amiga, los nuevos comienzos que esperaban encontrar, igual que ella. O a lo mejor eran las pequeñas cosas cotidianas que tocaban alguna parte sensible en ella, los traviesos duendes que enredaban su pelo con ráfagas de viento y ataques de risa, y después volvían penitentes para alisarlo otra vez y le llevaban dedales de néctar como regalos de contrición.

A lo mejor era sobre todo porque ese lugar había acogido a su padre y le había criado como si fuese uno de los suyos. Ahí era donde había aprendido a pintar, donde quizás había estudiado con hombres como Da Vinci. Donde había aprendido a fabricar cetros con palos para sus hijas y les había proporcionado las habilidades para utilizarlos. Gran parte de lo que él era se lo habían infundido ahí y, a su vez, él se lo había infundido a Bristol. «Este mundo también es parte de mí».

Eran esas cosas las que la hacían reacia a marcharse. Incluso las muecas poco amistosas de los lores y las damas parecían una extraña victoria invertida, porque cualesquiera que fuesen sus defectos que tanto les molestaban, había dejado de importarle. Eso podía reconocérselo a los trows: le habían proporcionado un corazón temerario y habían reforzado su espalda con un lazo de acero al

robarle el derecho a pertenecer a algún sitio. No iban a robarle también a su padre. No sin pelea.

Entornó los ojos para intentar calcular a qué distancia estaba Amisterre. El ojo humano podía ver a poco más de trescientos kilómetros desde unos picos altos en condiciones despejadas, aunque por lo general a mucho menos distancia… Oh, la de detalles que había aprendido de su padre cuando le explicaba los efectos y los trucos de la atmósfera sobre el ojo humano, y cómo trasladar eso a un lienzo plano. Paso a paso, le había enseñado las matemáticas de la perspectiva que utilizaban los maestros.

Miró el sol. Miró las Tierras Salvajes. Esa noche, miraría las estrellas. A su madre le había gustado la oscuridad de la noche por encima de todo y le había enseñado las constelaciones y cómo trazar un camino a partir de ellas. ¿Dónde habría aprendido su madre esas destrezas cuando sabía tan poco sobre tantas otras cosas? Algunas preguntas llegaban demasiado tarde. Algunas preguntas no le estaba permitido hacerlas siquiera. Cualesquiera que fuesen las respuestas, habían muerto con su madre.

Bristol calculó que Amisterre podía estar a unos trescientos kilómetros. Un trayecto largo para recorrerlo en una sola noche, pero tal vez hubiese formas de hacerlo, y eso era algo que a una Keats se le daba bien encontrar. *Formas*. En alguna parte ahí afuera, entre todos esos lugares salvajes, su padre podía estar escondido, esperando que alguien le rescatara. Y ese alguien era ella.



CAPÍTULO 50



Cuando Bristol llegó a Ceridwen Hall, la puerta estaba cerrada con llave y había una nota clavada en ella con una chincheta.

Nadie llega tarde a mis clases.
Y mucho menos tú, señorita Keats.

El maestro Reuben podía haber creído que estaba castigando a Bristol, pero era más bien un regalo bienvenido. Esperó en el pasillo hasta que las otras reclutas terminasen la clase y después fueron juntas a los campos de entrenamiento.

—¿Va todo bien? —preguntó Julia.

—No —respondió Bristol—, Pero os lo explicaré luego.

—Ojalá yo hubiese llegado tarde y me hubieran dejado fuera de clase —comentó Avery.

Hollis aspiró una bocanada de aire escandalizada.

—¿Qué? ¿Y perderte el tedioso bodrio del maestro Reuben? Los ojos de Avery se convirtieron en lunas aburridas. —Ha hablado de los caminantes de sueños y de cómo mantenerlos fuera de nuestras cabezas… *toda* la mañana.

Bristol había oído hablar de los caminantes de sueños, en su mayor parte era gente inocente a la que le gustaba pasear por la noche y caía sin querer en tus sueños. Preferiría acoger a uno de esos en su cabeza mucho antes que tener que escuchar a Reuben.

—Suena como una clase soñolienta. Me alegro de habérmela perdido —comentó Bristol.

Se rieron todas, pero cuando llegaron a los campos de entrenamiento, Sashka soltó un gemido largo y lastimero. El laberinto volvía a estar en su sitio.

—Otra vez no —se quejó Julia—, Creía que habíamos terminado con esa bestia malvada.

Las reclutas subieron las escaleras a la plataforma de observación. Durante las últimas dos semanas, sus clases habían incluido armas y maniobras sobre caballos, lo cual había dado lugar a menos magulladuras… y traumatismos craneoencefálicos. La última vez que les habían obligado a recorrer el laberinto, la violenta rama de un árbol había dejado inconsciente a Avery, y habían tenido que evacuarla del lugar.

Avery suspiró y la maraña de hojas en su pelo se quedó mustia mientras tomaba asiento. Ese laberinto era el triple de grande que los anteriores, y más siniestro. Una retorcida cubierta vegetal se alzaba sobre él cómo viejas arpías conspiradoras y bloqueaba gran parte a la vista, pero no tanto como para que no pudiesen captar atisbos de las sombras que se deslizaban por su interior.

En última instancia, todo se reducía a lo mismo: encontrar esa puerta que se les escapaba, buscar en su interior un testarudo talento latente, e incitarlo a volver a la vida. Nada era más importante que eso.

De todas ellas, Bristol suponía que quizás Julia o Rose tuviesen la marca de sangre, o… En verdad, era imposible saberlo. Cada una tenía sus puntos fuertes y sus momentos de gloria. Incluso los oficiales, que escrutaban cada respiración que realizaban, parecían indecisos. Pero todavía estaban ahí todas, lo cual ya era algo. Eso les subía el ánimo, como si estuviesen destinadas a estar juntas. Como

si se hubiesen convertido en algo unido e irrompible. Aunque eso no eliminaba su preocupación. A lo mejor solo aumentaba las esperanzas de que una de ellas tuviera aquella habilidad olvidada para encontrar puertas invisibles a otros mundos.

Bristol miró de reojo a Avery y deseó poder aliviar su desesperanza. Era probable que Avery fuese la que menos confianza tenía de todas ellas, aunque se había mostrado veloz como el rayo a la hora de utilizar elementos de tierra (había conseguido levantar asfixiantes remolinos de polvo y les había susurrado a las piedras para que se elevasen por el aire y volasen), pero hasta ahora solo por distracción, no para la destrucción. Día a día, se habían ido conociendo mejor todas. En ocasiones, sus bailes juntas hasta altas horas de la noche se habían prolongado con sesiones aún más tardías en la habitación de alguna de ellas, momentos en los que comían y hablaban de Elphame, de Danu e, inevitablemente, de los varios habitantes que habían encontrado ahí.

Bristol había descubierto que, con frecuencia, ese mundo les sorprendía en la misma medida que a ella, incluso en el caso de Julia, que había estudiado largo y tendido sobre Elphame como parte de sus investigaciones en la universidad de París.

—Que te hablen de un mundo y verlo de verdad son dos cosas muy diferentes —les había dicho Julia.

Todas habían crecido en el mundo mortal y, aunque sabían de la existencia de Elphame, no lo habían visitado nunca. Aun así, sus familias habían logrado inculcarles una especie de veneración por su tierra natal, y ninguna de ellas había dudado ni un instante en decir que sí cuando Eris había contactado con ellas. Julia había querido ir desde que era niña, y su tía abuela la había animado a hacerlo, pues siempre afirmaba que Julia estaba destinada a desempeñar un papel importante en Elphame. Sin embargo, entre estudios, relaciones amorosas y responsabilidades en la universidad, el tiempo había pasado hasta que al final, cuando Eris le había pedido que fuera, ella había sabido que era el momento perfecto.

Rose se había entusiasmado con la aventura desde el principio, y

con la oportunidad de poder utilizar con libertad por fin sus habilidades como cambiaformas. «Para ser mi verdadero yo», como lo había expresado ella. Aunque le encantaba tocar el piano, volar por los cielos era su verdadera pasión, y nunca había sido fácil explorar el mundo como un halcón de un tamaño considerable en el corazón de Londres, donde vivía. Bristol encontraba que Rose le recordaba a Harper en muchas cosas: desde su piel marrón clara hasta sus grandes ojos oscuros, pasando por la forma en que se había adaptado a la vida en Danu enseguida. No obstante, una diferencia notable eran sus voces. Harper no tenía ningún problema con el volumen, mientras que la voz de Rose era dulce y angelical, y cuando estaba preocupada, se convertía en un susurro apenas audible.

En un momento de valor, Bristol se había sincerado con ellas sobre lo de no ser feérica mientras trataban de convencerla de que pronto se le daría mejor la magia. No les había hecho jurar que guardarían silencio al respecto, pero sabía que no se lo contarían a nadie.

A lo mejor esa era la razón de que la preocupación de Rose volviera entonces a los trows. Se deslizó por el banco para acercarse a Bristol y poder susurrarle al oído.

—¿Por eso has llegado tarde a clase? ¿Por unos trows?

—No —la tranquilizó Bristol—. Estaba… —Todavía no estaba preparada para hablar de su mañana con Tyghan—. No —repitió—. Todavía no he encontrado a ningún trow.

—¿Soy mala por desear que no los encuentres?

Bristol no tenía respuesta a eso. Era algo que podría haber dicho Harper. En lugar de responder, deslizó la mirada hacia el laberinto a sus pies que aún se estaba transformando, con sus giros y recodos y sorpresas ocultas, un bosque turbulento ansioso por comérselas como si fuesen aperitivos.

—Bueno, ¿creéis que alguna de nosotras por fin saldrá por el otro extremo de ese monstruo hoy?

Rose asintió y agarró la mano de Bristol.

—Sí —contestó con confianza—. Creo que hoy es el día en que venceremos a esa bestia.



CAPÍTULO 51



Tyghan hizo el recorrido a pie con Kasta a fin de prepararlo para la siguiente ronda de sesiones de entrenamiento. Añadieron obstáculos nuevos, como socavones y criaturas atractivas para enviar a las reclutas a su perdición. Cualquier cosa que pudieran encontrar en las inhóspitas Tierras Salvajes que rodeaban Fomoria. Las reclutas gimieron al ver el laberinto, pero sería mejor para ellas fallar ahí que en las Tierras Salvajes.

Tyghan levantó la vista hacia la plataforma de observación por segunda vez. Bristol estaba ahí, pero le ignoró. «Como debería hacer», se recordó.

«¿Qué te está deteniendo?».

Tyghan casi no se había detenido. La necesidad de eliminar esos últimos centímetros que quedaban entre ellos había sido casi dolorosa. Había querido sentir por fin los labios de Bristol sobre los suyos, explorar la dulzura de su boca con la lengua, sentir su cuerpo contra el suyo sin el tenue velo de invisibilidad entre ambos. Había querido tocarla de una manera real y ya se había estado inclinando hacia ella…, pero unas voces se habían avivado en su cabeza, tan indeseadas como los demonios que le atormentaban por las noches. «Márchate. Ya estás haciendo malabarismos con lo imposible. No es justo para Elphame. ¿De verdad puedes confiar en que sea tan diferente de Kierus?». Y después un claro «Para». Porque si se veía

obligado a hacer una elección imposible, elegiría Elphame. Porque le había jurado lealtad a la ley feérica.

«Para» porque si cometía cualquier desliz y Bristol averiguaba de quién había estado huyendo en realidad su familia durante toda su vida, jamás los ayudaría. «Para» porque, al final, la nación que estaba trabajando por salvar era la misma que mataría a su padre y a su madre, y eso pondría punto final a lo que fuese que él tuviera la esperanza de empezar con ella.

Una tarea sencilla, había dicho Eris. Encontrar una puerta y cerrarla. Pero Bristol hacía que fuese complicada. Y tener una relación con ella solo la complicaba aún más. Era de todo menos sencilla.

Pero ya estaba hecho. No había vuelta atrás. Estaba dolida y furiosa, y él se alegraba. La cosa había terminado, «terminado», repetía con un sonsonete recurrente en su cabeza. Tyghan había cerrado esa puerta a cal y canto, de modo que fuese imposible abrirla de nuevo. Levantó la vista hacia la plataforma por última vez, o eso se dijo.

Bristol y las otras reclutas estaban sumidas en una conversación entre ellas. Todas excepto Julia, que tenía los ojos fijos en él, como un gato paralizado, y no apartó la vista cuando él la vio. Quería que supiera que le estaba observando. Que lo había estado haciendo desde el principio.

La noche anterior, Tyghan había estado de pie en el césped cercano al Patio del Sol cuando la mujer le había sorprendido interponiéndose en su línea de visión. Después había girado la cabeza con un gesto significativo hacia donde había estado mirando él: hacia Bristol, que reía y bailaba con Hollis y Rose, mientras su vestido aguamarina revoloteaba por el aire como una ola de agua espumosa.

—Una vista muy agradable, majestad —había dicho Julia, como si le hubiese pillado haciendo algo terrible—. Yo también le he cogido cariño.

—¿Hay algo que pueda hacer por ti, Julia? —le había preguntado

él, con la esperanza de que siguiera su camino cuanto antes.

—¿Sabéis mi nombre? —había respondido ella con una risa alegre—. Estoy sorprendida. Apenas hemos hablado. La mayoría de mis interacciones han sido con vuestros oficiales o con Eris. Es probable que él os haya contado unas cuantas cosas, pero estoy segura de que hay mucho que no sabéis sobre mí. Dejad que me presente mejor. Julia Maélle Dujardin. Mi familia se instaló en Aviñón hace varios siglos. Una guerra en Elphame los incitó a huir al mundo mortal y no regresaron nunca. Se convirtieron en granjeros, entre otras cosas. Y aunque tal vez sea nueva en Elphame, puedo citar a todos mis antepasados hasta la diosa Brigid. Mis padres tenían cuidado con ese tipo de cosas, al igual que sus padres.

—Impresionante —había contestado Tyghan. Dudaba que lo que decía fuese cierto, pero deseaba que se diese prisa en llegar al grano, porque estaba seguro de que la mujer quería algo.

—Así que, como podéis imaginar, estoy bastante interesada en este mundo. Tanto como vos. Es obvio que en estas últimas décadas he dedicado todas mis energías a mi trabajo en la universidad, y admito que mi extenso repertorio de magia estaba muy falto de práctica, dado que vivía en el mundo mortal, razón por la cual estoy aquí. Por fortuna, estoy recuperando deprisa todo el tiempo perdido.

—Julia, si no te importa, tengo otras…

—Deberíais saber, que no tengo la marca de sangre. Confieso que lo he sabido desde el principio. Yo no seré la que abra o cierre puertas para vos, pero no debéis desalentaros. Soy bastante poderosa de todos modos.

En ese momento, Tyghan había devuelto a propósito la vista a Bristol, que giraba despreocupada, levantando las manos con Rose, sin percatarse de que él la estaba observando.

—Sé quién es el Carnicero de Celwyth —había dicho Julia sin rodeos—. Y la bestia de las Tierras Oscuras. —Con eso, Julia había conseguido toda la atención de Tyghan. La mujer se había reído—. No os sorprendáis tanto, majestad. Soy una académica, y la investigación es casi innata en mí. —Su sonrisa se había diluido para

quedar en una línea seria—. También veo cómo podrían sucederse los acontecimientos. Cómo el papel de Bristol en todo esto podría convertirse en algo distinto. Sin duda, vos también. Es un juego peligroso este al que estáis jugando. Os urjo que paréis. —Sus pupilas de gato se habían estrechado hasta formar unas puntas afiladas—. Más que urgiros.

Los ojos de la mujer se habían mantenido firmes, a la espera de que él respondiera.

—Eso suena más a amenaza que a sugerencia.

Julia había vuelto a sonreír.

—Tomáoslo como queráis.

—¿Por qué no me dejas los asuntos de Estado a mí, Julia, y pasas más tiempo demostrando tu poder en el campo de entrenamiento en lugar de soltarme afirmaciones jactanciosas?

Julia había bajado la barbilla en un asentimiento.

—Como deseéis. Buenas noches, majestad.

Pero mientras se marchaba, Tyghan había visto el escueto gesto que había hecho con una mano a su lado, el asomo de unas garras en las yemas de sus dedos. Al instante, el suelo había retumbado y ondulado bajo sus pies, como si un arado hubiese hecho un surco en la tierra, y él había caído hacia atrás sobre el césped. Julia había desaparecido en la noche antes de que él tuviese ocasión siquiera de ponerse de pie otra vez. Tyghan había tenido la intención de hablar con Eris sobre la mujer esa mañana, *pero* los miembros del Consejo se habían abalanzado sobre ellos antes de poder hacerlo.

—Estamos listos —anunció Glennis, interrumpiendo los pensamientos de Tyghan—. ¿Las llamo?

Tyghan asintió y levantó la vista otra vez hacia la plataforma de observación. Melizan, Cosette y Sloan, que no solía observar desde la plataforma, habían ocupado asientos en primera fila, seguramente para tomar notas cuidadosas con las que poder descartar a determinada recluta del grupo. Bristol estaba sentada dos filas más atrás y charlaba con Rose, ajena a su posible destino.

De ahí en adelante, Tyghan se mantendría al margen. Al menos

eso era lo que se prometió.

«¿Estás negando que haya algo entre nosotros?».

Le ardía el pecho y se obligó a apartar la mirada de Bristol. «Terminado», se recordó, mientras se alejaba de ahí.

Decidieran lo que decidiesen los demás, incluso Sloan, él lo respetaría.



CAPÍTULO 52



Un tenue olor a podredumbre, a azufre y a conspiración rondaba por el aire. Igual que la magia tenía un olor, lo mismo pasaba con el caos. Pero el ambiente estaba electrificado en los campos de entrenamiento. La anticipación previa al laberinto estaba en un pináculo atronador. Nadie se había fijado en el caos que se acercaba, tan silencioso como una araña al tejer su tela.

Excepto madame Chastain.

Les dio un codazo sutil a Olivia y Esmee donde estaban todos juntos a la sombra de un roble, observando cómo se desarrollaban los acontecimientos desde la distancia.

—Mirad —las advirtió.

Bristol y sus compañeras reclutas estaban reunidas cerca de la posición de inicio, a la espera de ver quién iría primero, pero parecía estarse produciendo una discusión repentina entre madame Chastain, Tyghan y Kasta. Otros oficiales se reunieron con ellos.

—Relajaos unos minutos —les dijo Cully a las reclutas, al tiempo que iba a ver qué pasaba.

—Será algún cambio de última hora —añadió Glennis, antes de irse detrás de él.

Avery soltó un resoplido tembloroso. Todas estaban estresadas, y esperar solo servía para empeorar las cosas. Querían pasar el mal trago lo antes posible. Sashka sacudió la cabeza, y después hizo el

pino más enfadado que había visto Bristol en toda su vida.

—Ojalá pudiera hacer uno de esos —murmuró Hollis, y sacudió la cabeza a su vez. Sus rizos rubios vibraron por encima de sus hombros.

Julia esperaba ahí cerca y observaba con tal atención la discusión que tenía lugar a cierta distancia que Bristol se preguntó si podía leer los labios.

Rose se acercó con disimulo a la entrada del laberinto, luego arqueó las cejas con picardía en dirección a Bristol.

—A lo mejor echo un vistacito a un par de cosas mientras dilucidan lo que quieren para comer. —Y con eso, se coló en el laberinto sin que la vieran. Bristol no sabía si echar un vistacito por adelantado se consideraba hacer trampas o no, pero si ayudaba a Rose a salir del laberinto, a ella no le importaba.

Bristol volvió a mirar hacia los caballeros, que acababan de dar media vuelta y abrirse en abanico, como si buscasen algo. Entonces les llegó un grito de Olivia, que estaba a cierta distancia, sobre una loma.

—¡Sombra! —chilló, al tiempo que señalaba hacia un pequeño serbal próximo a la esquina del laberinto. Y estalló el caos. Los caballeros echaron a correr en busca de armas.

El sol estaba alto. Había sombras por todas partes y Bristol no entendía por qué una sombra causaba semejante altercado.

Julia observaba con la mirada congelada.

—No está anclada —murmuró.

Bristol seguía sin saber qué significaba eso. Pero entonces lo vio. La sombra remetida bajo el arbusto se movió, cruzó una zona despejada para eludir a sus perseguidores, como si tuviese mente propia.

—¡Apartaos! —gritó alguien desde lo alto. Todo el mundo dejó de correr y Bristol levantó la vista justo a tiempo de ver a Melizan de pie al borde de la plataforma de observación: tenía una lanza dorada preparada en la mano. La tiró a la velocidad del rayo, y su zumbido afilado como una navaja cortó el aire justo por encima de la cabeza

de Bristol. Impacto de lleno contra su objetivo, en medio de la sombra, y dio la impresión de inmovilizarla donde estaba.

Y entonces sucedió algo.

La sombra se transformó y aumentó de volumen. Ya no era una oscuridad plana que manchaba el suelo, sino que cobró forma. Forma humana. Los caballeros corrieron hacia ella y varios se arrodillaron a su lado. Bristol y las otras reclutas se acercaron para ver qué pasaba. Cuando llegaron hasta ella, la figura era humana del todo, un caballero de Danu, con la lanza atravesada en el pecho.

Dalagorn se dejó caer de rodillas y lloró. Quin se acercó a él, luego pasó un brazo alrededor de los anchos hombros del ogro.

Tyghan acunó la cabeza del joven en su regazo.

—No pasa nada, Liam. Shhh. Estás en casa.

—¿Nisa? —preguntó Kasta.

—En paz —respondió Liam—. Se cortó el cuello. —Sendas lágrimas rodaron por los bordes de los ojos del joven—. Como debería haber hecho yo. Fui demasiado lento, lo siento. Os fallé.

—No, Liam —intervino Glennis—. Nosotros somos los que te fallamos a ti. Nosotros… —Se le quebró la voz y apretó la palma de la mano contra su boca.

Los ojos de Tyghan refulgían ardientes. Los cerró un instante, como para bloquear su furia. Retiró un mechón despistado de la frente de Liam.

—Vete a tu merecido descanso, amigo mío. El paraíso te aguarda.

—Lo siento —repitió Liam, que aún se esforzaba por hablar—. Siento haberos fallado. —Cerró los ojos, pero con su último aliento de vida, les dio un consejo—: Huid…, *huid ahora* —susurró.



CAPÍTULO 53



Tyghan depositó con suavidad la cabeza de Liam en el suelo, después se puso de pie y escudriñó el cielo.

—¡Llevad a las reclutas bajo tierra! —gritó.

El corazón de Bristol se aceleró. Ella también la había visto. Una nubecilla negra ondulaba en la distancia. Se acercaba. Sonaron unos cuernos que perforaron el aire en señal de aviso.

Kasta, Glennis y Quin se pusieron en movimiento al instante y empezaron a gritar órdenes sobre la marcha.

Tyghan dio una pasada con la mano por encima de su cabeza, dejando marcas de garras por el brillante cielo. Unas nubes negras y turbulentas brotaron por los irregulares arañazos como tinta burbujeante hasta que, casi al instante, el cielo estuvo oscuro y cargado de una maraña de relámpagos. Bristol se quedó paralizada, aturdida en medio del caos. Unos truenos ensordecedores sacudieron el aire. Tyghan gritó más órdenes a Sloan y su compañía, después proyectó la palma de la mano hacia arriba en un movimiento enfadado, una orden para que los elementos a su alrededor se convirtiesen en más cosas imposibles. El suelo retumbó y unos cristales enormes y afilados surgieron de la misma tierra para crear una especie de muralla puntiaguda y letal.

Los corceles blancos de los caballeros llegaron en cuestión de segundos, invocados desde sus cuadras, y los caballeros se

montaron en ellos con sus espadas y lanzas en mano. Un batallón de arqueros se extendió por el campo de entrenamiento para adoptar sus puestos tras las barreras de púas.

—¡Daos prisa! —gritó un caballero a las reclutas, al tiempo que guiaba a Avery y a Sashka hacia un destino desconocido.

Cully tiró del brazo de Bristol para llamar su atención y agitó una mano en dirección a Julia y a Hollis.

—¡Por aquí!

Julia, sin embargo, corrió en dirección contraria.

—¡Yo puedo ayudar! —gritó.

Cully se giró para llamarla, y ahí fue cuando Bristol se soltó también de su agarre. Rose seguía dentro del laberinto.

Bristol corrió hacia la entrada del centro.

—¡Rose! —la llamó.

¿Es que Rose no oía el pandemonio? ¿Los cuernos y los gritos? A menos que los oyera y no fuese capaz de encontrar el camino de salida. Bristol entró a la carrera sin dejar de gritar su nombre. Sin el equipo para activar los obstáculos, no había palos que se estrellaran contra su estómago, pero los árboles en sí estaban vivos, y las ramas y otras plantas la azotaban y arañaban al pasar. Se agachó, se contoneó, rodó para esquivarlas, pero una le dio de lleno en la cabeza y la hizo tambalearse. Siguió corriendo, con la frente dolorida, y, cuando retiró algo de sus ojos, vio sus dedos manchados de sangre. Corrió más deprisa, segura de que Rose tenía problemas. Después de todo, era una cambiaformas. Podría haberse convertido en halcón y haber salido volando.

Poco después de adentrarse en el laberinto, los sonidos ensordecedores de la batalla se convirtieron en gritos en lo alto. Fueran lo que fueran esas criaturas, ya estaban ahí, y sus alaridos de ataque eran espeluznantes. Bristol vio un atisbo de oscuras sombras fugaces en la cubierta vegetal por encima de su cabeza mientras corría. Los chillidos de esas criaturas, el estrepitoso entrechocar de metal y los gritos de los caballeros formaban un estruendo atronador a su alrededor. Pedazos de criaturas caían al

camino y chorros de sangre llovían sobre ella. El denso hedor a carne quemada flotaba en el aire y Bristol sufrió una arcada. Tragó saliva y siguió adelante, doblando una esquina tras otra, desesperada por encontrar a Rose. Por fin la vio, colgada del revés debajo de un árbol. Estaba atrapada por una maraña de enredaderas que tiraban de sus piernas y brazos en ángulos extraños. Al principio, creyó que estaba muerta, pero cuando dijo su nombre, Rose abrió los ojos con debilidad.

—No podía salir —dijo, y solo ese pequeño esfuerzo la hizo guiñar los ojos del dolor.

—Shhh —la conminó Bristol, y se puso manos a la obra. Retiró primero las enredaderas de la cara y el cuello de Rose, pero regresaban a la misma velocidad que ella las retiraba, decididas a quedarse con su presa. Al final, Bristol recurrió a morder y romper esa maraña enredada. Las enredaderas lloraban savia roja y, poco a poco, fueron retirándose con reticencia hasta que Rose quedó libre. Cayó al suelo, tosió, se atragantó y por fin consiguió respirar hondo.

—¿Puedes andar? —le preguntó Bristol.

Rose asintió, pero cuando Bristol la tomó del brazo para ayudarla a levantarse, la chica gritó de dolor y pegó el brazo a su estómago. No iba a poder salir de ahí volando.

Bristol consiguió ponerla en pie y Rose echó a andar cojeando, su pierna también herida. Sin embargo, mientras recorrían el camino de vuelta, una criatura cayó delante de ellas y les bloqueó la salida. La bestia estaba herida de muerte, pero lanzaba mordiscos al aire y pataleaba con sus pezuñas con garras. Una de sus gruesas alas correosas revoloteaba sin control. La mitad posterior de la criatura había desaparecido por completo, y Bristol imaginó la enorme espada de Kasta cortando a través de ella. ¿Cuánto tiempo tardaría en morir? Tenían que pasar al otro lado.

Entonces Bristol se fijó en otra cosa: la criatura llevaba una montura. «Esta criatura tenía un jinete».

Se llevó un dedo a los labios y escuchó atenta a cualquier otro sonido, temerosa de que el jinete pudiese estar en el laberinto con

ellas, pero con la melé por encima de su cabeza, era imposible discernir nada.

—Tenemos que irnos —le susurró a Rose—. En la otra dirección. Hay otra salida. Y esta vez la vamos a encontrar.



El cielo estaba atestado de hyagenos de garras afiladas, con repugnantes muertos vivientes montados sobre sus lomos. Tyghan, Quin y Kasta luchaban codo con codo, mientras la amenazadora nube de bestias zumbaba a su alrededor y los muertos blandían sus guadañas y sus espadas. En plena lucha, los caballeros esquivaban a las criaturas que caían a su alrededor, ya muertas a causa de la maraña de relámpagos en lo alto. Mientras Tyghan trabajaba para mantener la fuerza electrizante por encima de ellos, también repelía a atacantes, cortándolos en dos de un solo tajo de su espada. La putrefacta sangre negra volaba por el aire y caía en cascada sobre los arqueros.

—¡Debajo de vosotros! —gritó Kasta.

Un demonio sobre un hyageno había bajado en picado y después subió como una exhalación hacia Tyghan, que impulsó a August a realizar una maniobra en espiral. Sin embargo, la criatura subió demasiado deprisa y derribó a Tyghan de lomos de August. El escozor caliente de una garra cortó el muslo del feérico mientras daba volteretas por el aire. La afilada muralla subía a toda velocidad a su encuentro. Tyghan no podía volar, pero fue capaz de frenar su descenso conjurando una corriente ascendente. Eso le dio a August el tiempo necesario para lanzarse en picado, colarse por debajo de él y atraparle al vuelo, e inmediatamente después eran ellos los que volaban hacia arriba al encuentro de la criatura, que había puesto sus miras en Glennis.

La caballera luchaba contra dos al mismo tiempo, sin dejar de columpiar sus espadas, que reflejaban los destellos de los

relámpagos.

—¡Glennis, al este! —gritó Tyghan, con lo que la liberaba para que luchara contra la criatura de su derecha mientras él se encargaba de la otra. El rey cortó en dos a su objetivo, que no se había percatado de su presencia, y tanto el jinete como su montura iniciaron una caída libre que acabó con ambos ensartados en la puntiaguda muralla más abajo. Glennis lanzó una estocada y clavó su lanza entre los ojos del demonio contra el que luchaba; al columpiar la espada de vuelta, cortó el ala de su hyageno. El estridente chillido de la criatura desgarró el aire mientras caía al suelo.

El sudor rodaba por la cara de Tyghan mientras se enfrentaba a una criatura tras otra. Era la manada más grande que habían visto nunca, pero al final dio la impresión de que el ataque amainaba. A continuación, oyó una voz familiar y, una décima de segundo después, el poder de un hechizo se estrelló contra su espalda. El impacto desequilibró a Tyghan por un momento hacia un lado de su silla, pero eso fue todo. Era una magia débil, razón por la cual los muertos preferían sus guadañas. Otro impacto. Servían como distracción mientras Roleck se acercaba y apuntaba con su hoja curva hacia la cabeza de Tyghan. August sabía lo que hacer. El caballo se escoró y giró en redondo, y entonces la espada de Tyghan se encontró con la guadaña.

Roleck sonrió.

—Es un placer volver a verte, joven príncipe.

Era la cuarta vez que se enfrentaba a Roleck en batalla. Las tres veces anteriores, Tyghan le había matado, tanto como se podía matar a un muerto. La cosa con los muertos vivientes era que se aferraban a todas las vanidades que habían tenido cuando estaban vivos, y el orgullo era la más destacada de todas. A Roleck le encantaba que le reconocieran, así que los detalles de su cara no cambiaban nunca, aunque su cuerpo sí lo hiciera. Ser reconocido le hacía sentir como el vencedor supremo, a pesar de sus derrotas anteriores. Siempre volvería y le encantaba recordarle ese hecho a

Tyghan. Exhibía el poder que aún poseía con unas cuantas arremetidas mágicas, pero la cosa siempre acababa por reducirse a la fuerza bruta de las espadas y lanzas. Había algo satisfactorio y seguro en el hecho de controlar los elementos forjados.

A Roleck le gustaba prolongar sus enfrentamientos. Para ello, caminaba en círculo, se agachaba y se elevaba. Eso le daba tiempo para recordar la visita que le había hecho a Tyghan en medio de la noche, cuando había paseado por su mente como si fuese su dueño, y se había apropiado de cada habitación secreta en su interior. Esa vez no fue diferente en nada.

—¿Cómo te sentiste, Tyghan, cuando hurgué en tus pensamientos? ¿Impotente? ¿Violado?

A lo mejor Roleck sacaba esa pregunta de manera tan repetitiva porque sabía que Tyghan todavía sufría las cicatrices de ese recuerdo. La primera vez que Roleck le había provocado con la pregunta, Tyghan se había encogido, aún sensible y asqueado por el encuentro, pero desde entonces había aprendido a enterrar sus emociones. Ahora, su expresión permaneció impertérrita.

—No tan impotente. Te eché con facilidad. Tú fuiste el más débil de todos ellos.

Roleck hizo caso omiso de la pulla y se dedicó en cambio a fanfarronear sobre sus hombros anchos y musculosos.

—Y mira el cuerpo nuevo que he creado. ¿Qué opinas? —Roleck cacareaba como un gallo mientras sus largos brazos columpiaban con violencia la guadaña hacia Tyghan otra vez.

Aunque el rostro siempre era el mismo, los cuerpos cambiaban. Ese tenía unos músculos grotescos y desproporcionados, y la cabeza de Roleck parecía minúscula encima de ese cuello tan ancho.

—Impresionante —repuso Tyghan.

Roleck todavía reconocía una burla cuando la oía, y su ira bulló ardiente.

—Tienes un cuerpo esperándote —gruñó, mientras maniobraba alrededor de Tyghan en un intento de encontrar una ventaja—. Algún día, estarás luchando a mi lado.

Tyghan ya se había hartado de la cháchara de Roleck. Deslizó a toda velocidad la afilada punta de su espada por el cuello del hyageno y, mientras su brazo seguía el movimiento hacia atrás, se lanzó al ataque. Con un espadazo violento, cortó la pequeña cabeza de Roleck de su cuello, lo cual hizo caer al suelo tanto al jinete como a la bestia.

Tyghan contempló desde lo alto los cuerpos desplomados y ensangrentados.

«¿Luchando a tu lado?».

—Hoy no.

Escudriñó las murallas en busca de otro adversario habitual, pero no vio el característico pelo rojo de Braegor abajo, y tampoco le había visto aún en batalla. Braegor era otro de los muertos vivientes que venían con cada ola de ataques, aún más persistente que Roleck, y solía ir en busca de Tyghan y de los oficiales primero.

Tyghan giró por el aire para ver dónde le necesitaban entonces, pero la batalla estaba perdiendo ímpetu. Las primeras bajas habían sido los muertos vivientes que no habían conseguido atravesar la maraña de relámpagos. Sus cadáveres carbonizados habían caído al suelo como langostas fritas. Algunos de los otros muertos habían huido, con caballeros lanzados a su persecución. El resto había muerto en batalla… o estaban a punto de hacerlo.

Todavía había una escaramuza más allá de la parte posterior del laberinto. Melizan y Cosette se estaban enfrentando a tres de los últimos atacantes, pero los estaban repeliendo con gran destreza. Melizan hizo una pausa de un instante para dejar que uno avanzase y, cuando lo hizo, Cosette subió de repente y lo ensartó de la cola al cuello como un pato asado. Los otros dos dieron media vuelta para retirarse, pero Melizan y Cosette se lanzaron a su persecución. Los atacantes no llegarían más allá de unos centenares de metros. La hermana de Tyghan y Cosette formaban un equipo formidable. «Peligroso», como solía recordarle Melizan.

Tyghan miró a su alrededor para asegurarse de que no le necesitaba nadie más. Esa era la primera vez que un escuadrón

había osado adentrarse hasta el corazón de Danu. ¿Qué había incitado aquel ataque? La advertencia de Kormick de no desafiarle en la Ceremonia de la Elección estaba clara. A medida que se acercaba la fecha, ¿creía que Tyghan necesitaba un recordatorio de su fuerza? ¿Acaso no era suficiente retener a su hermano como rehén? ¿O sospechaba algo? Kormick siempre negaba que tuviese nada que ver con los muertos vivientes, y prefería jugar al gobernante virtuoso pero calumniado, uno más que digno de regir sobre todo Elphame. Y, aun así, cada reino que le había desafiado había sufrido el embate de sus ataques hasta que cedían a las exigencias de Kormick.

Tyghan acarició el cuello de August.

—Bajemos. —Cuando August viró en el aire, Tyghan vio a Cully apoyado contra una columna de la plataforma de observación, el pecho empapado de sangre. Madame Chastain y Eris estaba arrodillados a su lado y trabajaban con furia para curarle. Un apretón de la rodilla de Tyghan urgió a August a lanzarse en picado.

En cuanto llegó al suelo, Tyghan saltó de August y corrió hasta Cully. Se dejó caer de rodillas a su lado.

—¿Qué ha pasado?

Madame Chastain suspiró y echó el peso atrás sobre sus pies.

—No te preocupes. La hemorragia ha parado ya. Se pondrá bien.

—Bien, Tygh —repitió Cully, con una sonrisa ladeada en la cara—. Ya la has oído. Corrí a la izquierda cuando debería haber corrido a la derecha. Pero el capullo está muerto. Al final gané yo.

—Bien, excepto por cómo has dejado mi vestido —comentó madame Chastain, mientras miraba los chorretones de sangre que recorrían su regazo—. Y mira cómo has dejado al consejero.

La pulcra túnica blanca de Eris estaba igual de empapada de sangre.

—Deja de hablar —le dijo Eris a Cully—. Ahorra energías. Viene una camilla de camino para ti.

Madame Chastain miró de reojo a Tyghan. Sus ojos y su discreto gesto negativo con la cabeza decían lo que sus palabras ocultaban:

la cosa había estado cerca. Casi le habían perdido. Los élficos eran rápidos y solían ser capaces de evitar resultar heridos por completo, pero eran sangradores.

Tyghan asintió.

—¿Alguna baja más? —preguntó, mientras miraba el campo a su alrededor.

—Dos arqueros. Cortados por la mitad desde atrás. No había *forma de salvarlos* —repuso la Bruja *Suprema*.

Tyghan abrió las aletas de la nariz y sospechó al instante de Braegor como su asesino. Igual que cuando estaba vivo, esa era su especialidad: acechar con sigilo. Así que estaba por ahí en alguna parte. Con suerte, muerto sobre una de las picas de la muralla.

—Aparte de eso —añadió la bruja, al tiempo que tomaba nota del muslo sangrante de Tyghan—, hay algunas garras que extraer y cortes que curar. —Miró a Cully con ojos acusadores—. Y, por supuesto, pociones que preparar para restaurar Cubos de sangre perdida.

Cully se echó hacia delante e hizo caso omiso de la orden de Eris de estarse callado, o quizás estaba demasiado grogui para recordarla. Su cabeza oscilaba inestable.

—Puedo andar. Keats ha desaparecido. Glennis dijo que la había visto correr hacia el laberinto. Ahí es adonde iba cuando me…

En ese momento se cayó hacia atrás, desmayado, justo cuando llegaba su camilla.

«¿Desaparecido? ¿Keats había desaparecido?».

Tyghan se giró para mirar hacia el laberinto. Notó que le palpitaban las sienes.

Levantó la mano para eliminar los árboles y los arbustos, para encontrarla en *ese mismo instante*, pero se frenó a tiempo. Tal vez estuviese atorada en una trampa dentro del laberinto.

Así que en lugar de eso, echó a correr, rezándole a Lugh por no llegar demasiado tarde.



CAPÍTULO 54



El estrépito de las espadas, los gemidos de las bestias, los golpes sordos de los cuerpos al caer y el clamor lastimero de cosas muriendo perforaban el aire alrededor de Bristol. Le ardía la garganta mientras ayudaba a Rose a cruzar el laberinto. La chica iba apoyada en un palo que habían arrancado de los arbustos, el otro brazo pegado al estómago en su agonía. Bristol la sujetaba por la cintura y trataba de mantenerla estable, consciente de que sufría un dolor terrible.

Y entonces, el ruido cesó a su alrededor. Las dos se quedaron paralizadas, sin comprender el repentino silencio. A Bristol le palpitaban los oídos con ese silencio escalofriante.

Excepto por un frufrú de hojas. Y después un crujido. Como de huesos. O de nudillos.

Había algo en el laberinto con ellas.

El frufrú se acercó.

Bristol se llevó un dedo a los labios e intentó transmitirle a Rose con los ojos que debían moverse más deprisa. Rose asintió y salieron disparadas, sin tener cuidado ya del ruido que pudieran hacer. Corrieron por los pasillos. Las zarzas arañaban sus brazos y Bristol tiraba de Rose para que la siguiera, hasta el punto de arrastrarla en algunos momentos, mientras doblaban esquinas desconocidas impulsadas por la desesperación y la esperanza. Sin embargo, el

sonido dentro del laberinto también aumentó.

Respiraciones.

El crujido de pisadas sobre hojas. Las estaba siguiendo.

Bristol sujetó a Rose más cerca de ella. La llevaba casi en brazos y, entonces, tras el último recodo, la salida apareció ante ellas. Lo habían conseguido. El paisaje diáfano detrás del laberinto era visible a través de una estrecha abertura en el seto.

Pero entonces una sombra. Un ruido gutural. Un golpe sordo…

Una criatura se plantó de un salto en medio de su camino. O un hombre. Bristol no estaba segura. Lo único que llevaba eran unos pantalones andrajosos que apenas bajaban más allá de sus rodillas, y una espada envainada a la espalda. Tenía unos músculos exagerados, el pecho ancho, con gruesas venas abultadas en la superficie de su piel como si le hubiesen vuelto del revés. Tenía el pelo alborotado, de un rojo intenso, y unas cuencas profundas y oscuras rodeaban sus ojos de un amarillo bruñido. Su mano se cerró en un puño apretado y sus huesos crujieron en anticipación. Pero lo que más miedo daba de todo era su expresión. Una sonrisa curvaba los bordes de sus finos labios grises, más humanos que el resto de él.

—¿Me conoces? —preguntó.

Podía hablar. Y su voz sonaba extrañamente refinada. Como la voz demasiado educada de algún documental anticuado.

Un escalofrío de miedo bajó reptando por la espalda de Bristol. Empujó a Rose para ponerla a cubierto detrás de ella, aunque le quitó el palo de la mano en el proceso. La criatura entornó los ojos cuando Bristol sujetó el palo en una postura de bloqueo.

—Deberías apartarte —le dijo Bristol con calma—. Vamos de camino a la salida.

—¿Me conoces? —preguntó esa cosa otra vez.

¿Deberían dar media vuelta y huir en dirección contraria?

No, la entrada estaba demasiado lejos, y Rose demasiado débil. Jamás lo lograrían.

—¿Puedes correr solo un poco más, lo justo para superarle?

¿Correr por tu vida? —susurró Bristol.

—Sí —contestó Rose con su propio susurro.

—A mi señal —le dijo Bristol.

—¿Es que no tienes orejas, chica? —gritó la criatura—. ¡Te he hecho una pregunta! ¡¿Me conoces?!

Bristol le miró con atención. Tragó saliva. Intentó encontrarle un sentido a esa pregunta y por qué importaba. Estaba claro que era muy importante para él. Estaba empecinado en recibir una respuesta, pero ella no tenía ni idea de quién era.

—¿El hombre de la televisión por cable?

—¡Braegor! —gruñó él—. Y prometo que jamás volverás a olvidar mi nombre.

La criatura avanzó hacia ellas, y ahí fue cuando los ojos de Bristol saltaron a un lugar justo detrás del hombro de esa cosa.

—¡Ahí estás! A lo mejor puedes decirle a esta criatura que…

El hombre apenas miró atrás, pero Bristol aprovechó esa décima de segundo para lanzarse al ataque, al tiempo que le gritaba a Rose: «¡Ahora!». Incrustó el palo contra el estómago de la criatura, justo debajo de sus costillas. Más allá de un leve gruñido, no tuvo ningún efecto en absoluto, aparte del de enfurecerla. Columpió su enorme brazo, con el que golpeó el estómago de Bristol y la lanzó volando por los aires pasillo abajo. La joven se estrelló de espaldas contra el suelo y todo el aire salió de golpe de sus pulmones. Rose, por su parte, consiguió superar a la criatura, pero esta estiró un largo brazo, la agarró y la levantó del cuello. La mano apretada. El crujido cortó a través de Bristol. ¿Eran los nudillos de esa bestia… o los huesos del cuello de Rose?

Boqueó en busca de aire, luego gritó: «¡No!», mientras recuperaba el palo a toda prisa y arremetía contra el hombre otra vez. Cuando practicaba con su hermana, tenían prohibido golpear la mayoría de las partes del cuerpo, sobre todo la cabeza, pero cuando estabas luchando por tu vida, la cabeza era un blanco más, en especial la…

Golpeó el hombro de la criatura primero, una *finta* para que

girase la cabeza y después, con hasta el último ápice de fuerza que poseía, incrustó el extremo del palo en la cuenca de su ojo. El hombre aulló y lanzó el cuerpo inerte de Rose a un lado. La chica aterrizó con un golpe sordo no lejos de la salida.

«¡Levántate, Rose! Corre».

Pero no se movió. Braegor se alzaba entre ellas mientras hacía aspavientos y gemía. Una repugnante sustancia gelatinosa rezumaba de la cuenca de su ojo.

—¡Rose! —gritó Bristol. El cuerpo sin vida de la joven no se movió. Un calor enfermizo incendió la piel de Bristol. «Rose». Esto no podía estar sucediendo. No podía estar…

Braegor rugió y arrancó el palo de su ojo, antes de tirarlo a un lado. Se sujetaba el lado de la cara y alternaba entre mirar a Bristol y a Rose con el ojo que le quedaba, mientras ese espantoso flujo escapaba entre sus dedos retorcidos.

Bristol le sostuvo la mirada, lista para huir, con la cabeza palpitante de ira y miedo, pero quería que la criatura fuese a por ella, no a por Rose.

—¿Sabes tú mi nombre? —chilló—. ¿Lo sabes? ¡Es Bristol Keats! ¡Y creo que después de hoy, tú tampoco vas a olvidarlo jamás!

Pero no hubo tiempo para huir. De un solo salto, la criatura estaba sobre ella y solo su ímpetu la lanzó hacia atrás un par de metros. El hombre aterrizó encima del pecho de Bristol y su peso le sacó todo el aire de los pulmones. Luego cerró las manos alrededor de su cuello y apretó…, pero despacio. Era como si estuviese obteniendo energía de su muerte y quería que durase.

«*Ara cantu mai yuroneis. Tera ohm anasie te elufarra…*». Bristol no podía hablar, pero repitió en su cabeza los encantamientos que había memorizado, con la esperanza de que, quizás esta última vez, su esfuerzo pudiese funcionar. No lo hizo. En lugar de eso, los bordes de su mundo se volvieron grises. La leve sonrisa de la criatura se volvió borrosa. «*Ara cantu…*».

Pero entonces vio algo detrás de esa cosa. Movimiento. Un destello de color. Alguien. El mundo iba y venía, se apagaba.

La criatura se rio, convencida de que era otro truco.
No se giró para ver lo que veía Bristol.



CAPÍTULO 55



—¡Braegor! —gritó Tyghan.

La criatura era rápida. Dio media vuelta y se levantó de un salto. En el mismo movimiento, desenvainó su espada y la punta acabó plantada sobre el cuello de Bristol.

—¿Cómo de rápida es tu magia, Tyghan? —preguntó Braegor—, ¿Lo bastante?

Tyghan se quedó paralizado, aterrado porque el más leve movimiento o gesto suyo pudieran hacer que esa espada se clavase hacia abajo. «No», pensó Tyghan, con los ojos clavados en la punta de la hoja que rozaba el suave hueco del cuello de Bristol. «No es lo bastante rápida». Braegor no tenía nada que perder, mientras que Tyghan podía perderlo todo. Una palabra, un gesto, cualquier cosa que pudiese ser un indicio de que iba a invocar su magia podía ser desastrosa. Había algunas heridas que ni él ni un reino entero de hechiceros podían curar. Braegor se rio.

—Ah, mírate ahora, joven Tyghan. ¿Adónde han ido toda tu arrogancia y tu fuerza? Parece que he encontrado tu punto débil. Pareces un ciervo joven con las astas enganchadas entre dos árboles. Esas astas afiladas que tanto te gusta exhibir son inútiles para ti ahora, ¿verdad?

Braegor nunca había tenido ventaja en sus enfrentamientos, y era obvio que estaba disfrutando de ese momento inusual en el que estaba recuperando un poco de su poder. Había habido un tiempo en que había sido un mago poderoso y temido que mandaba sobre

ejércitos y reyes. Su nombre era venerado en los libros de historia solo por su astucia e influencia, pero la muerte le había convertido en un siervo, igual que a todos los demás muertos vivientes, y ninguna cantidad de conocimientos ni de fama podían hacer de él nada más que lo que era entonces: una criatura a la que dejaban salir de su prisión solo para cumplir la voluntad de otra.

Tyghan intentó no mirar a Bristol, para mantenerse concentrado solo en el mago.

—¿Cuántas veces he matado ese putrefacto cuerpo tuyo, Braegor? —preguntó—. ¿Cuatro? ¿Cinco? Adelante, mátala. No significa nada para mí. Es solo una novata, y una inútil ya que lo mencionamos. Su muerte hará que la noticia de que yo te haya matado sea mucho más noble. Los reinos cantarán baladas sobre mí. En especial, Greymarch.

Al oír la palabra «noble», los músculos del cuello de Braegor se contonearon como serpientes bajo su piel, pero entonces su único ojo destelló de diversión y giró hacia Bristol.

—¿Qué dices tú, *Bristol* Keats? —Su lengua asomó por su boca al pronunciar el nombre, haciendo que cada sílaba sonase burlona—, ¿No eres nada para este gran dios de Danu?

El cuello de Bristol palpitaba por donde él lo había aplastado. Le costaba hablar, además de que se había quedado sin aire. Estaba mareada, pero lo bastante consciente para oír las palabras de Tyghan, y para ver el brillo de una espada por encima de su cuello y sentir su pinchazo.

—¡Respóndeme! —exigió Braegor.

—Nada —graznó—. No soy nada para él.

Tyghan siguió quieto como una estatua. Sabía que la atención de Braegor estaba dividida, la palabra «noble» aún bullendo en su interior. Era probable que esa única verdad que había dicho fuese la que haría mella, una palabra que Braegor jamás superaría. Un aprendiz de herrero del reino de Greymarch había sido el que había revelado la traición del mago, que había terminado con la subsiguiente decapitación de Braegor. El aprendiz fue honrado con el

título de noble, que en Greymarch era el mayor título que podía otorgarse, justo por debajo de soberano, un título que ni siquiera Braegor había logrado nunca.

—¡Noble! —bramó Braegor—. ¡Al final no significa nada! Un título que se desmenuza con los años, igual que el papel sobre el que está escrito. —Miró los altos setos que los rodeaban—, ¿Y esto? Otro invento inútil —gruñó—. ¿Qué necesidad tenéis de un campo de entrenamiento?

—Los caballeros necesitan entrenar con regularidad. Hay muchos de vosotros que matar. Y es algo que se nos da muy bien.

Tyghan tenía dos pensamientos en su cabeza: mantener los ojos lejos de Bristol y mantener el ego de Braegor bien hinchado durante el tiempo suficiente como para encontrar una manera de desarmarlo, o el tiempo suficiente para que Kasta o Quin llegasen para alancearle. El desmedido amor propio de Braegor era su punto débil, y hablar de su poder de antaño era su pasión. Tyghan suponía que le hacía sentir que su grandeza pasada todavía estaba al alcance de su mano. A lo mejor eso era lo que hacía tan inquietos a los muertos vivientes, la búsqueda constante de su magia innata que ahora estaba tan muerta como ellos mismos. Lo único que podían utilizar eran los hechizos que habían aprendido y dominado en sus vidas anteriores. Solo el poder de las palabras era capaz de trascender la muerte.

Por lo general, en batalla, Tyghan no tenía ningún interés en la cháchara sin sentido de Braegor, pero ahora intentó incitarle a hablar. No había nada más de valor que pudiera ofrecerle a Braegor. No había tratos válidos para los muertos vivientes. El mago estaba vinculado con la bestia de las Tierras Oscuras, y las órdenes de este estaban vinculadas a Kormick. Braegor era un mero…

Tyghan vislumbró un destello de ojos verdes que se acercaban por detrás de Braegor. Verde esmeralda. Se le comprimieron los pulmones. «Cosette». ¿Qué creía que estaba haciendo? Avanzó tan silenciosa como un pez en el agua, pero incluso con un solo ojo, si Braegor miraba abajo, vería su brillante reflejo en su espada.

Cosette iba a conseguir que Braegor matara a Bristol.

—¿Acaso no habéis aprendido todavía? —preguntó Braegor—. Somos muchísimos. Eso es justo por lo que vamos a ganar. Un ejército ilimitado es el más fuerte.

Cosette se llevó un dedo a sus labios fruncidos.

La cabeza de Tyghan daba vueltas mientras trataba de revisar su plan a toda velocidad. Estaba desesperado por mantener los ojos de Braegor fijos en él ahora, pero se forzó a mantener un tono lento e insultante. Era un juego en el que Braegor se deleitaba y había dedicado décadas a perfeccionarlo.

—¿Ganar qué, Braegor? —preguntó Tyghan—, No puedes ganar otra vez tu antigua gloria. Siempre serás menos que la mitad del hombre que fuiste una vez y siempre… Oh, perdóname. Retiro lo dicho. Ya ni siquiera eres un hombre, ¿verdad? Eres solo una criatura fea que zurce cuerpos para poder obedecer al instante las órdenes de un monstruo. Menuda vida tienes.

Cosette agarró su espada con ambas manos y la levantó por encima de su hombro.

La cabeza de Braegor giró un poquito hacia un lado. Una leve sospecha cruzó su espantoso rostro.

«Ahora», pensó Tyghan. Pero Cosette se quedó ahí quieta, preparada.

—Hoy estás muy charlatán, ¿no? —comentó Braegor. Una risita escapó entre sus labios—. Me hieres, Tyghan. ¿Me tomas por tonto? —Sus nudillos crujieron al apretarse sobre la empuñadura de su espada.

«¡Ahora! ¡Ahora! ¿A qué está esperando Cosette?».

Braegor sonrió. Pero no pudo resistirse. Tenía que verlo primero. Se giró. Tenía que…

Cosette columpió su espada, en silencio y con fuerza. Su puntería fue de una precisión letal, como si hubiese medido cada vértebra torcida en el cuello del hombre. La cabeza de Braegor salió volando con la fuerza del tajo, su cuerpo y su espada giraron hacia arriba, atrapados en el torbellino.

Tyghan saltó, su espalda embistió el tronco para apartarlo a un lado, al tiempo que agarraba la afilada hoja con la mano desnuda antes de que pudiese caer sobre Bristol.



CAPÍTULO 56



La vista de Bristol flotaba en fríos estanques azules que evitaban que volviese a hundirse en el oscuro y turbio mundo que todavía tiraba de ella. Su garganta trataba de hablar por todos los medios, pero solo logró emitir sonidos roncos.

—Silencio —ordenó Tyghan. Estaba inclinado sobre ella, el pelo negro colgando en mechones húmedos. Tenía las manos mojadas y calientes apoyadas en el cuello de Bristol, que levantó una suya y sintió líquido resbaladizo entre la piel de ambos. Él devolvió la mano al pecho de la joven—. Es mi sangre, no la tuya —le dijo, mientras aplicaba una presión suave al cuello—. Quédate tumbada y quieta —añadió, cuando Bristol intentó moverse. Parecía estar buscando algo —. No hay nada roto, pero sí magulladuras e hinchazón.

Unas caras borrosas se movían arriba y abajo justo detrás de él. Melizan, Kasta, Eris, Cosette. Todos contemplaban la escena mientras Tyghan deslizaba las manos detrás del cuello de Bristol, que intentó hablar otra vez.

—Rose…

—Esmee y Olivia están con ella —repuso Kasta.

Los dedos de Tyghan, que tenía el rostro tenso de la concentración, se abrieron a ambos lados de su cuello, y luego los deslizó unos hacia otros. Repitió el movimiento varias veces sin apartar los ojos de ella en ningún momento, como si eso fuese parte

de la magia para evitar que perdiera el conocimiento. Con cada pasada de sus manos, murmuraba unas palabras.

El dolor amainó. El pulgar de Tyghan acariciaba toda la longitud del cuello de Bristol mientras susurraba más palabras. Los pulmones de la joven por fin pudieron expandirse con respiraciones completas. Y pudo enfocar la vista. Puso una mano sobre la de Tyghan, entrelazó los dedos con los suyos y la sangre del rey calentó su piel.

—¿Rose? ¿Está viva?

—Sí —respondió madame Chastain, mientras se abría paso a empujones hasta ella—. Por supuesto que lo está. —Retiró la mano de Tyghan—, Ve a que Esmee cure tu mano. Yo terminaré aquí.

Pero Tyghan no se marchó. Sus ojos permanecían fijos en Bristol.

«Adelante, mátala. No significa nada para mí».

¿Nada? Eso no era lo que Bristol veía en la cara de Tyghan. Veía preocupación. Miedo. Deseo. Veía que quería inclinarse hacia ella. Abrazarla. Besarla. Quedarse. Veía todo lo que era verdadero y real entre ellos bien patente en sus ojos.

O tal vez ahora sí que estuviese delirando, tal vez la falta de oxígeno había embotado su cerebro.

Porque Anastasia lo había dicho y él también: los feéricos no podían mentir. «No significa nada».

Kasta tiró del brazo del rey.

—Vamos, Tyghan. Deja que madame Chastain se encargue de esto.

Como si Bristol fuese algún tipo de molestia incómoda.

Tyghan se puso en pie y se alejó de ahí.

Multitud de caballeros de primer año se habían desplegado por el campo de entrenamiento, mientras Sloan y varios comandantes del fortín dirigían sus esfuerzos para deshacerse de los cuerpos y matar a los hyagenos que aún quedaban por ahí. Los chillidos de las criaturas alanceaban el aire como si la batalla aún arreciara.

El hedor había sido espantoso, pero Tyghan se dio cuenta de que había desaparecido. Eso debía de ser cosa de Melizan, que tenía muy poca tolerancia por el olor a carne podrida flotando en el ambiente.

Kasta condujo a Tyghan directo a las manos de Esmee, que acababa de terminar de vendar el hombro de un arquero.

—No tienes por qué esperarme —le dijo Tyghan a Kasta mientras Esmee curaba su mano, pero la caballera se quedó cerca de él como si fuese un niño del que no podía fiarse.

Dalagorn, Quin y Glennis se acercaron *como* si no tuviesen nada más que hacer. ¿Había pedido refuerzos Kasta?

—Menuda captura hiciste —comentó Quin—. No creo que ninguna magia hubiese podido actuar más deprisa.



CAPÍTULO 57



Multitud de caballeros de primer año se habían desplegado por el campo de entrenamiento, mientras Sloan y varios comandantes del fortín dirigían sus esfuerzos para deshacerse de los cuerpos y matar a los hyagenos que aún quedaban por ahí. Los chillidos de las criaturas alanceaban el aire como si la batalla aún arreciara.

El hedor había sido espantoso, pero Tyghan se dio cuenta de que había desaparecido. Eso debía de ser cosa de Melizan, que tenía muy poca tolerancia por el olor a carne podrida flotando en el ambiente.

Kasta condujo a Tyghan directo a las manos de Esmee, que acababa de terminar de vendar el hombro de un arquero.

—No tienes por qué esperarme —le dijo Tyghan a Kasta mientras Esmee curaba su mano, pero la caballera se quedó cerca de él como si fuese un niño del que no podía fiarse.

Dalagorn, Quin y Glennis se acercaron *como* si no tuviesen nada más que hacer. ¿Había pedido refuerzos Kasta?

—Menuda captura hiciste —comentó Quin—. No creo que ninguna magia hubiese podido actuar más deprisa.

—Estaba motivado —añadió Glennis con un indicio de insinuación.

—Aunque llevar guantes podría haber ayudado —se quejó Esmee —. Soy curandera, ¿sabes? No una diosa. Podrías haber perdido esos dedos.

—Maldito idiota —refunfuñó Dalagorn en voz baja.

—¿Tú también lo viste? —preguntó Tyghan.

—Todo el mundo lo vio —repuso Kasta, al tiempo que le lanzaba una mirada de advertencia.

—Nos habíamos quedado atrás —explicó Glennis—, a la espera de que Cosette pasara a la acción.

Todos mirando. ¿Habían visto el terror en su cara? ¿Qué era lo que había dicho Braegor? ¿Un ciervo joven atascado entre árboles? Desde luego que no había sido la imagen del curtido comandante de los caballeros que todos esperaban.

—Casi he terminado —dijo Esmee mientras cosía la piel de la mano de Tyghan. Lo hizo más deprisa de lo que podría haberlo hecho él mismo, y curar las propias heridas no era recomendable nunca. No estar del todo concentrado, en especial con las heridas más graves, podía dar lugar a resultados desafortunados.

Una vez terminada la sutura, Esmee examinó la pierna del feérico. Palpó en busca de garras de hyageno, y cuando vio que Tyghan hacía una mueca, aplicó más de su ungüento calmante.

A diferencia de madame Chastain, a Esmee le desagradaba el dolor. Mientras la mujer vendaba las heridas, Tyghan echó un vistazo a la carnicería a su alrededor.

—¿Creéis que Liam fue el heraldo para el ataque? —preguntó Glennis.

Tyghan recordó las últimas palabras atormentadas de Liam: «Lo siento».

Ese era el peor temor de todos los caballeros, que el enemigo los utilizara para espiar a su *propia gente, que los* mantuviera en un limbo, a punto de morir pero sin llegar a hacerlo. Que les arrebatara toda su humanidad excepto la conciencia. Eso era lo que hacían las garras, el veneno *casi* los mataba, drenaba la carne y el hueso hasta una especie de infraexistencia en la que acababan por ser, de una manera muy literal, solo una sombra de quienes eran antes.

Quin asintió a modo de confirmación.

—El momento del ataque no ha sido una coincidencia.

Ninguno de ellos culpaba al joven caballero. Él no podía controlar a dónde le llevaba la sombra ni lo que veía, pero todo lo que viera le llegaba a Kormick, y al rey fomoriano no le había gustado lo que había visto: el intenso entrenamiento de cientos de caballeros en el fortín.

—Cree que le vas a desafiar en la Ceremonia de la Elección —apuntó Quin.

—Y lo va a hacer —intervino Kasta—. Tiene que hacerlo, Glennis se encogió un poco.

—¿Y si para entonces todavía no hemos recuperado a Cael?

—Tendremos que ver cómo discurren los acontecimientos —dijo Tyghan, sin comprometerse a un rumbo de acción concreto. Ya sabía que cualquiera era prescindible para evitar que Kormick gobernara Elphame. Incluido Cael. Pero dejarle morir también sería un golpe desmoralizante para todos los reinos. Si incluso la nación más poderosa de todo Elphame estaba a merced de Kormick, ¿qué posibilidades tenía ninguno de ellos?

Los caballeros intercambiaron miradas tensas, conscientes de que pronto tendría que tomarse una decisión con respecto a Cael.

Esmee rompió la tensión sin dejar de vendar el muslo de Tyghan.

—Rose es una cosita peleona, ¿verdad? Olivia se la ha llevado a las salas de tratamiento. Su cuello no estaba malherido, pero parece que se desgarró un ligamento del hombro y se hizo una fisura en la escápula, y como es una cambiaformas aviar, debemos tratar sus huesos de pajarillo con cuidado o no volverá a volar nunca más. Estoy segura de que Olivia lo hará muy bien.

Tyghan se preguntó si Bristol tendría otras lesiones aparte del cuello magullado. ¿Se habría roto algo? No sabía qué más le podía haber hecho Braegor antes de que él llegase ahí. ¿Y si…?

—Ya está. —Esmee admiró su trabajo y dio unas palmaditas en el brazo de Tyghan—, Hecho. —El feérico miró ceñudo el vendaje excesivo de su mano—. Los dedos son complicados de curar —explicó Esmee—, Y has conseguido hacerte cortes en varios tendones. Déjate el vendaje puesto un poco más de tiempo que de

costumbre…, al menos hasta mañana por la mañana.

—Lo hará —contestó Kasta.

Tyghan vio que Melizan y Cosette rondaban por la periferia de sus oficiales, pero en cuanto Esmee se fue a tratar otras heridas, se acercaron a él.

—Parece que tu alborotadora va a ponerse bien —comentó Melizan.

Tyghan asintió.

—Eso creo.

Melizan se aclaró la garganta al tiempo que inclinaba la cabeza en dirección a Cosette.

—A lo mejor deberías darle las gracias a alguien.

A Cosette. Tyghan sabía que debía hacerlo, pero le costaba. Sentía una profunda desconfianza hacia todo lo fomoriano. Los primeros dioses marinos fomorianos fueron los que llevaron a los sirénidos con ellos a Elphame. Y Cosette seguía siendo una de las sospechosas en la desaparición de Cael.

—Corriste un riesgo tremendo al acercarte de ese modo por su espalda —dijo entonces, asumiendo una vez más el papel de comandante duro—. Braegor podría haberte visto.

Cosette sonrió.

—Tuve en cuenta el riesgo, el precio y mis habilidades. Confiad en mí, majestad, el riesgo fue mínimo. Y, viendo el resultado, diría que juzgué la situación con acierto. —Echó un vistazo a la mano vendada de Tyghan y a la pernera ensangrentada de su pantalón—. Aunque supongo que vos también hicisteis vuestra parte. Más o menos. Fuisteis una distracción bastante útil.

Punto para Cosette.

—Bien hecho —admitió Tyghan al final, consciente de que ella tenía razón—. Gracias. —Cosette y Melizan hicieron una pausa para intercambiar una mirada—. ¿Queríais algo más? —preguntó.

Cosette frunció los labios.

—Tenemos sospechas. Keats consiguió llegar hasta el final del laberinto. Casi logró salir. —Luego explicó que cuando Melizan y ella

estaban luchando por encima del extremo sur del laberinto, había habido un momento en que tenía una vista clara de lo que pasaba más abajo—. Keats estaba corriendo, casi arrastraba a Rose a su lado, pero doblaba cada esquina sin pensar, casi como si tuviese el recorrido memorizado. ¿Cómo lo explicaríais?

Tyghan no podía explicarlo.

—A lo mejor Rose…

—No —le interrumpió Cosette con decisión—. Fue todo Keats.

—Nadie la entrenó por adelantado, si eso es lo que estás insinuando —espetó Kasta.

Cosette entornó los ojos.

—Recoge las garras, Kasta. Solo nos preguntábamos si la examinasteis en busca de garrapatas cuando la trajisteis aquí.

—No. Y no necesito que una oficial de primer año compruebe lo que hago. Estuvo a caballo conmigo durante todo el trayecto a través del bosque, y cuando Dalagorn disparó las cápsulas hacia las sombras, estábamos lejos.

—No nos preguntábamos por las que pudiera haber adquirido en las Tierras Salvajes —aclaró Melizan—. Nos referimos a antes de eso. En el mundo mortal. Una garrapata que le hubiesen puesto de manera intencionada.

—Eso es imposible —gruñó Quin—. ¿En el mundo mortal? ¿Cómo podrían…?

Melizan arqueó las cejas.

—No es inconcebible, visto lo visto.

Se quedaron todos callados, pasmados por la posibilidad. «Visto lo visto».

Visto quiénes eran los padres de Bristol.



Bristol ya había recorrido más de la mitad del camino con Avery y Hollis, todas ellas impacientes por ir a ver cómo estaban Rose y el

resto de las reclutas, cuando Kasta la llamó y le dijo que la esperase. Iba flanqueada por Tyghan y Quin, con varios oficiales pisándoles los talones. Su actitud era solemne y sus pasos decididos, como si una batalla nueva estuviese a punto de empezar.

—Esto tiene mala pinta —murmuró Avery mientras se acercaban.

Bristol suspiró.

—Desobedecí órdenes al entrar en el laberinto, y ya sabéis cómo son con el tema de las órdenes.

—Pero salvaste a Rose —objetó Hollis.

El grupo se detuvo a unos pasos de distancia.

—Vosotras dos podéis seguir vuestro camino —dijo Tyghan—. Necesitamos hablar con Keats a solas.

Avery y Hollis no se movieron.

—No pasa nada —las tranquilizó Bristol—. Enseguida voy. —Eso esperaba.

—Llámanos si nos necesitas. Te oiré —le dijo Hollis antes de marcharse, como si estuviese dejando a Bristol con una manada de lobos.

—Parece que te has recuperado bien de tus lesiones —comentó Melizan una vez que las otras se fueron.

Bristol estaba segura de que no estaban ahí para ver cómo tenía el cuello.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Kasta dio un paso al frente.

—No es que pase nada en concreto, pero…

Cosette apartó a Kasta de un codazo para ponerse delante de ella.

—Nos estábamos preguntando si tenías alguna garrapata antes de venir aquí.

Tal vez Bristol todavía estuviese tensa por su experiencia en el laberinto (el recuerdo del ojo supurante de Braegor aún estaba fresco en su memoria). O tal vez fuese la sangre de Tyghan que aún manchaba la parte delantera de su camisa la que la había dejado con los nervios a flor de piel. Tal vez seguía loca de preocupación

por Rose y simplemente no tuviese tiempo para aquellas tonterías. Pero, en cualquier caso, algo se rompió dentro de ella. Estaba harta de que la olisquearan como si fuese una perra sucia. Una molestia incómoda. Harta de no ser nada. Ese no era el momento.

—¡No! —gritó—. ¡Lo creáis o no, en nuestro mundo nos bañamos! ¡Con regularidad! No tengo ningún parásito, ¡ni piojos, ni pulgas, ni garrapatas! Y si mi olor no es de vuestro agrado, podéis limitaros a taparos vuestras sensibles narices que no tienen nada que hacer cerca de mí, para empezar. Si tuvieseis algo de sentido común, ¡sabríais que este no es el momento para preguntarme esto! No voy… —Se le quebró la voz. Dios, cómo odiaba que le pasara eso.

Tyghan dio un paso al frente, levantando las manos en un gesto de tregua.

—Keats —dijo con suavidad—, no estamos hablando de parásitos. Una garrapata es otra cosa aquí. Es un arma. Es probable que vieses a Dalagorn disparar algunas hacia el bosque cuando llegaste. Hacen que las criaturas peligrosas se desperdiguen y así despejan el camino, porque no quieren encontrarse con una garrapata ni por unos minutos. Se instalan profundo bajo la piel. No duelen. Ni siquiera puedes sentirlas. ¿Tienes algo en ti, algo pequeño que podrías tomar por una marca de nacimiento?

Todos la miraron, expectantes. Bristol recordó cómo Dalagorn había disparado sus pequeñas flechas inocuas hacia las sombras, y después el corretear de algo entre las hojas y el agudo chillido de criaturas que huían.

—Mucha gente tiene marcas de nacimiento —repuso.

—Pero ¿las tienes tú? —insistió Melizan.

Siempre la había tenido, en la zona de los riñones. Era una cosita pálida, más pequeña que su uña. Cat y Harper la llamaban «mariquita». Decían que era muy mona.

—Es solo una marca de nacimiento. La he tenido siempre. No es nada nuevo.

—¿Desde hace cuánto? —preguntó Tyghan.

—*Desde siempre*. Siempre ha estado ahí.

Cosette suspiró.

—¿Podemos verla?

Bristol dio un paso atrás. Aquello era ridículo. No. ¿Todo ese lío por una marquita pequeña que era poco más que una peca más grande de lo habitual?

Se le comprimió el pecho. Todos esperaban expectantes, incluido Tyghan.

Bristol dio media vuelta, con el pulso acelerado, y sacó de un tirón la camisa de sus pantalones. La levantó un poco por su espalda. Antes de exponer siquiera unos centímetros de su piel, se produjo una exclamación.

Un bufido.

Después, palabras que no había oído nunca y que sonaban como palabrotas, y también unas pocas que lo eran seguro.

«Deivdas».

«*Kerdah*».

«Mierda».

«Joder».

Tyghan se acercó para bajar su camisa.

—Ya hemos visto suficiente.

Bristol giró en redondo. Su corazón martilleaba contra su pecho.

—¿Qué es?

Tyghan negó con la cabeza.

—No es una marca de nacimiento.



CAPÍTULO 58



Se reunieron de nuevo en las salas de tratamiento de madame Chastain, y Tyghan hizo llamar a la Bruja Suprema y a Eris. Durante todo el camino hasta ahí, Bristol había exigido saber qué habían visto, pero Tyghan se había limitado a decir que se lo enseñarían cuando estuviesen en la privacidad de la sala de tratamiento. Una vez ahí, continuó retrasando el momento de mostrárselo, pero ella insistió.

—¿Preferirías que todo el mundo saliese primero? —preguntó madame Chastain.

—No —respondió Bristol. ¿Qué más daba? Ya habían visto parte de su espalda. ¿Por qué no verla toda? Así podrían disipar sus dudas. A lo mejor era solo un moratón feo de cuando Braegor la había hecho volar por los aires y caer de espaldas al suelo. Había sido una caída dura. Quizás su cuello estuviese curado, pero aún tenía muchos arañazos y cortes. O a lo mejor había sido una de las ramas que la había golpeado mientras corría por el laberinto. Tanto Rose como ella se habían llevado una buena paliza de los árboles encargados de destruirlas.

Kasta sujetó un espejo delante de Bristol, y Glennis inclinó un espejo de suelo detrás de ella. Mientras madame Chastain recortaba la parte de atrás de la camisa, Bristol se quedó callada; tenía las piernas pesadas y entumecidas. Deseaba que alguien se riera o que

al menos dejasen de estar tan solemnes. Dios mío, acababan de disputar una batalla con monstruos. Por supuesto que estaba llena de cortes y magulladuras.

—Es solo una marca de nacimiento, o un moratón —repitió de nuevo en un intento de convencerlos, pero tenía el estómago revuelto.

Escuchó las tijeras cortar y el aire frío de la habitación besó su piel cuando retiraron la camisa. La Bruja Suprema dio un paso a un lado para que Bristol pudiese ver bien.

Miró en silencio, sus labios intentaban moverse. Un sudor frío perló su pecho. Apartó la vista.

—Quitádmelo —susurró.

—Lo haremos. Solo danos…

—¡Quitádmelo! ¡Quitádmelo ahora! —gritó. El pánico atenazó cada parte de ella. Quería huir, eliminarlo con un cepillo de raíces, arrancarse la piel, pero no había ningún sitio a donde ir que esa cosa no fuese a seguirla. Le temblaban los brazos. La habitación se estaba ladeando. Bristol cayó de rodillas y vomitó.



CAPÍTULO 59



Tyghan dio un paso hacia Bristol, pero Dalagorn le retuvo.

—Deja que la bruja haga su trabajo.

Ordenaron a los caballeros irse al otro extremo de la habitación mientras madame Chastain y Eris persuadían a Bristol de ir hasta la mesa de exploración con la promesa de que se ocuparían del tema. Bristol se tumbó bocabajo en la misma mesa donde la Bruja Suprema había extraído garras del hombro de Tyghan hacía solo unas semanas. El feérico entendía las garras. Aquello no podía entenderlo. Jamás había visto una garrapata tan grande. No había pensado que fuese una posibilidad siquiera. Madame Chastain se quedó a un lado un momento, estudiando a la criatura. Sacudió la cabeza.

—Keats se desmayó del dolor cuando cruzamos el portal —le susurró Kasta a Tyghan—, Tuvo que ser por esa cosa.

Tyghan recordó ver a Bristol apretar la mano contra la zona de sus riñones en su primera noche ahí. Había pensado que era solo dolor de espalda porque no estaba acostumbrada a montar a caballo. Tyghan había retirado garrapatas de criaturas antes, incluso una del menudillo de August. Ninguna de las garrapatas había sido nunca mucho más grande de como habían empezado: de más o menos un centímetro de un extremo al otro y seguían siendo solo una sombra pálida y suave bajo la piel mientras se alimentaban de la

magia de su anfitrión y sorbían sus habilidades innatas hasta que alguien se las quitaba. La oscura criatura negra enterrada bien hondo bajo la piel de Bristol cubría toda su región lumbar. Sus patas torcidas eran tan gruesas como el pulgar de un ogro y se retorcían por su columna. Solo su cuerpo era del tamaño de la palma de la mano de Tyghan. La oscura sombra se movió bajo la piel, como si se estuviese agarrando más fuerte. Sabía que la estaban observando.

Bristol estaba aferrada al final de la mesa, sus nudillos blancos, las manos temblando. Los caballeros observaban la escena en un silencio espantado. Incluso para ellos, era horroroso ver la criatura que se retorcía dentro de la joven.

Madame Chastain se acercó a donde estaban Tyghan y los otros.

—Esa cosa lleva años en su espalda, desde mucho antes de que llegara aquí. Sospecho que cruzar el portal para entrar en Elphame hizo que la garrapata se hinchara con veinte años de magia reprimida. Voy a necesitar ayuda. Mirad a ver si Olivia, Esmee o Reuben están disponibles ya. O traed a algún otro curandero de la ciudad.

Tyghan envió al guardia que estaba apostado a la puerta a buscarlos. Puesto que varios de sus efectivos habían resultado heridos en la batalla, los hechiceros con experiencia en las artes curativas escaseaban. Aun así, Tyghan jamás había visto a la Bruja Suprema pedir ayuda.

—Debieron de ser Kierus y Maire quienes lo hicieron —dijo Coserte—. Nadie más en el mundo mortal habría tenido acceso a una garrapata.

—¿Qué tipo de padre le haría eso a su propia hija? —preguntó Quin.

—Uno desesperado —repuso Tyghan.

Aunque Melizan dio la respuesta más verdadera:

—Uno despiadado.

«El mismo tipo de persona despiadada que apuñalaría a un compañero caballero», pensó Tyghan. Uno que apuñalaría a un amigo. A un hermano. Porque eso era lo que habían sido. Tan

cercanos como hermanos.

Conocía a Kierus tan bien como se conocía a sí mismo. Al menos, solía pensar que así era. ¿Alguna vez le conoció de verdad? ¿Qué se le había pasado por alto? Revivió sus últimos momentos con Kierus detrás de sus párpados, como había hecho al menos cien veces antes. Vio el inesperado abrazo, la rapidez de la mano de Kierus, y después el cuchillo que perforaba su costado. El ángulo de la hoja. Su intención precisa. El violento movimiento hacia arriba. La conmoción que había sentido. La incredulidad. La humedad fría de sus rodillas cuando había caído al suelo embarrado del bosque. El calor ardiente de la hoja de demonio que quemaba en su interior, abandonada en sus entrañas. El flujo de sangre caliente que resbalaba entre sus dedos mientras se sujetaba el costado.

«Márchate».

Y eso había sido lo que había hecho Kierus, sin mirar atrás siquiera.

—Pero ¿por qué harían algo así? —se preguntó Glennis en voz alta—, ¿Qué propósito…?

—Por el riesgo —dijo Tyghan. Tenía los ojos clavados en las manos temblorosas de Bristol—. Recorrer un mundo mortal con un niño feérico es peligroso cuando te están buscando dos reinos muy enfadados y peligrosos. Es imposible saber cuándo o dónde podría emplear su magia un niño, y eso los hubiese delatado. La garrapata eliminaba el riesgo.

Kasta sacudió la cabeza, con el labio retorcido de asco.

—Al menos Eris debe de sentirse validado. Puede que la chica tenga la marca de sangre, después de todo. Quizás al final esto sea buena noticia.

—Hmm —caviló Melizan—. Quizás sí…, quizás no.

Olivia entró a la carrera por la puerta y fue directa a la mesa de exploración. Madame Chastain y ella hablaron durante unos minutos y reunieron distintos artículos de las reservas de la Bruja Suprema. Eris se alejó un poco para no interrumpir su flujo de energía una vez que empezasen a trabajar. Las brujas adoptaron posiciones a ambos

lados de Bristol y frotaron aceite sobre su espalda.

El fuerte aroma a clavo y garra rosa impregnó la habitación. Olivia entonó un hechizo calmante.

—*Ara mei ash a ash. Ara mei ash a ash*.

Madame Chastain entonó un hechizo de invocación:

—*Ecktay ano umalu o nei. Ecktay ano umalu o nei*.

Los bordes de la habitación se oscurecieron y el aire se cargó de tensión a medida que la luz, el sonido y el olor se concentraron en lo más profundo de la piel de Bristol. La joven tenía el rostro empapado de sudor. Tyghan enroscó los dedos y le *costó* hasta el último ápice de fuerza de voluntad no correr a su lado. «Haz algo». Pero no podía. Cualquier movimiento interferiría con la magia de las brujas, que ya estaba dando vueltas por la habitación.

—Tu trabajo ha terminado, pequeña —ronroneó la Bruja Suprema, al tiempo que presionaba con suavidad cerca de una de las patas de la criatura—. Ya te has saciado. Todo ha terminado. Es hora de descansar. Hora de soltarse.

Tyghan vio cómo la oscura sombra se retorcía bajo la piel de Bristol. Emergió una pata, luego otra. Los caballeros contuvieron la respiración como un solo ser, expectantes. La Bruja Suprema agarró la pata y tiró de ella con suavidad hacia fuera, pero entonces la otra pata expuesta retrocedió otra vez bajo la piel como si intuyese que esto era una trampa. Olivia continuó con sus cánticos, mientras frotaba más aceite. La mano de madame Chastain se apretó sobre la pata restante.

—No, pequeña, por aquí. Este es…

La criatura se debatió, dio un tirón, empezó a forcejear de un lado a otro, y después su alarido perforó el aire y lanzó a madame Chastain contra la pared opuesta de la habitación, un pedazo roto de la pata negra aún retorciéndose en su mano. Bristol se arqueó hacia atrás y gritó de dolor cuando la sangre abrasadora de la garrapata resbaló por su piel. Tyghan corrió a su lado, pero ella ya se había desplomado, inconsciente. El olor de su piel chamuscada asfixió el ambiente.

—Estaba saliendo —dijo la Bruja Suprema. Luego cojeó de vuelta a la mesa—. Pero est…

—Ya basta —ordenó Tyghan, al tiempo que hacía un gesto para que la bruja se apartara—. La vas a matar.

—De acuerdo —aceptó la mujer, sin apartar los ojos de la garrapata que había vuelto a colarse profundo bajo la piel de Bristol —. Lo dejaremos por hoy, excepto para curar su quemadura. —La Bruja Suprema ordenó a los caballeros y a los demás que volviesen al otro lado de la habitación, pero los pies de Tyghan permanecieron plantados a la cabecera de la mesa. Olivia preparó una poción y sujetó su humo ámbar bajo la nariz de Bristol para mantenerla sumida en un sueño profundo. A continuación, la Bruja Suprema y ella se pusieron manos a la obra con la quemadura dejada por la poderosa sangre de la garrapata. Susurraron palabras curativas ante círculos de ungüento en las palmas de sus manos, luego las deslizaron por encima de las ampollas que habían brotado en la zona de la quemadura. La piel dejó de supurar y la intensa rojez se atenuó.

Olivia aplicó más bálsamo y vendó la quemadura, luego arregló la camisa de Bristol. La Bruja Suprema se acercó a Tyghan y le susurró que le habían dado a Bristol algo para el dolor.

—Se pondrá bien…, excepto por la garrapata que no quiere soltarse de ella. —Negó con la cabeza, como si tratase de encontrarle algún sentido a todo ello—. Esa garrapata es una tacaña avariciosa con una fortuna en oro que no puede gastar.

—¿A qué te refieres con oro? —preguntó Tyghan.

—A más de veinte años de magia —respondió la bruja—. No está dispuesta a renunciar a ella. Está borracha de la belleza de la magia, aunque no tiene ninguna forma real de utilizarla. Jamás había visto nada como esto. —Deslizó uno de sus dedos largos y delgados por su frente mientras pensaba—. Vamos a necesitar a la Lumessa para consultarle qué hacer con esto. Ella estaba aquí cuando se crearon las primeras garrapatas. Ella podría saber…

—Imposible. Está en el monte Nola. No puede…

—Ya sé dónde está la Lumessa. Puede que ella necesite las aguas curativas, pero nosotros la necesitamos a ella. Tal vez pueda decirnos cómo proceder.

—Está ahí porque se está muriendo.

—Razón de más para darte prisa. Te sugiero que lleves a tus mejores colaboradores para ayudar a traerla.

Los ojos de Tyghan saltaron de vuelta a Bristol, que por suerte aún estaba inconsciente. Él no podía marcharse ahora.

—Enviaré a…

—Tú —dijo la bruja—. Debes ser tú. Tu esfuerzo personal la apaciguará. Una disculpa y vendrá.

Jasmine. Lo único que quería hacer Tyghan era evitarla. Era la mentara de madame Chastain y la anterior Bruja Suprema de Danu. Era famosa por haber ocupado ese puesto durante más tiempo que cualquier otra bruja o cualquier hechicero: más de seis siglos. Con ello se había ganado el estimado título adicional de Lumessa, la «sabia». Y Tyghan la había insultado. Más que insultado. Había hecho acusaciones. Había hecho lo impensable: la había señalado con el dedo y había rabiado. Lo más probable era que las Hermanas y ella intentasen matarle según le vieran, o al menos mutilarle antes de aceptar ninguna disculpa.

Madame Chastain se percató de las dudas de Tyghan.

—Disculparse tampoco es tan difícil.

—Quieres decir arrastrarse.

—Exacto. Es un arte que deberías aprender, cuanto antes mejor. O… podemos dejar esa criatura dentro de la espalda de la señorita Keats.

Tyghan estaba dispuesto a discutir, pero la alternativa le hizo reflexionar.

—Iré.

—Bien. Ve esta noche. Y utiliza el *título* que se ganó con su esfuerzo y dedicación, no su nombre. No será fácil traerla aquí de vuelta. No puede montar a caballo. ¿Y un carruaje? —Se mordió el labio mientras lo pensaba—. Te sugeriría que utilizaras algún tipo de

magia ingeniosa para facilitarle el viaje. Dejaré eso en tus manos. Yo me ocuparé de que preparen sus habitaciones en el conservatorio. Y también las de las Hermanas, por supuesto.

¿Cuánto tiempo tardarían con aquello? Tyghan podía ir a caballo al monte Nola en cuestión de un día, pero ¿regresar con una pasajera frágil y escoltas hostiles? Tyghan trazó un plan tentativo en su cabeza y se giró otra vez hacia Bristol, que ahora yacía pacífica sobre el costado, perdida en el mundo onírico inducido por la poción de madame Chastain.

—Reuniré a todo mi equipo después de llevarla de vuelta a su habitación. En mi ausencia, no debe entrar nadie en sus aposentos sin la aprobación de Kasta. —La Bruja Suprema hizo un gesto afirmativo y Tyghan cogió a Bristol con ternura en brazos. Al hacerlo, se detuvo un instante. Acababa de fijarse en las manos de la joven por primera vez. Las medias lunas blancas de sus lúnulas habían cambiado. Ahora eran de un azul oscuro e intenso… y puntiagudas como el brazo de una estrella. O como una garra.

Olivia se acercó.

—Durante el forcejeo con la garrapata, parte de su propia magia fue liberada y entró en su torrente sanguíneo —explicó—, Está muy claro que no es mortal.



CAPÍTULO 60



Tyghan depositó a Bristol en su cama como si pudiera romperse. La joven ni se inmutó, mientras su cabeza se hundía en la almohada. Él no estaría ahí cuando despertara, y esa cosa seguiría sobre su espalda. ¿Qué pensaría ella? ¿Qué haría? ¿Gritar y temblar como antes? ¿Habría alguien ahí para reconfortarla? Él debería estar ahí.

Su sangre aún manchaba la camisa de Bristol. Hablaría con Kasta antes de marcharse. Ella se aseguraría de que tuviese ropa adecuada y de que a Bristol no le faltara de nada.

Se demoró, aun a sabiendas de que estaba malgastando minutos valiosos. Cuanto antes se marchara, antes podría volver, pero en lugar de irse, se arrodilló al lado de la cama y tomó la mano de Bristol en la suya. Apretó los nudillos de Bristol contra sus labios, después miró las medias lunas puntiagudas de sus uñas. «Está muy claro que no es mortal».

Pero ¿qué era?

La confusión en los ojos de Olivia y la incertidumbre en la voz de madame Chastain reptaban por su piel. Sabían que el cambio significaba algo, pero no parecían saber el qué. Las dos rebuscarían en sus historias y sus grimorios hasta altas horas de la noche. O a lo mejor esa era la razón de que madame Chastain quisiera la ayuda de la Lumessa, porque solo ella podía explicar lo que significaba.

«Garras». Estaba seguro de que la posibilidad daba vueltas por sus cabezas. ¿Garras de qué?

Recordó aquel momento en el bosque, cuando Maire había salido de la cabaña medio desnuda, con una manta ceñida alrededor del cuerpo y su largo pelo cobrizo suelto sobre los hombros. Lo había retirado hacia atrás con unos dedos preciosos; sus pálidas lúnulas eran del color de conchas nacaradas. No azules. A lo mejor las había disimulado con *glamour*, pero era improbable. A ella no le importaba lo que Tyghan pensara o viera. «Termina ya con esto, Kierus», eso era lo único que había dicho. «Tenemos que irnos». Y había vuelto a entrar en la cabaña.

Tyghan devolvió la mano de Bristol a su lado, después deslizó el dedo por un corte pequeño en su ceja y lo hizo desaparecer. Deseó poder hacer más.

«Arrástrate».

Gatearía sobre las manos y las rodillas si eso era lo que hacía falta. Y era probable que así fuese.



CAPÍTULO 61



—Aquí tienes. —Winkip dejó un pergamino en la mesa delante de Kierus—. Escribe tu mensaje.

Kierus se quedó consternado por lo pequeña que era la hoja de papel.

—¿Tan caro es el pergamino?

—Insististe en que fuese papel de verdad, y los mensajes pequeños son más fáciles de ocultar y pasar. Tenemos a alguien dentro del palacio que le dejará la nota a tu hija.

«¿Dentro del palacio?», se preguntó Kierus.

—¿Quién…?

—El «quién» no es asunto tuyo. Solo que alguien puede hacerlo.

Kierus comprendía el anonimato, pero eso no impidió que se preguntase quién dentro del palacio podía tener trato con los trows. ¿Era una bolsa de oro su única motivación? ¿O había algo más? Fuera como fuese, era un traidor a Danu, lo cual no debería haberle preocupado lo más mínimo. Más bien, era una suerte para él. Aun así, removió algo en su interior, algo viejo y enterrado, pero no del todo olvidado. Un juramento virtuoso de una vida diferente.

—No solo necesito enviarle una nota. Necesito hablar con ella cara a cara.

Winkip negó con la cabeza.

—Eso implicaría un riesgo adicional.

—¿Igual que el riesgo que corrí yo para salvar al hijo de tu rey? Es mi hija y la veré.

La expresión pétrea de Winkip permaneció inalterada, pero Kierus sabía que no estaba contento.

—Ten cuidado con lo que pones —le ordenó Winkip—, Nadie debe saber que la nota es tuya si se intercepta. Y no menciones a los trows.

Kierus podría hacer eso sin problema. Nadie sabría siquiera que la nota era para Bristol, excepto la persona que la entregara. ¿Quién sería? La pregunta aún le incordiaba. ¿Podía ser Fritz? Él tenía acceso al palacio, pero había jurado proteger la casa de Bowskeep con su vida. Y jamás rompería su promesa a Kierus.

Terminó las últimas palabras de la nota y echó polvo sobre la tinta para secarla antes de dársela a Winkip. El ujier se guardó el papel en el chaleco.

—Nos informarán cuando se entregue. Podría tardar un poco.

—¿Cuánto? —quiso saber Kierus.

—No lo sabemos. La nota pasará por varias manos. Nuestro contacto principal dijo que el acceso a tu hija es limitado. Alguien está siempre con ella.

«Limitado». Kierus conocía el modo de actuar de Tyghan, pero también conocía a su hija, mucho mejor de lo que la conocía el príncipe. Ella encontraría una forma de salir. Una forma de llegar hasta él. Entonces Kierus le explicaría todo, para que supiera la verdad. La auténtica verdad.



CAPÍTULO 62



Ivy se interpuso volando en el camino de Tyghan.

—¡Majestad! —dijo sin aliento—. El maestro de cuadras Woodhouse me dijo que habíais vuelto. El consejero quería que os advirtiera en cuanto lleg…

—¡Para! —se quejó Dalagorn, al tiempo que trataba de esquivar las alas de Ivy, que seguían aleteando y no dejaban de golpearle en la cara—. Frena un poco.

Ivy respiró hondo y sus alas se asentaron. Les informó de que el Consejo estaba reunido.

—Eris quería impedirla, pero había cuórum así que… —¿En la rotonda? —preguntó Tyghan con calma, aunque su exasperación ya iba en aumento. La joven asintió—. Gracias, Ivy —repuso—. ¿Cómo está Cully?

El rostro de la chica se iluminó.

—Aún en proceso de recuperación —explicó—. ¡Pero ya de vuelta al trabajo suave! —Igual de deprisa, sus pestañas bajaron—. Quiero decir, creo que está bien. Al menos eso dice la Bruja Suprema.

—Bien —dijo él. No esperaba menos. Cully era fuerte y, después de estar a punto de morir a manos de los muertos vivientes, sería el doble de listo y de rápido—. ¿Te importa ir a ver cómo está la Lumessa y asegurarte de que tiene todo lo que necesita? Está en su *suite* de Celwyth Hall. Quiero que esté en condiciones de recibir a

Keats lo antes posible.

—¿La Lumessa está aquí? ¿En el conservatorio?

Tyghan asintió. Y las Hermanas. Y sus malditos lobos. Y algunos verdugones nuevos en sus brazos que no había tenido ni el tiempo ni las ganas de curar. Había sido una cabalgata muy larga de más de tres mil kilómetros, y una reunión intempestiva del Consejo era lo último con lo que quería encontrarse al volver a casa.

—¿Y Keats? —añadió—. ¿Cómo está?

El rostro de Ivy se ensombreció.

—No estoy segura. No la he visto desde que os marchasteis. No ha salido de su cuarto.



Lord Csorba estampó el puño sobre la mesa. El enorme candelabro del centro tembló bajo la fuerza del golpe.

—¡Y yo digo que la matemos!

—¿Qué es esto? —preguntó Tyghan nada más entrar en la rotonda de Lir con sus oficiales detrás de él. Sus pesadas botas resonaron por los oscuros suelos de pizarra y las discusiones que tenían lugar por toda la sala se acallaron al instante. Tyghan tomó nota con preocupación de lo llena que estaba la cámara. No eran solo los diez miembros de mayor rango que se reunían todas las semanas, sino los treinta miembros del Consejo al completo. Todas las cabezas se giraron hacia Tyghan, mientras él se quitaba la capa y la tiraba sobre una silla vacía—, ¿Un Consejo en pleno sin el rey? He estado ausente solo cuatro días. ¿No podíais esperar?

—Una reunión de emergencia del Consejo —repuso lord Csorba.

—¿Y se puede saber cuál es esta «emergencia»? —preguntó Tyghan, como si no hubiese oído las palabras «la matemos». Quería que Csorba se lo dijese a la cara.

Lord Csorba hizo ademán de coger un montón de papeles, pero Tyghan dio un paso al frente y su mano barrió furiosa por el aire.

Muchos de los papeles de la mesa salieron volando con una ráfaga de viento explosiva e iracunda, solo para caer revoloteando al suelo mientras un fogonazo de calor recorría la habitación entera. El pelo, tanto humano como de otro tipo, y la ropa de los presentes onduló al paso de la furia de Tyghan.

—¡No necesito ver vuestros papeles! —gritó—, ¡Te he hecho una pregunta, Csorba! ¿Matar a quién?

—Creo que sabéis de quién está hablando —intervino lord Alistair, al tiempo que se ponía en pie—. De esa mujer. La que cogisteis en brazos y llevasteis con tal gallardía hasta sus aposentos hace tan solo unos días.

Lord Alistair ni siquiera había estado ahí en ese momento, ni Csorba, pero era obvio que la gente había distribuido los rumores como un plato de dulces prohibidos.

—La llevé en brazos porque estaba inconsciente —se defendió Tyghan—. No podía andar.

—Podría haberla llevado cualquiera.

—Y da la casualidad de que yo soy uno de esos malquieras. ¿O no lo soy, lord Alistair? —El hombre bajó la barbilla a regañadientes en señal de aquiescencia—. Entonces, siéntate —le ordenó Tyghan. Lord Alistair obedeció y se dejó caer en su silla. La mirada asesina de Tyghan recorrió toda la mesa circular—. ¿Quién ha convocado esta reunión?

—Fui yo —repuso *lady* Barrington. Se encogió de hombros con indiferencia—. Alguien tenía que hacerlo. Vistos el ataque directo al palacio y los acontecimientos recientes.

—¡Habla con propiedad, *lady* Barrington! Llámalo como corresponde —dijo Tyghan—. Estáis planeando matar a una recluta que muy bien podría ser nuestra salvadora. Yo llamaría traición a ese tipo de planes.

Lord Csorba volvió a la vida entonces, empoderado por sus compañeros en el Consejo.

—¡Salvadora! —escupió, y la palabra sonó a veneno en sus labios —. ¡Nuestras razones para convocar esta reunión no son

traicioneras, sino sensatas y juiciosas! Hace cuatro días que nadie ve a esta recluta que trajisteis a nuestra sede de poder. ¡Ni un solo atisbo de ella! ¡Está conspirando, os lo digo yo! Todos sabemos dónde están sus verdaderas lealtades. Y ahora sabemos que hay una magia en ella que podría ser devastadora para Danu. ¿Por qué esperar a que la domine y pueda matarnos a todos con ella? ¡Su ausencia de los festejos habla por sí sola! ¡No es una de nosotros!

Antes de que Tyghan pudiese responder, Eris se levantó de un salto con el rostro contorsionado de rabia, una imagen muy inusual en el reservado consejero.

—¡Ya te lo dije, Csorba! La señorita Keats está en *shock*, no conspirando. Hace cuatro días, creía que era mortal. Una marca de nacimiento insignificante en su espalda se ha transformado en algo feo y temible. ¡Apenas ha comido nada en cuatro días y no está de humor para que la entretengáis con vuestras excentricidades fatuas en los festejos nocturnos! No volveré a decírtelo, deja a un lado tus teorías de la conspiración o…

—¿O qué? ¿Qué vas a hacer, Eris? —gruñó Csorba en respuesta —. ¿Me vas a tirar tu inútil libro de reglas?

Los ojos de Eris lucían tan cortantes como una esquirla de cristal afilada.

—¿Las leyes fijadas por los dioses? Son las normas por las que nos regimos, Csorba. No subestimes mi poder para usarlas.

—Cuidado, lord Csorba —le advirtió Melizan—. No es solo su libro de reglas el que debes temer. Estoy segura de que madame Chastain tiene otro espejo necesitado de una decoración llamativa, y Eris tiene bastante mano con ella.

Madame Chastain le lanzó a Melizan una mirada gélida.

—Parad —gruñó Sloan, por fin partícipe de la conversación—. Todo el mundo, parad. No nos precipitemos con todo esto de matar a la chica. Puede que al final demuestre no tener ninguna magia útil en absoluto, solo una criatura espantosa en la espalda. Por otra parte, podría acabar por resultar útil de otra manera. Como rehén. —La sala se quedó en silencio—. Solo como *último recurso*, por

supuesto —añadió.

Tyghan miró a Sloan pasmado, como si le hubiese dejado sin aire de un puñetazo. Esas habían sido sus mismas palabras. Y Sloan acababa de proponerlas delante de un Consejo entero que estaba ansioso por pasar a la acción. Los ojos de Tyghan volaron hacia Kasta, dispuesto a acusarla. Sloan no había elegido esas palabras por casualidad. La primera oficial, sin embargo, negó con la cabeza. Fruncía el ceño, confusa.

Pero si ella no se lo había dicho, ¿quién había sido? Ella era la única que…

—En realidad, me sorprende que nadie haya comentado esta posibilidad antes —continuó Sloan—. Seguro que a alguien más se le ha ocurrido esto como forma de salvar a Cael. Después de todo, estamos hablando de la hija de la bestia de las Tierras Oscuras. Y Kormick solo tiene poder gracias a la bestia. Sin ella, es solo un semidiós que encabeza una fuerza feérica limitada. ¿Y tú, Tyghan? ¿No habías pensado en ello tú también como manera de salvar a tu hermano?

Todos los músculos de Tyghan se quedaron duros como una piedra. Sloan sabía que se le había ocurrido. Tyghan asintió a regañadientes.

—Sí…, pensé en ello.

Las palabras apenas habían salido por su boca cuando la sala se llenó de susurros de aprobación. «Tiene un plan. Un plan de contingencia. Un buen plan».

—Por *supuesto* que lo pensaste —prosiguió Sloan—. Cualquier buen estratega lo hubiese hecho.

—Pero solo pensé en ello como último recurso.

—Como debería ser —convino Sloan, aunque un asomo de sonrisa satisfecha arrugó sus ojos.

«La semilla está plantada, el daño está hecho», pensó Tyghan. A Keats la verían ahora menos como a una recluta útil y más como a una pieza en un juego que podían mover y sacrificar a su antojo.

Tyghan miró al resto del Consejo.

—No quiero que nadie más hable de matar a Bristol Keats. ¿Lo entiendes, lord Csorba? La chica prometió ayudar a Cael y a Elphame, y consideraré cualquier conspiración más a mis espaldas como un acto de traición, y tomaré las medidas pertinentes. No olvidéis que soy el rey hasta que mi hermano regrese, y que tengo todo el poder que otorga el título. Poder que no dudaré en *utilizar*.

El silencio se apoderó de la sala. Lord Csorba se quedó sentado en silencio, pero seguía teniendo los puños cerrados sobre la mesa.

—Querría hacer una sugerencia —empezó a decir lord Alistair—. Si existe la posibilidad de utilizar a la chica como rehén, deberíamos realizar un juramento todos, aquí y ahora, de no hablar de esto con nadie fuera de esta habitación. La cosa no acabaría bien para ninguno de nosotros si ella averiguase cuál podría ser su destino final.

Tyghan asintió, ansioso por que esa propuesta se adoptase, y por evitar que Sloan pudiese irse de la lengua. Una ronda de «síes» recorrió la mesa, y Tyghan cruzó los dedos por no volver a oír la palabra «rehén» nunca más.



Cuando la puerta se cerró y Tyghan y sus oficiales se pusieron cómodos en el estudio del consejero, Eris se encaró con Tyghan.

—¿Una rehén? ¿Has perdido la cabeza?

—Se me ocurrió al principio. Cuando estaba frustrado y desesperado. Pero…

—¡El Consejo sigue desesperado! ¿Es que no lo ves?

—No es mala idea —apuntó Quin—. Como último recurso.

—Es verdad que Tygh juró hacer todo lo que estuviese a su alcance para salvar a Cael —le recordó Kasta a Eris—. Y por recomendación tuya, consejero.

—Un intercambio de rehenes. Eso es lo único de lo que estamos hablando —añadió Quin.

Glennis hizo una mueca.

—Yo no creo que sea buena idea.

—¡No es una rehén! —bufó Eris—. Está aquí por voluntad propia. No podemos violar eso.

—¡No vamos a utilizarla como rehén! —bramó Tyghan, en un intento por cortar de raíz las especulaciones desmedidas—. Es algo que dije en una conversación privada con Kasta. Después de la reunión de evaluación, estaba pensando en voz alta, tratando de encontrar maneras de asegurarme de que no pudieran enviarla a casa. Sloan está intentando socavar mi autoridad. —Entonces se giró hacia Kasta—. ¿Cómo lo ha averiguado?

—No lo sé. Juro que yo no dije nada. A lo mejor se le ha ocurrido por su cuenta. No es una idea tan extravagante y él es un estratega con talento.

—Más bien una rata conspiradora —refunfuñó Tyghan—. Y su sonrisa de satisfacción fue igual que si me hubiese guiñado un ojo para hacerme saber que me están vigilando. —Tyghan bufó entre dientes y deseó tener algo que romper…, como un cuello. A veces tenía que recordarse que los dos estaban del mismo lado. Se giró hacia madame Chastain, pues había más preguntas que quemaban en su interior—, ¿Por qué no ha salido Keats de su habitación? ¿Por qué no come? ¿Está enferma?

—No. No ha salido por la razón exacta que comentó Eris. Aún está asimilando el hecho de tener a una criatura dentro de su espalda, una que pusieron ahí sus propios padres, por no mencionar que no es quien creía ser. Como tampoco lo son sus padres. Cualquier persona necesitaría algo de tiempo para acostumbrarse a todo eso. Sus compañeras reclutas van todos los días con la esperanza de verla, pero Keats tampoco quiere recibirlas. Temen que planee marcharse, aunque Avery, en su jerga, dijo que la señorita Keats solo necesita «espacio». Eso significa tiempo a solas. Y yo estoy de acuerdo. Todos debemos proporcionarle eso. Sobre todo tú, sobre todo después de hoy. Debemos darles a todos estos cotillas la oportunidad de enfriarse. —La bruja miró ceñuda la ropa de Tyghan,

polvorienta y sucia del viaje—. ¿Cuándo fue la última vez que te pusiste tu corona?

Tyghan dudó unos instantes, incapaz de recordarlo.

—La llevo en el salón del trono. No hay ninguna necesidad de…

—Póntela esta noche —espetó la mujer, aunque después suavizó su actitud, quizás al ver que la de Tyghan se endurecía—. Y una de tus chaquetas formales. Asumo que la Lumessa aceptó tu disculpa, ¿no?

Tyghan suspiró.

—Puede que yo levantase un poco la voz…

—¿Que hiciste qué? —gritó la bruja, levantando las manos. Su ira había vuelto tan deprisa como un cuervo a la carroña—. Te dije que…

—¡No me dio la oportunidad de disculparme! Pero está aquí y eso es lo único que importa.

—¿Cómo es que ha venido?

—Aceptó venir por el bien de Bristol. Porque es la hija de Kierus.

Madame Chastain asintió. Comprendía la clemencia que la Lumessa le había ofrecido a Tyghan, porque había algo que le importaba más que lo que la enfadaba. Kierus era el único niño al que había criado nunca y, por extensión, Bristol Keatsera un producto de su devoción y paciencia. Criar a un niño mortal en Elphame no era fácil, en especial cuando al final le perdías y volvía al mundo del que procedía.

—Iré a hablar con las Hermanas para ver cuándo podríamos organizar una reunión —apuntó Eris. Antes de marcharse, se llevó a Tyghan a un lado—, Cael y Elphame son nuestra primera prioridad, pero no quiero que sacrifiques a la chica por capricho, solo porque es la hija de Maire. Eso no es para lo que la traje aquí. ¿Lo entiendes? No somos fomorianos. Somos tuathade. Nuestros dioses y nuestras leyes importan. —Eris hizo una pausa al abrir la puerta y le lanzó a Tyghan una mirada de advertencia—. La última vez que organicé una reunión, los asuntos de la Lumessa con la señorita Keats fueron interrumpidos… por ti. No vuelvas a interrumpirlos. Y

deja de pensar en voz alta. Eres el rey, maldita sea, y cualquiera podría estar escuchando.

Se quedaron todos mirando la puerta después de que Eris la cerrase de un portazo a su espalda. Él era el pacificador por excelencia y siempre respetaba la autoridad de Tyghan, pero ahora, dos veces en una hora, no solo había levantado la voz, sino que había maldecido delante del rey.

Madame Chastain sacudió la cabeza. Solo ella comprendía la verdadera razón.



CAPÍTULO 63



Bristol estaba sentada en el amplio hueco de la ventana, con los brazos alrededor de las rodillas. Una manta que había cogido de su cama rodeaba sus hombros y se enroscaba alrededor de sus pies, y su pelo estaba hecho un barullo de descuido. Tenía la cabeza apoyada contra la pared y miraba por la ventana a la turbia extensión de la ciudad a lo lejos, con sus diminutas figuras sobre diminutos caballos recorriendo diminutas calles.

Pero, sobre todo, veía otras cosas.

Veintidós años eran muchos años que repasar. Las verdades y las mentiras habían sido sus compañeras desde hacía muchísimo tiempo, y le habían jugado una gloriosa mala pasada.

Durante cuatro días, su atención había oscilado entre la cama, el techo y el pasado. Hojeó sus recuerdos como si fuesen trozos de papel, recuerdos que había doblado y guardado con sumo cuidado en lugares ocultos. Ahora se soltaron y cayeron en desorden a su alrededor, pequeños trocitos a los que intentaba encontrar un sentido, hasta que uno la pillaba por sorpresa con su filo cortante y su piel acababa con el minúsculo pero doloroso corte de un papel.

«Apártate, hija. Apártate del árbol».

Bristol había tenido cuatro años cuando se había adentrado en un parque descuidado, lleno de maleza, hierbajos y abandono, no lejos de su motel.

«Pero, mamá, me ha susurrado. Quiere darme algo. Me ha pedido que…».

«¡Apártate de ahí, hija! ¡Ahora! ¡Haz lo que te digo!».

La voz de su madre había sonado dura y sus mejillas habían estado arreboladas de furia. Bristol había corrido a sus brazos llorando, sin saber muy bien por qué la regañaba.

Leanna Keats la había cogido en brazos y la había apretado tan fuerte que Bristol no podía respirar. A continuación, su madre había corrido de vuelta hasta el motel sin dejar de entonar un galimatías de palabras incomprensibles, y después había frotado frenética unas hierbas por el pelo de Bristol, como si estuviese lavando una suciedad invisible. En cuestión de una hora, habían recogido todas sus pertenencias y se habían marchado en su furgoneta con destino a otra ciudad. Cualquier ciudad. No importaba cuál, siempre y cuando estuviese lejos.

«Apártate, hija».

Era su madre la que había sido feérica.

Su madre.

Bristol se había repetido esa revelación a menudo en los últimos días, con la esperanza de encontrarle un sentido. De tener un arrebato esclarecedor. En lugar de eso, había tenido que rebuscar con esfuerzo entre recuerdos que no le venían con facilidad. Aunque estaban ahí, escondidos en lugares oscuros y profundos. Quizás algunas cosas que había elegido no ver como eran. Cosas que no quería recordar. Como la forma en que su madre se quedaba con la mirada perdida en el otro lado de la habitación mientras deslizaba el pulgar por encima de sus otros dedos, un movimiento fantasma, como si estuviese amasando algo entre ellos. Era el mismo movimiento que le había visto usar a madame Chastain antes de invocar su magia. Sin embargo, no había habido nada mágico en su madre, nada de cánticos, ni de hechizos, ningún olor sobrenatural que hubiese podido insinuar algo más allá de lo normal.

Tostadas de canela, hierba de las praderas, fogatas en campamentos, dónuts azucarados, refresco de naranja, el rastro

aceitoso de largas horas pasadas en una vieja furgoneta destartalada, y el alegre aroma a aceite de rosas después de un largo baño en un motel, esos eran los olores de su madre. Olores cotidianos. Si su madre sabía algo de magia, jamás la utilizaba; al menos no que Bristol viera nunca. A lo mejor se debía a que hacerlo hubiese conducido a otros feéricos hasta ella, esos de los que intentaba escapar. ¿Cómo no había visto Bristol las señales? Aunque esa era la única vida que había conocido nunca, la verdad de su mundo, y las extravagancias de su madre eran tan parte de ella como lavarse en los cuartos de baño de las áreas de servicio y dormir enredada con sus hermanas en la parte de atrás de la furgoneta como una camada de cachorrillos.

A lo mejor a veces no podías ver la verdad hasta que te alejabas un poco de ella. Los feéricos y la magia ni siquiera habían existido en la cabeza de Bristol. Aunque eso no había sido por accidente, sino que había sido intencionado. Buscado por sus padres.

Los recuerdos volvieron en tromba. Las cosas que había ignorado, o las que le habían enseñado a ignorar. Las cosas sencillas que su madre no había sabido. Aspectos básicos del civismo. Montar en bicicleta. Cómo meterse en un ascensor y hacer que se moviera.

Después había cosas que ni ella ni sus hermanas habían cuestionado nunca, como el hecho de que el pelo de su madre cambiase de color de la noche a la mañana, a pesar de que nunca iba a la peluquería. O el extraño idioma desesperado que hablaba en sus sueños agitados, y cómo su padre la despertaba con un meneo suave. Cómo la encubría.

Los dos habían mentido. Y para ocultar quiénes eran, habían puesto una…

Se le llenó la lengua de saliva amarga. Era una de las razones por las que le costaba comer. Cada bocado alimentaría también a la criatura sobre su espalda, para que pudiera seguir succionando más de quien ella era. Madame Chastain le había dicho que lo más probable era que la garrapata hubiese estado ahí desde que era bebé, una forma de mantener su magia atrofiada y oculta. Cruzar el

portal había hecho que los años de magia reprimida explotaran dentro de la garrapata. La Bruja Suprema no había visto nunca nada igual, y le había dicho que había hecho llamar a alguien de destreza excepcional y con gran experiencia que podría ser capaz de forzar a la garrapata a soltar el agarre que tenía sobre ella.

«Una garrapata. Un horrible parásito colocado en mi cuerpo a propósito». Lo habían hecho sus propios padres. Y no se lo habían dicho nunca.

Y, después, otro recuerdo. Uno que iba y venía. Un turbio trozo de papel que la cortaba una y otra vez. Un recuerdo tan borroso que ni siquiera estaba segura de que fuese verdad. En él, entraba con sus andares casi de bebé en el cuarto de baño y gritaba. Su madre no se parecía a su madre. Su padre cogía a Bristol en brazos a toda prisa y la llevaba fuera del cuarto de baño.

«Es solo un disfraz, cariño. Mamá está jugando a disfrazarse. Se lo va a quitar».

Solo un disfraz.

Bristol le había preguntado a madame Chastain si había conocido a su madre.

—No —había contestado la bruja—, no era de Danu.

Quizás fuese verdad que su madre había crecido en un pueblo pequeño con una familia despreciable, como decía. Una familia *feérica* despreciable. Todas sus compañeras reclutas habían nacido y crecido en el mundo mortal. Parecía haber un montón de ellos ahí. ¿O se habrían conocido su madre y su padre en Elphame? O tal vez…

Ese era el juego que Bristol había jugado durante los últimos cuatro días. O quizás había sido durante toda su vida. La verdad se había vuelto tan maleable como los globos que retorcían en las ferias callejeras para formar distintas criaturas a cambio de una moneda. Unos dedos habilidosos podían moldearla y convertirla en lo que quisieran. Y sus padres habían sido muy habilidosos.

«Si tengo la marca de sangre, la obtuve de ella», pensó Bristol.

«Si la tengo».

Ahora, sin embargo, con su madre muerta, Bristol no lo sabría nunca a ciencia cierta. A menos que encontrase a su padre. Seguro que él lo sabría. Si es que estaba vivo. Ahora, incluso la «verdad» de Willow parecía sospechosa…, como todas las verdades de la vida entera de Bristol.

Esa misma mañana, otra pregunta había cortado a través del clamor mortecino en su cabeza.

—¿Cómo me encontrasteis *en realidad*? —le había preguntado a madame Chastain—. En todo el mundo mortal lleno de pueblos pequeños, dudo mucho que estuvieseis sentados en la esquina de una calle de Bowskeep buscando reclutas.

Madame Chastain había negado con la cabeza.

—No, no lo estábamos. Fue Freda quien se fijó en ti. Se enteró de nuestra búsqueda; también sabía que tu madre era feérica. Un día vio un coche que se dirigía hacia ti y luego tu reacción rapidísima sobre la bici para meterte entre dos coches aparcados y así evitarlo.

Bristol recordaba muy bien esa casi colisión con un coche que había doblado una esquina demasiado deprisa. Había oído el chirriar de sus ruedas antes de verlo venir hacia ella. Incluso ella misma se había preguntado cómo había percibido que ese estrecho espacio entre dos coches aparcados estaba ahí para poder colarse en él. De hecho, había estado mirando en dirección contraria, pero aun así había conseguido meterse en el diminuto hueco sin rozar siquiera ninguno de los dos coches. «Desesperación y suerte», lo había llamado en aquel momento.

Pero incluso Freda, a quien Bristol apenas conocía, había sospechado que ahí había algo más. Déjalo en manos de una bibliotecaria, en especial una feérica.

Bristol también le había preguntado a la Bruja Suprema sobre el arte que su padre afirmaba haber encontrad en una feria.

—¿Se lo robó a Jasmine?

—No lo sabemos. Jasmine no quiso decírnoslo. Él le importaba más que una obra de arte.

Más cabos sueltos que no cuadraban.

Bristol se frotó la sien. Al menos sus dolores de cabeza estaban amainando. Las aspirinas que había traído desde casa no servían de nada, pero madame Chastain le había dado a beber un humeante líquido verde en su lugar. La bruja había explicado que, debido a los cambios sufridos por su cuerpo, era probable que las aspirinas ya no fuesen eficaces para ella. Cambios. Solo pensarlo le daba náuseas.

Bristol vio que habían dejado otra bandeja de comida en su mesa mientras dormía, pero comida tras comida, le daba la mayor parte al zorro. Ahora incluso hablaba con él a menudo. Se había convertido en su nuevo confidente.

«Mira lo que hago», le decía, antes de pronunciar «*Treinta*», la orden para morir.

Desde lo lejos, apagaba cada vela del candelabro que iluminaba su comida con un simple pellizco de sus dedos y una palabra callada. Y después, con un cántico que decía «*ante feru lask*» («arde brillante») y un movimiento rápido en el que juntaba sus manos, las encendía todas de golpe con un estallido de fuego. Le venía con facilidad. El cántico que había memorizado y creía inútil (porque ella era inútil) funcionaba en ese momento debido a la pequeña cantidad de sangre rica en magia que había vuelto a ella procedente de la garrapata herida. Su propia magia que ese bicho le había robado.

Ahora, en cuanto hacía levitar un trozo de comida, el zorro acudía a la carrera, listo para atraparlo antes de que tocase el suelo siquiera. «Te vas a poner gordo», le advirtió. Aunque en verdad no lo haría, porque no era real.

«¿Lo soy yo?».

De repente, era una extraña para sí misma, borrosa y desconocida.

Daba miedo ser una cosa toda tu vida y después descubrir que en realidad eras algo distinto. Sentía como si hubiesen borrado una parte de sí misma. Madame Chastain le había preguntado si sus hermanas tenían marcas de nacimiento parecidas. No las tenían. Las dos tenían una piel tan impoluta como un lienzo nuevo. Sin pecas, sin marcas de nacimiento. En cualquier caso, sabía que debía

contarles a Cat y a Harper lo suyo; excepto que la mera idea la sobrepasaba, la agotaba, la instaba a hacerse un ovillo en su cama y dormirse. No quería que cambiase nada entre ellas. Quería que las cosas fuesen como habían sido siempre. Las hermanas Keats haciendo piña y consiguiendo que su vida funcionara.

Su madre le había mentido.

Su madre había sido feérica.

La cosa se reducía a eso otra vez.

Y si Leanna Keats podía mentir, eso significaba que todos los feéricos podían mentir. Incluido Tyghan.

¿Eso la alegraba o la enfadaba?

Los sentimientos encontrados pesaban en su pecho. Ya no estaba segura de qué pensar. «No significa nada para mí». Había mentido. ¿Verdad? Bristol recordaba el contacto de la mano de Tyghan sobre su cuello cuando la curó, la suavidad de sus dedos sobre su piel, el temor muy real en sus ojos. Había habido pureza en esos minutos breves y ansiosos, algo más verdadero que todas las palabras que habían intercambiado. Y aun así, no había ido a verla, a comprobar cómo se encontraba en… ¿cuántos días? A lo mejor la verdad estaba ahí.

Nada. Así era como se sentía ella. Como si flotase en una especie de mundo entremedias.

Una criatura poseía parte de su ser. La repugnancia la invadió de nuevo, el fogonazo de ese momento en que había visto a esa espantosa bestia en su espalda. Todavía estaba ahí, se negaba a soltarla. Estiró el brazo hacia atrás, sus dedos palparon tentativos su columna, con miedo a que la garrapata pudiese arrancarle un dedo de un mordisco. Sin embargo, cada vez que lo comprobaba, siempre notaba lo mismo: la piel suave y lisa, la criatura enterrada bien profundo en su interior. Escondida. Decidida.

Se levantó de su asiento en la ventana y arrastró los pies de vuelta a la cama. Se hizo un ovillo sobre el colchón y dejó que este la engullera, al tiempo que deslizaba las manos debajo de la almohada, donde no podría ver las afiladas medias lunas azules de

sus uñas, unas uñas que pertenecían a alguien a quien ella no conocía.



CAPÍTULO 64



El pequeño ratoncito gris correteó por el pasillo, pegado a la pared, mientras sus bigotes se movían con nerviosismo. Cuando llegó al camino exterior, dio varias vueltas en círculo y su pelo gris se convirtió en rizos rosas, sus patitas se transformaron otra vez en piernas largas y flexibles.

—El asistente acaba de marcharse —dijo Hollis, al tiempo que retiraba un rizo de su frente—. Todo despejado.

Las cinco reclutas corrieron por el pasillo hasta la puerta de Bristol, y Avery llamó con suavidad. Kasta y la Bruja Suprema habían impedido su entrada múltiples veces. Esa era su oportunidad.

No hubo respuesta a la llamada, así que Avery llamó un poco más fuerte.

—¡Bri! —susurró Sashka contra la puerta.

Nada.

Al final, Julia empezó a aporrear la puerta, tras decir que no tenían nada que perder.

—¡Bri! —la llamó—. ¡Necesitamos verte!

—¡Tenemos una sorpresa! —dijo Rose—, ¡Déjanos pasar!



Bristol estaba medio dormida, medio buscando entre sus recuerdos olvidados cuando empezaron a llamar a la puerta. Esperaba que, fuera quien fuese, se marchara. Estaba hecha un desastre y no quería que nadie la viera, pero cuando oyó la voz de Rose, se arrastró fuera de la cama.

Al abrir la puerta, las reclutas entraron revoloteando como abejas sobre una flor, aunque Bristol no fuese ninguna flor. Sashka arrugó la nariz.

—No has visto una bañera desde hace días, ¿verdad?

—Nosotras arreglaremos eso —anunció Avery, para desaparecer acto seguido en la sala de baño.

Bristol oyó el agua correr.

—No, no puedo…

Julia agarró su mano y le dio un apretón tranquilizador.

—Ya nos hemos enterado de lo de la garrapata. Se ocuparán de ella cuando corresponda. Mientras tanto, tú…

—¡Necesitas un baño! —sentenció Rose, al tiempo que abrazaba a Bristol con un brazo, el otro aún en un cabestrillo—. Cualquiera pensaría que, con todos los hechiceros que hay por aquí, alguien podría arreglar un simple hombro roto, pero supongo que mis huesos de pájaro son más complicados que la mayoría.

—Pero ¿te vas a poner bien? —preguntó Bristol.

—Sí. Estaré volando enseguida. Eso dice Esmee.

—¡Ya está lista! —les llegó la voz de Avery desde el otro cuarto.

Si hacer las cosas deprisa era su estrategia para distraer a Bristol, estaba funcionando, pero cuando llegó el momento de quitarse la ropa, vaciló. No quería que viesen su espalda. La cháchara se acalló y Julia sujetó su capa en alto como cortina mientras Bristol se metía en la bañera. Un arcoíris de colores giraba sobre la superficie del agua. Bristol se sumergió bajo el largo río de burbujas moradas para frotar su cuero cabelludo con agua caliente y jabonosa. Cuando salió a la superficie, Sashka y Hollis estaban sujetando en alto rutilantes muestras de telas de brocado verde bosque y raso dorado.

—¿Qué opinas? —preguntó Avery.

—Esperamos que te gusten, porque ya es demasiado tarde para cambiarlas —añadió Rose.

—Hemos pensado que estas telas pegarían muy bien con tu pelo y tus ojos —comentó Hollis—. Tuvimos que elegir por ti, puesto que no viniste a la elección de telas. Los sastres están impacientes por empezar. ¡Nuestros vestidos van a ser superespeciales y ya solo quedan unas semanas para la noche de Beltane!

—¿De qué estáis hablando? —preguntó Bristol.

Le explicaron que la celebración de la noche de Beltane en las cortes del reino solía estar reservada solo a la realeza y algunos nobles selectos; de hecho, era el único momento en que todos los monarcas se reunían. Ese año, sin embargo, Danu iba a llevar a las reclutas a la celebración en el castillo de Timbercrest para aportar tranquilidad y confianza a los otros reinos, para que supieran que Danu no pensaba rendirse.

—¿Nosotras para aportar confianza? —Preguntó Bristol—. ¿Tan desesperados están?

—Sí, ¿verdad? —Sashka se rio—. Pero supongo que creen que nos portamos de manera admirable en el ataque por sorpresa.

—Es verdad que Julia consiguió matar a tres de esas criaturas malolientes —dijo Avery—. Y el resto de nosotras ayudamos a los arqueros o terminamos con demonios ya derribados. Nunca llegamos a ir bajo tierra como nos habían ordenado.

—Somos escandalosas, ¿verdad? —Apuntó Hollis, e hizo aletear sus pestañas—. El maestro Reuben habría implosionado si nos hubiese visto.

La boca de Julia se curvó en una sonrisa torcida.

—La verdad es que aún estamos lejos de ser la respuesta a sus problemas, pero en una sola noche de fiesta achispada, la aristocracia no sabrá si somos habilidosas o impostoras habilidosas. Y Danu espera conseguir el apoyo de otros reinos a base de transmitirles confianza en un final positivo.

—Hmm —caviló Bristol. «Cortina de humo», lo llamaba su padre; los muchos engaños que ella veía en el circuito de ferias, una forma

de moldear la verdad para que encajara con las esperanzas y los deseos. Los feéricos de Elphame necesitaban héroes, y por una noche, eso era lo que serían ellas. Una ilusión. Era un engaño que Bristol entendía ahora con una claridad nueva. Se hundió más en el agua.

—Vaya… —dijo Julia, al tiempo que retiraba la mano de Bristol del lado de la bañera para mirar sus lúnulas azules—. ¿Qué es esto? Parece que después de todo sí que eres feérica.

—Eso me han dicho —repuso Bristol, luego retiró la mano y la sumergió debajo de las espirales arcoíris.

—¿Y no estás contenta por ello? —preguntó Sashka. Deslizó un dedo por la línea de su mandíbula, de color joya—. El azul es un color precioso.

Bristol sacudió la cabeza sin saber qué contestar.

—No sé qué pensar. Ni lo que significa. La Bruja Suprema tampoco lo sabía. Solo dijo que era irregular. Sí sé que no estoy contenta de tener a un bicho asqueroso viviendo dentro de mí. Ni de la idea de que mis padres lo pusiesen ahí.

—¿Por qué harían algo así? —pregunto Avery—. ¿Por qué reprimir tu magia?

—Porque estaban escondidos y huyendo en un mundo mortal y supongo que tenían miedo de que mi magia desvelara su secreto.

Todas aportaron su opinión y comentaron cómo era crecer rodeadas de mortales, las muchas cosas de sus vidas que habían mantenido ocultas a otras personas.

—A veces era difícil, pero al menos yo sabía quién y qué era —dijo Sashka.

—Y dónde vivía yo había una comunidad entera de feéricos, así que nos teníamos los unos a los otros —aportó Avery—. Yo no era la única con una corona de musgo y ramitas.

Hollis negó con la cabeza.

—Siento que te enterases de esta manera. No puedo ni imaginar el *shock* para ti. Es comprensible que te hayas saltado entrenamientos y clases.

Rose se inclinó hacia delante, con las manos agarradas al borde de la bañera.

—Pero te vas a quedar, ¿verdad? Te necesitamos.

¿Quedarse? Bristol no había pensado en quedarse o marcharse. Durante los últimos días, el tiempo se había detenido para ella.

—Te dejaremos terminar tu baño en paz —dijo Julia antes de levantarse—. Si necesitas ayuda, llámanos. Mientras tanto, te hemos traído algo de comida. Tus cosas favoritas. Iremos a prepararlas en la otra habitación.

Bristol terminó de lavarse el pelo. Tuvo que admitir que el aroma floral del jabón le subió el ánimo, o al menos le hizo pensar en otra cosa. Su mente se había pasado días atascada en un oscuro remolino sin principio ni final.

Cuando terminó de vestirse y volvió a su cuarto, lo primero que vio fue a las reclutas instaladas sobre su alfombra con el dibujo del bosque, una manta llena de comida entre ellas como si estuviesen de pícnic. El zorro esperaba justo fuera del círculo, pendiente de que le dieran algo. Lo segundo que vio fue sus alimentos favoritos, justo como le habían prometido. Higos rellenos, *kumquats* especiados, panecillos blandos y calientes bañados en mantequilla de tomillo. Boles y cestas y bandejas. Todo lo que más le gustaba.

Se le hinchió el pecho, emocionada porque la conocieran tan bien. Porque hubiesen irrumpido así en su habitación.

Porque supiesen cuánto espacio dejarle, y no dejarle. Porque fuesen capaces de encontrar ese delicado equilibrio entre empujar y dar un paso atrás. Porque fuesen mucho mejores en eso de ser amigas de lo que lo era ella, y aun así no se lo tuvieran en cuenta. La estaban ayudando a seguir adelante.

Avery dio unas palmaditas en la alfombra a su lado.

—Siéntate.

Bristol lo hizo.

Y comió, olvidando en gran parte al gorrón que llevaba a la espalda. Su estómago volvió a la vida con un gruñido y probó todo lo que habían llevado.

Hollis se chupó los dedos con delicadeza al terminarse un puñado de flores de borraja azucaradas.

—¿Sabéis qué es lo que más echo de menos del mundo mortal?

—¡La televisión! —soltó Sashka.

—¡No! Iba a decir los tacos.

—¡Sí! ¡Los tacos! —convino Avery, y se pasó la lengua por los labios—. ¡Y el guacamole! Aunque también echo de menos mis programas favoritos. Casi había terminado de ver *Starlands*. Jamás sabré quién…

—Fue Fremont Bellows —dijo Rose.

Avery chilló y le tiró una almohada, y todas se echaron a reír.

—En cualquier caso, no es que aquí nos falte el drama —comentó Julia, tumbada sobre el costado como una leona—. Visto que hay casi un espectáculo nuevo cada noche.

—Y un bis del drama durante el día. Es peor que la sala de profesores —añadió Fíollis.

—¿Ha estado pasando algo? —preguntó Bristol.

Las otras intercambiaron miradas furtivas.

—Bueno, ha habido muchos susurros enfadados entre los lores y las damas, y esta mañana cancelaron nuestras clases —explicó Sashka.

—Olivia no estaba *nada* contenta —continuó Avery—. Se le escapó que el Consejo había convocado una reunión de emergencia en ausencia del rey. Parecía una conspiración.

—¿A qué te refieres con «en ausencia del rey»? —preguntó Bristol—. ¿Dónde está?

Hollis le contó que había estado ausente desde la batalla. Que le habían enviado a no sabían qué asunto de estado.

—Madame Chastain necesitaba que fuese en persona a buscar a una hechicera poderosa, pero no dijo por qué.

—Al parecer, había algún tipo de mala sangre entre el rey y esa hechicera —reveló Avery con voz queda—, y él tenía que arrastrarse o algo para conseguir que viniera. Hemos oído que acaba de volver esta mañana.

«O sea que era ahí donde había estado», pensó Bristol. Kasta le informaba siempre de todas las personas que solicitaban verla, pero no había mencionado a Tyghan ni una sola vez. Era por eso. Se le quitó un peso de encima. Tyghan no la estaba evitando, sino que había ido a ocuparse de algún asunto del reino. Y parecía ser un recado hecho en beneficio de ella.

Sashka puso los ojos en blanco.

—Pues la verdad es que no puedo imaginármelo arrastrándose ante nadie.

Bristol tampoco, pero también sabía cómo podían extenderse y crecer los rumores.

—¿Sobre qué susurran los nobles?

Rose bajó la vista hacia su regazo.

—Sobre ti —dijo en voz baja.

—Tienen miedo —aclaró Julia.

—¿De mí? ¿Por esta cosa que tengo en la espalda? ¿Ahora creen que soy un monstruo?

—No —respondió Julia—, Y no eres un monstruo. Es tu ausencia, el hecho de que estés aquí refugiada. Se preguntan qué estás haciendo. Se preguntan en qué te has convertido. Los rumores son crueles, y se están imaginando lo peor.

—Además, no están acostumbrados a que se produzcan batallas tan cerca de casa —añadió Hollis—. El ataque dejó los nervios a flor de piel.

Bristol le dio un mordisco a una esquina de su bollito de limón. Al parecer, no era la única descolocada por los cambios repentinos. Tragó la masa.

—Entonces, supongo que debería asistir a los festejos de esta noche. Para apaciguar sus mentes. —No obstante, la idea de estar bajo escrutinio hizo que el bollito se pegase de inmediato a su garganta.

—¿Te vas a quedar? —preguntó Rose, y sus largas pestañas proyectaron una sombra debajo de sus ojos. Las otras esperaban también la respuesta de Bristol.

O estaba del todo dentro o no lo estaba. Bebió un sorbo de vino espumoso para tragar el bollito. Después bebió otro trago largo. Lamió la dulzura de sus labios.

—Hice una promesa, igual que el resto de vosotras. Nunca planeé marcharme hasta que lográsemos nuestro objetivo. —Se quedaría y vería el final de aquello, por no mencionar que ahora necesitaba aún más respuestas de su padre. Y las iba a conseguir, de una manera u otra—. Sí —respondió—. Desde luego que me quedo.



CAPÍTULO 65



Bristol había prometido reunirse con las otras en el Patio del Sol en cuanto empezara a anochecer, pero ya hacía tiempo que había anochecido del todo. Le había dado mil vueltas a qué vestido ponerse, también a cómo peinarse, e incluso a sus mejillas huecas, que temía que la hicieran parecer más siniestra. «Se están imaginando lo peor».

Comió algo más, aunque era obvio que no iba a rellenar al instante el par de kilos que había perdido. El zorro rondaba malhumorado por ahí cerca mientras ella se comía el último higo relleno. Se cambió el vestido tres veces, sin encontrar nada que mejorase los ángulos marcados de sus pómulos, y al final se decidió por un traje de raso azul pálido con unas mangas de encaje con dibujos de flores. Era el vestido más alegre de su armario, una prenda que parecía sacada del cielo mismo. Seguro que así podría disipar los susurros. No era un monstruo.

Y si lo era, no era más monstruo que cualquiera de ellos. Se miró las manos, disimuladas ahora con *glamour* para tener el mismo aspecto que antes.

Sus compañeras le habían dado un tutorial rápido sobre el *glamour* cuando Bristol había dudado debido a sus lúnulas.

—El *glamour* es fácil —le prometió Julia—. Podemos enseñarte en diez minutos. —La mujer explicó que ella lo utilizaba todo el tiempo

en el mundo mortal para transformar sus ojos de gata, y Sashka les contó que ella cambiaba su piel azul mariposa para que fuese de un bonito marrón suave.

—Una vez que le coges el tranquillo, te sale solo —dijo Julia—. Apenas tienes que pensarlo. El poder está dentro de ti. Solo tienes que sacarlo a la superficie. —La hicieron levantarse y Julia apoyó un dedo debajo de la barbilla de Bristol para levantársela—. Piensa en el aspecto que quieres que tengan tus uñas. Ahora echa los hombros atrás y acomoda tu peso en tus caderas, en tus costillas. Siente el peso. Toma posesión de lo que hay dentro de ti. De cada centímetro de ello. Respira hondo. Ahora fija tu vista a cien kilómetros de distancia, a cien años de distancia.

—¿Los fijo a través de la pared de mi cuarto?

—Sí —respondió Hollis—. No es un lugar lo que estás viendo, sino una distancia. Eres la propietaria de todo ese espacio, desde aquí hasta allí. Respira hondo y créetelo. Di las palabras «*mahr credeigm*» y deja que el poder en tu interior haga el trabajo.

Bristol pensó que estaba recibiendo más un tutorial sobre actitud que cualquier cosa mágica, pero hizo lo que le decían. Caminó alrededor de su habitación con la barbilla alta, los ojos fijos a cien kilómetros de ahí, a una eternidad de distancia. Vio las autopistas y los paisajes y el tiempo pasar a toda velocidad por su lado, múltiples pueblos sin nombre, moteles, oportunidades perdidas y prados, todo lo que la había moldeado para bien o para mal, y todo ello le pertenecía…, en lugar de pertenecerle ella a las sombras. Cuando se miró las manos, se quedó asombrada. Estaban como solían ser. En su sorpresa, las uñas volvieron al azul, pero después de unos intentos más, fue capaz de mantener la ilusión. Sus compañeras tenían razón, el engaño de un *glamour* simple era facilísimo. Así era como lo había hecho su madre durante todos esos años.

—No mucha gente puede ver a través del *glamour*, a menos que hagan un esfuerzo real, por lo general con un encantamiento —comentó Avery.

—Pero eso se considera bastante maleducado, como mirar

debajo de la falda de una chica —añadió Julia.

Sin embargo, una vez que tuvo el vestido, el pelo e incluso el *glamour* en su sitio, Bristol seguía caminando de un lado para otro, reacia a salir. «Acaba de volver esta mañana». Ahora que Tyghan había regresado, ¿iría a verla? Aunque ya era tarde, y todavía no había pasado por ahí. Bristol recordó el momento en que se había levantado la camisa en el sendero, las exclamaciones ahogadas, las maldiciones.

¿Se sentía Tyghan asqueado por la garrapata como el resto de ellos?

—Por supuesto que sí —susurró. ¿Quién no lo estaría? Levantó la falda de su vestido y deslizó la palma de la mano por sus riñones. No se atrevía a mirar esa mancha oscura otra vez, las patas retorcidas y el cuerpo que palpitaba al ritmo de los latidos de su propio corazón. En cualquier caso, notó la piel suave debajo de las yemas de sus dedos. Tragó saliva para reprimir la sensación de náuseas, luego trató de imaginar que la garrapata no estaba ahí en absoluto.

Revisó su armario de nuevo y vio la capa que le había dado Esmee, una capa de invisibilidad similar a la que Kasta había echado sobre sus hombros durante su viaje hasta ahí. A pesar de que la mayoría de los feéricos podían practicar y aprender la invisibilidad, para los que tenían sangre mortal, la invisibilidad no siempre era posible. De repente, volverse invisible le pareció la cosa más importante del mundo y deseó con toda el alma llevar esa capa puesta a los festejos; sin embargo, todo el objetivo de la salida era que la vieran. Cerró la puerta del armario antes de cambiar de opinión.

Salió por la puerta con la cabeza bien alta, concentrada en su destino final en el Patio del Sol, pero solo consiguió llegar hasta la galería superior que lo rodeaba. Cuando las primeras cabezas giraron hacia ella, no logró animarse a bajar por la gran escalinata y se coló, en cambio, en un recoveco oscuro. Solo unos minutos, se prometió. Comprobó sus manos. Dos de sus uñas se habían

revertido. Intentó concentrarse a mil kilómetros de distancia, a una vida entera de distancia cuando era solo Bristol Keats, estudiante a tiempo parcial, ayudante de encargado a tiempo parcial, hermana a tiempo completo, y trataba de mantener a su familia unida. «Tú eres la fuerte». Por esa noche, al menos, lo creería. Cuando volvió a bajar la vista, las afiladas medias lunas azules habían desaparecido y sus ojos volaron de vuelta a la gente que festejaba más abajo. Había algo diferente en ellos esa noche.

Una corriente nerviosa discurría por debajo de la alegría de las telas de raso ondulantes y el tintineo del cristal. Fluía justo por debajo de las risas, los bailes y la arrogancia. Aquellos poderosos seres tenían miedo, el tipo de miedo que no podía reconocerse nunca. A Bristol le resultaba inquietantemente familiar, despertaba recuerdos de cuando sus padres se apresuraban a recoger sus pertenencias, del pie de su padre apretado con fuerza sobre el pedal del acelerador mientras los kilómetros pasaban como una exhalación por su lado en un borrón desesperado. En ese momento lo veía todo con otros ojos. Lo difícil que debía de haber sido para ellos huir con tres niñas pequeñas a rastras, plantarse sonrisas en la cara, llevar sus tentempiés favoritos para el camino, mantener las voces ligeras y alegres. Pero esa ligereza siempre había tenido un filo más duro, como cuando el sol destella sobre un cristal roto. Eso era lo que Bristol estaba viendo: una corriente subyacente de cristales rotos debajo del júbilo de la fiesta. ¿Se debía al ataque sufrido en la ciudad o a *ella*?

Debía forzarse a convertirse en parte de ese júbilo. Debía sonreír, bailar y utilizar un vestido rutilante para cubrir todas las partes rotas en su interior que los demás podrían ver.

—Por fin has emergido de tu cueva oscura, según veo.

Bristol deslizó las manos detrás de su espalda. Reuben había salido de la nada, como si la hubiese estado siguiendo.

—¿Escondes algo, señorita Keats? —le preguntó con malicia, al tiempo que la dejaba sin escapatoria.

Bristol se puso rígida, con la espalda en tensión.

—No.

—Pues nadie lo imaginaría, vista la forma en que te has saltado los festejos obligatorios, por no mencionar tus lecciones. Ten a buen seguro que a mis clases no se te permitirá volver. Más vale que recojas tus cosas. Es hora de que te vayas.

El hombre lo dijo sin despeinarse. Con serenidad. Su voz cargada de toda la convicción de un asunto zanjado. «Puedes retirarte. Márchate».

—No voy a ninguna parte, excepto a reunirme con mis amigas. —Bristol dio un paso adelante, con el que le desafiaba a bloquearle el paso.

Reuben dio un paso a un lado con un gesto florido, una mueca de desdén retorcía su labio.

—Vete a casa, señorita Keats. No perteneces a este sitio. Vete ahora, antes de que te quiten esa posibilidad.

Bristol pasó por delante del hombre, al tiempo que su pulgar rozaba de manera casual las yemas de sus otros dedos, unas palabras silenciosas ocultas en su lengua. Mientras se alejaba, Reuben no se fijó en que los bajos de su túnica empezaban a humear, pero se fijaría en las llamas muy pronto.

Bristol hizo una pausa en la cima de las escaleras, levantó la barbilla, miró a cien kilómetros de distancia, a mil kilómetros, incluso más allá de Bowskeep, y empezó a bajar por la gran escalinata.



CAPÍTULO 66



Quin apuró el contenido de su vaso y lo deslizó por la mesa para que Dalagorn se lo rellenara. Ya habían acabado con una botella de *whisky* del tamaño de un ogro y estaban empezando otra. Había sido un viaje largo y seco para traer de vuelta a la Lumessa, y estaban recuperando el tiempo perdido. Glennis no tocaba el *whisky* de goblin, pero se deleitaba en el vino de madreselva mientras engullía una empanada entera de puerro.

—Te llevamos mucha delantera —comentó Quin al ver la bebida intacta de Tyghan.

El rey se encogió de hombros; su mente estaba muy lejos de allí.

Estaban reunidos bajo una pérgola en un rincón oscuro del Patio Jasper. Cully, sentado enfrente de Tyghan, exhibía su velocidad endiablada a la hora de atrapar cerezas entre los dientes, unas cerezas que Glennis le estaba tirando a la cara con alegría.

—Eh, Cully —dijo Kasta cuando se reunió con ellos—. Ivy te está buscando. Parecía importante. Tenía algo que ver con la noche de Beltane. Está cerca del Arco del Medio.

Cully se levantó de un salto. Casi volcó su silla, aunque la atrapó al vuelo, todo ello mientras Glennis seguía bombardeándole con cerezas.

—Más vale que vaya a ver qué quiere —dijo el joven, antes de alejarse a toda prisa.

Quin soltó una carcajada.

—¿De verdad le está buscando?

Kasta sonrió.

—No, solo quería su silla.

Todos se rieron y Dalagorn le sirvió una copa a Kasta.

—¿Qué es lo que no les gusta de Cully a los padres de Ivy? —preguntó Glennis entre bocado y bocado de empanada.

—Que no tiene alas —repuso Quin.

Kasta sonrió con picardía.

—Los élficos tienen sus cualidades. Mira lo rápido que es con las cerezas.

Glennis sacudió la cabeza.

—Deberían limitarse a fugarse juntos y casarse. Los padres de Ivy cambiarán de opinión.

—¿Un pixie cambiar de opinión? —se burló Dalagorn—. Son demasiado estirados. —Extendió el dedo meñique como si sujetase una taza de té de flores en lugar de *whisky*—. En especial, lord Hambry. Ese testarudo vejestorio…

Tyghan hizo girar despacio el líquido en su copa. La conversación a su alrededor era un mero murmullo, de tan poco interés para él como la música y el entrechocar de copas al brindar. La lejana luz de las antorchas centelleaba sobre la superficie ambarina de su bebida. «Espacio», pensó. «Necesita espacio». Era un término extraño, sobre todo cuando la chica estaba encerrada en su propia habitación. La granja de Tyghan tenía espacio. La orilla del mar tenía espacio. Las habitaciones de Bristol eran finitas y pequeñas. ¿Durante cuánto tiempo necesitaría ese espacio?

«Temen que planee marcharse».

Tyghan estaba seguro de que no se marcharía. Bristol creía en las promesas.

Aunque a lo mejor eso había cambiado.

«No tengo ninguna razón buena para tontear».

Ninguna razón.

Pero Tyghan quería que hubiera una razón. Que los dioses se

apiadaran de él, *él* quería ser esa razón.

Apretó la mano sobre su copa.

La deseaba. La deseaba con toda el alma. Le habían advertido de que debía quitarse esa idea de la cabeza, pero ya había intentado hacerlo muchas veces, durante el trayecto en busca de la Lumessa, y durante el trayecto de vuelta.

Tal vez fuese por haber visto la punta de la espada de Braegor apretada contra el cuello de Bristol y el terror absoluto que se había apoderado de él. Tal vez fuese por su casi beso en los establos y el olor de su piel, tan cerca de la suya que le había mareado. Tal vez fuese por el dolor que había sentido en el pecho cuando había depositado el cuerpo inconsciente de la joven en su cama, consciente de que él no estaría ahí cuando despertara. Había algo en la desesperación de ese día, en el hecho de casi perderla, en el carácter casi definitivo de los sucesos, que había convertido sus pensamientos turbios en unos nítidos y brillantes.

No solo la deseaba, la *quería*. Y hacía mucho tiempo de ello.

Incluso en esos momentos, en lo único que podía pensar era en cómo se sentía ella. Tal vez debiera llevarle algo de comida. Aunque Kasta ya le había informado de que unos asistentes le estaban llevando bandejas cinco veces al día, y que apenas las tocaba. «Solo dale espacio, Tygh». Parecía una frase nueva que de repente utilizaban todos. En especial, con él.

Solo que él no quería espacio entre ellos. Estaba harto de las advertencias de todo el mundo. Harto del Consejo. Harto de pagar por los pecados de su hermano. Él no era Kierus, tampoco era su hermano.

Kasta le tiró a Tyghan una cereza descarriada para llamar su atención. La pequeña fruta aterrizó dentro de su copa y salpicó *whisky* sobre la mesa.

—Mírate. Todo engalanado como un rey.

Tyghan bajó la vista hacia su chaqueta formal negra.

—Incluso los reyes deben apaciguar de vez en cuando a los consejeros y a las Brujas Supremas.

—¿Y la corona? —Tyghan fulminó a Kasta con la mirada. Todo tenía un límite—. Vale —aceptó ella—. Pero ¿has estado ahí afuera ya hablando con alguien? ¿Te has asegurado de que todo el mundo sepa que estás aquí? Creía que ese era el objetivo. Es tu primera noche tras el viaje. Es posible que a tus súbditos les tranquilice ver a su rey paseando entre ellos.

Tyghan pescó la cereza de su bebida y se la comió, después escupió el hueso a un lado.

—Tú eres mi súbdita. Y me ves. ¿Te sientes más tranquila?

Kasta emitió un ruido exasperado.

—Déjale en paz —intervino Dalagorn—. Cuatro días con esas Hermanas pendientes de nosotros son suficientes para hacer que hasta el más pintado quiera esconderse en un rincón. Incluso un ogro. Incluso un rey.

—Y esos malditos lobos suyos —bufó Quin—. Aún siento sus bocas calientes y mojadas sobre mi piel. Cada vez que hacía un movimiento rápido, notaba un brazalete de dientes alrededor de la muñeca. —Se llevó la copa a los labios, pero a medio trago se detuvo y bajó la mano—. Vaya, vaya, mirad con quién está hablando Hollis. Alguien ya no está escondida en su habitación.

Tyghan levantó la vista a toda velocidad y siguió la dirección de la mirada de Quin. —Bristol apareció y desapareció ante sus ojos según pasaba la gente por delante de ella. Estaba sentada en un mirador a unos veinte metros de ellos. Julia y Sashka estaban sentadas una a cada lado, las otras reclutas de pie a su alrededor.

—Es buena señal —dijo Dalagorn—. Se está adaptando.

—¿Te refieres a que se está acostumbrando a la garrapata extragrande que tiene dentro? —preguntó Quin—. ¿Quién podría acostumbrarse a eso jamás?

Glennis frunció el ceño.

—Ninguna de ellas está bailando. Por lo general, suelen…

—No están bailando porque ella no está bailando —dijo Tyghan. Era obvio para él—. Están creando una pantalla protectora a su alrededor. Mirad a los nobles.

Los lores y las damas más próximos a las reclutas miraban a Bristol sin disimulo y negaban con la cabeza, las alas replegadas con desprecio, los labios apretados en líneas duras para reprimir insultos y maldiciones. ¿Acaso creían que su garrapata extragrande y su magia en potencia eran una amenaza? Unos pocos, miembros del Consejo como lord Csorba y *lady* Barrington, estaban algo más retirados y la miraban con petulancia, con otro secreto a buen recaudo en sus corazones. Ellos veían algo diferente: una *rehén*.

Los ojos de Tyghan volvieron a Bristol. En tan solo unos días, se había quedado más delgada y tenía los ojos más oscuros. Se le notaba el cuello tenso, como si estuviese empleando hasta el último ápice de su fuerza para mantener la barbilla alta en medio del escrutinio que la rodeaba.

—Es la primera noche que viene desde que le descubrieron la garrapata —dijo Kasta—. Pronto pasarán a alguna otra noticia jugosa para entretenerse, sobre todo ahora que ya no se esconde en su habitación.

Tyghan no estaba tan seguro. Justo entonces vio a Reuben bajando la gran escalinata a la carrera, con el largo pelo ondeando a su espalda. Sus ojos negros centelleaban y estaban orientados con furia en dirección a Bristol.

—No me gusta lo que estoy viendo —anunció Tyghan, y el calor quemaba ya sus sienes.

Los otros también vieron a Reuben.

—A mí tampoco —dijeron Quin y Kasta casi al unísono—. Iremos a…

Tyghan ya se estaba poniendo en pie.

—Yo me ocuparé de esto —dijo, y se marchó a interceptar al hechicero. Se plantó en el camino de Reuben mucho antes de que llegase hasta Bristol, por lo que el hombre se detuvo sobresaltado—. ¿Tienes algo en mente, Reuben?

—Nada que deba preocuparos, majestad. Solo necesito hablar con una de las novatas —respondió, al tiempo que trataba de esquivar a Tyghan, pero este le bloqueó el paso de nuevo.

—Habla conmigo mejor.

Reuben frunció el ceño malhumorado. La ira hacía que le temblara el labio superior.

—¡Ella tiene que marcharse! —espetó—. ¡Mirad lo que hizo! —Agarró los bajos de su túnica chamuscada y los sacudió con el puño cerrado. Pequeños trocitos de tela quemada salieron volando—. ¡Sé que ha sido ella! ¡De no ser por mis amuletos, podría haberme quemado entero!

—La chica no ha sido capaz de realizar ni el más simple conjuro mágico, ¿y ahora afirmas que te ha prendido fuego? ¿La viste hacerlo?

—No, pero…

—Mira a tu alrededor, Reuben. ¿Con cuánta gente estás enfrentado aquí? Con demasiados como para contarlos, diría. —Tyghan se acercó aún más a él—. Mantente lejos de mi recluta —añadió.

—¿*Vuestra* recluta?

—Eso es. Mía. No la mires. No la toques. Ni siquiera pienses su nombre. Mantente alejado de ella. ¿Lo has entendido?

Reuben dejó caer el borde de su túnica e hinchó el pecho, consciente de la situación de repente.

—Sí. Creo que sí —respondió. Luego bajó la barbilla con una aquiescencia rígida—. Os serviré como os plazca, majestad…, hasta que regrese vuestro hermano.



CAPÍTULO 67



Los susurros eran difíciles de ignorar. Al menos la mitad de los que le lanzaban miradas de soslayo a Bristol eran capaces de emplear magias letales, por no mencionar la variedad común de amenazas mortales como un cuchillo clavado por la espalda. Consiguió forzar una sonrisa, pero intentar mantener la concentración mientras hablaba con Julia era imposible. Cuando la cháchara se avivó, pensó: «Otra vez no». ¿Acaso no era su presencia ahí suficiente para acallar los rumores? «No soy un monstruo». Y entonces la multitud onduló como un banco de peces alterado. Alguien se estaba abriendo paso entre la gente, hacia ella.

Bristol se preparó para otra cara enfadada, como la de Reuben. O quizás fuesen lord Csorba o el comandante Sloan esta vez. Todos habían hecho pública su desaprobación con respecto a ella.

Avery y Hollis cambiaron un poco sus posiciones para fortificar su muro protector, pero a Bristol se le cayó el alma a los pies cuando ellas también dieron un paso a un lado. La pared desapareció de golpe y alguien se detuvo delante de ella. Era Tyghan.

Iba vestido no como el comandante de los caballeros, con prendas de cuero y armas, sino como un rey. Llevaba una chaqueta formal, del mismo negro medianoche que su pelo, los puños y el cuello bordados con hilo de plata. Era la primera vez que parecía un rey de verdad, y no algún tipo de soldado canalla; ahora era la viva

imagen de un monarca formidable. Su expresión era severa, como si estuviese ahí para empezar una guerra. El corte ajustado y almidonado de su atuendo formal hacía aún más hincapié en su poder.

La multitud se quedó en silencio, expectante.

Tyghan no habló de inmediato, sino que la miró durante un momento largo e incómodo.

Un fuego se prendió en el pecho de Bristol, aunque no estaba segura de si era por la peligrosa figura que se alzaba ante ella o porque daba la impresión de devorarla solo con la mirada. La joven tenía demasiado miedo de plantearse siquiera la segunda posibilidad. Ya había recorrido ese camino solitario demasiadas veces y el dolor de hacerlo seguía muy fresco.

—Bienvenido de vuelta, majestad —dijo ella por fin, en un intento por acabar con la incomodidad del momento.

Los ojos de Tyghan se deslizaron hacia Julia.

—Me gustaría robaros la compañía de la señorita Keats durante unos momentos, con vuestro permiso.

Bristol se sentó más erguida en el banco. «¿Permiso?». Aquello se estaba volviendo más extraño por segundos; aun así, se produjo un momento largo y tenso entre Julia y él. Los ojos gatunos de la mujer se estrecharon mientras realizaba algún tipo de juicio de valor.

Cuando por fin asintió, Tyghan le tendió la mano a Bristol.

—¿Querrías concederme un baile? —Lo dijo en voz bien alta, para que todo el mundo pudiera oírlo.

Bristol miró su mano, el gesto visible para todo el mundo a su alrededor. Tyghan tenía la palma de la mano girada hacia arriba; no era una mano para levantar a una recluta del suelo y obligarla a seguir con sus ejercicios, sino una mano ofrecida como una invitación. Todas las cabezas del Patio del Sol se estiraron hacia delante y la gente se acercó un paso. Las manos de Bristol seguían sobre sus muslos, y sus dedos apretados contra las rodillas. «¿Bailar?». ¿De qué iba ese numerito tan público? ¿Qué intentaba demostrar Tyghan? No quería malinterpretar sus motivos e imaginar

algo que en realidad era una cosa distinta. La multitud observaba conteniendo la respiración.

—¿Aquí? ¿Ahora? —susurró—. No creo que…

—El rey de Danu desea bailar —repuso Tyghan, otra vez, lo bastante alto para que todos le oyeran—. Contigo. Aquí y ahora. —Esperó, con la mano aún extendida.

La sangre de Bristol palpitaba en sus sienes. Estaba claro que eso era un numerito, pero ¿por qué?

Sashka le dio a Bristol un codazo, como si no estuviese prestando atención.

—El rey te está pidiendo que bailes.

En efecto. Bristol no quería crear otro tipo de espectáculo rechazando la invitación, así que puso la mano en la de él.

—¿Haciendo alarde de tu rango? —susurró mientras se levantaba.

—A veces hay que tirar de él —contestó Tyghan. Las conversaciones estallaron a su alrededor y revolvieron el aire como una manada de torpes gallinetas tratando de emprender el vuelo—. Vayamos donde tengamos más espacio —sugirió.

«¿Algún lugar oscuro y alejado de todos?», se preguntó Bristol. «¿Un lugar donde no los vieran?». Sin embargo, Tyghan la condujo hacia abajo por el corto tramo de escaleras a la enorme plaza central donde era seguro que prácticamente todo el mundo en el recinto del palacio podría verlos desde los miradores circundantes.

—¿Estás seguro de que quieres que te vean conmigo?

—Demasiado tarde, Keats. Creo que ya nos han visto.

—Te la estás jugando. Me he enterado de que me llaman monstruo.

—No escucho lo que dice la gente. Y tú tampoco deberías.

Mientras se acercaban, la multitud que ocupaba la plaza fue menguando a medida que los bailarines retrocedían hacia el perímetro. Cuando llegaron al centro, Tyghan se paró y se giró hacia ella.

—¿Estás bien? —Su voz ya no era autoritaria, sino suave, como si

estuviesen ellos solos entre los avellanos.

Bristol se volvió suspicaz.

—¿De qué va todo esto? —preguntó.

—¿Mi pregunta? Me ha dado la impresión de que era bastante directa. Quería saber cómo te encuentras. ¿Necesita traducción?

—Estoy bastante bien, visto todo lo sucedido —repuso, y él miró de soslayo a los pasmados asistentes a la fiesta.

—Ignóralos —le indicó—. Solo mírame a mí. Quédate conmigo. No importa nada más. Ya hemos hecho esto antes, pero ahora lo haremos mejor.

—¿No niegas que hayamos bailado antes?

—No. —Sus ojos lucían fríos como el acero—. Ya estoy harto de negar muchas cosas. No lo haré más. Y tampoco pienso seguir bailando bajo el velo insensible de la invisibilidad. Quiero sentir cada paso. Contigo. —Levantó la palma de una mano.

El corazón de Bristol palpitaba en un único latido continuo. Vaciló un instante, luego levantó su propia palma para encontrarse con la de él. Sus manos giraron en el aire.

Y su baile comenzó.

Familiar. Natural. Giraban. Oscilaban. Se mecían.

Pero también era extraño. Nuevo.

Se tocaban.

Piel con piel. Cara a cara.

No un baile fantasma, sino algo real.

Los tambores resonaban a través de las venas de Bristol. De *ambos*. Sincronizados. El mundo era un borrón a su alrededor, igual que antes.

Solo que mejor.

Los ojos de Tyghan seguían fijos en ella. «Mírame a mí. Ignóralos a ellos».

—¿Por qué esta noche? —preguntó Bristol al cabo de unos instantes—. ¿Por qué bailar conmigo ahora? ¿Solo porque eres el rey y puedes hacer lo que quieras?

La mano de Tyghan resbaló más abajo por la espalda de Bristol,

luego tiró de ella hacia él.

—Sí, porque soy el rey —repuso—. Y estoy intentando demostrar algo. Y quiero que todos lo sepan.

Por la manera de decirlo, sonaba más como una confesión personal.

Un coro de murmullos los seguían mientras bailaban en círculo por toda la plaza, pero durante esos pocos minutos maravillosos, a Bristol dejó de importarle, dejó de oír nada más que la música y el sonido de los pies de ambos moviéndose al unísono, juntos.

«Esta sensación». Eso era lo que había imaginado. Lo que había ansiado. No solo estar entre sus brazos, sino verle, ver cómo el pelo le caía por la frente, ver cómo sus ojos se posaban de verdad en los de ella.

«Quiero que todos lo sepan». ¿Saber qué? La pregunta quemaba en la mente de Bristol. ¿Solo que ella estaba bien? ¿O alguna otra cosa?

Cuando la música cesó y empezó otra canción, se unieron otras parejas a ellos. Primero Melizan y Cosette, después Avery, Glennis y Sashka. Un flujo constante las siguió: Kasta, Quin, Julia, Dalagorn y Hollis. Luego más y más personas hasta que la plaza estuvo llena de nuevo, llena de risas y ruido como cualquier otra noche. Y los susurros amainaron. Bristol bailó con otras personas, con Avery, Sashka, Cully, pero Tyghan y ella siempre volvían a reunirse y terminaban cada baile el uno en brazos del otro. A medida que se hacía tarde, los caballeros empezaron a retirarse. El amanecer y el deber llegaban pronto para ellos. Incluso el comandante de los caballeros debía retirarse tarde o temprano, así que Bristol y Tyghan se marcharon con ellos. Bailaron de la plaza al césped, después a los pasillos, sus movimientos cada vez más lentos, hasta que por fin estuvieron delante de la puerta de la habitación de Bristol. Solos.

—Aquí estamos —dijo él con dulzura.

Las manos de Bristol resbalaron de los hombros de Tyghan, y las de él regresaron a sus lados.

Ahora que estaban solos y Tyghan había enviado el mensaje de

que podía bailar con quien quisiera, ¿había terminado la actuación? ¿Volverían a como eran siempre?

El atrevimiento que había mostrado Tyghan en la plaza había quedado atrás. Como rey, estaba entrenado para hacer gestos públicos y exigencias igual de públicas. Eran mucho más fáciles que la intimidad. Ahí, en el pasillo en penumbra, era otra persona, una persona tan dubitativa sobre la vida como lo era ella.

—Es tarde —dijo Tyghan al final—, Y nos levantamos pronto. Debería irme. —Pero no se movió.

—¿Eso es lo que quieres? —preguntó ella—, ¿Marcharte?

—No —admitió en voz baja.

—Entonces no lo hagas.

Y con eso, Bristol abrió la puerta a su espalda y tiró de Tyghan para meterle en la habitación con ella.



CAPÍTULO 68



Entraron dando tumbos en la oscuridad, y Bristol se detuvo a tan solo unos pasos de su cama. Cuando se giró, Tyghan seguía en medio de la habitación, rezagado con respecto al trayecto febril de ella. Un rayo de luz iluminaba su figura, el pelo negro escarchado por la luna, el resto en sombras. Pero el azul de sus ojos cortaba a través de la oscuridad y en ellos bullía algo que Bristol no era capaz de descifrar.

—Bri —dijo Tyghan dubitativo, como si pusiese a prueba el nombre en sus labios. Hizo que todo en el interior de la joven se fundiera, luego lo dijo otra vez, despacio, con más convicción—. Bri…, ¿estás segura de que me quieres aquí?

Bristol le miró. No estaba segura de nada. Ni allí en Danu, ni en Bowskeep, ni en ninguna parte. *Pero ¿eso?* Eso lo deseaba más que su siguiente respiración.

—Estoy segura de que quiero tenerte. Eso es todo lo que sé. Quiero tenerte… aquí y ahora.

Tyghan levantó la barbilla, como si esas palabras fuesen algo sólido que empujaba contra él, que le apartaba y, durante unos segundos largos, a Bristol le invadió el miedo a que su deseo por él fuese tan intenso que le había hecho malinterpretar las intenciones de Tyghan, sus caricias, incluso sus palabras. Pero entonces él cruzó la habitación, con pasos decididos y lentos. Se paró delante de ella y

levantó las manos para sujetar su cara, pero en lugar de inclinarse hacia su boca, sus labios se posaron sobre su mandíbula y fueron subiendo despacio hacia su pómulo, tan ligeros como una sombra de paso. Sus respiraciones sonaban ásperas, irregulares, y delataban su deseo.

—Esto —susurró—. Esto es lo que quería hacer aquel día en el establo. No quería parar. No debería haber parado.

—¿Por qué lo hiciste?

—Por las voces en mi cabeza —respondió—. La mía. Otras, unas que debería haber ignorado. La única voz que escucho ahora es la tuya. —Sus labios deambularon hasta la comisura de la boca de Bristol, expectantes—. Lo único en este mundo o en cualquier otro que puede pararme ahora… eres tú.

A Bristol se le atascó el aire en el pecho.

—Entonces, no hay nada que te pare.

Con esas palabras, el deseo de Tyghan se liberó, tan grande como el de ella. Enroscó los dedos en el pelo de Bristol, echó su cabeza hacia atrás y apretó los labios sobre los de la joven. Entonces hizo una pausa, como si se empapase de su contacto, pero luego su beso se volvió hambriento, la lengua exploradora, exigente. Tyghan sabía a *whisky* y a cerezas y a magia, y Bristol estaba embriagada por su olor. Él le dio un mordisquito en el labio de abajo, las yemas de sus dedos como fuego contra su mejilla. Oleadas de calor la engulleron, luego deslizó las manos por debajo de la chaqueta de Tyghan, cuyo pecho temblaba mientras ella desabrochaba los botones de su camisa, las respiraciones de él cada vez más pesadas. Tyghan alargó los brazos para tirar de Bristol y levantarla. Ella enroscó las piernas a su alrededor, los dos atrapados en metros de sedoso tul y satén. La habitación se ladeó, empezó a dar vueltas, mientras la boca de Tyghan descubría la de ella una y otra vez.

Chocaron contra la pared y un cuadro cercano cayó al suelo con estrépito. Los dos se rieron contra los labios del otro.

—Tu risa —susurró Tyghan—. Cada vez que la oigo, me llena de algo indescriptible.

—No me habías oído reír nunca.

—En el Patio del Sol, cuando bailabas con tus amigas. Te observaba desde la distancia, mientras deseaba que estuvieras riendo conmigo. Me bebía cada sílaba que salía por tu garganta.

Su confesión, las cosas que había sentido desde el principio pero había mantenido ocultas, todo eso la devastó. Era una vulnerabilidad que comprendía muy bien, como todas las veces que ella se había reprimido y había fingido que él no le importaba. De pronto, le escocían los ojos, así que parpadeó varias veces.

—Entonces, tienes que prometer que me harás reír más a menudo. Y reír conmigo.

Las caderas de Tyghan seguían apretadas contra las de ella e, incluso a través de todas las capas de tela apelotonada entre ellos, Bristol sentía la enormidad de su pasión presionando contra ella.

—No se me da muy bien eso de reír —respondió Tyghan con la voz ronca.

—Entonces, enséñame, Tyghan —susurró Bristol—. Enséñame qué cosas se te dan bien.

Las manos de Tyghan se aflojaron sobre los muslos de Bristol, cuyos pies resbalaron hasta el suelo. La hizo girar con suavidad para ponerla de cara a la pared, después sus dedos empezaron a tirar de los lazos del vestido. La tela se aflojó. Tirón a tirón, resbaló de los hombros de Bristol, que se puso tensa al recordar su espalda. Él se acercó más, apartó el pelo de la joven a un lado y pasó los labios calientes contra su cuello.

—Shh —le dijo—. No pasa nada. Eres preciosa tal y como eres. Te deseo tal y como eres.

Y ella le creyó.

Fue un sonido suave, un susurro, el que hizo el vestido al caer hasta sus tobillos. La única ropa interior que llevaba era un efímero retal de tela entre las piernas, y Tyghan también se deshizo de él. Luego recorrió su hombro desnudo con los labios y ella se dio la vuelta. A Tyghan se le cortó la respiración al ver el cuerpo de Bristol. Levantó una mano para acariciar su pecho como si fuese una joya

excepcional. Oleadas de calor palpitaban en lo más profundo de Bristol, y su respiración dio un traspié. Quería más, más caricias suyas por todas partes.

—Tu turno —murmuró, y acto seguido le quitó a Tyghan la chaqueta y la camisa. Le costó abrir el botón de sus pantalones, pero él se ocupó del tema enseguida y se los quitó en cuestión de segundos. Ahora fue el turno de Bristol de contemplarle a él, y eso hizo. Sus ojos recorrieron los músculos de su pecho, las hendiduras de su abdomen, y su deseo obvio justo debajo de eso. Bristol aspiró una bocanada de aire brusca, porque durante unos segundos había olvidado respirar.

Tyghan sonrió.

—Aún hay tiempo de volver atrás.

—Ni de casualidad —dijo ella, y sus bocas se encontraron de nuevo. Sus pechos desnudos entraron en contacto, calientes, mojados, piel con piel, y se desplazaron por la oscuridad hasta que Bristol sintió que él la levantaba. Luego sintió la cama fría bajo su espalda, el peso de Tyghan presionando sobre el mullido colchón a su lado. El suave crujido de la cama reverberó por sus huesos. Todo aquello era real, y no un sueño.

Tyghan exploró el cuerpo de Bristol con las manos y con la boca, despacio y con calma, como si estuviese reclamando cada centímetro de él. O rindiéndose a él. A su cuello, su tripa, sus muslos y todas las partes entremedias. La cabeza de Bristol daba vueltas con cada caricia, su piel temblaba, sus pensamientos hechos un barullo mientras entregaba cada centímetro de su ser a las caricias de Tyghan. Ella también exploró el cuerpo de él con ansia. Recorrió su pecho con los labios e inspiró su olor salado, mientras sus dedos se deslizaban por los duros músculos de su abdomen, incluso por encima de la dureza áspera de su cicatriz. Cada caricia era una declaración: «Por esta noche, eres mío». Luego bajó aún más, cerró la boca en torno a su miembro. Tyghan dejó caer la cabeza hacia atrás; tenía la respiración entrecortada, y Bristol se empapó en sus gemidos, le besó aún más profundo, más duro, pero

entonces él farfulló una maldición, como si estuviese perdiendo el control, y ella se encontró debajo de su cuerpo una vez más. Tyghan clavó los ojos en los de ella, como si quisiera quedarse ahí para siempre.

—Esto también —dijo en voz baja—. Perderme en tus ojos y no volver a encontrar el camino de salida nunca más. Esto es lo que quería. Te quería a ti, te deseaba. Siento haber tardado tanto en decirlo.

—Y yo siento no haberte dicho que había imaginado este mismo momento al menos cien veces.

—Bueno, pues puedes dejar de imaginarlo —susurró. Luego la besó: su boca era tierna, y Bristol pensó que podría llorar de la dulzura del gesto. Se deleitó de nuevo con la suave calidez de los labios de Tyghan, con el sabor de su lengua, que exploraba la suya. Y después él se movió hacia abajo. Sus labios estudiaron con detenimiento sus pechos, y su lengua trazaba círculos, como si cada parte de ella fuese un milagro. Tyghan escuchó los soniditos que escapaban de la garganta de Bristol, sus respiraciones irregulares, como si fuesen un mapa de carreteras. Se demoraba cuando gemía, luego su boca se deslizaba hacia otros sitios, y después entre sus piernas. Su lengua se movía juguetona, su boca despiadada, hasta que la llevó cerca del borde de un acantilado y el aire se detuvo en sus pulmones para salir en jadeos entrecortados. Cada parte de ella estaba en llamas; su necesidad de él era tan grande que no podía respirar.

—Te necesito dentro de mí —susurró Bristol—. Ahora. —Tyghan se puso encima de ella, abrió un poco las piernas de Bristol con la rodilla. Deslizó una mano por debajo de sus caderas *para tirar de* ella y acercarla aún más a él, lo cual parecía casi imposible. Susurró su nombre contra sus labios y después empujó hacia delante, con suavidad al principio, pero luego más profundo, con decisión, con una fuerza poderosa que la partía en dos; el hambre de Tyghan lo consumía todo. Bristol arqueó la espalda, sus caderas subieron al encuentro de las de él. Lo quería todo, y él presionó bien profundo

dentro de ella una y otra y otra vez, respirando temblorosamente contra la sien de la joven. La intensa plenitud con la que él la llenaba, el calor abrasador, el retumbar del pecho de Tyghan, todo ello la empujó por el precipicio sobre el que estaba haciendo equilibrios, y el ardiente palpitar entre sus piernas explotó de golpe, solo para atravesarla con oleada tras oleada de placer. El clímax la devoró por completo, tanto que unos gruñidos brotaron por su garganta y escaparon entre sus dientes apretados. El brazo de Tyghan se apretó alrededor de Bristol y el pecho del feérico se estremeció, a medio camino entre un gemido y un grito, a medio camino entre el dolor y el placer. Empujó más hondo, asaltó cada centímetro de ella, hasta que al final un último gruñido salvaje vibró desde su garganta y Bristol sintió el bufido caliente del aliento de Tyghan sobre su mejilla.

Y entonces la habitación se quedó callada otra vez, y entre ellos estaba solo el sonido de sus suaves jadeos. El aire llenó sus pulmones otra vez, mientras él se relajaba contra ella.

Y, por último, risa, una risa suave y maravillosa.



CAPÍTULO 69



Kierus caminaba con esfuerzo a través del bosque, hasta que por fin llegó a la cabaña abandonada. Había pensado que, después de tanto tiempo, podría haber olvidado el camino, pero ahí estaba, aún en pie, oculta en las profundidades de las Tierras Salvajes; las sombras eran tan densas que ni siquiera los monstruos pasaban por ahí. Apenas había cambiado nada en ella. Al tejado de paja le habían brotado helechos y hierbas. Las contraventanas colgaban de bisagras rotas. Había esperado que estuviese en ruinas para entonces, aunque, claro, allí en Elphame solo habían pasado seis meses, no la vida entera que Maire y él habían creado juntos en el mundo mortal.

Vio que la oscura puerta de la cabaña estaba abierta, como si le invitara a entrar, igual que había hecho entonces.

Ya fuese hacía seis meses o veintitrés años, su primer día juntos seguía tan fresco en su memoria como si hubiese sido la víspera.

Recordaba que se habían desnudado despacio, desvistiéndose como si fuese una ceremonia formal. Un dije, un amuleto cada vez, un cinturón, una espada, un cuchillo, un garrote, una camisa, un vestido, hasta que los dos habían acabado solo con un amuleto colgado alrededor del cuello, uno que habían decidido conservar de mutuo acuerdo para protegerse de los hechizos que pudiera arrojar el otro. El amuleto de ella colgaba de una fina cadenilla de oro y

descansaba entre sus pechos. Unos pechos preciosos. Kierus había respirado hondo. Ella había sonreído ante su ansia, que a Kierus le había resultado imposible ocultar.

Sus primeros pasos forzados el uno hacia el otro habían sido una extraña combinación de recelo y lujuria apenas controlada. La lujuria había ganado la partida. Si ella cobraba ventaja y así era como debía morir, a Kierus no se le ocurría una manera mejor de hacerlo.

Se habían tomado su tiempo, saboreando el cuerpo del otro como si fuese su última cena. Lo cual, en las mentes de ambos, probablemente había sido así. Después, cuando habían terminado, ella se había levantado para vestirse, mientras Kierus se había quedado tumbado en la cama, con la piel húmeda, el pecho resollando y el sabor de la piel de ella aún en la boca. No había estado seguro de poder levantarse siquiera.

La idea inicial había sido que eso sucediese solo un día, una vez. Ella había estado de espaldas mientras subía una media por la pierna que él acababa de acariciar. Kierus había tenido el cuchillo a su alcance, ella ajena al hecho. Había sido el momento perfecto, pero no había sido capaz de hacerlo. No sabía por qué. Ese había sido el plan. Lo que habían ido a hacer estaba hecho, y Kierus sabía que ella planeaba deshacerse de él para poder seguir con su labor de aterrorizar a Elphame, pero entonces, cuando ella se había dado la vuelta, él había dejado de pensar en su cuchillo.

—¿Qué prisa tenemos? —había preguntado.

Ella le había mirado a los ojos durante un rato largo, y su silencio se había convertido en un fuego voraz en el interior de Kierus.

—No hay prisa —había contestado ella al final.

Un día se había convertido en cinco, cinco días en diez.

Un día, tumbados de espaldas, los dos exhaustos, ella acurrucada contra el hombro de él, Kierus había preguntado:

—¿Y si no volvemos?

—¿Y qué hacemos?

Él había rodado sobre el costado y había bajado la boca hacia la de ella.

—¿Esto?

A la decimocuarta mañana, él lo había vuelto a preguntar:

—¿Y si no volviéramos nunca?

—Kormick acabará por encontrarme y pagaré caro mi larga ausencia.

—¿Nunca has querido ser otra cosa aparte de la bestia de las Tierras Oscuras?

Ella se había reído.

—¿Así es como me llaman? Me gusta. Es mejor que lo que me llamaban antes.

Le había contado a Kierus sus años de infancia y adolescencia en el bosque de las Tierras Oscuras, en manos de sus tíos y primos. Era algo a lo que nadie querría regresar.

—¿Y tú qué? ¿No te encanta ser el famoso Carnicero de Celwyth?

—No es algo en lo que planease convertirme nunca. Simplemente ocurrió. Otras personas me dijeron qué se me daba bien, y yo tenía muchas ganas de agradarlos. De encajar. Pero hubo un tiempo en el que quise…

Había dejado que ese pensamiento se alejase, tras descartarlo con un gesto negativo de la cabeza. Pero ella había insistido y él le había contado cómo había crecido en las salas superiores de un museo, donde había conocido a grandes artistas y había visto florecer a artistas jóvenes. Había estudiado con ellos incluso, hasta que le habían reclutado para formar parte de los caballeros.

—¿Crees que tenemos que ser siempre lo que éramos? ¿Solo lo que otras personas tenían planeado para nosotros? —había preguntado Kierus—. ¿Crees que es posible empezar de cero, dejar atrás el pasado y convertirse en otra cosa?

—A ti se te da muy bien lo que haces —había dicho ella, al tiempo que deslizaba una uña perezosa por el centro del pecho de Kierus.

—Quiero ser mejor en otras cosas.

—Eres un soñador, Kierus. Nos encontrarán, y yo me veré obligada a matarte, o tú me matarás a mí. Uno de los dos estaremos

muertos, y el otro vivirá con unos recuerdos bonitos. Seguiremos juntos gracias a ellos. Eso ya es algo. No estropeemos estos momentos con conjeturas. —Y entonces había plantado la boca sobre la de él.

Pero en la decimosexta mañana, al despertar, ella le había susurrado al oído:

—¿*Y si no volviéramos*…?

Habían trazado su plan. Luego habían pasado cinco días más preparándose. Ella había cerrado la puerta del Abismo y después todas las otras puertas de salida de Elphame que había podido encontrar para que perseguirlos fuese más difícil, aunque no imposible. Él les había vendido a los trows los pocos artículos de valor que tenía. La espada gildana de un caballero, y en especial la suya, valía una pequeña fortuna. Habían estado a pocos minutos de marcharse para siempre, con todo preparado, cuando Tyghan había aparecido a caballo a la puerta de su cabaña.

Kierus trató de quitarse ese recuerdo de la cabeza, pero no pudo evitar girarse desde la puerta de la cabaña para mirar hacia el claro donde Tyghan y él se habían encarado.

Había pasado una estación entera, y un nuevo manto de detritus cubría el suelo del bosque. Brotes de helecho y hierba primaveral se abrían paso entre la pinocha y las hojas de aliso, pero los retorcidos árboles llorones, los troncos caídos carcomidos por los gusanos, los adormilados lomos redondeados de rocas medio enterradas permanecían iguales. Tal vez la sangre hubiese desaparecido, pero todo aquello seguía siendo una mancha oscura en su cabeza, una tormenta violenta… Una tempestad.

Aún oía el golpe sordo a su espalda mientras se alejaba de ahí, el sonido de Tyghan al caer al suelo.

Y ahora, Tyghan tenía a su hija.

«Bien jugado, príncipe de Danu. Bien jugado. Pero esta batalla no ha terminado todavía».



CAPÍTULO 70



Bristol no se había despertado nunca con alguien a su lado en la cama, y no estaba muy segura de qué hacer.

Era extraño ver a Tyghan dormido junto a ella. *Profundamente dormido*. Había algo de lo más personal en ello. Y confiado. A lo mejor eso era lo que le parecía tan extraño: verle tumbado en su cama, sereno y vulnerable.

La cabeza de Tyghan había sido medio engullida por una almohada; un indicio de pelusilla de un día de antigüedad le ensombrecía el rostro, y su pelo era una maraña de ondas negras. Bristol sintió ganas de deslizar los dedos por ellas de nuevo, pero las respiraciones de Tyghan eran lentas, perezosas como una brisa de verano, y no quería despertarle. Cuando estaba despierto, era siempre un frenesí de movimiento y se notaba que los planes bullían detrás de sus ojos como si estuviese lidiando con miles de pensamientos.

Ahora parecía capaz de seguir dormido todo el día. Después de la noche que habían pasado, Bristol supuso que no era sorprendente. Dormir habían dormido poco. Habían pasado de la cama a la pared, de ahí a la sala de baño. Habían recorrido cada esquina de su habitación como si estuviesen conquistando el mundo y, tal vez durante esas pocas horas, así había sido.

Tyghan estaba tumbado bocabajo ahora, una mano envuelta

alrededor de la almohada, la otra envuelta alrededor de ella, las sábanas retiradas a patadas y hechas un gurruño cerca de sus pies, agotado y exhausto. ¿Debería Bristol levantarse con sigilo y vestirse? ¿Había reglas para aquellas cosas? No tenía ni idea. La mayoría de sus encuentros anteriores habían sido acelerados. Las mañanas no habían estado implicadas nunca, y las camas rara vez. Una furgoneta sofocante en el *parking* de una feria o el sofá del almacén de Sal, por el que solía optar Mick, no eran precisamente sitios donde demorarse.

Pero aquí… quería empaparse de cada detalle, recordar cada caricia y sonido. El sabor de los labios de Tyghan sobre los suyos. La sensación de sus músculos bajo las yemas de los dedos. Quería capturar cada color y matiz en su mente, como un cuadro que duraría para siempre.

El amanecer se asomó por las rendijas de sus cortinas, estirando unos dedos dorados por la habitación. La luz perfiló la espalda desnuda de Tyghan como un delicado baño de oro. Unas sombras suaves se instalaron en la hendidura de su columna, donde bajaba hasta la curva de su… Incluso eso era magnífico. ¿Cómo lo hubiese llamado Miguel Angel? ¿Glúteo mayor? Parecía un nombre más adecuado que culo. Bristol sintió solo un leve indicio de culpa por comérselo con los ojos mientras dormía.

O quizás no se sintiese culpable en absoluto.

Después de todo, ya lo había visto todo, incluida toda la extensión de su cicatriz. En medio de la noche, cuando habían estado tumbados de espaldas y hablaban a la luz dorada de las velas, ella había estudiado las curvas y los bordes irregulares de la herida, como una larga costura borracha en una piel sedosa perfecta. No era el resultado de una puñalada rápida y desesperada. Era una historia de venganza profunda, un mensaje a sangre fría destinado a no ser olvidado. Y Bristol sabía que él no lo había olvidado.

«¿Todavía te duele?», le había susurrado.

«No», había contestado él, demasiado deprisa.

Pero Bristol ya sabía que los feéricos sí que podían mentir. Quizás no le doliese la piel, sino algo más profundo en su interior que jamás podría repararse.

Los dedos de Tyghan se movieron ahora contra su costado, y Bristol se preguntó si estaría soñando, inmerso en algo más placentero, como el largo baño que se habían dado juntos, cuando se habían sumergido bajo el agua, con la boca de Tyghan sobre la suya y el oxígeno medio olvidado. Habían emergido después con respiraciones profundas. El rostro de Tyghan centelleaba a la titilante luz de las velas y el agua le goteaba por la barbilla.

Un intenso calorcillo se instaló entre las piernas de Bristol. A lo mejor la única que estaba inmersa en recuerdos de la noche anterior era ella. Al final, a alguna hora intempestiva, habían vuelto a la cama, para dormir de verdad.

El brazo de Tyghan pesaba sobre las costillas de Bristol, pero le gustaba la sensación de tenerlo pegado y calentito contra sus pechos. Rodó hacia el lado para acurrucarse mejor entre sus brazos y dormir un poco más, pero justo entonces llamaron a la puerta. Bristol abrió los ojos de golpe.

—*Tyghan* —susurró, al tiempo que rodaba de frente a él otra vez. Tyghan ni se movió. Bristol meneó su hombro—. Tyghan, despierta. Hay alguien a la puerta.

Él se removió, rodó sobre la espalda y se estiró. Cuando por fin enfocó la vista en ella, sonrió.

—¿Más? ¿No descansas nunca?

Llamaron otra vez, de un modo más insistente.

—¿No has oído eso? Hay alguien ahí. Métete en la sala de baño mientras voy a ver quién es.

Tyghan se inclinó hacia ella y la besó con calma.

—No hay ninguna ley en contra de lo que hemos hecho. Es algo que se fomenta incluso. Por los bebés, ¿sabes? Nunca hay suficientes en Elphame.

Bristol le apartó de un empujón y se sentó a toda velocidad.

—¡No va a haber ningún bebé!

Tyghan frunció el ceño en fingida ofensa.

—¿Ahora eres una diosa que ve el futuro?

—Soy la diosa de los anticonceptivos. Seguro que has leído sobre ellos en tus obras modernas. Ahora, date prisa, vete. No quiero situaciones incómodas ni más cotilleos. Ya hay demasiado de eso por aquí. Y tampoco sabemos quién está ahí.

—Podría hacerme invisible.

—¿Eso funcionaría? —preguntó Bristol esperanzada.

—A lo mejor. Depende de quién esté en la puerta. ¿Debería ir a ver primero?

—¡Vete! —le ordenó, al tiempo que señalaba hacia el otro cuarto.

Tyghan se levantó de la cama con el ceño fruncido.

—A los reyes no suelen desterrarlos a salas de baño.

—En mis aposentos no hay reyes, solo invitados. Y ahora vete. Date prisa.

Tyghan recorrió el cuerpo entero de Bristol con la mirada.

—Creo que ayer por la noche fui más que un invitado.

Una oleada de calor la recorrió de arriba abajo, como si la estuviese tocando de todas las maneras que lo había hecho la noche anterior. Había sido mucho más que un invitado; había dicho y hecho cosas que ningún invitado haría jamás, y Bristol quería que las hiciera todas otra vez. Y vio en el brillo que iluminó sus ojos que él también lo sabía. Ese bastardo arrogante.

Volvieron a llamar.

—Por favor, Tyghan.

Él sonrió y asintió, luego recogió del suelo su ropa desperdigada antes de refugiarse en la sala de baño.

Bristol arrancó la sábana de la cama, la envolvió bien a su alrededor y corrió hacia la puerta. Sin embargo, antes de llegar, la hoja se abrió y por ella irrumpió madame Chastain cargada con una pequeña bandeja.

—Perdona esta intromisión tempranera. Creía que tal vez estabas dormida y no me oías. —Pasó por delante de Bristol y dejó la bandeja en la mesa.

La Bruja Suprema era la última persona que esperaba ver. Desde luego que nunca antes le había llevado el desayuno.

—¿Pasa algo? —preguntó Bristol.

—Tienes una cita. La Lumessa se encuentra bien esta mañana y ha aceptado verte.

—Oh —murmuró Bristol medio aturdida, mientras trataba de cambiar su foco de atención de una noche casi en blanco a una mañana inesperada. ¿Una cita?

—Deprisa —le ordenó madame Chastain mientras le servía una taza de té—. Come. Vístete. Sus periodos de salud son breves. Yo te acompañaré hasta ahí.

—Por supuesto —repuso Bristol, y se sentó obediente a la mesa. Tomó un bollo de manzana caliente de una cesta y lo untó de mantequilla dulce, hambrienta de repente. Pero entonces vio la camisa de Tyghan hecha un gurruño en el suelo al lado de su silla. La empujó debajo de la mesa con el pie, pendiente de madame Chastain, que ya había vuelto su atención hacia el armario de Bristol. La bruja abrió las puertas de par en par y rebuscó de manera metódica entre la ropa. Depositó las prendas escogidas sobre el diván cercano en un orden puntilloso: ropa interior, unos pantalones y una túnica de tono crema, una larga chaqueta verde con anchas solapas bordadas, y un par de botas de ante suave. Todo ello sutil pero de buen gusto, como si quisiera que Bristol le causara a la poderosa hechicera una primera impresión buena pero humilde.

—Esto debería valer —comentó al girarse de vuelta hacia Bristol.

—Gracias. ¿Debería…?

Y entonces el sonido de un grifo rugió desde la sala de baño.

«¿Qué parte de estar callado no ha entendido?». Bristol bebió un sorbo de su té con la esperanza de que madame Chastain no dijese nada.

La Bruja Suprema cerró las puertas del armario.

—Así que aquí es donde está. Eris ha estado buscándole por todas partes. Yo ya lo sospechaba.

Su tono iba ribeteado de algo cortante. ¿Había sido la Bruja

Suprema una de esas voces que habían intentado disuadir a Tyghan? Bristol dejó su té en la mesa.

—¿*Esto* es un problema?

La ceja izquierda de la bruja se arqueó. Por sus lecciones matutinas, Bristol sabía lo que venía a continuación. Un silencio calculado. Cinco segundos exactos para hacer que sus palabras calaran un poco más hondo.

—No, siempre y cuando tu compromiso no vacile si este flirteo acaba mal. Las promesas rotas no están bien vistas en Elphame.

«¿Flirteo?». Sí, estaba claro que la bruja había sido una de esas voces.

—Las promesas rotas no están bien vistas en ninguna parte, señora Chastain.

—En efecto. —La mujer suspiró y cruzó la habitación antes de que Bristol pudiese decir nada más. Abrió las cortinas y dejó que la mañana inundara el cuarto.

Bristol dejó pasar la inferencia, deseosa de salir de ahí lo antes posible. Dejó su desayuno a medio comer y corrió a vestirse, pero mientras estaba sentada en el diván poniéndose la segunda bota, una voz que se suponía que debía guardar silencio llenó la habitación.

—¿Cuánto tiempo durará esta reunión?

Bristol y madame Chastain se giraron para ver a Tyghan de pie a la entrada de la sala de baño. Aún tenía el pelo mojado y llevaba su chaqueta formal de la noche anterior, el pecho desnudo bien visible debajo de ella.

Bristol parpadeó. No tenía muy claro si quería fundirse con el diván o agarrar la camisa de Tyghan del suelo y tirársela a la cara.

Madame Chastain, sin embargo, no movió ni una pestaña.

—Estamos sometidos a la voluntad de la Lumessa, majestad. La reunión durará lo que dure.

—¿Puedo…?

—No. Ha solicitado reunirse en privado con la señorita Keats.

—¿Le recordaste el propósito y los parámetros de esta reunión?

Que es solo para extraer la garrapata.

«¿Parámetros?», caviló Bristol. ¿Qué creía Tyghan que podía hacerle aquella hechicera?

—Lo hice, pero debemos confiar en el buen juicio de la Lumessa en este asunto.

Los ojos de Tyghan se convirtieron en hielo, aunque madame Chastain le sostuvo la mirada sin inmutarse.

Tyghan miró entonces a Bristol y la ira se diluyó de su cara, la confianza de hacía unos momentos desaparecida. Algo distinto llenaba su expresión en ese momento, algo afligido y serio. Bristol se preguntó si estaría preocupado por el resultado de extraer a la criatura de su espalda. ¿O sería otra cosa?

—Estaré en el salón del trono —le dijo a madame Chastain—. Que una de las Hermanas traiga a Bristol a mi presencia en cuanto termine la reunión. —Le lanzó a la bruja una mirada tensa mientras se dirigía hacia la puerta, aunque se detuvo antes donde estaba sentada Bristol. Se inclinó hacia delante y sus labios rozaron con suavidad los de ella—. Esto no es un flirteo —susurró. Después se marchó.



CAPÍTULO 71



Igual que el palacio y la universidad, el conservatorio se había construido a lo largo de milenios. Había empezado con el humilde taller del orfebre Creidhne, un dios capaz de tejer finísimas hebras de oro para formar elegantes cordones y joyas. Su taller había ido creciendo hasta incluir a muchos tipos de artesanos, porque los tuathade veneraban todos los aspectos del arte en su mundo. El arte era un regalo de Danu, igual que los talismanes sagrados, para fortalecer mente y espíritu. El edificio en constante expansión se había convertido en un lugar para cualquiera que por invitación, por error o por la voluntad de Danu se encontrase en Elphame para estudiar y practicar su arte. Incluso para mortales como Leonardo da Vinci.

En la actualidad, era un extenso y ajetreado complejo de cuatro plantas y numerosas alas con nombres de dioses y diosas. El piso superior, que llevaba el nombre de Aine, la diosa de la luz, era accesible solo por invitación.

Y Bristol estaba invitada.

La espectacular escalera de granito que llevaba a esa planta estaba protegida por una loba blanca. La bestia estaba tumbada a medio camino del rellano, repanchingada y aburrida, con la barriga y el cuello expuestos…, a menos que alguien mirase siquiera el primer escalón con la más mínima intención.

Bristol había visto cómo un alumno ponía a prueba al adormilado animal durante su primera visita al conservatorio, cuando el joven había levantado un pie hacia las escaleras. Su bota y el primer escalón no habían entrado en contacto nunca. Bristol no había llegado a ver a la loba saltar, de lo rápido que había sucedido todo, pero el lloroso joven había acabado tirado de espaldas, inmovilizado contra el suelo por unos dientes afilados como cuchillas alrededor del cuello.

Incluso con invitación, Bristol desconfiaba.

—¿Está segura de que ella lo sabe? —preguntó Bristol señalando a la loba.

—Se llama Kayana —dijo madame Chastain—. Y sí, lo sabe.

La loba no enseñó ni un diente mientras subían las escaleras, tumbada en un parche de sol mañanero como un viejo perro de caza que se calentara los huesos sobre un porche.

Cuando entraron por las puertas de doble hoja en el rellano del piso superior, Bristol se sorprendió de ver a muchos visitantes paseando por un luminoso claustro con tejado de cristal, sumidos en animadas conversaciones o admirando esculturas y pinturas. A Bristol le pareció como un museo concurrido en día de entrada gratuita. Más o menos a medio pasillo, había un grupo reunido y, mientras Bristol y madame Chastain se acercaban, uno de los presentes se giró al percibir su llegada.

Bristol reprimió una exclamación.

—¿Qué está haciendo ella aquí? —susurró.

Madame Chastain ni se inmutó.

—¿La Lumessa? Esta es su casa. Creía que comprendías…

—Nadie me dijo quién era, y no parece enferma en absoluto.

—Las apariencias pueden ser engañosas.

Algo que Bristol ya entendía muy bien. Siempre se había considerado perspicaz, pero había engaños, y había *engaños*.

Entre el *sheriff*, Willow y sus padres, empezaba a tener una perspectiva totalmente nueva acerca de las «apariencias».

La Lumessa le tendió la mano cuando terminaron de recorrer los

últimos metros que las separaban.

Jasmine. La tía de acogida del padre de Bristol.

La mujer a la que prácticamente le había robado la obra de arte en la posada de Willoughby en su primer encuentro.

Jasmine estrechó la mano de Bristol con una fuerza sorprendente.

—Bristol —dijo. Y después otra vez, despacio, con suavidad—: *Bristol*. —Como si hubiese una historia entera entre ellas, como si se hubiese sumergido en unos recuerdos que Bristol no tenía, como si lo de la obra de arte no importase pero su vínculo común sí.

Algo osciló dentro de Bristol, como si estuviese a punto de abrir una puerta prohibida y todos los secretos que tanto esfuerzo había hecho su padre por ocultar fuesen a salir en tromba, letales y llenos de dientes. Pero Jasmine no era una «supuesta» tía. No era un fraude ni un hombre de paja. Era la persona auténtica, la tía que había criado a su padre en Elphame.

—Jasmine —la saludó Bristol.

Dos de los invitados que observaban el encuentro soltaron una exclamación.

Un tipo rechoncho con aspecto de ogro, vestido con un traje de terciopelo malva y una voluminosa corbata con volantes, dio un paso al frente. Tenía las orejas puntiagudas y peludas, parecidas a las de Mae, y el humor a juego. Corrigió a Bristol como si hubiese metido la pata sin tacto alguno.

—Querrás decir la *Lumessa*.

Era evidente que nadie la llamaba por su nombre de pila excepto unas pocas personas selectas.

—Lo ha dicho bien —dijo Jasmine, y luego presentó a Bristol con orgullo, como si fuese una parienta largo tiempo perdida. Bristol vio la sorpresa en la cara de los presentes.

Luego hubo más presentaciones y Bristol se sorprendió en la misma medida al conocer sus nombres: Rafael, Henri y, quizás el más sorprendente de todos, un hombre bajito y anodino con largas patillas y un arrugado abrigo gris pero una sonrisa fácil, Robert Kirk.

Había leído sobre él en el libro de Anastasia. Era un erudito cuya muerte estaba envuelta en misterio. Había quien creía que en verdad había desaparecido en el País de las Hadas. Bristol acababa de conocer la respuesta a ese misterio. No veía el momento de contárselo a Harper. ¿Y este era *el* Rafael?

Antes de poder averiguarlo, Jasmine se despidió y se excusó en nombre de las dos.

—Estoy segura de que tienes muchas preguntas —dijo Jasmine mientras se llevaba a Bristol de ahí—. Le echaremos un vistazo a esa garrapata pronto, pero primero vayamos a mis aposentos y tengamos una pequeña charla, la charla que deberíamos haber tenido antes.

Antes de que todo se torciera en la posada.

Antes de que Tyghan apareciese en el comedor y empezase a chillar. ¿Era ese el «desencuentro» que había tenido con la Lumessa? ¿La razón por la que él debía arrastrarse?

Mientras andaban, Jasmine explicó por qué no había podido ver a Bristol antes, que hacía mucho tiempo que no estaba bien.

—Cuando una pasa seis siglos como Bruja Suprema de Danu, es fácil que las maldiciones acaben por alcanzarte. —Dijo que ella y las Hermanas las habían purgado con regularidad, por supuesto, pero que incluso las más pequeñas de las maldiciones dejaban marcas—. Se acumulan. Tengo días buenos, como hoy, pero los días malos empiezan a ganar la partida, me temo.

—¿Quién querría maldecirte?

La mujer se rio.

—Todos y cualquiera. Enemigos y camaradas. Es probable que también perfectos desconocidos. Como Bruja Supremade un reino poderoso has de tomar muchas decisiones duras. No agradan a todo el mundo. Algunas ni siquiera me agradan a mí. Durante mis años en el puesto serví a nueve coronas diferentes.

—¿No son el rey o la reina los que tienen que tomar las decisiones desagradables?

Una sonrisa irónica curvó sus labios.

—La administración de un reino es una cosa complicada.

—¿Así que tú debías hacer el trabajo sucio?

Bajó la cabeza en ademán pensativo, pero no fue del todo una respuesta.

—Ya hemos llegado.

Hizo un gesto hacia un vestíbulo circular que llevaba a unas puertas de doble hoja. Talladas en el mármol por encima de la puerta se leían las palabras «Celwyth Hall». Bristol había oído ese nombre susurrado detrás de manos ahuecadas más de una vez. «El Carnicero de Celwyth». ¿Vivía ahí?

—He oído mencionar a un carnicero de…

—Aquí no hay ningún carnicero y no lo ha habido nunca. Celwyth es mi apellido y el del arquitecto del conservatorio. No prestes atención a lo que se dice en la corte. Los cotilleos son uno de los pasatiempos favoritos de los ociosos.

Con un pequeño gesto de la mano de Jasmine, las dos puertas se abrieron al mismo tiempo.

Entonces entraron en otra sala, en marcado contraste con la sala de la que provenían. Era una explosión de texturas y colores; Bristol pensó en una tienda de antigüedades repleta de tesoros. Levantó la vista. Unos impresionantes tapices que representaban escenas pastorales, o a feéricos bailando con finísimas alas, o devastadoras batallas sangrientas, colgaban de unas paredes de dos pisos de altura. En los espacios entre los tapices había cuadros colgados y pedestales desperdigados con enormes esculturas de reyes, reinas y criaturas diversas. Teteras de latón, calderos de cobre, un caballo de madera de tamaño natural y otros objetos de colección estaban repartidos por toda la habitación, y unas gordas butacas con almohadones coloridos estaban distribuidas entre todo ello. A cualquier sitio que mirase Bristol, había algo nuevo que ver. Y esa era solo la primera habitación.

—Es una vida entera de coleccionar las cosas que más me gustan. Y a las Hermanas —explicó Jasmine—. Ellas también están impacientes por conocerte, pero lo primero es lo primero. —Llevó a

Bristol hasta un rincón junto a una ventana donde había dos butacas de seda azul. Las dos se sentaron—. Prometí hablarte de tu padre. ¿Por dónde podríamos empezar?

Bristol no estaba segura. Había muchísimas cosas que no sabía.

—Por el principio, supongo. Por cómo llegó aquí.

Jasmine apoyó un largo dedo pálido en su labio inferior mientras pensaba. Luego asintió, como si los comienzos del padre de Bristol se hubiesen aparecido en su mente.

—Nos llegó como una sorpresa a todas. Tu padre entró de pronto en nuestras vidas justo después de que yo le hubiese pasado el testigo de Bruja Suprema a madame Chastain, y las Hermanas y yo estábamos poniendo Celwyth Hall en orden. Un hada trajo a tu padre a la corte y se lo ofreció como regalo a la reina. Como es obvio, todo el mundo se quedó horrorizado. Robar bebés humanos hacía mucho que estaba proscrito, pero en algunas de las zonas más remotas de las Tierras Salvajes de Elphame aún ocurría. La reina nos lo trajo para que determinásemos su origen y se lo devolviésemos a sus padres, pues el hada no recordaba dónde le había encontrado. Sin embargo, eso no era fácil en absoluto. Era solo un bebé que apenas sabía andar y todavía no hablaba.

Jasmine sonrió, su mirada perdida en algún punto remoto en el tiempo, como si estuviese recordando al niñito retozando por ahí. «Jasmine le quería». A Bristol le escocían los ojos y tuvo que hacer un esfuerzo por que el dolor que sentía en la garganta no se convirtiese en algo ruidoso, mojado y bochornoso.

—Ni siquiera su ropa nos aportaba pistas. Llevaba unos preciosos faldones blancos, pero era difícil encontrar su origen. —Explicó que las Hermanas y ella pasaron tres años buscando pistas antes de averiguar de dónde procedía—. Fue una mención en un viejo periódico mortal. Hablaba de un niñito desaparecido, pero me temo que para entonces sus padres ya llevaban largo tiempo muertos. Como es probable que hayas averiguado ya, el tiempo en Feera puede transcurrir de un modo bastante distinto al del mundo mortal.

Bristol se inclinó hacia delante. Lo del artículo del viejo periódico

había llamado su atención.

—¿Averiguasteis quiénes eran sus padres?

Jasmine asintió y, mientras lo explicaba, Bristol flotó en un extraño espacio atemporal, conectado por su propia vida entera de preguntas, el sorprendente viaje de su padre a Elphame y la verdad que había empezado más de un siglo antes… con los padres de aquel bebé.

En 1890, Sanjay Kumar era el apuesto hijo de un adinerado comerciante de Bombay. Cuando terminó sus estudios universitarios, entró en el negocio familiar y, durante un viaje a Boston con su padre, conoció a Catherine Brennan, una mujer joven recién llegada del condado de Derry, en Irlanda. Trabajaba como institutriz para el socio empresarial que alojaba a los Kumar durante el verano. El amor floreció enseguida. Sanjay consiguió que la preciosa Catherine de pelo negro como el carbón cayese rendida a sus pies y, al final del verano, ya estaban casados. Sanjay se quedó en Boston para ocuparse de los intereses de su padre ahí y, muy pronto, la pareja fue bendecida con la inminente llegada de un bebé. Fue durante un pícnic con amigos, dos veranos más tarde, cuando su adorado hijo desapareció. En un instante estaba ahí, correteando por un prado rebosante de altas hierbas veraniegas, y al siguiente se había volatilizado. Desaparecido. Una brigada entera de investigadores no pudo encontrar ni rastro del niño y, después de unos meses, la búsqueda se abandonó, convencidos de que se lo había llevado algún animal. La pareja, devastada, regresó a Bombay un año después. Para cuando las Hermanas descubrieron la identidad de los padres, llevaban medio siglo muertos.

—Sanjay y Catherine —susurró Bristol para sus adentros. «Indio e irlandés». Eso era su padre. Lo que era *ella*. Al menos una mitad. Y también Cat y Harper. Bristol se inclinó hacia delante, las palmas de las manos apretadas contra los ojos, mientras aspiraba grandes bocanadas de aire.

—¿Estás bien, querida? —preguntó Jasmine.

Bristol asintió con los ojos cerrados, la cara todavía escondida

detrás de las manos. Toda esa información se filtró en su interior, como el agua en la tierra reseca. Necesitaba contárselo a Cat y a Harper lo antes posible. Merecían saberlo. Abrió los ojos.

—¿Él lo sabía?

—Sí, se lo contamos cuando tenía siete años —repuso Jasmine—. Aunque no estoy segura de que lo entendiera bien. Danu y esta vida eran todo lo que había conocido nunca. Sabía, por supuesto, que era diferente, que era del mundo mortal, pero nunca hablaba de ello; ni siquiera hacía preguntas al respecto. Quería correr y jugar y estudiar y ser todo lo que eran sus amigos. Como es obvio, al ser mortal, debía trabajar el doble de duro para conseguir cualquier cosa, e incluso así no era del todo como ellos. Pero tenía otras cualidades que le sirvieron mucho. Destacaba a su propio modo.

—¿Cómo era?

En ese momento, las Hermanas se reunieron con ellas, atraídas por la llamada de Jasmine. Al igual que esta, eran mujeres mayores, pero vigorosas y fuertes. Dos de ellas llevaban espadas a la espalda, como si acabasen de llegar de un evento formal. O letal. Se quitaron la armadura y las armas, que dejaron caer de cualquier manera en un sofá cercano, y le dieron a Bristol una bienvenida efusiva. La joven se mostró asombrada de conocerlas a todas, las otras tías de su padre, Adela, Camille e Izzy, las mujeres que le habían criado, y todas tenían mucho que decir. Él había sido la cara y la cruz de sus vidas. «Oh, los líos en los que se metía. Era muy curioso. Muy talentoso. Muy dulce. Muy travieso. Un demonio. Un encanto». Era «muy» todo.

El padre de Bristol era el hijo que no habían tenido nunca, el hijo que llegó tarde a sus vidas, el que corría y jugaba por Celwyth Hall, con destrozos ocasionales. Se rieron, contaron historias, le enseñaron sus cuadros, que colgaban por las salas de Celwyth. Cuadros que había firmado incluso: «Kierus». Bristol deslizó un dedo por el nombre, palpó la leve textura bajo la yema. También había dejado atrás su nombre.

—¿Así es como le llamasteis?

—Sí —confirmó Camille—, Significa «trotamundos».

«Un nombre muy apropiado», pensó Bristol.

—¿Aquí también era artista?

—Durante un tiempo —repuso Jasmine—. Hasta que entró en el escuadrón de los caballeros.

Bristol giró la cabeza a toda velocidad, del cuadro a las tías.

—¿Mi padre era *caballero*?

Camille suspiró, como si no lo aprobara.

—Era lo que él quería.

—Al menos durante un tiempo —añadió Adela.

Bristol notó cómo cambiaba la actitud de todas, cómo desaparecían sus sonrisas.

—¿Era feliz como caballero?

—Parecía serlo —admitió Izzy.

—Entonces, ¿por qué se fue? —preguntó Bristol—. ¿Por culpa de los trows?

Unas arrugas de confusión fruncieron sus ceños.

—¿Trows?

—No nos dijo que se marchaba, ni por qué —intervino Jasmine—. No hubo despedidas. Ocurrió de repente, sin previo aviso. Algo le llamó al otro mundo.

«¿El amor?», se preguntó Bristol.

—¿Y mi madre? ¿La conocíais?

—No —contestó Adela—. Nunca la conocimos.

—¿Cuántos años tenía él cuando se marchó?

—Veinticinco.

Su padre tenía cuarenta y ocho actualmente, pero había sido solo tres años mayor que ella cuando se marchó. Y había sido un *caballero*, como Tyghan.

—¿Era poderoso? ¿Tan poderoso como los demás caballeros aquí?

—Sí, mucho —repuso Izzy. Las otras asintieron en señal de aquiescencia.

Bristol sacudió la cabeza mientras trataba de asimilar toda esta

información nueva. Entonces, ¿por qué tenía tanto miedo de los trows? Intentó conjurar una imagen de su padre empuñando una espada, gritando órdenes, montado en un caballo enorme como August, tirando una lanza dorada…, pero las imágenes no se formaban. Cuando lo intentó, lo único que vio fueron otras cosas: su padre concentrado en un cuadro nuevo, mezclando pegotes de violeta y aguamarina con tal fruición que pudo intuir las sombras frías que estaba a punto de crear; le vio tarareando mientras serraba madera para fabricar otro marco más para un lienzo; vio cómo untaba yeso sobre una tela cruda hasta que estaba suave y perfecta. Le vio tocando una melodía al lado de una hoguera mientras sus hermanas y ella bailaban; le vio desplomado en la cima de las escaleras después de que muriera su mujer. El mundo del padre de Bristol había sido pequeño: la pintura, la música, su mujer y sus hijas. Eso era todo. No el mundo de los caballeros. Se había convertido en una persona completamente distinta. Aquellas mujeres no conocían al hombre que conocía ella. Una pregunta se coló en sus entrañas.

Señaló hacia su espalda.

—Si tan poderoso era, ¿por qué querría hacerme esto?

Jasmine negó con la cabeza y sus ojos pálidos centellearon. La expresión de las Hermanas se volvió seria. Los segundos se alargaron, como si estuviesen desandando sus pasos, como si se preguntasen qué había sido del chico que las abandonó sin explicación alguna, el chico al que habían criado y amado.

—No tenemos esas respuestas —dijo Jasmine al final—. A lo mejor es hora de que examinemos tu espalda y te demos las respuestas que podamos.



Bristol estaba sentada en un banqueta, sin camisa, el pelo recogido por encima del hombro. Sujetaba una manta suave contra su pecho.

Jasmine hizo la mayor parte de la exploración, pero Bristol oía los murmullos bajos cuando las tías consultaban unas con otras.

—Será doloroso —dijo Jasmine al final—, Pero creo que podemos extirparla.

«¿Cree?». Bristol había esperado más certidumbre de la hechicera con mayor experiencia de Danu.

—La pregunta es… —continuó— ¿estás segura de que quieres que la extirpemos? —Dio la vuelta para ponerse delante de Bristol, luego tomó una de sus manos para examinar las medias lunas puntiagudas una vez más. No hacía más que volver a ellas, como si le interesaran más que la enorme garrapata de la espalda.

—Por supuesto que quiero que la extirpéis.

—Escúchame —dijo Jasmine, sin dejar de estudiar la mano de Bristol—. Esto es inesperado. Es un rasgo heredado de los dos padres, lo cual significa que tu padre, aunque mortal, sí tenía algún vestigio feérico en su interior. Nunca lo supimos. Es probable que no se hubiese manifestado nunca, excepto porque tu madre era feérica.

Un vestigio. Bristol recordó que Tyghan le había dicho que muchos mortales tenías trazas feéricas en ellos, de algún punto muy lejano de sus antepasados. Por lo general, no tenía ningún efecto.

—¿Qué significa?

—Ese es el problema. No lo sabemos. Por sí solo, es probable que no signifique nada, pero combinado con la herencia feérica de tu madre, no podemos saberlo a ciencia cierta. Sí creemos que es posible que tengas la marca de sangre, pero extraer la garrapata conllevará un pequeño riesgo de muerte. También deberías saber que, si logramos extirparla con éxito, y la magia que hay en ti se recupera del todo, es seguro que habrá más cambios. Es posible que sean cambios profundos.

Bristol tragó saliva. No le gustaba el tono grave de la voz de Jasmine.

—¿Qué tipo de cambios?

Jasmine sacudió la cabeza con seriedad.

—Todavía no lo sabemos.

Bristol recordó el horror de aquel día que había entrado jugando en el cuarto de baño, cómo su padre había intentado calmarla. «Es solo un disfraz, cariño. Mamá está jugando a disfrazarse. Se lo va a quitar».

Solo un disfraz. Pero ¿y si no lo había sido?

Intentó mantener la calma mientras Jasmine estudiaba sus uñas. A lo mejor se convertiría en algo aún peor. ¿Qué era lo que intentaba decirle Jasmine?

—¿Y qué pasa si no la saco de ahí? ¿Si dejo que la garrapata se quede donde está?

—Las garrapatas no se curan. Su pata arrancada seguirá sangrando en tu interior, pero en cantidades muy pequeñas, lo suficiente para que algunas de tus habilidades innatas salgan a la superficie con el tiempo. Es posible que ya hayas experimentado algo de esto.

La mente de Bristol tropezó con los últimos días.

—Ahora soy capaz de hacer algunos hechizos que no podía hacer antes.

Jasmine pasó a explicar que incluso antes de que la garrapata resultase herida, era probable que ya estuviese liberando algo de magia hacia ella de vez en cuando en pro de la supervivencia, como cuando estaba maniobrando en su bicicleta en Bowskeep o incluso en el laberinto durante la batalla. Justo lo suficiente para garantizar la supervivencia de Bristol, porque si su anfitriona moría, también lo haría la garrapata.

Una anfitriona. Un sabor amargo afloró en su boca. «*Soy una anfitriona*». Una involuntaria. La anfitriona de una criatura repulsiva que la utilizaba para su propia existencia. Pero extraerla significaba que quizás ella misma se convirtiese en una criatura espantosa.

Bristol se puso de pie; su respiración era acelerada. Recogió su camisa y su chaqueta, y se apresuró a ponérselas.

—Tengo que pensarlo un poco. Necesito tiempo. Yo…

—Por supuesto —dijo Jasmine—. Una decisión como esta debe meditarse. Mientras lo piensas, las Hermanas y yo continuaremos

investigando el tema.

—Pero ten en cuenta —añadió Izzy— que, con la Ceremonia de la Elección tan próxima, Danu se está quedando sin tiempo.



CAPÍTULO 72



—Tengo noticias.

—¿Papá? —preguntó Harper con ansiedad—. ¿Has encontrado a papá?

Bristol negó con la cabeza.

—Aún no. Lo siento. Este es un mundo grande. Es más difícil de explorar de lo que había creído, incluso para los feéricos que viven aquí. Pero me están ayudando.

Harper miró con más atención.

—La habitación en la que estás es superoscura. ¿Todavía estás debajo de esa mesa?

Bristol asintió. Cat y Harper estaban apoyadas en la lavadora, con los ojos clavados en el portal. Bristol las había llamado, y ellas habían entrado dando tumbos en el lavadero, en pijama.

—¿Cuándo vuelves a casa? Esa es la única noticia que quiero oír —dijo Cat, con la misma insistencia que en su última conversación.

Bristol era consciente de que estaba forzando la paciencia de Cat, aunque, al menos, con la venta del cuadro de su padre y los adelantos de los bocetos de Leonardo da Vinci, el dinero ya no era un problema acuciante. En el aspecto económico, podían apañarse sin ella, pero no era solo dinero lo que necesitaban. La necesitaban a *ella*.

Bristol miró a Cat mientras intentaba decidir cómo desviar la pregunta. El rostro de Cat aún brillaba con el mismo filo exigente, pero Bristol se fijó en la repentina tensión en la barbilla de su

hermana mayor, como si tratase de contener las lágrimas. Bristol se apresuró a cambiar de tema.

—Bueno, ¿cuánto sacasteis por el cuadro de papá?

—Millones —repuso Harper.

Bristol puso los ojos en blanco.

—En serio, ¿cuánto sacasteis?

—Cinco millones —confirmó Cat—. No es broma. Nosotras también seguimos tratando de asimilarlo. Pero Sonja dijo que era legítimo.

Bristol disparó una andanada de preguntas, aún escéptica. Cat le contó que era un comprador anónimo y que Sonja estaba ayudándolas a averiguar dónde invertir esa enorme suma de dinero. Lo único que sabía Sonja acerca del comprador era que se trataba de alguien que admiraba el trabajo de su padre desde hacía mucho tiempo.

—Así que esa es nuestra gran noticia. ¿Cuál es la tuya? —preguntó Harper.

Bristol estaba tan asombrada por lo del cuadro que casi había olvidado que tenía algo importante que compartir con ellas: las respuestas a una vida entera de preguntas.

—Sé quiénes somos. Al menos en parte. —Les contó la historia de los orígenes de su padre, quiénes habían sido los padres de él y de dónde habían venido—. Su nombre original era Rían Kumar. —Vio cómo las dos se hundían de manera visible sobre sus codos a medida que les daba más detalles; parecía que la noticia les había arrebatado la fuerza en la misma medida que a ella.

Cuando Bristol terminó, Harper repitió los nombres Sanjay Kumar y Catherine Brennan varias veces. No cabía duda de que ya estaba haciendo planes para investigar lo que pudiera sobre ellos en la biblioteca. Para cuando Bristol volviera a casa, era probable que Harper supiera donde vivían todos los Kumar y los Brennan en un radio de mil quinientos kilómetros a la redonda alrededor de Bowskeep, y que estaría convencida de que estaban emparentadas con todos ellos.

—Pero esa es sólo la mitad de la historia. Hay más. Esta parte…

Esa era la parte más difícil de contar. Bristol se miró las manos en el regazo, las afiladas lúnulas azules que era imposible ignorar. El recordatorio de que nunca volvería a ser la misma que había sido, que sus padres habían perpetrado el mayor engaño de todos con su hija mediana. Bristol tragó saliva, sus ojos volvieron a Cat y a Harper.

—¿Recordáis esa pequeña marca de nacimiento en mi…?

Cat empezó a negar con la cabeza. Su barbilla se arrugó y empezó a temblar otra vez. Las lágrimas anegaron sus ojos.

Bristol hizo una pausa. Observó cómo retrocedía, la inclinación ansiosa de su cabeza, cómo levantaba los hombros, como si se preparase para recibir un golpe. «¿Recordáis esa pequeña marca de nacimiento?». Algo horrible reptó por el cuero cabelludo de Bristol. Observó cada mínimo espasmo de las mejillas arreboladas de Cat, y eso hizo añicos algo dentro de Bristol. Una comprensión asfixiante se estrelló sobre ella. El secreto centelleaba en los ojos de Cat. Bristol se atragantó con sus palabras y tuvo que hacer un esfuerzo supremo por conseguir que su boca funcionase de nuevo.

—¿Es…? ¿Cuándo…? ¿Lo sabías? *¿Lo sabías?* —Boqueó en busca de aire—. Oh, Dios mío. Oh, Dios…

—Te lo iba a decir —sollozó Cat, mientras las lágrimas rodaban ya por sus mejillas—. Pero le había prometido a papá no decir nada a menos que sucediera algo. Y después te marchaste…

—¡Pero es que sucedió algo, Cat! ¡Joder, sucedió algo! ¿Cómo pudiste no contármelo? ¿Qué más no me has contado?

—¿Qué está pasando? —sollozó Harper—. ¿De qué estáis hablando?

—Solo lo descubrí cuando volví a clase —lloró Cat—. Papá dijo…

—¡Eso fue hace más de un año! ¡Tuviste un año entero para contármelo!

—Lo siento. Yo…

—¿Lo sientes? ¿Y crees que eso lo arregla todo? ¡Tengo un jodido monstruo en la espalda, Cat!

—No deberías haber ido. Te dije que…

—¡A lo mejor no lo habría hecho si hubiese sabido esto! ¡Tenía derecho a saberlo! ¡Yo confiaba en ti! ¡Te lo contaba todo! ¡Y tú no me contabas nada! ¡Mira mis manos! —Bristol metió una mano por el portal y abrió bien los dedos—. ¡Esto es lo que soy ahora, Cat! —Aunque ni siquiera sabía lo que era eso. No lo sabía nadie.

Cat y Harper miraron su mano horrorizadas, como si mirasen la garra de un animal. Quizás eso fuese justo lo que era, o lo que sería.

Cat agarró la mano de Bristol, trató de llevársela a la mejilla.

—Lo siento. Por favor, Bri…

Bristol retiró la mano de malos modos.

—¡Aléjate de mí! ¡Vete al diablo! ¡Ni siquiera te conozco! —Empujó y estampó el puño contra el borde del portal para intentar bloquear la voz de Cat y entonces, para su consternación, se cerró. Desapareció. Así sin más. Los sonidos, los sollozos, los gritos, todo desaparecido. El silencio vibró dentro de ella.

Rebusco por la pared con manos temblorosas, trató de encontrar los bordes del portal otra vez, pero la pared era sólida ahora. El portal había desaparecido, junto con Cat y Harper, y por mucho que tocó, palpó y presionó, no pudo recuperarlo.



CAPÍTULO 73



El salón del trono era oscuro y burdo, un antiguo bastión, una de las estructuras más viejas de todo el recinto del palacio. Las bóvedas sucias de hollín se arqueaban por todo el techo y se extendían por encima de los peticionarios en lo bajo como la caja torácica protectora de una bestia; mientras que su corazón era un palpitar mágico que hacía que todo el mundo hablase en susurros. Unas profundas ventanas abiertas muy altas en las paredes dejaban pasar una luz mínima, y el resto la proporcionaban varias antorchas. Las paredes respiraban recuerdos, la sangre que había sido derramada, las victorias celebradas, los ardides de reyes y criaturas, las capas de historia que estaban presionadas contra sus juntas. Una mujer joven rondaba entre las sombras del vestíbulo, ajena a los murmullos de las paredes, pero los burdos bloques de piedra percibían cada latido de su corazón mientras ella pugnaba con su propia historia recién desvelada.

Bristol seguía furiosa con su hermana. Era una mentira más, y esa la estaba destrozando de un modo especial. ¿Cómo podía Cat haberle ocultado aquel secreto? Su padre era persuasivo, pero Cat no era una niña. Las dos eran mujeres hechas y derechas. Cat debería haber sabido que esa promesa era poco razonable.

Se inclinó hacia atrás para apoyarse en la pared fría. Daba la impresión de que ya no le quedaba nada en lo que pudiera creer.

Que todo y todos tenían lados ocultos: su pueblo, sus padres y, de repente, Cat. *Cat*. La única persona que Bristol creía que no mentía nunca. Cerró los ojos y vio los centelleantes iris de su hermana otra vez, sus pestañas color canela pegadas por las lágrimas. El secreto había sido una carga para Cat. El corazón de Bristol se tambaleó en contra de su voluntad, pero estaba dolida y quería seguir enfadada.

En ese momento, comprendía mejor esa armadura protectora de la que Tyghan echaba mano una y otra vez. Era una manera de mantener a los demás a distancia, de protegerse de más traiciones. Bristol quería que Cat se preocupara y le diese vueltas al secreto que había guardado, quería que viese su mano asomada por la pared en todos los momentos que estuviese despierta y dormida, que sintiese el horror de nuevo al ver las uñas medio azules que parecían las garras retraídas de una bestia. Que pensase en el enorme daño que le había hecho a Bristol. Pero el recuerdo de las lágrimas de Cat hizo que su corazón se tambaleara de nuevo. Malditos secretos, mentiras y su estúpido corazón débil.

Se frotó la sien, al tiempo que se tragaba a regañadientes al menos parte de su amargura. Dejaría que Cat sufriera un poco antes de ponerse en contacto con ella y enviarle un mensaje de comprensión. El portal podía haber desaparecido, pero Bristol sabía que Eris tenía bastante experiencia enviando cartas.

Devolvió su atención a lo que estaba pasando en la sala, aunque lo observaba todo desde lejos.

Comienzos nuevos. Eso era lo que veía Bristol en cada cara que salía del salón del trono con una promesa del rey. Esperanza. Era como la lavandería del País de las Hadas. Las manchas limpiadas, al menos de manera temporal.

Bristol no había visto nunca a Tyghan con corona, y era raro verle actuar como monarca. Escuchaba, preguntaba, juzgaba… Era un hombre con muchas facetas, y esa era una que ella no había visto hasta entonces. Observó cómo le miraban Eris, Kasta y los peticionarios, la forma en que escuchaban y esperaban. Tyghan les inspiraba respeto, y Bristol supuso que había sido así desde hacía

mucho, no solo desde que diera un paso al frente ante la ausencia de Cael.

Para ser alguien nuevo en el puesto, parecía hecho para él, aunque quizás ser rey no fuese tan diferente de ser el comandante de los caballeros. Diseñar estrategias y encontrar soluciones eran su pan de cada día. Sí, podía ser arrogante y exigente, pero «invertía su tiempo», como diría Sal, donde fuese que se le necesitara. Ya fuese en las reuniones del Consejo, trabajando con las reclutas en los campos de entrenamiento, deambulando por las zonas rurales en busca del padre de Bristol, o en esto: recibiendo a los feéricos que querían hablar en persona con su soberano.

Y en ese momento era ella la que necesitaba hablar con él. Empezaría por lo fácil: la carta. Quizás no sacara el tema de la garrapata en absoluto, porque ¿qué le diría él si le contase que se iba a quedar con ella?

Ni siquiera estaba segura de que fuese la decisión correcta. Sentía náuseas al pensar que era su *anfitriona*, pero se sentía igual de repugnada por la alternativa, por los cambios desconocidos que podría provocarle su extirpación. Lo único que había hecho durante toda su vida era empezar de cero. No podía volver a hacerlo. Tenía que pensar en sus hermanas. Ellas esperaban que regresara con su aspecto de siempre, no como una criatura irreconocible de Elphame.

Ese maldito tren genético en el que siempre había querido estar había dado un giro inesperado. Ya era demasiado tarde en el juego como para convertirse en algo diferente.

Aunque las palabras de Izzy la atormentaban.

«Ten en cuenta que Danu se está quedando sin tiempo».

Bristol se miró las uñas y dejó que el *glamour* se retirara hasta que volvían a verse las afiladas puntas azules. Como una garra. Volvió a ocultarlas con un encantamiento y se deslizó entre las sombras para ganar más tiempo. Tenía que pensar aquello bien.



CAPÍTULO 74



El dedo índice de Tyghan daba golpecitos en el reposabrazos del trono, como un goteo de agua constante. Empezaba a perder la concentración. ¿Por qué estaban tardando tanto? Debería haber recibido alguna noticia ya, o Bristol debería haber acudido a la sala. A menos que Jasmine le hubiese traicionado. A menos que le hubiese contado a Bristol la verdad sobre su padre. Las palabras de Kasta le inquietaban: «¿De verdad puedes hacer malabarismos con una cosa imposible más?».

Pero entonces se le ocurrió otra cosa, una que hizo que se le ahuecara el pecho. ¿Y si extraer la garrapata era demasiado para Bristol? Sus gritos rebotaron por su cabeza de nuevo, y la imagen de su cuerpo convulsionando cuando madame Chastain había intentado extraer la garrapata la otra vez. ¿Y si era demasiado tarde? ¿Y si la garrapata llevaba ahí demasiado tiempo y estaba enterrada demasiado profundo en su interior? ¿Y si extirparla la mataba? ¿Por qué no había pensado en eso antes? A lo mejor ni siquiera Jasmine tenía la destreza suficiente para…

—Majestad, lord Bowry está aguardando vuestra respuesta —murmuró Eris.

Tyghan parpadeó. La sala volvió a enfocarse, al igual que el lord que aún esperaba su respuesta. Estaba de pie con su séquito justo al pie del primer escalón del estrado. Tyghan no había oído lo que

pedía Bowry, pero, en el nombre de Lugh, ¿por qué necesitaba un contingente entero de asistentes para ayudarle a pedirlo?

—Protección —le instó Eris de nuevo, consciente de que Tyghan estaba distraído—. Parece algo que podríamos proveer, dada la ubicación tan vulnerable de su municipio en las tierras fronterizas. ¿No creéis?

Tyghan se maldijo por no concentrarse. Era la primera lección que había aprendido como caballero, y lord Bowry había viajado hasta ahí desde lejos y había esperado mucho tiempo para verle.

—Sí, por supuesto —repuso, luego se giró hacia Kasta—. Asigna las patrullas pertinentes a Rookswood.

El ceño fruncido de lord Bowry se relajó.

Miedo. Era ubicuo por el salón del trono aquel día.

En lo que llevaban de mañana, casi cada petición había sido para obtener más protección. No había habido más ataques de demonios desde el día de los campos de entrenamiento, pero había sombras que rondaban por los cielos lejanos de toda la nación a diario, y todo el mundo sabía que las sombras no eran bandadas de pájaros. Eran una advertencia. Braegor había visto los campos de entrenamiento y le habría dado esa información a su amo, aunque lo que había visto no demostraba que Tyghan estuviese tramando ningún plan oculto. Danu siempre había tenido campos de entrenamiento para los caballeros. Aun así, lo visto era suficiente para poner a Kormick a la ofensiva.

A lo mejor había llegado el momento de que la atención de Kormick se dividiera. Tyghan hablaría con Kasta para montar una campaña organizada de rumores y extenderlos por todos los rincones de Elphame, desde las montañas de Tattersky hasta las cuevas subterráneas de Gablerock, rumores de magia desenfrenada y de colonias enteras secretas de feéricos con la marca de sangre. Cuanto más estrafalarios fuesen los rumores, mejor. Si había algo que quería Kormick, era certeza. Estaba decidido a presentarse en la Ceremonia de la Elección sin oposición y rodeado del rugido de los vítores, no de sonidos de resistencia. Los rumores podrían

inquietarle y desconcentrarle.

—Sois muy amable, majestad. Gracias. —Lord Bowry hizo una reverencia, pero cuando daba media vuelta para marcharse, uno de sus asistentes dio un paso al frente.

—Majestad, ¿podría añadir algo más?

Los ojos del hombre lucían hundidos y ojerosos. Tyghan asintió para que continuara.

—Mi hijo ha desaparecido —explicó con un tono de voz más alto —. Estaba sobre el tejado, reparando los juncos. Es un buen chico. Tiene trece años, casi un hombre, pero… —El hombre se calló, apretando los labios en señal de concentración, y tardó un momento largo y tenso en continuar. Unos susurros de curiosidad se extendieron por la enorme sala—. Se lo llevaron —prosiguió—. Lo sabemos. Fueron ellos. Encontramos su bolsa de hilo de bramante y sus tijeras tiradas en el suelo. Su hermana había visto una bandada en el cielo de occidente solo unos minutos antes. —El hombre avanzó otro paso, con las manos cruzadas con fuerza delante de él —. Sé que no tiene salvación. Sé lo que les hacen. Pero si vos o vuestros caballeros os toparais con mi chico… Tiene los ojos verdes, el pelo rizado y pelirrojo, pecas… Os ruego que hagáis que su final sea tan indoloro como sea posible, que sonriáis y pronunciéis las bendiciones de los dioses para ayudarle a pasar al otro mundo, para que sepa que le aguarda el paraíso, para que sepa que nadie le culpa por lo que le han hecho. —Con sus últimas palabras, el hombre se desmoronó, el pecho agitado y las manos plantadas delante de la cara para esconderla. Uno de los otros asistentes le dio su apoyo mientras pugnaba por recuperar la compostura. Y entonces fue cuando Tyghan se fijó en las caras del resto de ellos, la pérdida grabada a fuego en sus semblantes, el miedo. Aquellos no eran asistentes, eran aldeanos, granjeros, comerciantes, que habían hecho el viaje con lord Bowry. Tyghan llevaba toda la mañana temiendo una pérdida en potencia; estos peticionarios ya la habían experimentado.

—¿Cómo se llama tu hijo? —preguntó Tyghan. El hombre,

desconsolado, se secó las mejillas con un lado de la manga—. ¿Cuál es el nombre de tu hijo? —repitió Tyghan—. Para que pueda informar a mis caballeros de que le den a este joven las bendiciones que merece en sus momentos finales.

—Samuel —repuso el hombre.

Tyghan asintió. Luego se volvió hacia Kasta.

—Asegúrate de que todos los caballeros del reino conozcan el nombre de Samuel de Rookswood, que se aseguren de que su final sea rápido y le consuelen y faciliten su paso al otro mundo.

—Está hecho, majestad —respondió Kasta.

El hombre les dio las gracias y su amigo se lo llevó, aún atragantado con sus sollozos.

Pero cuando el siguiente peticionario se aprestaba a subir al estrado, otro miembro del contingente de Rookswood, un hombre fornido de pelo ralo y canoso, se adelantó con osadía.

—¡No cedáis a ellos, majestad! —soltó de golpe—. Sabemos lo que les han hecho a los otros reinos. Plan infringido las leyes de los dioses y de la decencia, han aterrorizado y asesinado a sus ciudadanos para lograr sus objetivos. Y ahora han secuestrado a un rey, a vuestro hermano. Sabemos la elección a la que os enfrentáis, pero Danu es la última esperanza para Elphame. Una vez que tengan el Caldero de la Abundancia, quedaremos para siempre a su merced. No os inclinéis ante sus exigencias, o estaremos todos perdidos.

La sala reverberaba del silencio. Tyghan miraba al hombre pasmado. Le había pillado desprevenido. No podía responderle con la verdad, porque dijese lo que dijese en ese momento sería pasto de rumores al día siguiente en cada pueblo y aldea.

Pero inclinarse ante las exigencias de Kormick nunca había sido una opción.

Tyghan escogió sus siguientes palabras con sumo cuidado.

—Danu todavía está sopesando sus opciones. Seguiremos un rumbo de acción que sirva para el bien común.

Los ojos del hombre se entornaron mientras Tyghan hablaba,

como si estuviese midiendo la importancia de cada palabra y la longitud de las pausas entre ellas, como si oyese el tictac del reloj que martilleaba en la cabeza de Tyghan.

—Lo comprendo, majestad…, lo comprendo. Y si creéis que debemos arrodillarnos ante Fomoria, entonces eso será lo que haremos. —Sus ojos pesaban sobre Tyghan. Con el rostro espabilado y perspicaz, asintió.

Tyghan bajó un poco la barbilla en respuesta.

Los siguientes peticionarios tenían solicitudes más fáciles de atender, pero fue la última peticionaria que se había puesto al final de la fila la que llamó la atención del rey.

Escuchó con prisas las otras peticiones. Un sí, un sí y un no fácil (a la petición de pintar su retrato como nuevo rey de Danu).

Y entonces, por fin, la última peticionaria se acercó al estrado e hizo una reverencia profunda. El pelo castaño y suelto de Bristol caía en ondas por encima de sus hombros, unos hombros que él había acariciado hacía tan solo unas horas. Se mantuvo de pie ante él, bien erguida y seria; sus ojos eran tan profundos y oscuros como un mar nocturno. Sus labios carnosos estaban entreabiertos y su pecho subía y bajaba con respiraciones cuidadosas. No necesitaba pedirle nada. Él le daría el mundo entero si ella se lo pedía.

A Tyghan le palpitaban las sienes. ¿Acaso había algo tan serio en la mente de Bristol que sentía la necesidad de dirigirse a él de manera formal?

—Despeja la sala —le dijo Tyghan a Eris—. Escucharé esta petición en privado.

Bristol negó con la cabeza.

—No es necesario des…

—Tardaremos solo un momento —insistió Tyghan.

Eris acompañó fuera a las personas rezagadas en el vestíbulo, y los asistentes del rey se fueron con ellas. Las puertas de la entrada se cerraron con un golpe sonoro.

Tyghan se echó atrás en su trono, preparado para lo peor. ¿Qué le había dicho Jasmine a Bristol? ¿Había dejado bien claro madame

Chastain que compartir determinada información acerca de Kierus se consideraría traición? ¿Que la supervivencia de Elphame dependía de eso?

Bristol levantó los ojos hacia él, luego hizo una mueca.

—Ahora me siento tonta. Mi petición es trivial comparada con las que acabo de oír. Bueno, excepto la de que posaras para un retrato. —Puso los ojos en blanco y una sonrisa tironeó de las comisuras de su boca.

El alivio inundó el pecho de Tyghan.

—Sí —respondió.

—¿Sí qué?

—Sí a cualquier que sea tu petición; es tuya.

—Quiero mandarles una carta a mis hermanas —declaró.

—Hecho. Le diré a Eris que se encargue de ello. ¿Cuándo quieres que…?

—Espera —le interrumpió Bristol, como si acabase de acordarse de algo—. En realidad, hay más. —Las arrugas de alrededor de sus ojos se profundizaron—. Algo más importante. Tengo buenas noticias y malas noticias que compartir contigo. ¿Te digo la mala primero y nos la quitamos de encima?

Tyghan se inclinó hacia delante.

—¿Estás bien? ¿Tehan…?

—Estoy bien, pero… todavía tengo la garrapata. Jasmine dijo que la podía extraer, aunque había un pequeño riesgo de morir en el proceso, ¿sabes? Lo de la letra pequeña y esas cosas. Aunque aún peor… —Sus palabras salieron entonces atropelladas, casi sin respirar. Le explicó lo del vestigio feérico de la familia de su padre, y que sacar la garrapata podía dar lugar a cambios profundos—. Podría ser mucho más que estas marcas en mis uñas. —Se mordió el labio de abajo—. No quiero convertirme en otra cosa, Tyghan. No puedo volver con mis hermanas como algo diferente. Jasmine intentó disimularlo, pero lo vi en su cara. Tenía miedo. —Hizo una pausa para respirar hondo—. Es algo para lo que necesito al menos un poco de tiempo. Tengo que pensarlo bien. Espero que lo

entiendas.

Tyghan se levantó y bajó del estrado hasta que estuvo ante ella. Levantó con suavidad la cara de Bristol hacia la suya.

—Nadie te está obligando a extirparla, ni siquiera te lo pedimos. Te lo prometo. La decisión es tuya. —Su pulgar acarició el pómulo de Bristol—. ¿Y la buena noticia?

Bristol sacudió la cabeza y se apartó un poco para caminar en círculo por el espacio delante del estrado.

—Me temo que antes hay más malas noticias. Te mentí. ¿El día que me pillaste en tu habitación? No me había perdido. Me había colado en tu *suite* y encontré tu estudio.

—No permito que nadie entre en mi estudio.

—Ya lo sé. Era… obvio.

—Entonces, ¿por qué entraste?

—Iba siguiendo un sonido. Creía que era mi hermana cantando. Me condujo hasta un portal.

Tyghan recordó el relato de Daiedes de lo que había pasado. La serpiente no había mencionado ningún portal, solo que la había oído gritar. Había dicho que estaba embrujada.

—En mi estudio no hay ningún portal.

—Supuse que no lo sabías, en especial después de… —Pasó de puntillas por las siguientes palabras—. Después de ver el estado de abandono de la habitación, pero sí, te aseguro que hay un portal. Hablé con mis hermanas a través de él. Bueno, al menos había un portal hasta hace una hora. Y esa es la buena noticia: pude cerrarlo. —Repitió lo que había dicho, como para asegurarse de que él entendía la importancia de su confesión—. He *cerrado* un portal. Ya no está.



Tyghan siguió a Bristol escaleras arriba hasta su estudio. «Maldita sea, ¿por qué no he limpiado la habitación?». No era el desorden lo

que le importaba. Era la locura. A Eris le gustaba llamarle dios, pero eso… *eso* le había arrebatado todo su poder. El cuchillo de demonio que Kierus le había clavado entre las costillas le había reducido a algo tosco y salvaje. Menos que un animal. No podía soportar ver su estudio, mucho menos limpiarlo, y tampoco quería que lo viese nadie más. Pero Bristol ya lo había hecho. ¿Y ahora tenía que entrar con ella? Bristol estiró un brazo hacia atrás y agarró su mano en el oscuro pasillo para que no pudiese echarse atrás.

—Yo abro —dijo Tyghan cuando llegaron a la puerta. Así intentaba fingir que no le molestaba estar ahí. Presionó sobre el cierre, abrió la puerta, y le golpeó de inmediato el olor familiar del polvo y el abandono.

Bristol no pareció notarlo y se abrió paso por su lado.

—Estaba aquí. —Se dejó caer de rodillas y palpó debajo de la mesa, apretando la mano contra la pared de piedra—. El portal era más pequeño que un plato llano. —Explicó los sonidos que la habían conducido hasta ahí y cómo lo había hecho desaparecer. Mientras hablaba, Tyghan intentó concentrarse solo en ella, pero la habitación daba vueltas a su alrededor… Las marcas en las paredes, las sombras que se movían, que esperaban cobrar vida, las…

Se apoyó con torpeza en la mesa, y su mano volcó varios libros al suelo.

—Creo que…

Bristol le agarró del brazo para guiarle hacia la puerta.

—Hablaremos abajo.



CAPÍTULO 75



Bajaron las escaleras despacio. Bristol sujetaba a Tyghan con fuerza, aunque si se tropezaba, no estaba segura de poder evitar que se cayese. Cuando llegaron al último escalón, parecía recuperado ya. No quiso admitir que pasara nada e intentó restarle importancia y tildarlo de fatiga, pero el hilillo de sudor que bajaba por su sien era revelador. Fue hasta el lavabo de su sala de baño y se echó agua en la cara.

—Ayer por la noche no dormí demasiado. No es que me queje. Mereció la pena lo mires por donde lo mires.

Cuando retiró la toalla de su cara, Bristol se plantó delante de él.

—Por favor, Tyghan, habla conmigo. ¿Qué está pasando? Él negó con la cabeza.

—Ya te lo he dicho, es solo…

—Para. Sé que te cuesta hablar de ello. A mí también me costó hablarte de conservar la garrapata. Temía que creyeras que estaba defraudando a todo el mundo. Y me costó aún más admitir que te había mentido. Pero tuve que correr ese riesgo. Después de ayer por la noche… Dios mío, Tyghan, nos pusimos *íntimos* el uno con el otro.

—Muchas veces —dijo con una sonrisa—, pero ¿a quién le importa?

—Tyghan, hablo en serio. ¿No podemos ser íntimos también en esto? ¿No puedes confiar en mí lo suficiente para contarme lo que

sucedió en esa habitación?

A Tyghan se le borró la sonrisa, luego tiró la toalla sobre el lavabo, pero Bristol vio el leve temblor de su mano. Se estremecía ante un recuerdo que no lograba forzarse a compartir. La línea de su mandíbula se marcó más, como si se estuviese preparando para recibir un puñetazo. Su mirada se volvió distante, en busca de esa red de seguridad a la que recurría una y otra vez.

—Por favor —susurró Bristol.

—No es… —Inclinó la cabeza hacia un lado como para eliminar un nudo de los músculos de su cuello, y sus iris se llenaron de una resistencia fría…, pero cuando volvió a mirarla, tragó saliva y sus ojos se llenaron de rendición. Agarró la mano de Bristol y la condujo a su salón, luego le hizo un gesto para que se sentara en uno de los sofás.

Él no se sentó con ella. En lugar de eso, agarró una manzana verde de un bol sobre el aparador y le dio vueltas en la mano como distracción mientras caminaba de un lado para otro.

Bristol esperó con paciencia a que ordenase sus pensamientos.

—¿Tiene algo que ver con la cicatriz de tu costado? —le instó.

Tyghan tragó saliva y las palabras por fin fluyeron, al principio forzadas, pero salieron.

—Sí. El acero… era casi un mito. Muy inusual. Una hoja forjada por… mil demonios. Los muertos vivientes llevaban tanto tiempo desterrados en el Abismo que ningún feérico vivo había visto nunca una hoja así, mucho menos había sido apuñalado con una.

Hablaba como si se refiriese a otra persona, como si solo estuviera contando una leyenda, pero entonces empezó a hablar más despacio, su voz se volvió más temblorosa. Los recuerdos cortaban demasiado cerca.

—Cuando la daga hace sangre, permite que todos los demonios que ayudaron a crearla entren en la cabeza de la víctima.

—Y tú fuiste su víctima.

Bristol vio la desesperación en sus ojos y se le hizo un nudo en el estómago. «¿Por cuántas cosas ha tenido que pasar?». Un largo

silencio engulló a Tyghan, como si el oscuro mundo que le atormentaba se hubiese apoderado de él otra vez. Su mano libre se cerró en un puño.

—La hoja abre un millar de puertas diferentes por las que pueden pasar —continuó—, uno por uno, para que puedan alargar la agonía. Cada demonio me trajo una pesadilla nueva para torturarme. Se burlaban, me tentaban… —Respiró hondo—. Convirtieron sus tormentos y sus deseos más depravados en míos. Eso fue lo peor. Sus pensamientos más espantosos se volvieron míos. Su dolor se volvió mío. Reptaban por debajo de mi piel, a través de mi estómago. Sentía cómo me estrangulaban, me asfixiaban, se reían de mí. Me cortaron de arriba abajo mientras susurraban sus planes más oscuros para cada centímetro de mi piel.

Una pátina de sudor iluminó su frente. Se apoyó en el aparador para sujetarse.

—Se colaban mientras dormía, así que traté de permanecer despierto. Los libros ayudaron, pero al final, siempre acababa sucumbiendo al agotamiento. Algunas noches, venían hasta cuatro o cinco, uno detrás del otro, y yo no podía hacer nada para detenerlos.

Empezó a andar otra vez mientras contaba que madame Chastain le había dado todas las pociones que se les ocurrieron a ella, Olivia y Esmee para ayudarle, pero que habían dicho que no existía cura para la magia negra del acero de demonio. Tenía que seguir su curso natural…, si es que él sobrevivía a ello. Le pusieron un collar especial para evitar que utilizara ningún tipo de magia que pudiese conjurar de manera accidental cuando batallaba con los demonios en su mente. Sus amigos hacían turnos para sentarse a la cabecera de su cama.

—Pero una noche, mientras luchaba con un demonio, casi estrangulé a Quin hasta la muerte. Ahí fue cuando me encerré en mi estudio. Cada demonio tenía solo una oportunidad contra mí. Por eso marqué las paredes; supongo que era una manera de conservar la cordura, una prueba de que había sobrevivido a cien visitas y

podía sobrevivir a cien más. —Se sentó enfrente de ella y dejó su manzana sin comer en la mesa baja entre ellos. Una tormenta silenciosa arreciaba en su interior, y Bristol se preguntó qué pesadillas no era capaz de compartir—. Algunas noches, no quería sobrevivir en absoluto. Quería rendirme, entregarme.

—Pero no te rendiste. —Él negó con la cabeza sin mucha convicción—. ¿Qué pasó con el amigo que te apuñaló?

—Se marchó. Desapareció, mientras yo me desangraba en el suelo del bosque. Ahora… está muerto para mí.

«Como debe ser», pensó Bristol. «Aunque el muy traidor se merecía un castigo mucho peor que solo escapar».

—¿Por qué lo hizo?

Tyghan se echó hacia delante, con los brazos apoyados en las piernas.

—Cambió de bando. Se unió al enemigo y yo… —Se aclaró la garganta—. Yo me interpuse en su camino.

Su voz estaba cargada de una pérdida insondable. La pérdida de un amigo. La pérdida de confianza. Era el sonido más desolado que había oído Bristol en toda su vida, peor que los sollozos de su padre.

—Siento que tu amigo te hiciera esto.

—Yo también.

—¿Cuántos demonios te quedan por sufrir?

—Unos cientos, quizás más, pero creo que he logrado purgar el poder del acero. —Levantó la vista de sus manos, cruzadas delante de él, y forzó una sonrisa—. O como dice Melizan, mi cabeza se ha vuelto tan dura como la piedra y ni siquiera los demonios pueden entrar ya por las puertas. Hace meses que no he tenido ninguna visita. —Señaló hacia arriba, al estudio—. Siento que hayas tenido que ver eso.

—Podría ayudarte a limpiar la habitación. Así lo dejarías todo atrás.

—No —repuso, y se encogió de hombros, como si fuese un asunto trivial—. Yo me encargaré de ello. Es solo que he estado ocupado.

Bristol sabía que era más que eso. Había cientos de sirvientes en el palacio que estarían encantados de encargarse del tema. Pero el estudio era un recordatorio que Tyghan todavía no estaba preparado para descartar. O a lo mejor creía que era demasiado pronto, que aún podían llegar más demonios. Que su cabeza dura como una piedra no era tan inmune como él quería que fuera.

Tyghan arqueó las cejas.

—Y ahora le hemos dedicado a ese tema más atención de la que se merece. —Se levantó y cruzó hasta donde estaba sentada Bristol. Luego tiró de ella para ponerla en pie—. Vayamos a contarles a Eris y a los otros lo del portal. A ver qué opinan. Tal vez fuese una madriguera.

—¿Una madriguera?

—Un tipo de portal creado por animales pequeños, como ratones o liebres, y que pueden serpentear en muchas direcciones, igual que sus madrigueras subterráneas. Pero solo pasan al mundo mortal, no al Abismo. Es probable que haya docenas de ellas en el recinto del palacio, pero ser capaz de detectar una sigue siendo buena señal. Y si puedes cerrar un tipo de paso, es posible que puedas cerrar también otros. Eris lo sabrá.

«¿Animales pequeños?». El corazón de Bristol se estrelló contra su pecho. «Mierda».

La imagen de dos ojillos brillantes centelleó en su cabeza.

«Angus».

Si un hurón podía tener expresión sorprendida, era justo la que había tenido Angus cuando la vio asomarse por el portal. Después se había escabullido, con el mismo aspecto culpable de un perro que hubiese robado un pavo recién asado. «El portal pertenecía a Angus». ¿Lo crearía él? ¿Qué tipo de criatura era?

Los padres de las chicas le habían dicho que lo habían cambiado por una de las bufandas de su madre en el *parking* de un supermercado antes de que Cat naciera, lo cual, en aquel momento, hubiese hecho que Angus tuviera quince años, pero Bristol había leído que los hurones vivían solo unos ocho. Cuando le había

preguntado a su madre al respecto, ella se había limitado a decir que esa raza en particular vivía muchos años más, pero no había sido capaz de recordar la raza precisa de su longevo hurón. Su padre tampoco.

¿Era Angus una mascota que su padre había llevado consigo desde Elphame al marcharse? Bristol recordó cómo la había estudiado Angus mientras esperaba a Harper. Cómo las había estudiado a menudo a lo largo de los años. Las chicas solían bromear con que comprendía todo lo que decían. Ahora se preguntó si en verdad lo hacía. ¿Era Angus una cosa más que no era lo que parecía? Bristol arrastró ambas manos por su cuero cabelludo; le daba la impresión de que su cabeza iba a explotar.

—¿Qué pasa? —preguntó Tyghan.

—Hurones —repuso ella—, ¿Y ellos? ¿Podría un hurón hacer un agujero así?

—Algunos sí, supongo… —contestó con cautela—. ¿Porqué?

Le habló entonces del hurón que tenían de mascota, Angus, y de su tendencia a desaparecer. A lo largo de los años, Bristol había pensado varias veces que había desaparecido para siempre.

—A lo mejor era una mascota que mi padre había llevado consigo desde aquí. Pero ¿por qué iba a abrir una madriguera de nuestro lavadero a tu estudio?

Un músculo se tensó en la mandíbula de Tyghan, y tardó en responder. Parecía tan perplejo como ella, pero entonces sonrió.

—¿Quién sabe? A lo mejor cuando te marchaste tu mascota estaba preocupada por ti e hizo lo que pudo por seguirte. Y las madrigueras tampoco es que sean una ciencia exacta. Como he dicho, serpentean en muchas direcciones. Es difícil predecir con exactitud dónde acabarán. En verdad, consiguió llegar más o menos cerca de tu habitación.

—Supongo que sí —repuso Bristol distraída, ocupada en intentar ordenar sus recuerdos de Angus y sus actividades.

Tyghan la cogió de la mano.

—Dejemos el tema de las madrigueras. Además de ser capaz de

cerrarlas, ¿hay alguna otra magia que puedas hacer ahora y no hayas mencionado?

—¿Como qué?

—¿Cómo prender fuego a túnicas?

Bristol arrugó la nariz.

—Te lo contó.

—No, casi me escupió la noticia a la cara.

—Te prometo que se lo merecía —refunfuñó Bristol.

Tyghan sonrió.

—No lo dudo, pero ten cuidado. Reuben es poderoso y mezquino. Y le encantan sus túnicas caras.

—Mejor su túnica que su pelo, ¿no? Eso también me lo planteé.

Tyghan se echó a reír.

—Entonces, supongo que debería alegrarme de que mostrases contención.

—Mira. Al final sí que se te da bien reírte.

Los ojos del feérico se sumieron en los de ella, relajados y cómodos, como si Bristol fuese un oasis cálido.

—Estoy aprendiendo. Tengo buena maestra. ¿Algún otro talento nuevo del que debiera saber?

—Estoy mejorando mis dotes para la levitación.

Tyghan tiró de ella hacia él y deslizó una mano por la parte baja de su espalda.

—Créeme, ya has dominado el truco de eso.

Levantó la mano y deslizó un dedo con suavidad por el hueco del cuello de Bristol. La sangre de esta se volvió fuego líquido, y un exquisito palpitar fogoso se agarró a su bajo vientre. Sus pestañas aletearon un momento antes de cerrarse.

—¿Cómo…? —jadeó. Luego tragó saliva—. ¿Cómo haces eso?

—Yo también tengo unas cuantas destrezas que todavía no has visto. ¿Quieres ver más?

Sus labios encontraron los de Bristol y juntos decidieron que su noticia y Eris podían esperar una hora más.

O dos.



CAPÍTULO 76



Eris se inclinó hacia delante sobre el tronco caído, con los brazos apoyados en los muslos, y escuchó el zumbido que palpitaba a través del bosque. Incluso los duendes de la madera estaban celebrando, como si ellos también se hubiesen enterado de la noticia, aunque aún era un secreto muy bien guardado. En cualquier caso, la alegría y la esperanza eran contagiosas, y el zumbido elevaba su propio buen ánimo.

Habían pasado dos semanas desde que Dahlia y él habían confirmado que solo los animales que cavaban las madrigueras, o personas con la marca de sangre, podían detectarlas y cerrarlas. Bristol había encontrado y cerrado tres madrigueras más desde entonces. Con sus recién encontradas habilidades, parecía que las seis reclutas estaban brillando y crecían juntas en fuerza. Las observó reír y abrazarse por el más reciente de sus éxitos. Estaban realizando ejercicios de progresión en equipo por el bosque. Competían contra los oficiales, y utilizaban magia y hechizos elementales, o la fuerza bruta, para derribar al otro equipo al suelo. Después de cinco rondas, las reclutas iban en cabeza tres a dos.

—Sí sabes que los oficiales les están dejando ganar, ¿verdad? —comentó Dahlia.

—Claro que sí —repuso Eris—. No hay nada malo en ello, solo por esta vez. Sirve para aumentar su confianza y, al final de la

semana, es la noche de Beltane. Tyghan quiere que entren pavoneándose en el castillo de Timbercrest como si el lugar fuese suyo.

Al igual que la alegría, la confianza también era contagiosa, creía Eris. Necesitaban que los otros reinos creyeran que derrotar a los fomorianos era posible. Las fuerzas y las armas que pudieran aportar a la causa eran más cruciales que nunca. Aunque Bristol eliminara el portal al Abismo junto con los muertos vivientes, aún tendrían que enfrentarse al ejército feérico de Kormick. Los fomorianos eran luchadores desesperados y sucios y, como los muertos vivientes luchaban sus batallas, hacía tiempo que no sufrían bajas y sus efectivos no habían hecho más que multiplicarse. Danu necesitaba que los otros reinos creyesen que la victoria era posible, que su resistencia combinada podía cambiar las tornas. Los fomorianos habían controlado Elphame una vez ya, en un pasado muy lejano. Había sido un reinado desastroso de opresión y hambruna, y los tuathade habían sufrido muchísimo bajo su mando. Su forma de actuar era volátil y errática, y siempre cruel. Esta vez, Eris estaba seguro de que sería mucho peor, no solo para Elphame, sino también para el mundo mortal. El hambre de control que tenía Kormick era demasiado grande. No se detendría con solo un mundo. Las conversaciones, las cartas y las súplicas a los otros reinos en busca de apoyo no les estaban llevando a ninguna parte. Necesitaban ver la esperanza con sus propios ojos.

Dahlia bebió un sorbito de su té mientras observaba a las reclutas. Eris y ella estaban ahí para observarlas en el campo de acción y aportar críticas constructivas y encantamientos con los que perfeccionar sus habilidades en crecimiento.

—Una madriguera no tiene nada que ver con un portal —le recordó a Eris—. Son temporales y, con el tiempo, acaban desmoronándose y cerrándose por sí solas. Un portal no. Debemos dejar que lo intente con algo real.

Eris suspiró. No necesitaba que se lo recordaran. El dilema era que solo quedaban un puñado de portales, gracias a la bestia de las

Tierras Oscuras, y ningún reino estaría dispuesto a sacrificar uno próximo a ellos. Muchos feéricos estaban atados al mundo mortal a diario; había hobs, brownies y nobles que mantenían un pie en ambos mundos. Cortar esa relación aún más perjudicaría al comercio en ambos mundos, y enfadaría a monarcas que Danu necesitaba de su lado. La solución, por supuesto, era que Bristol abriese un nuevo portal por su cuenta y lo cerrase como práctica. Pero hasta ahora, no había sido capaz de lograrlo.

A ese respecto, tanto Eris como Dahlia no podían hacer casi nada. No existían encantamientos que recitar, ni pociones que ofrecer, ni viejos grimorios que estudiar, y ni siquiera instrucciones de ningún tipo, para hacer que su habilidad innata como persona con la marca de sangre se mostrase, más allá de lo que ya habían hecho. Era como la habilidad de Rose para convertirse en halcón o la de Julia en león. Era una llamada instintiva. Bristol necesitaba oír el susurro de Brigid a través de los milenios, sentir cómo se le aceleraba la sangre.

La Lumessa había dicho que las habilidades innatas de Bristol continuarían emanando poco a poco en forma de sangre de la garrapata herida. Lo único que podían hacer ahora era presionar a Bristol con suavidad para instar a su habilidad a salir a la superficie. Le dieron una piedra tella para que durmiera con ella, y otra para llevar en el bolsillo y agudizar sus conexiones con sus antepasados, para ayudarla a reconocer otro idioma vibrando por sus venas; es decir, si el idioma no era algún tipo de mensaje espantoso dentro de ella. Seguía habiendo algunas dudas acerca de qué era Bristol en realidad. Cuando Eris y Dahlia lo consultaron con la Lumessa, esta había dicho que no estaba claro, pero Eris se había fijado en las miradas nerviosas entre las Hermanas mientras escuchaban la conversación.

—Si le quitasen la garrapata… —caviló Eris.

—Ese tema ya se ha tratado. Tanto la señorita Keats como el rey dicen que no. Incluso la Lumessa no está a favor de hacerlo todavía.

«¿Por qué?», se preguntaban los dos. Era inquietante. La

Lumessa misma creía que el riesgo de muerte era pequeño. ¿Era solo porque Bristol temía convertirse en algo horrible? ¿O porque lo temía la Lumessa?

Dahlia hizo una mueca, como si acabase de recordar otra cosa.

—La señorita Keats acudió a mí con preguntas. Y ha interrogado a otra docena de personas más. Eso no me gusta. Se ha enterado de que su padre era un caballero de Danu y me preguntó si yo le conocía. Daba por sentado que, como él ha pasado veinticuatro años en el mundo mortal, se fue de aquí hace ese mismo tiempo.

—¿Qué le dijiste?

—Que no le conocía bien, lo cual desde luego que es una versión de la verdad. Pero sus preguntas no van a parar.

—Ya lo sé, Dahlia. Ya lo sé. —Eris pasó la palma de la mano por su frente—. También vino a mí. Todo el mundo está avisado de cómo responder.

Observaron a Tyghan acercarse a las reclutas y felicitar a cada una de ellas por sus ejercicios. Luego agarró la mano de Bristol. La arrastró hasta la sombra de un roble a poca distancia antes de envolverla entre sus brazos y susurrarle al oído. Ella se rio y apoyó las manos en su pecho, hasta que él la abrazó con fuerza y la besó. Un beso prolongado.

Dahlia resopló.

—Y eso. Tyghan debería al menos limitar sus muestras de afecto en público. No es sensato. Podría…

—¿Por qué no es sensato? —preguntó Eris—. Son amantes. —La Bruja Suprema respondió con silencio—. El amor no es algo malo, Dahlia —añadió el consejero—. Tyghan está aprendiendo a confiar otra vez.

—¿De verdad es prudente en estos momentos? ¿Y si baja la guardia y le cuenta todo?

Un peso presionó sobre los hombros de Eris. Luego negó con la cabeza.

—No. He hablado con él. Sabe que hay demasiado en juego. Es rey antes que cualquier otra cosa. Jamás pondría en peligro el futuro

de Elphame.

—Sigue siendo un riesgo. Aparte de ser la hija de Maire, la chica se crio en el mundo mortal de una manera muy mortal. He tenido la suficiente interacción con ella como para saber que en el fondo es una expatriada y siempre lo será. Sus costumbres no son las nuestras, por no mencionar que los amantes tienen discusiones. La necesitamos. Si las cosas se torciesen entre ellos…

—Pensemos que no será así. —Alargó un brazo y tiró de la mano de Dahlia a su regazo. Ella la retiró con brusquedad.

—Por favor. No queremos ser motivo de habladurías.

Eris reprimió un quejido.

—Dahlia, mi amor, te puedo asegurar que todo el mundo habla de nosotros ya. Llevamos juntos casi ocho años. ¿Cuándo vas a creerte que jamás te traicionaré?

—¿Por qué no ibas a hacerlo? ¿Porque podría convertirte en algo espantoso?

—Porque *no lo haría*. No existe ni una sola criatura en todo Elphame que pueda hacerme apartar la vista de ti. Yo soy la tierra abrasada y tú eres mi lluvia.

Dahlia le miró de soslayo, ambas cejas arqueadas y un lado de su boca curvado hacia arriba, pero Eris sabía que esa era su versión de «yo también te quiero». A lo mejor algún día llegaba incluso a decirle las palabras. Era un hombre paciente.

Un ruido atronador de caballos que se acercaban al galope rugió a través del aire y llamó la atención de todo el mundo.

Eran Quin y tres caballeros del fortín.

Por la preocupación en el rostro de Quin, Eris supo que no eran buenas noticias, y se preguntó cuánto tardaría Tyghan en dejar a Bristol para hablar con él en privado. ¿Qué excusa le daría? Había un montón de cosas de las que no podía hablar en presencia de Bristol, el tipo de cosas de las que se preocupaba Dahlia, pero hasta ahora Tyghan había maniobrado bien alrededor de las preguntas difíciles. Cuando no dejaba que su temperamento interfiriera, su perspicacia y su visión de futuro eran impecables. Eris estaba muy orgulloso de

eso.

Kasta, Dalagorn y Cully ya se estaban separando de las reclutas para dirigirse hacia Quin. Traía unas noticias que todos estaban esperando. Dahlia aspiró una bocanada de aire desaprobadora mientras Eris y ella se levantaban para reunirse con ellos.

—¿Qué estamos haciendo, Eris?

«Haciendo». Después de ocho años juntos, Dahlia y él tenían un canon de inflexión entre ellos. Eris sabía a qué se refería y oyó el matiz sucio detrás de «haciendo».

—Estamos intentando salvar nuestro mundo de la manera más honorable que conocemos.

—Pero ¿lo es? ¿Honorable?

Eris hizo una mueca y dejó su respuesta en eso.



CAPÍTULO 77



Bristol se inclinó hacia el abrazo de Tyghan, sin intentar ocultarle nada a nadie ya. Aspiró encantada el polvo y el sudor de su piel, y el aroma a pino y a juníperos restregado contra su ropa cuando ella le había derribado al suelo del bosque durante los ejercicios. El manchurrón de tierra que ensuciaba su pómulo le hacía, de algún modo, aún más guapo.

—Has sido despiadada hoy —le susurró él al oído—. ¿Serás igual de despiadada esta noche?

Bristol extrajo una brizna de hierba del pelo de Tyghan.

—¿Eso es lo que quieres? ¿Ni una pizca de misericordia?

—No necesito dormir —susurró Tyghan justo antes de que sus bocas se encontraran.

Pero Bristol sabía que esa noche sería ella la que estuviese a su merced. La boca de Tyghan conocía cada curva, cada hendidura y oquedad de su cuerpo, cada nervio tembloroso, y parecía disfrutar mucho de ayudarla a descubrirlos todos también. La mano de Tyghan se deslizó con discreción por debajo de la camisa de Bristol y su pulgar acarició su pecho, lo cual avivó las brasas que ya ardían en el interior de la joven.

El sonido del galope de unos caballos interrumpió su beso, y los dos levantaron la cabeza para ver quién era. Quin había vuelto. Bristol se preguntó qué le había hecho tardar tanto. Después de solo

unos días de hacer «sufrir y lamentarse» a Cat, Bristol había cedido y le había escrito una carta, una con palabras mucho más amables que las últimas que le había dirigido. Estaba ansiosa por oír todo lo que tuviera que decir el oficial. Eris ya le había dicho que Quin no hablaría con sus hermanas (cuanta menos gente supiera que había caballeros de Danu en Bowskeep, mejor), que solo dejaría la carta en la bolsa del cartero. A medida que se aproximaba la Ceremonia de la Elección, parecía que todo el mundo se estaba volviendo más cauto, que vigilaban lo que hacían como si hubiese espías por todas partes. Aun así, se preguntó si Quin había visto a sus hermanas.

—Vayamos a ver si…

Tyghan la cortó.

—No. Yo hablaré con Quin.

—Pero…

—Melizan os está esperando a ti y a las otras en la pradera, y ya sabes lo poco que le gusta que la hagan esperar.

Bristol suspiró. El entrenamiento con armas estaba programado para la tarde. Melizan había puesto gran interés en la habilidad de las reclutas para empuñar espadas y lanzas, una faceta de sus destrezas que consideraba muy deficiente. Era verdad. Estaban todas mucho más intrigadas por aprender magia y practicar maniobras evasivas rápidas que el tedioso arte de lanzar y apuñalar. Sin embargo, las palabras de Tyghan estaban muy presentes en su cabeza: «En ocasiones, echar mano de las herramientas que te proporciona la tierra es lo que inclina la batalla en un sentido u otro». O lo que te salva la vida.

—De acuerdo —aceptó a regañadientes—, pero hazle preguntas. Asegúrate de que recibieran mi carta.

—Lo haré —prometió él, luego le dio un último beso antes de marcharse.

Bristol se demoró un poco, a riesgo de enfadar a Melizan, absorta en observar alejarse a Tyghan, cuyo sabor silvestre aún estaba muy presente en sus labios. Incluso con todas las impactantes verdades que había descubierto desde que llegara a Elphame, aquellas últimas

semanas se acercaban más a la perfección que cualesquiera que pudiese recordar. Su propósito y su poder estaban aumentando, y Tyghan y ella eran cada vez más inseparables. Daba la impresión de que una vez que había compartido con ella su secreto más oscuro, ya no había ninguna distancia entre ellos. El velo final se había levantado.

Era obvio que aún les quedaba mucho por aprender el uno del otro, pero estaban ganando terreno deprisa a ese respecto, pues a menudo se quedaban despiertos hablando hasta altas horas de la noche. Hacía una semana, cuando estaban a punto de quedarse dormidos, Tyghan había cavilado en voz alta: «Cuando todo esto termine, quiero visitar Bowskeep contigo. Oler todas esas lavanderías y cafeterías de las que me hablaste». Bristol se había echado a reír, pero luego había pasado el resto de la noche pensando en lo que le había dicho.

«Cuando todo esto termine». Como si hubiese una segunda parte para esa extraña historia suya. Una secuela. Como si tuviesen un futuro juntos. No más comienzos de cero, sino una oportunidad para regar una semilla, para dejar que algo creciera y floreciera. La idea la había obsesionado desde entonces. Quería florecer con Tyghan y ver qué pasaba. Unos anhelos que había mantenido a distancia, como el de la permanencia, arraigaron en su interior, porque a cada día que pasaba, le parecía más difícil imaginar la vida sin él.

Cada día, Tyghan dejaba más ropa y artículos personales en la habitación de Bristol, hasta que pronto esta pensó que tendrían que llevar otro armario para contenerlo todo. Despertar con él a su lado, sus piernas y sus brazos enredados con los de ella, le parecía ahora tan natural y bienvenido como el sol sobre la cara. Se preguntó si madame Chastain habría dejado de pensar en ello como un mero flirteo. Lo que Tyghan y ella compartían era de todo menos casual y fugaz.

Y aunque Bristol todavía tenía la garrapata, estaba aprendiendo a ignorarla. No había vuelto a mirarla al espejo desde la primera vez.

Quizás se estaba engañando, pero seguía recibiendo un flujo constante de magia procedente del bicho herido, con lo que sus habilidades continuaban su progreso. Esperaba que la habilidad más importante, la capacidad para encontrar y cerrar portales, no solo madrigueras, fuese la siguiente.

Mientras tanto, las otras reclutas y ella se lo pasaban en grande utilizando habilidades recién halladas. Con solo un gesto de los dedos, levantaban una esquina de una alfombra para hacer tropezar a los oficiales cuando pasaban por su lado, o robaban comida y bebida de nobles que no sospechaban nada durante los festejos nocturnos, y rara vez se les caía una sola gota o miga. Era todo en aras de la práctica, por supuesto, ya que ser capaces de conjurar armas defensivas u obstáculos en situaciones de apuro era crucial para el éxito de muchas misiones.

Lo estaban haciendo todas fenomenal, y Bristol se preguntaba si las otras se habían estado conteniendo por ella, o si, de alguna manera, las fuerzas de cada una de ellas crecían junto con la suya. Era como si todas fuesen una confluencia de arroyos veloces que se habían convertido en un río poderoso. Ahora, Avery era capaz de instar a los árboles a hacer crecer nuevas ramas para trepar por ellas, y de animar a grandes helechos a extenderse desde el suelo para proporcionar refugio. Rose había vuelto a volar: su vista era más aguda que nunca, capaz de detectar objetos lejanos y advertirlas sobre ellos; y los rapidísimos saltos de Sashka y su capacidad de maniobra hacían que fuese casi imposible arrinconarla. Y, por supuesto, Julia se mostraba tan fiera y astuta como siempre, y el valor de Hollis se había multiplicado por diez. Ya no temía asumir su peluda forma de cuatro patas. En un bosque, o en las salas desiertas de un palacio grande, se volvía casi invisible, sus ligeras pisadas indetectables. Incluso la más pequeña de las aberturas era accesible para ella. Menudo grupo más extraño e inesperado formaban, todas tan diferentes… A lo mejor era eso lo que las hacia fuertes.

«Cuando todo esto termine». Se dirigió hacia la pradera para

reunirse con las otras. Por el camino, agarró una botella de vino espumoso de una cesta de suministros y dejó que su mente deambulara, igual que había hecho la de Tyghan. Imaginó que conocía a sus hermanas, y los lugares de Bowskeep a los que le gustaría llevarle. A La Pizzería de Sal, por supuesto. Quizás le dejara incluso hacer su propia *pizza*. La idea le hizo reír. El poderoso rey de Danu ocupado detrás del mostrador con el *pepperoni* y las aceitunas. Y después le imaginó falto de palabras cuando un día conociera a su padre, porque sus cavilaciones también incluían eso. La certeza de que su padre estaba vivo había germinado en su interior como las plantas en primavera. Le encontraría. ¿Era la magia feérica en sus venas la que le contaba ese secreto? ¿O era solo la esperanza normal y corriente de todos los días? A lo mejor la esperanza era magia mortal. Bristol aceptaría cualquiera de los dos tipos.



Tyghan echó un vistazo rápido hacia atrás para asegurarse de que Bristol no le seguía.

—¿Por qué has tardado tanto? —le preguntó a Quin.

—Vigilamos y esperamos y pusimos la casa del revés durante tres días. No vimos ni rastro de esa rata extragrande, pero había estado ahí. Oí a la hermana pequeña decir que Angus había desaparecido de nuevo. Así es como llaman a Fritz. La hermana mayor dijo que terminaría por aparecer. Que siempre lo hacía.

—¿Estáis seguros de que era él y no solo un hurón cualquiera?

—Había señales. Símbolos ocultos que había dejado en ventanas y puertas, incluso en las escaleras delanteras, para que le alertaran de la presencia de intrusos.

—Esa rata asquerosa —masculló Kasta.

Justo como habían pensado, no era un animal normal y corriente el que había creado esa madriguera al estudio de Tyghan. Fritz era

un cambiaformas que se sentía más cómodo en su piel de hurón que en la humana. Se suponía que estaba muerto; al menos, eso era lo que habían llegado a creer. Durante un tiempo había sido un caballero de Danu, hasta que se había hecho cargo de las labores de ujier en Celwyth Hall. Cuando desapareció Kierus, Fritz había participado en la búsqueda. Después, habían encontrado su capa ensangrentada en el bosque y habían supuesto que era otra víctima de los muertos vivientes.

Como guerrero, Fritz era corpulento, poderoso y feroz, pero ni la mitad de ágil y astuto que en su sigilosa forma de hurón. Y había visto a Kierus crecer en Celwyth Hall. Sin duda, la relación emocional a lo largo del tiempo había hecho que Kierus fuese más para él que un simple residente de la mansión.

—Así fue como robó la obra de arte Kierus —refunfuñó Quin—. Hizo que la cogiera Fritz. Nadie más hubiese podido entrar en Celwyth sin ser detectado.

—¿Y Kayana? —preguntó Cully—. Con su nariz de lobo, me sorprende que no fuese capaz de olerle.

Tyghan abrió las aletas de la nariz.

—A lo mejor no lo intentó. —No podía quitarse de encima la sospecha de que Jasmine había ayudado a Kierus.

—No —declaró la Bruja Suprema con énfasis—. La Lumessa jamás rompería su juramento a Danu.

Tyghan quería creer que tenía razón, pero su confianza en los juramentos y la lealtad estaba bajo mínimos desde que Kierus le apuñalara.

—Los cuatro caballeros que dejamos atrás mantendrán la vigilancia —informó Quin—. Fritz acabará por aparecer.

Fritz tenía un sexto sentido. Olía cuando se acercaba un problema. A Tyghan no le sorprendió que hubiese desaparecido. Pero la protección corría por sus venas, ya fuese como ujier en Celwyth Hall, o como ujier en una casita destartalada de Bowskeep. Esa debía de ser la razón de que Kierus le dejara atrás, para cuidar de sus hijas y protegerlas de amenazas mortales, pero ni siquiera

Fritz tenía nada que hacer contra una patrulla de poderosos caballeros de Danu. Mantendría un perfil bajo durante un buen tiempo. Los caballeros que Tyghan había enviado a quedarse en Bowskeep también estaban ahí para proteger a las hermanas Keats, por si cualquier otra persona iba a husmear.

—¿Las hermanas de Bristol te vieron? —preguntó Kasta.

—No —repuso Quin—, pero nosotros vimos cómo las dos leían la carta en su sofá. A media lectura, la mayor se echó a llorar. Debía de ser una carta muy personal.

Tyghan no le contaría a Bristol lo del llanto. Solo que la carta había llegado a manos de sus hermanas.

—¿Y Keats? —preguntó Quin—. ¿Crees que sabía lo deFritz?

—¿Cómo podía no saberlo? —repuso Dalagorn—. A lo largo de todos esos años, debió transformarse alguna vez delante de ellas.

—No —le contradijo Tyghan—. Ella es la que reveló su existencia. Se preguntaba si podría haber sido él el que hizo la madriguera. Vi la sorpresa en su cara. No tenía ni idea de que era feérico. Incluso ahora, sigue pensando que es solo un hurón feérico, no un cambiaformas.

Quin sacudió la cabeza.

—He de reconocer que Kierus era listo. Supongo que si pudo engañarnos a todos nosotros, también pudo engañarla a ella.

La expresión de Kasta se ensombreció.

—No lo bastante listo. Kormick consiguió encontrar a la familia.

—Hmm —caviló Eris—. Más de veinte años en el mundo mortal es mucho tiempo para estar huyendo. Supongo que Maire y él se volvieron descuidados.

A Tyghan le costaba imaginar a Kierus siendo descuidado con nada. Recordaba bien la forma tan metódica con la que se vestía, cada botón en orden, de arriba abajo, los pantalones remetidos con precisión en sus botas; cómo insistía en afilar sus propias armas hasta que relucían, cómo cuando cazaba jabalíes su puntería era tan exacta que era raro cuando su jabalina no perforaba al animal justo entre los ojos. Las muertes que infligía eran siempre limpias y

rápidas. Se había ganado a pulso su título de carnicero. Kierus no era descuidado.

—Bueno, quizás no los encontraran exploradores fomorianos en absoluto —sugirió madame Chastain—. Quizás Maire se cansó de Kierus como había hecho ya con otros amantes, y volvió con Kormick por voluntad propia. A lo mejor solo tuvo paciencia para un flirteo. —Tyghan sabía que ese último comentario iba dirigido a él como advertencia. Fulminó a la bruja con la mirada, listo para mandarla callar, pero vio que tenía los párpados entrecerrados, la frente arrugada de la preocupación. Así que se tragó su réplica—. Fuera cual fuese la razón —añadió—, no podemos tener a Fritz entrando y saliendo de palacio a voluntad. Te sugeriría que tuvieras una charlita con Daiedes esta noche.

Tyghan asintió. En eso, madame Chastain y él estaban de acuerdo. Ya había planeado hacer realidad los sueños hambrientos de la serpiente y darle a Daiedes permiso para atacar y zamparse a cualquier hurón que pudiera entrar en su habitación o en cualquier otro sitio del palacio. Las excursiones de Fritz estaban a punto de llegar a su fin.

Tyghan hizo ademán de marcharse, pero una de las caballeras del fortín le detuvo.

—Majestad, el comandante me pidió que os informara de que una partida de exploración se ha retrasado en su regreso al fortín. Tenían que haber vuelto ayer por la noche. Tenemos a dos patrullas buscándolos ahora mismo.

¿Dos patrullas? Había un montón de cosas que podían retrasar a una partida de exploración. No era tan inusual.

—¿Habéis visto señales de un ataque? ¿Sangre? ¿Caballos sin jinetes?

La caballera negó con la cabeza.

—No, pero nuestra última comunicación con ellos fue una nota traída por un grajo. Solo decía que estaban en las Tierras de Whelky siguiendo una pista y que planeaban volver ayer por la noche.

Las Tierras de Whelky se extendían a lo largo de toda la frontera

norte de Bleakwood. Era una franja de territorio muy larga en la que perderse. Y por la que buscar.

—¿Quién lideraba la partida?

—Uno de vuestros oficiales. —La caballera vaciló un instante antes de contestar—: La oficial Dervy.

Glennis. Todos los oficiales realizaban rotaciones en el fortín. Esta última semana le había tocado a ella el turno.

—Seguro que están en esa posada cerca de la frontera que la oficial Dervy dice que sirve la mejor empanada de puerro del mundo —repuso Tyghan.

Quin y los otros se mostraron de acuerdo, aunque sabían tan bien como Tyghan que Glennis jamás regresaría tarde de una expedición de exploración por ninguna razón que estuviese bajo su control, mucho menos por una empanada de puerro.

—Dile al comandante que redoble sus esfuerzos de búsqueda —ordenó Tyghan—, Y que no le revele esta información a nadie.



CAPÍTULO 78



Cuando Bristol llegó a la pradera, la práctica con armas estaba en pausa.

—Están celebrando un ágape vespertino —explicó Sashka con el tono más altivo que pudo conjurar, al tiempo que se secaba con delicadeza las comisuras de la boca con una servilleta de encaje. La utilizó para señalar hacia Melizan y Cosette, que estaban sentadas en el otro lado de la pradera a la sombra de un roble.

Con mantas desplegadas para el pícnic y la luz filtrada entre los árboles para motear la vistosa pradera verde, Bristol pensó que casi podría ser un cuadro de Seurat. Excepto por las armas afiladas y letales que estaban por ahí tiradas.

—Ni siquiera sé lo que es un «ágape» —comentó Avery entre bocados de un cuerno de hojaldre relleno de crema de frambuesa.

Rose se rio.

—Es lo que te estás metiendo en la boca ahora mismo.

—De donde vengo yo, lo llamamos merienda —comentó Hollis—. Pero se sirve con café, no con té.

Julia suspiró.

—Oh, cómo echo de menos mi café expreso con una palmera de, canela. Mi bistró local siempre me reservaba la misma mesita en un rincón. Era una tradición agradable que echo de menos.

—Mi ágape vespertino era mi novio, Wynn —declaró Avery como

quien no quiere la cosa—. Por lo general en el granero. Yo también echo de menos esa tradición. Wynn no se alegró cuando me fui, pero le prometí que estaría de vuelta para la cosecha.

A veces, Bristol olvidaba que las demás también habían dejado vidas atrás, rutinas, tradiciones y gente que esperaba su regreso. Que echaban de menos partes de sus viejas vidas igual que ella, incluidas cosas como los dónuts y el café. Se le comprimió el corazón al pensar en sus hermanas. Esperaba que su carta hubiese suavizado un poco las cosas con Cat.

Hollis le hizo un hueco a Bristol a su lado, y la joven se unió a ellas sobre la manta, al tiempo que echaba un vistazo a la comida depositada en el centro. Una cosa que los feéricos siempre tenían en abundancia era comida, al menos mientras el Caldero de la Abundancia siguiese en manos seguras.

—Pues yo creo que su ágape es solo un atiborre frustrado después de que les hayamos pateado el culo hoy —comentó Sashka. Luego se echó a reír, aún entusiasmada por su triunfo sobre los oficiales en los ejercicios.

Al otro lado de la pradera, Melizan y Cosette hicieron una pausa en su ágape y giraron la cabeza hacia Sashka. Incluso desde treinta metros de distancia, sus miradas eran intimidantes.

—Oh, mierda —farfulló Sashka, y clavó su mirada en su regazo como si deseara haber dominado ya el arte de desaparecer.

Las otras estallaron en carcajadas disimuladas.

—No creo que te hayan oído —la tranquilizó Hollis de un modo muy poco convincente, lo cual solo las hizo reír aún más, pero todas tomaron nota y tuvieron cuidado de mantener la voz baja mientras continuaban con su cháchara.

—Hacen buena pareja, ¿verdad? —preguntó Avery.

—Espectacular —convino Bristol.

Hollis frunció el ceño.

—Desearía ser la pareja de alguien. ¿Qué os parece Quin? —Abanicó la mano delante de ella como si solo mencionar su nombre abrasase su piel—. Me encanta que sea más bajito que yo y poder

besar la parte de arriba de su cabeza tan sexi. Quiero decir, podría hacerlo, si fuésemos una pareja. Pero él tiene veintiséis años. ¿Creéis que es demasiado joven para mí?

A eso siguió una discusión sobre la diferencia de edad de cuatro años que los separaba, y todo el mundo estuvo de acuerdo en que cuatro años eran una nimiedad.

—Mi madre era cinco años más mayor que mi padre —aportó Bristol—. Y a ellos les funcionó. —Luego recordó su última discusión malhadada y añadió—: En su mayor parte.

—Bueno, hablando de parejas… —empezó Sashka. Todas se giraron hacia Bristol al unísono, como si hubiesen planeado que esa conversación cayese sobre ella.

—¿Yo? —preguntó Bristol con inocencia.

—Sí, tú —confirmó Rose. Todas se acercaron un poco más para bloquear los oídos sensibles de Melizan y Cosette—. ¡No puedes evitarnos más! ¡Queremos detalles!

—¡Detalles jugosos! —añadió Avery.

Sashka alzó las cejas.

—¿Besa bien?

—¿Le quieres? —preguntó Avery—, ¿Se lo has dicho? ¿Te lo ha dicho él?

—No. Yo no le he… Nosotros…

—¿No le quieres? —exclamó Hollis asombrada—. Entonces debe besar de maravilla.

—¿Lo hace? —insistió Sashka—. ¿Besar bien? ¿Cómo es?

Bristol se tragó un gemido. Madame Chastain les había dado a todas un sermón sobre la necesidad de mantener la cabeza fría durante Beltane. Julia había explicado que era parecido ala fiebre primaveral en el mundo mortal, pero aquí la atracción era mucho más fuerte y podía superar al sentido común. «Solo mantened la cabeza sobre los hombros y estaréis bien», les había dicho. Pero en cualquier caso, la estación se había colado en los huesos de todo el mundo, incluso en los de Julia, que había bailado sin cesar con lord Fently la noche anterior, hasta que los dos desaparecieron entre las

sombras. Julia había llegado tarde a entrenar, con el pelo desgreñado, pero con una sonrisa en la cara.

Sashka aspiró una bocanada de aire ansiosa.

—¿Y cómo es su…?

—¡Santo Dios, Sashka! Sí, besa bien —afirmó Bristol, desesperada por evitar el resto de sus preguntas—. Y no, no le he dicho que le quiero.

—Pero ¿lo haces? —insistió Rose.

Bristol soltó el aire despacio. Rose siempre preguntaba las cosas de un modo de lo más inocente, como si todo tuviese simples respuestas de «sí» o «no».

Julia miró a Bristol también expectante, pero su expresión estaba más llena de preocupación que de curiosidad.

Bristol quería contestar, pero no estaba segura de cómo hacerlo. «Querer» y «amar» eran palabras extrañas. Bristol no confiaba del todo en ellas. Se empleaban a todas horas para dar valor a las cosas más simples y triviales, desde los sabores de las *pizzas* hasta los vestidos de fiesta más caros pasando por unas deportivas bien desgastadas. La madre de Bristol había afirmado que su marido era el amor de su vida, y aun así, le había dejado…, y le había dejado roto. ¿Qué tipo de amor era ese?

Bristol sabía que le encantaba estar con Tyghan. Disfrutaba de todos los minutos que pasaban juntos y, cuando estaban separados, estaba impaciente por estar con él otra vez. Su mirada provocaba un fuego dentro de ella. Sus besos… Solo pensar en ellos hacía que su sangre se acelerara. Jamás se cansaría de sentir los labios de Tyghan sobre los suyos, o sus manos explorando su cuerpo. O la forma en que la estudiaba como si hubiese encontrado algún tipo de tesoro fascinante. Y era imposible negar que sus relaciones íntimas eran fantásticas y mejoraban cada día. Bristol estaba aprendiendo cosas. El también. Los dos ansiosos por complacer al otro.

Pero eran sus pequeños momentos juntos los que le llegaban al alma: el pliegue del dedo meñique de Tyghan entrelazado con el suyo mientras caminaban hacia los entrenamientos, su risa que se

producía cada vez con mayor frecuencia, la forma en que se fijaba en algún mechón suelto del pelo de Bristol y se lo remetía detrás de la oreja, el sonido de sus respiraciones mientras dormía pacífico a su lado, la forma en que su mano le lavaba la espalda con una esponja cuando se bañaban, sus caricias, lentas y tiernas, cómo hablaban en medio de la noche, queriendo más el uno del otro de lo que querían dormir… Todos esos momentos llenaban un vacío que había rondado por dentro de Bristol durante demasiado tiempo.

Lo que fuese que tuvieran Tyghan y ella le gustaba mucho, y no quería estropearlo con una palabra confusa que iba acompañada de expectativas. Solo quería ver cómo lo que tenían cambiaba de una cosa maravillosa a otra aún mejor. «Cuando todo esto termine». Todo lo que sabía era que estar con él hacía que todo en su interior pareciese cálido y correcto y, odiaba admitirlo, la mareaba un poco. Una anticipación abrasadora la atravesaba de arriba abajo cada vez que él entraba en una habitación, cada vez que miraba en su dirección con algún mensaje silencioso bullendo en los ojos. Un mensaje sin palabras destinado solo a ella.

—Hay algo que me gusta de él. Algo que me gusta *mucho*. Mucho más que los hojaldres de queso calientes —respondió. Luego señaló con un dedo a la bandeja que había en el centro e hizo levitar un hojaldre de queso por el aire, hizo un gesto brusco con el dedo para que subiera más de un metro y después lo dejó caer directo dentro de su boca. Todo el mundo vitoreó *su* pericia con la levitación, que era justo lo que Bristol había esperado. Una distracción que cambiase el tema.

—Apuesto a que él también es mucho más sabroso —insistió Sashka, sin dejar el tema.

Bristol se limitó a arquear las cejas en una respuesta vaga.

—Vaya, parece que el ágape ha terminado —anunció Avery.

Todas giraron la cabeza. Melizan y Cosette cruzaban la pradera hacia ellas, con sus lanzas doradas apoyadas de manera casual en sus hombros. Se detuvieron a poca distancia de la manta de pícnic de las reclutas y las miraron a todas con una sonrisa que dejó

helados incluso a los árboles cercanos.

—Bueno, ¿quién de vosotras está lista para patearnos el culo? —preguntó Melizan—. ¿Qué tal tú, Sashka? ¿Quieres ser la primera?



CAPÍTULO 79



El valle retumbó, se estiró.

La tierra despertó después de casi cien años de sueño. Empujó también la piedra que había en su centro para despertarla.

Ya casi era la hora. La piedra sintió la hierba nueva, los agujeros de los conejos, las raíces de los árboles que abrían nuevos caminos, el sol, las sombras de las nubes. Lo sintió todo dentro de su círculo de poder, pero también más allá… Sintió el suave tamborileo de unos pasos… Escuchó. Vendrían más. Siempre lo hacían, y entonces la piedra sabría. Elegiría.



Bristol estaba de pie en la cresta sur del valle, mientras la brisa azotaba su pelo. Durante una semana entera, el equipo había realizado ejercicios en varios terrenos distintos, pero Tyghan había programado un descanso para traerla al valle y ver la piedra en su centro. Bristol vaciló un instante.

—¿Es eso?

—¿No estás impresionada?

—Con un nombre tan altivo como la Piedra del Destino, creo que esperaba más. ¿Algo más llamativo? Es solo una anodina roca gris.

—Eso es todo, sí. Al menos hasta que la magia de Danu la sacude para despertarla.

Bristol esperaba que Tyghan no se ofendiese por su falta de asombro, pero la cantería del palacio era tan impresionante que había imaginado que la piedra que elegía a un nuevo regente para todo Elphame sería algo igual de magnífico. La insulsa roca plana no medía más que unos cuantos palmos de anchura y apenas asomaba por encima de la tierra.

—¿Qué son todas esas otras rocas que la rodean?

—Se llama el Anillo Madre. Los reyes y reinas aspirantes se colocan dentro del círculo y, cuando el destinado a ser el siguiente regente de Elphame pisa sobre la piedra del centro, esta canta para proclamarle regente de Elphame y cuidador del Caldero de la Abundancia. Pero si nadie da un paso al frente…

Dejó el pensamiento en el aire.

—Excepto Kormick —terminó Bristol—. Esa es la única manera de que la Piedra del Destino podría elegirle.

Tyghan asintió.

—Y él estará defendiendo el círculo interno y la piedra con sus legiones.

«A lo mejor no», pensó Bristol. No si ella cerraba el portal al Abismo. Contempló la enorme extensión del valle a su alrededor, la hierba que se mecía, las campanillas y los botones de oro, los robles que se alzaban como centinelas sobre la cima de las colinas. El valle era demasiado bonito para quedar mellado por una guerra, pero Bristol sabía que no sería la primera vez. Olivia y Esmee les habían contado la historia de los reyes y reinas que habían peleado por el derecho a gobernar, aunque hasta ahora ninguno había tenido un ejército ilimitado de demonios a su disposición. Eso lo cambiaba todo.

Tyghan agarró su mano.

—Ven —le dijo, al tiempo que señalaba hacia un roble cercano—. Antes de que comamos, descansemos a la sombra de ese árbol.

Bristol se echó atrás y le miró con suspicacia.

—Por alguna razón, cuando dices «descansemos», no creo que signifique «descansar».

Él le lanzó una sonrisa diabólica que le indicó a Bristol todo lo que necesitaba saber.

—Me siento herido —declaró Tyghan, con la mano plantada sobre el corazón—, ¿Me estás llamando canalla?

Ella se encogió de hombros.

—Depende. ¿Qué crees que es un canalla, exactamente?

—¿Un tonto locamente enamorado?

«Locamente enamorado». Aunque Tyghan estaba de broma, la palabra revoloteó por dentro de Bristol. Frunció el ceño para disimular la sensación de mareo.

—¿Aquí fuera? Los demás llegarán pronto y…

Tyghan dio un paso hacia ella.

—No lo harán. Le dije a Quin que queríamos estar solos. No fue una petición. Fue una orden.

Bristol arqueó las cejas con una expresión de sorpresa fingida.

—¿Así que estás diciendo que el comandante de los caballeros me ha atraído hasta aquí para sus propias pasiones perversas?

—Eso es justo lo que estoy diciendo. ¿Tienes alguna objeción?

—Eres un maestro maquinador —dijo Bristol, y empezó a desabrochar los botones de su camisa. Se la quitó y sabía que él estaba esperando que su sujetador fuese lo siguiente.

—Maestro maquinador —repitió Tyghan—, ¿Es otro de esos títulos que me has dado?

—Sí, y creo que es bastante adecuado, la verdad. Aunque he de admitir que a veces me divierten tus costumbres retorcidas.

Tyghan soltó una risita gutural.

—Anoche las paredes de tu habitación se sacudían con tu diversión.

—Fanfarrón.

Tyghan apretó la mandíbula y su actitud cambió de la lujuria desvergonzada a otra cosa mientras la miraba con una expresión extraña.

—¿Solo amas mis costumbres retorcidas? ¿Y yo, Bristol? ¿Me amas?

La joven parpadeó, la pregunta la había pillado desprevenida. Tyghan ya no estaba de broma ni jugando a nada. Su voz era tierna. «¿Me amas?». Era lo último que Bristol había esperado que saliera por su boca. ¿Amor? Los ojos de Tyghan brillaban con la misma intensidad que el cielo por encima de su cabeza. Esperaba su respuesta como si ella tuviese la llave a su siguiente respiración.

La respuesta palpitaba dentro de Bristol.

Tyghan se había instalado en lo más profundo de su ser y Bristol no podía imaginar la vida sin él. La hacía reír y…

—Estás tardando muchísimo en contestar. ¿Debería preocuparme?

Sonaba preocupado de verdad, así que Bristol sonrió.

—Sí, Tyghan. Te amo. No solo el tú retorcido, sino todo tú.

Él sonrió de oreja a oreja como un colegial contento, como si fuese la primera vez en la vida que oía esas palabras. Era como si de repente pudiese respirar otra vez. Sin embargo, se limitó a quedarse ahí plantado, sonriéndole.

—¿Y? —le instó Bristol—, ¿Tienes algo que me quieras decir en respuesta?

Tyghan frunció el ceño, perplejo.

—¿Como qué?

—Eres un bastardo arrogante —le regañó, intentando disimular su sonrisa. Le tiró la camisa y echó a correr. Él la persiguió de cerca, pero Bristol no pensaba ponérselo fácil.

Tyghan la atrapó del brazo y Bristol sintió cómo giraba por el aire. Los dos estaban cayendo, pero él se giró para llevarse la mayor parte del golpe. Bristol aterrizó sobre su pecho, pero Tyghan rodó hasta quedar sentado a horcajadas sobre ella, con un brazo apoyado a cada lado de sus hombros.

Su expresión se volvió solemne, sus risas y su actitud juguetona dejadas a un lado. Rozó la mandíbula de Bristol con un nudillo como si su piel fuese un delicado pétalo de flor.

—Sí, quiero decirte algo. Te amo, Bristol Keats. Te amo más de lo que he amado nada en toda mi vida. —Sus labios se posaron sobre los de ella, pero siguió susurrando de todos modos—. Te he amado desde ese primer día en que nos vimos…

Bristol no pudo reprimir una carcajada y él se echó atrás.

—¿Qué?

—¡No es verdad! —exclamó la joven, sin dejar de reír—. Querías estrangularme.

Tyghan ladeó la cabeza.

—Vale, a lo mejor fue una semana después —aceptó—, pero es verdad. Te quise desde el principio mismo, antes de que pudiera admitirlo siquiera para mis adentros. Quedé prendado de ti después de esa primera noche en que bailamos. Y no era solo lujuria. —Bajó con un dedo por el pecho de Bristol hasta llegar al sujetador, después deslizó la mano por debajo de la sedosa tela para acariciar su seno—. Aunque he de reconocer que luego ha habido también mucho de eso. —Bristol se estremeció, al tiempo que sentía el deseo creciente de Tyghan contra ella.

La mano de Tyghan pasó del seno a la barbilla de Bristol para sujetar su cara con suavidad, luego se inclinó hacia ella y besó su pómulo, su sien, su frente. Después se echó atrás para mirarla a los ojos de nuevo.

—Me dabas miedo, pero aun así anhelaba todas las partes de ti: tu voz, tu contacto, incluso tus silencios. Tú no tenías miedo de ellos. No tenías miedo de mí. Y me encantó la forma en que me contaste cosas de tu vida. Has hecho que me importen las lavanderías, la orilla del mar, las cafeterías, y quizás incluso esa cosa asquerosa que llamas *pizza*.

—Guau —dijo ella—, ¿Tanto me quieres?

Él sonrió.

—Conseguiste que yo también quisiese contarte cosas de mi propia vida. Algo que no podía hacer antes. —Su pelo negro cayó sobre su frente, y sus iris azules lucían como un mundo de cielo que quería tragársela entera—. Quiero compartir mi vida contigo, Bri.

Toda ella.

Bristol no tuvo que darle vueltas a lo que significaba eso exactamente, porque ya se estaban besando otra vez. Se tocaban, se necesitaban. Empezaron a quitarse la ropa. La pradera era una cama mullida debajo de ellos; el cielo, una manta en lo alto. «Quiero compartir mi vida contigo, Bri. Toda ella».

Bristol también quería eso. Y la idea ni siquiera le daba miedo.

Tyghan la miró a los ojos de nuevo, como si no importase nada más en el mundo aparte de ellos, y Bristol se preguntó cómo había llegado a aquel sitio, el milagro de todo ello. La *desnudez* de todo ello.

No solo la desnudez del contacto piel con piel, sino una de un tipo más profundo. Un lugar de vulnerabilidad y confianza. Capas retiradas. *Amor*. Dios, Bristol le amaba, y se preguntó por qué había tardado tanto en decirlo, tanto en superar el miedo. Los dos se habían ayudado a llegar a ese sitio.

Tyghan sonrió, sin dejar de mirarla.

—¿En qué estás pensando?

—En el milagro de la desnudez.

Tyghan no se burló. Sabía a qué se refería, y su boca se encontró con la de ella otra vez, tan tierna y suave como una nube.



CAPÍTULO 80



Era bien pasada medianoche cuando las Hermanas por fin se dispusieron a cenar. Habían estado en su biblioteca, investigando todo el abanico de historias de Elphame y estudiando los grimorios de todos los reinos feéricos.

Las Hermanas guardaron silencio mientras comían; el lúgubre tintineo de sus tenedores y cuchillos contra los platos de porcelana fina era la única cháchara en la habitación.

Izzy por fin rompió el silencio.

—¿Por qué no le dijiste a Bristol la verdad cuando estuvo aquí?

—La chica ya estaba muerta de miedo —respondió Jasmine—. No necesita saber todavía en lo que podría convertirse.

—En lo que *se convertirá* —apuntó Adela.

—Seguiremos estudiando el tema —la contradijo Jasmine—. Es complicado. Es imposible estar seguras.

—Tendremos que parar su corazón para conseguir que esa garrapata la suelte —se lamentó Camille—. Es la única manera.

Izzy suspiró.

—Sí, pero solo unos minutos.

Camille se secó los ojos con su servilleta; luego lloró sin disimulo.

—Vi a Kierus en cada una de sus expresiones. Es buena chica. Se nota.

—Bueno, Kierus también era buen chico. Hasta que… —Adela no

necesitaba terminar la frase. Las Hermanas ya habían hablado del problemático tema desde todos los ángulos y habían diseccionado todo lo que había acabado por salir tan terriblemente mal.

—No puedes Seguir dando largas a madame Chastain. ¿Qué vas a decirle? —preguntó Camille con voz temblorosa.

—Nada —dijo Jasmine con firmeza—. Solo que estamos estudiando el tema. En lo que podría convertirse Bristol o no seguirá siendo cosa nuestra de momento.

No obstante, Jasmine ya sabía a ciencia cierta en lo que iba a convertirse Bristol y la única manera de evitarlo. Detener el corazón de Bristol para extirpar la garrapata y no volver a reactivarlo después.



CAPÍTULO 81



—Maldita sea, Eris —bufó Tyghan en voz baja para que nadie más pudiera oírle—. Relájate.

Eris retomó su actividad frenética y preocupada para asegurarse de que cada detalle fuese perfecto. Tyghan no se había puesto nervioso nunca por una procesión. Como príncipe de Danu y comandante de los caballeros, había hecho su entrada a la noche de Beltane cada año detrás de su hermano, sin preocuparse lo más mínimo por quién pudiera estarle observando. Nunca le importó. Ese año, sin embargo, era diferente. Cada detalle extravagante era un recordatorio de que lo que había en juego era diferente. Un recordatorio de que no era Cael y todos los ojos estarían puestos en él.

—Me relajaré más tarde —repuso Eris, al tiempo que cepillaba una vez más la parte de atrás del abrigo de Tyghan para retirar unas arrugas que hasta él sabía que no estaban ahí.

—Por todos los dioses, consejero —gimió Melizan desde detrás de ellos, mientras esperaba también a que comenzase la procesión —. Basta ya. No puedes hacer un monedero de seda con la oreja de un ogro. Tyghan va a tener que bajar por esa escalera tal y como está.

—Tampoco hay nada malo en la oreja de un ogro —refunfuñó Dalagorn.

—Nada excepto las verrugas —comentó Quin.

—A mi madre le encantan mis verrugas —gruñó Dalagorn.

Cully acarició los suaves extremos puntiagudos de sus propias orejas.

—Estoy de acuerdo con tu madre. Son adorables. De un modo un poco retorcido.

Eris sorbió por la nariz, irritado por el comentario de Melizan. «¿Como está?». Había hecho grandes esfuerzos para asegurarse de que creasen el atuendo más impresionante posible para todo el grupo, en especial el rey. Tyghan era la encarnación perfecta del poder y la elegancia con su abrigo negro de esmerada confección. Los bordados en oro y plata que bajaban por los bordes delanteros honraban a los nueve árboles sagrados de Elphame, y su corona de hojas doradas suponía un asombroso remate final que contrastaba de un modo espectacular con su pelo negro. Y los ojos de Tyghan, bueno, esos llamaban la atención por sí solos.

El consejero se tropezó con sus propios pensamientos. Aunque los ojos de un azul acerado de Tyghan llamaban la atención, también podían volverse amenazadores y, ahora mismo, estaban taladrando un agujero a través de Eris. A lo mejor Melizan estaba en lo cierto y había llegado la hora de que diese un paso atrás, así que eso hizo, con la esperanza de que la expresión ceñuda de Tyghan se diluyese a algo menos letal antes de que el heraldo hiciese sonar su trompeta. Estiró el cuello para ver hasta el fondo del vestíbulo, donde Esmee, Olivia y Dahlia estaban asegurándose de que las reclutas estaban en sus puestos.

La señorita Keats siempre suavizaba la actitud de Tyghan. «Ojalá pudiera bajar ella delante del rey», pensó Eris, pero aquellas cosas tenían un orden que él debía seguir: la realeza, los oficiales del rey, los miembros de mayor rango del Consejo. Nadie más. Añadir a las reclutas al final de su procesión iba alevantar unas cuantas cejas, pero también serviría para emitir una declaración. El rey de Danu podía hacer caso omiso del protocolo en pro de los intereses de Elphame. Sin embargo, dejarlas bajar primero sería ir demasiado lejos. Ignorar la tradición tenía sus límites. Aunque quizás si él…

Entonces sonaron las trompetas. El rugido de los invitados más

abajo, en el salón de baile del castillo de Timbercrest, se acalló, y el heraldo anunció a la Nación Danu.



Danu era el duodécimo y último reino de Elphame en hacer su entrada. Pixies, faunos y hechiceros, ogros, magos y cosas salvajes, todos se detuvieron a medio baile, a medio vuelo, a media respiración, cuando resonó la trompeta del heraldo. El chapoteo del líquido en las copas se detuvo. La noche de Beltane era una de indulgencia, pero lo que era más importante, era una noche de noticias. Reyes, reinas y nobles guardaron silencio con anticipación cuando el heraldo anunció a la Nación Danu, no solo debido a su poder y posición entre los reinos, sino debido a los muchos rumores. Que al joven rey le habían apuñalado con acero de demonio y había sobrevivido a ello. Que planeaba desafiar a los fomorianos. Que era Lugh, el rey sol regresado, convertido por completo en dios y dispuesto a vengarse de Fomoria. O el más mezquino de los rumores que provocaba risas disimuladas detrás de manos ahuecadas: que después de que le apuñalasen le había salido una cola de demonio con púas. Como era obvio, todos habían visto crecer a Tyghan, le habían visto seguir a su madre y a su hermano de un lado para otro, pero entonces no había sido más que un niño que se metía en líos del modo en que lo hacían muchos niños feéricos; y más tarde le habían visto como el comandante de los caballeros al que le gustaban los rincones oscuros de las habitaciones. No le prestaban demasiada atención, como prefería el joven príncipe.

Ahora, sin embargo, sí que prestaban atención.

—¡El rey Tyghan Trénallis de la Nación Danu!

Los ojos de Tyghan recorrieron a la multitud, un manchurrón colorido, luego los levantó por encima de sus cabezas hacia las lámparas de araña de ramas nudosas que contenían cientos de velas parpadeantes y unas cuantas cosas salvajes y curiosas, sus colmillos

y alas correosas bañados en oro por efecto de la luz. No obstante, Tyghan percibió el escrutinio de los líderes de Elphame, la atracción visceral de su presencia, de un modo en que no la había sentido nunca antes, y eso llevó su mirada de vuelta abajo. Miró a los ojos a la astuta reina élfica de Eideris primero, luego al rey goblin de Bleakwood, con sus huesudos principitos y princesitas arremolinados alrededor de sus rodillas. A continuación, conectó con la mirada curiosa de la reina de Cernunnos, sus astas enjoyadas para la ocasión, su ciervo blanco a su lado; después recibió el asentimiento vacilante del rey ogro de Greymarch.

Los rostros de todos ellos mostraban una pregunta similar, aunque no hubiesen tenido la intención de que Tyghan la percibiera. «¿Te arrodillarás ante Kormick y mantendrás la paz? ¿O irá Elphame a la guerra? ¿Qué puedes hacer tú que nosotros no hayamos intentado ya?». Si el reino más poderoso de Elphame podía perder a su propio rey a manos de Kormick, ¿qué posibilidades tenía ninguno de ellos? Mientras Cael estuviese cautivo en Fomoria, Tyghan sabía que ninguno de ellos intentaría desafiar a Kormick. Necesitaba convencerlos de que Danu tenía un plan y ellos deberían unir sus pequeñas fuerzas a las de Danu. Cada espada, soldado y hechizo contaban.

Cuando había descendido media escalera, oyó la siguiente presentación: la princesa Melizan de la Nación Danu. Para cuando llegó abajo del todo y cruzó el salón de baile hacia las manos tendidas del rey Roderick de Timbercrest, el resto del grupo de Danu había descendido ya. Casi todos. El murmullo de la multitud aumentó de nuevo, dispuestos a retomar la fiestay, por supuesto, a comentar sobre la aparente falta de cola de demonio en el cuerpo de Tyghan.

El rey Roderick intentó entablar conversación con Tyghan de inmediato, pero este le detuvo.

—Majestad, hay algunas personas más que deseamos que Elphame conozca.

Las hojas que recorrían los hombros del rey spriggano

revolotearon con curiosidad.

—Pero creía que…

El heraldo hizo sonar su trompeta otra vez.

—El escuadrón de élite real de la Nación Danu —anunció.



CAPÍTULO 82



Se produjo un revuelo sorprendido.

Un murmullo callado se extendió por el salón de baile.

Susurros. Pero todos los ojos estaban concentrados en la cima de la ancha escalinata.

Bristol sonrió, pero resopló con desdén para sus adentros al oír lo de «escuadrón de élite». «Humo y espejos», pensó. Tenía que ser cosa de Eris. Aunque quizás, justo en ese momento, sí se sentían un grupo de élite, como si pudiesen conquistar el mundo. Esperaron en lo alto, hombro con hombro, y entonces empezaron a sonar los tambores. Su tempo grave reverberó por la sangre de Bristol, empoderante y primitivo, y las reclutas iniciaron su descenso. A mitad de las escaleras, los bajos de sus elegantes vestidos se elevaron, ayudados por unas cintas y la magia de los sastres, y entonces seis palos pulidos volaron por el aire, lanzados por los oficiales al pie de las escaleras.

Los palos dieron vueltas sobre sí mismos, parecían suspendidos en el aire para siempre, pero luego comenzaron su descenso hasta caer cada uno en la mano de una recluta. Y ahí empezó la verdadera diversión. Se oyó el sonido agudo de unos violines, sus arcos quemaban al moverse por las cuerdas, veloces y alegres como acompañamiento de los tambores. Bristol se agachó y dibujó un círculo; Avery y Sashka dieron una zancada; Julia hizo una pirueta

para colocarse entre ellas con una actitud regia. Rose y Hollis se acercaron para cerrar los costados, y los palos de todas ellas se encontraron con una sincronización perfecta. El sonoro crujido de madera contra madera resonó por el aire, el crac, crac, crac del baile tradicional de Danu reverberó por toda la sala, con unos inesperados movimientos modernos entrelazados. Hubo una breve exclamación de asombro procedente de la sala más abajo, pero las reclutas no habían terminado. Sus pasos eran impecables mientras bajaban las escaleras, ensayados hasta la perfección. Se entrelazaban unas con otras, luego danzaban espalda con espalda, giraban al son de la música, mientras sus palos se encontraban una y otra vez en una batalla fingida. Al final, los palos volaron por encima de sus cabezas cuando se los tiraron las unas a las otras y, en el último paso, los tiraron de vuelta a los oficiales antes de realizar una reverencia ostentosa y muy poco modesta. «Apropiaos del momento», les había dicho Tyghan, y eso habían hecho.

El salón de baile estalló en vítores, seguidos de inmediato por el rugido de la cháchara cuando todo el mundo empezó a hablar del sorprendente entretenimiento y de la deliciosa impropiedad de todo ello. Al principio, Eris se había mostrado en contra de que incluyeran pasos no tradicionales. Dijo que no había oído hablar del baile callejero nunca, pero después de ver a los nobles de Danu embelesados por los pasos inusuales de las reclutas en los festejos nocturnos, estuvo de acuerdo en que incluyeran unos pocos.

Como les habían indicado, las reclutas se dirigieron derechas hacia donde Tyghan estaba junto al rey Roderick para que pudieran presentarlas. Aparte del baile en la escalera, Eris había coreografiado al detalle todos los pasos de la noche: con quién debían hablar y a quién debían evitar, lo que debían decir y lo que no debían decir de ninguna de las maneras. Cuando las reclutas llegaron al destino indicado, la reina élfica de Eideris y el rey ogro de Greymarch ya se habían acercado a saludar a Tyghan, y a esperar que les presentaran al escuadrón de élite.

—Menuda sorpresa más encantadora —comentó el rey Roderick,

y las enredaderas que descansaban sobre su pecho se tiñeron de un cálido tono rosado mientras el soberano estrechaba por turnos las manos de todas ellas entre las suyas al modo tradicional de Timbercrest. Se demoró sobre todo con Avery, curioso por una compatriota spriggana criada en el mundo mortal, pero Kasta se aseguró de que las preguntas se limitaran al mínimo. Después de unas cuantas formalidades, Quin y los otros oficiales se acercaron para llevarse a las reclutas a las mesas del banquete en busca de un refrigerio, con la excusa de que los monarcas pudiesen ponerse al día sobre las noticias del reino. Y en un momento rápido, cuando Kasta se interpuso de manera estratégica entre ellos y los monarcas para bloquearlos a la vista, Tyghan le dedicó un «preciosa» a Bristol solo con los labios. En un gesto de agradecimiento, ella tocó las lágrimas esmeraldas que adornaban sus orejas y que él le había regalado la noche anterior.

—No. Tú —susurró Tyghan.

Le dedicó a Bristol un último asentimiento antes de que se las llevaran. Con él pretendía indicarle que habían logrado su objetivo, aunque el alboroto de la sala ya dejaba eso claro. El rey Roderick estaba cautivado por aquel escuadrón de élite, y las personas cercanas estiraban el cuello para echarles un vistazo mejor, pese a que las reclutas habían hecho poco más que unos cuantos pasos rápidos en una escalera. El misterio que las rodeaba era tan mágico como cualquier talento verdadero que poseyeran. Los oficiales mantuvieron la farsa y se quedaron cerca de ellas como si fuesen tesoros nacionales, comportándose más como sus asistentes que como sus comandantes. Bristol vio que Hollis había conseguido maniobrar hasta un lado de Quin, mientras que Sashka estaba casi inmovilizada entre Melizan y Cosette.

Cully echó a andar al lado de Bristol.

—Bien hecho —susurró—. Recuerda que…

—Ya lo sé. Eris nos ha instruido de manera machacona.

Cully sonrió.

—Perdona. Tyghan y él también han instruido a los oficiales.

Debían mantener el misterio, dejar que la palabra «élite» cobrara vida propia, y no revelar ningún papel específico que desempeñasen en Danu a los cientos de nobles inquisitivos que las miraban ahora sin disimulo. Esa era la labor de Tyghan y Eris, dejar caer detalles juiciosos, explorar con discreción posibles estrategias con monarcas, conseguir compromisos iniciales de tropas, al tiempo que les daban esperanzas vagas pero visibles de que Danu tenía un plan. Uno que incluía a aquel escuadrón de destreza inusual. No podía hacerse público, ni expresarse como una certeza (solo como cháchara ociosa y borracha en la noche de Beltane), porque otros regentes de Elphame también podían ser sospechosos. Aunque ahora compartían un enemigo común, no eran un gran mundo feliz. Siete reinos, sin importar su grado de reticencia, ya habían aceptado las exigencias de Kormick con respecto a la Ceremonia de la Elección; se habían tragado sus mentiras a cambio de una paz momentánea. «El miedo suele lograr que las mentiras parezcan virtuosas», les había dicho Eris en su última reunión informativa. «Necesitamos recuperarlos para nuestra causa». El rey de los duendes había sido el primero en ceder ante Fomoria y, puesto que era famoso por irse de la lengua, estaba en la lista de los pocos a los que debían evitar de manera explícita, aunque habían tomado todas las precauciones posibles, incluido un surtido completo de amuletos cosidos a los vestidos de las reclutas. Con protestas, Reuben los había aportado a regañadientes por orden de madame Chastain. Bristol no había disimulado su sonrisa satisfecha cuando el hombre se los había entregado. Se alegraba de que le hubiesen dejado en palacio. También estaba ofendido por eso.

Después de unos cuantos encuentros con nobles inquisitivos, en los que las reclutas se habían manejado de manera admirable, los oficiales por fin aflojaron sus correas y se alejaron un poco para ir en busca de sus propios refrigerios. Sashka se acercó a ellas, contenta de haberse librado por fin de la vigilancia férrea de Melizan.

—Hemos estado de diez, ¿verdad? —susurró.

—Sí —convino Julia—, más que eso.

Más que eso. Julia no era propensa a las hipérboles, pero tal vez supiera que esa noche era una en la que dar rienda suelta a un poco de arrogancia. Sashka y Rose estaban radiantes con su éxito, mientras Avery se alejaba para deleitarse con las maravillas del banquete de Timbercrest. Eso dejó a Hollis libre de monopolizar la atención de Quin, al que no parecía importarle lo más mínimo. Era una verdadera celebración, las sonrisas de todos ellos eran reales. Bailaron y festejaron, y Bristol esperó a que Tyghan se liberara de sus deberes para poder bailar también con él… hasta que vio a alguien al otro lado de la sala. Alguien a quien jamás había esperado ver en Elphame.

Alguien de Bowskeep.



CAPÍTULO 83



Los jardines de Timbercrest se hallaban impregnados del dulce olor de la madreselva. Bristol y la princesa Georgina paseaban juntas por un sendero sinuoso, con fuegos fatuos que centelleaban entre los heléchos y los árboles. Era fascinante, pero, desde luego, también era el último sitio por el que Bristol había esperado pasear con la alcaldesa Georgie Topz.

La había visto conversando con otras cuatro princesas de la partida real de Gildawey. Los largos rizos carmesís de Georgie habían despistado a Bristol, pero la forma en que la mujer daba golpecitos en su muslo con la mano, como si escuchara su propia música única, había llamado su atención. La energía perpetua de Topz tenía un ritmo propio.

Cuando Bristol se había acercado a ella, la princesa había sugerido dar un paseo, ansiosa por escapar de sus deberes reales. Una vez fuera, dejó caer también el *glamour* de su pelo. Había sido idea de su madre, pues la reina desaprobaba su atrevido corte con el pelo rubio.

—Inapropiado para una princesa de Gildawey —dijo Georgie, imitando la actitud regia de su madre, aunque la expresión con los ojos en blanco era pura alcaldesa Topz—. Bueno, ¿cómo te está tratando Elphame? —preguntó.

—Ha sido duro, pero las cosas van mejor ahora —repuso Bristol

—. Aunque estoy preocupada por mis hermanas. ¿Las has visto?

—Sí —contestó con alegría—. Con bastante frecuencia, en realidad. Están bien. Harper se pasa la vida sacando o devolviendo montañas de libros de la biblioteca. Parece que está sumida en una investigación extensa. Y Cat ha estado en el pueblo varias veces, conduciendo su propio cochecito nuevo. Da la impresión de que les ha llegado algún tipo de inyección de dinero. Supongo que ha sido gracias a ti.

—A mi padre, en realidad. Sonja vendió su cuadro por mucho más dinero del que soñamos jamás.

—Hmm. Vaya, menuda… casualidad.

A Bristol también le parecía sospechoso, y aún se preguntaba por ese comprador anónimo. En cualquier caso, eso estaba ayudando a sus hermanas, y podrían pasar meses antes de que los bocetos de Da Vinci recibiesen su certificado de autenticidad y les llegase dinero de ellos. Pero Bristol tenía otros asuntos mucho más apremiantes que los compradores desconocidos a los que les sobraba el dinero.

—Jamás hubiese creído que fueses feérica. Actúas de un modo tan… mortal…

Georgie se echó a reír.

—Llevo mucho tiempo en Bowskeep.

—¿Alguna vez utilizas la magia ahí?

La alcaldesa hizo una mueca, como si estuviese confesando algo oscuro.

—A veces, como cuando veo un poco de pintura descascarillada en un escaparate. Pero nunca fui una gran estudiante de magia. La mayor parte de mi magia es del tipo mortal: cocinar soluciones creativas que no cuesten un riñón.

—¿Y mi familia? ¿Sabías que mi madre era feérica?

—No. No me gusta husmear en el pasado de nadie, igual que no quiero que nadie husmee en el mío. Pero sospechaba que pudiera serlo, por cómo actuaba. Había unas cuantas señales reveladoras, como esas bufandas suyas, cuyos dibujos y colores se parecían mucho a las del norte de las tierras bajas. Aunque nunca intento ver

a través del *glamour* de nadie. No es asunto mío.

—¿Qué te impulsó a marcharte de Gildawey?

La alcaldesa se rio.

—Un mortal alto y apuesto. Hace dieciséis años, mi madre me envió al mundo mortal de vacaciones, convencida de que eso sacaría mi cabeza de las nubes y me prepararía para mi futuro papel como reina, en el que yo no tenía ningún interés. En lugar de eso, conocí a Charles. El resto es historia. Y con cuatro hermanas para ocupar el cargo de reina, no es como si la dejase tirada.

—¿Renunciaste a todo por él?

—¿A qué renuncié? ¿A los cotilleos? ¿Los juegos? ¿Los secretos? ¿Los largos bucles rizados y una corona que me daba dolor de cabeza? La verdad es que me encanta Bowskeep y gané un hombre que me adora y soporta a mis gallinas. Yo diría que soy la ganadora en este caso.

—¿Cuándo vuelves?

—Esta noche. Ya he cumplido mi deber como hija, y yo tengo un pueblo que dirigir. Además, los pollitos *faverolles* están a *punto de romper* el cascarón. No quiero perdérmelo. ¿Y tú? ¿Cuándo vuelves a casa?

—No estoy segura.

—¿Es porque formas parte del «escuadrón de élite» del rey? ¿Qué significa eso en realidad? ¿Ahora eres una caballera?

—No. No exactamente. Yo:… Bueno… —Bristol se trastabilló con las palabras, mientras buscaba unas que no fuesen demasiado reveladoras—. Me temo que no puedo hablar de esto.

Georgie asintió, aunque también frunció la comisura de la boca.

—Secretos. Ya te han metido en sus redes. —Se detuvo entonces y agarró la mano de Bristol, que sujetó con fuerza entre las suyas—. Los problemas de Elphame no tienen por qué convertirse en los tuyos.

—Esta vez, me temo que sí.

—¿Riñas entre reinos? Uno u otro siempre se está dando golpes en el pecho.

—Esta vez es más. El mundo mortal también podría estar en peligro. Por no mencionar que hice una promesa.

—Una promesa —repitió la mujer al tiempo que asentía, como si comprendiese su peso. Frunció el ceño—. ¿Hay algo que yo pueda hacer?

Bristol negó con la cabeza.

—Solo estate pendiente de mis hermanas hasta que yo vuelva a casa. Eso me haría sentirme más tranquila.

—Por supuesto —contestó Geòrgie—. Y hablaré con mi madre sobre las espadas gildanas que solicitó Danu. A ver si puedo persuadirla de que acelere la producción. Aunque ahora mismo no me encuentro precisamente en su lista de personas favoritas, haré todo lo que pueda.

—El rey te lo agradecería mucho.

—Solo recuerda que tienes un hogar y una familia que te está esperando. Sal también; es temporada alta. ¿Te dieron marcador temporal?

—Sí.

—Bien. No lo pierdas. —Dudó un instante antes de hacer su siguiente comentario—. ¿Y el rey y tú? ¿Qué está pasando con eso? —Bristol se quedó boquiabierta—. ¿Creías que no me había dado cuenta? Pero si sus ojos casi cegaron al resto de la sala cuando te vio en la cima de las escaleras.

Bristol se sonrojó. Ella también lo había visto.

—Supongo que somos *pareja*, como le gusta decir a mi amiga Sashka —admitió—. Pero se supone que no debemos dejar que se note hoy.

—¿Pareja? —Georgie soltó un resoplido brusco—. Parecéis más bien uno de esos deliciosos postres de chocolate caliente de la pastelería Starky en la calle Mayor.

Bristol se rio mientras recordaba la tarta de ganache fundido por la que era famosa Starky.

—Sí, a lo mejor es algo más parecido a eso.

—¿Y cómo esperas que las cosas acaben para vosotros dos?

Bristol buscó una contestación ingeniosa para interrumpir las cavilaciones de Georgie, pero en lugar de eso un aluvión inesperado de palabras tronaron en su cabeza. «Quiero compartir mi vida contigo. Toda ella». Unas palabras que no tenían nada que ver con irse a casa. ¿Qué debería decirle a Georgie? ¿Qué esperaba?

«Amor». Otra palabra que se colaba en su cabeza. Había arraigado en el mismo momento en que Tyghan y ella se la habían dicho el uno al otro. Amor. Era una puerta grande y oscura que conducía a significados imperfectos. A lo mejor ella había estado poniendo a prueba todos los significados desde el principio, a fin de encontrar el que mejor encajase para Tyghan y para ella. Una definición que fuese práctica. Sólida. Pero lo que ellos tenían no era ninguna de esas cosas robustas y fiables. Era temerario y apasionado, frágil y tierno. Y era extraordinariamente delicioso, como una humeante tarta de chocolate. Era todas las cosas que podían acabar en desastre. Pero, al mismo tiempo, le hacía sentir que cada centímetro de su ser estaba vivo de una manera que no había sentido nunca antes. Así que no le importaba.

Georgie arqueó las cejas mientras esperaba la respuesta.

Bristol sabía que su prolongado silencio lo decía todo, pero no estaba dispuesta a admitir nada. Se encogió de hombros.

—No espero nada.

Los labios de la alcaldesa se fruncieron hacia un lado, como si estuviese mirando hacia otro lado con un coche mal aparcado.

—Lo entiendo —repuso—. ¿Continuamos nuestro…?

Un extraño silencio las envolvió de pronto. Oyeron el eco lejano de la trompeta del heraldo y el rugido sordo del salón de baile cesó de golpe, como si la fiesta hubiese terminado. Y entonces les llegó el tenue anuncio del heraldo. Las dos giraron la cabeza hacia el lado, confusas, mientras se preguntaban si no le habrían oído mal.

—No puede ser —susurró Bristol, pero las dos dieron media vuelta y corrieron de vuelta al salón de baile de Timbercrest.



Era tarde, casi medianoche. La fiesta era un sonoro rugido achispado, con cosas salvajes volando como golondrinas primaverales borrachas por lo alto, cuando la trompeta del heraldo volvió a sonar. La multitud se quedó perpleja. Hacía largo rato que habían llegado todos los reinos de Elphame. Tyghan, Kasta y Quin estaban sumidos en una conversación profunda con el rey de Greymarch y la reina de Boghollow. Eris y madame Chastain estaban igual de concentrados con el rey y la reina de los goblins. Todo el mundo miró hacia la cima de la escalera, donde se estaba produciendo una conmoción.

—El r… rey K… Kormick de Fomoria —anunció entonces el heraldo, medio tartamudo.

Tyghan estaba seguro de que el heraldo se había confundido, pero entonces salió una figura alta de las sombras. Su pelo rubio y su rostro desfigurado por una gran cicatriz eran inconfundibles. Llevaba un largo abrigo formal rojo sangre con ribetes negros. Su corona también era negra, un aro fino que centelleaba contra su pelo dorado. No cabía ninguna duda de que cada botón pulido de su abrigo llevaba un hechizo protector, además de represalias, para cualquier magia indeseada.

Unas exclamaciones murmuradas se extendieron por la sala. Todo el mundo recuperó la sobriedad al instante ante la aparición de Kormick. Tyghan miró de reojo al rey Roderick, que se abría paso entre la muchedumbre para dirigirse al pie de las escaleras y recibir a los fomorianos.

—No tenía ni idea de que fuese a venir —le susurró al pasar—, Fomoria no había venido nunca.

Tyghan soltó un bufido y se volvió hacia Kasta y Quin.

—Me quedaré aquí y le mantendré al pie de las escaleras todo el tiempo que pueda. Buscad a las reclutas y sacadlas de aquí. Con discreción. E informadlas de los protocolos nuevos. No quiero que

ninguna de ellas interactúe con Kormick.

Kasta y Quin retrocedieron para fundirse con la multitud.

—Contención, majestad —susurró madame Chastain detrás de Tyghan—, Cualquier pelea, mágica o de otro tipo, en este recinto cerrado podría resultar desastrosa. Seis de los guerreros que están detrás de él son hechiceros formidables con manos impacientes.

Tyghan también notaba las manos impacientes, una bola de energía vengativa en las puntas de los dedos rogaba ser liberada. Pero Eris repitió el mensaje de contención de la Bruja Suprema y añadió otro detalle.

—Recuerda que aún tiene a Cael.

Kormick bajó las escaleras sin prisa, deleitándose en los cientos de ojos fijos en él como si ya fuese el rey de Elphame y se estuviese pavoneando delante de sus súbditos. Una docena de sus fornidos guerreros con pecho de toro le seguían de cerca.

Cuando llegó al pie de las escaleras, el rey Roderick se adelantó para darle la bienvenida, pero Kormick le ignoró y fue directo hacia Tyghan, que estaba plantado justo en medio de su camino.

Los dos poderosos reyes se miraron a los ojos, pecho con pecho, ninguno de los dos dispuesto a ceder terreno. La tensión se cortaba en el ambiente, y los caballeros de todos los reinos tomaron posiciones para proteger a sus monarcas.

—¿Qué estás haciendo aquí, Kormick? —preguntó Tyghan.

—Fomoria es un reino de Elphame —repuso con una sonrisa petulante plantada en sus labios—, ¿Por qué no habría de estar aquí? He venido a celebrar la noche de Beltane con todos los demás reyes y reinas de Feera. —Sin embargo, no había celebración alguna en sus ojos oscuros mientras escudriñaba el silencioso salón. Entonces agitó una mano por el aire—. Por favor, retomad la fiesta —los animó—, ¡Bailad! ¡Bebed! ¿No es para eso para lo que estamos todos aquí?

La cháchara y la música recomenzaron al instante para apaciguarle, aunque como era obvio, las conversaciones saltaron en una dirección nueva. «¿Está el castillo de Timbercrest rodeado por

un ejército de muertos vivientes?». «¿Nos atrevemos a marcharnos?». Los que habían retrocedido, volvieron a avanzar, pero solo un poco, aún recelosos de la animosidad que ardía en el ambiente entre los dos regentes.

—El tuyo no es un reino reconocido por Elphame, Kormick. Fomoria jamás ha contribuido un solo diezmo a la unión de Elphame, excepto un diezmo de caos.

—Eso cambiará muy pronto. Elphame está a punto de cambiar para mejor. Y si esta vez te comportas, tu hermano regresará a casa antes de que te des cuenta siquiera.

Tyghan temblaba de rabia. *¿Comportarse?* Pero sabía a qué juego jugaba Kormick. Trataba de averiguar lo que tramaba la Nación Danu, así que se tragó su ardiente impulso de estrangular a Kormick.

—Ya te ofrecí zanjar este asunto en un combate singular. Solos tú y yo.

Kormick retorció el labio en una mueca de disgusto.

—Menudo concepto más anticuado. Y bárbaro. Aceptarlo sería rebajarme. Intentemos ser civilizados, ¿te parece? Y evitemos arruinar la fiesta con comentarios sobre diezmos y combates. Todo se arreglará pronto. Ahora, si me perdonas…

Tyghan vio a sus caballeros desplazarse por el salón para reunir a las reclutas. Quin y Kasta sacaron a Sashka y Rose por la puerta. Cully estaba acompañando a Hollis afuera, a un lugar privado donde podrían hablar con libertad. No había ni rastro de Julia, Avery o Bristol. Tyghan tenía que mantener a Kormick ocupado un poco más.

—¿Dónde está tu encantadora de demonios esta noche? —preguntó, en un intento por romper la fachada fría de Kormick y retrasarle—. ¿No la has traído para entretener a todo el mundo? ¿Para sacar unos cuantos ojos de sus órbitas y hacer malabarismos con ellos?

Kormick se paró en seco. Las primeras muestras de ira centellearon ardientes en sus ojos.

—No te pases de la raya, Trénallis —le dijo en voz baja, su tono

lleno de amenaza.

—¿De qué tienes miedo? ¿De que todo el mundo averigüe tu secretito? Ya es demasiado tarde para mantener las apariencias. Sabemos de dónde vienen los demonios. Y quién los controla.

—No sabéis nada. Y no toleraré que esparzas mentiras sobre mí. Recuerda quién tiene aún a tu hermano.

—Ni siquiera tengo ninguna prueba de que mi hermano siga con vida.

—Tienes la palabra de un rey. Mi palabra. Eso es todo lo que necesitas.

Tyghan se tragó una carcajada, al tiempo que sus dedos se cerraban en un puño apretado.

—Tu palabra vale lo mismo que…

—Vaya, vaya. ¡Buenas noches, majestad! ¡Bienvenido! —ronroneó Melizan, y se interpuso entre ellos con sendas copas de cristal llenas de vino dorado en las manos—. Disculpad a mi hermano. ¿Dónde están tus modales, Tyghan? —Le ofreció una de las copas a Kormick—. ¿Un traguito para reponeros después de vuestro largo viaje?

Kormick sonrió, centrándose en el generoso escote de Melizan, cuyo pecho brillaba untado en un aceite dorado que no estaba ahí hacía tan solo unos instantes. Un embriagador aroma a bergamota llenaba el aire.

—Princesa Melizan. Siempre es un placer verte.

Tomó la copa de su mano y la sujetó al trasluz para comprobar si llevaba veneno. Melizan se acercó, envolvió la mano alrededor de la de él y se llevó la copa de Kormick a la boca. Bebió un trago generoso, luego se lamió los labios en un gesto seductor.

—Os puedo asegurar que está delicioso… y es seguro.

La distracción le proporcionó un momento a Tyghan para escudriñar el salón de baile otra vez, pero la multitud se había cerrado a su alrededor y bloqueaba gran parte de su vista. Eris estaba a cierta distancia detrás de Kormick y le mostró las palmas de las manos abiertas en un gesto que indicaba que aún faltaban

reclutas. ¿Dónde podían estar? A lo mejor habían visto a Kormick y se habían marchado por sí solas…

Melizan intentó convencer a Kormick de bailar con ella, pero él se excusó diciendo que aún había reyes y reinas ansiosos por saludarle. Besó la mano de la princesa antes de partir.

—Pero prometo bailar contigo más tarde.

Más de los invitados se cerraron sobre ellos, instados por Eris para mantener a Kormick a mano, pero los guerreros de este ya se estaban abriendo y serpenteaban entre la multitud.

Desde atrás, una mano agarró el brazo de Tyghan.

—¿Qué está…? —La pregunta se quedó congelada en los labios de Bristol cuando su vista se despejó. Se paró en seco, con toda su atención fija en Kormick. Los bordes de sus ojos se arrugaron con expresión de confusión, como si no estuviese segura de quién era, aunque su corona negra lo dejaba claro.

Kormick abrió los ojos en su dirección, esperando un abrazo.

—Bristol, qué alegría verte de nuevo.

La confusión solo se agudizó.

—*¿Mick?*

—Hmm, sí. —Su dedo recorrió la línea que cruzaba su cara desde la frente hasta su mandíbula—. Una cicatriz como esta llama la atención en tu mundo, así que la oculté, pero en Fomoria llevamos las cicatrices con honor. En cualquier caso, soy yo. Aunque aquí debes llamarme «majestad».

Bristol dio un paso atrás sin dejar de sacudir la cabeza.

—Tú… —Dio media vuelta y se marchó, abriéndose paso a empujones entre la gente.

Tyghan la observó marchar. «¿Bristol conoce al rey de Fomoria?».

—¿Ya os conocíais? —le preguntó a Kormick, con cuidado de que no se le notara la tensión en la voz.

Kormick se rio.

—¿Creías que no iba a investigar también a Bristol y a sus hermanas? Puedo asegurarte que estás perdiendo el tiempo. Son todas de lo más mortales. Inútiles. Ninguna de ellas tiene el talento

de su madre.

—No estoy investigando nada. Solo está aquí para buscar a su padre.

—Pero los dos sabemos que está muerto. Mi primera tarea en ese mísero pueblecito fue confirmarlo. Un encuentro desagradable con un coche, según me han dicho. Es un mundo muy peligroso. Aunque estoy seguro de que esa noticia te alegró tanto como a mí. Sé lo que te hizo.

—Si tanto te alegró, ¿por qué no le mataste en cuanto encontraste a Maire?

Kormick se encogió de hombros.

—El toma y daca de la vida. Todos tenemos que hacer nuestros tratos. Su muerte no era tan importante para mí como la docilidad de Maire. La necesitaba más a ella de lo que necesitaba terminar para siempre con su frívola aventura con tu caballero.

Tyghan dio media vuelta para marcharse. Kormick se engañaba, convencido de que estaba proyectando una imagen de un regente justo y equitativo para Elphame (su ego se lo exigía), pero en privado no se molestaba en mantener ninguna apariencia de inocencia, y una conversación con él solo podía empeorar. La contención que había pedido la Bruja Suprema le estaba resultando cada vez más difícil. No obstante, cuando se había alejado solo dos pasos, Kormick soltó unas últimas palabritas a la espalda de Tyghan, deseoso de avivar las llamas que había conseguido prender en solo unos minutos.

—En cualquier caso, mi breve tiempo en Bowskeep no fue una pérdida completa de tiempo. Comprendo por qué estás utilizando a Bristol. Es una criatura apasionada, ¿verdad? Tuvimos unos cuantos momentos sabrosos juntos. Espero que estés disfrutando de mis sobras…

Una luz explotó detrás de los ojos de Tyghan. Giró en redondo y columpió el brazo. Su puñetazo hizo que Kormick saliera volando hacia atrás y cayera rodando por el suelo; su corona despegó en una dirección mientras su copa se hacía añicos en otra. Varios invitados

gritaron, y unos y otros empezaron a tropezar con vestidos y túnicas para despejar el centro de la sala. Los caballeros desenvainaron sus espadas y los guerreros de Kormick acudieron a la carrera, pero en un rápido gesto magnánimo, Kormick levantó la mano para detenerlos. Lo hizo con elegancia y celeridad, como si hubiese ensayado el momento, orquestado cada paso. Osciló un poco antes de ponerse en pie, recuperó su corona y volvió a colocarla sobre su cabeza.

—Seguid a lo vuestro. Volved a vuestra fiesta. Por favor. No quiero problemas. El rey Trénallis y yo solo hemos tenido una pequeña diferencia de opinión. Continuad. Después de todo, es la noche de Beltane.

Unos hobs acudieron a la carrera para barrer los cristales rotos y fregar el vino derramado. Las espadas se envainaron con titubeos. La música empezó a sonar de nuevo, un acorde tras otro, pero la mayoría de la gente mantuvo las distancias y se quedó por el perímetro del salón de baile. Tyghan seguía esperando a que Kormick contraatacara, pero se limitó a secarse la sangre del labio con el dorso de la mano y se tambaleó hacia delante hasta casi estar pecho con pecho con Tyghan una vez más.

—Gracias —le susurró—. Ahora tengo testigos. Acabas de confirmarle a una sala entera llena de miembros de la realeza que tú eres el rey con los impulsos violentos y yo la elección clara para gobernar Elphame. Esto hará que la transición sea mucho más suave. Recibirán mi reinado con los brazos abiertos. —Tiró de los puños de su camisa para alisar unas arrugas imaginarias, luego se alejó para unirse a la fiesta—. Ah, y un último consejito, Trénallis, sin cargo. Yo enviaría a Bristol a casa más pronto que tarde. Si Maire averigua que tienes a su hija, puedes tener la certeza de que las cosas no van a ir bien para ti.

Un millar de pensamientos ardientes cruzaron la cabeza de Tyghan, entre los que destacaba cómo iba a hacer sufrir a Kormick una vez que recuperase a su hermano, pero mantuvo una expresión fría, fulminante.

—El hecho de que todavía no la hayas informado de que Bristol está aquí me indica que la cosa tampoco iría bien para ti. —Lá petulancia se esfumó de la cara de Kormick—. Supongo que cuando las cosas se reducen a eso —continuó Tyghan—, ni siquiera tú puedes estar seguro de cómo reaccionará un monstruo cuando un trato que ha hecho está en peligro.



CAPÍTULO 84



Los dedos de Melizan se clavaron en el bíceps de Bristol.

—Frena un poco —le ordenó—. Sonríe. Los miembros del escuadrón de élite no se alteran. Se serenan. Tú tienes el control. Dilo. Créetelo.

Obediente, Bristol ralentizó el paso mientras caminaban entre los invitados, que ya murmuraban todo tipo de chismorreos.

—Vale —repuso con una sonrisa tensa—. Yo tengo el control.

Melizan apretó la mano sobre su brazo.

—¿No me crees? Tú eres la que tiene ventaja ahora. Sabes algo que Kormick no sabe: tienes la marca de sangre. Si hay algo que odien todos los feéricos, ya sean duendecillos de bosque u otros de tipo malévolo como Kormick, son los secretos. Y ahora, gracias a Kasta, otros secretos rondan por todo Elphame y él está loco de curiosidad. ¿Por qué crees que está aquí? Peor aún, los secretos se están enconando y multiplicando en su propia imaginación. Esos son los más traicioneros. Recuérdalo. Los secretos son poder.

—Detesto los secretos. Llevo toda la vida huyendo de ellos. —¿Eso es lo que planeas hacer ahora? ¿Huir?

—No.

Melizan sonrió. Era una respuesta corta, pero el tono de Bristol llevaba un filo letal. Tiró de ella para acercarla, como si fuesen mejores amigas.

—Bien. Ahora, ¿cómo es que conoces a Kormick?

—No conozco a Kormick —respondió Bristol—. Conocía a un ciclista de treinta años con mucha labia llamado Mick que realizaba rutas para turistas por la costa. Me colmó de atenciones justo después de que muriera mi padre, y yo me lo creí. Después desapareció por completo. Ese hombre de ahí, me…

—Te utilizó —terminó Melizan.

—¿Para qué? ¿Un polvo rápido en un almacén?

Melizan se rio.

—La gente utiliza el *glamour* para mucho menos que eso. Pero para él supongo que fue una diversión picante mientras trataba de dilucidar si tenías la marca de sangre.

—¿Solo porque mi madre era feérica? ¿Cómo pudo saber de su existencia siquiera? ¿Y por qué vino el rey? ¿Acaso no tiene peones babosos a los que mangonear?

Melizan pensó bien su respuesta.

—Los reyes no dejan el trabajo importante a sus subalternos y, cuando hay una carrera desesperada por todo Elphame para encontrar a otra persona con la marca de sangre, nadie deja ni una sola piedra sin levantar.

—Así es como me siento ahora mismo, como una gran piedra estúpida. Y una enfadada.

—La ira es buena. La rabia es mejor. Afila las garras.

—La ira y la rabia ni se acercan a mi estado de ánimo ahora mismo. Ese bastardo asqueroso… —Bristol aspiró una bocanada de aire—. Dios mío. Mis hermanas. ¿Y si…?

—No sé lo que hizo con ellas cuando estuvo ahí, pero ahora mismo, tus hermanas están bien protegidas. Tyghan apostó a cuatro caballeros en tu casa en cuanto se enteró de que tenías la marca de sangre.

Melizan observó cómo se atenuaba el fuego en las mejillas de Bristol. Su voz se volvió inexpresiva.

—Mis hermanas necesitan protección. ¿Qué he hecho?

—La buena noticia es que Kormick no sospecha nada de ti; de lo

contrario, no os hubiese dejado a ninguna en ese anodino pueblecito vuestro. Y no has realizado ningún acto mágico desde ayer, así que estoy segura de que no ha detectado ningún olor en ti, sobre todo en un salón de baile lleno.

Llegaron al cuarto de invitados de Melizan al final del pasillo y la princesa metió a Bristol dentro.

—Dispones de solo unos minutos para recuperar la compostura. Debemos volver ahí antes de que te echen de menos y todo el mundo asuma que Kormick te da un miedo de muerte. El espectáculo debe continuar.

Melizan cruzó la habitación hasta su tocador y agarró un vial. Retiró el tapón y olió su contenido.

—La gardenia será perfecta. Y un poco de jacinto. También algo de rosa, creo. —Se rio entre dientes—, Kormick lo odiará. Esto debería hacer que te resulte fácil evitarle. —Puso un poco de perfume en cada una de las muñecas de Bristol y otro poco en el canalillo, justo por encima de su generoso escote—. Ya está. Ahora eres un ramo de flores primaverales. Lo cual sabemos que no le gusta nada.

—¿Y la bergamota sí? —preguntó Bristol, al tiempo que lanzaba una miradita hacia el pecho de Melizan.

—Exacto —repuso Melizan con una sonrisa—. Los rumores corren y todo se sabe antes o después.

Bristol frunció el ceño.

—¿Cómo lo haces? —preguntó—. Sonreír. Reírte. Fingir que nada de esto te importa.

Melizan volvió a dejar el vial en la mesa.

—No se te da demasiado bien escuchar, ¿verdad? No necesito alterarme. Me sereno. Y ahora, pasemos a otra cosa. —Desenvainó la daga que llevaba a un lado—. La Bruja Suprema necesita un mechón de tu pelo para poder saber dónde estás. Solo por si acaso. —Explicó el poder del pelo recién cortado—. La magia dura solo dos o tres horas como mucho; si no, lo hubiesen hecho antes. Quin y Kasta están haciendo lo mismo con las otras reclutas. Solo una

pequeña medida de seguridad por si te lían para ir a algún sitio o te llevan a la fuerza.

—No tengo ninguna intención de dejarme liar para ir a ninguna parte.

—Y aun así yo te he liado para venir hasta aquí mismo, hasta esta habitación, sin una sola pregunta. —Melizan le dio la vuelta a la daga en su mano, de modo que la hoja centelleó a la luz de las velas.

Bristol tragó saliva sin quitarle el ojo de encima al cuchillo, luego alargó la mano y le quitó el arma. Cortó un mechón de su pelo y le entregó ambas cosas a Melizan.

—No te equivoques —dijo Melizan mientras guardaba el pelo en su bolsillo—. Puede que tratemos a Kormick con desprecio para dar salida a nuestra ira, pero no está donde está porque no sea astuto, despiadado y poderoso. Es un semidiós, igual que Tyghan. Serías tonta si le subestimaras. —Bristol apenas asintió. Tenía los ojos entornados—, ¿Entonces? —preguntó Melizan.

—Créeme, no le subestimo, pero ahora será una desgracia para él haberme subestimado a mí en algún momento. Volvamos a la fiesta.



CAPÍTULO 85



Cuando Bristol regresó al salón de baile, sus ojos se posaron en Mick de inmediato. Se notaba que estaba encantado de ser el protagonista, con su abrigo de perfecta manufactura, cuya lustrosa tela rojo rubí lucía autoritaria y amenazadora. El hombre era una mezcla extraña de belleza y terror; su atractivo era cautivador y letal al mismo tiempo. Bristol había visto atisbos de eso en Bowskeep, un cierto peligro en él, pero aquí se había revelado en todo su esplendor. Estaba bailando con una noble del reino de Silverwing que parecía asustada y encantada a partes iguales con su compañero de baile. A lo mejor el peligro que presentaba el rey era una diversión emocionante para ella.

Pero Mick también tenía sus puntos débiles.

«Si hay algo que odien los feéricos, son los secretos». Quizás él más que ninguno. Bristol recordó su último encuentro en el callejón del puente Mug Ruith. La urgencia que él había intentado disimular. «¿Por qué estás aquí? ¿Quién te dijo que está vivo?». Secretos. Esas preguntas candentes le habían llevado a meterse en un callejón oscuro en medio de una nación enemiga. Cuando ella le había dicho que no era asunto suyo, Mick había perdido el control. Su encanto había desaparecido. Sus ojos habían perdido su *glamour*. «Ten cuidado con cómo me hablas. Puede que algún día te arrepientas de ello».

Bristol se arrepentía de todo sobre él, en especial de su propia debilidad cuando le había dejado entrar en su vida, por breve que hubiese sido ese tiempo. Ahora era su turno de hacer que se arrepintiera él.

«Kormick está loco de curiosidad».

Estaba a punto de volverse un poco más loco. Tal vez Bristol no tuviese los mismos poderes mágicos que él, pero podía interferir en su jueguecito.

—Sabe que le estás mirando. No le des esa satisfacción. —Bristol giró en redondo, solo para encontrarse con Tyghan, que le tendía la mano—. No se nos permite más de un baile juntos, así que saquemos el máximo provecho de este.

Eso también había sido consejo de Eris. No quería que todo el mundo pensara que Tyghan sentía predilección por Bristol por ninguna otra razón que el hecho de que era una parte valiosa del misterioso escuadrón de élite.

Tyghan debía bailar con todo el mundo de manera equitativa. Lo mismo que ella.

—Por supuesto, majestad —repuso Bristol, al tiempo que realizaba una pequeña genuflexión, consciente de que todo el mundo tenía los ojos puestos en ellos. Incluido Kormick.

Tyghan la envolvió entre sus brazos, solo un poco más cerca de lo que se consideraba apropiado, aunque entre los feéricos, «apropiado» era un término bastante vago.

—Siento haberme ido de manera tan precipitada —susurró Bristol —. Me pilló desprevenida. Espero no haber arruinado el aura de misterio.

—No has arruinado nada. —Tyghan le dijo que la repentina presencia de Kormick tenía a todo el mundo tan descolocado que la mayoría apenas vio su puño lanzar a Kormick volando al suelo—. Lo cual ha sido bastante difícil de no ver.

—¿Que hiciste *qué*?

—Dijo cosas para provocarme, y funcionó. Está intentando que los demás reinos me vean como el agresor.

—Pero seguro que los reinos saben…

—Lo saben. Su presencia aquí es solo una advertencia para todos ellos de que los está vigilando. Aunque también es señal de que está preocupado. Parte de esto es culpa mía, porque hemos estado extendiendo rumores para distraerle.

Bristol sonrió. Su mente ya había empezado a barajar sus propios rumores.

—Nuestras mentes malvadas piensan de un modo muy parecido. ¿Qué dijo para provocarte?

—No importa.

Pero Bristol ya sabía la respuesta. Miró abajo, con las mejillas al rojo vivo.

—Te habló de nosotros, ¿verdad?

Tyghan le levantó la barbilla.

—Sonríe —le dijo, como recordatorio de que los estaban observando—. No importa. Él no importa, al menos no en lo que respecta a ti y a mí. No ocultó haberte utilizado. Lo siento. Siento que te hayas visto arrastrada a esto. Siento que yo…

—Sonreíd, majestad —le dijo ella entonces, al tiempo que forzaba su propia sonrisa—, Y añadid también una carcajada. Sin disculpas. Él no merece la pena.

Entonces, de repente, él estaba ahí. Kormick. Entrometiéndose.

—¿Puedo, rey Trénallis?

Los ojos de Tyghan parecieron fundirse, lo cual revelaba su relación con Bristol.

—No. Búscate a otra…

—Majestad —intervino Bristol—, por supuesto que bailaré con el rey Kormick. Tenemos un montón de cosas con las que ponernos al día. ¿No es así, *Mick*? —Luego se inclinó hacia Tyghan para susurrarle al oído—. Recuerda que todo el mundo nos está mirando, y tu escuadrón de élite no tiene miedo. Tú tampoco deberías. Lo tengo controlado.

—Yo no…

Bristol tomó la mano de Mick antes de que Tyghan pudiese

protestar otra vez, y Kormick la llevó hacia otra parte de la pista de baile.

—¿Qué le has dicho? —le preguntó Kormick de inmediato.

Bristol sintió un intenso placer. Los secretos nuevos ya le estaban reconcomiendo.

—Nada importante.

—Ha debido de ser lo bastante importante como para que no haya intentado darme otro puñetazo. ¿Qué poder tienes sobre él?

—Oh, te sorprendería.

—Esa no es una respuesta.

Bristol sonrió.

—Es la única respuesta que vas a recibir.

Las pupilas del rey echaban chispas. Su precioso pelo rubio cayó sobre su frente. Tiró de Bristol para acercarla más a él mientras giraban por la pista de baile.

—No sé qué perfume llevas, pero tienes que conseguirte uno nuevo.

—Es uno de flores primaverales. Me gusta —repuso Bristol con alegría.

Él frunció el ceño.

—Creía que te había dicho que volvieras a casa. No hay nada para ti aquí.

—¿A ti qué más te da, Mick? No significo nada para ti.

—Significas algo. Y no quiero que vayas por ahí persiguiendo mentiras. Tu padre no está aquí. Sé de buena tinta que está muerto.

—Vaya, eres una pareja de baile encantadora, ¿no crees? Siempre portador de tan buenas noticias.

—Solo te traigo la verdad. He hecho algunas indagaciones en tu nombre, incluso. ¿Ves? Después de todo, yo soy el honorable, a pesar de lo que te pueda haber dicho Trénallis.

—¿Honorable? Debes de utilizar ese término de un modo muy amplio. Imponer tu nombre como nuevo regente de Elphame no parece honorable en absoluto.

—No impongo nada, solo estoy haciendo campaña. Eso es todo

lo que hago.

«Sí, pero con un ejército de demonios», caviló ella.

—¿Y hasta dónde estás dispuesto a llegar con esta campaña tuya?

—Hasta donde tenga que llegar, como haría cualquier líder bueno. No existen límites ni fronteras para la gobernanza prudente.

Su ansia discurría muy profunda. Bristol la veía en sus ojos, la llama que se prendía cuando hablaba de ello. No le cupo ninguna duda de que el mundo mortal también estaba en peligro, justo como la había advertido Eris.

—A Fomoria la han excluido de manera sistemática del gobierno de Elphame durante siglos —continuó él—. Ahora ha llegado nuestro turno. Trénallis y los de su calaña lo tergiversan todo. ¿Fue él quien te dijo que tu padre estaba vivo?

Otra pregunta candente. Estaba claro que habían sido los secretos los que le habían incitado a presentarse de improviso y sin invitación a las celebraciones. Bristol hizo una pausa, como si estuviese sopesando con cuidado su respuesta.

La sonrisa de Kormick se esfumó y el rey la sacudió un poco a modo de advertencia.

—Dímelo.

Solo tres secretitos y ya estaba a punto de perder los papeles…, y Bristol solo acababa de empezar. A lo mejor la fachada agradable de Kormick requería una magia fuerte que él no era capaz de mantener. Bristol nunca le había puesto a prueba allá en Bowskeep. Se había limitado a tragarse todas sus mentiras, porque cuando la tristeza la había consumido, su cautela había desaparecido.

—No —respondió con una inflexión dramática. Oía su tono ensayado en cada palabra cantarina que pronunciaba, una historia, una prenda tejida, una pincelada. Una araña tejiendo una mortaja—. No fue Trénallis el que me lo dijo. Fue Cael.

Kormick se echó a reír.

—¿Cael? ¿El hermano del rey? Lleva meses bajo mi custodia. Tendrás que hacerlo mejor que eso.

—Sé muy bien que le tienes cautivo, pero me lo dijo en un sueño. Cael es un caminante de sueños.

Kormick soltó una risita incrédula.

—No lo es.

Bristol observó su mano apoyada en el hombro de Mick, su espeso pelo a tan solo unos centímetros de sus dedos. La vena de su sien palpitaba con una irritación creciente.

—Interesante. Eso fue también lo que dijo Tyghan. No hacía más que negarlo. Pero las habladurías de palacio dicen… —Se encogió de hombros, luego añadió una sonrisilla enigmática—. Da igual. Creo que nuestro baile ha terminado. Tú dedícate a tus asuntos, Mick, y yo me dedicaré a los míos.

Bristol lo vio solo un instante, cómo Kormick perdía el control, un fogonazo de furia y, en un instante, todo cambió. Giró con ella, como si fuese una pirueta más del baile, pero…

La sala se oscureció. La pista de baile desapareció. Todo el mundo desapareció. La mismísima respiración de Bristol desapareció. Lo único que sentía era el agarre férreo del brazo de Kormick alrededor de su espalda, y el hielo que atoraba su garganta.



Lo que más odiaba Tyghan de ser rey era que no había forma de ocultarse entre las sombras. Ninguna magia furtiva. Incluso desde la oscuridad de un rincón, no podía observar sin que le observaran, y no podía fingir que estaba contento de que Bristol estuviese entre los brazos de Kormick. Podía pasar cualquier cosa. Así que los observó con descaro, sin apartar los ojos de ellos en ningún momento.

Melizan, Eris y madame Chastain también escrutaban sus movimientos y, desde varias posiciones alrededor de la sala, también lo hacían Esmee, Olivia y los oficiales de Tyghan. Sabían de lo que era capaz Kormick. Bristol y él daban vueltas por la pista, mientras

que, por instinto, los otros bailarines mantenían las distancias con ellos. Bristol sonreía, reía, pero Tyghan vio cómo con cada movimiento de sus labios, Kormick se ponía más tenso, su expresión se volvía más seria.

—No sé qué le está diciendo, pero a él no le está gustando —gimió Eris—. ¿Acaso no sabe que…?

—Lo sabe —afirmó Melizan.

«¿Qué está tramando?», se preguntó Tyghan.

—Si dejasen de dar vueltas, podría leerles bien los labios —dijo Julia al acercarse a Tyghan—, Están diciendo algo acerca de Cael.

Eris soltó un bufido.

—Eso no formaba parte de nuestro plan. No me gusta.

—Kormick tampoco formaba parte de nuestro plan —repuso Melizan—. Y aun así, aquí está.

—Ya han bailado el tiempo suficiente —le susurró Tyghan a Melizan—. Ve ahí. Interrúmpelos. Te prometió un baile.

Sin embargo, antes de que Melizan diese un solo paso, Bristol y Kormick se volatilizaron. Los guerreros que el rey tenía apostados por la sala también desaparecieron. Ocurrió tan deprisa que muchos se limitaron a seguir mirando el espacio vacío que habían ocupado hasta hacía unos instantes. Excepto Tyghan. El maldijo y se giró de inmediato hacia madame Chastain.

—¡El mechón de pelo! ¡Dame el mechón!

—No —intervino Eris, y se interpuso entre ellos antes de soltarle un sermón sobre las razones por las que era demasiado peligroso para *él* respirar el humo.

Tyghan conocía los peligros. No le importaban. Apartó a Eris de un empujón, con la mano estirada. Se prendió un fuego en las yemas de sus dedos.

—No puede haber llegado demasiado lejos todavía. ¡Dame el jodido mechón!

Para entonces, Dalagorn, Melizan y Julia se habían cerrado alrededor de ellos para ocultarlos a la vista de ojos curiosos.

—Baja la voz —le conminó Eris—, No queremos asustar a toda la

sala.

Kasta y Cosette se separaron para ir a calmar miedos.

Madame Chastain ya tenía su propia bola de fuego flotando por encima de su mano, y Eris y ella se inclinaron hacia delante mientras la bruja sujetaba el mechón de pelo sobre las llamas. Cada pelo se enroscó y rizó para convertirse en brillantes brasas naranjas que terminaron por disolverse en humo que los dos inhalaron.

—*Aramascue odemas* —entonaron mientras cerraban los ojos. «Abre mis ojos como los de ella».

—El jardín —dijo Eris—. Bristol ve árboles, una glicinia cercana.

—Y una fuente —añadió la Bruja Suprema.

Tyghan se movía inquieto de un pie al otro, apenas capaz de contenerse. Los jardines eran inmensos, con múltiples fuentes. Esos detalles no ayudaban.

—¿Qué más? ¿Qué más ve? —exigió saber.

—Un banco de piedra…

Quin ya estaba distribuyendo armas. Cully se colgó su aljaba de flechas. Los asistentes a la fiesta murmuraban al otro lado de la sala mientras Avery y Sashka mantenían al rey Roderick a raya con una alegre cháchara sobre nimiedades.

—Está mirando hacia abajo, cerca de sus pies —aportó Eris—. Ve un brote estelar rojo…

—Rodeado por un círculo blanco de granito —terminó madame Chastain.

—Una terraza —dedujo Cully—. Está en los jardines bajos del sur. La vi cuando estaba supervisando la seguridad del recinto hoy. Ahí es donde la ha llevado.



CAPÍTULO 86



El cuerpo de Bristol se detuvo de golpe, como si se hubiese estampado contra una pared. Boqueó y por fin logró meter aire en sus pulmones. Tenía la piel congelada, y tiritaba bajo el agarre férreo de Kormick, que en ese momento aflojó las manos.

—Habremos terminado —masculló él— solo cuando yo lo diga.

Bristol miró boquiabierta el entorno desconocido: la fuente cercana, los árboles, la baldosa bajo sus pies. Y escuchó a los pájaros nocturnos, los mismos cantos que había oído más temprano. Supuso que Kormick la había llevado a una de las terrazas ocultas en las profundidades de los jardines de Timbercrest.

Nunca había habido una invitación más perfecta para arremeter contra él, y Bristol aprovechó la ocasión al instante.

—Estúpido arrogante. —Se abalanzó sobre su cara, le agarró del pelo y clavó las uñas en su mejilla—. Me has dado un susto de muerte solo para poder…

Kormick trató de agarrarla por los brazos, que se agitaban en todas direcciones, pero acabó por arrancar la manga de su vestido a la altura del hombro en su forcejeo. Al final, logró cogerla de las muñecas y retiró de un tirón las manos de Bristol de su cara, acompañadas de varios mechones de su pelo, aún enredados entre sus dedos.

Con una mueca de dolor, le retorció el brazo detrás de la espalda.

—¿Te has vuelto loca? —le gritó—. ¿Sabes lo que podría hacerte?

La sangre perló un verdugón rojo en la mejilla de Kormick, cuyo rostro se puso rojo de la ira. El pánico agarrotó los músculos de Bristol, que notó la rodillas débiles de pronto. Había pretendido ser convincente cuando le había atacado, pero no quería morir en el proceso. Kormick tiró de ella más cerca, las caderas presionadas contra las suyas.

—Lo siento —se disculpó, muerta de miedo—. Me he asustado. No pretendía… —Se estremeció—. Lo siento mucho.

Las respiraciones de Kormick se calmaron y la ira se retiró de sus ojos.

—Eso está mejor —dijo, apaciguado por la actitud servil de Bristol—. A veces olvido que los de tu especie no estáis acostumbrados a algunas de nuestras costumbres, como saltar de un lugar a otro. —Soltó las muñecas de Bristol, que metió las manos en sus bolsillos, al tiempo que sacudía el pelo de Kormick de sus dedos.

—¿Eso es lo que ha sido? ¿Un salto? —preguntó.

—Se conoce por muchos nombres. Brinco lobuno, salto nocturno. Un adiós oscuro es mi término preferido. Un movimiento rápido para cubrir una distancia corta. Solo los feéricos más poderosos, como yo, son capaces de hacerlo.

—No podía respirar.

—Ha sido muy poco tiempo —le dijo, como si se quejase de vicio —. Has sobrevivido, ¿no? Ahora, dame la mano.

—¿Mi mano? —No tuvo que fingir el miedo—. ¿Piensas saltar de nuevo?

—No, pienso bailar. Como he dicho, terminaremos solo cuando yo lo diga.

Menudo patán pomposo. Aquel baile no había salido del todo como Bristol lo había planeado. Se planteó prender fuego al abrigo de Kormick como distracción para escapar, pero no podía revelar sus habilidades y aún necesitaba hacer algo más. El trato todavía no estaba terminado. Sacó las manos de los bolsillos y él la envolvió

entre sus brazos, con el borboteo de la fuente como única música a la que bailar.

—Eso es —susurró Kormick—, Mucho mejor. —Acarició con un dedo el hombro desnudo de Bristol, donde se había arrancado la manga—. Parece que he estropeado tu precioso vestido, pero me gusta más así.

Fuese o no fuese un feérico poderoso, había vuelto al ser que jugaba juegos retorcidos y trataba de utilizarla mientras buscaba información.

—Me aseguraré de decírselo a mi modista —repuso ella—. Pero no vamos a hacer nada para rememorar tiempos pasados, Mick. Así que quítatelo de la cabeza.

Kormick se rio, aunque sus ojos no dejaron de desnudarla.

—Por el momento. Hablemos de otra cosa. Cuéntame más sobre Cael y las habladurías de palacio.

Eso era algo que le apasionaba más que sus pensamientos lascivos sobre ella, y Bristol estaría encantada de servírselo en bandeja. Aunque tampoco podía parecer demasiado dispuesta a hacerlo.

—No es nada importante. Y no estoy segura de que deba estar contándote estas cosas…

—¿Damos otro salto?

—¡No! —se apresuró a contestar—, Pero ya te lo dije. Tyghan negó de plano todas esas habladurías.

—¿Pero…?

Bristol frunció el ceño como si siguiera reacia a compartir información sensible.

—Pero mi modista dijo que ha sido un secreto bien guardado en palacio desde hace años. Parece que nadie quiere admitir que tiene un caminante de sueños en su estirpe. No sé, tiene algo que ver con traiciones desagradables. Aunque las habladurías son bastante condenatorias. Incluso la niñera de Cael cuando era pequeño admitió ante el chef del palacio que era un caminante de sueños.

—A las cortes les encantan sus chismorreos. De hecho, ¿cómo

puedes estar segura de que era Cael a quien viste en tu sueño?

—Sueños. Vino a mí más de una vez. Y es obvio que no puedo estar segura de que fuese él, pero cuando vi su retrato colgado en el palacio, me quedé pasmada. Excepto por la ropa sucia y andrajosa que llevaba en mi sueño, el hombre del retrato y él eran idénticos.

—¿Ropa andrajosa?

Bristol había supuesto que cualquiera que fuese el estado de la ropa de Cael después de haber sido secuestrado, no sería impoluto, y que Mick no le habría proporcionado ropa nueva durante su cautiverio.

—Estaba sucia y desgarrada. Su cara también estaba mugrienta, así que podría equivocarme. Las habladurías podrían equivocarse. Pero los sueños me parecieron muy reales, así que he de quedarme a buscar a mi padre, al menos durante un poco más. Ahí lo tienes, esa es la razón de que todavía esté aquí.

—¿Qué te dijo Cael en ese supuesto sueño?

—Solo que mi padre seguía vivo. Aunque lo dijo como si él también estuviese sorprendido. A lo mejor descubrió a mi padre en uno de sus paseos entre sueños… —Después añadió un comentario como de pasada—: Ya lo sé. La Bruja Suprema también me regañó por escuchar los chismorreos. Dijo que mi sueño era solo ilusiones mías y nada más. Aun así, ha habido rumores discretos circulando por el palacio que decían que Cael ha estado visitando a otros…

Kormick no respondió, pero sus dedos se clavaron en la cintura de Bristol y esta supo por su silencio que le había vendido la moto. El rey se iría a casa con un cuadro y una bufanda de la familia Keats que no había planeado comprar. El trato estaba hecho. «¿Otros? ¿Qué otros?». La atención de Kormick estaba dividida, obsesionado ya con lo que podría estarles diciendo Cael. Su mano se convirtió en una tenaza alrededor de Bristol mientras continuaban con su baile simulado. A la joven le invadió una preocupación repentina: que Kormick quisiera llevársela con él. Su mente empezó a dar vueltas a toda velocidad en su intento de pensar en una manera de escapar.

Pero entonces otra cosa llamó su atención.

Un ratón.

Correteaba por el borde de la terraza, luego se detuvo y se sentó sobre sus patas traseras. El pelo blanco de su barriga relucía a la luz de la luna, y sus brillantes ojillos negros se deslizaron de Bristol hacia el cielo. Ella siguió la dirección de su mirada y vio a un halcón que planeaba en lo alto, cortando a través de la luz de la luna. «Hollis. Rose». Le estaban haciendo señales. Quizás…

El rugido de una leona desgarró el silencio cuando saltó sobre el borde de la terraza, acuclillada, lista para saltar otra vez. Kormick tiró con brusquedad de Bristol para acercarla más a él. Al instante siguiente, un círculo de caballeros los rodeaban con las armas desenvainadas y las lanzas y las espadas fijas en el blanco.

—Suéltala —ordenó Tyghan.

Kormick sonrió mientras observaba el círculo de caballeros. Luego se giró hacia Tyghan.

—¿De verdad es así como quieres que vaya la cosa, Trénallis? —Y con su última palabra, sus guerreros se materializaron para formar otro círculo justo detrás de los caballeros con sus armas en alto, las manos de los hechiceros preparadas para sembrar el caos—. Vaya, menuda situación más peliaguda, ¿verdad? —caviló Kormick, con una sonrisa severa y engreída—. Está claro que podría terminar mal para uno de nosotros. —Y con apenas un movimiento de su mano, como si espantase a un mosquito de su cara, el cielo iluminado por la luz de la luna a su espalda se derramó como tinta vertida. Una mancha oscura rodó por él hasta volverse interminable, una nube negra y letal de muertos vivientes. Era al mismo tiempo impactante y sofocante, y su amplitud creciente hacía que el ataque a los campos de entrenamiento pareciese una escaramuza insignificante.

«Un ejército inagotable».

—¿Creías que vendría aquí sin escolta? —preguntó Kormick.

Los ojos de Bristol volaron hacia Tyghan.

—Solo queríamos terminar nuestro baile aquí fuera, majestad. Eso es todo. Es solo un malentendido —explicó, tratando de calmar los ánimos como si estuviese sofocando una riña en La Pizzería de

Sal un viernes por la noche. También necesitaba proteger la valiosa ventaja que acababa de obtener: el pelo recién arrancado y guardado en su bolsillo—. ¿Verdad, Mick? Un malentendido. En realidad, es culpa mía. Yo soy la que dijo que quería que nos pusiéramos al día, y en el salón de baile había muchísimo ruido. Era más fácil hablar aquí fuera. No le demos a esto más importancia de la que tiene. —«Culpa mía». Le estaba ofreciendo a Kormick una salida, porque él jamás cedería ni un centímetro ante Tyghan, pero Bristol también sabía que el secreto que había plantado en su cabeza estaba apoderándose de todos sus pensamientos. Lo único que él quería en ese momento era salir de ahí deprisa. «¿Con quién más ha hablado Cael? ¿Qué más está diciendo? ¿Qué está revelando?». Esas preguntas candentes debían de haberse cuadruplicado ya en su mente—. Por favor —suplicó Bristol, consciente de que el servilismo era oro para él—. Olvida todo esto.

Kormick la miró durante un rato largo; su mano aún estaba apretada sobre ella. Luego volvió a mirar a Tyghan.

—Adelante, Trénallis. Vuelve a tu fiesta. Considera esto la última indulgencia que voy a concederte. Puedes llevártela. Tengo cosas más importantes de las que ocuparme. —Besó la mano de Bristol como despedida y, con apenas un asentimiento, les deseó a todos un adiós oscuro. Sus guerreros y hechiceros desaparecieron con él.

Unos segundos callados y sombríos siguieron a su partida, mientras contemplaban la nube que se retiraba, todos horriblemente conscientes de que no hubiesen sobrevivido a un ataque masivo como ese. Pero Bristol se fijó también en los sonidos subyacentes: un bufido de Quin, Dalagorn que hacía crujir sus nudillos, el retumbar callado procedente de la garganta de Kasta… La rabia furiosa por su propia vulnerabilidad patente para la que todavía tenían que encontrar remedio. El poder de Kormick era impresionante, y era probable que solo hubiesen visto una fracción de él.

Una vez desaparecida la nube amenazadora, las preguntas se derramaron en una inundación masiva, un torrente que rodaba

alrededor de Bristol desde todas direcciones, pero Tyghan se hizo oír por encima de los demás.

—¿Qué demonios te…?

Bristol se llevó un dedo a los labios, aún recelosa de que unos oídos indeseados pudieran oír lo que tenía que decir.

—Que nadie diga ni una palabra —les ordenó—. Seguidme a mi habitación. Necesito hablar con todos vosotros a solas.

—Pero…

—*Ahora* —insistió, porque el tiempo era de vital importancia. Una especie de atolondramiento creció en su interior y tuvo que reprimir una sonrisa todo el camino de vuelta a su habitación.

Tyghan caminaba a su lado, extrañamente silencioso, como ella había ordenado, pero los susurros se extendían a su espalda mientras los demás los seguían.

«¿Qué le habrá hecho Kormick?».

«Esto no me gusta».

«¿Podría estar hechizada?».

«Pero los amuletos…».

«A menos que…».

«Es un semidiós…».

Secretos. Oh, cómo los odiaban todos ellos.

Pero Bristol estaba segura de que pensarían que merecía la pena esperar a aquella revelación.

El rival había movido ficha.

Y ahora también lo haría ella.



CAPÍTULO 87



La habitación bullía de impaciencia a medida que entraba todo el mundo.

Kasta miró a Tyghan como para decir: «¿Ella es la que da las órdenes ahora?». Esmee y Olivia examinaron a Bristol de inmediato en busca de hechizos, y Melizan y Cosette adoptaron posiciones al final de la cama, impacientes por ver un espectáculo.

En cuanto Tyghan aseguró la puerta, Bristol giró en redondo para mirar a todo el mundo, incapaz de seguir ocultando su entusiasmo. Metió las manos en los bolsillos y, cuando las sacó, estiró las manos abiertas para que todo el mundo viera lo que tenía. Los pálidos mechones de pelo rubio eran apenas visibles contra las palmas de sus manos. Miró a madame Chastain.

—Por favor, dígame que con esto es suficiente. Tiene que ser suficiente.

La Bruja Suprema se acercó para examinar las manos de Bristol.

—¿Suficiente para qué?

—Es el pelo de Kormick, y está recién arrancado de su cuero cabelludo. Ahora podréis ver a dónde va.

—Es una cantidad escasa, aunque podría ser suficiente, pero ya sabemos dónde va. De vuelta a Fomoria.

—Es posible —repuso Bristol—. Si ahí es donde tiene retenido a Cael, porque ahí es justo donde está yendo en estos mismos

momentos. Va de camino a ver a Cael.

—¿Esta noche? ¿Por qué iba a hacer eso? Hace meses que tiene a Cael.

Bristol sonrió y miró a Melizan.

—Porque odia los secretos y esta noche le he contado uno.

—¿Qué le has contado? —preguntó Tyghan con cautela.

—Que Cael es un caminante de sueños.

Eris se levantó de un salto de donde estaba sentado en el diván.

—¿Un qué? ¡Cael no es tal cosa!

—¡Ya lo sé! Pero durante las próximas horas, Kormick no lo sabrá. Y ahora mismo, está loco de curiosidad. Si queréis saber dónde tiene a Cael, esta es vuestra oportunidad. —Bristol miró las palmas de sus manos abiertas, cubiertas de pelo rubio.

Melizan dio un grito de alegría.

—¿A qué estamos esperando? Pongámonos manos a la obra.

Apartaron los pesados sofás y colocaron una mesa pequeña y tres sillas en el centro de la habitación. Después retiraron de las manos de Bristol cada pelo de forma meticulosa, como si cada uno fuese de oro. Además, rebuscaron en sus bolsillos por si había más.

Aparte de Tyghan, Quin era el que más familiarizado estaba con el paisaje fomoriano, y Cully tenía un ojo excepcional para los detalles, así que los eligieron a ambos para inhalar el humo hechizado. El resto se colocó en círculo a su alrededor en la oscura habitación mientras madame Chastain sujetaba los pelos de Kormick sobre la llama que flotaba de su mano. Cully y Quin susurraron las palabras mágicas, «*Aramascue odemas*», y cuando los hilillos de humo subieron en espiral, los aspiraron.

Al principio no pasó nada.

Tanto Cully como Quin informaron de que había solo oscuridad, y más oscuridad.

El ambiente se tensó cada vez más con la espera, pero Kasta susurró que lo más normal era que hubiese oscuridad. Era probable que Kormick estuviera montando a su caballo por el cielo nocturno a una velocidad increíble.

Pasaron minutos y siguió sin haber nada. Bristol agarró con fuerza el respaldo de la silla de Cully.

Una arruga se profundizó entre las cejas de Quin.

—Negro. Eso es todo lo que veo.

A Bristol se le secó la garganta. A lo mejor ese puñado de pelo arrancado no era suficiente.

—Esperad. Una franja clara —dijo Cully—. Blanca a la luz de la luna. El desfiladero de Balor. Sí, es el desfiladero. Kormick lo está mirando desde lo alto.

—El mar —dijo Quin—, No se dirige a su palacio. Está pasando por encima de la ensenada hacia los bosques del norte.

Pasó otro minuto largo y oscuro.

Solo bosque y más bosque. A madame Chastain no le quedaban más que unos pocos pelos.

—Un hito —dijo Cully—, Una cruz de piedra. Y ahora un pueblo.

Quin maldijo.

—Más bosque.

—El Acantilado de la Reina —indicó Cully—, Se dirige al acantilado. Lo conozco. No hay nada más en esa dirección.

—Decidnos solo lo que veis. Sin hacer conjeturas —les ordenó Eris.

Cully sonrió, con los ojos aún cerrados.

—Ahí está. Una pared de roca pura y dura. Veo el jodido acantilado.

Tyghan susurró que el Acantilado de la Reina era una antigua fortaleza rocosa construida sobre la cima de una montaña en medio de un profundo entrante marino. Hasta la mitad de la montaña había un denso bosque. Antaño, había servido como puesto de vigilancia para las islas del norte. Impenetrable. Duro. Remoto. El agua que lamía sus orillas contenía todo tipo de criaturas letales. La fortaleza estaba prácticamente olvidada y había sido absorbida por la frontera norte de Fomoria. Se consideraba tierra de nadie, pero podía ser un buen sitio para retener a un prisionero; en especial, si no te importaba su comodidad. No había escapatoria, incluso sin guardias.

—Se está apeando de su caballo —anunció Quin.

Cully y Quin describieron el camino recorrido por Kormick, el claro de un bosque, un túnel entre la maleza, una plataforma rocosa, las antorchas que había encendidas, las escaleras de piedra por las que subía, el pasillo de roca áspera, una puerta.

—Veo solo a dos guardias soñolientos.

—Uno de ellos está abriendo la cerradura de la puerta, lleva la antorcha al interior.

—Kormick está entrando ahora.

Tanto Quin como Cully asentían.

—¿Qué? —preguntó Eris—. ¿Qué ve?

—A Cael —respondió Quin—. Está ahí. Está vivo. Le han puesto un collar de hierro.

—Y está guiñando los ojos contra la luz de la antorcha y maldiciendo —añadió Cully.

—¿Podéis oírle?

Cully se rio.

—No. Es solo que reconozco una maldición en sus labios cuando la veo.

Toda la habitación vitoreó, aliviados de que a Cael aún le quedase algo de mal humor.

El resto de lo que vieron fue intrascendente. Parecía que Kormick interrogaba a Cael mientras un hechicero volvía a comprobar el collar cerrado alrededor de su cuello para asegurarse de que no era capaz de utilizar ningún tipo de magia, incluido caminar en sueños.

Con los últimos pelos ya quemados, la imagen se desvaneció, y Quin y Cully abrieron los ojos.

—Le tenemos —dijo Quin—. Sabemos dónde está y cómo llegar hasta él.

—Un juramento —ordenó Eris, y antes de que nadie saliera de la habitación, todos juraron guardar el secreto. No informarían a nadie de lo que habían descubierto, ni siquiera al Consejo de Danu. Quizás en particular no a ellos.



Tyghan tomó la mano de Bristol y la sujetó con firmeza mientras todos los demás salían de la habitación para volver a la fiesta en el salón de baile.

—Iremos enseguida —les dijo Tyghan mientras se marchaban. Sus ojos eran una borrasca inesperada, vistas las buenas noticias. Nadie le cuestionó, pero Bristol vio la confusión en sus rostros.

Cuando la última persona salió de la habitación, Tyghan cerró la puerta y tiró de Bristol hacia sus brazos. La abrazó con tal fuerza que Bristol pensó que no iba a soltarla nunca. La respiración de Tyghan sonaba áspera contra su oído.

—Estaba aterrado. Pensé que te había perdido. Temía que él te… —Aflojó los brazos y clavó sus ojos acerados en los de ella. Una mirada furiosa. Penetrante—. Jamás vuelvas a hacer *nada* parecido. Fue demasiado arriesgado. Demasiado…

—A veces hay que correr riesgos. En especial para obtener una recompensa semejante. —Bristol sonrió. Intentaba aliviar la preocupación de Tyghan, fingir que no había estado muerta de miedo, pero el caos empezaba a alcanzarla en el silencio de la habitación, aporreaba dentro de su cabeza. Intentó sacudírselo de encima, superarlo—. Y en verdad, ¿qué es lo que dijiste la primera vez que nos vimos? Que nada de esto era más peligroso que cruzar una calle ajetreada en bicicleta, o algo así. —Soltó una risita—. Acabo de cruzar una calle bastante concurrida, ¿verdad?

Se formó una arruga en la comisura de la boca de Tyghan, lo más parecido a una sonrisa que Bristol iba a obtener. Miró el hombro desnudo de la joven, la manga arrancada, la parte superior de su corpiño doblada como un ala rota.

—Te hizo daño. Maldita sea, Bri, has tenido suerte de que no te matara.

En el fragor de los acontecimientos, Bristol no se había percatado de los profundos arañazos que le habían dejado las uñas de Kormick

durante su forcejeo, tampoco había sentido el escozor de la piel desgarrada hasta ahora.

Tyghan llevó un dedo a su hombro y lo deslizó despacio y con ternura por cada arañazo, uno detrás de otro. El escozor amainó y la piel se tejió para quedar impoluta de nuevo. Luego la miró a los ojos, y unos profundos pozos azules la engulleron entera. Los dedos de Tyghan ardían al deslizarse por la clavícula de Bristol y por la oquedad de su cuello. El aire se cargó de tensión, las respiraciones de Bristol se volvieron temblorosas de pronto; las de Tyghan, más pesadas. En ese momento, la piel de la joven quemaba por una razón muy diferente.

La mano de Tyghan bajó más, sus ojos no se apartaron de ella en ningún momento, pero Bristol vio cómo su control vacilaba mientras bajaba más el corpiño desgarrado y colocaba la mano caliente sobre su seno. Tyghan movió el pulgar en círculo alrededor del pezón y un intenso calor palpitó en la ingle de Bristol, que empujó las caderas hacia delante contra las de él. Aspiró una bocanada de aire temblorosa.

—¿Qué pasa con la fiesta? —susurró.

—¿Qué fiesta? —respondió él, y entonces plantó la boca sobre la de ella. Con rudeza. Hambriento. Como si todas las emociones en su interior se estuvieran liberando de golpe.

Cayeron hacia atrás contra la puerta. Tyghan deslizó una mano por el cuello de Bristol, la otra levantó su falda, resbaló por su cadera, encontró el calor entre sus piernas. Ella gimió e inclinó la cabeza hacia atrás. Los ojos de Bristol aletearon antes de cerrarse, mientras ella tiraba de la hebilla del cinturón de Tyghan.

—Quítatelo —jadeó.

Su encuentro amoroso fue salvaje, urgente, como si estuviesen recuperando una vida entera juntos que casi habían perdido, cada caricia más preciada de repente que el aire mismo. Bristol no lograba abrir el botón de los pantalones de Tyghan, su camisa, demasiadas cosas. Los dos empezaron a arrancarse la ropa, las costuras se desgarraban, los botones caían al suelo como lluvia, y

cuando ya habían conseguido arrancarse las prendas suficientes y tirarlas a un lado, él se apretó contra ella otra vez, sus dedos entre las piernas de Bristol, tentando, acariciando, hasta que ella no pudo seguir en pie ya más y se tumbaron en el suelo. Tyghan se colocó encima de ella, arañó su cuello con los dientes, su hombro, sin dejar de jugar con la mano. La respiración de Bristol temblaba, sus caderas empujaban hacia delante, y soltó un gemido de placer cuando Tyghan separó sus piernas con la rodilla y la penetró de un solo movimiento fluido. La oscuridad detrás de los párpados de Bristol palpitó de colores. Tyghan era una tormenta que la devoraba, cada embestida le robaba la respiración, y ella quería que tomara más, que tomara hasta el último centímetro de ella, que la tomara hasta no poder respirar en absoluto. Empujó las caderas contra él, arqueó la espalda, el calor ardiente entre sus piernas alcanzó un *crescendo* y todos, los nervios de su cuerpo explotaron al unísono. Oleada tras oleada de placer la consumieron. Una retahíla de maldiciones guturales salió por la boca de Bristol, y sus gritos provocaron los de él, roncos y salvajes, sus embestidas cada vez más duras. Estaban vinculados de todas las maneras posibles y nada podía interponerse entre ellos. Con una última embestida enérgica, Tyghan por fin se relajó contra ella, exhausto, sus respiraciones aún temblorosas, crudas e irregulares.

No fue hasta después, mientras yacían abrazados, cuando ella se fijó en que su manga desgarrada aún colgaba de su hombro como una víctima de la guerra, y que había botones de la camisa de Tyghan desperdigados por el suelo como conchas vacías. El pecho de Tyghan estaba mojado contra el de ella, y su corazón seguía acelerado.

—No más riesgos, Bri —susurró Tyghan contra su mejilla—. ¿Lo entiendes? Pase lo que pase. No estoy dispuesto a perderte.

—Nunca lo harás —le tranquilizó ella—. No voy a ir a ninguna parte. No sin ti.

Tyghan acurrucó la cabeza contra el hueco del cuello de Bristol, cada parte de ellos enredada, y se abrazaron de ese modo durante

otro minuto largo, como si sellasen una promesa entre ellos.



CAPÍTULO 88



El salón de baile zumbaba con un tipo de nerviosismo diferente. Tyghan vio cómo varias cejas se levantaban cuando Bristol y él regresaron al gran salón, los dos con ropa nueva, pero sus caballeros y reclutas estaban jubilosos y, según resultó, los nobles y aristócratas de Elphame también estaban entusiasmados.

«Era verdad», murmuraban. El misterioso escuadrón de élite había propiciado la partida apresurada del rey Kormick y sus violentos guerreros. Ese escuadrón tenía algún tipo de poder sobre él. *Magia*.

Al menos así fue como se percibía, y nadie intentó disuadirlos.

Aunque los acontecimientos de la noche se habían torcido y pese al terror momentáneo que había sentido Tyghan cuando Bristol había desaparecido, la velada había acabado por exceder todas sus expectativas de éxito. Casi tenían a Cael al alcance de la mano. Cully no hacía más que repetir una y otra vez: «La tía es brillante», entre otros adjetivos que incluían «lista» y «taimada».

Tyghan vio cómo las arrugas del rostro de Dalagorn se profundizaban cuando Cully dijo «taimada». Era una mala elección de palabras, dados quiénes eran los padres de Bristol. Los nervios todavía no estaban del todo curados tras la traición de Kierus, aunque sabía que Cully solo lo decía como un gran elogio. Bristol no solo había conseguido sobrevivir al ataque físico que había lanzado

sobre Kormick, obteniendo su pelo en el proceso, sino que había logrado que saliera corriendo como una rata amaestrada, inquieto por la mentira que le había contado. Tyghan tenía que admitir que había sido una acción tanto brillante como taimada, y estaba impaciente por volver a casa para trabajar en los detalles del rescate de Cael, pero primero tenía que obtener más apoyo de los otros reinos. Quedaban pocas semanas ya para la Ceremonia de la Elección, y aquella era su última oportunidad. Sus oficiales y él se desperdigaron por la sala.

Resultó ser una noche de Beltane excepcional. Para cuando se marcharon poco antes del amanecer, los reinos de Greymarch y Eideris habían prometido tropas, por escaso que fuese su número, para la Ceremonia de la Elección *siempre y cuando* Tyghan prometiera presentarse y reclamar el trono. No podía revelar que para entonces quizás fuese su hermano el que lo reclamara, pero no creía que fuese a importarles qué hermano Trénallis aparecía en la ceremonia, siempre que lograse que no fuera Kormick el que acabara rigiendo sobre ellos. Además del ofrecimiento de tropas, la reina de Gildawey había aceptado, de manera inexplicable, aumentar la producción de armas para que todos los caballeros de Danu pudiesen llevar una espada larga gildana antes de que terminara la semana.

Sin embargo, incluso con el vuelco positivo de la situación, la exhibición de poder de Kormick pesaba sobre Tyghan. No podía quitarse de la cabeza el interminable ejército de muertos vivientes que esperaban a caer sobre ellos como una nube de langostas para arrancarles toda la carne de los huesos. «Menuda situación más peliaguda, ¿verdad?». Kormick había disfrutado de verlos ahí plantados, boquiabiertos y silenciosos, con una indefensión muy obvia. Los rescates y las armas no servirían de nada si no conseguían cerrar el portal que conectaba con el Abismo.

De camino a la granja de Tyghan, en las Tierras Salvajes justo al sur de Timbercrest, había un portal poco utilizado. Al rey Roderick no le gustaría, pero era muy poco probable que Kormick lo echara

en falta; quizás no se daría cuenta siquiera. Ya no podían retrasarlo más. Había llegado la hora de darle a Bristol un portal de verdad con el que practicar.



CAPÍTULO 89



El cielo seguía siendo morado oscuro, aunque un tono lavanda justo empezaba a escarchar las copas de la lejana línea de árboles. El aire del bosque, lleno de neblina, humedecía el pelo de Bristol.

Igual que todos los portales, el de las Tierras Salvajes más allá de la frontera de Timbercrest era invisible. Lo habían encontrado y cartografiado hacía siglos, y la mayoría de los habitantes de Elphame conocía su ubicación, pero no los recién llegados como Bristol. Por eso, todo el mundo se alegró muchísimo cuando la joven los dirigió directos hacia él.

Bristol no podía explicarlo con exactitud, cómo o por qué lo había encontrado. No se parecía en nada a las madrigueras. Con esas había sonido: el susurro del viento, los trinos de los pájaros, o el borboteo de un arroyo invisible.

El portal de hoy ni susurraba, ni cantaba, ni trinaba. Tiraba. Al principio, Bristol no entendía la sensación, esa pesadumbre en su pecho que aumentó hasta ser dolorosa. La tomó por otra cosa. Una tristeza, una añoranza repentina, el tipo de melancolía que la invadía sin ella quererlo en noches solitarias. A lo mejor no era de ese modo para todos los que tenían la marca de sangre, sino solo para ella, porque añoraba su viejo mundo de un modo que jamás hubiera esperado. Lo familiar la llamaba. Las calles de pueblo, la *pizza* fría, el

tráfico, los estúpidos teléfonos móviles que rara vez funcionaban…, la necesidad de estar ahí para sus hermanas, a fin de evitar que todo se desmoronase. Se bajó de su caballo, atraída por un claro en el bosque, y los otros la siguieron de cerca.

—Aquí —susurró, aún insegura, al menos en su cabeza, aunque algún otro sitio en su interior estaba seguro. *Aquí*. El dolor detrás de su esternón aumentó, como un puño estrujando hueso. Y entonces lo supo. Estaba a tan solo un paso de casa. Tal vez no fuese Bowskeep, pero sí el mundo mortal que ella conocía, el mundo que contenía su pasado y todos los secretos que la habían creado.

Levantó una mano delante de ella, pero Tyghan agarró su brazo y la retuvo.

—Cuidado —la advirtió, mientras ella empujaba con la palma de la mano hacia delante. Una luz titilante cortó a través del aire, como el sol cuando se asoma a través de una cortina echada, y después se extendió hasta revelar un portal enorme. Una avenida larga fue cobrando forma, con una ciudad desplegada justo al final. Podía haber sido Nueva York, Chicago, o alguna otra ciudad grande que ella no había visitado nunca, pero era familiar, el mundo mortal: edificios altos, hormigón, coches, semáforos… El mundo en el que estaban sus hermanas. El dolor en su interior se apretó aún más.

Solo entonces oyó el entusiasmo estallar a su espalda. Había encontrado el portal ella sola. El dolor amainó a medida que el alivio la inundaba, y después la invadió una sensación mareante de control. Control sobre algo, sobre *cualquier cosa. Poder*. Calentó su sangre e hizo que le hormiguearan las yemas de los dedos.

Tyghan mantuvo un agarre firme sobre su brazo, y Bristol se dio cuenta de que era para que no cayese sin querer a través del portal. *Su marcador temporal*. No lo llevaba encima. Retiró la mano deprisa y el calor seductor desapareció de sus sienes.

—¡Lo has encontrado! —exclamó Rose, y eso trajo a Bristol de vuelta a lo que había logrado.

Hollis aplaudió.

—¡Sabíamos que podías!

—Bien hecho —añadió Julia.

El cielo se había aclarado con la llegada del amanecer, y la felicidad era bien visible en los rostros de todos.

—Ahora —dijo madame Chastain, atemperando los vítores—, veamos si puedes cerrarlo.

Porque en realidad eso era lo único que importaba, toda la razón de que ella estuviese ahí.

Bristol asintió en dirección a Tyghan.

—Puedes soltarme. Estoy bien.

Tyghan soltó a regañadientes su brazo, pero parecía listo para pasar a la acción si ella perdía el equilibrio. Era verdad que la gente caía a través de portales de manera accidental, como había hecho quizás su padre de bebé.

Bristol levantó la mano de nuevo, la palma plana, el portal visible de nuevo. El poder bulló en su interior y volvió a sentir esa sensación mareante. Un millar de abejas zumbaban por su sangre, calientes, ansiosas, adictivas. Las madrigueras no tenían nada que ver con eso. Bristol pensó en cómo había cerrado aquellas, empujando y tirando de los bordes. Ese portal era demasiado grande para hacer eso, lo bastante ancho como para que pasaran por él tres caballos al galope, y mucho más alto de lo que ella podía alcanzar. ¿Qué debería hacer? Tenía que ser posible. La bestia de las Tierras Oscuras había cerrado docenas de ellos en un solo día.

Columpió la mano en una dirección, luego en la otra. Susurró múltiples hechizos. «*Duseen o duras nay tulay*» («que esta puerta no exista más»).

Nada.

Lo intentó otra vez, con el mismo resultado.

Cerró los ojos y apretó ambas manos contra la abertura del portal. La luz entró por sus párpados cerrados, envolvió sus manos, cálida y viva, y luego subió por sus brazos como si se estirara para saludarla. Como si la conociera. Bristol se concentró. El zumbido aumentó en sus entrañas. El ardor. Conjuró los poderes de Brigid, los reclamó como propios. Pasaron unos segundos. El calor brillaba

sobre su piel. El sudor bajaba por su espalda. Estaba segura de que lo tenía. Estaba cerca. Juntó las manos deprisa, del mismo modo que hacía para invocar al fuego.

Nada.

Ni un indicio de cierre.

Devolvió las manos a sus costados. Hizo rotar sus hombros. Retiró mechones de pelo húmedos de su cara.

Clavó los ojos en el suelo, incapaz de mirar a nadie. «La garrapata», pensó. ¿Estaría esa bestia repugnante reprimiendo su poder? Y justo después de pensar en ella, imaginó a sus padres poniéndola ahí, en la tierna piel de un bebé. Su concentración se hizo añicos.

Tyghan acarició su espalda con suavidad.

—No pasa nada. Podemos intentarlo más tarde.

Pero sí que pasaba. Bristol vio la desesperación en el rostro de Tyghan cuando levantó la vista. Por el amor de Dios, era rey y tres semanas más tarde lideraría a sus caballeros contra un número incontable de muertos vivientes. Se enfrentaban a una masacre segura. No *podía decir que no pasaba nada*. Lo vio en cada par de ojos fijos en ella, en cómo la euforia caía en picado.

Bristol negó con la cabeza para rechazar su oferta. «Ahora». Tenía que ser en ese momento.

—Puedo hacerlo —insistió, aunque la duda aumentó en su garganta, un nudo doloroso que no podía tragarse.

Flexionó los dedos a sus lados en un intento de relajarse. Le dolía todo. «Siempre hay una manera. Siempre una manera». El dolor se convirtió en un calor voraz.

Siempre hay una manera.

Giró en redondo.

—Necesito un minuto —le dijo a Tyghan, aunque sus ojos se posaron en madame Chastain—. Solo un minuto en privado. —Al pasar por delante de Julia y Sashka, les susurró unas palabras apresuradas—: Necesito que distraigáis a Tyghan. Cualquier cosa que necesitéis hacer, *hacedla*. No dejéis que mire en mi dirección.

—¿Qué pasa? —preguntó madame Chastain cuando Bristol la condujo hacia las sombras más oscuras del bosque.

—Necesito que haga algo por mí que Tyghan jamás haría, porque lo que él y yo tenemos no es un flirteo.

Los labios de la Bruja Suprema se apretaron en una línea fina al oír el tono de Bristol. Sus dedos crepitaban con un castigo pendiente.

—¿Y cuál sería esa cosa? —preguntó.

—Es curandera, maestra de las artes curativas. Supongo que eso significa que sabe dónde está mi corazón, mis pulmones y todo lo esencial. Que sabe cómo tener cuidado al moverse entre ellos. Estoy cerca de cerrar ese portal. Lo percibo. Necesito que me apuñale. Con precisión. Pinche a esa hija de puta que tengo en la espalda para que libere más de su sangre. De *mi* sangre y mi magia que me ha robado. No necesito demasiada. Solo un…

—No. De ninguna de las maneras. Deberías haber pensado eso antes. Este no es ni el lugar ni el momento para…

—Y yo digo que sí lo es. Este es justo el lugar, señora Chastain. O lo dejo. ¿Me oye? *Lo dejo*. He dejado a todos los demás decidir cada paso que hemos dado. Este lo decido yo.

Bristol echó un vistazo a los dos cuchillos guardados en la bolsita con suministros médicos colgada de la cadera de la Bruja Suprema, luego dio media vuelta antes de que la mujer pudiese objetar y se levantó la túnica.

—Deprisa. Tyghan no está miran…

Un dolor agudo alanceó su hombro, y Bristol soltó una exclamación ahogada.

—Espira —le ordenó madame Chastain. Las rodillas de Bristol amenazaron con ceder, y sintió los brazos de la mujer alrededor de su cintura—. Tranquila —le dijo—. Y ahora inspira. Respira para soportar el dolor. Respira, señorita Keats.

Pero aparte de la puñalada del hombro, la garrapata se había aferrado a ella y se *retorcía con su* propio dolor, hacía añicos las entrañas de su anfitriona.

Bristol aspiró otra bocanada de aire escasa.

—No puedo… No… —«Concéntrate. Puedes hacerlo».

Madame Chastain todavía la sujetaba por detrás para mantenerla en pie.

—Otra respiración. Eso es. Otra…

—Tyghan se está dando la vuelta —gimió Bristol. Se forzó a erguirse bien, apartó las manos de la Bruja Suprema. Pero fue demasiado tarde. Pese a los esfuerzos de Julia y de Sashka, Tyghan ya la había visto.

—¿Qué demonios está pasando aquí? —chilló mientras corría hacia ellas.

La puñalada era pequeña, como había pedido Bristol, poco más que un pinchazo profundo, pero la parte posterior de su túnica estaba empapada de sangre.

—Estoy bien —le tranquilizó Bristol—. Solo tratamos de convencer a la criatura de mi espalda para que me dé lo que es mío. Hagamos esto de una vez.

Tyghan maldijo y la agarró del brazo, pero ella se soltó de un tirón y siguió adelante, sin dejar de forzarse a respirar para soportar los espasmos causados por la garrapata que se retorcía en su espalda.

Estalló un alboroto a su alrededor.

Preguntas y gritos dirigidos a ella. A la Bruja Suprema.

«¿Estás loca?».

«¿Qué has hecho?».

«¿La has *apuñalado*?».

Eris era un remolino de conmoción y trataba de calmar a todo el mundo, al tiempo que él también gritaba.

Pero Bristol siguió concentrada en sus pasos, a medida que el millar de abejas en su sangre zumbaban cada vez más alto, más fuerte. Se detuvo delante del portal, el zumbido creciente revoloteaba caliente en su pecho. Se miró la palma de la mano, luego la proyectó hacia delante para meterla de golpe en el portal. Su mano se llenó de una luz brillante. La rutilante luz subió por su

brazo, hasta sus hombros y se coló entre su pelo y sus pestañas en zarcillos cegadores.

—*Abiendubra* —susurró. «Sellado para siempre». Cerró la mano, apretó el puño y tiró hacia atrás, como si estuviese descolgando una sábana de una cuerda de tender.

Y en un segundo repentino y caliente, el portal desapareció.



CAPÍTULO 90



Los ánimos estaban por las nubes mientras se dirigían a la granja de Tyghan para la siguiente celebración de Beltane. Bristol no se había dado cuenta del miedo que había tenido a fracasar, miedo de defraudar a todo el mundo, hasta que había cerrado el portal y su miedo había dado paso a la euforia.

Las otras reclutas se regocijaban con ella, se abrazaban y hablaban emocionadas sobre el futuro mientras cabalgaban juntas de vuelta a Danu.

—¡Esto va a pasar!

—Mi familia va a ponerse contentísima.

—La mía también. Hace años que quieren venir a Elphame.

—Todavía hay un rey fomoriano al que derrotar.

—Pues también le vamos a patear el culo.

—Le odié en el mismo instante en que le vi.

—Me recordó a un catedrático con el que solía trabajar. Voy a sentir una gran satisfacción cuando le vea alejarse caminando con el rabo entre las piernas.

—¿Caminando? Querrás decir arrastrándose, si tiene suerte…

—¿Tiene rabo?

—No va a caminar ni a arrastrarse. Tengo una flecha fabricada justo para él.

—¿Y otra para la bestia de las Tierras Oscuras?

—Sí, también tengo una para ella.

—¿No tendrán poderosos hechizos protectores?

—Todos los hechizos tienen sus limitaciones. Esmee y Olivia las encontrarán.

La celebración de Beltane de vuelta en Danu no tuvo nada que ver con el baile de Timbercrest. La primera había sido para obtener noticias y enterarse de las habladurías, y la segunda era para dar la bienvenida al verano y celebrar el verdor de los pastos, la fertilidad de las cosechas, y para recibir bendiciones de los dioses también para otros tipos de fertilidad.

Los vestidos extravagantes y los cotilleos quedaron atrás. Lo mismo que los salones de baile. En Danu, los festejos se celebraron en las colinas y los campos de labor. Las relucientes mesas de banquete fueron reemplazadas por mantas bastas y mesas de madera sacadas de las cocinas de las granjas para compartir los primeros frutos de la primavera. Los espectaculares jarrones de flores fueron reemplazados por ramilletes de flores silvestres colgados sobre entradas y tallitos de camomila entretejidos para formar coronas.

Tyghan tenía una granja que rara vez visitaba, y la celebración comenzó en su cocina. Las manos de Bristol y las mejillas de Hollis quedaron cubiertas de harina mientras mezclaban ingredientes y amasaban la mezcla para hacer *bannocks*, unas tortas típicas escocesas. Julia moldeó la masa en círculos planos, luego los frió en una sartén. Sashka estaba sentada en un rincón de la cocina, sumergiendo un palo en un barril de leche, lo cual convertiría de alguna manera la leche en mantequilla recién hecha, aunque Sashka seguía escéptica al respecto. Al igual que Bristol, la joven pensaba que la mantequilla solo se compraba en el mercado, ya envuelta en bonitos papeles. Transformar leche en mantequilla parecía un tipo de magia feérica extraño y muy trabajoso. Todos los preparativos se realizaron bajo la orientación suave y a veces divertida de Ahbriya, la administradora uriska de la granja de Tyghan. Al igual que Glennis, tenía unos preciosos cuernos curvos alrededor de la cabeza,

adornados ahora con vistosos lazos coloridos en honor a Beltane. A Bristol le dio pena que Glennis no pudiese estar también ahí disfrutando de los festejos con ellos, pero Cully había dicho que seguía fuera de patrulla.

El resto de su grupo estaba en el exterior, encargados de otras tareas. Rose y Avery estaban recopilando flores de prímula y de serbal, mientras Tyghan y Dalagorn recolectaban ramas y arbustos muertos en un bosquecillo a la orilla del río. Utilizarían la leña para encender grandes hogueras más tarde ese día. Los montones debían ser grandes y amontonarse bien altos para que pudiesen verse a kilómetros de la cima de la colina y ardiesen con ganas hasta la noche.

—Allá vamos —anunció Quin mientras Rose y él entraban en la cocina con cestas llenas de bayas.

—Yo me encargo de esas —dijo Hollis, al tiempo que se limpiaba las manos harinosas en el delantal. En cualquier caso, Quin ya se dirigía hacia ella. Julia, Sashka y Bristol intercambiaron miradas cómplices. Daba la impresión de que el interés de Hollis por Quin podía ser mutuo.

Todo el mundo había conseguido dormir unas pocas horas al amanecer, Bristol y Tyghan acurrucados en el pequeño dormitorio de este y su cama aún más pequeña, cosa que a Bristol no le importó en absoluto. Debería haber estado exhausta, pero no podía conciliar el sueño cuando puso la cabeza en la almohada. Los nervios y la euforia seguían surcando todo su cuerpo. Las victorias estaban llegando deprisa. Primero Cael, después el portal.

«Cuando todo esto termine». Ahora parecía posible. A la vista había tanto un final como un principio.

—Duerme —le había susurrado Tyghan, luego había tirado de ella para pegarla a su cuerpo—. Tenemos un largo día por delante. —Luego había deslizado con suavidad la mano por la frente de Bristol, por sus párpados—. Duerme —había repetido, y ya fuese por arte de magia o solo por la satisfacción de tener a Tyghan cerca, el sueño se había apoderado por fin de ella, profundo y reparador.



Tyghan dejó caer una brazada de palos en el carro que estaban llenando para las hogueras. Él había querido saltarse las celebraciones y regresar al palacio para prepararse.

Una batalla se cernía sobre ellos, pero honrar a los dioses era también parte de esos preparativos y, cuando abrió la puerta de su granja, supo que había tomado la decisión correcta. Cada vez que iba a la granja, se fijaba el propósito de ir más a menudo, de participar más en el arado de los campos, las cosechas y el cuidado del ganado, pero al final eso no ocurría nunca. Otras obligaciones siempre pasaban por delante. Gracias a los dioses que existían Beltane y Samhain, o no ocurriría nunca.

Recordó cuando tenía solo seis años, aún con sueños infantiles, y había visto a Amaetheon caminar sumergido hasta la cintura en el campo dorado de trigo maduro de su granja. Las espigas estaban pesadas, y se inclinaban y asentían, listas para la cosecha, pero Tyghan había pensado que incluso las espigas sabían que tenían a un gran dios entre ellas y se inclinaban ante él en señal de veneración. Esa había sido la última vez que había visto al dios, aunque sabía que Amaetheon aún iba por ahí. Su administradora le había visto dos veces en los años transcurridos desde entonces.

—¿Ayudarás con la cosecha? —le había preguntado Amaetheon.

—Sí —había respondido Tyghan con entusiasmo, a pesar de no estar seguro de si le permitirían ayudar en algo. Por muy príncipe que fuese, era sobre todo un niño que molestaría.

Amaetheon le había hecho gestos para que se acercara y le había ofrecido una guadaña dorada en la que Tyghan no se había fijado hasta entonces.

—Ven, deja que te enseñe a hacerlo. —El alto dios se había inclinado por encima de él, había cerrado las manos alrededor de las de Tyghan para asegurar su agarre, después le había ayudado a orientar la hoja y la habían columpiado. De esa manera, los dos

juntos, habían cortado y empacado un campo entero de trigo en una hora, una tarea que le hubiese llevado días a un granjero cualquiera. Amaetheon había depositado una espiga madura en la manita con ampollas de Tyghan, diciendo que era un diezmo para el Caldero de la Abundancia.

—La próxima primavera —le había dicho el dios a Tyghan—, te enseñaré a arar.

Cuando Tyghan había vuelto corriendo a la casa para contarles a sus padres que el trigo ya estaba cosechado, habían pensado que era solo una historia infantil, hasta que vieron el campo. Pocos días después, cuando su familia había regresado al palacio, lo único de lo que había podido hablar Tyghan había sido de convertirse en granjero y volver a la granja en primavera.

Sus padres se habían reído y le habían recordado que la semana anterior había aspirado a ser el comandante de los caballeros de Danu y que, como príncipe y segundo en la línea de sucesión, ese era su derecho de nacimiento. Tyghan también quería ser caballero. Podía ser ambas cosas, les había dicho, pero durante los siguientes meses, sus miras habían continuado puestas en el trigo, la cebada y los largos días al sol con Amaetheon. El dios en persona le iba a enseñar a arar.

Pero Tyghan no había vuelto a la primavera siguiente, como le había prometido al dios. Para entonces, su padre estaba muerto y su madre, ida, una sombra de quien había sido.

La vida había cambiado. Él había cambiado. Habían coronado rey a su hermano. Las guadañas habían quedado en el olvido. Tyghan se había zambullido en su formación con espadas, hechizos y estrategias. Eris y madame Chastain habían empezado a darle clases día y noche. Lo único que había querido ser entonces era comandante de los caballeros, era todo lo que estaba destinado a ser; sus caprichos otoñales habían quedado olvidados. El cambio había sido inevitable. Todo el mundo había crecido para ser lo que habían estado destinados a ser. Tyghan no se arrepentía. Convertirse en caballero había sido su primera pasión.

Pero ¿y si te veías obligado a convertirte en algo que no querías ser?

«Convéncela. Hay que extirpar la garrapata».

Cuando dejaron atrás el portal recién cerrado, Bristol se había adelantado a caballo con sus amigas, todas ellas ocupadas con una cháchara emocionada, pero Quin y Kasta se habían retrasado para cabalgar con Tyghan.

—¿Se supone que debemos apuñalarla cada vez que necesite un poco más de magia? —había preguntado Kasta, una duda práctica que incluso se le había cruzado por la mente a Tyghan.

—Lo que hizo fue increíble —había comentado Quin—, pero los muertos vivientes que entran en tromba por el portal del Abismo no van a esperar con educación cada vez que tengamos que clavar un cuchillo en la espalda de Bristol.

—Acabamos de tener dos victorias —había objetado Tyghan—, A lo mejor deberíamos centrarnos en ellas antes de pasar a todos los inconvenientes.

—¿Ignoras los inconvenientes? —El labio de Kasta se había enroscado con desdén—. No es el comandante de los caballeros el que habla, entonces. Es un enamorado.

—Cuidado con lo que dices, Kasta —la había advertido Tyghan con los dientes apretados—. Sigo siendo el rey. —Sentía cómo la oficial echaba humo a su lado. Para entonces, Eris y Dalagorn se habían acercado para unirse a ellos, y los consejos y preocupaciones burbujeaban a su alrededor.

«Actuó por su cuenta».

«Ya no somos nosotros los que hacemos los planes. Es ella».

«Contrólala. Debe estar bajo tu mando».

«Hay que extirpar la garrapata, por el amor de Danu».

«Por el bien de todo Elphame».

Control. Eso era lo que querían en realidad. Un control absoluto. No importaba que, cuando Bristol se había desviado de los planes, lo hubiera hecho con éxito. Había actuado en contra de una orden directa y había bailado con Kormick. Había utilizado a madame

Chastain en un plan que nadie más conocía. No era tanto una cuestión de que los planes fuesen inesperados, sino el hecho de que fuese *ella* la que los estaba haciendo. ¿Qué más podía hacer sin consultárselo a ellos? Y, bajo todo ello, aunque nadie dijera nada, bullía la preocupación de que quizás se pareciese demasiado a su padre. O peor aún, a su madre.

Bristol todavía era un enigma para ellos. En parte feérica y en parte otra cosa. Era un enigma para sí misma. Tyghan recordó el miedo en sus ojos aquel día en el salón del trono.

«No puedo convertirme en otra cosa. Es demasiado tarde».

Sin embargo, eso era lo que todos querían que fuese: otra cosa. Querían que fuese como su madre, y al mismo tiempo que no fuese como ella. Estaban intentando crear algo seguro, controlable, pero poderoso. Un agua que quemara como el fuego.

Esa mañana, mientras Bristol se había quedado dormida entre sus brazos, Tyghan había contemplado el hombro de la joven, agradecido de que ella no pudiera ver los cambios. Ahora no era el momento de hundirle la moral, no cuando estaban tan cerca. Olivia no había comentado nada cuando había curado la herida de la puñalada en el hombro de Bristol, pero sus ojos preocupados se habían cruzado un instante con los de Tyghanantes de aletear hacia abajo. Más tarde, cuando Bristol no podía oírlos, Olivia había seguido sin mencionarlo, consciente quizás de que era mejor mantenerlo como un secreto callado solo entre ellos dos.

En cualquier caso, apuñalar a la garrapata para obtener más magia se había cobrado un precio.

Una tenue hilera de escamas doradas bajaba ahora por la escápula de Bristol.



CAPÍTULO 91



August bufaba y piafaba; formaba una imagen impresionante con sus lazos y sus trenzas. Multitud de campanillas tintineaban colgadas de sus arreos y un fuego danzaba en sus pupilas. Los niños alineados por la calle avanzaban asombrados, solo para retroceder después asustados. Los pequeños faunos fingían valentía, pero corrían a esconderse detrás de las faldas de sus madres cuando August relinchaba, provocando una reverberación grave y ahumada que sonaba más como una bestia temible que como un caballo. Los pixies sentados sobre las ramas de los árboles que se arqueaban por encima de la calzada no tenían miedo y lanzaban flores al camino debajo de ellos. August iba en cabeza de la procesión, como hacía siempre, primero entre las hogueras y después a través de la aldea con el rey montado sobre él, respondiendo con saludos a los vítores. En cualquier caso, August sabía que en realidad iban a verlo a él, la bestia legendaria que llevaba a los reyes a las batallas.

La chica también iba montada sobre él, sentada justo delante del rey, pero August no sabía muy bien por qué. No era nadie importante, ni siquiera un peón real. El maestro Woodhouse le había hablado con palabras dulces y tiernas mientras limpiaba sus menudillos esa mañana, diciéndole que fuese amable, como si sospechara que tal vez fuese a tirarla. Era una idea apetecible, pero

los corceles de los tuathade eran de la realeza por derecho propio. No se rebajaban a comportamientos tan burdos, al menos no durante las ceremonias públicas. Aunque quizás más tarde…

—Te adoran, August —le susurró la chica, al tiempo que acariciaba su cuello.

«Por supuesto que lo hacen», pensó August, aunque era agradable que la chica lo comentase, por inferior que pudiese ser la criatura. Podía tolerar su presencia sobre su dorso. Y entonces, de manera inexplicable, la joven le rascó detrás de la oreja y apaciguó un picor que él ni siquiera se había dado cuenta de que sufría.



La nota estaba a buen recaudo en la palma de la mano del intruso. Con tanta gente ausente del palacio para las fiestas de Beltane, no fue difícil colarse en la habitación de Bristol, pero elegir el lugar correcto para ocultar la nota fue otro tema. Era un poco inquietante encontrar tantas pertenencias personales del rey por ahí desperdigadas. El hombre estaba pasando tanto tiempo en los aposentos de la joven como en los suyos propios, lo cual podía resultar problemático. Sería muy inconveniente que se topase con la nota por accidente.

El intruso dio una vuelta por la habitación. Luego otra. Por fin encontró el lugar perfecto y remetió la nota donde seguro que solo ella la encontraría. Tal vez esto la enviara por fin de vuelta al mundo mortal. De no ser así, había otras maneras.

Una vez colocada la nota en su sitio, el intruso se tomó otro minuto para eliminar cualquier rastro de su intrusión con un hechizo limpiador. Un humo blanco recorrió la habitación entera para borrar su olor, sus huellas sobre la alfombra, incluso el aura del intruso, que era de una fuerza excepcional.

Mae era la que había hecho el contacto, sabedora de que el intruso estaba en deuda con determinado trow. Era un silencio por el

que debía pagar una y otra vez.



CAPÍTULO 92



Para cuando regresaron al palacio, Tyghan se encontraba exhausto. Tres días de fiestas *y sorpresas* habían dejado poco tiempo para descansar, incluso con su exigua necesidad de hacerlo. Le entregó las riendas de August al maestro Woodhouse y se dirigió directo hacia la rotonda de Lir a fin de trabajar con sus oficiales en las estrategias para rescatar a Cael.

—Tenemos mucho por decidir —le dijo a Bristol antes de despedirse de ella con un beso.

Bristol le agarró del brazo.

—A lo mejor debería ir yo también.

—No. Solo los oficiales. Ve a descansar. Te lo has ganado. —Les había dado el resto del día libre a todas las reclutas, que se habían mostrado encantadas, deseosas de echarse una larga siesta. Bristol, sin embargo, debía de haber pensado que Tyghan iba a reunirse en la cama con ella—, Y quédate en tu cuarto —añadió él.

Bristol trató de oponerse.

—¿En mi cuarto? Pero si… —Su expresión se tornó pétrea—. ¿Por qué? ¿Te preocupa algo?

—Es solo que no necesitamos más sorpresas.

—*¿Necesitamos?* ¿A quién te refieres? —Bristol desplazó su peso como si estuviese preparada para bloquearle el paso—. ¿Esto tiene algo que ver con Kasta? La vi susurrando y refunfuñando. ¿Está

enfadada conmigo?

—Los caballeros siguen órdenes. No actúan de manera unilateral. Ella…

—Todos estaban refunfuñando por eso, ¿verdad? Vi demasiados grupitos entre todos vosotros de camino a la granja. Eran tan sutiles como un terremoto.

Tyghan se sorprendió de que se hubiese dado cuenta, puesto que iba a caballo por delante de ellos.

Bristol esperaba una respuesta, los labios apretados en una línea dura ya familiar.

—Solo están preocupados de que…

—¿De qué? ¿De que cerrara ese portal? ¿De que haya encontrado a tu hermano? Creía que esas eran cosas *buenas*.

—Bailaste con Kormick después de que te dijeran de manera explícita que le evitaras —espetó Tyghan en tono cortante—. Kasta tiene la sensación de que has puesto a todo el mundo en peligro.

—¿Ah, sí? ¿Y *tú* qué crees?

La ira de Tyghan bulló ardiente, el calor sonrojó su cuello.

—Es verdad, sí que pusiste en peligro a todo el mundo, incluida a ti misma. No lo sabes todo sobre este mundo, incluido de lo que es capaz Kormick, y aun así te lanzaste directa a sus brazos.

—Tenía un plan.

—Uno del que nadie sabíamos nada.

—No. Hubo. Tiempo —escupió Bristol—. ¿Y tú qué? ¡Le diste un puñetazo en la cara! ¿Eso era parte del plan?

—A mí se me permite hacer cambios en los planes. Soy el rey, por si no te has enterado.

—*Oh, el rey* —se burló, abriendo los ojos—. La. Di. Da.

«¿La-di-da?». Tyghan no estaba seguro de qué significaba eso, pero era probable que no fuese un cumplido.

—Bri, por favor —dijo, tratando de rebajar la tensión que no hacía más que aumentar entre ellos—. Los dos estamos cansados. No digo que no esté contento con el resultado final de lo que has hecho. Por supuesto que lo estoy. Pero quedan apenas unas

semanas para la Ceremonia de la Elección. Los nervios están a flor de piel. A estas altura, debemos asegurarnos de estar trabajando todos juntos. Los caballeros esperan sorpresas del enemigo/pero no de su propio equipo. Necesito que confíes en mí para esto. Por favor. Vete a tu habitación y descansa. —Se estiró hacia ella y agarró su mano, acarició los nudillos con su pulgar, y el fuego se diluyó en los ojos de Bristol—. Me reuniré contigo en cuanto pueda.



Mientras Bristol caminaba de vuelta a su habitación, se preguntó si Tyghan y ella acababan de tener su primera pelea, aunque en realidad no habían levantado la voz en ningún momento. Y la cosa había terminado con la lengua del uno dentro de la boca del otro. «No, eso no ha sido una pelea», pensó. «Más bien un desacuerdo rápido con un final agradable».

Cuando abrió la puerta de su habitación, la recibió una bandeja con refrigerios (manzanas, quesos, una botella larga de vino dorado), junto con un jarrón de cristal con los jacintos del morado más oscuro que había visto en la vida. Su cama ya estaba abierta, como una invitación tentadora. «Me están seduciendo mis sábanas», pensó, y le pareció perfecto. Eso estaba dispuesta a admitirlo. Estaba cansada e irritable. Cuando Tyghan había cogido su mano y había deslizado el pulgar por encima de sus nudillos, toda la pelea que había en ella se había diluido. Incluso Sashka, que tenía la energía de un relámpago, había anunciado que pensaba dormir toda la tarde.

Le dedicó a la bandeja una mirada de pasada. Le daba la impresión de que lo único que había hecho durante los últimos días era comer. Incluso esa misma mañana en la granja, Tyghan y Cully le habían preparado a todo el mundo un desayuno inmenso y, excepto un huevo que había rodado desde la mesa *casi* hasta el suelo, antes de que Tyghan chasqueara los dedos para hacerlo

volver sano y salvo a su mano, lo habían hecho todo sin usar magia. Unos revueltos perfectos, compotas de bayas recién hechas, salmón braseado con hierbas. Se habían ganado una ronda de aplausos de todos ellos, y Bristol había mirado a Tyghan con una curiosidad nueva. A lo mejor no tenía problemas con los distintos ingredientes de las *pizzas*, después de todo.

Bristol se zampó un puñado de avellanas sin cáscara de un platillo de la bandeja y, de repente, descansar parecía una cosa perfectamente lógica. Se quitó las botas y fue a la sala de baño para preparar un baño caliente. Mientras se llenaba la bañera, se acercó al tocador con la intención de intentar hacer algo con su horrible masa de nudos. Se arrepentía de no haberse trenzado el pelo para la cabalgata de vuelta a palacio. August había recorrido cielo y tierra como una exhalación, incitado por Tyghan, ansioso de llegar a casa cuanto antes. Cuando Bristol levantó el cepillo para llevarlo hacia su pelo, algo llamó su atención. Encajado entre las púas negras había un trocito de papel. Sonrió. ¿Una nota de amor de Tyghan? Había dejado otros regalitos para ella por la habitación: un cristal de cuarzo perfectamente redondo, un arpa encantada que tocaba sola, una rosa sobre la almohada. Sacó el trozo de papel plegado de entre las púas y lo desdobló.

No era una nota de amor.



CAPÍTULO 93



La culpa rondaba por la conciencia de Tyghan mientras se dirigía a la rotonda de Lir. Lo impropio de lo que había hecho se había quedado atascado en su garganta como una espina de pescado. «No controlé su mente», razonó consigo mismo. Los horrores de la magia negra estaban grabados demasiado profundos en su interior como para hacer tal cosa. Ni siquiera era un hechizo lo que había utilizado al agarrar la mano de Bristol. Solo una maniobra calmante. Madame Chastain la empleaba con pacientes. Él la había empleado con Bristol en la granja, para que pudiera dormir. Extraía energías tensas de los músculos, eso era todo. Solo que ese día, Bristol no había querido relajarse. Llevaba esas tensiones preparadas para la batalla. Tyghan debería haberla dejado estar…, excepto que estaba cansado y no tenía ganas de pelearse con ella. Solo quería terminar aquella reunión lo antes posible y tener un plan trazado, porque sabía que Kormick estaba trazando sus propias estrategias sin descanso. Tyghan tenía una pelea más grande por delante, y quería terminar pronto con la que tenía entre manos.

—¡Eh, ahí estás! —exclamó Quin, como si Tyghan llegase horas tarde—. ¿Te has encargado de…?

—¡Ese tema no está abierto a discusión! —espetó cortante—. ¿Entendido? No pienso controlar su mente, a menos que queráis que controle también las vuestras.

—Para el carro. —La respuesta de Kasta fue igual de cortante: la reprimenda de una amiga, no una súbdita—. No nos referíamos a la magia negra. Nos referíamos al tipo de control que ejerces sobre todos tus caballeros. Como la obligación de *cumplir órdenes*, por ejemplo.

El fuego se apagó en Tyghan de golpe. Por supuesto que no le estaban pidiendo que usara magia negra. ¿Por qué había ido su mente ahí siquiera? A lo mejor tres días enteros sin dormir habían forzado incluso sus límites.

—Estos mapas son inútiles —refunfuñó Quin en un intento por devolver la atención de todos al asunto de rescatar a Cael.

Tyghan rodeó la mesa para sacar un mapa del montón.

Era cierto. Los mapas de Fomoria eran viejos y poco fiables. Proporcionaban solo información geológica básica (ríos, montañas, desfiladeros y bosques), pero no mostraban donde podía haber nuevas fortalezas, puentes o trampas.

Excepto por las peligrosas incursiones rápidas al interior, la nación no la habían cruzado forasteros desde hacía al menos una generación, y con los densos bosques que cubrían el paisaje, desde el aire solo alcanzaban a ver algunas cosas. Tyghan había estado en una de esas incursiones rápidas durante el último intento frustrado de buscar a Cael, que había terminado en una emboscada. Habían pasado por delante de una ciudadela protegida con hechizos, por lo que no la habían detectado hasta que fue demasiado tarde. Los guerreros fomorianos habían salido en tromba como avispas de un avispero, superándolos en número diez a uno.

—Nos atenemos al aire, entonces —sentenció Cully—. Invisibles.

Kasta negó con la cabeza.

—Eso solo nos llevará hasta cierto punto.

El velo de invisibilidad reducía el poder de la magia y las armas. Al final, tendrían que recorrer el bosque que rodeaba los elevados acantilados como un oscuro foso frondoso, y necesitarían magia y armas rápidas para hacerlo. Además, tampoco podían aterrizar con dos docenas de caballos sobre el estrecho saliente del acantilado, al

descubierto y expuestos como había hecho Kormick, sin preocuparse del ruido que hacían. Para eso, bien podían hacer sonar una trompeta para alertar a los guardias.

—Aquí abajo —dijo Dalagorn, al tiempo que señalaba con su grueso dedo hacia una pequeña meseta justo por debajo de la línea del bosque—. Aterrizamos aquí y trepamos por la parte de atrás hasta el puesto de vigilancia.

Tyghan asintió. Podía funcionar.

—Y vamos a necesitar un doble oculto con *glamour* para dejarlo en lugar de Cael. Un prisionero desaparecido alertaría a Kormick de que tramamos algo.

Dalagorn miró el mapa otra vez, luego negó con la cabeza.

—¿Por qué no nos limitamos a destripar a los guardias y tirar los cuerpos? Sería bastante fácil.

—A menos que fuese alguien a comprobar el estado del prisionero —señaló Kasta—. Como Kormick, o alguno de sus hechiceros.

Así que estaban de vuelta con lo del doble.

—¿Qué podemos dejar en su lugar? —caviló Quin en voz alta.

Ofrecieron varias posibilidades, pero luego las descartaban por una razón u otra, en su mayor parte debido a su vocalización. Las voces eran más difíciles de reproducir con un encantamiento.

—Una liebre —sugirió Cully—. Suelen ser silenciosas y dan unas patadas de mil demonios.

—Y tienen las orejas grandes —añadió Dalagorn.

Las risas se extendieron por la mesa. Cael era famoso por conocer todos los rumores que rondaban por el castillo. Tomaron una decisión. En el lugar de Cael dejarían una liebre oculta con *glamour*.

A continuación, pasaron al tema del portal del Abismo y redujeron su posible ubicación a una zona más pequeña, basados en los avistamientos más recientes de muertos vivientes.

—Si logramos encontrar el lugar exacto —dijo Quin—. El culo de Kormick es nuestro.



La nota temblaba entre los dedos de Bristol.

Mi Brije:

Esta nota es solo para ti. No se la enseñes a nadie. Necesito que vengas a un lugar secreto de inmediato. Sigue la carretera de la ciudad hasta más allá del extremo del puente Tatha. Después de veinte kilómetros, toma el ramal norte durante otros 65 kilómetros hasta que llegues al bosque. Alguien te estará esperando ahí y te llevará hasta donde estoy escondido. Ven sola y asegúrate de que no te sigue nadie. Sé que puedes hacer esto. Mi vida depende de tu silencio. No confíes en nadie. Te necesito, Brije. Date prisa.

Bristol anduvo de un lado para otro por la sala de baño, después se detuvo a leer la nota del tocador otra vez. Ya la había leído varias veces, como si cada una fuese a revelarle algo que se le hubiera pasado por alto. ¿Cómo había llegado esa nota hasta ahí? Estaba claro que no la había llevado su padre, porque en ese caso se hubiese limitado a esperar a que ella volviera. ¿Quién la había dejado? Se le puso la carne de gallina con una sensación de suspicacia repentina. Registró su habitación por si algún intruso acechaba todavía por ahí. Durante el tiempo que había estado ausente, muchos feéricos podían haber entrado a hurtadillas en su habitación. No podía ir solo basada en una nota. ¿O sí? Se lavó la cara. Cepilló con furia los espantosos nudos de su pelo. Luego se apoyó en la pared y cerró los ojos. A continuación, retomó sus paseos. Era imposible no enseñarle esa nota a nadie. *Imposible*. Y aun así…

Se sentó a la mesa para estudiar la nota una vez más, «Brije». Era el apelativo cariñoso que utilizaba su padre para ella. No lo conocía nadie más, aparte de Cat y Harper. Y la nota estaba escrita con la caligrafía pulcra de su padre. «Está vivo». Su alivio, sin embargo, estaba atemperado por el recelo. ¿Ir sola? ¿No decírselo a nadie? Esa parte parecía una trampa. Y aun así…

Todos sus razonamientos terminaban de ese modo: «Y aun así…».

«Mi vida depende de tu silencio».

Era su padre, le suplicaba ayuda. Se había enterado de alguna manera de que ella estaba allí. Las excursiones de Bristol a la ciudad y al campo no habían sido en balde después de todo. Esa no era una nota que pudiese permitirse ignorar. Ni tampoco compartir, al parecer. «¿Por qué?». Su padre tenía miedo.

Bristol recordó cómo Eris había obligado a todos a jurar que no dirían nada sobre Cael, ni siquiera al Consejo. Las noticias podían correr muy deprisa en Elphame.

Las palabras de la nota le hablaban a gritos: «No se la enseñes a nadie».

¿Cómo iba a llegar siquiera a ese lugar lejano donde se escondía su padre? Estaba a casi cien kilómetros de ahí. Un carruaje tardaría horas y…

Tal vez hubiera una forma de hacerlo. Si estaba dispuesta a correr el riesgo.

Y lo estaba.

Volvió a ponerse las botas, luego rebuscó entre las pertenencias de Tyghan en el armario. Tenía varios cuchillos pequeños en un cajón. Bristol cogió uno de ellos, y también la espada corta que había dejado colgada de un gancho. ¿Qué más necesitaba? *Magia*. Debía estar preparada para utilizar la poca magia que había aprendido a dominar, aunque aparte de cerrar el portal, no había practicado ninguna magia desde hacía días. ¿Levitación? *¿Glamour?* ¿Invocación de objetos?

«Fuego», pensó. El fuego tenía buenos efectos disuasorios. Echó

un vistazo a la bañera sin utilizar que había llenado. Pétalos secos y espirales espumosas flotaban sobre la superficie. «*Ante feru la…*». No había terminado siquiera su hechizo para obtener fuego, ni había juntado sus manos para orientar el cántico, cuando el agua estalló en un infierno ardiente. Un fogonazo de calor golpeó su rostro y las llamas subieron disparadas para lamer el techo artesonado, que quedó chamuscado y negro. «*¡Treima! ¡Treima!*», gritó. «Muere». Las llamas *desaparecieron al* instante, pero no sin dejar su huella ahumada por encima de la bañera. El corazón de Bristol latía desbocado. Aquello no había sucedido nunca. Hasta entonces solo había creado pequeñas llamas dóciles en velas. Ese fuego había sido de todo menos dócil. ¿Qué había hecho mal? Deseó conocer una orden para borrar o reparar, pero no tenía tiempo de preocuparse por el techo.

Se dirigió hacia la puerta y, al pasar junto a la bandeja, agarró una manzana, porque era posible, probable incluso, que fuese a necesitarla.



CAPÍTULO 94



Tyghan no podía recordar la última vez que había dormido una siesta. Había visto a Kasta apoyada en la mesa, usando los brazos cruzados como almohada; a Quin reclinado en su silla, con los ojos cerrados y la boca abierta; a todos los caballeros en su propia forma de reposo, descansando solo unos minutos después de comer. Tyghan solo se había echado hacia atrás en su silla un momento para meditar sobre lo que habían hablado cuando notó que alguien sacudía su hombro. Se despertó sobresaltado, y sus botas cayeron de la mesa al suelo con un golpe sonoro. Era Dalagorn.

—¿Qué? —preguntó Tyghan, al tiempo que trataba de orientarse —. ¿Qué pasa?

—El maestro Woodhouse está en la puerta. No sé, tiene que decirte algo.

«¿Ahora?». Pero Tyghan se frotó los ojos y asintió.

—Que pase.

El maestro Woodhouse entró arrastrando los pies, porque el viejo spriggano nunca corría, pero el color chillón de su flora revelaba que estaba alterado. Para entonces, todos los oficiales habían levantado la cabeza, alertas y curiosos.

—¿Qué pasa? —preguntó Tyghan.

—Es August. No está. Su silla tampoco está. Me encontraba en la

otra punta de los establos, cepillando a Fenella, y cuando terminé y pasé por delante de su cuadra, estaba vacía.

—¿Alguien ha *robado* su caballo? —farfulló Cully.

Tyghan estaba confuso. Nadie se llevaba el caballo del rey. No si quería vivir. Además, August jamás se iría con otra persona de todos modos… Aunque sí que podría ir a visitar a alguna yegua en otro prado. Después de todo, era primavera. A lo mejor el viejo spriggano no había Visto la silla de montar.

—Estoy seguro de que no habrá ido lejos. Es probable que solo esté…

—Ha desaparecido —insistió el maestro Woodhouse con firmeza —. Creo que se lo llevó vuestra amiga.

Tyghan se inclinó hacia delante.

—*¿Mi amiga?*

—La recluta. La señorita Keats. Entró en los establos cuando yo iba de camino a cepillar a Fenella. Pensé que solo pasaba por ahí para charlar un poco con August. Llevaba una manzana en la mano. El caballo le ha cogido cariño, creo. Podría estar dispuesto a irse con ella, sobre todo porque acaba de volver montada en él hoy. Vi como la chica le rascaba las orejas. A August parecía gustarle.

¿Bristol? ¿Se había ido con August? Tyghan se quedó ahí plantado un momento, aún convencido de que tenía que ser una equivocación. Le había dicho que no fuese a ninguna parte. Que se quedase en su habitación. Y ella había aceptado. Además, ¿a dónde iba a querer ir? ¿Por qué habría de…? *Algo iba mal*.

Su primer pensamiento voló hacia Kormick. Debería haberla acompañado hasta su habitación. Se levantó de un salto y le ordenó a Dalagorn que comprobase las verjas del palacio.

—Mira a ver si alguien la ha visto marcharse. —Se encaminó hacia la puerta—. Yo iré a su habitación. —En lugar de andar hasta ahí, Tyghan dio un salto nocturno hasta el ala de palacio donde estaba la habitación de Bristol y corrió el resto del camino, dejando que sus caballeros se preocupasen de alcanzarle. Irrumpió medio trastabillado en el cuarto y notó el silencio de inmediato. La cama

estaba vacía; la sala de baño, silenciosa. No corría el agua. No se oían pasos. Pero había un olor… a humo y cenizas. Un puño se cerró entre sus costillas.

Recorrió toda la habitación con la mirada en busca de cualquier pista de dónde había ido Bristol, o quién podía haberla forzado a marcharse. Su bandeja de comida parecía intacta. Cuando entró en la sala de baño, sus ojos se posaron de inmediato en la ceniza negra que flotaba en una bañera llena de agua, luego saltaron hacia el techo chamuscado. Sus peores temores apuñalaron su cuello. Había pasado algo. Escudriñó el resto de la sala, sin querer admitir siquiera para sí mismo que estaba buscando sangre. No importaba que el maestro Woodhouse la hubiese visto entrar en el establo, *algo* la había obligado a marcharse, y la ceniza y el humo confirmaban que había empezado en esa sala. La habitación entera parecía intacta, excepto por el agua salpicada alrededor de la jofaina y…

«Su cepillo». Tyghan lo vio sobre el tocador, descolocado. Bristol había tenido tiempo de usarlo y, por su aspecto, había atacado su pelo de manera vigorosa. Había pelos arrancados enredados en las púas. *Pelo reciente*.

Agarró el cepillo pero oyó el eco de la voz de Eris dándole un sermón cuando había intentado coger el mechón de pelo de Bristol en el castillo de Timbercrest. «No lo hagas. Es demasiado arriesgado. De alguna manera, has conseguido cerrar tu mente a los demonios restantes. No puedes abrir puertas nuevas a estas alturas y hacer que les resulte fácil volver a encontrar el camino de entrada».

Pero Bristol había desaparecido y el pelo fresco estaba ahí, a la espera de que lo usara. No tenía elección. Una llama ya había brotado en la palma de su mano y, para cuando sus oficiales entraron a la carrera en la habitación de Bristol, Tyghan ya había aspirado las primeras volutas de humo. «*Aramascue odemas*».

Tyghan oyó el quejido de Quin cuando vio lo que estaba haciendo, pero siguió concentrado en lo que veía.

—Está cruzando un puente —les dijo—. Es… —intentó identificar

cuál era, pero Bristol solo miraba abajo, hacia la crin de August. Al final, echó un vistazo hacia un lado y Tyghan vio un *pub* que reconocía— el puente Tatha. Está al final del Tatha. Pedid caballos —ordenó.

—Ya está hecho —dijo Kasta—. Están esperando en el acantilado. Melizan y Cosette se reunirán con nosotros ahí.

—¿Bristol va con alguien? —preguntó Quin.

Eso es lo que tenía a Tyghan confundido. No veía a nadie que la obligase a avanzar.

—No lo creo. A menos que cabalgue a su lado.

—A lo mejor alguien ha descubierto que tiene la marca de sangre —especuló Cully en voz alta—. ¿Kormick? ¿Crees que él está detrás de esto?

Tyghan no estaba seguro. Ya había repasado todo lo sucedido desde que Bristol había cerrado el portal, quién estaba presente, quién podría haber hablado, quién podría haber estado espiándolos. O tal vez Kormick había cambiado de opinión acerca de que Bristol era inútil. Los pensamientos de Tyghan corrían desbocados. «Es una criatura apasionada, ¿verdad?». Se forzó a concentrarse en las imágenes que veía detrás de sus ojos.

—Está saliendo del puente —dijo Tyghan, pero entonces vio cómo sus dedos agarraban la espesa crin de August y la perspectiva de Bristol cambió a una posición un poco más elevada—. No —susurró—. No lo hagas. No…

—¿Qué está pasando? —preguntó Kasta.

El paisaje se volvió un borrón de color.

—Le ha dado rienda suelta a August. No veo nada. Es todo un manchurrón.

Quin dio voz a lo que estaban pensando todos:

—Joder.

Hacían falta años de entrenamiento para dominar a un caballo de guerra tuatha a toda velocidad. Para una novata como ella, era peligroso intentarlo siquiera.

—Jamás la alcanzaremos —declaró Kasta.

A Tyghan no le quedaba otra opción que esperar ahí y seguir con atención el recorrido de Bristol para poder encontrarla cuando se detuviera.

Pasaron unos segundos largos y Tyghan siguió inhalando el humo, aunque había poco que ver.

—Esperad —dijo de pronto—. Está en la bifurcación. Va hacia el norte.

—Lo único que hay al final de esa carretera son las Tierras Salvajes —gimió Cully.



Una vez que Bristol y August pasaron por encima del puente, la joven pisó bien los estribos, puso todo su peso en los talones y se inclinó hacia delante. Soltó las riendas y enroscó las manos en la espesa crin de August a cambio. El caballo aceleró el ritmo como si comprendiese las intenciones de su amazona. Bristol no lo había montado nunca a máxima velocidad sin Tyghan a su espalda, y cruzó los dedos por saber la forma correcta de hacerlo. Si se caía, estaba perdida. Tragó saliva, tras un solo segundo de vacilación, luego le dio la orden para partir a toda velocidad.

—Atento a la carretera, pero vuela con el viento —le susurró.

En cuestión de segundos, el paisaje se convirtió en una neblina turbia, la carretera apenas distinguible de las colinas ondulantes a su alrededor. El viento rugía en sus oídos con un zumbido ensordecedor. En tan solo unos segundos vio que se acercaban a la bifurcación.

—¡Al norte! —gritó, al tiempo que le daba un tironcito suave a la crin de August con la mano izquierda. Esperaba que la entendiera. Sintió un alivio inmenso cuando el animal obedeció su orden.

El paisaje zumbaba por su lado en todos los tonos de verde y, en un minuto escaso, el borrón de carretera que tenía por delante desapareció en la enorme boca negra de un bosque.

—¡Frena! —ordenó. Ahí era donde debía encontrarse con la

persona misteriosa que iba a llevarla con su padre.



—Se está parando —anunció Tyghan, aliviado de que no se hubiera caído. Describió cómo Bristol se acercaba con cautela al bosque oscuro, cómo escudriñaba las sombras. «Bien», pensó. «Ten miedo. Vuelve aquí». Pero Bristol no se movía.

Y entonces la vio. Una figura que emergía de entre las sombras.

—No. Corre, Bristol. *Ahora*.

Los otros se acercaron más.

—¿Qué pasa?

—Hay alguien a caballo —les dijo—. Estoy seguro de que el jinete ha ocultado su verdadera forma con *glamour*. El color de la túnica, su brillo, hay algo extraño. Bristol está hablando con él… *Brae taspian machor* —susurró Tyghan. «Muestra tu verdadera naturaleza». Pero el hechizo para desvelar el *glamour* era inútil. Tyghan no podía forzar a Bristol a ver a través del encantamiento, y ahora mismo él solo podía ver lo que veía ella.

—Está entrando en el bosque con él.



CAPÍTULO 95



La mente de Bristol saltaba entre fuego y cuchillos. ¿Qué debería usar? Pensó en la inesperada explosión de fuego en su bañera y encontró repulsiva la idea de quemar a alguien hasta dejarle achicharrado, incluso a un enemigo potencial, así que su mano se deslizó despacio hacia el cuchillo que llevaba en el cinturón. A medida que se acercaba, seguía sin poder ver el rostro del jinete. Una capa y una capucha ocultaban la mayor parte de su cuerpo.

—Yo no lo haría —comentó el jinete, al ver que Bristol trataba de echar mano del cuchillo—. Créeme, mi magia es más rápida que tu arma, y mucho más letal. Pero en cualquier caso, es un desperdicio de energía. Me han contratado para guiarte, no para hacerte daño. A menos que sea necesario. ¿Será necesario, señorita Keats?

Bristol se estremeció al oír su nombre.

—No —respondió—. No será necesario.

—Por aquí —le dijo el hombre, e hizo girar a su caballo de vuelta hacia el bosque.

Bristol le siguió dubitativa, mientras sus ojos saltaban hacia las oscuras sombras a ambos lados, hacia los árboles que se alzaban amenazadores a su alrededor. Se encontraba en las Tierras Salvajes, el tipo de sitio que compañías enteras de caballeros evitaban si podían. Bristol aguzó el oído por si detectaba algún ruido, cosas escondidas en la oscuridad.

—¿Quién te ha contratado? —preguntó.

—Me contrataron para guiar y entregar. No para responder preguntas. Eso te costará más.

—No tengo dinero.

—Entonces, te sugiero que me sigas en silencio.

«Imprudente», pensó Bristol. La palabra palpitaba en su pecho.

Pero aquello era para lo que había ido allí. Para encontrar a su padre. Cada paso arriesgado merecía la pena.

Un retumbar de advertencia vibró en el pecho de August. El animal no aprobaba ese camino oscuro, pero al cabo de un rato la penumbra empezó a iluminarse y el bosque se aligeró. El camino desembocó en un valle soleado, un paisaje pastoral tan atractivo como cualquiera de los pintados por Durand. Unos ciervos pastaban a lo lejos y, bajo los árboles del otro lado del valle, había un granero de madera ajada, cuya pintura era un recuerdo lejano.

—Yo te traigo solo hasta aquí. Es hora de que me vaya —la informó el jinete. Luego señaló—. Debes ir allí.

Bristol miró del granero al jinete.

—¿Y cómo vuelvo?

—Encontrarás el camino, señorita Keats. Suponiendo que vayas a volver.

¿Por qué no hacía más que llamarla «señorita Keats»? Su padre no había revelado su nombre en la nota. No parecía probable que fuese a revelárselo a este acompañante sospechoso.

—¿Cómo es que sabes mi nombre?

El jinete frotó sus dedos entre sí en un gesto de que esa información le costaría dinero.

Un mercenario despiadado, pero parecía tener una opinión decidida sobre el futuro de Bristol. La joven miró atrás hacia el tenebroso bosque por el que acababa de cruzar, luego se giró hacia delante de nuevo.

—Sí, encontraré el camino, y volveré. *Con* mi padre.

El jinete sacudió la cabeza, dubitativo.

—Yo no…

Pero antes de que pudiera disuadirla, Bristol apretó las piernas contra los flancos de August.

—¡Galopa! —August voló a través del valle, ansioso también por dejar a su acompañante atrás—. Despacio, chico. Despacio —dijo Bristol con suavidad a medida que se acercaban al granero. Miró atrás. El jinete ya no estaba.

«Una trampa». La idea se le ocurrió otra vez. Escudriñó el bosque circundante, pero estaba tan quieto como un cuadro. Comprobó los cuchillos que llevaba a la cintura y repasó las maniobras evasivas que le habían enseñado Melizan y Cosette. Luego aspiró una bocanada de aire tranquilizadora. Echó pie a tierra. Si era una trampa, estaba tan lista como lo estaría nunca.

—Espera aquí —le susurró a August. Bristol no había dado más que un paso cuando oyó el chirrido de una bisagra oxidada y alguien abrió la puerta del granero.



CAPÍTULO 96



—Hay un claro en el bosque. —Tyghan describió el valle, los ciervos que pastaban, todo lo que Bristol veía, incluido al jinete que señalaba hacia el otro lado del valle. Y después la repentina partida al galope, dejando al jinete atrás.

—¿Qué trama ahora? —preguntó Quin.

Tyghan no lo sabía, excepto *que estaba* haciendo algo a espaldas de todos ellos. Otra vez. Sintió cómo aumentaba la tensión en la habitación.

—Está fuera del granero, escudriña los alrededores —les dijo—. Se está bajando de August. Ahí iba. Ese es su destino. —Tyghan conocía el valle, el viejo granero abandonado. Si iban por el cielo, podían llegar ahí en cuestión de minutos—. Vamos.

Pero al ponerse de pie, el humo seguía dentro de su nariz, de su mente, las imágenes seguían llegando, y vio cómo se abría la puerta del granero. Tyghan se quedó paralizado a medio paso.

—¿Qué pasa? —preguntó Kasta—. ¿Has visto algo más? Una tenaza se cerró sobre el pecho de Tyghan. Apretó los puños. Vio a una figura de pie ante la puerta. Su rostro estaba oculto por las sombras, pero Tyghan conocía esa pose. La altura. La forma en que llenaba los huecos de las puertas. La forma en que sus brazos colgaban a sus lados, nunca lejos de sus armas. Lo mucho que llamaba la atención sin decir ni una sola palabra.

—Es Kierus —repuso—. Keats ha ido a encontrarse con su padre.



CAPÍTULO 97



Bristol observó a la figura de la puerta. Tenía miedo de creérselo.

Su garganta se encogió, apretada e inservible. Hacía unos meses, había sucedido lo imposible. Su padre había muerto, aunque Bristol siempre había pensado que era invencible. En lugar de eso, le habían arrancado de sus vidas de manera brutal. Sin previo aviso. Sin adioses. Había sido una muerte repentina y horrible que debía recordar cada día cuando iba al pueblo, cuando un monolito omnipresente al lado de la carretera la atormentaba con pensamientos mórbidos. La culpa siempre había estado ahí. Culpa por no haber podido hacerle feliz en sus últimos días. Culpa porque ella hubiese debido hacer algo diferente. Culpa de que hubiese sufrido una muerte violenta. Su padre se había merecido más que un final casual en el arcén de una carretera.

Y ahora, ahí en la puerta, había un hombre. Vivo. Tan robusto como lo había sido siempre. *Logan Keats*. Pero vestido de otra manera. No como su padre, sino vestido para este mundo. Una capa larga retirada de los hombros. Armas colgadas de sus caderas. Una espada descansaba contra su espalda como si de verdad supiese qué hacer con ella. En lugar de mocasines o chanclas, llevaba botas de caña alta. El hombre la miraba como si fuese una visión extraña, un segundo sol en el cielo, asombroso y aterrador al mismo tiempo.

Bristol había recorrido océanos, montañas y mundos enteros para llegar hasta él. Lo había arriesgado todo por ese momento, pero, inexplicablemente, no podía moverse. ¿Era aquello solo otra ilusión? Había habido tantas ya…

Y entonces él abrió los brazos para ella, igual que lo había hecho siempre; daba igual si tenía cuatro años, doce o veinte. Eso fue lo único que hizo falta. Bristol corrió a los brazos de su padre.

—Brije —susurró él con la voz quebrada y la cara oculta en el pelo de su hija mientras la abrazaba con fuerza.

—Papi —farfulló ella mientras se aferraba a él con la misma desesperación, enterrando la cara en su pecho.

—Todo irá bien —susurró él—. Estoy aquí.

Cuando estaba entre sus brazos, Bristol volvía a ser una niña, se sentía a salvo. La voz de su padre la tranquilizaba, le hacía creer que todo iría bien.

Pero entonces él se apartó y la agarró del brazo. Echó un vistazo hacia el otro lado del valle con sus ojos de lince, en busca de amenazas, antes de llevarla dentro del granero. Un polvoriento rayo de luz entraba por un agujero en el tejado de paja para iluminar el espacio entre ellos.

—¿Qué estás haciendo aquí? —Había un filo inesperado en su voz.

—Me enviaste una nota —repuso dubitativa.

—No, me refiero a en *este* mundo. En Elphame.

—Willow me dijo que no estabas muerto. Que vio cómo unos trows te atrapaban. Hice un trato con la Nación Danu para poder venir aquí a buscarte y ayudarte con cualquiera que sea el problema en el que estás metido. Estoy aquí para llevarte a casa.

—¿Qué?

Bristol no vio el alivio que había esperado. Ni la felicidad. ¿Qué le pasaba a su padre?

—Siempre supimos que mamá y tú estabais huyendo de algo —explicó—. Después de que Willow me contase lo que había visto, pensé que los trows por fin te habían encontrado. Willow dijo…

Su padre giró en redondo al tiempo que pasaba con violencia los dedos por su pelo y bufaba.

—¡Bristol! ¡No!

—¿Qué pasa?

Se giró hacia ella de nuevo.

—No estaba huyendo de los trows. Necesitaba su ayuda para venir aquí. Me ayudaron a fingir mi muerte y me trajeron a través de un portal.

La cabeza de Bristol daba vueltas, como si acabase de chocar con una pared y se hubiese quedado sin sentido, como si la presión del universo entero acabase de cambiar. Le pitaban los oídos. «¿Fingir su muerte?». Las palabras no lograban registrarse del todo. Eran arena que caía por un acantilado empinado. Sintió que ella misma resbalaba, junto con esas palabras imposibles.

«¿Había fingido su propia muerte?».

Ella solo veía la muerte verdadera, la muerte con la que había vivido todo ese tiempo. Veía al *sheriff* de pie en su porche, el sombrero en la mano, la voz temblorosa. Veía la funeraria, los bancos llenos, la urna de cenizas en el centro, la urna que ella había tenido que llevarse a casa y depositar en una balda en el taller de su padre. Veía el monumento funerario al borde de la carretera con las flores de seda descoloridas, y veía las facturas que tanto les había costado pagar, mientras Cat y ella trataban de ser no solo hermanas sino también padres para Harper. Se le heló la sangre y se le entumecieron los dedos; su voz era apenas un susurro.

—¿Quieres decir que… nos hiciste creer a propósito que estabas muerto?

—Brije…

El calor volvió a ella como un tsunami y su voz cobró vida de nuevo, mientras las palabras de su padre por fin la alcanzaban como un bofetón en plena cara. Le dolía hasta el último centímetro de su ser.

—¡Para! ¡No soy tu Brije! ¡Soy tu hija, que ha estado llorando tu muerte todos estos meses! ¿Cómo pudiste hacernos esto? ¿Tienes

alguna idea de cómo han sido nuestras vidas? ¿Cómo pudiste…?

—¡Bristol! —gritó él—. ¡Deja que te lo explique!

Pero ella no había terminado todavía.

—¿Explicar qué? ¿Las penurias por las que tuvimos que pasar por tu culpa? ¿La tristeza? ¡Hemos pasado un infierno! ¿Hay algo que sea verdad sobre ti? ¡Jasmine me contó que te había criado y luego te habías marchado sin decir adiós! ¿Es eso lo que les haces a todas tus familias? ¿Abandonarlas?

Los ojos marrones oscuros de su padre, capaces de arrojar hechizos, centelleaban, y una sombra de fatiga se instaló debajo de ellos.

—*Por favor* —insistió, con una voz tan baja y rota que a Bristol le dolieron todos los músculos del cuerpo—. Deja que te lo explique —suplicó de nuevo.

Bristol bajó la voz, pero eso solo la hizo sonar más amarga.

—Me has mentido durante toda la vida. Familias de acogida. Tus razones para huir. Nos lo ocultaste todo. ¿Por qué habría de creerte ahora?

Algo en el interior de Logan Keats se desmoronó. Como si sus huesos se hubiesen partido y encogido. Se tambaleó hasta una carretilla volcada y se sentó, demasiado débil para aguantar en pie. Tenía el mismo aspecto que después de morir la madre de las chicas, cuando oleadas de dolor le robaban las fuerzas.

Su pecho subía y bajaba con respiraciones controladas, mientras forcejeaba con algún tipo de demonio en su cabeza. Por fin levantó la vista.

—No te culpo, Brije. Comprendo por qué estás enfadada, pero todo lo que hice, lo hice para proteger a mi familia, y volvería a hacerlo otra vez. Os quiero a todas más que a la vida misma. Tienes que saberlo. No quería perderos a ninguna. Si me das la oportunidad, te prometo que te contaré toda la verdad. Toda ella esta vez.

¿Podía hacerlo siquiera? Bristol notaba las entrañas en carne viva, mientras trataba de comprender cómo podía haber fingido su

muerte, la crueldad de todo ello. «Os quiero a todas más que a la vida misma».

Y aun así, Bristol sabía que eso era verdad. Siempre lo había sabido, siempre lo había oído en su voz, lo había visto en sus ojos y en sus acciones. *Quería* a su familia. Pero ¿el amor era suficiente? ¿Era una excusa lo bastante buena para lo que había hecho?

¿Quería Bristol sus respuestas siquiera? ¿Había abandonado a sus hijas pero las quería? Nada de aquello tenía sentido. «Fingió su muerte». Estaba atrapada en un dilema matemático, un lugar en el que dos más dos ya no daban cuatro, un dibujo de Escher en el que las escaleras solo te hacían dar vueltas. No había ninguna vía de salida. Ninguna lógica.

Él la miró. Afligido. Desesperado. Eso al menos no era fingido.

Bristol asintió a regañadientes, enderezó una banqueta de ordeñado y se sentó a escuchar.

Su padre se inclinó hacia delante, con los codos apoyados en los muslos y las manos cruzadas delante de él.

—No quería dejaros de ese modo —explicó—. Hacerlo me destrozó, lo juro, pero mi muerte tenía que ser creíble. Era la única manera de manteneros a salvo. Vuestra aflicción tenía que ser creíble, u os hubiese puesto a todas en peligro. Y para ser sincero, no estaba seguro de que fuese a conseguir volver. Iba en busca de vuestra madre. Tenía que…

Bristol hincó los dedos en su cuero cabelludo: la desesperación y la frustración se apoderaron de ella otra vez.

—*Mamá está muerta* —gimió—. ¿Por qué no puedes aceptarlo? Nos abandonó y está muerta. ¿Cuántas veces tengo que decírtelo? Tú mismo identificaste su cuerpo.

Una risa inesperada brotó por la garganta de su padre, y Bristol se preguntó si se había vuelto loco de verdad. Eso explicaría las sombras bajo sus ojos y su idea de que debía ir en busca de su mujer muerta. ¿Seguía atascado en algún tipo de mundo retorcido por el dolor? Pero entonces, igual de deprisa, la alegría de su padre se volvió afilada, su astucia recuperada, y una diversión de otro tipo

iluminó sus ojos.

—No te ha hablado de nosotros. De quién era ella, ni quién era yo, ¿verdad?

—¿Quién?

—El príncipe de Danu. Tyghan.

—Quieres decir el rey.

—Ahora lo es. Entonces no lo era.

A Bristol se le puso la carne de gallina.

—¿Le conoces?

Su padre asintió.

—Mejor que la mayoría.

—Pero tiene solo veintiséis años, y tú llevas…

La voz de Jasmine se estrelló contra ella. «El tiempo en Feera puede transcurrir de un modo bastante distinto al del mundo mortal». Las palabras la golpearon con una claridad nueva, y de repente las escaleras giratorias tenían sentido.

—Me fui hace unos seis meses, quizás siete —dijo su padre—, cuando tenía veinticinco años. Al menos, aquí solo ha pasado ese tiempo. En nuestro mundo, llevo una vida entera ausente. Durante todos esos años no huía de los trows. Huía de Tyghan, que envió a un ejército de cazadores para encontrarme.

A Bristol se le quedó la boca seca. Sabía lo que iba a decir a continuación, *cómo* conocía a Tyghan, pero no quería oírlo. Su mente ya estaba intentando recular de sus siguientes palabras, pero era demasiado tarde. Su padre expresó la peor pesadilla de Bristol.

—Hubo un tiempo en el que éramos como hermanos —dijo—. Tyghan era mi mejor amigo.



CAPÍTULO 98



Kasta y los otros oficiales volvieron a lanzarle a Tyghan una segunda mirada larga.

Lucía tan frío y metódico como un reloj, sus movimientos eran precisos e implacables.

Había cambiado durante esos últimos meses, como si estuviese intentando encontrar una versión nueva de sí mismo. Kasta pensaba que esa versión le pegaba. Avispado. Seguro. Vengativo. Un comandante de caballeros.

—¿Ahora? —preguntó Kasta solo con los labios.

Él respondió con un único asentimiento y se llevó un dedo a los labios. «Silencio». Entonces se volvió invisible y todos siguieron su ejemplo, antes de salir de la protección del bosque y abrirse en abanico alrededor del granero hacia los puestos que les habían asignado. Lo rodearon por completo.

Tyghan ya había dado las órdenes. Debían esperar a que alguien emergiera. Nadie había dicho nada, pero se sobreentendía: ninguno de ellos estaba seguro ya de en qué lado jugaba Bristol. Un encuentro secreto con su traicionero padre sembraba dudas en todos ellos. Habían cubierto todas las contingencias y Tyghan no había dejado nada al azar. Había dicho que si Bristol emergía con su padre, debían agarrarla a ella antes de que pudiese hacerlo su padre.

«¿De verdad crees que le haría daño a su propia hija?», había preguntado Cully.

Tyghan se había limitado a responder con una mirada fría y muerta. Cully había entendido el mensaje. Mira lo que Kierus le había hecho a su mejor amigo. Era capaz de cualquier cosa.

Si Bristol salía sola, debían quedarse donde estaban e invisibles hasta que se marchara y estuviese fuera de la vista. Solo entonces debían entrar. No quería que Bristol supiera que la habían seguido hasta el valle, ni que le habían tendido una trampa a su padre. Cully la seguiría a ella para asegurarse de que volvía directa al palacio. Una vez que los otros fuesen a por Kierus, debían matar a cualquiera que estuviese con él, pero bajo ningún concepto debían matar al propio Kierus. No se iría de rositas con tanta facilidad.

Kasta se alegraba de ello. Al igual que Tyghan, ella también había querido a Kierus. Le había creído, había creído *en él*, pero había pagado un alto precio por esa creencia. Y ahora quería que Kierus también lo pagara caro. Un precio que no le dejase descansar nunca más.



Antes de ocupar su puesto, Tyghan se acercó a August, que mordisqueaba la rama baja de un majuelo. El animal se sobresaltó al percibir su presencia aunque no pudiera verle.

—Inútil saco de huesos de perro —susurró Tyghan cerca de su hocico sedoso—, ¿Me traicionas a cambio de una manzana? —August respondió con un resoplido culpable—. La llevarás directa de vuelta al palacio, sin importar lo que te diga. ¿Lo has entendido?

El dorso de August se estremeció y dio un *latigazo con la* cola por el aire.

Lo entendía.

Tyghan ocupó su puesto cerca de la esquina del granero, y los segundos duraron horas. El sudor rodaba por su espalda. «¿Y si

Bristol se resiste?». Todavía no sabía lo que haría en ese caso.



CAPÍTULO 99



Bristol se echó hacia delante, se agarró la cabeza con las manos. Un sabor amargo se extendió por su lengua, y clavó los ojos en sus botas. En la tierra debajo de ellas, una imagen giratoria le mostró los horrores del estudio de Tyghan. Las marcas garabateadas en las paredes. Los cristales rotos. Las velas derretidas. La locura.

«*Eramos* como hermanos».

Su padre era el que había apuñalado a Tyghan con la daga de demonio. Él era el mejor amigo traidor. Su padre, *el caballero*. El que había vivido en ese mundo hasta hacía muy poco. Bristol supo entonces por qué se había marchado de Elphame sin despedirse de Jasmine y de sus tías. Las tías habían sabido desde el principio quién era y sus razones para marcharse. *Igual que* Tyghan.

A Bristol le tiritaban los hombros, los notaba congelados, y no sentía los dedos. Estaba en el noveno círculo del infierno de Dante. Y su padre la había conducido hasta ahí.

«Grita».

«Llora».

«Haz algo».

Pero no podía. No quedaba nada dentro de ella. Había estado persiguiendo trows cuando debería haber estado persiguiendo otra cosa. O no haber perseguido nada de nada. Cuando debería haberse

quedado en casa con sus hermanas. En casa, donde una garrapata en su espalda hubiese seguido siendo una inocente marca de nacimiento con forma de mariquita.

—Eres el que le apuñaló —murmuró, dando voz a su pensamiento.

—Te lo contó.

Bristol negó con la cabeza.

—No te nombró. Solo dijo que había sido su mejor amigo.

—No quería hacerlo, pero no me dejó otra opción. No pude hacerle cambiar de opinión. Iba a matar a tu madre.

Sus acusaciones se estaban volviendo más demenciales por momentos.

—¿Por qué iba a querer matarla?

—Porque… —Hizo una mueca, como si no quisiera decirlo.

—Me prometiste toda la verdad.

La miró. Sus ojos eran un oscuro pozo sin fondo.

—Tu madre… Hay quienes la conocen como la bestia de las Tierras Oscuras.

La siguiente pregunta de Bristol se marchitó en algún lugar en su interior, perdida. El granero, el suelo, todo se convirtió en una neblina oscura. El suelo iba y venía a sus pies, *una* marea borrosa que rodeaba sus tobillos, sus rodillas. Se estaba ahogando. El agua subía más allá de su barbilla, de su boca, de su nariz. No iba a parar nunca. Aquello la superaba. Levantó la vista, observó cómo se movían los labios de su padre, salían sonidos por ellos, pero todo reverberaba en oleadas, surrealista, distante, como si nada de lo que oía fuese real.

Le contó el plan que habían trazado Tyghan y él juntos. Se habían enterado de que a la bestia de las Tierras Oscuras le gustaba tener amantes mortales. La labor de Kierus había sido seducirla y matarla, pero su plan se había torcido.

—Me enamoré de ella. No estaba planeado. Jamás tuve la intención de traicionar a Danu, pero ella no era lo que ninguno de nosotros pensábamos. Estaba atrapada en su mundo tanto como yo

estaba atrapado en el mío. Fue solo en esos días y semanas que pasé con ella cuando me di cuenta de que quería dejar todo esto. Los dos queríamos dejarlo. —Le contó a Bristol que los dos habían querido vivir vidas diferentes. Él había acudido ante el rey dos años antes para solicitar un permiso durante el cual poder estudiar arte de nuevo. El rey le había echado a carcajadas del salón del trono. Se había sentido avergonzado por haber podido plantearse siquiera una idea tan desquiciada—. Y tu madre, ella nunca había tenido la oportunidad de elegir ningún tipo de vida. Un horror se había sucedido tras otro. Tenía solo dieciséis años cuando Kormick la encontró en el bosque, encadenada a un poste.

—¿Kormick? —El nombre fue como una ráfaga de viento y la neblina de Bristol se esfumó.

—El rey de Fomoria —aclaró él—. Los tíos de tu madre le explicaron al rey que la chica no hacía más que fugarse, que creaba portales para escapar. Por eso la habían encadenado. Ellos veían sus portales como un desafío y un tipo de magia malvada, por lo inusual que era. Kormick lo vio como una oportunidad. Les dio una bolsa llena de oro y les dijo que él les quitaría el problema de las manos. Pero tenía otros planes para ella.

Kierus explicó que Kormick la trataba bien, al menos comparado con sus tíos y primos, que la aterrorizaban, y que su madre le consideraba su salvador. Durante un tiempo, Kormick le dio una educación (artes, idiomas, literatura) y le enseñó magia. Le proporcionó los vestidos más elegantes, sirvientes para atenderla, tutores, sus propios guardias personales, y jamás le pegó, como habían hecho sus tíos.

—Y lo más importante: le dio poder, en dosis comedidas. La sedujo con sus propias fragilidades y miedos. Mantuvo las cicatrices frescas. Las primeras víctimas de tu madre fueron sus tíos. ¿Qué mejor manera de ayudarla a controlar sus pesadillas que dejar que ella misma se convirtiera en una?

Luego le contó que, a cada día que pasaban juntos en la cabaña, el agarre de Kormick sobre ella se atenuaba y su amor mutuo crecía.

—Planeábamos marcharnos cuando nos encontró Kasta.

—¿Kasta fue la primera en encontraros?

—Sí. Le supliqué que se fuera, que nos diese a tu madre y a mí una oportunidad de marcharnos juntos. Y lo hizo. Pero apenas unos minutos después, cuando nos preparábamos para partir, Tyghan también nos encontró. Le pedí lo mismo. Que se marchara. Que nos dejara ir. Le dije que estábamos enamorados. Pero él no quiso escuchar. Me planté delante de él, intenté bloquearle el paso, pero él desenvainó su espada y afirmó que ella me había embrujado. Luego se dirigió hacia la cabaña. Yo ya había vendido mis armas, y la única que tenía era el cuchillo de tu madre. Y lo usé, pero no para matar. Solo para ralentizarle. Llegado ese momento, huimos, y llevamos huyendo desde entonces. Hasta ahora.

—Mamá es la bestia de las Tierras Oscuras.

—Así es como la llaman, pero no es…

—Está viva. Estás seguro. *Ella es* la bestia de las Tierras Oscuras.

Kierus asintió y le contó a Bristol cómo había acabado con ese nombre, le habló de la vida de su madre en el bosque de las Tierras Oscuras. Sus padres eran tejedores de renombre que vendían sus mantas y chales en las aldeas locales. Los mataron en un ataque de los goblins cuando ella tenía once años. Los holgazanes de sus tíos se lanzaron como aves de rapiña sobre lo que había quedado de ellos. Reclamaron la casa de sus padres. Y también a ella.

—Pero mamá nos abandonó para venir aquí —objetó Bristol, casi como una pregunta.

—No tuvo elección. Kormick nos localizó en Bowskeep y no hubo forma de zafarse. Sus guerreros se infiltraron por todo el pueblo. Conocían cada paso que daba nuestra familia. Sabían dónde estabas tú también, a más de ciento cincuenta kilómetros de distancia. —Explicó que Kormick la quería de vuelta y que estaba decidido a conseguirlo. Que ella había roto su juramento de servirle y tenía una gran deuda que pagar. Kormick le prometió que si regresaba con él por voluntad propia, no implicaría a su familia—. Tu madre no estaba segura de lo que significaba eso, pero era más de lo que podía

soportar. Se negó a correr el riesgo y luchar contra él. Había jurado que las vidas de sus hijas serían diferentes a la suya, así que hizo un trato con él… y yo tuve que aceptar no seguirla. Tu madre lo sacrificó todo para mantenernos a salvo.

—Esa fue la pelea que tuvisteis el día que se marchó.

Kierus asintió.

—Yo quería buscar otra manera de hacerlo, pero ella ya había tomado una decisión.

Bristol recordó lo que le había contado Cat sobre cómo se había despedido de ellas con un beso. Su madre había sabido que no regresaría nunca. Se había marchado para salvarlas a ellas.

—¿Y exactamente cómo crees que vas a traerla a casa? ¿Piensas llamar a la puerta de Kormick y pedir hablar con ella? Se suponía que no ibas a seguirla.

—Tengo un plan.

Explicó que, cuando se conocieron, ella le había hablado de una cabaña abandonada a orillas del río Runic, no muy lejos de su hogar original. Iba allí para estar sola, por lo general en días de mercado, como si eso fuese a aportarle a su estancia algún tipo de magia adicional. Kormick guardaba un telar para ella allí, un recuerdo de su casa después de que hubiera matado a sus tíos. Allí practicaba su arte tejiendo, y hacía esfuerzos por recordar las mantas que sus padres solían hacer, para intentar recrearlas.

«Después de que matara a sus tíos». Una mención de pasada, como si la gente matase a sus parientes todos los días. Esa era la familia despreciable de la que su madre se negaba a hablar.

Bristol recordó el clic, clac, clac de la lanzadera volando adelante y atrás por el telar de su madre, el chasquido del palo de recogida, el chirrido de los pedales. Era como un instrumento musical. Eso era lo que veía Bristol en la cara de su madre mientras trabajaba: una canción que intentaba recordar. En ocasiones ladeaba un poco la cabeza, como si hubiese encontrado una nota, después el traqueteo enfervorizado otra vez, como si intentase encontrar otra.

—Me dijo que intentaría encontrar una manera de volver con

nosotros, pero a medida que pasaron los meses supe que Kormick le había hecho olvidar.

—¿Está bajo algún tipo de hechizo?

Su padre negó con la cabeza, dubitativo.

—No exactamente. La influencia de Kormick lo consume todo. Es un semidiós poderoso. Sus palabras se convierten en el aire que ella respira, retuercen y hurgan en sus pensamientos. Él le recuerda de dónde vino y a dónde podría volver. Aumenta su miedo y su ira, después la consuela cuando cede a su voluntad. Él pinta a todo el mundo como un enemigo potencial, pero le recuerda a tu madre el poder que tiene en las puntas de los dedos para hacer que el miedo y el dolor desaparezcan. Ese poder es una droga aturdidora para ella. Puede controlar a legiones enteras de demonios, en lugar de lo contrario.

Bristol recordó cómo Mick había apaciguado sus propios miedos en aquellos días posteriores a la supuesta muerte de su padre, el magnetismo que había poseído. El timbre de su voz había sido casi hipnótico, y las partes rotas en su interior habían parecido casi arreglarse durante esos encuentros. Bristol había perdido la perspectiva y no había sido capaz de ver cómo la estaba utilizando, hasta que él se fue.

—Es todo culpa mía —continuó su padre—. Me volví autocomplaciente. Débil. Demasiado pagado de mí mismo en el mundo mortal, convencido de que podía razonar con cualquiera. Que podía engatusar a los pájaros para que salieran de los árboles. Cuando Harper suplicó que nos quedásemos en Bowskeep, pensé que también podía hacer su deseo realidad. Que podíamos quedarnos y estar a salvo. Pero tuvo un precio que yo me negué a ver venir. Tu madre me lo había advertido.

Se inclinó hacia delante para enterrar la cara entre las manos.

—Ella me ha dado todo lo verdadero y precioso que tengo en la vida. No puedo darle la espalda ahora. No se lo merece. —Sus últimas palabras salieron estranguladas y pugnó por recuperar la compostura.

Era como verle llorar en las escaleras después de que su madre se marchara. A Bristol se le cayó el alma a los pies y esos días de dolor y tristeza volvieron con toda su fuerza. Deseó haber llorado al menos por su madre.

—Papá. —Se levantó de su banqueta de ordeño—. La encontraré. La traeré…

Su padre levantó la cabeza a toda velocidad.

—¡No! No puedes…

—Kormick no me da miedo. Iré con ella…

—Es tu madre la que debe darte miedo. Ya te lo he dicho, Kormick utiliza su poder para hacerla olvidar. Puede que ni siquiera te reconozca. Por eso tengo que ir yo. Conseguí llegar hasta su corazón la primera vez. Puedo hacerlo de nuevo. Tú debes irte a casa. Hoy. Para eso te he…

—No pienso ir a ninguna parte —afirmó Bristol con convicción—. Le hice una promesa a Danu.

La voz de su padre bajó de tono, se volvió amarga.

—No les debes nada.

—Me quedo —repitió—. Es mi decisión.

Su padre se quedó ahí de pie y la miró con suspicacia, con los labios apretados en esa dura línea Keats.

—¿Te refieres a que le has hecho una promesa a Tyghan? Es por él, ¿verdad? ¿Te ha llevado a su cama?

A Bristol se le encogió el estómago como si le hubiesen dado un puñetazo.

—Eso no tiene nada que ver con esto.

Su padre soltó una maldición y apartó la mirada.

—¿Es que no lo ves? Lo ha hecho como venganza. Te está utilizando para hacerme pagar a mí, y la cosa solo va a empeorar.

—No. —Bristol negó con la cabeza—. Las cosas no son así entre nosotros. Yo le importo, aunque, como es obvio, está sufriendo. Le apuñaló su mejor amigo. ¿Tienes alguna idea de lo que eso le hizo?

—*¿A él?* ¿Tienes tú alguna idea de lo que me hizo a mí? En una décima de segundo tuve que elegir entre dos personas a las que

quería. Elegí a tu madre. Y jamás me arrepentiré de ello.

A Bristol se le paró el corazón.

Su madre. Tyghan había intentado matar a su madre.

Pero el mundo que su madre había liberado casi había matado a Bristol. Y había matado a otros muchos. Muchísimos. Recordó al lord que se había venido abajo en el salón del trono, al que los muertos vivientes le habían arrebatado a su hijo. Le palpitaba la cabeza. ¿Quién era el que más había sufrido? ¿Tyghan? ¿Su padre? ¿Su madre? No podía desenmarañarlo todo. Ahora no. Quizás no pudiese hacerlo nunca.

—Ahora me voy a marchar, para intentar arreglar de alguna manera todo este lío. Sea como sea que vinieras aquí, encuentra la misma manera de volver a casa. Vuelve, papá. Cat y Harper te necesitan.

Bristol intentó pasar por delante de él de camino a la puerta, pero él la agarró por los hombros.

—¡Brije, yo conozco este mundo! Es peligroso e implacable. Lo recorrí durante años como un caballero poderoso. Tú no. No quiero tener que preocuparme también por ti. Necesito que te vayas a casa y…

Bristol se soltó de un tirón y retrocedió, sin apartar la mirada de él. «Un caballero poderoso». Había recibido tantos golpes tan deprisa, que lo estaba asimilando todo despacio y en desorden.

—Tú ibas a matar a mamá.

Ahora fue el que parecía haber recibido un puñetazo.

—Esa era mi intención, sí —admitió—, pero ya te he dicho que cambié de opinión.

—¿Has matado a otras personas?

—Ya no soy esa persona. Lo sabes.

—Responde a mi pregunta. ¿Lo has hecho?

Su apuesto rostro se ensombreció con una respuesta que no quería dar. Asintió.

—Sí, he matado a muchas. Era un caballero al servicio del rey. Hacía lo que me decían.

«Muchas».

Bristol no preguntó cuántas. No quería saberlo.

Una enorme parte del padre al que quería era un desconocido para ella.

Bristol notaba cada centímetro de su ser apaleado, laxo, como si fuese una muñeca de trapo de la que un niño hubiese tirado en todas direcciones, desgarrada más allá de toda posibilidad de arreglo. Parte de su dolor era por su padre, atrapado en algo que escapaba de su control, pero tampoco era una persona inocente en eso. Había hecho sus elecciones, incluida la de insertar una garrapata en la espalda de un bebé. Bristol sacudió la cabeza.

—No voy a dejar esto en tus manos. Esta vez no. Tomaré mis propias decisiones y haré lo que tenga que hacer. Vete a casa.

Aunque sabía que no se iría. ¿Cómo podías salvar a alguien que no quería ser salvado? ¿Alguien que había fingido su propia muerte para estar ahí? Pero mientras se dirigía a la salida, él dijo su nombre una vez más, una súplica, y Bristol oyó el amor desesperado entrelazado en cada sílaba. Eso le arrebató la poca fuerza que le quedaba y apenas veía por dónde iba cuando salió tambaleándose por la puerta.



CAPÍTULO 100



La puerta del granero se abrió y Bristol salió por ella. Sola. Tyghan soltó un suspiro de alivio. Pero entonces se preguntó qué estaría pensando. Estudió su cara en busca de pistas, pero su semblante lucía inexpresivo, como si estuviese en un trance. Incluso sus pasos eran apáticos.

¿Qué le había hecho Kierus? Fue directa hacia August, levantó los brazos y agarró la montura, pero en lugar de subirse a ella, se dejó caer contra el faldón, la cara enterrada en los brazos. Quieta. Callada.

A Tyghan se le cayó el alma a los pies. Jamás la había visto así. Desmoronada. Ni siquiera durante los entrenamientos cuando resultaba herida. En lugar de eso, siempre continuaba adelante, ocultaba cualquier dolor que sufriera. Hacía un comentario ingenioso. Hablaba deprisa. Contestaba de malos modos. Se enfadaba. Se hacía la listilla. Su pura cabezonería retorcía algo en su interior para convertirlo en hierro. En ese momento, sin embargo, no estaba haciendo ninguna de esas cosas.

Tyghan sabía que los demás también la estaban observando. Preguntándose lo mismo que él.

¿Qué le había contado Kierus?

¿Todo? Al menos su versión.

Por fin se enderezó, se secó las mejillas y tiró con suavidad de la

crin de August para que se agachara un poco. Luego se montó en su enorme dorso. Una vez instalada en la montura, se giró unos segundos más hacia la puerta del granero, como si pugnase con un último pensamiento. O como si esperase a alguien… Pero cuando hizo girar a August hacia la salida del valle, Tyghan vio sus ojos, ya no aturdidos sino ardientes y brillantes. Bristol apretó los talones contra los costados de August y salieron disparados por el valle.

En cuanto estuvo fuera de la vista, toda la atención de Tyghan volvió al granero, fría y aguda, y con cada paso que daba hacia la puerta, se iba quitando el velo que le ocultaba a la vista. Cuando se encontrase con Kierus, sería cara a cara. No se molestó en caminar con cuidado, ni se preocupó por las ramitas que se partían bajo sus botas. No le importaba que Kierus le oyera llegar. No tenía ningún sitio a donde ir.

Cuando Tyghan abrió la puerta, Kierus estaba solo, esperando y preparado. Había oído a Tyghan acercarse y ya había desenvainado su espada.

Tyghan, en cambio, no desenvainó la suya. Podía levantar una mano y enviar a Kierus volando hacia atrás a través de la pared del granero. Se fijó en los anchos brazaletes repujados que llevaba Kierus, sin duda con hechizos grabados para desviar la magia. También tenía tres cinturones de combate alrededor de las caderas y del hombro, todos con discos de metal engastados, todos forjados con gran destreza. Y todos caros. El tipo de amuletos y hechizos protectores que creaban los hechiceros más formidables. Kierus tenía aliados ricos y poderosos, pero aunque la cosa se redujese a espada contra espada, tenía pocas posibilidades. Sin embargo, Tyghan no le quería muerto. Ni siquiera le quería inconsciente. Esta vez habría palabras entre ellos.

Sus ojos conectaron, y esa parte fue dura, ese reconocimiento momentáneo de cosas pasadas, la historia entre ellos, seguida de la puñalada rápida y dolorosa del presente y de todas las cosas incalculables que habían perdido. Era un equilibrio discordante que los sacudió a ambos, aunque no estuviesen dispuestos a mostrarlo,

con sus miradas conectadas mientras los dos se observaban en silencio.

—Hola, Kierus —dijo Tyghan al cabo de unos segundos. Se fijó en las finas arrugas alrededor de los ojos de Kierus, en el asomo de gris espolvoreado por su espeso pelo negro, la arruga tallada entre sus cejas. *Veintitrés años*. Por supuesto que había envejecido, pero aun así el cambio sorprendió a Tyghan. En su cabeza, excepto por un puñado de meses, los dos seguían teniendo la misma edad y no había pasado nada de tiempo. No obstante, no era solo el aspecto físico de Kierus lo que había cambiado. Transmitía también un aura diferente. *Marido. Padre*. Cosas que Tyghan todavía no había experimentado. Era difícil decir con precisión cómo se reflejaba, pero él lo veía, un tipo de peso diferente sobre los hombros de Kierus, en sus ojos. En cualquier caso, la confianza, el magnetismo que siempre había rodeado a Kierus, todo eso seguía ahí. En ciertos aspectos, no había cambiado en absoluto.

—Tyghan —respondió—. Veo que estás bien.

Tyghan sonrió.

—¿Así es como estoy? ¿Bien? Pues no es gracias a ti.

—Vamos. Fue solo una puñalada pequeña. Podría haberte matado con facilidad y lo sabes. No me llamaban el Carnicero de Celwyth por nada. Sé cómo manejarme con un cuchillo. Y con un cuerpo. Solo quería ralentizarte.

—Para seguir adelante con tu vida.

—En efecto. Y no me arrepiento de ello.

«Dentro de mil años, te arrepentirás», pensó Tyghan.

—¿Y tú qué, Tyghan? Tampoco debes arrepentirte. Después de todo, te estás tirando a mi hija. —Kierus era el maestro de las pullas, aunaba una sonrisa con un golpe destinado a desequilibrarte.

Tyghan ni pestañeó antes de responder con una insinuación hiriente.

—Sí, me la estoy tirando. Y tampoco me arrepiento de ello. —Kierus cambió su peso, levantó la espada. Tyghan había encontrado la astilla bajo su piel. Presionó un poco más fuerte—. También le

estoy haciendo otras cosas. ¿Te describo…?

—¡Déjala en paz, Tyghan! ¿Me oyes? Ella no tiene nada que ver con esto.

—Demasiado tarde para empezar a actuar como el padre protector ahora, Kierus. Sé lo que le hiciste. He visto la garrapata. Ha crecido y ahora es del tamaño de un monstruo. Ella siente tal repugnancia que no puede ni mirarse su propia espalda. Eso es lo que *tú* le hiciste para salvar tu propio culo.

—Fue para proteger a toda mi familia. Para evitar que nos encontrarais.

—Claro, sigue diciéndote eso, coarta su magia a cualquier precio. Por suerte la encontramos nosotros antes de que lo hiciera Kormick. Tiene la marca de sangre, ¿lo sabías? Igual que su madre.

Kierus palideció.

«Igual que su madre». El rasgo era muy excepcional y solía saltarse varias generaciones, lo cual hacía que fuese imposible de rastrear o de predecir.

—No la utilices, Tyghan. No le hagas lo que Kormick le hizo a mi mujer. Te lo advierto…

—¿O qué, Kierus? ¿Qué harás?

Kierus reajustó la mano sobre su espada. Separó un poco los pies, pero entonces, uno por uno, los oficiales hicieron patente su presencia a medida que se despojaban de su invisibilidad. Le rodeaban por los cuatro costados, ansiosos por utilizar sus armas, con una ira glacial plantada en la cara.

—¿O sea que así va la cosa? —preguntó Kierus—, ¿Seis poderosos feéricos contra un solo mortal? ¿Tanto miedo te doy, Tyghan?

—Exacto, Kierus. Así va la cosa. ¿Sabes cuánta gente ha perdido la vida buscándote? Otros la arriesgaron para salvarte cuando no necesitabas salvación alguna. Y durante todo ese tiempo, ¿tú estabas conspirando con el enemigo?

—Ella no es el enemigo. Es mi mujer. La madre de mi hija, esa a la que ahora tú le estás haciendo *cosas*. Sabía que eras capaz de

mucho, pero nunca creí que cayeras tan bajo. Estoy aquí para llevarme a mi mujer a casa. Eso es todo. Esta vez, por el bien de todo Elphame, márchate. Puedo arreglar esto. Por favor, nunca quise hacerte daño. Te lo estoy pidiendo como amigo.

Tyghan sintió la fuerza de la palabra como un impacto repentino contra el costado.

—*¿Un amigo?* ¿Ese cuchillo resbaló sin querer dentro de mi estómago? *¿Un amigo?*

—Te dije…

—¡Era un cuchillo de demonio, Kierus! ¡Un jodido cuchillo de demonio!

Kierus frunció el ceño sin comprenderlo. O no quería hacerlo. Tyghan rabiaba con algo tan roto y vacío que apenas veía.

—Nosotros nos encargamos de esto a partir de aquí, majestad —intervino Kasta—. Podéis marcharos.

Y Tyghan lo hizo. Aún había muchísimas cosas que quería decir, que había planeado decir, pero lo único que pudo hacer fue dar media vuelta y alejarse de ahí.

—Divertios con él —les dijo a sus caballeros mientras se marchaba—, y después llevadle a palacio.

—¡No hagas esto, Tyghan! —gritó Kierus—. ¡No me des la espalda! ¡Te lo advierto! ¡No hagas est…!

Los gritos continuaron, pero Tyghan no paró de andar. Se alejó de ahí sin mirar atrás.



CAPÍTULO 101



La galería estaba tan callada como un depósito de cadáveres en medio de la noche. No parecía un sitio para comprar arte, y Cat y Harper entraron arrastrando los pies, las dos muy juntas.

—No estéis nerviosas —les susurró Sonja, al tiempo que giraba el cartel de la puerta para que dijese «Cerrado»—. Solo quieren haceros unas cuantas preguntas.

Las obras de arte habían pasado las pruebas, confirmadas por dos grupos de expertos. Los bocetos eran auténticos, dibujados por Leonardo da Vinci. Sonja condujo a las chicas a su pequeña oficina al fondo de la galería, donde dos hombres estaban sentados en sillas pegadas a la pared. Había otras dos vacías enfrente de ellos. Los hombres eran agentes del FBI, eso era indudable. El pelo muy corto, bien peinado, impecables trajes oscuros, corbatas bien anudadas al cuello, una roja, la otra azul.

Se presentaron con sendos apretones de manos firmes y nombres que Cat y Harper no registraron. Después empezaron charlando de naderías, comentaron el encanto que tenía Bowskeep y lo buena que estaba la empanada de Starky calle abajo, pero luego fueron directos al grano.

—Bowskeep es un lugar bastante inusual para que aparezcan obras de arte repentinas. Es un pueblo pequeño. ¿De dónde dijisteis que había sacado las piezas vuestra hermana?

—Yo no lo dije —repuso Cat.

—De una feria —aportó Harper casi al mismo tiempo—. Los bocetos estaban metidos entre las páginas de un libro viejo que compró.

—¿En qué feria?

—No estamos seguras. No nos lo dijo.

—¿Podemos ver ese libro?

—No, se lo llevó con ella.

—¿Y adónde ha ido?

—Dijo que iba a ver a una amiga.

—Tengo entendido que ya hace un tiempo que se fue. ¿Estáis preocupadas por ella?

—No.

—Nos gustaría hacerle unas cuantas preguntas. ¿Tenéis su dirección?

—No.

—¿Estáis intentando ocultar…?

—¡Ha ido al País de las Hadas a buscar a nuestro padre muerto! —espetó Cat—. ¡No hay ninguna dirección a menos que tengan alas! Así que olvídenlo.

Un asomo de sonrisa brotó en los labios de Sonja, que le ofreció a Cat un asentimiento furtivo.

—Caballeros, creo que estas señoritas ya les han dicho todo lo que saben. Y puesto que no había ningún registro de estos bocetos en primer lugar, apenas pueden considerarlos robados. Si tienen más preguntas, estoy segura de que su abogado podrá ayudarles. Su oficina está justo encima del local de Starky. El de la empanada tan rica. No deberían tener problema para encontrarlo.

Los hombres tomaron unas cuantas notas más, y uno arqueó las cejas mientras escribía y susurraba:

—La hermana está en el País de las Hadas. No hay dirección.

En cuanto se fueron, Harper se volvió hacia la galerista.

—¿Bri está metida en un lío? —preguntó.

—No —repuso Sonja con énfasis—, aquí no, al menos. Pero hace

mucho que se marchó. ¿Sabéis de verdad dónde está?

—En el País de las Hadas —repitió Cat.

—Está bien —añadió Harper.

Sonja sonrió y pasó los brazos alrededor de los hombros de las jóvenes, sin dejar de preguntarse por la desaparición de Bristol, pero si ninguna de sus hermanas estaba preocupada, ella también intentaría no estarlo.

—Muy bien. Vamos. Ha sido un día largo. Os invito a un poco de ganache fundido en Starky.



CAPÍTULO 102



Bristol no sabía qué hacer consigo misma. Nunca había sentido tantas emociones a la vez. Ira, aflicción, vergüenza, dolor. Para cuando llegó de vuelta al palacio y dejó a August en su cuadra, sus pensamientos descarriados habían dado tantas vueltas que habían escapado de su control.

«Me ayudaron a fingir mi muerte. Vuestra aflicción tenía que ser creíble».

«¡Lo fue!», chilló en su cabeza. «¡Nuestra aflicción fue real!». Pugnó con la incredulidad de que su propio padre pudiese haberles hecho eso, pero entonces su justificación abrió su pecho en canal: «Era la única manera de manteneros a salvo. Tuve que aceptar no seguirla».

Hicieron un trato. Un trato con Kormick.

Mick había ido a Bowskeep a confirmar la noticia en persona. Había utilizado a Bristol para confirmar lo de la muerte de su padre. Había indagado, había hecho preguntas y después, durante todo el tiempo que había estado ahí, la había utilizado también de otras maneras. *Por Dios, ¡cómo la había utilizado!*

Con cada pensamiento nuevo, el cráneo de Bristol parecía comprimirse cada vez más, de una manera dolorosa. Continuó adelante dando tumbos, sin prestar atención a su camino.

«No quería apuñalarle».

«Iba a matar a tu madre».

Tyghan sabía quién era su madre. Quién era su padre.

Todos lo sabían. Era una conspiración de amplio espectro que había empezado allá en la posada de Willoughby. Le escocían los ojos de la furia.

Alargó una mano y utilizó una columna para estabilizarse. *Su madre*. La joven se había sentido tan traicionada porque su madre abandonase a su familia sin ninguna explicación. Bristol había sido la encargada de recomponer los trozos rotos de sus vidas, y había estado tan preocupada por el corazón roto de su padre, que no había podido ocuparse del suyo. No había habido tiempo para que ella hiciese su luto. «¿La querías?». Cuando Tyghan le había preguntado eso, Bristol ni siquiera había podido animarse a decir que sí. Un sollozo brotó de su garganta y la chica apretó la mejilla contra el mármol frío. «Mi madre». Se le retorció el pecho de la aflicción mientras se apartaba de la columna y se secaba el escozor de los ojos.

Tan solo un segundo después, dobló una esquina y se topó con Cully. El oficial se puso en el centro del sendero para bloquearle el paso.

—Quítate de mi camino —exigió Bristol.

Él separó aún más los pies en respuesta.

—Me han encargado escoltarte…

—No necesito escolta.

—Habías desaparecido. ¿Dónde estabas? —preguntó, como si hubiese llegado tarde a un entrenamiento. Bristol ya no era una recluta.

—A dónde voy no es el jodido asunto de nadie.

Cully echó los hombros atrás, como si tratase de salvar al menos algún resquicio de su autoridad.

—Robaste el caballo del rey. Eso lo convierte en asunto suyo.

—Como puedes ver, el caballo del rey está de vuelta en su cuadra. ¡Así que sal de mi vista!

—Pero…

Bristol sacó su cuchillo, porque Cully era tan cómplice como todos los demás. «Él lo sabía».

—¡Ahora! —le ordenó—. Déjame. En. Paz. —Se le quebró la voz en la última palabra, lo cual solo hizo que su ira ardiera aún más caliente.

Cully levantó las manos en señal de rendición y dio un paso atrás.

Bristol siguió camino abajo, sin tener muy claro a dónde quería ir. Sin tener muy claro si importaba. En cualquier caso, lo que sí tenía claro era que Cully aún la seguía a cierta distancia, siempre fiel a su deber.

El cerebro de Bristol saltó hacia su casa. Prácticamente le había prometido a Harper su final feliz. La culpabilidad se apoderó de ella; se dobló por la cintura y cruzó los brazos delante del estómago. Ansiaba abrazar a Cat y a Harper, lo deseaba con tanta fuerza que no podía respirar.

¿Qué estaba haciendo ahí siquiera? Había habido un momento en que lo había tenido muy claro, pero en ese instante estaba inmersa en una pesadilla bosquiana, pintada en un lienzo de monstruos y demonios, y su madre era uno de ellos.

Forzó al aire a entrar en sus pulmones y se enderezó despacio, para descubrir que estaba en la cima de la gran escalinata que daba al Patio del Sol. No había ni un alma, pues la mayoría de los feéricos aún estaban descansando antes de otra noche de parranda. Era un lugar solitario cuando estaba desierto, un gigante letárgico que esperaba una chispa de magia que lo trajera a la vida.

Bristol miró más allá del recinto del palacio, hacia la ciudad y las lejanas montañas, hacia ese mundo que había creído que empezaba a comprender. Había ido a Elphame con el único deseo de encontrar a su padre y respuestas. Había encontrado ambas cosas… y más de las que había querido saber nunca.

—¡Eh, hola! —Sashka la sorprendió por detrás, entrelazó el brazo con el de Bristol y tiró de ella escaleras abajo—, ¿Qué tal has dormido? Hemos quedado en las mesas del bufé. Las otras ya están

ahí. ¡Estamos hambrientas! —Bristol se tropezó en un escalón, pero Sashka fue rápida y la enderezó enseguida—, ¿Estás bien?

Bristol la miró, sin saber muy bien cómo contestar.

—No he dormido —dijo al fin.

—No me extraña que parezcas tan aturdida. Vamos a por un café. Ivy se asegura de que siempre haya una cafetera recién preparada ahí solo para nosotras. Tiene mucha mano por aquí. Al menos es lo que piensa Cully. «Ivy esto, Ivy lo otro». Da la impresión de que es la reina. Bueno, supongo que a ojos de Cully, lo es. Pero…

Sashka continuó con su cháchara, pero la mente de Bristol seguía atascada en las últimas dos horas, atrapada en un laberinto espantoso creado por Tyghan y su padre, peor que cualquier laberinto del campo de entrenamiento. «En una décima de segundo tuve que elegir entre dos personas a las que quería».

Una elección imposible. Aunque si no hubiese elegido lo que eligió…

—¡Ahí están! Parece que tenemos la corte entera para nosotras solitas. —Rose, Hollis y Avery estaban instaladas en un rincón cercano a las mesas del bufé. Justo cuando llegaban ellas, Julia se acercó desde la otra dirección para reunirse con todas. Su pelo, de costumbre bien peinado, colgaba en una masa enredada alrededor de sus hombros.

Sashka hizo una mueca.

—¿Qué te ha pasado? ¿Fuiste a montar uno de esos caballos desquiciados otra vez?

Julia se sobresaltó.

—No, solo había ido a dar un paseo. —Luego intentó desenredar los nudos a toda prisa con los dedos—. Me topé con un enjambre de duendecillos. Ya sabéis cómo les gusta el pelo. ¿Qué es todo esto? —preguntó, señalando hacia la mesa.

Ya estaba llena de bayas, tartaletas dulces y teteras.

—¡Sentaos! —les ordenó Hollis, aún vestida con su sedoso pijama rosa.

Rose lamió algo de azúcar en polvo de su labio superior.

—Sabíamos que vendríais, así que trajimos los platos favoritos de todas.

Para Bristol, todos los manjares no eran más que un borrón colorido.

—No ha dormido nada —explicó Sashka—. ¡Necesita un café lo primero!

—¡Voy! —repuso Hollis al instante. Levantó una jarrita con flores, sirvió una taza y le añadió crema, porque sabía cómo le gustaba el café a Bristol.

Bristol se sentó en una silla y Rose deslizó un plato de tartaletas de crema de frambuesa delante de ella.

—A lo mejor estas también te animan. —Cuando Bristol no hizo ni ademán de comerlas, Rose frunció el ceño—. Creía que eran tus favoritas. Puedo traerte otra cosa si…

—No, no. Las tartaletas están bien. —Bristol se llevó una a los labios y le dio un mordisquito para apaciguar a Rose.

Sashka continuó una historia que estaba contando sobre una carta que había recibido de su hermano mayor, en la que decía que se alegraba mucho de que ya hubiese hecho tan buenas amigas.

—En Fráncfort, no siempre era fácil hacer amigos. Allí no hay muchos feéricos y lo único que quería hacer cuando llegaba a casa era quitarme de encima el *glamour*. No es que utilizar el *glamour* fuese difícil, pero es como llevar un sujetador. Después del día entero con él, estás deseando colgar a ese petardo del pomo de una puerta.

Todas se rieron y Rose habló también de su familia. Estaban impacientes por reunirse con ella en Elphame e instalarse ahí.

—Están preocupados por mí, pero les he dicho que os tengo a todas vosotras. Que cuidamos unas de otras.

Avery les contó que su novio se quejaba en todas las cartas y no hacía más que preguntarle cuándo iba a volver a casa.

—Odio decirle que quizás no vuelva nunca. —Esa noticia propició un revuelo de preguntas sorprendidas—. Me gusta estar aquí —

explicó Avery—. Y Wynn y yo ya estábamos un poco raros.

—¿Y tus estudios? —preguntó Julia.

—Aquí también hay universidad. Y las granjas son alucinantes.

Bristol escuchó los planes de todas, sus esperanzas, pero dependían del resultado de la Ceremonia de la Elección y de quién gobernara Elphame al final. Todos esos planes que, en un mero abrir y cerrar de ojos, podían torcerse muchísimo…

—Le he encontrado —soltó de pronto—. He encontrado a mi padre.

Todas la miraron, confusas. Debería haber sido una noticia alegre. Para eso había ido ahí, y aun así, les resultaba obvio que Bristol estaba molesta.

—Es una gran noticia…, ¿no? —comentó Hollis, dubitativa—. ¿Dónde está ahora?

—Se ha vuelto a ir. En busca de mi madre. Cree que la va a encontrar en una cabaña abandonada a la orilla del río Runic.

Avery se atragantó con su sorbo de néctar y derramó un poco sobre la mesa.

—Pensaba que habías dicho que tu madre estaba muerta.

—Según él, está viva.

—¿Tu padre no está bien? —preguntó Sashka, al tiempo que se daba unos golpecitos en la sien.

Bristol recorrió la mesa con la mirada, como si las estuviese viendo a todas por primera vez.

—¿Sabíais desde el principio quiénes eran mis padres en realidad?

—¿A qué te refieres con «en realidad»? —preguntó Rose.

A Bristol le temblaba la voz mientras se lo contaba, como si estuviese desvelando un secreto oscuro que nunca estuvo destinada a conocer y desde luego nunca estuvo destinada a contar, como si estuviese confesando un pecado que ella no había cometido. Estaba enredada en algo feo con lo que ella no había tenido nada que ver, y todas las partes la habían convertido en una tonta ignorante en el proceso. Para cuando terminó, se había quitado de encima ese

aturdimiento turbio y su ira ardía con fuerza otra vez.

Se quedaron todas sentadas en silencio, tan afectadas por la noticia como ella.

—No, no lo sabíamos —susurró Hollis.

—Yo sí —intervino Julia. Todas las demás se quedaron mudas del pasmo—. Lo descubrí hace muy poco, pero no estaba segura de cuánto sabías tú, o cuánto querías que supieran los demás. Siento no habértelo contado.

Bristol negó con la cabeza.

—Supongo que todos hemos estado atrapados en una red de mentiras.

Sashka soltó el aire despacio.

—Todo esto es una mierda.

—En efecto, lo es —convino Bristol.

Sashka se estiró hacia ella para darle la mano.

—Pero no cambia nada entre nosotras. Seguimos siendo un equipo. —Las otras farfullaron palabras de aquiescencia.

—¿Los oficiales y el rey saben que lo sabes? —preguntó Avery.

Bristol negó con la cabeza.

—Todavía no. Pero están a punto de enterarse.



CAPÍTULO 103



Eris estaba sentado a la mesa del Consejo con Dahlia y Tyghan. Miraba al rey a la luz de la tarde que se filtraba por las altas ventanas de la cúpula. Tyghan estaba encorvado en su asiento, demasiado silencioso para el gusto de Eris, y había dejado de preguntar: «¿Dónde están?», perdido en sus pensamientos de nuevo, mientras deslizaba el pulgar por el reposabrazos de su silla. Ya les había contado lo sucedido, con detalles que por lo general no compartía nunca, como el sonido de los gritos de Kierus cuando él se había marchado del granero. Todas las emociones que Eris había visto retorciendo el rostro de Tyghan tan solo unos minutos antes habían desaparecido, y habían dejado solo una máscara dura a su paso. Verle así era desgarrador para Eris, que quería aportarle más que solo la asistencia de un consejero real. Quería abrazar a Tyghan, consolarle, pero su relación no había sido nunca así.

El pulgar de Tyghan seguía resbalando por la madera de la silla, como si estuviese intentando borrar algo… ¿Un remordimiento, un recuerdo, un demonio? Jamás había dejado atrás a un prisionero. Claro que ningún prisionero había sido nunca un caballero de Danu. Y nunca su mejor amigo. Nunca un prisionero que le había traicionado de una manera tan brutal. Había entrado en ese granero con la esperanza de terminar con aquello, de cerrar un capítulo, quizás de vengarse incluso. En lugar de eso, le habían abierto en

canal otra vez.

«Fue solo una puñalada pequeña».

Tal vez fuesen esas las palabras que más daño le habían hecho. «Solo». Tyghan hubiese dado la vida para salvar a Kierus. Casi lo había hecho muchas veces. Su voz había sido apenas un susurro cuando les había repetido las palabras a Eris y a Dahlia. Se habían arremolinado en sus labios como la sangre fresca.

La luz del interior de la rotonda fue menguando, y la enorme extensión de la mesa del Consejo se transformó en un agujero negro que engulló los pensamientos de todos ellos. Dahlia levantó la mano hacia las antorchas de la pared, y sus largos dedos proyectaron sus palabras susurradas para que cobrasen vida. Eso no aligeró la lobreguez de la sala. No había ninguna satisfacción en el hecho de haber completado su objetivo. Ninguna sensación de victoria. No podía borrar el daño hecho ya.

Justo cuando Eris estaba a punto de preguntar: «¿Dónde están?», unas botas pesadas resonaron en el pórtico y el cierre de la puerta se movió.

Tyghan clavó los ojos en la puerta mientras esta se abría y los caballeros entraron uno tras otro, primero Dalagorn, luego Melizan y Cosette, y por último Quin y Kasta.

No había ni rastro de Kierus.

Tyghan se puso en pie.

—¿Dónde está?

Kasta miró de reojo a Quin, y luego otra vez a Tyghan, con una arruga tallada en la frente.

—Escapó —dijo sin más, al tiempo que negaba con la cabeza.

Tyghan se quedó callado por un momento, con los labios entreabiertos de la incredulidad, pero volvió a la vida con un rugido.

—¿A qué te refieres con «escapó»? ¿Se ha ido? ¿Es eso lo que me estáis diciendo? ¿Cómo ha podido escabullirse de *cinco* caballeros?

—Hubo una sombra —explicó Quin—. Salió de la nada. Y entonces él desapareció.

—Creo que fue un salto nocturno —aportó Cosette.

—¡Es un jodido mortal! —bramó Tyghan—. ¡Ni siquiera tú puedes dar saltos nocturnos!

—¡Ocurrió! —espetó Melizan—. No culpes al mensajero. Le teníamos rodeado, y se produjo un fogonazo oscuro de *algo*, como una capa, y entonces desapareció. Así sin más.

Los ojos de Kasta brillaban con un fuego interior.

—Creemos que se lo llevó alguien del mismo modo que Kormick se llevó a Bristol esa noche. Alguien que quería ayudarle.



Tyghan caminaba de un lado para otro, mientras trataba de comprender cómo podía haber sucedido algo semejante. Estallaron discusiones sobre quién podía haber sido. Los trows eran los aliados obvios de Kierus, pero ellos no podían dar saltos nocturnos, y estaba claro que Kormick no le ayudaría. Tyghan se pasó los dedos por el pelo, sin dejar de andar por la rotonda.

—Debería haberle traído de vuelta yo mismo.

—Al igual que nosotros, tú tampoco puedes impedir un salto nocturno —ladró Dalagorn, al tiempo que dejaba caer toda su masa en una silla que gimió bajo su peso. Los otros agarraron sillas de las paredes externas de la rotonda y las arrastraron hasta la mesa.

Su frustración se liberó a medida que relataban lo sucedido, aunque sus explicaciones y sus maldiciones se solapaban.

—El granero.

—El prado.

—¡Hijo de puta!

—También el bosque cercano.

—Tuvo ayuda.

—Miramos por todas partes.

—Ese cabrón traicionero.

Quin explicó que se habían separado para buscar en todas partes

en un radio de cien metros, que era el límite máximo de un salto nocturno. Después habían despegado sobre sus caballos para buscar desde el aire aún más lejos.

Kasta se echó hacia atrás con un bufido de frustración.

—No había ni rastro de él por ninguna parte.

—Quienquiera que le ayudara debía de estarle esperando dentro del granero desde un principio —apuntó Dalagorn.

Pero ¿quién querría ayudarle? Para empezar, había solo un puñado de feéricos en Danu capaces de dar saltos nocturnos, y nadie había sabido a dónde se dirigían, ni siquiera el maestro Woodhouse.

—¿Y Keats? —preguntó Quin—. A lo mejor ella le dijo a alguien a dónde iba.

Era una posibilidad. Y también estaba el jinete desconocido que se había encontrado con ella en el bosque, el que había estado oculto con *glamour* porque no quería que le reconocieran.

Eris sacó un pergamino de su cuaderno y empezó a hacer una lista de los que sabían que eran capaces de dar saltos nocturnos.

—Aparte de vosotros dos —dijo, y señaló con la barbilla a madame Chastain y a Tyghan—, también están lord Csorba, Olivia, Reuben…

—La Lumessa —aportó Tyghan.

Madame Chastain negó con la cabeza.

—No, ya no. Está demasiado débil. Pero las Hermanas Izzy y Camille siguen siendo capaces.

«Capaces». Tyghan pensó en su encuentro inesperado con Julia. «Yo no seré la que abra o cierre puertas para vos, pero… soy bastante poderosa de todos modos».

—Anota también a Julia —añadió Tyghan.

—¿La recluta? Pero ella…

—No sabemos todo lo que puede o no puede hacer. Interrogadla. —Empujó la lista por encima de la mesa hacia Quin—. Y después averiguad dónde estaba cada uno de ellos esta tarde.

El cierre se meneó de nuevo y los ojos de todos volaron hacia la

puerta. Cully entró por ella, ajeno a la tormenta que estaba teniendo lugar en el interior, e informó de que Bristol había regresado al recinto del palacio.

—Ningún otro intento de parar. Vino directa aquí. Ahora mismo está en el pabellón comedor. —Tironeó del lóbulo de su oreja un poco incómodo—. Pero hubo un incidente.

—¿Es decir…? —le instó Kasta.

—No está contenta. Desenvainó un cuchillo delante de mí y me ordenó que la dejara en paz.

Tyghan parpadeó lentamente mientras asimilaba aquella respuesta.

Estaba claro: Kierus se lo había contado todo.

—Pero regresó por voluntad propia —intervino Eris, que trataba de evitar las asunciones precipitadas—, y no desapareció con Kierus. Eso es revelador. Sigue comprometida.

—¿Amenazando a un oficial con un cuchillo? —le contradijo madame Chastain—. Eso es aún más revelador. Yo no contaría con su compromiso.

—Por supuesto que tiene sentimientos encontrados, Dahlia. Kierus es su padre.

Quin suspiró.

—Tenemos un problema gordo ahora.

Tyghan se levantó de la mesa.

—Iré a hablar con ella.

En ese momento, llamaron con violencia a la puerta de la rotonda. Luego se abrió de golpe para acabar estrellándose contra la pared de piedra.

Melizan chasqueó la lengua.

—Vaya, parece que el problema ha venido a ti.



CAPÍTULO 104



Tyghan no esperaba ver una sonrisa en el rostro de Bristol. Ni su lento y cómodo contoneo al entrar en la sala. Peor todavía, no esperaba que sus ojos fuesen tan ilegibles.

No se parecían en nada a los de la noche que la había conocido en la posada de Willoughby, cuando había pugnado por ocultar sus sentimientos. Ahora no había ninguna pugna en su expresión. No había nada más que una sonrisa que no llegaba más allá de la comisura de sus labios. Sus ojos estaban tan muertos como lo más profundo del invierno. Se parecía más a Maire de lo que se había parecido jamás.

Los cuchillos que él había dejado en la habitación de Bristol estaban envainados en su cinturón. Los tres.

—Buenas tardes —los saludó—. ¿O son buenas noches ya? Supongo que estamos en el limbo, que es siempre un lugar interesante en el que estar. ¿El ocaso, quizás? ¿Es así como lo llamaría, consejero? Es el más preciso con las palabras.

Eris se puso en pie.

—Intento serlo —dijo dubitativo.

—Pero no siempre con éxito, supongo.

—En efecto, es el ocaso —declaró madame Chastain—. Y ahora que esa información tan importante ha quedado clara, ¿qué más podemos hacer por ti, señorita Keats?

La sonrisa otra vez, esa que no era ella.

—Me alegro de que lo pregunte.

Tyghan empezó a caminar alrededor de la mesa para llevarse a Bristol de ahí.

—Bristol, creo que tú y yo deberíamos hablar a solas.

—No, majestad —espetó cortante. Miró a Tyghan a los ojos por primera vez—. Esto tiene que ver con el trato que hice con todos vosotros. Todo el mundo debería oír lo que tengo que decir.

«¿Majestad?». Su formalidad golpeó a Tyghan en la boca del estómago. «Oh, el rey. La. Di. Da». Aquello no iba a ir bien, pero no podía retrasar lo inevitable. Cruzó los brazos delante de él y asintió en señal de aquiescencia.

Bristol miró por la sala a su alrededor y Tyghan vio la primera grieta en su actitud serena. La joven se mordió el labio de abajo, pero después su expresión se endureció, como si estuviese redoblando sus esfuerzos por mantener su fachada fría.

—Me he enterado de que había cláusulas ocultas en el trato que hice con vosotros.

Madame Chastain se encogió de hombros.

—No sabemos de qué estás hablando.

La comisura de la boca de Bristol se frunció con una desilusión fingida.

—*¿En serio?* Os refrescaré la memoria. ¿Planeabais eliminar a la bestia de las Tierras Oscuras?

Tyghan apretó los dientes, pero juró mantener la boca cerrada… Al menos, durante todo el tiempo posible. Más valía dejar que Bristol soltase todo lo que tenía que decir.

—Esa no era una cláusula, ni tampoco era oculta —repuso madame Chastain—, Solo es un asunto del reino que no te concierne.

Bristol cruzó las manos delante de ella.

—Ah, pero ese es el quid de la cuestión. Me temo que sí me concierne, visto que la bestia de las Tierras Oscuras es mi madre. Y *eso* es algo que mantuvisteis oculto. *Mi madre*. —Tragó saliva como

si la palabra fuese una piedra en su boca—, Y tiene un nombre: Leanna Keats.

A medida que continuaba, su voz cambió. Palabra por palabra, su compostura se fue desintegrando como las escamas de una armadura. Su mirada tenía helada a toda la sala.

—Y tenéis mil flechas preparadas para clavarlas en su corazón en cuanto yo cierre ese portal. Los élficos, como Cully, están ocupados afilando sus pequeños instrumentos de muerte solo para ella. Pero no os preocupéis. Yo también tengo una cláusula oculta que arreglará la situación. Oh, la llamaremos un asunto del reino, si preferís.

La Bruja Suprema se puso en pie para ponerse al lado de Eris.

—Tu sarcasmo es cansino e inapropiado. Estás en presencia de feéricos de alto rango y del rey de Danu. Mostrarás el respeto debido.

Bristol se echó a reír.

—Vaya, y yo que creía que lo estaba haciendo. Al menos, tanto respeto como os merecéis. —Sus ojos saltaron hacia Eris antes de que madame Chastain pudiese responder—. De vuelta a mi cláusula. Yo cumpliré mi parte del trato y cerraré el portal que lleva al Abismo, pero no habrá ni una flecha más apuntada hacia mi madre. Y dejaréis de perseguir a mi padre. Planeo llevármelos a los dos a casa conmigo cuando todo esto termine.

—Imposible —respondió Eris—, La sentencia de tu padre ya ha sido corroborada por el Consejo en pleno. Haría falta otra votación para rescindirla.

—Entonces, os sugiero que votéis.

—No hay tiempo para…

—*Encontrad* el tiempo.

—¿Por qué tendrían que hacerlo? —preguntó Quin—. Apenas puedes cerrar un portal sin un largo encuentro con un cuchillo. No es que seas una apuesta muy segura.

—Sí, pero soy la mejor apuesta que tenéis, ¿verdad?

Tyghan dio un paso al frente.

—Vale, estás enfadada. Lo pillamos. Pero necesitábamos tu ayuda, Bristol —dijo—. Si te hubiésemos contado la verdad desde el principio, ¿nos habrías ayudado?

—Nunca me disteis la posibilidad de decidir. Lo decidisteis por mí.

—Estás evitando la pregunta. ¿Nos habrías ayudado?

—Habría hecho justo lo que hiciste tú: utilizarte del mismo modo en que me utilizaste tú. Habría dado la vuelta al tablero de juego para jugar con otras piezas diferentes. Habría estado más atenta a las defensas que bajaba y a la confianza que he entregado con demasiada facilidad. Pero sí, os habría ayudado, porque al final, encuentro a Kormick marginalmente más despreciable que todos vosotros, y hay unas pocas personas aquí que en verdad todavía me importan. Ahora es mi turno de preguntar. Si tuvieses que hacerlo todo otra vez, ¿me dirías la verdad? Mira a ver si consigues ser sincero.

Tyghan negó con la cabeza.

—No. No era un riesgo que pudiera correr. Elphame necesita desesperadamente tu ayuda.

—¿Desesperadamente? Entonces más vale que empecéis a rebajaros un poco más, majestad, y convenzáis a vuestro Consejo para aceptar mis exigencias.

—Pequeña arrogante… —Kasta se abalanzó hacia Bristol, pero Quin la retuvo.

—Ya basta —dijo Tyghan—. Hablaremos más tarde, Bristol. Las cosas que estás pidiendo no son tan sencillas.

—¡Sí que lo son! Así de sencillas: aceptáis mi propuesta o no.

—Ya has oído al rey, señorita Keats —espetó madame Chastain—. El Carnicero de Celwyth no será perdonado y las flechas no se detendrán. Puedes retirarte.

Bristol perdió el poco control que tenía ya sobre su ira.

—¡No he terminado! —gritó, al tiempo que levantaba la mano en un movimiento rápido, como para bloquear la orden de la bruja. En lugar de eso, una bola de fuego brotó de la palma de su mano y voló a través de la sala en dirección a Tyghan. El feérico se lanzó hacia

un lado y barrió con la mano hacia arriba mientras caía al suelo, lo cual envió la fogosa bola rugiendo en dirección a la cúpula. Una lluvia de chispas cayó sobre todos ellos y los caballeros desenvainaron sus espadas, pero madame Chastain dio un paso al frente la primera y levantó las manos por los aires. Un fogonazo de luz cegadora salió disparado de las palmas de sus manos para estampar a Bristol con la pared y luego enroscarse alrededor de sus brazos y piernas como una cuerda y por delante de su boca como uña mordaza.

—¡Sí, has terminado! —declaró madame Chastain—. ¡Y te quedarás ahí arriba hasta que decidamos qué hacer contigo!

Tyghan volvió a ponerse en pie, mientras sacudía las chispas de su camisa salpicada de agujeros chamuscados. Bristol forcejeó para liberarse de la fuerza que la tenía inmovilizada muy alto contra la pared, pero cuanto más forcejeaba, más implacable era la fuerza de madame Chastain. Los ojos de Bristol se posaron en Tyghan, furiosos, traicionados, pero él también había visto el *shock* momentáneo en ellos, cómo el pecho de Bristol se había hinchado con una repentina inspiración. ¿Aquello la había pillado por sorpresa en la misma medida que a ellos? Pensó en el fuego de la habitación. ¿Había sido un accidente? ¿Tenía de repente más poder del que creía? Recordó la tenue línea de escamas doradas en su escápula…

—Bájala —ordenó.

—¡Acaba de intentar acabar con tu vida! ¡Está intentando terminar lo que empezó su padre!

Tyghan clavó los dedos *en su cuero* cabelludo. No podía negar que eso era lo que parecía, pero negó con la cabeza.

—Bájala —repitió—. Ahora.

Madame Chastain dejó caer las manos disgustada, y Bristol cayó al suelo sobre las manos y las rodillas.

Tyghan se acercó a ayudarla, pero ella le rechazó.

—Aléjate de mí.

Él se agachó y la agarró del brazo de todos modos para ponerla en pie.

Bristol se soltó de un tirón y dio varios pasos atrás antes de dirigirse a todos los presentes otra vez.

—Como habréis deducido ya, he encontrado a mi padre y he hablado con él. Una charla larga e interesante.

—Somos conscientes de ello —afirmó Tyghan—. Os vimos. Utilizamos el pelo de tu cepillo para encontrarte y…

—Pero para cuando llegamos ahí, ya no estabais ninguno de los dos —intervino Kasta, con un leve cambio en el relato para que Bristol no supiese que habían capturado a Kierus. Al menos durante un rato.

—¿Cómo le encontraste? —preguntó Tyghan.

—No con vuestra ayuda desde luego. Me envió una nota para que me reuniera con él. Alguien la dejó en mi habitación.

Tyghan apretó la mandíbula. La cosa empeoraba por momentos. Kierus tenía acceso a alguien de palacio.

—¿Quién fue?

—No vi quién dejó la nota, ni te lo diría si le hubiese visto.

Las venas del cuello de Quin se abultaron, y la mano de Dalagorn se apretó en un puño carnoso.

—Cuidado —advirtió Melizan—. Si uno de estos caballeros perdiese los estribos ahora mismo, nadie los culparía.

Tyghan sacó una silla y se sentó.

—Así que te escabullíste a mis espaldas después de prometer que no lo harías, cogiste mi caballo sin permiso y, sin duda, tu padre te ha contado su versión de los hechos.

—Eso lo resume bastante bien, sí —respondió Bristol sin un asomo de disculpa.

Kasta soltó un bufido enfadado.

—Esta historia no tiene dos versiones.

Bristol se rio.

—¿Ah, no? —Dio unos golpecitos en sus labios mientras pensaba —. Muy bien, ¿qué tal una tercera versión? La mía. Está claro que puedo dar fe de esa. Durante estas últimas semanas, creía que estaba persiguiendo trows. *Jodidos trozos*. —Su barbilla se arrugó

unos instantes—. Menudas risas os habéis debido echar todos a mi costa, aportándome información y pistas que no llevaban a ninguna parte. Bien hecho. —Sus ojos centellearon, y parpadeó varias veces —. Pero erais vosotros desde el principio. Vosotros sois los que habéis perseguido a mi familia como si fuésemos animales. Esa es la versión con la que yo crecí, porque no solo obligasteis a mis padres a huir durante más de dos décadas. Mis hermanas y yo también tuvimos que huir. ¿Podéis imaginar lo que es huir de algo durante toda tu vida y no saber qué es? ¿Vivir con todas tus pertenencias metidas en un bolsón de viaje en un motel cutre después de otro? ¿Tener que huir en medio de la noche y ni siquiera saber por qué? ¿No tener nunca un lugar al que llamar hogar?

Hizo una pausa, con los ojos bajos y los labios retorcidos. Luego miró directamente a Tyghan.

—Me pusieron el nombre de un mercado de mala muerte de no sé qué pueblo inmundo que mis padres ni siquiera podían recordar por tu culpa. Entendían ese mundo tan poco como yo este. Gracias a Dios que no me pusieron un segundo nombre, porque es probable que hubiese sido «Avenida».

—La forma en que te criaron tus padres los describe a ellos, no a nosotros. Fue su elección —repuso Tyghan.

—¿Qué elección tenían? Cuando por fin dejaron de huir, ¡los encontraron dos reinos!

—Ve al grano, señorita Keats —dijo madame Chastain.

—*¿Al grano?* —Pegó la palma de una mano a la de la otra, como si tratase de reprimirse de lanzar otra bola de fuego a través de la sala—. ¡Me mentisteis! —respondió al final—. ¿Los feéricos tienen algún tipo de conciencia? No me estabais ayudando a encontrar a mi padre en absoluto. Más bien al contrario, le estabais dando caza.

Eris se aclaró la garganta.

—Sí —admitió. Su tono era serio—. Lo hacíamos. Pero tu padre había cometido un delito grave. No teníamos nada en contra de ti.

—Quería salir de aquí. Ya está. Quería una vida diferente. Ese fue su delito.

«¿Una vida diferente?». Tyghan se levantó de un salto y su silla chirrió detrás de él. Ya había oído suficiente de aquella versión.

—¿Y qué pasa con mi vida? ¡Me apuñaló! ¡Y a punto estuvo de matarme!

—¡Tú ibas a matar a mi madre!

—¡Todavía no era tu madre! ¡Era un monstruo que estaba aterrorizando a Elphame!

—¡Porque no tenía elección! ¿Es que una persona no puede empezar de cero? Eso era lo único que querían. Ser algo distinto de lo que todos vosotros les habíais hecho ser. Querían una segunda oportunidad.

—¡No existen las segundas oportunidades! ¡No para lo que hizo! Estás defendiendo a un desconocido. Un hombre que ni siquiera sabes cómo es. No nos sueltes sermones sobre la conciencia. ¡Él iba a matar a tu madre primero! ¿Eso te lo dijo? ¡Y mira lo que le hizo a su propia hija! ¿Le constaste que casi mueres tratando de extirpar esa garrapata?

—¡Tuvo que ponerla ahí por *tu culpa*!

—¡No te atrevas a echarme a mí la culpa de sus acciones!

Con cada acusación, se habían ido acercando poco a poco, hasta que finalmente quedaron a escasos centímetros.

—Estaban enamorados, Tyghan —dijo Bristol con voz más suave —. Eran jóvenes, estaban asustados y enamorados.

—¿Te vas a tragar todo lo que te dijo después de la vida entera de mentiras que te ha regalado?

—¡Sé lo que vi! ¡Él quería a mi madre, la quería muchísimo!

Tyghan temblaba, la furia le cegaba.

—¿Me estás diciendo que tiró por la borda una vida entera de servicio a cambio de un revolcón en una cama? ¿La conocía desde hacía cuánto? ¿Tres semanas? ¡No era amor! ¡Nadie se enamora tan deprisa! ¡Fue un buen polvo! ¡Eso es todo!

Bristol le miró pasmada, con la boca abierta, sin aliento.

La crudeza de las palabras de Tyghan reverberó por toda la sala. «Nadie se enamora tan deprisa».

Bristol asintió.

—Por supuesto —repuso. Un deje insensible impregnaba su voz —. Por supuesto. Me alegro de que lo hayáis dejado claro. Majestad. Bueno es saberlo.

Se giró para marcharse, pero él la agarró del brazo.

—Bristol, espera. Sabes que no me refería a eso.

Bristol se giró hacia él otra vez. Sus pupilas parecían haber engullido sus iris, como si estuviese en una cueva profunda y oscura.

—Creo que habéis sido muy sincero. A lo mejor es la primera cosa honesta que me habéis dicho en la vida.

Se soltó de su agarre y se dirigió hacia la puerta, pero se giró hacia ellos una vez más. Volvió a la imagen que tenía en reserva, esa sonrisa inquietante plantada otra vez en la cara.

—Suponiendo que aceptéis mis exigencias, os veré a todos en el entrenamiento mañana. No lleguéis tarde.

Y entonces se marchó. El eco de sus pasos por el pórtico se fue apagando hasta que la sala se quedó en silencio. Un silencio opresivo.

—¿Eso es todo? —preguntó Kasta al cabo de unos instantes—. ¿Vas a limitarte a dejar que se vaya después de que…?

—Déjalo estar, Kasta —repuso Tyghan, aún espantado por su horrorosa elección de palabras.

—Pero ella…

—¡He dicho que lo dejes estar! ¡Sé lo que estoy haciendo! —gritó. Pero no lo sabía. Todo aquello se había vuelto demasiado complicado, demasiado imposible, justo como le había advertido Kasta. Caminó hasta el otro lado de la rotonda mientras intentaba pensar en alguna orden que gritar, algo que alejase el foco de atención de sus últimas palabras con Bristol. En lugar de eso, se detuvo y se apoyó en la pared. Presionó la palma de la mano contra la piedra, clavó los ojos en el suelo y trató de unir las piezas de un pensamiento coherente—. Síguela —le dijo a Cully—. Asegúrate de que no sale del recinto del palacio.

Luego se produjo otro silencio incómodo, uno que Eris trató de

llenar.

—No tengamos una reacción exagerada. La chica sigue de nuestro lado. Solo necesita tiempo.

Madame Chastain estampó las manos sobre la mesa.

—¿De nuestro lado? ¿Acaso no estabas prestando atención? El tiempo no va a curar este embrollo. No todo tiene que tener siempre un final feliz, Eris.

—¡Y no todo tiene que terminar siempre en desgracia y fatalismo, Dahlia! ¡Ojalá solo por una vez pudieses confiar en mi buen juicio!

—Tu juicio es lo que nos trajo a este punto en primer lugar. Te advertí de que la chica podía ser un problema, y ahora casi nos hemos quedado sin tiempo.

Eris levantó las manos.

—He terminado por hoy. —Se dirigió hacia la puerta; su túnica ondeaba a su espalda—. Sugiero que todos hagamos lo que ha dicho la señorita Keats y no lleguemos tarde al entrenamiento de la mañana.



CAPÍTULO 105



El plan de Bristol se había venido abajo tan deprisa que muy bien podía no haber tenido ninguno. Sus emociones habían escapado por unas costuras que creía haber cosido con mucho cuidado.

Había conseguido recurrir a un último momento de calma antes de dejarlos a todos boquiabiertos en la rotonda, su último intento desesperado de mantener el control, pero se esfumó en cuanto entró en su habitación, como un corcho liberado de una botella.

«Nadie se enamora tan deprisa».

Agarró el jarrón de jacintos de su mesita del desayuno y lo lanzó volando al otro lado de la habitación. El cristal se hizo añicos contra la pared y las flores moradas aplastadas cayeron en un manchurrón mojado al suelo. Pero no le pareció suficiente. Eso no detuvo los relámpagos que crepitaban bajo su piel. Arrancó el mantel de la mesa y los platos se estrellaron contra el suelo, mientras los hojaldres sin tocar rodaban por la alfombra como soldados muertos. Seguía sin ser suficiente.

No era ira lo que la consumía, sino algo más profundo y doloroso. La desesperación se la estaba comiendo viva.

Buscó otra cosa que tirar, que destruir, algo para bloquear las voces de su cabeza. Vio el armario. Hinchó el pecho y se lanzó a por él como si fuese una bestia viviente. Y abrió sus puertas de par en

par.



El crepúsculo se cerró alrededor de Tyghan a medida que el recinto del palacio cobraba vida y se encendían luces titilantes por doquier. Pero él no veía ni oía nada de eso. El resto del mundo era un borrón mientras caminaba a paso airado directo hacia la habitación de Bristol. Su discusión no había terminado.

Tanto Quin como Melizan le advirtieron de que no fuera, que le diera a Bristol tiempo, pero madame Chastain tenía razón en algo: el tiempo no arreglaría ese problema. Solo permitiría que se enconara y supurara como una herida sucia. Tyghan tenía que aclarar las cosas con Bristol, aportarle contexto sobre los acontecimientos que habían tenido lugar. Había oído primero la versión de Kierus, pero tenía que oír también la suya. Dobló la esquina del pasillo que conducía a la habitación de Bristol y sus pasos se ralentizaron, luego se detuvieron del todo. El pasillo…

Todo él estaba cubierto de artículos que reconocía, como si una tropa saqueadora de cosas salvajes hubiese pasado por ahí y los hubiera desperdigado por doquier. Sus camisas. Botas. Pantalones. A medio pasillo, sus cuchillos (los tres) estaban clavados en el marco de un espejo. Chaquetas, peines, cinturones, cada uno de sus artículos personales que habían encontrado un sitio en la habitación de Bristol a lo largo de las últimas semanas habían salido volando de esa habitación como si fuesen cosas repugnantes, cosas de las que había que deshacerse de inmediato.

Entre el caos, algo llamó su atención. Algo pequeño, verde y centelleante. Se acercó y se agachó. Era uno de los pendientes de esmeraldas que le había regalado a Bristol. Recordó besar los lóbulos de sus dos orejas antes de dárselos. Cogió el pendiente y lo observó en la palma de su mano mientras recordaba a Bristol diciendo: «Tu amor es más valioso para mí que cualquier joya».

Al parecer, ya no era así.

Tyghan miró a su alrededor en busca del otro pendiente, pero estaba perdido en algún sitio bajo el caos amontonado. Se metió la joya solitaria en el bolsillo y fue hacia la puerta.

Aquello no había terminado.



El dedo gordo de Bristol palpitaba de un modo doloroso. No había duda de que se lo había roto al cerrar la puerta del armario de un portazo durante su desmadre. Podía acudir a Olivia o a Esmee para que se lo curaran, pero entonces tal vez se cruzara con alguien, y había al menos una docena de personas a las que quería evitar. Y quizás el dolor fuese bueno, algo con lo que ocupar su mente, porque estaba cansada de pensar. Eso sí que dolía, mucho más que un dedo roto.

Se estiró, sentada al pie de la cama, y deseó poder dormir, deseó no haber roto la botella de vino que tenía sobre la mesa. Deseó tener dos más iguales que esa. Cada vez que cerraba los ojos, una voz nueva se colaba en su cabeza y le hacía cuestionarse todo lo que había creído sobre su vida.

«Apártate de ahí, hija».

Su madre tratando de convencer a una niña de cuatro años. ¿Qué era tan peligroso de ese árbol? ¿Qué temía su madre? ¿Que fuese un portal que se llevaría a Bristol? ¿Un goblin que podría comérsela de un bocado? ¿Un cazador del rey que podría arramblar con la ignorante niña y llevársela de vuelta a Elphame? ¿O había sido solo por todos los secretos que Bristol podría desentrañar?

Aquella tarde de hacía muchísimos años era un *collage* de recuerdos difuminados: los labios de su madre pegados a su sien, las extrañas palabras que había susurrado contra su piel, los deshilachados bordes de los secretos que guardaban, la desesperación de su madre que la volvía descuidada. «Hechizos.

Estaba susurrando hechizos». Bristol deseó haber sido lo bastante mayor para encontrarle un sentido a todo ello.

Entonces, sintió los brazos de su madre a su alrededor otra vez, apretados y llenos de miedo. «Lo sacrificó todo por vosotras». A Leanna Keats nunca se le había dado bien expresar sus sentimientos, no como a su padre, que tenía una lengua melosa y optimista. Pero su madre siempre había tenido ese ojo atento, el que de alguna manera la incitaba a agarrar las manos de sus tres hijas al mismo tiempo, como la gran ala de una gallina clueca alrededor de sus pollitos; luego tiraba de ellas para tenerlas cerca. Siempre temió los peligros que las niñas no podían ver, los peligros que ella misma no podía olvidar. Bristol recordó las muchas veces que Cat y ella habían tratado de escurrirse de su agarre. Incluso cuando acampaban en medio de un prado, su madre siempre recorría el perímetro primero antes de que nadie sacara nada de la furgoneta y antes de encender cualquier hoguera. Decía que estaba recogiendo piedras para delimitar el fuego, o que comprobaba que no hubiera serpientes, pero hasta que le hacía una seña al padre de Bristol, las niñas no tenían permitido alejarse de la furgoneta más de medio metro. ¿Qué había estado buscando en realidad? ¿Feéricos al acecho?

«Mataron a sus padres en un ataque de los goblins». Y después de eso, sus tíos la habían maltratado y la encadenaban a un poste. ¿Eran esas las pesadillas de las que tenía que despertarla su padre? Noches en las que él le cantaba y repetía las mismas estrofas de un poema mientras acariciaba su cabeza hasta que volvía a quedarse dormida. Esos eran los miedos que le había dejado Kormick.

Bristol solo empezaba a acostumbrarse a la idea de que su madre era feérica, el secreto se estaba asentando en sus huesos, pero de pronto tenía que asimilar también que a su madre la consideraban una bestia. La bestia de Kormick. Y aun así… a su padre le llamaban el Carnicero de Celwyth, un título que, al menos durante un tiempo, había infundido respeto y asombro. Había quienes le llamaban incluso el portento de Danu. «Maté a muchas

personas. Hacía lo que me decían». Su padre servía a un rey, su madre a otro; él era considerado un caballero apreciado, a ella la denigraban como a una bestia. El mundo feérico era una olla venenosa de contradicciones.

Dos llamadas repentinas a la puerta rompieron el silencio de su habitación. Se incorporó con el corazón acelerado. Volvieron a llamar otras dos veces. Impaciencia. La llamada de un rey.

—Estoy ocupada —dijo en voz alta.

La puerta se abrió de par en par y por ella entró Tyghan.

Bristol columpió los pies al suelo, lista para agarrar un arma.

—¡Fuera de mi habitación!

Tyghan echó un vistazo a los daños, y su semblante se volvía cada vez más sombrío a medida que registraba los cristales rotos y la mesa volcada. Abrió las aletas de la nariz, con un aspecto igual de formidable y peligroso que la primera vez que Bristol había posado los ojos en él.

—Hasta ayer, esta era *nuestra* habitación.

—Eso era ayer.

Tyghan hizo un gesto enfadado con la mano en dirección al pasillo.

—¿Y eso? ¿Qué significa? ¿Todo ha acabado entre nosotros, así sin más?

Bristol se levantó de la cama.

—¿Qué había entre nosotros exactamente, majestad? Desde el momento que nos conocimos en la posada de Willoughby, era todo una farsa. Más como un numerito barato de carnaval. Un juego, mera prestidigitación. Atrae a la mortal. Consigue que coja el premio.

—No eres mortal.

—Mitad sí. ¿O quieres fingir que la mitad de mi padre no existe? Te vendría de perlas, ¿verdad? Oh, pero luego está la mitad de mi madre. Supongo que, lo mires como lo mires, sales perdiendo, porque los odias a los dos. Ahora sé por qué estabas siempre tan enfadado conmigo cuando nos conocimos. A mí también me

odiabas, ¿verdad? Me odiabas porque te recordaba a ellos.

—No te odiaba. Estaba receloso. Han pasado muchas cosas desde aquel primer día en la posada.

Bristol arqueó las cejas.

—*Muchas cosas*. Qué eufemismo más bonito. ¿Te refieres a todas las veces que hemos follado? Supongo que eso podemos achacarlo a Beltane, ¿no? Una época de equivocaciones.

—¿Eso es lo que crees? ¿Que somos una equivocación? ¡Maldita sea, Bristol! Sí, se han cometido muchas equivocaciones, pero no todas fueron mías. Cuando hice el trato contigo para ayudarte a buscar a tu padre, ni siquiera sabía que todavía estaba vivo. A mí me habían engañado igual que a ti.

—Pero querías verle muerto.

Un músculo palpitó cerca de la sien de Tyghan.

—No de ese modo.

—Porque querías matarle tú mismo.

—Sí —respondió sin remordimientos.

—¿Por qué no podías olvidarlo y ya está, Tyghan? ¡Fue un error! Él ni siquiera sabía que era un cuchillo de demonio ni lo que te haría.

Tyghan se quedó boquiabierto.

—¿Un error? —musitó al cabo de unos segundos. Su cara se tiñó de color, pero fueron sus ojos los que llamaron la atención de Bristol, el guiño alrededor de sus párpados, ese pequeñísimo movimiento que revelaba su inmenso dolor. Cuando volvió a hablar, cada palabra estaba cincelada en piedra—. Era mi amigo, y sabía que era un *cuchillo*. Un cuchillo que podía matarme. Sangro y puedo morir igual que todos los demás. Y él lo sabía. *Lo sabía*.

Se dirigió hacia la puerta, pero cuando la abrió y volvió a ver el caos del pasillo, se detuvo para girarse hacia ella de nuevo. Sus labios se cerraron con fuerza, como si pugnase por reprimir más palabras. Fracasó en su intento.

—Esta mañana mismo, te he dicho que te quería. Lo decía en serio.

Bristol vio el dolor en su cara, cómo cuadraba los hombros y se

preparaba para su respuesta hiriente. No le importó. Quería hacerle más daño aún. Quería que las cosas estuviesen empatadas entre ellos, hacer justicia. Quería que el dolor en su propia cabeza parase.

—No intentes fingir que me has querido nunca. Eres un repugnante mentiroso que ni siquiera sabe lo que es el amor.

Un puñetazo final. Bristol también vio eso, en cómo se apagaba la mirada de Tyghan.

Él asintió.

—A lo mejor no —contestó—. A lo mejor ninguno de los dos lo sabemos. Te veré en el entrenamiento por la mañana, Keats. Y solo para que lo sepas, Eris está trabajando en tus exigencias, aunque eso signifique que más caballeros podrían morir debido a ellas.

Y con eso se marchó, dando un portazo a su espalda.



CAPÍTULO 106



Los sedosos labios de Coserte bajaron por la espalda de Melizan. Susurraba cosas dulces y tiernas; su voz era tan seductora como una brisa templada, pero Melizan estudiaba la palma de su mano como si pudiera leer algo en sus líneas. Coserte rodó sobre la espalda y soltó un suspiro frustrado.

—¿Dónde diablos estás?

Melizan se giró hacia Coserte, solo un poco contrita por su falta de atención.

—Sigo en ese jodido granero, tratando de averiguar cómo pudo escapársenos entre los dedos un mero mortal. Tyghan tiene todo el derecho del mundo a estar furioso. Yo misma no lo hubiera creído posible. ¿Quién se iría de la leng…?

—Crees que es todo culpa mía, ¿verdad? Sigues creyendo que soy la responsable.

—¿Qué?

Coserte se levantó de la cama y agarró su bata de malos modos.

—Lo de Cael.

Melizan suspiró.

—¿Otra vez eso? Déjalo ya. Nunca te culpé por ello.

—Tyghan sí, o al menos sospechaba de mí.

—Nunca le dije nada. Cael fue un idiota por viajar sin escolta.

—Pero mi desliz…

—Elphame no es más que un nido inmundo de lenguas viperinas. En especial cuando hay temas de la realeza en el menú. Incluso los juramentos solemnes no son capaces de evitar que hablen. Una docena de personas vio a Cael marcharse ese día. Podría haber sido cualquiera.

Pero Coserte había sido la última en verle. La última en hablar con él. Y después había bajado a la orilla para ver a su familia. Tyghan se había fijado en eso.

—He hecho todo lo posible para compensarlo. Ya conoces a mi familia, solo quieren noticias sobre cualquier cosa. La vida en el río puede ser muy aburrida.

Melizan ladeó la cabeza como si se le acabase de ocurrir algo.

—¿Le has contado a tu familia que Kierus ha vuelto?

—¡No! Te dije que ya no les cuento nada.

—Hmm —caviló Melizan, mientras se daba unos golpecitos con un dedo en la barbilla—. A lo mejor deberías… —Alargó una mano hacia Coserte—. Vuelve a la cama. Quizás haya una manera de que tu familia pueda ayudarnos. Pero, primero, deja que te compense por mi falta de concentración.

—¿Te has cansado de mí? —preguntó Coserte, con un gesto a medio camino entre un mohín y una amenaza letal.

Nada podía haber estado más lejos de la realidad. Coserte era el alma gemela de Melizan en todos los aspectos, la única. Sin embargo, a la princesa le asustaba la idea del matrimonio, que Coserte sacaba a menudo, la idea de querer demasiado, porque parecía la forma más segura de perder a alguien. Y Melizan no quería perder a Coserte nunca.

—Vuelve a la cama, mi amor, y lo averiguarás.



CAPÍTULO 107



Ivy se asomó a la oficina de Eris. El consejero estaba rodeado de cuadernos y libros apilados sobre su escritorio, junto con una docena de mensajes ya sellados con cera, a la espera de ser enviados.

—Siento interrumpirle, consejero. Hay una recluta fuera. Dice que necesita verle.

—Ahora no es buen momento. ¿No puede…?

—Dice que es importante. Que tiene que ver con el Carnicero de Celwyth.

Eris dejó la pluma en la mesa. Las reclutas acudían a él a menudo. Por lo general querían noticias de sus familias o querían enviar un mensaje, pero esa vez se trataba de noticias de otra índole, noticias que le interesaban.

—Muy bien, dispongo de unos minutos.

Ivy hizo pasar a la recluta y se marchó. Eris escuchó en silencio, mientras trataba de no mostrar ninguna sorpresa cuando ella le contó lo que había averiguado: el posible paradero de Kierus.

—He pensado que debía acudir a usted, después de lo que *él le hizo* a Bristol con lo de la garrapata y luego cuando la abandonó. Ella está muy afectada. Odio verla de este modo. Y después, por supuesto, lo que le hizo al rey es inimaginable… —Hizo una pausa, con los brazos pegados al pecho—. Tenía miedo de que pudiera

hacer algo más, algo peor, y no quiero que ninguno de los dos resulte herido otra vez. Y con la Ceremonia de la Elección tan próxima, él podría ponerlo todo en peligro. —Una respiración temblorosa sacudió su pecho—. ¿Ha sido correcto por mi parte venir a decírselo?

Estaba claro que Bristol le había contado toda esa información en confianza, pero Eris asintió, porque era una información que quería. Y que necesitaba. Si la amistad entre las chicas quedaba arruinada por aquella revelación, que así fuera. A lo mejor eso le aportaría a Tyghan por fin la determinación que necesitaba.

—Has hecho lo correcto. Pero mantendremos esta información solo entre nosotros, ¿de acuerdo?

Rose asintió, y la preocupación se diluyó de su cara. A continuación, Eris la acompañó a la puerta.



CAPÍTULO 108



El desmadre de su cuarto no le había aportado a Bristol el alivio que buscaba. Arrojarle palabras crueles a Tyghan tampoco. Se sentía tan desolada y perdida entonces como cuando le había dado la espalda a su padre en el granero.

Vaciló un instante a la puerta de Julia. Era tarde, pero llamó con suavidad de todos modos.

Julia todavía se estaba echando una larga bata de flores por encima del camisón cuando se abrió la puerta.

—Bri, ¿qué haces aquí?

—¿Sabes algo sobre artes curativas? —Y entonces cayó en brazos de Julia. No lloró. Se limitó a abrazarse a ella como si fuese todas las personas de su vida con las que no podía estar, personas que estaban demasiado lejos, demasiado perdidas, demasiado enfadadas. Demasiado imposible estar con ellas.

Cuando Julia la hizo pasar y cerró la puerta, llegaron las lágrimas. Un estremecimiento suave primero, seguido de sollozos, como si llorara la muerte de alguien, como si una parte de ella estuviese muriendo. Y Julia la sujetó entre sus brazos.



Cuando se le agotaron las lágrimas, Julia acomodó a Bristol en una butaca con demasiado relleno en el rincón del cuarto y examinó su mano.

—Descansa aquí mientras preparo unas cuantas cosas.

La primera de esas cosas fue servir una copa de vino para cada una.

—Es la costumbre francesa —explicó con más acento que de costumbre—. Hay que crear el ambiente apropiado.

—¿Para curar un pulgar?

Julia sonrió mientras reunía bálsamos y vendas.

—Incluso para eso. ¿Cómo has sabido lo mío? ¿Me has visto curar mis propias heridas?

—No —respondió Bristol. Luego bebió un sorbito de su vino tinto mientras se preguntaba cómo conseguía Julia vino francés en Elphame—. Pero nunca he visto a Esmee o a Olivia tratarte, y aun así tus cortes y magulladuras desaparecían por arte de magia. ¿Por qué has querido mantenerlo en secreto?

—Toda mujer debería tener unos cuantos secretos. —Se encogió de hombros—. Un arsenal para cuando sea necesario. —Bristol hizo una mueca cuando Julia presionó sobre la parte carnosa de su pulgar—. Fracturado, pero por suerte no hay desplazamiento ni trozos sueltos. ¿Cómo ha pasado? Espero que el Consejo no…

—No, me lo hice yo solita, como una estúpida. Le declaré la guerra a la gruesa puerta de un armario, y la puerta ganó.

—¿Tan mal fue tu reunión?

—Peor. Perdí los papeles. Toda mi calma y mi frialdad se fueron volando por la ventana. Me dijeron cosas desagradables. Yo les devolví otras por el estilo. Hice exigencias. Quería hacerles daño. Quería… —Bristol negó con la cabeza—. La verdad es que ya no sé lo que quiero. Venir aquí fue un error desde el principio.

—¿Porque has averiguado la verdad? ¿No era para eso para lo que habías venido? ¿Era mejor vivir con la duda?

—Quizás —respondió Bristol, pero percibió la mentira al instante. Negó con la cabeza—. No. La duda me estaba asfixiando. La

amenaza invisible que flotaba sobre nuestras cabezas durante todos esos años… Ya no podía soportarla más. Ni por mí ni por mi familia. No podía seguir adelante con mi vida.

—¿Qué significa para ti seguir adelante, exactamente?

Bristol vio la preocupación en los ojos de Julia. Hasta entonces, Bristol era la única con la marca de sangre en todo Danu y, si se marchaba, podía acabar con los sueños de todos ellos. Pero no podía mentir.

—No estoy segura de lo que significa ahora. Se ha destruido mucha confianza. Se han quemado puentes. Les he gritado a todos…, a mi padre, a Tyghan, al Consejo. He gritado más en el último día de lo que había gritado en toda mi vida. Y todos tienen defensas diferentes, excusas. Ya no sé quién tiene razón y quién no. Lo que le hizo mi padre a Tyghan, lo que me hizo a mí de bebé, lo que Tyghan y el Consejo le hicieron a mi familia, todas las mentiras, no puedo dejar de pensar en todo ello.

—A veces, la gente desesperada hace cosas desesperadas.

—Esperaba que la verdad fuese más fácil.

—Supongo que eso esperamos todos, pero el lado oscuro de la verdad suele estar plagado de remordimientos. —Julia giró la mano de Bristol y rozó con suavidad la base de su pulgar mientras susurraba palabras, luego empezó a vendarlo.

—¿Y tú, Julia? ¿Tienes cosas de las que te arrepientas?

Julia soltó un bufido divertido.

—Demasiadas para llevar la cuenta.

—De las que te arrepientas de verdad —precisó Bristol.

Julia asintió, casi a regañadientes.

—Al principio, hubo cosas que hice como leona que jamás haría como humana. Y algunas cosas que hice como humana que jamás haría como leona. Quizás incluso cosas que no haría como ninguna de las dos.

—¿Cosas imperdonables?

Las arrugas se profundizaron alrededor de los ojos de Julia.

—«Imperdonable» es una palabra complicada. Solo tú puedes

decidir lo que significa. No los reyes ni los Consejos. El perdón es una cosa del corazón, y todos los corazones se hieren y reparan a su propio modo.

Bristol no podía imaginar que su corazón pudiese repararse nunca después de aquello.

—A veces, el perdón no llega nunca.

Julia suspiró.

—Sí, eso también. —Depositó la mano vendada de Bristol en su regazo—. A diferencia de los huesos, no existe ninguna magia para curar un corazón herido.



CAPÍTULO 109



Por la mañana, Bristol se arrastró hasta el entrenamiento. Su propia habitación silenciosa era demasiado agobiante como para soportarla más tiempo. El día empezó en Ceridwen Hall, donde Olivia, Esmee y Reuben las bombardearon con distintos tipos de magia que debían desviar y realizar según se lo indicaban. Las sillas, las mesas y el atril no estaban; la sala se encontraba vacía, excepto por los pisos superiores, aún llenos de libros. Las reclutas estaban de pie en círculo mientras las brujas y el hechicero golpeaban duro con órdenes rápidas. Un momento de vacilación propiciaba un calambrazo doloroso que representaba una muerte. En los primeros diez minutos, estaban todas «muertas».

—Otra vez —refunfuñó Reuben, al tiempo que les recordaba que sus amuletos no estaban ahí para complementar al color de sus ojos —. ¡Usadlos, maldita sea! —No obstante, muchos amuletos requerían una palabra sencilla para activar su poder, e incluso una palabra requería un segundo para ser recordada, por no mencionar que había una docena de palabras solo para dar la orden de «desviar», según cuál fuese el objeto.

Olivia y Esmee se mostraron igual de duras, y se burlaron y lanzaron pullas de modos que no habían hecho nunca. Se turnaban para señalar a una recluta aleatoria con una orden. Algunas tareas requerían hechizos sencillos, como el de hacer levitar objetos, pero

otras requerían conjuros más complejos para lanzar esos mismos objetos como distracción y defensa.

Por sí solas, las órdenes ya eran como armas y reverberaban cortantes por toda la cavernosa aula.

—¡Invisible!

—¡Cambia de forma!

—¡Invoca!

—¡*Glamour*!

—¡Levita!

—¡Neblina!

—¡Fauna!

—¡Desvía!

Lo único que no pidieron fue fuego. Al menos no a Bristol, cosa que la joven agradeció, porque todavía no entendía cómo la habilidad que había controlado a la perfección hacía solo unos días se había vuelto tan inestable en su interior.

En cualquier caso, al llegar a la cuarta ronda, cada vez más irritadas, las reclutas empezaron a trabajar al unísono sin hablar siquiera. Sus semanas de prácticas todas juntas florecieron en su propio tipo de magia, un idioma instintivo y una confianza que les permitían desviar, lanzar e invocar las unas para las otras. Intervenían cuando otra dudaba, trabajaban con los puntos fuertes de cada una, e incluso se arrojaban hechizos de *glamour* unas sobre otras, una destreza avanzada, hasta que pronto Olivia, Esmee y Reuben no podían mantener el ritmo de sus órdenes ni seguir distinguiendo quién era quién. Al final, Esmee levantó las manos en una rendición fingida.

—¡Bien hecho! Habéis hecho un poco de trampa, pero trabajar en equipo es una trampa que apruebo. ¿Olivia?

—Si las mantiene con vida, eso es lo único que importa. ¿Reuben?

El hechicero frunció el ceño.

—Pasad a vuestros ejercicios de campo. Y no volváis muertas.

Mientras salían de la sala, Hollis no pudo reprimirse de hacer un

comentario.

—Qué talento tiene para las palabras, ¿verdad? ¡Madre mía!

Bristol pensó en todas las exigencias y palabras dolorosas que se habían pronunciado la víspera; las de ella, las de Tyghan y las de su padre. Hacían que las palabras de Reuben pareciesen una verdadera carta de amor. Era asombroso cómo un día y un poco de perspectiva podían cambiarlo todo.



Kasta caminaba de un lado para otro delante de ellas, produciendo un soniquete enfadado en sus pasos. La mujer era un enigma para Bristol. Amable pero vengativa, disciplinada pero… ¿compasiva? ¿Sería por eso por lo que la joven se había marchado cuando el padre de Bristol le había suplicado que ignorase su descubrimiento? Parecía la última de los caballeros que haría tal cosa. Estaba claro que Tyghan no sabía lo que había hecho su primer oficial. Bristol supuso que ahora Kasta se arrepentía de su decisión y el hecho de que fuese un secreto la reconcomía. Esa mañana era toda practicidad, pero practicidad con un filo cortante. ¿Todavía estaba furiosa por las exigencias de Bristol? Pues tendría que aguantarse, porque se negaba a echarse atrás en eso. Cully, Sloan y un comandante del fortín de Badbe estaban alineados detrás de Kasta, todos ellos de pie con las manos a la espalda, como si estuviesen en algún tipo de procesión lúgubre.

—Partimos mañana al amanecer —las informó Kasta—. Es probable que sea nuestra última oportunidad de rescatar a Cael antes de la ceremonia. La partida de rescate será pequeña para aumentar nuestras posibilidades de pasar inadvertidos. Con los oficiales en esta misión solo irán Rose y Hollis, mientras que el resto de vosotras os quedaréis aquí y ayudaréis al comandante Sloan a proteger el palacio. Olivia vendrá también con nosotros, solo por si Cael requiriese cuidados especiales. No sabemos lo débil o lo herido

que podría estar.

Bristol se adelantó un poco.

—Creía que yo también iba a ir, para determinar la localización precisa del portal del…

—El plan ha cambiado.

—Pero…

Kasta avanzó a toda velocidad, casi como si fuese a abalanzarse sobre Bristol.

—No hay «peros», Keats. ¿Lo entiendes? ¡Ninguno! Vas a mantener tu jodida boca cerrada. A menos que alguien te haya ascendido al puesto de oficial. ¿Ha pasado eso?

La reacción de Kasta fue de lo más exagerada, pero Bristol dio un paso atrás y negó con la cabeza, poco inclinada a meterse en otro enfrentamiento… En cualquier caso, algo no iba bien. Aquello no tenía que ver solo con las exigencias de Bristol, que vio también la confusión en los ojos de Julia. ¿Primero, madame Chastain había estado ausente esa mañana de lo que parecía una prueba crucial realizada por el equipo de hechiceros, y ahora Tyghan estaba ausente para esa reunión informativa final previa al rescate? El siempre dirigía esas reuniones. Sus últimas palabras a Bristol habían sido que la vería a la mañana siguiente.

—Rose y Hollis, venid conmigo. El resto podéis ir con el comandante Sloan.

Las reclutas echaron a andar, un poco aturdidas por la velocidad de los acontecimientos. Bristol hizo una pausa.

—¿Y Tyghan? ¿Dónde está hoy? ¿Por qué no está aquí?

—El rey Trénallis está tratando otros asuntos importantes.

—¿Qué hay más importante que esto? —preguntó Bristol.

—Los asuntos del rey no son asunto tuyo. Y ahora, obedece las órdenes.

—Keats, por aquí —la llamó Sloan.

«Asuntos importantes». ¿Como satisfacer sus exigencias? Bristol siguió a Sloan a regañadientes.

El día transcurrió a paso de tortuga. Ahora que se acercaba el

momento de la verdad, parecía imperativo que hiciesen algo más crucial que comprobar las defensas clave alrededor del palacio, cosa que podía hacer cualquier caballero del fortín. La ausencia de Tyghan se volvió más notoria a medida que el día avanzaba. ¿Estaría atrapado en una reunión conflictiva con el Consejo? «Eris está trabajando en tus exigencias, aunque eso signifique que más caballeros podrían morir debido a ellas». «¿Qué caballeros?», se preguntó Bristol. Miró de reojo a Avery y a Sashka, que caminaban a su lado. La noche anterior, no le había importado que todo aquello se cobrase un precio. Tyghan y los otros habían creado esa pesadilla, no ella, y quería que sufrieran por ello. Ella los había arrinconado y contaba eso como una victoria. En ese momento, sin embargo, no hacía más que preguntarse qué caballero podría morir. Y cómo moriría.



Era última hora de la tarde cuando Sloan por fin permitió que las reclutas se retirasen. Bristol fue directa a la rotonda de Lir para hablar en persona con Tyghan sobre su deseo de ir a la misión de rescate de Cael, pero la rotonda estaba desierta. Caminó alrededor de la mesa y notó un revoloteo en el estómago. Todavía había cenizas del día anterior sobre la superficie. Bristol no había tenido la intención de lanzar esa bola de fuego, pero recordaba la extraña liberación que había sentido y luego el horror de lo que había hecho. Las sillas estaban en el mismo desorden que cuando ella se había marchado el día anterior, como si no hubiese habido nadie ahí desde entonces.

Pero si Tyghan no había estado en la rotonda en todo el día, ¿dónde estaba? ¿Por qué no se había reunido el Consejo? ¿No había habido nadie ahí para estudiar sus exigencias? Le estaban mintiendo otra vez. Bristol no había creído que le quedase más adrenalina dentro para enfadarse, pero sintió unas agujas palpitar a través de

su piel al pensar en más mentiras. Se encaminó hacia la habitación de Tyghan. Tenía que estar en alguna parte.

Mientras recorría el pasillo hacia la *suite*, dos sirvientes emergieron del cuarto. Llevaban bandejas llenas de platos con comida a medio comer. El hob y un pixie la reconocieron de sus muchos encuentros nocturnos con Tyghan.

—El rey no está recibiendo visitas —dijo el hob al pasar por su lado.

Sin embargo, al parecer sí que lo estaba haciendo. Toda esa comida no era para él, eso seguro. Algo se retorció dentro de Bristol. ¿Con quién estaba Tyghan?

Continuó hacia la puerta, pero entonces dudó, con miedo de llamar, con miedo de quién podría responder, cuando en realidad no le debería importar lo más mínimo. No le importaba. «¿Asuntos importantes?». Y una mierda. Llamó a la puerta, con ganas. Oyó unas voces amortiguadas murmurar en el interior. Una voz femenina.

La puerta se abrió una rendija. Era una spriggana guapísima, con unas hojas pardas que centelleaban a la luz de las velas.

—Márchate. El rey está ocupado —dijo, luego cerró la puerta antes de que Bristol pudiese responder.

«¿Ocupado? ¿Con *qué*?». Llamó otra vez. No hubo respuesta y la puerta debía de estar cerrada con llave porque no se movió cuando intentó abrirla. Un fuego ardiente se prendió en su interior, pero en lugar de llamar otra vez, dio un paso a un lado y esperó. No tuvo que esperar demasiado. La puerta se abrió y salió otro sirviente, este con una cesta de ropa sucia. Bristol frenó la puerta antes de que se cerrara y le hizo un gesto al sorprendido hob para que siguiese su camino.

Cuando entró en el vestíbulo, unas conversaciones murmuradas le llegaron como un ronroneo desde la habitación de al lado. Madame Chastain. Le estaba pidiendo a una sirvienta que le llevara algunos artículos. ¿Qué estaba pasando? No sonaba como una reunión del Consejo. Oyó a Quin y a Melizan hablar en voz baja, pero Tyghan seguía sin dar señales de vida. Mientras aguzaba el

oído para ver si detectaba otras voces, levantó la vista hacia el elaborado espejo que ocupaba el lugar de honor en el vestíbulo. Le pareció que había algo raro en él. La serpiente estaba en una posición diferente a como ella la recordaba, la cabeza ahora en la parte superior del marco, y había un bulto grande en medio de su barriga que Bristol estaba segura de no haber visto antes, como si el animal de madera tallada se hubiese comido algo. Alargó la mano para tocarla, pero justo entonces oyó un golpe sonoro y a Eris gritando.

—¡Se lo dije! ¡Le advertí de lo que podía suceder! ¡Se lo advertí un centenar de veces!

«¿A quién?», se preguntó Bristol, y ¿por qué estaban todos reunidos ahí?

Entró en la habitación desde el vestíbulo, revelando su presencia. Quin y Melizan estaban tumbados sobre uno de los largos sofás, Cully encorvado en una silla con los ojos medio cerrados. Eris caminaba de un lado para otro, y la Bruja Suprema tenía el ceño fruncido mientras rebuscaba en su bolsa. Todos parecían cansados. La spriggana que había acudido a la puerta vio a Bristol y salió corriendo de la *suite*, con una mano cerrada sobre el amuleto que colgaba de su cuello.

—¿Dónde está Tyghan? —preguntó Bristol.

Madame Chastain cerró su bolsa de golpe.

—Esto no es asun…

Tyghan entró tambaleándose desde la otra habitación, descamisado, con los ojos inyectados en sangre. Parte de su pelo caía húmedo por delante de su frente. Se agarró al marco de la puerta, luego fue hasta el sofá y apoyó una mano en el respaldo como si eso fuese lo único que le mantenía en pie. Unos pantalones holgados colgaban bajos de sus caderas. Una gruesa venda rodeaba su muñeca izquierda.

—Ahora no es buen momento, Bristol —dijo Tyghan. Su voz era débil.

—¿Qué ha pasado?

—Ha…

Tyghan levantó una mano a toda velocidad y le lanzó una mirada de advertencia a Eris.

—No necesita saberlo. —Sus ojos volvieron a Bristol mientras pugnaba por levantarse—. Márchate.

Algo iba mal. ¿Cómo se había hecho daño en la muñeca? ¿Y por qué parecía tan cansado? Eso no era lo que Bristol había esperado encontrar.

—Creo que esto me concierne.

—No —insistió él—. No es asunto tuyo. Vete.

Quin se puso en pie; sus ojos estaban casi tan rojos como los de Tyghan.

—Te acompañaré a la puerta.

Agarró la parte superior del brazo de Bristol y la condujo hacia el pasillo. Tras cerrar la puerta a su espalda, le explicó lo sucedido: Tyghan había estado levantado toda la noche luchando con una legión de demonios.

—Él fue el que utilizó el pelo de tu cepillo. Él respiró el humo.

—¿Qué? ¿Por qué haría algo así? Sabía lo que podía…

—Tenía miedo, y yo llegué demasiado tarde a tu habitación para detenerle. Cuando vio las cenizas y el techo chamuscado por encima de tu bañera, dio por sentado que te había pasado algo terrible. Para él, cada segundo contaba. Corrió el riesgo.

«Por ti». Quin no lo dijo. A lo mejor ni siquiera lo creía, pero Bristol lo sintió.

—No intentes echarme a mí la culpa de esto.

—Solo te estoy dando los datos. —Las palabras salieron duras por su boca.

Unas náuseas revolvieron el estómago de Bristol.

—Fue una estupidez hacer eso.

—Eso no voy a discutírtelo. Una estupidez. Unido a que este es un momento terrible para que pase esto. —Suspiró, al tiempo que se frotaba la frente con la palma de la mano—. Como ha dicho Tygh, tienes que marcharte. El resto de nosotros tenemos otra larga noche

por delante. —Quin volvió adentro y cerró la puerta. Bristol se apoyó en la pared de enfrente, luego cerró los ojos. «¿Demonios?». Las marcas garabateadas por las paredes del estudio de Tyghan daban vueltas por su cabeza, los cristales rotos, los montones delirantes de libros, la habitación que mareaba a Tyghan con solo entrar en ella. Respirar el humo había sido una estupidez por su parte. Pero no era culpa de Bristol.

«La gente desesperada hace cosas desesperadas».

Desesperado por encontrarla.

—No es mi culpa —se susurró a sí misma.

Se apartó de la pared y echó a andar por el pasillo. Se negaba a dejar que la culpa o la preocupación se apoderaran de ella. Sin embargo, cuando llegó al final del pasillo, se detuvo. En lugar de su siguiente paso, vio los ojos ojerosos de Tyghan, su rostro brillante de sudor, su debilidad cuando se había apoyado en el sofá para sujetarse. «Algunas noches, no quería sobrevivir en absoluto. Quería rendirme, entregarme».

Algo frío se extendió por el pecho de Bristol. La joven dio media vuelta y volvió por donde había venido. Sabía que no era bienvenida, pero a cada paso que daba, fue serenando su respiración y se puso su mejor fachada de vendedora. Y entonces abrió la puerta de Tyghan sin dudarlo.



CAPÍTULO 110



Utilizó todo su arsenal para convencerlos de comprar su oferta. Se centró primero en el objetivo más fácil de la habitación, Eris, que por alguna razón siempre había creído en ella.

—Necesitamos a Tyghan para esta misión, y yo puedo conseguir que supere esta noche. Prometí que os ayudaría, y yo siempre cumplo mi palabra.

Eris intentó responder, pero Tyghan no paraba de gritar. —¡Sacadla de aquí! ¡Ahora! ¡No pinta nada aquí! ¡Fuera! Bristol se centró en la Bruja Suprema después, mientras Quin empezaba a arrastrarla hacia la puerta.

—¿Va a escuchar a un rey medio desquiciado o a alguien que le conoce? ¿De qué tiene miedo, señora Chastain? ¿De que yo pueda tener razón? —No era exactamente un discurso de vendedora típico, pero tenía que adaptar sus palabras a cada cliente particular, y la Bruja Suprema era más particular que la mayoría. La mujer aceptó el guante que le lanzaba y eso le proporcionó a Bristol un respiro momentáneo. La bruja interrumpió el intento de Quin de echar a Bristol a patadas, pero entonces soltó su propio discurso, que reveló más de sus propios miedos de lo que seguramente quería. «Aniquilación. Un rey muerto. Fracaso».

—¿Fracaso? —preguntó Bristol—. ¿No estamos en ese punto ya? El líder y feérico más poderoso de vuestra nación delira y apenas se

tiene en pie. ¡Miradle! Necesita dormir. ¡Dormir de verdad!

Mientras decía esas palabras, Tyghan se estaba desplomando en los brazos de Eris y Cully, y los dos hombres le estaban ayudando a volver a su dormitorio.

Una vez que estuvo fuera de la habitación, Bristol se giró hacia los otros.

—En serio, ¿qué más podéis perder si confiáis en mí? —preguntó.

La Bruja Suprema dudó un poco, como si lo estuviese pensando, pero sus dedos seguían moviéndose de manera espasmódica, como si estuviese a punto de estampar a Bristol contra otra pared.

Bristol se giró hacia Melizan, que estaba hecha un ovillo en el sofá, y le lanzó una mirada suplicante. Genuina. Sin discurso de vendedora. «Por favor. Ayúdame».

Melizan levantó la barbilla mientras miraba a Bristol con frialdad.

—¿Y… qué ganas tú con esto?

Su cinismo le hizo a Bristol un nudo en el estómago.

—Ya os lo dije ayer. Elphame me importa y quiero que sobreviva. Y no quiero que el mundo mortal sea el siguiente en la lista de aniquilación de Kormick. Eso no ha cambiado, y el rey forma parte de esa supervivencia.

—¿Elphame y el mundo mortal? —A Melizan se le escapó una risita entre los labios—. ¿Esa es la única razón de que estés aquí? ¿Eso es lo único que te importa?

A Bristol le escocían los ojos. «No lo hagas», pensó. «No me obligues a decirlo». Aún no había decidido en su propia cabeza confusa lo que sentía. Seguía tratando de dilucidar mentiras y lealtades, y eso la estaba partiendo en dos. Parpadeó, su visión se volvió borrosa de pronto.

—No, eso no es lo único que me importa —repuso en voz baja.

—Bien —contestó Melizan, luego señaló al dormitorio de Tyghan —, Ve.

Y sorprendentemente, ni Quin ni la Bruja Suprema intentaron detenerla.



El consejero estaba saliendo del dormitorio de Tyghan cuando Bristol entró.

—He oído lo que has dicho ahí fuera —susurró—. Si de alguna manera puedes darle seis o siete horas, eso es todo lo que necesita. Unas cuantas horas de descanso verdadero para recuperar sus fuerzas. Para fortificar su resistencia y cerrar las puertas que se han abierto. Ya pasó tres noches sin dormir en Beltane y luego ayer por la noche… —Hizo una mueca, como si los acontecimientos de la noche anterior fuesen demasiado innombrables—. Ten cuidado. Cuando los demonios se hacen con el control, no es él mismo. Puede que no estén físicamente en la habitación, pero cuando entran en su mente, la tortura es real. Su control es real.

Bristol asintió y cerró las puertas del dormitorio a su espalda.



Eris se instaló en el sofá al lado de Dahlia. Ella se apoyó en él, con la cabeza sobre el hombro del consejero, olvidando sus adorados protocolos.

—¿Creéis que es seguro para ella estar ahí dentro? —preguntó Cully.

—¿Seguro para *ella*? —contraatacó Quin.

Cully lo pensó un momento.

—Para cualquiera de los dos.

—Para ninguno de los dos —murmuró Dahlia con los ojos cerrados—. Pero como ha comentado nuestra brillante recluta, ¿qué más podemos perder?

—¿Qué creéis que está haciendo ahí dentro? —preguntó Quin—. Está todo demasiado callado. No oigo a Tyghan gritar.

Melizan se estiró y fue hacia la puerta.

—Gracias a los dioses. Me voy a mi *suite* a dormir. Si uno de ellos asesina al otro, no me llaméis.

Eris se levantó del sofá para interceptarla en la puerta. El inesperado problema de salud de Tyghan había relegado la confesión de Rose al fondo de su mente.

—No quería que los otros se distrajesen con cierta información que he recibido —empezó—, pero como tú no vas a la misión mañana, he pensado que quizás puedas hacer algunas indagaciones para mí. Con discreción. Es algo que me han contado de manera confidencial.

Melizan sonrió a medida que le daba los detalles de lo que le había contado Rose.

—El río Runic. Eso son más de mil quinientos kilómetros de orillas en las que buscar, pero haremos lo que podamos. Puede que tenga algunos recursos para ayudarme a reducir esa extensión.

Eris asintió. Sabía muy bien a quiénes se refería. Los parientes de Cosette llegaban muy lejos. Cuando Melizan se marchó, Eris volvió al sofá y al sofocante silencio. Después de unos minutos, Cully se levantó y fue a escuchar tras la puerta del dormitorio.

—¿Oyes algo? —preguntó Eris.

Cully negó con la cabeza.

—Nada.

Y ninguno de ellos estaba seguro de si eso era bueno o malo. Eris pasó su brazo alrededor de Dahlia y la atrajo haciasí. Ella no se resistió, y eso, al menos, sí que era bueno. A menos que significase que se había rendido por completo.



La habitación estaba oscura, las cortinas echadas, pero las paredes parpadeaban con una luz cálida procedente de una única vela en el rincón. Tyghan estaba tumbado en su cama, las sábanas y las mantas retorcidas en montones en el suelo. Su cuerpo estaba

hundido en el colchón como si estuviese muerto. De hecho, estaba tan quieto que Bristol se paró.

Luego avanzó poco a poco, con cautela. El pecho desnudo de Tyghan relucía de sudor y ella lo observó con atención para comprobar si respiraba. Tyghan tenía los ojos abiertos, pero miraba el techo sin verlo y no parecía darse cuenta de que ella estaba ahí.

Pero aún más perturbador era el grillete de hierro con incrustaciones de piedras desconocidas que llevaba alrededor de la muñeca. Estaba atado a una larga cadena que lo anclaba a la pared. Para eso era el grueso vendaje de su muñeca, por si forcejeaba contra él. Pero ahora no estaba forcejeando. Era como un animal atrapado que se había rendido. A Bristol se le hizo un nudo en la garganta. ¿Eso era lo que le habían hecho los demonios en solo una noche?

Bristol no se movió. Apenas respiraba ella misma. ¿Y ahora qué?

No tenía ningún plan. Había entrado corriendo en los aposentos de Tyghan del mismo modo que había entrado corriendo en Elphame. De un modo temerario e imprudente. Pero tenía que actuar mientras pudiera y dilucidar los detalles más tarde.

Bristol se limitó a mirarle, mientras deseaba que se moviera o que meneara un dedo al menos…, y entonces su pecho se hinchó con una respiración superficial. Tyghan no se había rendido todavía. Ella se aseguraría de que no lo hiciera nunca. Aunque para eso tampoco tenía un plan.

Dio un paso adelante y, al acercarse, Tyghan giró la cabeza. Intentó apoyarse sobre un brazo, pero se cayó hacia atrás.

—Ya te he dicho que no te quiero aquí.

—Qué bienvenida más encantadora. Hola a ti también.

—Márchate.

—¿O qué? —le provocó—. ¿Qué vas a hacer? ¿Me vas a perseguir hasta llegar al final de tu correa?

—Todavía me queda algo de magia. —Pero solo levantó la mano libre unos centímetros de la cama antes de que cayera inerte otra vez a su lado. Sus párpados se cerraron un momento, como si se

avergonzase de su estado debilitado—. Por favor. Vete.

En vez de eso, Bristol se acercó hasta el borde de la cama y le miró desde lo alto.

—Fue muy estúpido eso que hiciste.

Tyghan gimió.

—¿Tú también? Ya me lo han dicho varias veces. Gracias por recordármelo.

—La retrospectiva es una cabrona presuntuosa, ¿verdad?

La amargura de las palabras que habían intercambiado la víspera aún rondaba por los ojos de Tyghan.

—En ese momento me pareció una buena idea. Tuve que tomar una decisión rápida. Supongo que fue la equivocada.

—Supongo que cualquiera podría tomar una decisión estúpida y desesperada en el ardor del momento.

Incluso en el estado deplorable de Tyghan, la indirecta de Bristol no se le escapó.

—¿Por qué estás aquí, Keats? —preguntó con un suspiro.

—No me obligues a elegir, Tyghan.

Solo un resquicio de azul asomaba bajo sus pesados párpados, pero lucía gélido y afilado, como si aún pugnase por mantener el control.

—¿Elegir qué?

—No me obligues a elegir entre mi padre y tú. Los dos habéis tomado unas cuantas decisiones desesperadas y malas…, pero todavía os quiero a los dos. —Tyghan hizo una mueca y apartó la mirada, como si la confesión de Bristol le destrozase. A la tenue luz, ella vio que tenía los ojos húmedos. Se sentó en la cama a su lado y alargó el brazo para secar sus pestañas con el pulgar—. Sí, te quiero. Estoy dolida, Tyghan. Estoy enfadada. Pero no he dejado de quererte.

Tyghan deslizó la mano por delante de su pecho y cogió la de ella. Tiró un poco y Bristol apoyó la cabeza en su pecho; sintió cómo temblaba debajo de su mejilla.

—¿Todavía quieres que me vaya? —preguntó.

—Nunca. —Se quedaron ahí tumbados largo rato, la cabeza de Bristol sobre el pecho de Tyghan, que de algún modo reunió la fuerza necesaria para acariciarle la mejilla—. Tienes que prometerme que, si me quedo dormido, te marcharás. De inmediato.

—Lo haré —respondió, aunque a esas alturas había roto tantas promesas que ¿qué más daba romper una más?



Era casi medianoche. Siete horas desde que Bristol había entrado ahí. Cully pegó la oreja a la puerta otra vez.

—Sigue cantando —susurró.

—¿Oyes lo que dice? —preguntó Eris.

—No, pero parece la misma melodía corta una y otra vez.

—A lo mejor es algún tipo de hechizo —sugirió Quin.

Madame Chastain sacudió la cabeza, aún acunada en el hueco del brazo de Eris.

—No es un hechizo que haya aprendido de mí. Y no hay ningún hechizo en los grimorios que requiera siete horas para pronunciarlo.

—A lo mejor es otro tipo de hechizo —musitó Eris—. Tyghan tiene una sola puerta abierta en su mente y Keats se está asegurando de que le lleve solo hasta ella.

—Pero…

—Podría ser un tipo de magia diferente, Dahlia. Uno mortal, quizás. Está funcionando. Y eso es lo único que importa.



El ataque salió de la nada. Bristol creía que Tyghan estaba sumido en un sueño pacífico, pero después de farfullar inquieto unas cuantas veces, saltó sobre ella y la inmovilizó contra la cama. La cadena de su muñeca se sacudía con un estrépito metálico, y su

boca estaba retorcida en algo brutal y frío. El odio en sus ojos heló la sangre en las venas de Bristol. Tyghan balbuceaba palabras sin sentido en una temible voz grave y rasposa, mientras sus dedos se apretaban alrededor del cuello de Bristol.

—¡No ganarás! Vuelve a tu agujero infernal. Jamás…

—¡Tyghan! ¡Tyg…! —Bristol tiró desesperada de sus manos, le suplicó, trató de traerle de vuelta antes de que la estrangulara hasta la muerte—. Soy yo, Bri. Suéltame. —Intentó abrir sus dedos en busca de más aire, luego logró murmurar unas pocas palabras desesperadas más—: Te quiero, Tyghan. Recuérdalo. *Por favor…*

La expresión desquiciada de Tyghan se esfumó, sustituida por una de terror, y luego de reconocimiento, cuando por fin la vio a ella y no al demonio de su mente. Soltó el cuello de Bristol y abrió los dedos todo lo posible, como si quemaran, antes de desplomarse otra vez en la cama.

Boqueó en busca de aire.

—Tranquilo —murmuró Bristol—. Estás conmigo. Shh.

—No —gimió él—. Tienes que marcharte.

—Y tú necesitas descansar. Limítate a escuchar mi voz. Solo mi voz. No dejes de escuchar. Estoy aquí contigo. Solo yo.

Nadie más. —Empezó a cantar un pequeño fragmento de un poema de John Keats por encima de las débiles protestas de Tyghan, el poema que su padre solía cantarle a su madre cuando se despertaba de una pesadilla. Repitió los mismos versos una y otra vez.

Oh, vamos, mi amor, las rosas están florecidas,
y las riquezas de la flora bien esparcidas;
Correremos, querida, hasta los amplios calveros,
sombras frescas y bancos de tallados maderos.
Y, cuando estés cansada, una cama te iré a buscar
de musgos y flores, para tu cabeza acunar.

Bristol acarició su cabeza y, en cuestión de segundos, estaba

dormido otra vez. En cualquier caso, ella siguió cantando. Pasó una hora. Tres. Cinco. Bristol bebía sorbitos de agua rápidos de la mesilla de noche, pero no paró. Mientras Tyghan durmiera, ella no pararía. Un dolorcillo sordo debajo de su esternón la ayudó a mantenerse despierta: una comprensión más profunda de lo que él había sufrido por culpa de su padre, y lo que había arriesgado otra vez para salvarla.

Su garganta empezó a debilitarse, y tenía la lengua seca. No estaba segura de cuánto tiempo había pasado. Debía de ser casi medianoche. ¿Durante cuánto tiempo más podría seguir cantando? Pero el rostro de Tyghan estaba sereno, y ella no podía soportar la idea de volverlo a ver retorcido de agonía. Sería ella la que invadiera los salones de su mente a partir de entonces, nadie más. Bebió un sorbo del dulce vino con miel de la mesilla de Tyghan y cantó otro verso.



Tyghan abrió los ojos. La vela del rincón hacía largo rato que se había consumido, pero delgados rayos plateados de luz de luna se colaban por los huecos de las cortinas. Ya no le palpitaba la cabeza y…

Aspiró una bocanada de aire, sorprendido. Bristol estaba hecha un ovillo contra él, sus respiraciones ligeras contra su hombro. Dormida. Parpadeó varias veces para tratar de ubicarse. Esa canción… Sí, ahora lo recordaba. No era un sueño. ¿De verdad había pasado de estar atrapado en una pesadilla demoníaca a tenerla otra vez entre sus brazos? Se le comprimió la garganta y la estudió en la oscuridad. La luz de la luna rozaba sus pestañas, sus labios. Su expresión era pacífica, lo contrario a quien había sido hacía dos días. ¿O eran tres? Su canto durante la noche había sido un faro lejano para que él lo siguiera, un camino en línea recta que conducía solo a ella. ¿Durante cuánto tiempo había cantado antes de sucumbir por

fin al agotamiento ella misma? Había sido una estupidez que hiciera eso, un riesgo…

Los dedos de Bristol se movieron un poco contra la piel de Tyghan, que bajó la vista. Tenía la mano apoyada en su tripa, un dedo enredado en la cinta floja de sus pantalones. Tiró de Bristol para pegarla más a él, al tiempo que deslizaba una mano por debajo de su camisa, sus dedos subieron por su espalda. Solo la abrazaba, pero quería hacer más.

—De eso nada —susurró Bristol, y sus pestañas aletearon antes de abrir los ojos—. Necesitas ahorrar energías y recuperar fuerzas. Limítate a quedarte ahí tumbado.

—Ya estoy lo bastante fuerte —repuso Tyghan—. ¿Quieres que te lo demuestre?

Bristol se sentó.

—Ya me has oído, Señor Petulante —le conminó, luego empujó contra su hombro—. Vuelve a tumbarte. —Bristol se quedó por encima de él, y sus ojos se volvieron un mar oscuro cuando conectaron con los de Tyghan. Cien mensajes volaron por ellos, y Tyghan tuvo la certeza de que podría pasar el resto de su vida ahogándose sin palabras en su mirada. Había muchas cosas que quería decir, cosas de las que quería retractarse, pero no quería moverse ni hacer nada que pudiera incitarla a apartar la mirada, que pudiera hacer que la magia desapareciera. Y entonces, con suavidad, como si él pudiese romperse, Bristol agachó más la cabeza y sus labios rozaron los de él, un contacto ligero como una pluma.

—Bri —susurró contra ellos—. Tengo que…

Bristol se llevó un dedo a los labios.

—Tampoco puedes hablar. Ni una palabra. —Tiró de la cinta de los pantalones de Tyghan para soltarla del todo—. Ya ha habido bastantes palabras entre nosotros en el último día. No aguanto ni una más. Creo que tú tampoco. Además, tienes que reservar tus fuerzas para otras cosas. —Y entonces, prenda a prenda, empezó a desvestirse hasta que su cuerpo desnudo centelleaba a la luz de la luna.

La respiración de Tyghan tembló en su pecho.

—Yo…

—Shhh —le recordó Bristol. Tyghan no se movió mientras ella bajaba sus pantalones, más allá de sus caderas, de sus rodillas. Después, deslizó el muslo hacia el otro lado hasta que acabó sentada encima de él y le miraba desde lo alto.

Tyghan tragó saliva. Si ella quería tener el control absoluto, le parecía perfecto, pero su energía ya estaba aumentando de maneras que no podía controlar, y ahorrar fuerzas era lo último que tenía en la cabeza. Bristol se elevó, luego se deslizó despacio sobre él y se meció con suavidad, juguetona, con los ojos aún conectados a los de Tyghan, hasta que él se asentó bien profundo en su interior.

—Ahora —susurró Bristol—, si debes hacer algún ruido, solo quiero oír tus jadeos y gemidos. —Miró la muñeca izquierda de Tyghan, todavía encadenada a la pared, y sonrió—. Y, puesto que te tengo encadenado, supongo que me puedes suplicar misericordia. Yo te he suplicado a ti con bastante frecuencia.

Pero Tyghan no quería misericordia. Quería todas las partes de él dentro de todas las partes de ella, la piel de Bristol contra la suya, su olor, su calor. Quería sus respiraciones sobre su hombro cuando dormía, y sus dedos tamborileando sobre su tripa cuando despertaba. La quería a su lado, despierta, dormida, caminando, riendo, tocando, con una necesidad aplastante que él no podía explicar. Bristol empujó con fuerza hacia abajo y él subió a su encuentro, las manos agarradas a sus caderas, para penetrarla aún más profundo. Después deslizó los dedos hacia arriba por sus costillas, sus pechos, los pezones erectos y firmes bajo sus caricias. Los gemidos de Bristol le atravesaban como relámpagos. Tyghan alargó los brazos, enredó los dedos en el pelo de Bristol, y luego tiró de ella hacia abajo hasta que su boca estaba sobre la de él. Sus labios sabían a miel y a vino, a aflicción y segundas oportunidades; las respiraciones de ambos entrecortadas contra los labios del otro.

Tyghan sabía que habría más palabras entre ellos. Más tarde. Palabras duras, palabras dolorosas, pero por el momento solo quería

lo que quería ella, arreglar lo que quedaba entre ellos y ver si podía salvarse.



Cully se despertó sobresaltado y se puso en pie de un salto cuando oyó los gritos.

—No —le tranquilizó madame Chastain—. Quédate donde estás. Ese no es un grito de dolor. El rey no necesita que le rescaten.



AGRADECIMIENTOS



No puedo creer que hayan pasado ocho años desde que empezara a escribir las primeras pinceladas de esta historia, aventurándome con una leyenda sombría que llevaba un tiempo llamando mi nombre. Pero, por desgracia, tenía otros libros que terminar primero. En 2019, por fin pude zambullirme por completo en ella, pero ¡hablando de giros inesperados y portales!, me adentré en un mundo y me aventuré con un estilo de escritura completamente nuevos… y me enamoré.

Sin embargo, ese viaje a lo desconocido no se produjo sin sus curvas y baches, y muchas personas dieron un paso al frente durante el camino para ayudarme y animarme.

En primer lugar, gracias a mi marido, que sabía que me estaba embarcando en un viaje de escritura diferente y me animó en todo momento a escribir *lo que quisiera*, y a tomarme todo el tiempo que necesitara, aunque fuesen años. Sus ánimos y la forma que tiene de creer en mí me dieron la libertad y el valor para correr este riesgo, de un modo muy parecido a como lo hizo Bristol.

También recibí todo tipo de consejos, comentarios perspicaces, *feedback* rápido y aliento de Jessica Butler, KarenBeiswenger, Melissa Wyatt, Marlene Perez, Adalyn Grâce, Trida Levenseller, Brigid Kemmerer, Jay Kristoff y Alyson Noël. Estoy muy agradecida por haber podido contar con estas amigas tan inteligentes y generosas.

Un gran gracias va para Stéphanie Garber, por todas las conversaciones telefónicas espontáneas y su disposición a leer entero el primer borrador muy burdo, y ofrecerme un *feedback* de un valor incalculable. Fuiste mucho más allá y me salvaste la vida. Y gracias también por la inspiración de último minuto obtenida en el paseo que dimos por un oscuro bosque escocés y que tanto miedo nos dio. Quiero que sepas que «los roces y ruidos» consiguieron colarse en este libro y siempre me harán sonreír cuando lo lea.

Jodi Meadows, eres un ser humano de múltiples talentos (desde una escritora asombrosa hasta una tejedora asombrosa), y supe justo a quién debía acudir cuando tenía preguntas sobre hilos e historias. Gracias por compartir tu experiencia conmigo, y también por las infinitas anécdotas graciosas sobre hurones, que me inspiraron cuando necesitaba una mascota mágica y taimada. Katniss y Angus hubiesen sido muy buenos amigos.

Alicia Calhoun, eres lista, inspiradora, divertida y superamable. Me siento muy afortunada de contar con tu amistad. Gracias por compartir cafés y tus perspicaces opiniones conmigo. Eres la mejor.

Estoy en deuda con la doctora Allyson B. Williams, catedrática de Historia del Arte en la SDSU, por responder con amabilidad a mis muchas preguntas sobre arte, bocetos, Leonardo da Vinci, y los estudios para lograr una licenciatura en Arte. Estimulaste mi imaginación. Y la de Bristol.

He de dar un gracias enorme a mis dos inteligentísimas agentes, Rosemary Stimola y Allison Remcheck, que en realidad son cambiaformas disfrazadas que pasan de feroces leonas a amables consejeras y asesoras de capas vistosas en rápidos giros mágicos. Ellas creyeron en este libro y luego encontraron la mejor casa para él. Les estoy muy agradecida a ellas y a todo el equipo de Stimola Literary Studio por todo el increíble trabajo que hacen para ayudar a que libros como los míos se hagan realidad.

Muchísimas gracias también a Allison Hellegers, un portento del equipo Stimola, y a mis agentes extranjeros por encontrar aún más hogares perfectos con otras editoriales. Me llena de asombro saber

que mi libro se leerá en distintos idiomas por todo el mundo y viajará a lugares con los que yo solo puedo soñar.

Siento un gran aprecio por todos los lectores que han hecho posible esto. Vosotros habéis corrido la voz de infinitas maneras y vuestro entusiasmo es contagioso. No sois solo aficionados a los libros sino ángeles de los libros. Gracias.

Estaré por siempre agradecida a mi editora Sarah Barley que, desde el día uno, me dijo que no podía dejar de pensar en este libro. Su alegría y entusiasmo jamás menguaron, y me ayudó a llevarlo al siguiente nivel con preguntas y comentarios que pulieron todos los aspectos de la historia y después, por si no tenía ya suficiente suerte con una editora asombrosa, ¡me llegó otra! Caroline Bleeke tomó el relevo con muchísimo entusiasmo y me ofreció aún más ideas fantásticas y opiniones para lanzar este libro al mundo. Su energía me asombra mientras lleva esta historia a la línea de meta. En el mundo de Bristol hay reinas mágicas, y está claro que yo también tengo dos en el mío. Gracias, Sarah y Caroline. Os debo a las dos una corona.

Me siento increíblemente agradecida a Flatiron Books y su abnegado equipo, tan valientes como cualquier ejército de caballeros, que han abrazado *El cortejo de Bristol Keats* con gran vigor y creatividad. Una montaña de agradecimientos a Bob Miller, Megan Lynch, Malati Chavali, Sydney Jeon, Louis Grilli, Nancy Trypuc, Maris Tasaka, Emily Walters, Molly Bloom, Ana Deboo, Emma Paige West, Steve Wagner, Drew Kilman, Eva Diaz, Bria Strothers, Claire McLaughlin, y las innumerables personas más que trabajan entre bastidores. Espero poder conoceros y daros las gracias a cada uno en persona algún día.

El libro físico es absolutamente precioso, y siento una profundísima admiración por el equipo de arte y diseño que hizo realidad esta magia. Un gracias tremendo a Keith Hayes, Jim Tierney, Donna S. Noetzel y Kelly Gatesman.

Además, quiero dar las gracias a mi familia, Jessica, Dan, Karen, Ben y los traviesos duendecillos, Ava, Emily, Leah y Riley, que me

hacen sonreír, reír y sentir como la madre y abuela más afortunada del mundo. Ellos me hacen creer en los milagros, en el asombro, y en todas las cosas buenas de este mundo.

Y por último, porque todos los caminos vuelven a él, gracias a mi marido, Dennis, un hombre de corazón e integridad, que me hace sentir valiente y ha hecho que todos los días de nuestras vidas sean una aventura.



MARY E. PEARSON es la autora superventas del New York Times (y también superventas internacional) de libros de joven adulto como *Baile de ladrones*. Mary escribe desde su casa en California. *El cortejo de Bristol Keats* es su primera novela para adultos.